

Del terror a la esperanza

Auge y decadencia del neoliberalismo

Traducción: Amelia Hernández

Versión original:
Dos Santos, Theotonio (2007), *Del terror a la esperanza.*
Auge y decadencia del neoliberalismo,
Venezuela, Editorial Monte Ávila.

Índice

Prólogo

D. F. Maza Zavala

Prólogo de la primera edición

Introducción

I. El Neoliberalismo como doctrina y el futuro de la ciencia económica

Modernidad y neoliberalismo: Una falacia

El renacer del liberalismo: La doctrina liberal y el neoliberalismo

Neoliberalismo y ciencia económica

Las Reaganomics, o la economía política del desastre

El consenso de Washington y su fracaso

Construir el futuro: El papel de las ciencias sociales

Globalización y ciencia económica: Apuntes sobre muchos equívocos y sus repeticiones

Ética, política y economía

II. El Estado en un mundo globalizado

Introducción

Liberalismo, globalización e intervención estatal

Un análisis estadístico de la intervención estatal

Razones para la presión neoliberal

El estado y los cambios estructurales del capitalismo

La Revolución científico-técnica y el estado

La ideología de la administración pública

III. Los neoliberales en el poder y sus contradicciones, 1979-1993

Las ondas largas de Kondratiev

El largo ciclo de la postguerra, 1945-1967

El final del auge de la postguerra y la crisis, 1967-1983

La estrategia de recuperación económica mundial, 1983-1989

Apéndice del capítulo 3: Esquema de recuperación de la economía mundial, 1983-1989

El fondo del pozo: recesión y crisis política, 1990-1993

IV. La crisis del neoliberalismo: Una agenda para la recuperación mundial, de 1994 al siglo XXI

Crisis y coyuntura

Cambio político y cambio económico

El debate planetario

La OMC cuestionada: Por una nueva agenda

La economía mundial en el nuevo siglo

La búsqueda de alternativas

¿Recesión o crecimiento? la crisis de 2001-2002

La hegemonía compartida, la deflación y el crepúsculo del neoliberalismo

La recuperación de la economía mundial y sus límites

V. Hegemonía y contrahegemonía

En busca de un modelo interpretativo

La búsqueda de un nuevo centro hegemónico y de un "Nuevo orden mundial"

¿Es necesario y posible gobernar un mundo tan complejo?

VI. Tragedia y razón: Reflexiones sobre la globalización y la crisis mundial.

Globalización Hoy: Dimensión política, económica y social

Avances y debilidades de la centro izquierda

Caracter de los adelantos neofascistas

Estados Unidos-América Latina: Contradicciones y aproximaciones

La economía sigue su camino

El terror como arma de la aventura hegemónica

Efectos internacionales de la tragedia americana

Civilización y barbarie

La guerra y la democracia

Estrategia e ideología del hegemonismo

VII. Democratización, ajuste estructural y el consenso de Washington

Los regímenes de seguridad nacional: La ola revolucionaria y el fascismo

La reconstrucción liberal y la ola democrática

Globalización, regionalización y políticas económicas en América Latina

Esquemas del ajuste estructural al consenso de Washington y su crisis

Un programa de estudios

Notas sobre América Latina y la globalización

La crisis argentina y la políticas neoliberales

La crisis llega a América Latina

El Mercosur: Un proyecto histórico

Volatilidad y bienestar

Cambios a la vista

América Latina: Otra vez el mismo diagnóstico

¿Un nuevo consenso?

Perspectivas de la integración latinoamericana

VIII. Brasil: De la trampa neoliberal al nuevo bloque histórico, 1994-2004

El plan real y su contexto

El anclaje cambiario

El anclaje monetario y el anclaje fiscal

La esencia del plan real y la crisis de 1999

Brasil en la trampa neoliberal

La crisis brasileña: Palabras....Palabras...

Los fundamentos del fracaso conservador

Romper el imperio del pensamiento único

Disonancia cognitiva

El debate sobre el nuevo orden internacional

Las elecciones cruciales de 2002 y el socialismo maduro

El camino de un nuevo bloque histórico: Autoestima y política

Transición y ruptura

Cómo salir del neoliberalismo

¡El momento adecuado!

Referencias bibliográficas

Tres temas fundamentales son analizados en esta obra: el neoliberalismo como doctrina y estrategia del poder; el terror como arma ideológica, política y militar de la dominación hegemónica mundial; y los procesos históricos de la dominación y la dependencia. En la perspectiva asoma un cuarto tema, para dulcificar el amargo sabor de los tres mencionados y alentar el optimismo: la esperanza en la transformación necesaria y posible del orden nacional, regional y mundial de este tiempo conmovido y tormentoso, para el establecimiento de otro en la dimensión del equilibrio de las naciones y de la voluntad de los pueblos, alentar el optimismo: la esperanza en la transformación necesaria y posible del orden nacional, regional y mundial de este tiempo conmovido y tormentoso, para el establecimiento de otro en la dimensión del equilibrio de las naciones y de la voluntad de los pueblos.

No podía ser otro el autor de esta obra que Theotonio dos Santos, eminente científico social brasileño con proyección internacional, teórico sobresaliente de la situación de dependencia de los países latinoamericanos —y en general de los que conforman el llamado Tercer Mundo, que ha pasado a ser el segundo mundo luego del colapso del socialismo soviético— y de la dominación, como contrapartida, de los países más desarrollados, principalmente de Estados Unidos. Dos Santos es un infatigable y fecundo investigador de los procesos históricos que han conducido a la situación actual en el mundo y un luchador por el cambio de la profundamente desequilibrada realidad padecida por las dos terceras partes de la población del globo y también por amplios sectores sociales de los países dominantes. En este empeño ha sufrido persecuciones y exilios de los regímenes dictatoriales a los que no se puede calificar de otra manera que fascistas, notoriamente los de Brasil y Chile en épocas afortunadamente pasadas y superadas. Sin embargo, aquellos padecimientos han sido provechosos para la trayectoria intelectual de Theotonio y para su mejor servicio a la causa de la emancipación de la América Latina.

El neoliberalismo y el terror de Estado se han dado la mano en el afán de sojuzgamiento de nuestras naciones, aunque parezca evidente la contradicción de esa alianza estratégica: el primero proclama la libertad económica que no puede existir sin la libertad política; el otro trata de infundir miedo a los movimientos populares de liberación. El neoliberalismo adopta la bandera de la democracia, pero se ajusta oportunistamente a los regímenes de fuerza. El terror de Estado procura imponerse con el pretexto de defender la democracia, pero opone una barrera de muerte y destrucción a las aspiraciones nacionalistas que entrañan la voluntad de soberanía y desarrollo independiente. El escenario de esta contienda histórica ha sufrido modificaciones significativas en los dos siglos largos en que el capitalismo ha extendido sus redes a través del mundo, transformándose de un sistema liberal relativo a uno de megacorporaciones globales que opera actualmente en combinación con los gobiernos de los superestados, etapa superior de la dominación, lo que induce una transformación de la dependencia.

Este libro es, en la perspectiva latinoamericana, una amplia e ilustrada introducción a las relaciones económicas contemporáneas, cada vez más complejas y más atrayentes como objeto de estudio. A la diversidad de naciones/estados del continente europeo la han sucedido distintas clases de organización: la de países del Occidente, agrupados en la Unión Europea, sin que por ello haya dejado de existir la individualidad de sus componentes; la de países que formaban parte del extinto bloque soviético, con centro en Rusia; y la de otros países que han permanecido independientes en lo que se refiere a vinculaciones integracionistas. En Asia han surgido con potencial de desarrollo los llamados dragones o tigres del continente sudoriental y más recientemente China e India, con proyección de grandes potencias mundiales, sin dejar de considerar a Japón y la China de Chan Kai Chek. En África se han multiplicado después de la Segunda Guerra Mundial los estados sucesores de antiguas colonias europeas. En América Latina se han formado bloques integracionistas aún en proceso de consolidación, lo mismo que en el Caribe insular. En la región latinoamericana se perfilan como grandes potencias Brasil, Argentina y México, pero persisten en esos países algunas características del subdesarrollo. En el norte de América coexisten Estados Unidos —centro hegemónico planetario— y Canadá, que reparte sus perfiles entre el desarrollo y la dependencia. Para mayor complejidad hay que mencionar que en algunos países persisten instituciones sistémicas bajo el denominador de socialistas, aunque en rigor teórico y político esa calificación no se ajusta cabalmente. En este diversificado mundo las contradicciones y los conflictos no son excepcionales y la amenaza de guerra generalizada no está ausente. Con la caída de la Unión Soviética se ha pretendido hacer ver que el socialismo fracasó histórica y definitivamente y que el capitalismo representa la estación terminal de la evolución humana. Theotonio dos Santos nos muestra, por el contrario, que el neoliberalismo —doctrina y estrategia del capitalismo contemporáneo— ha entrado en una fase de decadencia y que los pueblos confían sus esperanzas en un sistema de equidad, igualdad real, justicia social y libertad verdadera, llámese socialismo o democracia social plena.

El terror se presenta como nueva arma del poder en doble sentido: por una parte, se califica indiscriminadamente como terrorista a todo movimiento de liberación o de lucha por la autonomía, para justificar la acción militar y política en su contra; los atentados que tuvieron como objetivos las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono el 11 de setiembre de 2001, tuvieron por efecto dotar al poder estadounidense de un mecanismo psicológico eficaz para fomentar el miedo y dar racionalidad perversa a las aventuras bélicas en Asia (Irak, Afganistán) y la represión indirecta al islamismo, considerándolo como ideología terrorista. Toda disidencia con respecto a la doctrina y la estrategia del capitalismo global puede ser calificada como de índole terrorista y ser objeto, por tanto, de acciones supuestamente antiterroristas en lo militar, lo económico, lo ideológico, lo político, lo cultural. El terror en la historia ha acompañado a las grandes persecuciones de minorías étnicas, de credos religiosos, de sometimiento de pueblos, de colonización de países, de despojo y extracción de

riquezas naturales: los romanos utilizaron el terror para someter a los esclavos insurrectos y para frenar la difusión del cristianismo; los árabes lo aplicaron en la conquista del sur de Europa y del norte del África; los castellanos recurrieron a él para expulsar a los árabes y judíos del territorio de España; asimismo lo practicaron para perseguir supuestas infracciones a la religión católica, bajo el signo de la Inquisición; en Francia los hugonotes hicieron escarmiento en los católicos y éstos en aquéllos con métodos terroristas; españoles, ingleses y portugueses exterminaron en buena parte a las tribus indígenas americanas con diferentes modalidades de terror. La historia del terror está por escribirse, así como una teoría del terror; para ambos propósitos valen los análisis y la descripción de hechos que hace Dos Santos en esta obra.

Caso especial es el comportamiento de tropas norteamericanas en Afganistán e Irak, como años antes en Vietnam. Desde un punto de vista humanitario no es posible defender la causa de los acólitos de Bin Laden en cuanto al uso de atentados terroristas para enfrentar a la hegemonía de Estados Unidos, como tampoco es justificable, desde este punto de vista, el terrorismo islámico contra la dominación de Israel ni la réplica de éste a las acciones de los palestinos. Entiendo, por mi parte, a la causa palestina en sus objetivos de establecimiento de un Estado nacional independiente, como entiendo igualmente el empeño de los israelitas de preservar su Estado nacional; pero estimo que hay procedimientos de negociación que podrían propiciar la paz en el Medio Oriente mediante la solución justa de las diferencias. Desde luego, hay que mencionar en un análisis objetivo que intereses poderosos vinculados a la dominación interfieren en ese arreglo. La violencia ha sido partera de la historia, como se dice; pero hay que distinguir entre la violencia y el terror. El exterminio de millones de judíos en campos de concentración durante la dominación nazi en Alemania es terror puro y simple sin más connotación. Se ha dicho reiterativamente que durante la jefatura de Stalin en la Unión Soviética fue aplicado el terror para imponer la ideología dominante —que poco tuvo de socialista— y por ello perecieron millones de personas. Las dictaduras se imponen y perduran por el terror y ninguna justificación ideológica es admisible en estos casos. Ni en nombre de la revolución ni en el de la democracia el terror puede ser un medio tolerable. Los ingleses recurrieron al terror para sofocar la rebelión de sus colonias de América del Norte, como también se practicó en Venezuela durante la guerra de liberación nacional más por los llamados realistas que por los patriotas.

Sería conveniente hacer referencia da una especie de terror que no se manifiesta en violencia física, en muerte de personas, sino en otras diferentes formas: se trata del terror económico. La llamada crisis de la deuda en América Latina, que se hizo presente en el último trimestre de 1982, significó para los países deudores un verdadero pánico. Como bien lo expone Theotonio dos Santos, fue la oportunidad más dramática en que el Fondo Monetario Internacional, una especie de fiscal de los acreedores, mostró su rostro inquisitorial para imponerles a los deudores un terrible recetario bajo el calificativo de «ajuste macroeconómico», con el objeto

de que los deudores exprimieran todas sus posibilidades para obtener los recursos para pagar la deuda y sus intereses; para ello debían sacrificar a su población de tal manera que todo gasto social se redujera al mínimo, que los salarios reales disminuyeran, que los impuestos indirectos aumentaran, que las tasas de interés sobre créditos se elevaran y, particularmente, que el precio de la gasolina (una obsesión del FMI) se fijara en niveles más altos. Los efectos de la aplicación de esas medidas no sólo se manifestaron en lo que la Cepal llamó «la década perdida para el desarrollo», sino también en hechos más dolorosos, como la mayor miseria de los grupos más vulnerables de la población, especialmente el aumento de la morbilidad y la mortalidad infantil, el espectro del hambre recorriendo campos y ciudades; la imagen del terror, en suma. La reacción de los pueblos ante tales imposiciones fue de pacífica a violenta.

Posteriormente, tanto el FMI como el Banco Mundial —en una cruzada política contra la pobreza— han enmendado parcialmente el recetario del terror en el sentido de permitir, e inclusive recomendar, programas de ayuda social en los ajustes macroeconómicos.

Los organismos multilaterales mencionados son los adalides del neoliberalismo como la única ruta posible al desarrollo. La creciente carga de la deuda externa de países latinoamericanos —expresión de la magia financiera consistente en que los deudores pagan y el saldo de la deuda aumenta— constituye un verdadero obstáculo al desarrollo de estos países, ya que sustrae recursos para la creación de potencial productivo y el mejoramiento social, al mismo tiempo que ensancha los canales a través de los cuales se trata de imponer políticas neoliberales. La contradicción más evidente en este escenario es que Estados Unidos —con la transitoria excepción del período presidencial de B.Clinton— incurre reiterativamente en déficit fiscal y comercial que enjuga mediante deuda, la que tiene índole internacional en razón de que el dólar es prácticamente el patrón de las relaciones monetarias, financieras y comerciales del mundo.

Jamás el FMI ha advertido a ese país la necesidad de un reajuste en sus políticas macroeconómicas; los déficit considerados obedecen principalmente a dos factores: la incontinenia del gasto militar, que incluye el financiamiento de la ocupación violenta de Afganistán e Irak, así como también el del clima conflictivo en el Medio Oriente, además del mantenimiento y ampliación de un potencial nuclear que es una permanente amenaza a la paz; y la propensión de los norteamericanos a sostener un nivel de vida por encima de sus posibilidades económicas reales. Generalmente los países desarrollados capitalistas registran balances fiscales deficitarios en razón del cuantioso gasto público y, por otra parte, practican el proteccionismo comercial abierto o encubierto para preservar sus balanzas de pagos y sus actividades productivas menos eficientes. El fantasma de la inflación se pasea por esos países, obligándolos a sacrificar puntos de crecimiento en aras de la estabilización, para lo cual manipulan las tasas de interés y otros instrumentos de política monetaria.

El ciclo del neoliberalismo destaca claramente en el análisis de Dos Santos en esta obra, tanto en los centros capitalistas de mayor desarrollo como en América Latina. Después de la Segunda Guerra Mundial los vencedores —Estados Unidos a la cabeza— echaron las bases institucionales de un sistema neoclásico de relaciones monetarias, financieras y comerciales (Acuerdos de Breton Woods), con el propósito de restablecer el patrón oro apoyado en el dólar de EUA, así como un mecanismo de financiamiento a largo plazo para la reconstrucción y el fomento de las economías; anexo a estos dispositivos se proyectó un régimen de comercio libre. Sin embargo, la sombra de la depresión de los años 30 del siglo pasado influyó en la orientación de las políticas macroeconómicas hasta la década de los 60 del siglo XX, con el auge de las ideas keynesianas. En los últimos años de la década mencionada se manifestaron signos de crisis económica en el mundo occidental, en lo que la ominosa guerra en Vietnam, en la cual intervino Estados Unidos supuestamente para enfrentar al comunismo, tuvo mucho que ver. A comienzos de la década de los 70 la crisis del dólar obligó a tomar la medida de su desvinculación al oro y la subsecuente devaluación y cambios en la alineación de las monedas europeas, junto con otras providencias para la defensa de la balanza de pagos de Estados Unidos y de la economía de éste. Indica Dos Santos que esos acontecimientos marcaron la caída del neoliberalismo en los países desarrollados. Sin embargo, en la misma década de los 70, luego del derrocamiento militar de Allende, tiene lugar en América Latina el surgimiento de dictaduras militares de corte fascista que adoptaron el neoliberalismo como estrategia económica, con las recomendaciones de Milton Friedman y los «Chicago Boys». En la década de los 80 dos posiciones relevantes en política económica y social tuvieron lugar: la de Ronald Reagan en Estados Unidos («reaganomics») y la de Margaret Thatcher en Inglaterra, aliados en este y otros menesteres, hasta el punto que el gobierno de EUA apoyó a Inglaterra en la malhadada guerra de las Malvinas, postrer rugido del imperialismo británico. Para precisión de esta circunstancia hay que señalar que Estados Unidos había promovido e impuesto a América Latina el pacto de Río de Janeiro según el cual las agresiones extracontinentales a un país americano serían enfrentadas solidariamente por todos los firmantes del Pacto. Venezuela, por cierto, lució prácticamente solitaria en el cumplimiento de este compromiso.

La década de los 80 fue perdida para América Latina, después de la crisis de la deuda externa bajo el predominio del Fondo Monetario Internacional y el imperio de los acreedores financieros. Bajo o nulo crecimiento económico y social de la región. Entre fines de la década de los 80 y comienzos de la de los 90 tuvo lugar el colapso de la Unión Soviética y de otros países socialistas del oriente de Europa, accidente histórico que permitió a Francia Fukuyama exponer su peregrina tesis del final de la historia y la prevalencia indefinida del capitalismo. El balance del poder mundial se desequilibró y Estados Unidos, siempre con el respaldo subordinado de Inglaterra, asumió la hegemonía del sistema unipolar. No cabe duda de que esa coyuntura fortaleció la

globalización megacorporativa y el establecimiento norteamericano encontró fácil inducir la convicción de que los asuntos planetarios giran alrededor de los intereses de su país. En analogía con la afirmación que se hacía en la época de ascenso de los monopolios: «lo que es bueno para la General Motors es bueno para Estados Unidos», se impone ahora la de que «lo que es bueno para Estados Unidos es bueno para el mundo».

Así, la acumulación de una deuda de la potencia hegemónica constituye una buena inversión para países con superávit externo, como Japón, ahora China, los tigres del sudeste asiático, Rusia, la Unión Europea y varios de América Latina. Situación contradictoria ésta, ya que esa inversión es un elevado riesgo de parte y parte, lo que hace recordar los antecedentes de la crisis de los años 70; el debilitamiento ostensible del dólar, que al mismo tiempo que da una ventaja competitiva a la economía norteamericana genera nubarrones críticos en la economía de las naciones y no hay un orden financiero, monetario y comercial que incorpore mecanismos cautelares al respecto.

Theotonio dos Santos es un analista competente de los cambios que afectan a América Latina, por lo que manifiesta, no sin angustia, la necesidad de una nueva explicación de los sucesos económicos, políticos, sociales y culturales que se reflejan en la región y ocasionan diferentes reacciones. En un momento dado el balance de las orientaciones de los gobiernos se inclinó hacia la izquierda —viejo término imprescindible— y se aproximaron convergentemente las expectativas populares sobre una salida favorable al adelanto de los pueblos en la ruta del desarrollo integral independiente. En otro momento aquel balance tiende a debilitarse y las contradicciones se multiplican en el panorama regional. Los vínculos integracionistas se relajan, lo que es aprovechado por Estados Unidos para fomentar tratados bilaterales de comercio que no pueden ser sino asimétricos, ya que no ha podido imponer su proyecto —antiguo designio— de la Asociación de Libre Comercio de las Américas (ALCA), aunque tampoco ha avanzado el proyecto alternativo identificado con las siglas de ALBA. El señuelo falaz del acceso abierto al gran mercado norteamericano para estos países actúa ante las vacilaciones que afectan al Mercosur. Una vez más la perspectiva de nuestras naciones para un desarrollo sostenido, equitativo y equilibrado sobre la base de una organización regional capaz de negociar en mejores condiciones con Estados Unidos y la Unión Europea, para abrir camino a un nuevo sistema de relaciones internacionales, parece desdibujarse en el horizonte. Es más que probable que no se implanten nuevas dictaduras en estos países y que la espesa sombra del terror no retorne para relativa tranquilidad de ellos. Como expone Theotonio en su magistral ensayo, que me ha permitido hacer algunas consideraciones dispersas sobre los temas que él trata con la conocida maestría, al terror le ha sucedido la esperanza; pero hay que fundamentarla con nuevas concepciones teóricas y con nueva estrategia, ya que las que orientaron nuestras

actuaciones y discusiones desde mediados de siglo XX hasta las últimas décadas del período no ayudan a interpretar las realidades actuales y la incertidumbre ocupa el lugar de los conocimientos generados entonces.

Los problemas latinoamericanos son múltiples y difíciles, pero solucionables si los movimientos populares se fortalecen y realizan actividades programadas y consistentes en procura de objetivos más al alcance de las posibilidades materiales e institucionales. En la mayoría de nuestros países la inflación ha sido abatida; el caso venezolano merece un análisis especial. Las tasas de crecimiento, dentro de rangos moderados, se sostienen. El desempleo es un mal de la región, lo mismo que la desigualdad amplia de ingresos y la pobreza. La dependencia con respecto a uno o dos productos primarios y la vulnerabilidad externa de las economías continúan siendo característica en la región, con algunas excepciones dignas de estudio. La producción y el tráfico de drogas afecta la seguridad de algunos países, aunque les proporciona medios de pago internacionales y ocupación para grupos de población inclusive campesina. La dolarización, caso particular de la dependencia, ha sido adoptada en algunos países con diversos resultados (en Ecuador está en vías de reversión). El armamentismo continúa practicándose en exceso de las necesidades de seguridad y defensa y absorbe cuantiosos recursos económicos que bien podrían ser aplicados a la inversión productiva y al bienestar social. El ahorro nacional pudiera ser mayor que el que se realiza si se efectuaran algunos cambios estructurales para corregir el patrón de consumo, la composición del gasto público y la orientación de las inversiones. Se ha adquirido conciencia acerca de las imposiciones neoliberales del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Sin embargo, la corriente neoliberal es fuerte y se presenta como una alternativa de reforma sostenida por las clases dominantes cuya influencia sigue siendo fuerte, más en unos países que en otros. Se requiere un plan de reformas profundas, novedosas, viables, integrales, que pueda lograr el apoyo de la mayoría social, y una renovación de los procesos de integración subregional y regional contribuiría a su realización. Hay que concretar la esperanza que postula Theotonio dos Santos.

La vida del ilustre científico social brasileño, latinoamericano a carta cabal, es un ejemplo de constancia en el empeño de superar la dependencia y el subdesarrollo y de dinámica del pensamiento en concordancia con los cambios que ocurren en la región y en el mundo. Su obra muestra la ruta de las ideas orientadoras en más de medio siglo, en que los fenómenos económicos, políticos, sociales, evolucionan hacia nuevas formas que es necesario observar, analizar, interpretar y derivar de ello enseñanzas para el adelanto del conocimiento y de su aplicación a la lucha de los pueblos por su liberación y desarrollo. En ese medio siglo de referencia se ha logrado una acumulación de ideas, métodos, instrumentos, conceptos, bases científicas para proseguir en mejores condiciones la gran tarea de construir una teoría latinoamericana que sea eficaz para fundamentar

una estrategia de desarrollo en una nueva etapa de la vida de nuestros pueblos. Queremos pensar que estamos en el umbral de una nueva historia asistida por la esperanza activa y la elevación de los niveles de lucha para realizarla. Para ello hay que unir esfuerzos, medios, propósitos, en una integración de nuestros centros de investigación y análisis, ahora algo dispersos cuando no aislados. La presentación en idioma español de esta obra de Theotonio dos Santos es una oportunidad para cruzar fronteras y reafirmarnos en la conciencia de que somos latinoamericanos.

DOMINGO F.MAZA ZAVALA

Caracas,julio de 2007

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

El terror ha sido un arma poderosa para imponer intereses contrarios a las aspiraciones de las fuerzas sociales sometidas al poder vigente. Se trata de un terror de Estado ejercido por las instituciones existentes para mantener su continuidad. La necesidad del terror es mayor cuando las clases dominantes pierden su capacidad de generar consenso.

Marx nos alertó sobre este elemento básico al afirmar que la ideología dominante es la de la clase que domina. Desde un punto de vista conservador, Max Weber señaló la importancia de la legitimidad para asegurar el ejercicio del poder. Cuando las fuerzas socialmente subyugadas crecen hasta el punto de cuestionar las formas sociales existentes, el terror pasa a ser el arma fundamental para detener la revuelta y la insurrección.

Las ideologías se ajustan a este proceso. Cuando el no consenso acentúa su importancia, estamos en el campo del pragmatismo más o menos reconocido; cuando el consenso se rompe, predominan las doctrinas sectarias y se implanta el terror ideológico; el lector tal vez querrá un ejemplo.

Durante el ascenso de la burguesía comercial en los siglos XV y XVI, el consenso medieval fue totalmente puesto en tela de juicio en la Europa occidental. Por una parte, una nueva perspectiva científica avanzaba junto a la expansión comercial por ultramar; por otra parte, se establecía la Inquisición para proteger el poder de la Iglesia católica romana. La ideología tomista se convertía en su propia caricatura, y se desarrollaba la escolástica: el arte de ocultar la realidad y los intereses dominantes a través de una apariencia de rigor formal, que se articulaba con los tribunales de Inquisición y sus hogueras para imponer el terror y detener la reforma protestante, el progreso de la ciencia moderna y la formación de nuevos Estados imperiales europeos.

Vivimos una época semejante. La revolución científico-tecnológica en marcha desde 1940 viene rompiendo, definitiva y radicalmente, los límites del crecimiento económico y del desarrollo de la humanidad. El poder colonial tradicional zozobró después de la Segunda Guerra Mundial, y emergieron nuevos Estados superpoderosos en el planeta. La productividad del trabajo avanzó en forma avasalladora, dejando poco espacio para las viejas empresas privadas; la planificación económica y social, tanto macro como microeconómica, se impuso sobre las ideas obsoletas de un mercado entre empresas o individuos que desconocían a sus compradores. Quiérase o no, la economía y las relaciones sociales se sometían cada vez más a la regulación estatal y a las políticas públicas. Las corporaciones nacionales, transnacionales, y hoy globales, sustituyen las empresas familiares, las sociedades limitadas y las sociedades anónimas tradicionales. Cada vez más, el Estado

absorbe sectores de la economía, directa o indirectamente, al convertirse en el organizador universal de los servicios públicos, cuyo peso económico se vuelve fundamental.

En este contexto, la reacción de las fuerzas sociales inspiradas en la vieja sociedad capitalista que inició este proceso, asumió una forma parecida a la establecida por el mundo feudal contra el avance de las nuevas relaciones sociales burguesas en ascenso. La «ciencia económica» se sustituyó al papel central de las teologías medievales. Y el terror se estableció en condiciones aún más violentas. Las políticas económicas contemporáneas tienen entonces su efecto sobre millares de personas. Pueden llevarlas al empleo o al desempleo, a la calidad de vida o al hambre, a la esperanza de una vida mejor o a la desesperación.

Es el tema de este libro, en el cual tratamos de demostrar, en un lenguaje relativamente accesible, cómo se impuso al mundo la doctrina neoliberal, y los terribles desequilibrios que las políticas económicas derivadas de esta doctrina han producido en la economía mundial, conduciéndonos a este malestar generalizado en el que se hunde la sociedad contemporánea. Desde la crisis de 1967, que agravó la guerra de Vietnam, la humanidad vio esfumarse progresivamente los progresos sociales alcanzados en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial. Las insurrecciones populares retrocedieron y los golpes de Estado de índole fascista avanzaron en América Latina. Tuvieron su ensayo general con el golpe de Estado de 1964 en Brasil, seguido por el brutal golpe de Estado en Indonesia dos años después, cuyo modelo, aunque considerado como muy extremo, se repitió en Chile con Pinochet, en 1973. Este mismo Pinochet inició la aplicación radical de los principios de la llamada «escuela de Chicago», cuya historia analizaremos en este libro. Sin embargo, un régimen de terror aún más brutal quedó implantado, después de sucesivos intentos, por los militares argentinos en su país, así como políticas económicas aún más neoliberales.

Este libro reconstruye parcialmente esa historia, pues su autor la vivió directamente. Expulsado por la Universidad de Brasilia al día siguiente del golpe de 1964, fui condenado en 1965 por los tribunales de la dictadura a quince años de cárcel por «autor intelectual de la penetración subversiva en el campo». Logré exiliarme en Chile en 1966, donde viví el auge del movimiento popular de 1966 a 1973, así como lo había vivido en Brasil entre 1954 y 1964. El golpe fascista de septiembre de 1973 me colocó entre los cien hombres y mujeres más buscados, en una lista que se publicó en el primer día del golpe.

En mi nuevo exilio en México, pude vivir el ascenso del pensamiento crítico que anunciaba cambios muy profundos en todo el continente. La revolución nicaragüense y el auge de las luchas populares centroamericanas se vivieron muy dramáticamente. Conocí de cerca la dialéctica entre el ascenso popular y el terror, la esperanza tantas veces renacida, y la represión siempre implacable. Una terrible sucesión de democracias, dictaduras y democracias, que yo trato de explicar en este libro.

Creo que el lector podrá oler un rastro de pólvora en estas páginas. Este es un libro con el máximo rigor que puede lograrse en medio de una lucha. Es, por ende, un libro de combate, y espero que el lector no se deje impresionar por su tamaño. Busca colocarse lo más cerca posible de una introducción a las relaciones internacionales en el contexto del mundo contemporáneo, y privilegia evidentemente una perspectiva latinoamericana pese a tratar temas de carácter universal.

Por la necesidad de intervenir en el debate ideológico que está desarrollándose en Brasil, acepté la oferta de la editora para acelerar su divulgación. Esto habría sido imposible sin la ayuda esmerada y competente de Carlos Lacerda, Marianne Figueredo y Raquel Coelho, que dieron al texto su forma definitiva. El entusiasmo con el que se dedicaron a esta tarea me hace creer que se trata de algo importante para nuestra juventud. Se trata de una nueva generación formada en un contexto democrático, con amplitud de visión y voluntad de transformación.

A ellos y a sus colegas dedico este esfuerzo para ordenar las referencias de nuestro futuro.

El lector podrá, a su vez, preguntarse cuál es la relación entre el título del libro y el proceso político que se desarrolla en Brasil. Es total. El pueblo brasileño ha asumido la esperanza como meta y como método, sobretudo en las últimas elecciones. Pero está descubriendo que la esperanza exige más que un voto para convertirse en una realidad. Es el tema de la última parte del libro.

THEOTONIO DOS SANTOS

Agra, abril de 2004

INTRODUCCIÓN

La disolución del bloque monolítico que representó el pensamiento único en los años ochenta y noventa del siglo pasado está llegando a su punto crítico. Pero sigue siendo un cadáver insepulto. No está claro aún quiénes serán los encargados de enterrarlo. La tarea resulta mucho más compleja de lo que pueda parecer a primera vista. Se trata de un fenómeno muy complejo, con muchos aspectos relacionados.

En primer lugar, el triunfo del neoliberalismo como doctrina económica fue el resultado del gran período de descenso económico iniciado en 1966-67, cuando Estados Unidos buscó mantener su crecimiento económico a través de una nueva ola de gastos militares que se canalizaron para la guerra de Vietnam.

Esto ocurrió en un momento en que el gasto público se impulsaba hacia un nuevo nivel, como consecuencia del auge del gasto en el llamado «Estado del Bienestar», consecuencia de la campaña de Lyndon Johnson por la «Gran Sociedad», que pretendía eliminar la pobreza en Estados Unidos.

La tensión generada con los nuevos gastos de guerra coincidió con la movilización de contenido social y con sus ideales. El aumento del gasto público siguió presionando a Estados Unidos para el aumento de las importaciones, a la vez que los gastos en el exterior crecían cada vez más.

El déficit de la balanza de pagos se agravó con la aparición del déficit comercial en 1969, para quedar definitivamente como una característica estructural de la nueva fase del imperio norteamericano. Desde esa época hasta nuestros días, ese desequilibrio básico de las cuentas externas estadounidenses siguió creciendo, preparando una nueva era de desequilibrios en la economía mundial.

Es importante comprender que, en aquel momento, se agotaban los mecanismos fundamentales del crecimiento económico desarrollado durante los años de ascensión económica que se había iniciado después de la Segunda Guerra Mundial. Esos mecanismos estuvieron asociados al triunfo de las ideas de Keynes en el ámbito de las Ciencias Económicas, que sirvieron de base teórica para una nueva fase de pensamiento liberal, el cual se liberaba de la noción de equilibrio general como centro de la mecánica económica, y rompía con algunos principios fundamentales del liberalismo, como el patrón oro y el equilibrio fiscal.

Aun así, el auge de las luchas sociales en la postguerra, después de años de graves confrontaciones que empezaron en 1917 con la Revolución rusa, restaba espacio al libre comercio que, según Keynes, no permitía el pleno empleo, convertido en el objetivo fundamental de las políticas económicas.

La caída del crecimiento económico en el nuevo período de la economía mundial, iniciado en 1966-67, permitió el regreso del desempleo.

Al mismo tiempo, el aumento de la deuda pública, exacerbado por la aventura militar, ejercía fuertes presiones inflacionarias. La combinación de inflación y caída del crecimiento dio origen al fenómeno de la «estanflación», que desafió la ortodoxia económica de base keynesiana.

Aquél fue un momento adecuado para la entrada en escena del pensamiento que en América Latina llamamos «neoliberal» y que corresponde, de hecho, a una visión «neoconservadora», como dicen los norteamericanos y los europeos. La implantación del neoliberalismo comenzó en 1973, con la entrega de la política económica del gobierno fascista del general Augusto Pinochet a los llamados Chicago boys.

La universidad de Chicago había recogido el desprestigiado grupo de pensadores ultraliberales que se reunían desde 1947 en los encuentros anuales de Mont-Pèlerin. Entre ellos se destacaba el monetarista radical Milton Friedman, propugnando una política antiinflacionaria de base monetarista, que siempre contó con la buena disposición del Fondo Monetario Internacional.

Ese vínculo del ultraliberalismo con el fascismo no debe causar espanto. Todos los jefes fascistas importantes se consolidaron en el poder a través de políticas de estabilización monetaria, seguidas de significativos períodos de crecimiento económico moderado, o de simple estancamiento de la renta nacional.

Un ejemplo revelador de esa relación entre el ultraliberalismo y el fascismo se encuentra en el artículo de Gustavo Franco para la presentación del libro del ministro de finanzas de Hitler, Hjalmar Schacht, *Setenta e Seis Anos de minha Vida*, editado en portugués por la Editora 34. Con el subtítulo de «La autobiografía del mago de la economía alemana, de la República de Weimar al III Reich», hay una presentación general del libro hecha por el representante de Brasil durante años en el Consejo del FMI, Alexandre Kafta; una presentación política por Bolívar Lamounier y, por último, una presentación económica por el que es considerado como el verdadero autor el Plan Real, y que fue presidente del Banco Central durante buena parte del gobierno de Fernando Henrique Cardoso.

Con el «teórico» del Plan Real, aprendemos que «las ideas de Schacht eran buenas, pero estaban adelantadas a su tiempo». Y también que su libro es una «sucesión de aulas regidas por un profesor en un teatro que abarca los principales eventos del siglo XX». Como se ve, el Plan Real de Brasil también es deudor del pensamiento económico fascista.

Así pues, no resulta absurda la constatación de Joseph E. Stiglitz en lo referente al FMI. En su libro *Globalization and its Discontents*, afirma:

La extensión de las condiciones impuestas por el FMI significa que los países que aceptan las ayudas del Fondo tienen que ceder gran parte de su soberanía económica. En esto se basan algunas de las objeciones a los programas del FMI, y también en el consecuente daño que causa a la democracia; en otros casos, se basaban en el hecho de que las condiciones exigidas no logran (o no intentan) restaurar la salud económica.

Esta relación entre el pensamiento único, el ultraneoliberalismo y el totalitarismo no es algo nuevo, como vemos, y en los últimos años ha sido colocada en segundo plano. Pero no debemos olvidar la estrecha relación entre el gobierno de Nixon y el golpe de Estado en Chile, en 1973, y lo mismo podemos afirmar del período de Reagan o de las relaciones tan estrechas entre Margaret Thatcher y Pinochet. En realidad, fueron los gobiernos de Reagan, Thatcher y Kohl los que asumieron oficialmente la perspectiva neoliberal en toda su extensión.

Ellos se impusieron en el período más difícil de aquella larga crisis iniciada en 1966-67, que se endureció en 1973-75, fue retomada en 1978-81, combatida en nombre del neoliberalismo entre 1983 y 1987, con algunos resultados positivos en términos de la recuperación del crecimiento.

Resultados comprometidos luego en la crisis de octubre de 1987, cuando se inició la decadencia del pensamiento único estadounidense, el cual fue cuestionado en el gobierno de Clinton, y luego llegó a gran parte de Europa a través de la «onda rosa», con las victorias electorales de los socialdemócratas y los socialistas. No obstante, el pensamiento conservador siguió siendo muy fuerte en América Latina y en las antiguas zonas coloniales, donde el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial ejercieron una hegemonía desastrosa, y donde se consagró en 1989 el llamado Consenso de Washington.

El ascenso del pensamiento único se vincula al fascismo y a otras formas de autoritarismo, tales como la tecnocracia internacional y los gobiernos conservadores, y también a una corriente del pensamiento filosófico, el formalismo, que tendió a ser hegemónico en los años ochenta y noventa. El estructuralismo filosófico abrió camino a ese desprecio por la historia que se consolidó con el auge de las propuestas postmodernas dominantes en el ambiente cultural de los ochenta y los noventa.

La intención de valorizar los períodos históricos prerrevolucionarios y descalificar los períodos revolucionarios, fue típica de esa fase. Así, una interpretación sumamente conservadora de la Revolución Francesa se desarrolló

durante la conmemoración de su bicentenario. Al mismo tiempo, se buscó desprestigiar totalmente la Revolución rusa, aprovechando la crisis del sistema socialista en la Unión Soviética y sus zonas de influencia. Finalmente, el gobierno de Salinas de Gortari en México trató de descalificar la Revolución mexicana y valorizar el período del dictador Porfirio Díaz.

En el plano de la teoría del conocimiento, debemos resaltar también la hegemonía de las tendencias neokantianas en las Ciencias Sociales, que ya habían ganado mucha influencia en los años cincuenta. Entre sus principales exponentes está Karl Popper, quien frecuentó desde el comienzo las reuniones de Mont Pèlerin. Con el fortalecimiento del estructuralismo, esas tendencias se volvieron definitivamente dominantes, presentándose como la única forma de conocimiento científico.

De este análisis muy general, sacamos como conclusión que el fenómeno del pensamiento único puede situarse en el contexto de un proceso múltiple y complejo. En el plano económico, responde a las dificultades sociales generadas por un largo período de recesión o de caída del crecimiento, con el aumento de las tasas de desempleo y la degradación de las condiciones de lucha de los trabajadores en general.

Así, hay un abandono total, incluso en el plano económico, de las actividades de planificación macroeconómica, y una hegemonía creciente del sector financiero que se fortalece ante las dificultades de la inversión directa y del aumento de las tasas de interés.

Las cuentas públicas se ven afectadas por el crecimiento del déficit fiscal, grandemente agravado por el aumento de las tasas de interés que se convirtieron en uno de los ítems principales del gasto público. Con la recesión, aumenta también la población desempleada, decae la fuerza de los sindicatos, y aumentan los gastos del Estado a través de la asistencia a los trabajadores desempleados y otros gastos sociales.

Todos estos fenómenos fortalecen a las fuerzas conservadoras, y hasta a las fuerzas reaccionarias que pretenden hacer retroceder la historia. El abandono de la historia como una referencia evolutiva de la humanidad es una condición para el pleno desarrollo de dichas tendencias. Al no haber acumulación en la coyuntura económica, se estima que tampoco la hay a lo largo de la historia. Es decir, que la historia se vacía de la idea de evolución y acumulación del horizonte intelectual.

Cuando se recorre la historia es para asumir su final, la antihistoria, como lo hizo Fukuyama en 1990, en su célebre artículo luego convertido en libro, con sumo éxito de divulgación, apoyado en un enorme aparato publicitario.

En el plano político, la aventura neoliberal tuvo también su refuerzo con la exacerbación de las dictaduras militares parafascistas de los años setenta, pero sobre todo con la recuperación del poder por los partidos conservadores a partir de Reagan, Thatcher, Kohl, y su proyección en la agenda política de los años ochenta y noventa.

Faltaba analizar el estrecho vínculo entre esos cambios generales y el manejo de los aparatos ideológicos. Las ideologías desaparecieron de los medios de comunicación, y las ideas reaccionarias se transformaron en fuerzas materiales indiscutibles. Eso ayudó a producir un terror ideológico muy evidente que impidió, hasta nuestros días, la superación de esas concepciones arcaicas.

Por lo tanto, estamos en el inicio de un amplio desmoronamiento de ese vasto complejo que es la hegemonía del neoliberalismo, y ante esa gran mentira necesitamos construir urgentemente una respuesta articulada, ya sea en el plano filosófico, económico o político. Sólo así podremos orientarnos en la trampa donde nos encontramos. Este libro es un intento de contribuir a esta tarea, que ya habíamos iniciado en nuestro libro *A Teoria da Dependência: balanços e perspectivas* (Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 2000). Pero hemos querido reconsiderar estos asuntos, sobre todo en el marco latinoamericano y brasileño que domina las dos secciones finales del libro.

La democracia latinoamericana es una planta muy frágil que necesita un cuidado especial. El problema más grave que está amenazándola es la falta de solidez de sus raíces socioeconómicas. La dependencia estructural, el crecimiento desigual que se da en sectores limitados de la población, basado en exportaciones de bajo valor agregado, en la distribución negativa de la renta que aumenta la distancia entre las élites y las masas populares, basado también en la retirada masiva de los excedentes conseguidos a costa de la sobreexplotación de los trabajadores (en forma de pagos de intereses internacionales, envíos de ingresos al exterior sin control, pagos de servicios sobrefacturados, retiradas clandestinas de recursos nacionales, etcétera), todos estos ingredientes negativos son la base de un desarrollo dependiente, concentrador y excluyente.

Para sustentar ese modelo de desarrollo, que nos aleja cada vez más de los centros de la economía y de la sociedad mundial, nuestras élites recurrieron a las dictaduras militares con pretensiones fascistas que dominaron la región en los años setenta, bajo el ala protectora norteamericana en lo político, lo económico y lo militar. En los ochenta, asistimos a una abertura política en nombre de los derechos humanos, la cual restableció los regímenes liberales allí donde habían sido proscritos por las dictaduras, buscó liberalizar los regímenes producidos por el movimiento nacional democrático de corte populista, e impuso formas liberales de gobierno donde nunca las hubo.

Pero esa ola de democratización, impulsada desde los centros mundiales de la economía y la política, no iba acompañada de una política de desarrollo económico que buscara aliviar los graves problemas ocasionados por el modelo de desarrollo dominante. Al contrario, buscó reforzar ese modelo, acentuando su contenido liberal en la economía, debilitando los Estados nacionales creados a duras penas, en pugna con las poderosas fuerzas internacionales y locales que siempre los captan para colocarlos exclusivamente a su servicio.

La hegemonía neoliberal trastocó el modelo de los ajustes estructurales de los años ochenta, según el cual nuestras economías se convirtieron en máquinas de pago de intereses internacionales en detrimento del consumo interno y del desarrollo. A continuación, en los años noventa, nos insertamos en el Consenso de Washington que nos amarró a monedas sobrevaloradas, a los déficits comerciales y a las altas tasas de interés administradas por los Estados para captar el capital extranjero atraído por las reservas internacionales acumuladas durante las renegociaciones de la deuda externa, a finales de los años ochenta, y por la privatización de nuestras empresas públicas.

Dos décadas de profundización de una opción económica cada vez más negativa para la población sólo consiguieron reforzar los graves elementos estructurales que amenazaban a nuestra democracia. A ese cúmulo de perversidades, hay que agregar el crecimiento del consumo mundial de las drogas y, por ende, de su producción, para la cual la región dispone definitivamente de ventajas comparativas, como la tradición del cultivo de la hoja de coca en la región andina, que es donde mejor se desarrolla dicha producción y con el rendimiento más alto.

Podemos afirmar que la crisis en la región andina sería de una profundidad mucho más grave si el negocio de la droga no hubiera prosperado.

Más aún: la mafia colombiana (y otras, después) consiguió organizar la venta de drogas en Estados Unidos y en Europa, aliándose con las mafias italiana y cubana que ya dominaban gran parte de los negocios ilegales en esos países. Más aún: la enorme liquidez proporcionada por el mercado de las drogas permitió que las mafias latinoamericanas penetraran en el sistema financiero internacional y se convirtieran en un poder regional gigantesco.

Fue así como presenciamos, en los años noventa, el fenómeno de la elección de presidentes de la república claramente vinculados al comercio de las drogas, reforzado por el contrabando de armas, asociado a otras actividades ilegales. No debemos olvidar que el fenómeno de la dolarización está articulado con la liquidez generada por estas actividades debido al lavado de dinero y la corrupción asociada a la expansión del pago de comisiones por los créditos internacionales.

Si describiéramos todos esos fenómenos, podríamos crear la imagen de que la región está enferma de un cáncer incurable. Pero no. Para salir de ese atolladero de perversidades implícito en un determinado modelo de desarrollo económico, existen caminos. Pero hay que decir con claridad que es necesario hacer transformaciones radicales, sin las cuales no se puede esperar una profunda transformación, de un desarrollo perverso a un círculo de crecimiento virtuoso.

En estos momentos, todo indica que estamos hundiéndonos en el pantano de la dependencia, de la concentración de la renta, de la miseria y la exclusión, de la corrupción y la violencia. La crisis del modelo mexicano, posibilitada por el NAFTA y pese a todas las ventajas de su cercanía con Estados Unidos, es un serio anuncio. La crisis argentina ha sido sumamente grave. La crisis venezolana ha mostrado que los principios democráticos formales no son esenciales para nadie y que el golpismo vuelve a tener apoyo de Estados Unidos. La crisis colombiana, que abrió camino a una intervención militar norteamericana en la región, se profundizó con la llegada a la presidencia de un «halcón», defensor de las soluciones de fuerza. En Ecuador, una irresponsable dolarización aumentó la crisis interna. En Perú, un gobierno nacido de la resistencia contra el golpismo de Fujimori se ha hundido dramáticamente por falta de voluntad política y por sumisión a las presiones internacionales.

Es hora de reflexionar, de buscar alternativas, de tender hacia cambios sustanciales, de generar esperanza en una población cansada de dos décadas de estancamiento. Es hora de apartar las pretensiones de los tecnócratas de mantener los principios doctrinarios del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, que estuvieron en la base de todas las políticas económicas de esas dos décadas, para retomar los caminos trillados por el pensamiento social latinoamericano.

Una cosa es cierta: las propuestas para resolver los problemas de la región basadas en el «libre comercio» no sólo han fracasado sino que han agravado los problemas del subcontinente. Pero el camino no es cerrar los ojos ante esa realidad dramática, o tratar de detener los cambios mediante medidas de fuerza. Esto sólo puede llevarnos a la profundización de la crisis. Llegó la hora de las graves decisiones. ¡Vamos a tomarlas!

I El neoliberalismo como doctrina y el futuro de la ciencia económica

MODERNIDAD Y NEOLIBERALISMO: UNA FALACIA

La década de los ochenta estuvo signada por el surgimiento de la ideología neoliberal. Esto fue precedido por la entrega de la economía chilena a la famosa «escuela de Chicago», para entonces bajo la tutela intelectual de Milton Friedman. Correspondió al fascismo chileno del general Pinochet el importante precedente histórico de dar todo el poder a una corriente de pensamiento económico desmoralizada desde la victoria de la democracia contra el nazismo. Pero la onda neoliberal comenzó a volverse hegemónica. Se inició con la victoria de Margaret Thatcher como primera ministra de Inglaterra y con la elección de Ronald Reagan como presidente de Estados Unidos. En este período, las políticas económicas de los países más poderosos estuvieron dirigidas hacia la desregulación de varios mercados, la privatización de varias empresas y actividades económicas, y el aumento de la competitividad internacional. Tales medidas, sobre todo en Estados Unidos y en Inglaterra, se complementaron con una disminución de los impuestos para las capas más ricas de la población, y con recortes importantes en el gasto social. Esta política terminó con la derrota de Bush padre en 1993, pero tuvo su renacer con la victoria republicana en las elecciones parlamentarias de 1995, contrarrestada luego por la elección de Bill Clinton en 1997. La victoria de George W. Bush, y las circunstancias generadas por el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono hicieron resurgir muchas de estas políticas en Estados Unidos. Sin embargo, esta nueva versión del neoliberalismo es sumamente confusa y contradictoria, revelando su estado terminal. La caída de Margaret Thatcher en 1991 y la derrota de los conservadores ingleses en 1997 vinieron a completar el cierre del ciclo neoliberal.

Estamos, pues, en condiciones de analizar el alcance y los efectos de la doctrina y de la práctica política neoliberal como fenómeno histórico.

En la Europa oriental y en la Unión Soviética, el movimiento democratizador, antiburocrático y antiestatista iniciado por la perestroika y la glasnot en 1985, terminó siendo sumamente influenciado por el pensamiento neoliberal. Pero en la segunda mitad de los años noventa, estas perspectivas ya periclitaban en la nueva república rusa y en toda su zona de influencia. Mientras tanto, los países del llamado Tercer Mundo todavía fueron presionados hasta finalizar el siglo para adoptar un régimen liberal de gobierno y una política económica neoliberal. Todavía no salen de este ciclo, pero el fracaso de estas políticas de ajustes estructurales,

sobre todo en África y con la crisis mexicana en 1994, pusieron en el tapete la necesidad de adoptar ciertas medidas para compensar los efectos sociales negativos de las políticas económicas estabilizadoras, que no tardaron en producir cambios políticos más sustanciales.

En mi libro *Socialismo e Democracia no Capitalismo Dependente* (Editora Vozes, Petrópolis, 1991), traté de explicar el verdadero origen de esos cambios, sus límites y sus contradicciones internas. También llamé la atención sobre el carácter ilusorio de este neoliberalismo, analizando la práctica económica de los años ochenta en mi libro *Economía Mundial, Integração Regional e Desenvolvimento Sustentável* (Editora Vozes, 1994), y en otras oportunidades. En estos trabajos, mostramos que una creciente intervención estatal predominó en estos años, con el aumento del gasto público y del déficit fiscal norteamericano, verdadera base del auge económico de la década del ochenta¹.

No se puede aceptar tranquilamente la afirmación según la cual vivimos, o vivíamos, bajo una política neoliberal cuando el déficit público, la inversión militar y la especulación financiera con los títulos de la deuda pública fueron los resortes que propulsaban la economía, en el período durante el cual los neoliberales ejercieron el poder. Aquí se revela uno de los asuntos centrales que pretendemos aclarar en este libro: hay una evidente contradicción entre la doctrina neoliberal y la práctica de sus adeptos.

Al inicio de los años noventa, las ilusiones neoliberales tan avasalladoramente promocionadas en la década anterior, empezaron a ser puestas en tela de juicio. Con la recesión iniciada por el crash de 1987 pero postergada hasta 1990 con medidas anticíclicas, el barco neoliberal comenzó a hacer aguas. De 1989 a 1993, fue aceptándose el hecho ineludible de que la economía mundial se encontraba en grave recesión: los valores financieros e inmobiliarios, inflados por el boom de 1983 a 1987 entraron en franca bancarrota, arrastrando a algunos de los mayores bancos y aseguradoras de Estados Unidos y otros países. El desempleo alcanzó índices sumamente elevados, confirmando una tendencia que ya se imponía desde 1967, cuando empezó a romperse la situación de pleno empleo creada después de la Segunda Guerra Mundial. En la década de los setenta y en los años posteriores se alcanzó otro nivel en el desempleo que, en los principales países, se acercó hasta los dos dígitos. Sólo fue en los años noventa, durante el auge económico norteamericano de 1993 a 2000, cuando la tasa de desempleo cayó a índices cercanos al pleno empleo (3,4 por ciento en 1999). En la tercera parte de este libro, veremos el significado de dicho auge y de la recesión subsiguiente en 2000-2002.

Las luchas por el control de los mercados nacionales reforzaron las medidas proteccionistas y endurecieron los choques entre Estados Unidos, Europa y Japón, abarcando incluso a los llamados nuevos países en vías de

industrialización. Las laboriosas negociaciones de las rondas internacionales, desde la Ronda de Japón hasta la Ronda de Uruguay patrocinadas por el GATT (Acuerdo General sobre los Aranceles y el Comercio), condujeron a nuevos callejones sin salida y, sobre todo, a la creación de una Organización Mundial del Comercio que produjo una regulación global del comercio, disfrazada de «libre comercio». La formación o el fortalecimiento de los bloques regionales que se operó en ese período, comenzó a suscitar el temor de que en su seno se acentuaran los nuevos proteccionismos. La competencia mundial asumió entonces la forma de conflictos entre regiones, reemplazando los mecanismos del proteccionismo cambiario con las políticas de subsidios, las normas técnicas de importación, y otros mecanismos.

Todo ello quedó evidenciado con el fracaso de la reunión de la Organización Mundial del Comercio en Seattle, en el año 1999. Pretendía ser la «Ronda del nuevo siglo», pero quedó momentáneamente opacada por la resistencia de las regiones del mundo a abandonar los sectores económicos que cada una protegía. Los mediocres resultados de la reunión de Doha, en 2001, no modificaron esta situación de impasse.

Los efectos sociales del endurecimiento de la competencia mundial afectaban particularmente los intereses de los trabajadores. La recesión mundial, el debilitamiento de ramos económicos enteros, la caída del empleo industrial y el consecuente aumento del desempleo derivado de esa crisis general y del efecto de las políticas neoliberales enfrentadas a las conquistas sociales de los trabajadores, se reflejaban en los movimientos laborales, particularmente en los sindicatos, que entraron en una grave crisis durante los años ochenta, crisis de la cual sólo comenzaron a salir hacia mediados de los noventa. La muestra más importante de esta recuperación ha sido la participación fundamental de la AFL-CIO, la mayor organización sindical de Occidente, en las manifestaciones que han tenido lugar en las calles de Seattle, hecho que obligó al Presidente de Estados Unidos a asumir, en la plenaria de la reunión internacional, la principal reivindicación de los trabajadores norteamericanos. Según éstos, sólo podrá haber libre comercio mundial cuando las condiciones laborales sean igualadas a todo lo largo y ancho del planeta. Mientras tanto, la competitividad entre los capitalistas se basará fundamentalmente en el costo devaluado de la mano de obra en varios países del mundo.

Al mismo tiempo, dentro de los bloques regionales se acentúan las luchas de las minorías nacionales y de las regiones económicamente deprimidas, se agudiza el racismo, se exacerban las persecuciones a los emigrantes. En los años noventa, se reconoció cada vez más oficialmente que la miseria y la marginación aumentaban, y también que el desempleo y la pobreza se convertían en temas centrales de las políticas económicas.

En esos mismos años, la mafia de la droga se incorporó al sistema financiero mundial y se institucionalizó. Pero las dificultades se hicieron aún más decisivas cuando, a mediados de los años noventa, empezó a

disiparse la magia del renacer neoliberal en el plano político. Las puntas de lanza del conservadurismo que armaron la ofensiva neoliberal se desacreditaron, y esto lo demuestran los hechos siguientes:

Hace mucho tiempo que los herederos de Margaret Thatcher han sido rechazados por la mayoría de la población inglesa, pese a que el gobierno pudo mantenerse hasta 1997 mediante los mecanismos del voto distrital.

La victoria espectacular del Partido Laboral en 1997 cerró una era e inició una nueva agenda económica, social y política. La incorporación de ciertos principios neoliberales en el programa de gobierno laborista, e incluso en algunos aspectos pragmáticos y doctrinarios de la llamada «Tercera Vía», no tienen condiciones para mantenerse, como veremos posteriormente. Esta victoria fue seguida por el retorno de los socialistas franceses al poder, y por la victoria de la socialdemocracia alemana.

Esos cambios electorales transformaron Europa en un continente gobernado mayoritariamente por socialistas y socialdemócratas hasta 2002, cuando la crisis coyuntural revertió temporalmente esa tendencia. En Estados Unidos, Bush padre no consiguió renovar el apoyo que tuvo Reagan, ni siquiera después de conducir una desigual guerra victoriosa contra Irak. Su sucesor demócrata, Bill Clinton, además de identificarse con la generación rebelde que se rehusó a participar en la guerra de Vietnam, defendió un amplio programa «liberal» (en el sentido norteamericano, o sea a favor de la intervención estatal y del gasto social). La reelección de Clinton en 1997 fue otro golpe duro contra el neoliberalismo. Recordemos que en Alemania, el primer ministro Helmut Kohl, al perder esas elecciones generales a pesar de su papel como unificador de Alemania, amargó la satisfacción, para la socialdemocracia, de las derrotas regionales de la democracia cristiana en 1998. Las revelaciones poste de la corrupción de Kohl y de su partido pareció sellar la suerte del conservadurismo alemán, que no consiguió regresar al gobierno en 2002, pese a que las encuestas de opinión lo favorecían. El retorno de la derecha en Francia es un fenómeno transitorio, y no debemos engañarnos sobre las tendencias más profundas.

El Partido Democrático Liberal de Japón quedó sumamente desgastado tras las acusaciones de corrupción contra sus líderes, y sucumbió entre sus divisiones internas. Después de dos gobiernos dirigidos por el Partido Socialista japonés, se retomó en 1996 una coalición liberal-socialista bajo la hegemonía del ala más dura del Estado intervencionista japonés.

Finalmente, un ala más centrista de los liberales asumió el gobierno, adoptando un programa de recuperación económica basado en el gasto público, que no garantizó una recuperación económica sustentable.

En el Tercer Mundo, las democracias liberales instaladas a todo lo largo de la década de los años ochenta, buscaron mitigar el descontento popular a través de gobiernos que, pese a haber sido electos en contra de la política del FMI, enseguida aplicaron sus políticas de manera ortodoxa, ejecutando una especie de «golpe de Estado electoral». Pero estos gobiernos pronto alcanzaron sus límites frente a la ola de descontento que generaron por doquier. Al mismo tiempo, el resurgimiento de los movimientos armados en esas regiones se convirtió en una fuente creciente de preocupación. La rebelión zapatista en México y la consolidación, en Colombia, de zonas liberadas por las FARC y otros movimientos como el ELN, han puesto en riesgo los intentos de imponer las políticas económicas desde arriba. Al mismo tiempo, en varios países surgía una oposición militar de cuño nacionalista, que ganó un inesperado apoyo popular en algunos países, como en el caso de Venezuela después del «Caracazo», violento movimiento de protesta contra la política económica neoliberal impuesta por Carlos Andrés Pérez tras haber llegado al poder oponiéndose a ella; ocho años después, este movimiento terminó llevando al poder a Hugo Chávez, quien introdujo profundas reformas institucionales y políticas de cuño opuesto al neoliberalismo.

El renacer y el mantenimiento del intervencionismo militar está cambiando de inspiración y de enemigo. Del golpismo pronorteamericano de los años sesenta y setenta, pasa a ser un movimiento militar nacionalista y antinorteamericano cuyos fundamentos se dieron durante la guerra de las Malvinas, cuando Estados Unidos rompió definitivamente el acuerdo militar con Latinoamérica al asumir la defensa de un «agresor externo», la Inglaterra de Margaret Thatcher.

El golpe de Fujimori en Perú, a mediados de esa misma década, se presentó primero como una insubordinación ante las presiones norteamericanas, y reflejaba cambios en las fuerzas armadas y en la política económica. Una vez asumido el poder, Fujimori, pese a haber sido electo por su oposición al programa neoliberal defendido por Mario Vargas Llosa, adoptó una política económica neoliberal y un proyecto político autoritario y conservador, destruyendo el Estado de derecho peruano, e instaurando una dictadura solapada en la que pesaron enormemente los sectores militares comprometidos con el tráfico de drogas. A pesar de la insatisfacción que este proceso les producía, los estrategas norteamericanos no encontraron ninguna alternativa a una situación tan incómoda, y se vieron obligados a aceptar la reelección de Fujimori en 1996, y una tercera elección en 2000 en contra de las fuertes protestas del propio gobierno norteamericano. Un movimiento popular de gran alcance detuvo el nuevo golpe de Fujimori, logró derrocarlo, e impuso un gobierno democrático en el país.

En Haití, el golpe contra el presidente Aristide no tuvo apoyo popular pero se dio en contra de la orientación norteamericana, revelando una tendencia a la autonomía de los aparatos armados del continente, hecho sobre el cual llamamos la atención. Estados Unidos tuvo que invadir Haití para reponer en el poder ese mismo presidente que les era ideológicamente hostil, inspirado en la Teoría de la Liberación. Esto demuestra que la derecha empieza a resultar un enemigo más peligroso que muchos sectores de la izquierda. Y tal vez explique, en parte, la inclinación hacia las fórmulas de centroizquierda que está verificándose.

En el mundo islámico, un fundamentalismo creciente y mayoritario (ver el caso de Argelia) amenaza los propios fundamentos de la democracia liberal. Las elecciones dan la mayoría a quienes preconizan el fin de la democracia y el establecimiento de un Estado religioso. ¿Acaso no fue posible instalar, en los años veinte y treinta, una mayoría electoral que apoyaba el fascismo italiano y alemán? Hay que empezar a preocuparse por el ascenso de los partidos neonazis en Europa. El fortalecimiento electoral de esos partidos encontró su punto máximo en la incorporación del Partido Popular de Austria al gobierno de este país en el año 2000. Las fuerzas liberales empiezan a preocuparse aún más ante la expansión de sectas terroristas de derecha en Estados Unidos, y la persistencia de candidaturas de derecha o conservadoras en el cuadro electoral de ese país.

Por último, no se debe despreciar la alerta hecha por el ex presidente Nixon un poco antes de su muerte, acerca del fracaso de la democracia neoliberal en la Europa oriental y en la Unión Soviética. Nixon temía sobre todo el avance de un socialismo democrático en la región, pero no dejaba de considerar la posibilidad de un renacer del autoritarismo, tal vez de base militar. Los hechos están dándole la razón. En toda la Europa Oriental y en la antigua Unión Soviética, los ex comunistas que asumieron un programa socialista democrático alcanzaron importantes victorias.

El autoritarismo tiene importantes bases en la Europa oriental y en Rusia, donde la elección de Putin en 2000 se dio a partir del orgullo chauvinista ruso, apoyándose en el genocidio del pueblo checheno.

Brasil, a pesar de sus esfuerzos a favor del crecimiento económico basado en la importación de tecnologías, capitales, cultura y procesos administrativos desde los centros económicos más desarrollados, no ha podido resolver ninguna de sus llagas históricas. Al contrario, profundizó la concentración económica, impuso a su pueblo formas dramáticas de «modernización», empujando las poblaciones rurales hacia las urbes sin poder ofrecerles trabajo, vivienda, educación, salud y alimentación.

Esta falsa «modernización» lograda mediante el golpe militar de 1964, del régimen de excepción, de la tortura y de la represión cultural, moral y física, fue producto de un pensamiento social oligárquico, colonizado y racista, que creía posible construir «una gran potencia» económica y moderna a costa de los hambrientos y los analfabetas. Y lo más grave es que no se ha aprendido la lección. Como por acto de magia, este pensamiento conservador y reaccionario pretende convencer al pueblo brasileño, y lo ha conseguido, de que el régimen dictatorial instalado por el gran capital internacional no pecó por exceso de liberalismo económico al servicio del capital, sino por exceso de intervención estatal, nacionalismo y planificación.

Los que llegaron al poder por la fuerza en nombre del liberalismo, del libre comercio, de la libre entrada del capital internacional, de las políticas económicas de corto plazo, del pragmatismo, quieren convencer al pueblo brasileño de que ocurrió exactamente lo contrario. ¡Que la dictadura fue el reino del socialismo, de la planificación, del estatismo, del nacionalismo! Y que para modernizar Brasil era necesario aumentar la desregulación, la libre acción del mercado, la privatización, la exportación, etcétera.

Todas esas recetas fueron aplicadas durante los veinte años de dictadura y los años siguientes, llamados «de transición democrática». Esta transición, dicho sea de paso, fue inicialmente dirigida por el antiguo presidente del partido de la dictadura, José Sarney! Después, se instaló un gobierno neoliberal durante más de dos años, bajo la égida del neoliberal Fernando Collor de Melo, iheredero de las mismas fuerzas que habían impuesto la dictadura y se presentaban como la salvación de la patria! El país siguió bajo la eterna y paternal égida del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional que orientaban su política económica desde 1964!

Después de un interregno, con el breve gobierno de Itamar Franco, se volvió a constituir en 1994 un gobierno de mayoría conservadora, con el Partido del Frente Liberal (PFL) y el Partido Laborista de Brasil (PTB), unida a un partido de centro, el Partido de la Social-Democracia Brasileña (PSDB). Las políticas seguidas fueron las mismas que las del período anterior; la única diferencia era que la cabeza del gobierno se mantuvo en el centro a través de Fernando Henrique Cardoso. Pese a ese continuismo casi absoluto, cada uno de esos gobiernos se presentaba ante el país como algo totalmente nuevo con respecto a lo anterior. No obstante, había una novedad: la creciente radicalización de los principios liberales que inspiraron el golpe de 1964. Ni siquiera el milagro económico de 1968 a 1973 y el gobierno de Geisel escaparon a ese modelo económicamente concentrador, de apertura al capital internacional y de sobreexplotación de los trabajadores. El gobierno de Castelo Branco, bajo la égida del liberalismo radical de Roberto Campos, Gudin y Bulhões, fue un antecedente del gobierno de Pinochet y su «escuela de Chicago». Los ocho años de clara hegemonía neoliberal llevaron el país a la recesión, al desempleo, a la falta total de perspectiva. Como veremos en la parte final de este libro, esta situación dio origen a una elección sui generis en la cual la oposición tuvo una aplastante mayoría,

colocando en el gobierno al candidato de la principal fuerza partidista de la oposición, el Partido de los Trabajadores, en amplia alianza con las fuerzas del centro. Sin embargo, los derrotados armaron una enorme campaña en los medios de comunicación para comprometer al nuevo gobierno con las políticas económicas derrotadas, logrando cierto éxito.

Tanto cinismo, tanta impostura, capaces de invertir el verdadero signo de las políticas económicas, sólo han sido posibles con el sistemático trabajo de desinformación de los medios de comunicación y de las élites culturales y políticas cooptadas. También por el bajo desarrollo educacional de la población, y las limitaciones provincianas de la intelectualidad. En esos años de dictadura, no se hizo más que reafirmar la idea de que el mundo se limita a Nueva York, Londres y París. Y tal vez, haciendo un gran esfuerzo de actualización, a Tokio.

Pero en Washington siempre se practicó el más brutal intervencionismo estatal a través de los gigantescos gastos militares del Estado norteamericano, sus enormes sistemas de salud, educación y bienestar, y a través de la administración de la mayor deuda pública del mundo, que ha gerenciado y sustentado a un enorme sector financiero. No se puede decir menos de Alemania, donde predominó uno de los más altos gastos públicos del mundo. También la Inglaterra de Margaret Thatcher presentó una permanente intervención del gasto público en la economía². En Europa, se puso en práctica una poderosa intervención estatal en forma de políticas industriales, culturales y, sobre todo, sociales.

En Tokio, también se puso en práctica una fuerte política de intervención estatal orientada por el Ministerio de Industria y Tecnología, el famoso MITI. En su seno se han definido las prioridades, los sectores tecnológicos e industriales que hay que desarrollar, las inversiones que hay que hacer, las políticas de educación, el desarrollo social, y la alta calidad de vida del pueblo. Ahí se ha registrado también un fuerte movimiento cultural-social y poblacional de preservación de la identidad cultural japonesa. Sólo los necios pueden dejarse impresionar con las imitaciones del comportamiento occidental que hacen los japoneses: son totalmente superficiales y, a veces, hasta infortunadas. Japón es japonés, oriental y propio. Éste también fue el camino de los llamados tigres asiáticos: Corea del Sur, Hong Kong, Taiwán, Singapur. El enorme polo poblacional, económico y civilizacional que hoy congrega a China continental, a las otras Chinas, a los «tigres», a los «nuevos tigres» (Malasia, Indonesia, Tailandia), bajo la hegemonía del «capitalismo comunitario» japonés, que aplica una integración económica planificada aunque no formalizada.

A principio de los años noventa, el abandono de algunos de estos principios para favorecer el libre movimiento de capitales internacionales, facilitó la crisis de 1997, que analizaremos más detalladamente en la tercera parte del libro.

En la Europa Oriental y la antigua Unión Soviética, los sectores neoliberales llegaron al gobierno al amparo de una campaña internacional, que ha ido perdiendo fuerza día a día, dejando un lastre de desempleo, corrupción y caos económico. En estos países se han formado nuevas corrientes socialistas y socialdemócratas que buscan mantener las conquistas sociales del llamado «socialismo real» y, al mismo tiempo, avanzan en la democratización y en su integración dialéctica y dinámica (no sólo pasiva sino también activa y ofensiva) en la economía mundial.

Hay, pues, mucha diferencia entre el discurso teórico y doctrinario y las prácticas políticas, como hemos señalado. El avance de la ideología neoliberal y la especie de «terrorismo ideológico» que ésta creó con el apoyo de los medios de comunicación, buscaron identificar la modernización con los principios neoliberales. Se llegó a plantear el «fin de la historia», con la imposición global de los principios neoliberales.

No obstante, los hechos apuntan hacia una dirección contraria. Tiene que correr entonces mucha agua en estos inicios del nuevo siglo, y arrastrarán a estas casandras neoliberales que, desde hace siglos, atormentan a nuestro pueblo, sometiéndolo a la dependencia económica, a la sobreexplotación del trabajador, a la concentración de la riqueza, la miseria y la marginalidad. En el transcurso de este libro, trataremos de determinar las causas y las orientaciones de estos cambios.

El renacer del liberalismo: La doctrina liberal y el neoliberalismo

Después de la Segunda Guerra Mundial, se extendió por el mundo occidental una ola política liberal. El nacionalismo, el proteccionismo, el militarismo, el racismo habían conducido el mundo a dos cruentas guerras mundiales. Se trataba de rescatar la democracia política, el libre comercio, las doctrinas liberales de respeto a las minorías. No obstante, en el plano económico se reconocía los límites de la economía liberal. La intervención estatal resultaba necesaria para garantizar los mercados y estimular el crecimiento, y sobre todo el empleo.

El antiguo liberalismo económico era sustituido por un nuevo «liberalismo» que aceptaba la intervención estatal a favor del pleno empleo; las grandes empresas como forma más eficiente de organización de la producción, siguiendo planes de crecimiento, dimensionando el mercado, e introduciendo innovaciones; las

instituciones financieras multilaterales, reguladoras del dinero mundial, con una tasa fija para el dólar en oro (la libra inglesa también disfrutó de ese privilegio, pero luego tuvo que abandonarlo); los partidos políticos (excepto los comunistas, que fueron ilegalizados a partir de 1947, bajo la presión de la Guerra Fría); la redistribución de la renta a través de un régimen fiscal progresivo; etcétera.

Los liberales aceptaban así las tesis económicas y políticas de los socialdemócratas, y se dejaban confundir con éstos, pero hacían una interpretación más bien conservadora de las doctrinas socialistas, y presionaban los partidos socialdemócratas y socialistas para que abandonaran sus principios socialistas.

En Estados Unidos, la palabra «liberal» pasó a designar este ideario político que, cada vez más, se identificaba con el Partido Demócrata, aunque en el Partido Republicano también existe este tipo de liberal. En muchos países desarrollados, sobre todo donde los socialistas se resistían a romper con los comunistas, se crearon partidos socialdemócratas para defender este ideario. Los socialcristianos alemanes y los democristianos italianos también se hicieron seguidores del programa social «liberal».

Sin embargo, para los conservadores ésta era una grave deformación del liberalismo. De hecho, se trataba de un «socialismo disfrazado».

Inspirada por von Mises, Hayek y otros líderes de esta corriente, una nueva sociedad doctrinaria y política se reunió en abril de 1947, en el hotel Mont-Pèlerin, en el sur de Suiza, con treinta y siete participantes³.

Allí se fundó la sociedad liberal que, según Donald Stewart Jr. habría sido el verdadero nacimiento del liberalismo económico. Lo que puede llamarse «economía liberal» es un fenómeno de la postguerra⁴.

Se levantó un enorme aparato de propaganda ideológica, de política académica y de coordinación de políticas económicas, contra la hegemonía de Keynes que justificaba la intervención estatal, contra la fascinación por la Unión Soviética y el «romanticismo» de la Revolución Rusa, contra el «desarme» de los intelectuales y, sobre todo, contra los economistas dispuestos a presentar planos nacionales de desarrollo, contra la «contrarrevolución intelectual» de la que habló Milton Friedman, refiriéndose al período posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Recientemente, sintiéndose victoriosos debido a la «implosión» de la Unión Soviética, los propagandistas de la sociedad Mont-Pèlerin pudieron contar abiertamente su historia. Para Odemiro Fonseca⁵, la participación de los economistas liberales en la recuperación de Italia, Francia, Alemania y otras partes de la Europa de la postguerra, explica gran parte de su éxito económico. Sin embargo, el autor no dice por qué el Estado aumentó

drásticamente su participación en la renta nacional de esos países, llegando hoy a más de 50 por ciento del producto interno bruto, a pesar de que se hallaba bajo el dominio de las políticas neoliberales...

Para ese mismo autor, el otro éxito de la Sociedad Mont-Pèlerin consiste en su expansión académica, sobre todo a partir de la «escuela de Chicago», donde Hayek dio clases desde 1950 hasta 1962, y de otros centros universitarios europeos, y luego australianos y asiáticos. El dominio del Premio Nobel de Economía, que descartó a un François Perroux, un Shigeto Tsuru, un Paul Sweezy, un Ernest Mandel y tantos otros, para nominar hasta 1995 a ocho miembros de la Sociedad Mont-Pèlerin⁶, fue la consagración de esta corriente.

Sustentando la actividad académica, y ejerciendo un papel de divulgación, están los Institutos Liberales que salieron de Mont-Pèlerin. Es interesante reproducir en sus detalles la descripción triunfalista de Odemiro Fonseca:

“El último episodio de la postguerra en el campo de las ideas liberales, umbilicalmente ligado a Mont-Pèlerin, fue una enorme expansión de los llamados institutos liberales de análisis político, principalmente a partir de los años setenta. El primero de ellos había sido fundado en 1946 por Leonard Read en Nueva York. En 1955, el Institute of Economic Affairs (IEA) fue fundado por Anthony Fisher en una pequeña oficina de Hobart Place, en Londres. Fisher, un ex piloto condecorado por la Royal Air Force y exitoso empresario, había leído El camino de la servidumbre y quería actuar. Buscó a Hayek, quien le dijo que su actuación sería más efectiva en el campo de las ideas que en el campo de la política partidista. Fisher se hizo miembro de Mont-Pèlerin y, en 1957, convenció a Ralph Harris, un joven profesor de Saint-Andrews, para que se dedicara al instituto, y a Arthur Seldon para que editara sus publicaciones. El instituto libró una memorable batalla contra el colectivismo predominante en Inglaterra, fundó el movimiento intelectual que se materializaría políticamente en el «thatcherismo», y divulgó sus conceptos por el mundo. En 1988, cuando Fisher falleció, era presidente de la Atlas Economic Research Foundation, una especie de instituto de los institutos, era fundador (en 1974) del Fraser Institute en Canadá, del de San Francisco en Estados Unidos, daba apoyo a más de sesenta institutos liberales en veinte países, y estaba a punto de abrir el primer instituto en África.

El IEA y sus seguidores se distinguieron de otros institutos con más claros nexos políticos, como el Center for Policy Studies de Londres, la Heritage Foundation, y el Brookings Institute en Washington. Todos, desde el Free Enterprise Institute en Suecia al Carl Menger Institute en Austria; del Hong Kong Center for Economic Research al CISLE en México; de los Institutos Liberales de Brasil al Cato Institute en Washington, aplicaron el modelo del IEA. Pero otros miembros de la Sociedad crearon otros centros de estudios liberales. Goodrich fundó el Liberty Fund; F.A. «Balde» Harper fundó el Institute of Human Studies en 1962; Manuel Ayau y otros fundaron la Universidad

Francisco Marroquim en Guatemala; y la familia Benegas Lynch fundó el Eseade en Argentina. La Ucla y la Universidad de Virginia se convirtieron en importantes centros del liberalismo clásico.

Lo que Fisher no pudo presenciar, pero Hayek sí pudo hacerlo, fue la explosión de los institutos liberales del Este europeo, siempre influenciados por El Camino de la servidumbre. En el caso de la antigua Checoslovaquia, Tomas Jerek, corriendo grandes riesgos personales, hizo una traducción no autorizada del libro. Junto con otro amigo disidente de esa época, Vaclav Klaus, estaba entre los fundadores del Liberální Institut de Praga, en 1990, que organizó en 1992 la primera reunión del Mont-Pèlerin en el este europeo. Klaus era entonces ministro de Hacienda, y Jerek ministro de la Privatización.

Hoy, más de 25 por ciento de los quinientos cuarenta miembros de Mont-Pèlerin son dirigentes de institutos de análisis independientes, que suman actualmente más de cien en el mundo. Las reuniones de la Sociedad Mont-Pèlerin representan un gigantesco proceso de recarga de las baterías intelectuales para dichos institutos. De hecho, el Mont-Pèlerin es un enorme grupo de estudio en el que se presentan y se discuten ponencias.

La Sociedad no tiene publicaciones y no emite opiniones, se limita a ofrecer local y agenda para que sus miembros se encuentren y confronten sus ideas (Odemiro Fonseca,ob.cit.)”.

Odemiro Fonseca cita a Friedman y a varios otros que ven en el grupo Mont-Pèlerin un mundo de ideas, de «fuertes expresiones personales», donde no se planifica ninguna acción, ni se financia ninguna actividad humana, ni siquiera las ponencias presentadas (contrariamente a otros congresos académicos y sociedades profesionales). Hay que estar muy alienado para no ver que la Sociedad Mont-Pèlerin es un típico grupo de presión que garantiza a sus miembros óptimos empleos, premios Nobel y otras «pequeñas» compensaciones.

Pero, en definitiva, ¿qué pretenden estos paladines del liberalismo auténtico, o del hoy llamado «neoliberalismo»? Von Mises niega la posibilidad de un neoliberalismo y, en su libro Tratado de Economía⁷, dice:

Utilizo el término «liberal» con el sentido que se le atribuyó en el siglo XIX y todavía hoy, en los países de la Europa continental. Es un uso imperativo porque, simplemente, no existe ningún otro término disponible para significar el gran movimiento político e intelectual que reemplazó los métodos precapitalistas de producción con la libre empresa y la economía de mercado; los absolutismos de reyes u oligarcas, con el gobierno representativo constitucional; la esclavitud, la servidumbre y otras formas de cautiverio, con la libertad de todos los individuos.

Se trataba del «sistema cosmos» de Hayek, que:

"Pese a ser también resultado de la acción humana, no es el resultado del designio humano, y sí un proyecto espontáneo evolutivo, en el que todos participan, pero ninguno en particular decide sobre los atributos y las características del sistema"⁸.

Se trata de un automatismo de los fenómenos económicos que, pese a incluir en el nivel microeconómico la subjetividad de los actores, termina ofreciendo siempre los mismos resultados desde el punto de vista macroeconómico. Se trata de afirmar la inutilidad de la intervención de las políticas estatales (excepto las fuertes intervenciones, como los choques económicos, para «restablecer» el «libre comercio»), la imposibilidad de la planificación, y la necesidad de garantizar el libre comercio como condición fundamental de libertad individual. Se trata, sobre todo, de negar la llamada «Tercera Vía» entre capitalismo y socialismo, que la Guerra Fría alimentó durante cuarenta años. Veamos uno de sus divulgadores locales:

"Esto significa, en la práctica, la inviabilidad de la «tercera vía del estado providencial» o del «liberalismo social», o cualquier otro intento de conciliar la economía liberal de mercado y el estado de derecho con cualquier forma de estatismo, intervencionismo, o con cualquier forma de constructivismo (o ingeniería social)"⁹.

No se puede negar los fundamentos teóricos de esta posición. De hecho, el sistema capitalista puro sería una negación absoluta del socialismo puro imaginado por estos tecnócratas. Ocurre que el capitalismo es un sistema histórico, y no elimina las contradicciones sociales. Al contrario: aumenta aún más la contradicción entre el trabajador libre, que recibe un salario por su actividad productiva, y el capital, que se forma a partir de la apropiación de los resultados del trabajo humano y se convierte en ganancia. Los liberales dan mil vueltas para tratar de negar esta contradicción, y hasta inventan una realidad económica donde el trabajo no es el fundamento del intercambio, o sea, del valor. Atrapados en este afán de ocultarlo, llegan a la notable conclusión de que el libre comercio es el único escalonador correcto de los productos de la acción económica.

Sin embargo, también ocurre que el capital concreto necesita la intervención estatal para dominar las enormes fuerzas productivas liberadas por el modo de producción capitalista. Como lo muestra Marx, el camino del capitalismo es la concentración de la producción (bajo la creciente égida de la ciencia), el monopolio y la centralización del capital (particularmente las sociedades anónimas y el sistema financiero, y por último, el capitalismo de Estado (el Estado es, según Engels, el capitalista colectivo).

De ahí esta terrible contradicción entre el discurso neoliberal y su práctica política. Para defender el capitalismo, considerado como el principio y el fin de la acción económica, no le queda otro camino que defender, en la práctica, la concentración, la centralización, el monopolio y la creciente intervención estatal.

En los próximos capítulos, profundizaremos la historia de esta contradicción y su manifestación en la actual realidad económica y política.

Neoliberalismo y ciencia económica

Hemos visto los principios doctrinarios que inspiran al neoliberalismo. Pero ya hemos indicado que el grupo Mont-Pèlerin también buscó tener una base sólida en la academia. Sin duda, la Universidad de Chicago fue su principal punto de apoyo, pero posteriormente el pensamiento liberal fue expandiéndose con mucho éxito por la academia norteamericana y mundial.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el pensamiento económico occidental estuvo profundamente influenciado por la óptica teórica keynesiana, que era una crítica al principio de Say, según el cual la producción genera su propia demanda. Al aceptar la tesis de que el pleno empleo no era un resultado natural del equilibrio económico, Keynes lo colocó en el centro de la reflexión teórica. Mostró que en condiciones de libre comercio podría haber una insuficiencia de la demanda, lo cual llevaría a una subutilización de la producción y del empleo. Al colocar la fuente de la crisis económica en la ausencia de la demanda, encontró en el gasto público una posible solución a la crisis económica, en la medida en que los factores multiplicadores del gasto permitían incluso su óptima utilización.

En torno a las ideas centrales de Keynes, se armó un modelo teórico inspirado en Hicks, Samuelson y otros, que restableció su compatibilidad con la economía neoclásica y la noción de equilibrio general que la fundamenta. A pesar de la dificultad para combinar la necesidad de la intervención estatal a fin de garantizar el pleno empleo y la noción de un equilibrio general¹⁰, estas ideas se unieron en dos diagramas clave:

1. El equilibrio entre el mercado de bienes y servicios y el mercado de capitales (incluyendo la tasa de intereses del modelo) y representado por el diagrama IS-LM.
2. El equilibrio entre el crecimiento del producto y la oferta de trabajo (y el subsiguiente desempleo) a través de la curva de Phillips. El caso keynesiano pasó a ser un simple caso particular de la teoría clásica que no rompe con el modelo del equilibrio general.

Todo esto se traduce en un modelo general de relaciones macroeconómicas que se concentra en recomendaciones de política. Se reducen a tres objetivos:

- a) niveles aceptables de crecimiento económico;
- b) altos niveles de empleo (bajas tasas de desempleo);
- c) mantenimiento de precios estables (bajas presiones inflacionarias).

Todas las divergencias de política económica quedarían reducidas a jerarquizar estos objetivos, como lo dice sinceramente Robert B. Carson:

“Las tres metas no están separadas, ni despiertan necesariamente la misma lealtad. En primer lugar, se acepta que el nivel del producto de una economía sea el principal determinante del empleo y de los precios. En segundo lugar, se sabe que los niveles de los precios y del empleo guardan una relación más o menos inversa entre sí (exceptuando la estanflacionaria década de los setenta). Economistas de diferentes corrientes teóricas o ideológicas pueden erigir como principal consideración la estabilidad de los precios o el alto empleo, con los liberales reconociendo generalmente la preeminencia del empleo, mientras que los conservadores destacan la estabilidad de los precios”¹¹.

Esta confianza en las políticas económicas forma parte de la tradición keynesiana que entró en grave crisis en los años setenta, cuando uno de sus pilares fue desmentido por los datos económicos. La estanflación del período produjo recesión (con desempleo y bajo crecimiento) combinada con inflación creciente, negando el comportamiento de la curva de Phillips, tan caro a los keynesianos.

Había que explicar esa rigidez de los precios mediante mecanismos institucionales (fuerza de los monopolios para administrar los precios, resistencia de los sindicatos para bajar los salarios, mantenimiento de los precios altos, etcétera). Pero según la visión neoclásica, se producen «ruidos» en el sistema de libre comercio y de equilibrio general. Se abrió un camino entonces para las explicaciones monetaristas que llevaron a Milton Friedman, el paladín del monetarismo, a una posición de gran prestigio a finales de los setenta. Sin embargo, sus propuestas y previsiones no dieron resultados relevantes, y la crisis de la teoría keynesiana llevó la crítica más lejos. Surgieron los nuevos clásicos que, a través de la crítica a las explicaciones monetarias de las fluctuaciones económicas, salieron a retomar el modelo clásico de equilibrio general con algunos incrementos macro y, sobre todo, microeconómicos.

Según la descripción de Robert Barro, sus modelos de «macroeconomía de expectativas racionales, o como aproximación al equilibrio de macroeconomía iniciados por Bob Lucas, al inicio de los años setenta»¹², permitían encontrar explicaciones para las fluctuaciones económicas del mundo real. Estas fluctuaciones no podían explicarse a través de

“fallas de mercado fácilmente corregibles, tales como las que están presentes en los modelos keynesianos. De ahí que las fluctuaciones tienen que reflejar los desórdenes reales o monetarios, cuyos efectos económicos dinámicos dependían de los costos de obtención de la información, los costos de ajustes, y otros...”¹³.

En lo que se refiere a los fenómenos monetarios, parecían empíricamente importantes, a pesar de que en la teoría neoclásica: la estructura de equilibrio con precios flexibles tiende a generar una estrecha aproximación a la neutralidad monetaria.

Sin embargo, los nuevos clásicos consiguieron resultados mostrando, teórica y empíricamente, la influencia de las fluctuaciones de la moneda en las fluctuaciones macroeconómicas, por lo menos a corto plazo.

No encontraron, sin embargo, «efectos monetarios sobre las tasas de interés, las tasas salariales y el consumo», ni en la relación prevista por el tipo de curva de Phillips entre los movimientos de los precios y las actividades económicas reales, ni tampoco la esperada relación positiva entre choque monetario y producto, a no ser con amplios agregados monetarios. En verdad, los nuevos economistas clásicos no tienen mucho que presentar como resultado del funcionamiento de sus modelos, lo cual los lleva al empirismo casi absoluto con la creación de la «teoría del ciclo real».

Pasaron a enfatizar los choques tecnológicos u otros desórdenes por el lado de la oferta «como fuerzas orientadoras centrales».

Entre ellas se encuentran los mercados perfectos, los agentes optimizantes son «típicamente modelados como familias representativas con horizontes infinitos».

De ahí que algunos economistas sean definitivos en su evaluación del fracaso de los nuevos clásicos. Blanchard cree que «dada la suma de energía que se dirigió para ello (volver a los fundamentos), no tenemos mucho que mostrar»¹⁴.

“Los que siguieron las sugerencias de Lucas y Sargent para la reconstrucción teórica de la macroeconomía fueron conocidos como los “nuevos clásicos”. La escuela de los nuevos clásicos siguió el curso clásico de las revoluciones,

pasando por sucesivas depuraciones de las curvas, a fin de alcanzar la pureza teórica. Habiéndola alcanzado, ésta se halla a punto de extinguirse pero, como argumentaré más adelante, su influencia en la investigación, desde su metodología hasta sus extravagancias, fue inquietante, y perdura”¹⁵.

No obstante, todos los insights originales fueron abandonados debido al resultado de los trabajos empíricos:

“Los mercados descentralizados, la información imperfecta y el rol de la moneda a través de esos canales fueron descartados y reemplazados por los mercados competitivos, por la maximización explícita de agentes y firmas representativas, o sea, por los «ciclos económicos reales», o por su mapeo inmediato en economías Arrow-Debreu. A medida que el modelo se depuraba, muchos de los viejos guerreros lo abandonaron para trabajar con el crecimiento y con el aprendizaje”¹⁶.

Pero, ¿se mantendría entonces el perfeccionamiento metodológico a través del avance de los modelos de ciclos económicos reales? Esto tampoco lo aprueba Blanchard. Los nuevos keynesianos desean restablecer la visión básica de lo macro, mejorado su basamento teórico. Así, proponen el análisis de las rigideces nominales, de las rigideces reales, varias formas de competencia imperfecta, de tasas salariales y de interés, del papel de la información asimétrica, de la solución adversa, y del peligro moral (moral hazard).

Las propuestas de los nuevos keynesianos no convencieron a los nuevos clásicos. Barro critica sobre todo sus métodos para conceptuar sus modelos. Según él, su objetivo es comprobar la corrección de las afirmaciones de Keynes:

“La generación de respuestas keynesianas de viejo estilo, a partir de nuevas y más sofisticadas estructuras teóricas, no sustituye la evidencia empírica (Barro, 1992, p. 15)”.

Rudiger Dornbusch también entró en la polémica para enterrar a los nuevos clásicos¹⁷. En realidad, los críticos querían excluir algunos elementos progresistas del pensamiento keynesiano que habían servido de fundamento teórico para las políticas de pleno empleo y del Estado de Bienestar (Welfare State). También pretendían atacar «el corazón de la ortodoxia keynesiana, que es el activismo —la capacidad de afectar el desempeño de la economía a través de la política descriptiva» (p. 32). Si las críticas de los nuevos clásicos deseaban eliminar la intervención estatal keynesiana o de otro origen doctrinario, no lograron los resultados esperados.

El objetivo de este trabajo es demostrar que el auge del neoliberalismo durante los gobiernos de Thatcher y Reagan no disminuyó la intervención estatal sino que, al contrario, la aumentó. Más aún: fue la expansión de

la demanda estatal lo que permitió, durante el gobierno de Reagan, la recuperación de la crisis de 1979-1982 y lo que explica la evolución posterior de la economía mundial.

Asimismo, si los nuevos clásicos pretendieron disminuir la importancia de las reflexiones y los estudios acerca de la llamada competencia imperfecta o competencia monopolística, fracasaron una vez más. Los datos demuestran un aumento del monopolio en ese mismo período, incluso en los sectores donde se dio la desregulación y se acentuó la competencia.

En vez de favorecer el funcionamiento del libre comercio, la desregulación favoreció el monopolio, la administración de precios, las corporaciones sindicales y otras rigideces.

Con esto no quiero defender a los nuevos keynesianos; sólo quiero reconocer que su agenda de investigaciones se acerca mucho más a la realidad, pese a que le faltan cuestiones claves, como los ciclos largos, los paradigmas tecnológicos, los regímenes de regulación y, sobre todo, lo que falta a toda «ciencia económica»: los fenómenos de exploración, sobreexplotación, lucha de clases, sistema mundial, imperialismo y dependencia, lucha geopolítica por el poder mundial, etcétera.

Hay que insistir en que nuestro objetivo en este libro no es teórico. Eso lo dejamos para otros trabajos¹⁸. Nuestro objetivo, aquí, es demostrar:

1. Que la doctrina neoliberal estudiada en el capítulo anterior tuvo una cobertura teórica a través de la escuela de los nuevos clásicos.
2. Que esta cobertura teórica, pese a que goza del mismo modismo que la doctrina neoliberal, no logra resultados aceptables ni en el plano teórico, ni en el plano de las evidencias empíricas (excepto las investigaciones sobre la influencia de la educación y de los recursos humanos en el ciclo económico, corroboradas por otros estudios más profundos sobre el tema), ni en el plano de su influencia en las políticas económicas de los países centrales.
3. Que, sin embargo, en los países periféricos estas teorías servirán de telón de fondo para las políticas de ajustes económicos según el llamado Consenso de Washington, practicada bajo la orientación del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional con resultados desastrosos, como veremos más adelante.

La Reaganomics, o la economía política del desastre

Así pues, a fines de la década de los setenta entraron en crisis los principios que orientaron la síntesis económica postkeynesiana, sobre todo la idea de que la inflación y el desempleo eran situaciones opuestas entre sí.

Ello se debió principalmente al fenómeno de la estanflación, o sea, la mezcla de estancamiento económico y de inflación que se produjo en dicha década, y en particular durante la recesión de 1978-1982. Esto abrió camino a una ofensiva contra el principio keynesiano de la necesidad de intervención estatal para generar la demanda, recuperar la economía y crear el pleno empleo. Esta ofensiva estuvo dirigida, por los «neoliberales». En el clima intelectual suscitado por la ofensiva neoliberal, entre fines de los setenta e inicios de los ochenta, se hicieron posibles las aventuras intelectuales más increíbles.

Durante los años setenta, el monetarismo de Milton Friedman había encontrado una oportunidad excepcional. En Chile, después del golpe militar contra Salvador Allende en septiembre de 1973, se estableció un gobierno militar con amplios poderes para aplicar una política económica liberal. Un grupo de discípulos de Milton Friedman, con su asesoría personal, asumió el Ministerio de la Economía para aplicar sus teorías sin limitaciones políticas. Más allá de la cooperación y la cohabitación con uno de los más sanguinarios gobiernos del mundo, el resultado económico fue desastroso. Entre 1973 y 1983, la economía chilena se hundió en una depresión brutal (con un período de crecimiento moderado entre 1977 y 1980). La industria chilena tradicional quedó destruida. Según Hirschman (1987), el empleo industrial que incorporaba a 555.000 personas en 1973 cayó, durante la depresión de 1983¹⁹, a menos de 378.000.

Ese mismo año, el producto industrial chileno era igual al de 1967, y el grado de industrialización de Chile en 1982 igual o inferior al de 1950, según los datos de la CEPAL²⁰. La recuperación que se inició después de 1984 no garantizó una recuperación de los niveles anteriores, pese al tratamiento especial que la economía chilena recibió del capital financiero internacional²¹. A final de los años setenta, cuando llega al gobierno Margaret Thatcher en Inglaterra y el actor Ronald Reagan en Estados Unidos, las concepciones monetaristas tenían dificultades para sustentar los gobiernos conservadores. Surge entonces una nueva ensalada doctrinaria conocida como el supply-side, la economía de la oferta. En resumen, esa doctrina planteaba la necesidad de recuperar para el centro la teoría económica la Ley de Say, que había sido rechazada por Keynes en los años treinta, después del colapso económico motivado por la crisis financiera de 1929. Robert E. Kelehere y William P. Orzechowski, considerados como dos importantes teóricos del supply-side, planteaban lo siguiente:

“El enfoque de la «economía de la oferta» no es ni una novedad, ni una moda pasajera. Está bien enraizado en el análisis macroeconómico clásico. (...) Las políticas de la economía de la oferta fueron instrumentadas por autoridades públicas como William Gladstone, un primer ministro británico del siglo XIX, y Andrew Mellon, secretario del Tesoro de Estados Unidos durante la administración del presidente Calvin Coolidge en los años veinte (...) El predominio de la visión de esta economía de la oferta se mantuvo sin interrupción hasta el período de la interguerra, cuando las preocupaciones por la redistribución y la estabilización comenzaron a ser más importantes que la orientación para el crecimiento a través de la política fiscal”.

Y agregaban:

“Lo que crea la riqueza y el crecimiento económico es la producción y la oferta agregada; las personas producen para consumir. En particular, la producción de bienes crea una renta que debe ser pagada a los factores de producción. Esta «renta generada durante la producción de un determinado producto es igual al valor de este producto». El aumento de la renta (recibida por esos factores) constituye un poder de compra mayor y, por ende, una demanda mayor”²².

Como se ve, se trata de una vuelta a los principios del equilibrio general en su forma más simple. En este planteamiento, los economistas del supply-side se sitúan en la misma línea de los teóricos llamados «nuevos clásicos» a los que tanto desprecian. Se alejan un poco en el segundo aspecto del enfoque del supply-side, la recomendación de políticas económicas que derivan de sus redescubrimientos teóricos²³: se apoyaron en la curva de Laffer, que se convirtió en «el símbolo de una nueva era económica», como lo anuncia en su portada la revista *Economic Impact* (nº. 35). Así resumen sus editores esa curva maravillosa:

“De acuerdo con el economista Arthur Laffer, existe una estrecha relación entre las tasas impositivas, las rentas y la productividad. Cuando las tasas impositivas suben a 100 por ciento, se acaba toda la renta; nadie trabaja por nada. Por otra parte, si la tasa de los impuestos fuera cero, no existiría gobierno. En algún momento, hay un punto en esta curva en el que la tasa de impuesto producirá la renta deseada —y el producto nacional deseado.

Este punto es variable pero, para citar a Laffer, en un sistema democrático estará «donde el electorado desea ser tasado». Una tasa muy alta puede disminuir el incentivo para el trabajo. Las rentas y la producción caerán. Ambas pueden ser aumentadas por unas tasas más bajas”²⁴.

Inspirados en estas propuestas, los asesores del presidente Reagan produjeron un documento de propaganda de la doctrina neoliberal, que fue su discurso en la sesión conjunta del Congreso norteamericano, el 18 de febrero de 1981, conocido como Programa para la recuperación económica. Este plan tenía tres objetivos esenciales: estabilización de la economía norteamericana, reducción de la tasa de inflación, y recuperación de un fuerte crecimiento económico, que deberían «fortalecer el dólar norteamericano, y beneficiar tanto al mundo como a la economía doméstica».

Este programa no apuntaba explícitamente a la redistribución de la renta, pero sí a «aumentar la torta para repartirla entre los varios sectores de la economía». Disminuía el límite máximo del impuesto sobre la renta a 30 por ciento, asegurando la libre expansión a las rentas más altas, lo cual debía «expandir nuestra prosperidad nacional, aumentar nuestra renta nacional y las oportunidades para todos los norteamericanos». Veamos los términos confiados de estos valiosos expertos económicos:

"Algunos podrían argumentar, ciertamente, que reducir las tasas impositivas ahora resultaría inflacionario. Hay «un sólido cuerpo de experts en economía» que no está de acuerdo. Es cierto que los recortes en las tasas impositivas adoptados en los últimos tres cuartos de siglo indican que estos experts tienen razón. El consejo que recibí es que, a la vuelta de 1985, nuestra producción nacional de bienes y servicios crecerá 20 por ciento (sic) y será mayor que hoy de US\$ 300 mil millones. El salario medio de los trabajadores aumentará (en poder de compra real) cerca de 8 por ciento en dólares, una vez descontados los impuestos"²⁵.

Según esta visión, la renta debe ser redistribuida a favor de los sectores de alta renta, pues éstos tendrán que invertirla y generar más riquezas para todos.

Según Reagan, la regulación se enmarañaba en códigos de los que resultaban precios más altos, mayor desempleo y menor productividad...

Sin pretender liquidar las agencias reguladoras, prometía contenerlas. Sin pretender negar los aspectos negativos de la burocracia encargada de aplicar las regulaciones, era necesario, sin embargo, identificar los efectos de la no regulación. Entre otros, la creación de monopolios privados cuya burocracia es itan ineficiente, corrupta y cara como la estatal! Se invocaba la política monetarista para evitar la inflación. La menor oferta de dinero jugaba un papel clave en la contención de la inflación. Así se expresaba el presidente Reagan:

"Un programa que tenga éxito al alcanzar un patrón de crecimiento estable y moderado en la supresión del dinero, mantendrá bajas la inflación y la tasa de interés, y restaurará el vigor de nuestras instituciones financieras y de nuestros mercados".

Sin embargo, el gobierno de Reagan dio unos resultados completamente diferentes a los que se había propuesto:

1. Si bien es cierto que recuperó el crecimiento económico, éste se dirigió básicamente al sector militar y de servicios. La productividad norteamericana creció en un ritmo muy inferior al pasado y al de los demás países desarrollados. Esto aumentó enormemente el déficit comercial estadounidense con el resto del mundo.
2. Si bien es cierto que recortó gastos en el sector social como lo prometió, el gobierno Reagan expandió al máximo el gasto militar y el déficit público. Para financiarlos, emitió bonos de la deuda en vez de moneda, y aumentó grandemente la tasa de interés pagada por el Estado; a consecuencia de lo cual, el servicio de la deuda, a su vez, pesó cada vez más sobre el déficit público.
3. Si bien es cierto que el dólar se revaluó durante el período inicial del gobierno de Reagan, y que el sector financiero norteamericano creció enormemente como intermediario en la deuda pública, los títulos públicos fueron comprados cada vez más por los japoneses y los alemanes, que aumentaron enormemente sus superávits comerciales con Estados Unidos. Esto llevó al fortalecimiento de la moneda de esos países (el yen y el marco) y de sus sectores financieros. Los diez bancos principales del mundo dejaron de ser norteamericanos, y Japón pasó a tener una posición hegemónica en el control de los recursos financieros mundiales durante los años ochenta, cuando se hizo efectivo el gobierno neoliberal.

Cualquier observador que analice honestamente los resultados de esta política sólo puede concluir que el supply-side no pasó de ser un aparato ideológico para justificar la distribución negativa de la renta, los gastos militares desenfrenados y otras políticas conservadoras. Como ciencia y como doctrina, se trataba de un chiste. Los nuevos clásicos trataron primero de justificarlo en un plano más teórico, pero después, cuando se caracterizaron sus resultados negativos, buscaron desligarse de esta política de cualquier manera. Este proceso se demoró un poco ya que sus efectos, en los primeros años, parecían altamente positivos.

Un estudio más profundo de la verdadera política económica del período de Reagan nos revelará que tuvo un efecto devastador sobre gran parte de la economía mundial. Produjo una enorme euforia inicial en Estados Unidos, y una grave recesión al final de su ciclo. Lo que encontró al llegar al gobierno, Reagan lo destruyó para obtener resultados inmediatos favorables. Después de él, sólo quedó el diluvio anunciado con grandes titulares en octubre de 1987.

En un sentido restringido, la «reaganomics», con la revaluación del dólar y los gigantescos déficits comerciales, frenó y luego estabilizó los precios internos, trajo efectos positivos para los grandes suplidores de la economía norteamericana, sobre todo Alemania, Japón y los tigres asiáticos. Sin embargo, quien pagó la cuenta fueron las economías endeudadas de la periferia del sistema capitalista, especialmente Latinoamérica. Por detrás de la revaluación del dólar estaban los grandes intereses básicos impuestos a los deudores, y tras los altos intereses vino la crisis de la deuda externa, que tardaría más de una década en atenuarse, y cuyos efectos ni siquiera se han disipado completamente.

El consenso de Washington y su fracaso

Así pues, keynesianos y monetaristas se enfrentaban en los países centrales, con respecto al carácter del Estado y al sentido del gasto público. El enfoque del «lado de la oferta» vino a completar el enfoque militarista, tratando de liquidar el Estado de Bienestar con la ayuda académica de los «nuevos economistas clásicos». No obstante, con la práctica de las políticas económicas durante el gobierno neoliberal de Reagan, el Estado norteamericano no disminuyó sus gastos. En el sector militar, al contrario, los aumentó suficientemente para generar el mayor déficit fiscal de la historia. La disminución del gasto público destinado a los pobres no alcanzó ni siquiera para compensar la renuncia fiscal que se produjo con las tasas de los impuestos cobradas a los ricos.

Si estas ideas ya eran absurdas y sumamente crueles en los países centrales, cómo habrá sido su aplicación en los países dependientes y subdesarrollados... En este tema de las relaciones de Estados Unidos con los países subdesarrollados, Reagan era muy duro, igual que Margaret Thatcher. Así como la ayuda a los pobres favorecía, según él, la indigencia y la pereza, la ayuda a los países más pobres sólo favorecía a sus élites incapaces e indolentes. Entonces, había que eliminar los programas de ayuda, o por lo menos disminuirlos, y fortalecer el comercio con los países en desarrollo, reforzando sus propias capacidades institucionales.

Peter McPherson, administrador de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID), explica así la filosofía del gobierno de Reagan:

“Me gustaría ver una menor transferencia de recursos, y más de lo que llamamos construcción de instituciones o transferencia de tecnología (...) Para nosotros, es mejor trabajar duro a fin de desarrollar las instituciones del Tercer Mundo que permitirán que esos países resuelvan sus problemas por sí solos. Al final, la ayuda resulta ser un

mero facilitador para el Tercer Mundo, sólo ayuda a traer cambios económicos. Lo que traerá el tipo de progreso que el Tercer Mundo necesita y merece, son las políticas, los programas, la voluntad de esos países”²⁶.

En resumen: detrás de la retórica, no hay ninguna ayuda económica, solamente la imposición de políticas consideradas como «correctas». Al mismo tiempo, «en la posición del presidente hay una pequeña desviación a favor de la ayuda bilateral», es decir, que Estados Unidos retiraba su apoyo económico a las instituciones multilaterales, particularmente aquellas que se resistían a la ideología neoliberal, como la UNESCO o la OIT (Organización Internacional del Trabajo). El gobierno de Reagan se negó a apoyar la creación de un sector dedicado a financiar el desarrollo energético del Banco Mundial. También se opuso a los acuerdos para dar auxilios en el área del medio ambiente. Éstos fueron algunos de los temas, entre otros, que manejó para asumir una responsabilidad estatal para el bienestar de la humanidad.

En realidad, el gobierno Reagan desvió los recursos destinados al Tercer Mundo para su concepción de las «guerras de baja intensidad» que tuvieron por objetivo desgastar los gobiernos progresistas y revolucionarios del Tercer Mundo, con el apoyo a las guerrillas contrarrevolucionarias, al terrorismo y a los sabotajes, además de algunas invasiones directas a los pequeños países sin implicar importantes costos en vidas humanas (como en el caso de Granada en 1983; o de Panamá, ya en el gobierno de Bush, en 1989). Los programas de «Alimentación para la Paz» (PL480) fueron incorporándose cada vez más a la concepción defendida por la CIA, según la cual la superioridad alimentaria de Estados Unidos debía ser utilizada como un arma, inscribiéndose en la estrategia geopolítica del país.

Esta política tuvo especial efecto en África, donde promovió la destrucción de las economías de subsistencia a cambio de alimentación gratuita.

Para Latinoamérica, se desarrolló una nueva política definida en Santa Fe, en mayo de 1980, por el Comité de Santa Fe, formado por encargo del Consejo de Seguridad Interamericana, compuesto por L. Francis Bouchey, Roger W. Fontaine, David C. Jordan, Gordon Sumner y Lewis Tabs. Este Consejo partía de un concepto de guerra permanente. Según esto:

“El continente americano está siendo atacado. América Latina, compañera y aliada tradicional de Estados Unidos, está siendo penetrada por el poder soviético. La Cuenca del Caribe está poblada por agentes soviéticos, y delimitada por Estados socialistas (sic)”.

La descripción es dramática:

"El éxito cubano en el Caribe y en Centroamérica es asombroso. Guyana, con el gobierno de Linden Forbes Burnham es un Estado marxista prosoviético. Forbes Burnham solicitó ser miembro asociado del COMECON (Consejo de Asistencia Económica Mutua) en enero de 1977... (Y siguen otras pruebas de la alianza entre Guyana y Cuba).

El primer ministro de Jamaica, Michael Noeman Manley, visitó Cuba en julio de 1975. Gramma, el diario comunista cubano, lo calificó de «sincero amigo de la Revolución cubana». El hijo de Manley estudia en La Habana.

Su gobierno dio apoyo oficial a la aventura cubana en Angola, y su policía, que es mayor que el ejército jamaicano, es entrenada en Cuba... (Y sigue presentando hechos).

Maurice Bishop llegó al poder en Granada en marzo de 1979. El nuevo aeropuerto de Bishop está siendo construido por los cubanos... (Y sigue la enumeración de la importancia estratégica de esta relación).

El Canal de Panamá también representa un papel vital en el abastecimiento de petróleo para Estados Unidos. Panamá se encuentra bajo el control de un régimen de izquierda militar que, según la CIA, fue el intermediario entre los sandinistas para la toma de poder por los marxistas en Nicaragua, en julio de 1979. El Salvador y otras naciones de Centroamérica están ahora amenazadas por las guerrillas revolucionarias. Frente a esto, el gobierno de Estados Unidos sigue manteniendo una clara actitud de indiferencia estratégica, al tiempo que exige reformas sociales, económicas, agrarias y de Derechos Humanos, como si la más perfecta resolución de estos problemas pudiera detener la expansión colonial (sic) castrista y subversiva, y pudiera entonces resolver los asuntos estratégicos como un subproducto"²⁷.

No se trata de una descripción exagerada. De hecho, en el auge de la crisis económica internacional de 1979-1983, se observaron importantes avances del movimiento revolucionario y reformista mundial, y la región del Caribe y Centroamérica fue uno de sus puntos neurálgicos. La administración Reagan, expresando el espíritu de este documento de Santa Fe, buscó aumentar la presión sobre los países del Tercer Mundo y latinoamericanos mediante mecanismos bilaterales, en el sentido de:

1. Fomentar una política antiinflacionaria, de acentuado cuño monetarista, con metas de control de la emisión de monedas, aumento de las tasas de interés, y restricción del consumo limitando los ajustes salariales. Al mismo tiempo, se fomentaba un fuerte control del gasto público y un estímulo a los impuestos que no afectara el ahorro. Hasta aquí, las políticas coinciden con la de los propios Estados Unidos.

2. Sin embargo, hay otro sector de las políticas internacionales donde las recomendaciones se oponían. Si bien se practicaba, en el caso de Estados Unidos, una política de revaluación de la moneda que conducía a un grave y creciente déficit comercial en este país, en los países dependientes y sobre todo deudores, se presionaba para aplicar una política de devaluación de las monedas locales mediante constantes devaluaciones cambiarias. Esta política terminó por favorecer un superávit comercial en estos países durante los años ochenta, el cual fue utilizado para el pago de los intereses de las deudas externas.
3. El crecimiento del volumen de los pagos de intereses y la estatización de las deudas de los países del Tercer Mundo abrieron el pozo sin fondo del endeudamiento público, sin por ello generar nuevos gastos públicos. Al contrario, a la vez que las deudas públicas crecían, los recortes del gasto público aumentaban. Esta contradicción no fue asumida por los países centrales, particularmente por Estados Unidos, que aumentaron tranquilamente sus gastos públicos hasta por lo menos 1987, cuando el pago de los intereses de la deuda norteamericana comenzó a ser percibido como un gasto exagerado que debía ser controlado, debido al alto monto de la deuda estatal nacional e internacional de este país.

Sin embargo, está claro que la década de los años ochenta se caracterizó, en el Tercer Mundo, por restricciones crecientes del gasto público. Primero se cortaron las inversiones; enseguida le tocó a los gastos de funcionamiento y los salarios de los funcionarios públicos; después se procedió a la eliminación de sectores estatales y a la venta de empresas públicas o privatizaciones.

Con el transcurrir de los años, el gobierno norteamericano tuvo que ir abdicando su pretensión de prescindir de los organismos multilaterales.

La falta de recursos líquidos de Estados Unidos fue aumentando durante los años ochenta. Japón y Alemania pasaron a controlar los mayores excedentes en dólares. La política norteamericana fue especializándose en la utilización de estos recursos ajenos bajo su égida. Se volvió a estimular, bajo la dirección norteamericana, acciones multilaterales en las que Estados Unidos dictaban principios políticos, mientras que Alemania y Japón colocaban sus recursos. En octubre de 1987, ante la severa crisis financiera mundial, los bancos centrales de Japón y Alemania tuvieron que soltar sus dólares para contener la devaluación de esta moneda en el plano internacional. La política interna norteamericana se volvió cada vez más dependiente de la compra de Bonos del Tesoro norteamericano por parte de los japoneses y los alemanes. Con la Guerra del Golfo y con el financiamiento a los países de la Europa central, Estados Unidos mantuvo esta práctica de liderar e imponer situaciones de hecho que tenían que resolverse con el dinero japonés y alemán. Desde 1990, se le ha puesto un cese a esta política.

Llegamos al final de la década de los ochenta con significativos cambios de políticas. Durante el gobierno de Gorbachov, Estados Unidos veía a la Unión Soviética aliándose con Alemania y abrirse a una Comunidad Europea fortalecida por la revaluación del marco alemán. Desde entonces, con la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) en declive, la política norteamericana en Europa es un intento desesperado de conservar la alianza atlántica (e incluso de extenderla, ¿pero a costa de qué?).

En el mundo, hay un sentimiento unánime de que la caída del muro de Berlín fue un fortalecimiento geopolítico de Estados Unidos y de su alianza occidental-capitalista. Por mi parte, creo que es lo contrario, que es el principio del fin para la alianza atlántica, y la puesta en marcha de la unidad euroasiática. Esta nueva realidad geopolítica se inició en la antigua Unión Soviética, disuelta pese a los resultados del referéndum popular realizado meses antes, y por voluntad de las fuerzas rusófilas enfrentadas a los sectores más pobres de la Unión Soviética, y puestas al servicio de los intereses estratégicos norteamericanos. Ciertamente, habría sido mejor para los objetivos de la unidad europea, en un sentido más amplio, que la Unión Soviética se mantuviera unida, pero el temor a su poder militar unía a sus adversarios y los llevó a aplaudir su división, aunque ésta introducía un enorme riesgo y una incertidumbre a la evolución geopolítica de esta inmensa región del mundo.

El efecto de estas nuevas condiciones estratégicas fue la necesidad por parte de Estados Unidos de reforzar su frente hemisférico. Tres iniciativas son fundamentales:

1. El NAFTA como intento de fortalecer el frente interno norteamericano, ampliando sus fronteras con Canadá y México.
2. La iniciativa del Caribe, buscando garantizar la hegemonía norteamericana, reconquistada a punta de dos invasiones (Granada y Panamá), una guerra de baja intensidad con Nicaragua, una guerra antiinsurgente en Guatemala y El Salvador, una fuerte desestabilización en Jamaica y en Guyana, etcétera.
3. La promoción de la Iniciativa de las Américas y su posterior evolución hacia la propuesta de un mercado común americano (ALCA), buscando establecer un mecanismo de incorporación del MERCOSUR y el Bloque Andino —que Estados Unidos habían tratado de destruir, con resultados en el caso del Bloque Andino desde los años setenta, pero sin éxito en el caso del MERCOSUR en los años noventa.

Al mismo tiempo, al abandonar la política de revaluación del dólar en medio de la fuerte crisis de 1989-1993, Estados Unidos se vio en la necesidad de apoyarse más sólidamente en los organismos multilaterales. El Consenso de Washington, logrado en 1989, es un reflejo de estos cambios políticos. Se trataba de invertir los términos de la política económica interna y externa de Estados Unidos.

Internamente,era necesario bajar los intereses y disminuir el déficit fiscal y,además,tratar de contener los efectos desmoralizadores de la concentración de la renta y del aumento de la pobreza y, por ende, de la violencia y la confrontación racial y social.

Externamente,era necesario contener el déficit comercial,aumentando las exportaciones norteamericanas,lo cual exigía una significativa e inevitable devaluación del dólar.

La presión sobre el Tercer Mundo se invertía.Ahora se trataba de buscar superávits comerciales,incluso con los países pobres,y principalmente con los nuevos países industriales, como Brasil. Para ello, era necesario estimular una política de revaluación cambiaria que reforzara las monedas nacionales de las economías subdesarrolladas. Esto se hacía posible en la medida en que estos países podían atraer los capitales excedentes que Estados Unidos ya no captaba,por la caída de sus tasas de interés. Era necesario que estos países privatizaran recursos estatales para generar liquidez, y elevaran sus tasas de interés para pasar a los capitales financieros internacionales (en grave crisis de liquidez desde 1989) todos los excedentes acumulados en las reservas y los fondos derivados de las privatizaciones.

En 1989, el Grupo de Santa Fe se reunió para hacer una revisión de sus tesis al cabo de diez años de poder. Sus conclusiones en cuanto a lo económico fueron las siguientes:

La política económica estadounidense debe estar en relación con nuestro apoyo al régimen democrático.Tal régimen requiere un sistema económico saneado, independiente del control excesivo y la interferencia de los gobiernos.

Para mantener una sociedad independiente, es indispensable el desarrollo de un mercado nacional de capitales,privado y autónomo.Una de las mayores decepciones de la época de Reagan fue el no haber aprovechado la crisis del endeudamiento para crear sólidos mercados de capitales, tal como este Comité de Santa Fe lo había recomendado en 1980.

Cuando el problema de la deuda hizo crisis en 1982, el punto central fue cómo mantener la solvencia de los acreedores y la liquidez de los deudores.

Aunque tal objetivo fue escasamente cumplido, se perdió la oportunidad en gran escala de conducir las sociedades latinoamericanas rumbo al capitalismo democrático, es decir, a los sistemas de libre empresa y de mercados nacionales de capital que sustentan a las sociedades independientes. No es demasiado tarde para

conseguirlo. La crisis actual de la deuda debería aprovecharse para hacer avanzar el proceso de transición en Latinoamérica, de los gobiernos democráticos a los regímenes democráticos.

Además de innovaciones tales como el Plan Baker, el cambio de deuda por capital, el plan mexicano, la reestructuración, y otras similares, y por muy progresistas que resulten en cuanto a la reducción de la carga de las deudas de Estados latinoamericanos, la política de la deuda también debería incluir medidas mediante las cuales su tratamiento apoye la creación de mercados nacionales de capital. Es probable que ninguna propuesta específica sea definitiva. Una vía de aproximación a este objetivo todavía podría ser algo que abarque la reventa de la deuda en un mercado nacional. El modelo lo proporciona el financiamiento bien manejado de la deuda interna estadounidense por parte de Alexander Hamilton, en la época de la fundación de este país.

Los mismos autores definían claramente los riesgos que corría la política de cobro de la deuda externa, y reforzaban el camino hacia un acuerdo sobre la deuda, que ya se perfilaba en la administración Reagan:

El departamento del Tesoro de Estados Unidos debe desempeñar un papel dominante en la formulación de las soluciones para la crisis estructural de la deuda, que afecta a muchos de nuestros vecinos latinoamericanos. La solución de la crisis debe resultar del reconocimiento de que la carga actual del endeudamiento tendrá que ser disminuida, ya que nunca podrá ser reembolsada en las condiciones actuales. Es factible utilizar cierto número de variables del Plano Morgan/Tesoro/México de diciembre de 1987.

Por fin se reconoció que la crisis de la deuda es estructural. La deuda de algunos países supera su capacidad de reembolso. Los países menos desarrollados (LDC: less developed countries), en su conjunto, tienen una deuda de 450 mil millones de dólares; si se aplicara a ese monto las tasas actuales de interés, los países deudores deberían pagar, sólo en términos de interés, un billón ochocientos mil millones de dólares (1.800.000.000. 000) en los próximos veinte años, sin que lo principal de la deuda se reduzca en un solo centavo!

Todavía, el simple hecho de mantener esos niveles de pago de interés tendría efectos devastadores sobre sus economías y sobre la nuestra. Los países deudores experimentarían un crecimiento negativo o cero, se registraría un aumento de la pobreza, y no tendrían dinero para comprar productos de Estados Unidos. Se estima que, desde 1982, el deterioro de las economías latinoamericanas provocado por la deuda costó a los productores estadounidenses 70 mil millones de dólares en ventas perdidas²⁸.

Pocos estudiosos percibieron este importante cambio de política que, aplicada desde fines de la década de los ochenta, sobre todo en Argentina y en México (y posteriormente en Brasil), abrió camino a una nueva fase para las economías de la región, que se basó en monedas fuertes, déficits comerciales y captación de capitales financieros. México adoptó plenamente este modelo, siguió Argentina y luego Brasil, con algunas modificaciones.

Con la crisis del modelo mexicano a fines de 1994, se puso en tela de juicio los enormes gastos efectuados para la exaltación de estas políticas en los medios de comunicación y en los medios académicos y profesionales. El Consenso de Washington que se estableció sobre estas líneas comenzó a exigir rectificaciones, que resultaron lentas, entre otras razones, porque el grupo que las forjó perdió su posición de poder, y una estrategia liberal-democrática para la región²⁹ tardó en surgir. Este libro trata de estos temas con más detalles en la última parte.

No obstante, ya podemos concluir que existen diferencias radicales entre la elaboración doctrinaria neoliberal y la práctica de los agentes políticos y económicos aparentemente seguidores de la doctrina. Todo indica que la doctrina no es nada más que una cobertura ideológica para una práctica sin principios, en función de intereses económicos concretos que nunca podrán ser identificados con una construcción teóricoformal que ignore totalmente la realidad histórica.

La próxima sección estará dedicada a la ilustración de esta tesis en el gobierno de Reagan, el corazón mismo de la doctrina neoliberal. Sin embargo, antes tenemos que profundizar el debate de las Ciencias Sociales oficiales, particularmente la Economía.

Construir el futuro: El papel de las ciencias sociales la arrogancia del pensamiento único

La autocrítica es un método de control y de legitimación de las jerarquías burocráticas. Garantiza que los individuos que componen un orden burocrático se ajusten a los cambios de orientación de esos aparatos que se modifican por la acción de factores externos e internos.

Las tecnocracias modernas son demasiado pretenciosas y arrogantes para someterse a esos métodos. Con su pretensión de apoyarse en métodos científicos de gestión, tienen gran dificultad para reconocer sus errores. Suelen ocultarlos procediendo a cambios de actitud, y luego tratan de presentar esos cambios como «rectificaciones» relativas a actitudes anteriores.

Éste es el problema que viven las organizaciones internacionales ante el fracaso de las políticas de «ajuste estructural», las mismas que patrocinaron en los años ochenta y noventa, y en particular su versión consagrada por el Consenso de Washington de 1990, consolidado gracias al apoyo del gobierno norteamericano encabezado por Bush padre, del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, y adoptado luego por las demás organizaciones internacionales y regionales.

El consenso se apoyaba en una valoración exacerbada de las políticas antiinflacionarias sustentadas por los recortes del gasto público, altas tasas de interés, y una política de revaluación cambiaria basada en anclajes lastrados por el dólar. Se buscaba el equilibrio de las cuentas públicas por medio de privatizaciones como forma de recaudar fondos para el sector público, además de «mejorar la eficacia económica» al sustituir las empresas públicas «mal avenidas» y «deficitarias» por empresas privadas «eficientes» y «eficaces».

Esas propuestas de política se apoyaban en la corriente económica de los nuevos clásicos, trayendo de vuelta para la economía el liberalismo conservador exacerbado del Grupo Mont-Pèlerin, que se apoderó de la Escuela de Chicago y, luego, de gran parte del establishment académico y del Premio Nobel de Economía, además de incorporarse a los gobiernos de Margaret Thatcher en Inglaterra, y de Ronald Reagan en Estados Unidos.

Se trataba de un movimiento mundial reaccionario semejante al fascismo y al nazismo de los años veinte y treinta, o al ambiente de belle époque a fines del siglo XIX e inicios del siglo XXI. Son movimientos ideológicos y políticos que tratan de revertir las conquistas de los movimientos sociales en períodos inmediatamente anteriores. Para revertir esas conquistas, apelan a las ventajas económicas del libre comercio, atribuyendo la acción reivindicativa de la clase trabajadora a la función de generar imperfecciones en el mercado y en el pleno funcionamiento de la economía.

No dicen lo mismo con respecto al capital. En general, utilizan su fuerza política momentánea para abrir espacios al gran capital, con la desregulación económica. Ello ocurrió a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, cuando se registró el surgimiento de los sindicatos y los carteles en Estados Unidos, o el capital financiero (fusión de grandes empresas y bancos) en Alemania.

En la Italia de los años veinte y en la Alemania de los años treinta, el capitalismo monopolista de Estado se desarrolló con una fuerte influencia militarista, asociando el creciente gasto público (que llegó a representar, en Alemania, 40 por ciento del PIB en 1937) con los grandes monopolios, particularmente los que estaban ligados al sector militar, como el célebre caso de Krupp.

La crisis del Mainstream

En los últimos años, se observa un crecimiento de oposición contra la hegemonía ideológica del neoconservadurismo o el neoliberalismo y sus políticas. Tales cambios se expresaron en la derrota electoral de los conservadores en Estados Unidos y en Inglaterra, y de los socialistas y socialdemócratas en toda Europa y en varias partes del mundo. Se comentaba entonces la existencia de una «onda rosa», la formación de un movimiento mundial de centroizquierda.

En las organizaciones internacionales, cuna del neoliberalismo y del Consenso de Washington, empezaron a surgir focos de resistencia. En 1993, el gobierno japonés patrocinó el estudio intitulado El milagro del Este asiático, en el que los tecnócratas del Banco Mundial se vieron obligados a reconocer el papel fundamental, para el éxito de los países del este asiático, de la intervención estatal a través de políticas industriales.

La expansión del desempleo y la exclusión de poblaciones, en los países centrales tanto como en los países en desarrollo, pusieron en la orden del día el tema del empleo. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo (OCDE), en particular, realizó un estudio muy detallado sobre el desempleo. La reunión del Grupo de los Siete, en 1995, declaró el empleo como el objetivo central del desarrollo.

Aún más importante fue el agravamiento de la crisis africana. El fenómeno del hambre en África, ampliado por la guerra civil, la inestabilidad política, el surgimiento de grandes masas de desplazados, puso en jaque sobre todo al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional. En los años ochenta, las políticas económicas africanas se subordinaron totalmente a los programas de ajuste estructural del Banco Mundial.

En 1995, sus dirigentes tuvieron que reconocer en una auditoría interna, el fracaso casi total de los proyectos del Banco Mundial en la región. Más aún, tuvieron que admitir que su énfasis en la privatización y en el Estado mínimo impidió la consolidación de los Estados africanos recién formados. En consecuencia, esos países carecieron de un agente económico privilegiado para formular y aplicar las políticas de «ajuste estructural», o sea, los Estados nacionales.

Las críticas se agudizaron en 1996 y 1997. La prueba más seria se dio en 1998. El FMI fue llamado a intervenir en varias crisis financieras de la década. En todos los casos fue tomado por sorpresa, ya que los países en crisis eran sus protegidos y sus mejores alumnos. Y mientras mejores, más grave su crisis financiera. El caso

de México en 1994 fue ejemplar. Pero las cosas se agravaron con la llamada «crisis asiática» de 1997, la posterior «crisis de Rusia», la crisis brasileña en 1999 y, por último, la crisis argentina de 2002-2003. No quedó ni un alumno aplicado.

En todos estos casos, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial tienen la responsabilidad inmediata en la crisis. En todos los casos, su intervención posterior a la crisis resultó sumamente cara para sus contribuyentes. Particularmente para el gobierno norteamericano, que no cuenta con reservas ni excedentes fiscales para sustentar las políticas de control de las crisis. La oposición a tales fondos crece cada día en el Congreso norteamericano, por una parte, entre los conservadores; y por otra parte, entre los sindicalistas. Así que es de esperar que surjan crecientes obstáculos para el apoyo a las políticas del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional en los países afectados. En los últimos tiempos, la crítica ha venido del propio aparato tecnoburocrático.

Fue Joseph Stiglitz, ex vicepresidente senior del Banco Mundial y su jefe de economía, anteriormente nombrado por Clinton como jefe de su asesoría económica, quien inició la nueva etapa de autocrítica, en un artículo publicado en enero de 1998.

Pero ya no se trata de críticas circunstanciales, sino de una crítica frontal al Consenso de Washington, al pensamiento neoconservador y neoliberal como los llamamos en los países latinos. Stiglitz estaba particularmente preocupado por evitar que la crisis asiática se transformara en una crítica al modelo del Este asiático, al papel del Estado y a las políticas industriales. Salió en defensa de los progresos realizados en esos países, afirmando que «fueron conquistas reales y no un castillo de arena: la expectativa de vida aumentó, la educación se expandió, la pobreza se redujo, y todo ello fue acompañado por grandes aumentos del PIB per capita».

El Consenso de Washington suscitó graves problemas en los lugares donde su receta neoliberal fue aplicada. Según Stiglitz:

“El enfocarse en la liberalización de los mercados, en el caso del mercado financiero, pudo haber provocado un efecto perverso que contribuyó a la inestabilidad económica. En términos generales, el énfasis en la apertura del comercio exterior, en la desregulación y en la privatización, dejó de lado otros ingredientes importantes para construir una economía de mercado efectiva, especialmente la competencia (...) El Consenso de Washington descartó poco a poco otros ingredientes esenciales para el crecimiento económico, o dejó de poner el énfasis en ellos. Uno de éstos, la educación, tuvo un amplio reconocimiento en el seno de la comunidad de estudiosos y técnicos del desarrollo. Pero otros, como la evolución tecnológica, no recibían aún la debida atención”.

No es éste el lugar para analizar en detalle las críticas de tan eminente miembro del aparato de poder internacional. Las críticas de Stiglitz arreciaron después de que dejó el Banco Mundial, llegando a cuestionar muchos otros aspectos de la acción del Banco Mundial. Pero alcanzó su punto álgido cuando llegó a cuestionar la propia ciencia económica³⁰. Son muchos los campos de la polémica en expansión, y son muchos los protagonistas del nuevo debate, que recupera la validez de la ciencia económica, invadida en los últimos años por verdaderos farsantes.

Hay que llamar la atención sobre estos cambios doctrinarios en curso. Vendrán nuevos episodios en este debate y sus efectos políticos en la región. En Latinoamérica se producía un pensamiento económico y social de gran impacto mundial, que quedó sofocado por la ofensiva neoliberal. Es hora de recuperar la continuidad de ese pensamiento y retomar los grandes temas de nuestra ciencia social.

El mundo de las incertidumbres

Cada día aumenta la incertidumbre respecto a la economía mundial. En Estados Unidos, centro del sistema mundial, hay una corriente de teóricos que se dejaron arrastrar por el éxito económico de la segunda mitad de la década de los noventa. Pensaban que el crecimiento sustentado de 1994 a 2000 anunciaba la aparición de una «nueva economía» postcíclica, basada en una permanente innovación tecnológica a partir de las nuevas tecnologías de la información. Pero hay otra corriente conservadora, la de los economistas que temen una onda inflacionaria, consecuencia del recalentamiento de la economía provocado por el mantenimiento del crecimiento durante seis años consecutivos, por el rápido aumento de la Bolsa en el mismo período, por la recuperación de la militancia sindical y las crecientes presiones laborales. Sin embargo, nada de eso condujo a un aumento de la inflación. Al contrario, bajaron las presiones inflacionarias y aumentaron la tasa del beneficio y el empleo.

¿Dónde se origina el error de los economistas conservadores? De la noción estática del fenómeno económico. Para ellos, las variables económicas tienden al equilibrio general que se produce cuando las leyes del mercado actúan libremente. Con mayor o menor sofisticación, la concepción que tienen de la economía se restringe a esa lógica elemental derivada de los principios de la mecánica clásica de los siglos XVII y XVIII. Les faltan por lo menos doscientos años de historia de la ciencia y del pensamiento humano, que ellos ignoran olímpicamente aunque hayan adquirido un cierto pulimento neopositivista del siglo XIX, al asimilar algunos

procedimientos deduccionistas transformados por Masch, Popper y otros en «método científico». Recordemos, no obstante, que ese neopositivismo es una actualización de la obra de Kant, síntesis del iluminismo del siglo XVIII.

En verdad, desde el siglo XIX, la ciencia viene rompiendo con esta visión estática del conocimiento y de la realidad. La introducción de los fenómenos químicos y biológicos en el universo vacío y estático de la física newtoniana no permite mantener el cuadro teórico y metodológico del iluminismo.

El progreso de las ciencias históricas y sociales, y el descubrimiento de los límites sociales y psicoanalíticos del conocimiento hicieron posible, enseguida, el rompimiento definitivo de la ingenuidad epistemológica de los científicos.

El acto de conocer se vuelve cada vez más complejo. El sujeto cognoscente adquiere carne y hueso con Feuerbach, se transforma en clases y grupos sociales con Marx, se ve invadida por el inconsciente con Freud, por el papel de la libertad existencial con los existencialistas, o se ve inmerso en la intersubjetividad de las actuales teorías de la comunicación actual.

El objetivo del análisis científico se vuelve complejo e histórico, se llena de incertidumbres, no puede extenderse más allá de una temporalidad cada vez más claramente irreversible, como lo recalca Ilya Prigogine.

La irrelevancia del Formalismo

Lo que interesa recalcar es el total desprecio del establishment por la Ciencia Económica ante esa evolución del conocimiento científico. De ahí su incapacidad para analizar o prever el comportamiento de los fenómenos económicos. Sus construcciones teóricas más puras pueden pretender hacer honestamente tales análisis. Pero, a lo sumo, lo que establecen es el comportamiento probable de ciertas variables, como los llamados «fundamentos» de la Economía. Éstos serían los principios de una buena «política económica» (si es que hay lugar a ello en una consecuente economía neoclásica). Son los fundamentos de los llamados «ajustes estructurales».

Para los economistas neoclásicos, esto se convierte en una especie de policía de las principales variables macroeconómicas. Según ellos, si hay mucho crecimiento de la actividad económica, se producirá un recalentamiento y la subsiguiente inflación. Los mecanismos reguladores (que cambian según la moda y los últimos modelos) son entonces llamados a operar. En los años ochenta y noventa, la moda se concentró en la

tasa de interés, debido a los compromisos crecientes del establishment profesional con el sistema bancario (basta decir que los Premios Nobel de Economía son otorgados y gerenciados por el Banco Central de Suecia).

Fue ésta la razón por la cual los bancos centrales presionaron constantemente para aumentar la tasa de interés. A Alan Greenspan, típico conservador, a la cabeza de la Reserva Federal de Estados Unidos (FED), le habría gustado llevar a la práctica esas recomendaciones durante los años noventa. Pero las variables económicas no se ajustan a las previsiones de comportamiento planteadas por la «teoría» hegemónica. Pese al crecimiento de la producción, del empleo, de la acción estatal, pese al recalentamiento de la Bolsa y a un pequeño aumento salarial, siguen firmes las variables esenciales para determinar la salud de la economía y la calificación de los llamados «fundamentos». El gigantesco déficit público se convirtió en superávit de la economía norteamericana! Y la razón principal fue... la caída vertical de la tasa de interés, que elevaba cada día el gasto público con el pago del servicio de una deuda pública incontrolable. Los intereses se habían mantenido en la estratosfera porque los «teóricos» económicos aseguraban la necesidad de hacerlo para contener la demanda y, consecuentemente, la inflación; pero la caída de la tasa de interés no trajo un aumento de la inflación: la llevó, al contrario, a una dramática baja...

Lo increíble es que esos teóricos no aprendieron nada con esos acontecimientos! Siguieron exigiendo el aumento de la tasa de interés para contener la inflación que, mientras tanto, disminuía. ¿Será que ese comportamiento aparentemente irracional no se podría explicar con una visión epistemológica menos ingenua? ¿Será que el razonamiento teórico y la práctica de dichos profesionales están al servicio de ciertos intereses

sociales que les garantizan el reconocimiento profesional y el destino de sus carreras? ¿Será que su objetividad científica está comprometida por la propia calidad de su aparato conceptual, que les impide percibir la realidad económica en toda su complejidad histórica, social y política? Esas preguntas quizás ayuden a entender los límites de tales propuestas «científicas» y alerten sobre la necesidad de una metodología de análisis más compleja y más rigurosa. Veamos lo que pasó entre 2000 y 2003. El comportamiento de la FED en este período es paradigmático. La FED, para seguir sus concepciones conservadoras, logró por fin elevar las tasas de interés en 2000, alegando la «amenaza» representada por el aumento del precio del petróleo como un grave peligro inflacionario. Casi logró duplicar en algunos meses la tasa de interés (de 3,5 por ciento para 6,5 por ciento) para «desacelerar» la economía y permitirle una pausa restauradora del tan deseado «equilibrio» económico en el mundo del libre comercio.

De hecho, logró bajar la tasa de crecimiento. Pero no pudo controlar la llamada «pausa» y expuso la economía mundial a una peligrosa amenaza recesiva. Ya a mediados de 2001, Greenspan iniciaba una fuerte presión

sobre los conservadores presidentes de los bancos centrales europeos para obtener, conjuntamente con Estados Unidos, una baja drástica de la tasa de interés.

De este modo, al cabo de poco más de un año de haberse iniciado la aventura del aumento de las tasas de interés, las autoridades monetarias se vieron obligadas a bajarlas. Pero no a los niveles anteriores que, según ellas, era inflacionarios. Ahora tuvieron que bajarlas mucho más que la «peligrosa» banda anterior. En Estados Unidos, la FED bajó la tasa de interés entre 6,5 por ciento y 12,5 por ciento en diez meses. En Europa, el conservador Banco Central Europeo las bajó, muy a disgusto, de 3,6 por ciento a 2,6 por ciento en pocos meses. En Japón, ya era negativa desde 2000 cuando llegó a 0,2 por ciento (en realidad, una deflación posterior elevó automáticamente la tasa real de interés).

Este episodio resulta paradigmático para demostrar que estos economistas y su «ciencia» operan a ciegas. Menos mal que los Bancos Centrales no pueden aislarse totalmente del clamor público y terminan por adoptar una política contraria a sus preconceptos «científicos». Ciertamente, en este reconocimiento de los hechos jugaban un papel especial las ambiciones electorales del nuevo presidente electo con la minoría de los votos presidenciales: George W. Bush estaba obcecado por la idea de que una economía recesiva no permitiría su reelección.

La recuperación de la economía norteamericana es la clave de la recuperación de la economía mundial. La caída de las tasas de interés en ese país es un hecho sumamente favorable para la recuperación. Reafirmarla en el centro, lo que incluye Europa y Japón (presionado, éste, para aumentar a la vez sus tasas de interés y su gasto público, además de estimular el crecimiento con un conjunto de medidas confusas y contradictorias), podría tener un efecto positivo en la periferia y en la semiperiferia ya que, en esas regiones del mundo, aún predominan las presiones generadas por los altos intereses pagados básicamente por Estados Unidos, cada vez más debilitados por los «ajustes estructurales» impuestos por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

La teoría tal vez podría reformarse para ayudar a esos países a escapar de la maldita trampa que los debilita cada vez más. Ello tal vez sea posible en los momentos actuales, cuando fracasaron todos los «milagros» del ajuste estructural y de los buenos «fundamentos» económicos.

En el México de Salinas de Gortari, en el Brasil de Fernando Henrique Cardoso, en la Rusia de Yeltsin, en el Perú de Fujimori, en la Argentina de Menem, después de los auges económicos artificiales, sólo se observó un desastre económico, humano y social. Sin hablar del campo de experimentación más ortodoxo y sometido

al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional que fue el África subsahariana, convertida en zona de hambre.

Los hechos indican que la teoría económica tiene que cambiar urgentemente para ayudarnos a gerenciar las incertidumbres de nuestro tiempo.

Educación y tiempo libre

A comienzos del siglo XXI, la UNESCO llevó a cabo un encuentro internacional sobre la educación, en el que se constató que la enseñanza básica todavía es esencial en los proyectos de desarrollo del «antiguo» Tercer Mundo, pero que la educación universitaria universal sólo es una realidad del «Primer» Mundo. Tal vez podría retomarse este objetivo en las economías socialistas europeas que han sido desarticuladas, las hoy llamadas economías y sociedades «de transición», si éstas superaran los devastadores efectos de las reformas neoliberales y encontraran una vía de desarrollo equilibrado y democrático.

Pero la educación no es la única forma aplicada en el tiempo liberado de las necesidades de producción por la revolución tecnocientífica. Es seguramente su resultado más revolucionario, pues organiza el tiempo libre en una nueva estructura institucional que facilita no sólo facilita la vocación de reproducción del conocimiento ya alcanzado por la humanidad, sino que también se convierte en un organizador de producción de nuevos conocimientos. La universidad tuvo un papel creciente en el desarrollo de la investigación y de la ciencia. Actualmente, las empresas crean sus propios centros de investigación para el desarrollo y la aplicación de sus productos, y también para la ciencia pura, influenciando grandemente la producción del conocimiento, de los símbolos culturales, y de los valores humanos.

Está claro, entonces, que la humanidad tiene que elaborar metas bien definidas de desarrollo, y organizar las oportunidades ofrecidas por la extensión de su dominio sobre la naturaleza. Sobre todo cuando ese «dominio» aumenta la responsabilidad humana sobre la conservación y la instrumentación del ambiente donde vive.

No hay duda de que la dimensión ambiental elevó el tema del desarrollo a nuevos niveles, y debe ser parte esencial de una nueva agenda mundial. Esta dimensión se articula profundamente con una disminución de la jornada de trabajo, el aumento del tiempo libre, y el papel especial de la educación en la preparación del nuevo mundo.

Sin embargo, no hay que olvidar el tema de la generalización, por todo el planeta, de la capacidad productiva generada por la humanidad en los últimos trescientos años de la Revolución Industrial.

Es un tema directamente asociado a la redistribución de la renta en el planeta, particularmente en los países que fueron objeto de colonización. Sólo ella permitirá romper los límites de desarrollo y ofrecer un camino de autorrealización para estos pueblos.

Exclusión social y pobreza como problemas

Los neoliberales no han querido acreditar la tesis de que el enorme adelanto tecnológico generado en los últimos años puede resultar apropiado para estos pueblos, si se utiliza como instrumento de desarrollo. Por una parte, quieren condenar a gran parte de la población de los países desarrollados al desempleo y a la exclusión social. Por otra parte, quieren llevar los países dependientes y subdesarrollados a la exclusión socioeconómica absoluta y permanente.

Sólo se trata de generar una política de acomodo y mejoría de la pobreza. Hasta ahora, esta política se ha traducido en excelentes empleos para los «especialistas» del tema, regiamente pagados por las organizaciones internacionales. Pero, en los países que aceptaron sus políticas fracasadas, no se produjo ningún cambio cualitativo importante del nivel de pobreza, pese al aumento de los estudios al respecto.

Ésta es otra trampa colocada por el neoliberalismo en los últimos años pero que, ciertamente, tendrá que ser desvirtuada con una nueva y correcta perspectiva mundial. Según este pensamiento, no hay recursos disponibles para nada. Cosa increíble cuando se sabe que hay varios trillones de dólares circulando libremente en el sector financiero. Pero éste es exactamente el problema. Las masas de activos financieros sobrevaloradas son remuneradas con altas tasas de interés, a través de la especulación bancaria y otros mecanismos que concentran la renta en manos del sector financiero. Las varias crisis financieras que hemos vivido desde 1987 hasta el presente no lograron devaluar masivamente estos excedentes financieros.

Y la razón básica para esta dificultad es la intervención estatal sistemáticamente a favor de la permanencia de este mundo financiero sobredimensionado. Son las colosales deudas públicas estimuladas en el mismo período, que sustentan estos imperios de papel y valores inflados.

Crisis y capital financiero

La esencia de la crisis actual es el derrumbe de estas rentas artificiales. Desde 1987, tienden a caer las remuneraciones de estos activos y su valor, pero los gobiernos siempre intervinieron para salvarlas. Seguramente estamos llegando a una fase final en este asunto. Si los gobiernos van a seguir interviniendo para defender a los clientes de esos especuladores, habrá que poner tres límites:

1. Cuando la intervención sea muy alta, tendrán que asumir esos activos, como en el caso del LongTerm Bank de Japón.
2. Cuando la intervención sea más estratégica, tendrán que imponer fuertes regulaciones cambiarias y asumir una intervención directa con moratoria explícita, como en Malasia y en Rusia.
3. Cuando sea necesario restringir este aparato financiero a dimensiones compatibles con su función de financiamiento del desarrollo, habrá que aceptar la quiebra de muchas empresas del sector (como en Rusia y, quizás, en Japón), disminuir el costo del dinero para el Estado, y reducir la dimensión de la deuda pública.

Esas reformas son grandes y drásticas. Pero abrieron camino para retomar el crecimiento, y dictaron los términos de una nueva agenda mundial para el desarrollo de una clara orientación neoliberal.

La crisis de la ideología neoliberal

Una de las características más negativas del movimiento ideológico que inspiró la recuperación conservadora del liberalismo clásico o del neoliberalismo, es la falta de confianza en la capacidad humana de producir su futuro.

El objetivo final de las políticas económicas neoliberales es alcanzar el equilibrio de las variables macroeconómicas. El equilibrio es un fin en sí mismo. Asegura el pleno funcionamiento del mercado que, a su vez, es una especie de estado óptimo de vida humana en el cual las instituciones se ajustan a la naturaleza humana.

El neoliberalismo niega sistemáticamente el papel de la planificación, de la autoconciencia colectiva enfocada hacia el alcance de los fines que la humanidad se propone. El escepticismo de sus teóricos ante esos valores, deseos y voluntades, es radical.

Llegamos así a una humanidad sin objetivos ni tareas; sin valores que trasciendan el alcance de la felicidad a través del equilibrio entre sus impulsos fundamentales para alcanzarla, y la obtención de los medios óptimos para realizarla. Los instrumentos pasan así a un primer plano en todos los aspectos de la vida.

Una de las tesis preferidas del neoliberalismo es el fin de las ideologías, el fin de la historia, la racionalidad o la adecuación definitiva de los medios a los fines, el pleno desarrollo de la ciencia objetiva e instrumental que prescinde definitivamente de los valores y se concentra totalmente en el desarrollo de un instrumento neutro.

Nada más tedioso que esa propuesta. Nada más limitante y destructivo moral y emocionalmente. Resulta aún más grave cuando se percibe que sólo es posible alcanzar el equilibrio pautado para un sector restringido de la población mundial. Cuando se alcanza el equilibrio, éste resulta muy localizado. Y sólo se hace efectivo si se ignora el destino de enormes masas de excluidos en los centros de la economía mundial, y particularmente en las zonas periféricas. Y no existe ninguna fuerza o razón para que ese equilibrio, ya de por sí discutible, se generalice en todo el planeta.

Una de las características más negativas del pensamiento neoliberal es que nos hace creer que los adelantos de la revolución tecnocientífica —qué desestructura constantemente el orden social existente— son una amenaza permanente contra ese equilibrio casi «natural» que sus adeptos defienden.

Los conservadores quieren garantizar un orden social superado, y entonces chocan con el adelanto tecnológico (ver el caso del desempleo llamado «estructural»). Las soluciones conservadoras niegan cualquier relación entre la jornada de trabajo y el crecimiento de la productividad generado por el desarrollo colectivo de la ciencia y la tecnología. Su cuestionamiento a la teoría del valor es total; llegan hasta ignorarla sistemáticamente, como algo metafísico, lo que les impide establecer cualquier vínculo entre el aumento de la productividad, la jornada de trabajo y el grado de explotación.

Ahora bien, esta relación es fundamental para comprender el verdadero sentido revolucionario del desarrollo de las fuerzas productivas de la humanidad. Se trata de liberar al ser humano de la necesidad del trabajo repetitivo, para resolver su supervivencia inmediata. Sólo que, en la sociedad capitalista, basada en la libre venta de la fuerza de trabajo, y en las sociedades postcapitalistas, basadas en el trabajo socialmente dirigido, la liberación requeriría la regulación del tiempo de trabajo dividido en jornadas diarias, muy superiores a las necesidades creadas a través del desarrollo tecnológico y la creciente productividad.

Cambios tecnológicos y tiempo libre

Para que los adelantos tecnológicos y el aumento de la productividad puedan traducirse en una disminución del peso del trabajo sobre cada trabajador, hay que cambiar las condiciones de venta de la fuerza de trabajo. Es necesario que cada trabajador venda una proporción menor, o sea, que la venda en un espacio de tiempo menor, reservándose para sí mismo el resto de su tiempo diario. Ésa es la misión de los sindicatos y los partidos laboristas, y algunos liberales han apoyado históricamente esta reivindicación.

El aumento del tiempo libre es la esencia misma de esa revolución tecnocientífica. El tiempo libre de crecientes masas de individuos es el que rige al ciudadano moderno y a las instituciones de la modernidad.

La más importante de éstas es la educación creciente y permanente. Hasta principios del siglo XIX, no era una obligación tener una educación formal y no había instituciones dedicadas a ese objetivo. Luego, a lo largo del siglo, se consolidó la enseñanza primaria o básica como objetivo mínimo para una sociedad y una economía cada vez más dependientes de la lectura de libros, periódicos y una variedad de nuevos medios de comunicación escrita.

El siglo XX vio desarrollarse la enseñanza secundaria, haciéndose universal en varios países después de la Segunda Guerra Mundial. La incapacidad de algunas sociedades para establecer estas metas es seguramente uno de los componentes esenciales del subdesarrollo, el atraso y la miseria. Queda cada vez más claro que este desajuste entre el progreso tecnológico, y su distribución en forma de tiempo libre, va asociado al mantenimiento de las desigualdades sociales, y seguramente es una de sus causas principales.

Neoliberalismo y capital humano

Uno de los «descubrimientos» progresistas de la investigación sobre el capital humano y la economía de la información, que los nuevos clásicos pusieron de moda, es el establecimiento de una fuerte correlación entre el grado de educación, de redistribución de la renta y de desarrollo económico. El grave inconveniente de esos trabajos de investigación es su incapacidad ideológica de articular correctamente la corriente causal. Según estos, la ausencia de educación genera la desigualdad; no es que la desigualdad social genera la ausencia de educación, como ocurre en la realidad. Para estos teóricos, la Revolución Inglesa, la Francesa, el Shogunato

japonés, la Reforma agraria mexicana y su relativa frustración, las reformas agrarias en Japón, Corea del Sur, Taiwán, China, etcétera, no son los precedentes históricos de vastos procesos educacionales y de redistribución de la renta.

Al mismo tiempo, estos procesos revolucionarios explican el avance de la ciudadanía y la creciente importancia de la educación en estas sociedades.

La revolución tecnocientífica, que se inició durante la Segunda Guerra Mundial y cuyo desarrollo va ligado a la derrota histórica del nazismo con aquella guerra, prosigue hoy su marcha hacia el aumento del tiempo libre de la humanidad. En los años ochenta y noventa, una nueva ola de innovaciones liberó horas y horas de trabajo, que se convirtieron en desempleo debido a las instituciones arcaicas en las que se desarrollaron esas fuerzas revolucionarias.

De hecho, después de la Segunda Guerra Mundial, en los países centrales y en los países socialistas, la enseñanza superior se convirtió en un elemento normal de la vida humana. Las naciones recién liberadas del colonialismo también establecieron metas de desarrollo universitario, pero no consiguieron generalizarlo.

Lo importante no es señalar que la presente ola de transformaciones socioeconómicas estará signada por la meta de la universalización de la enseñanza universitaria. En su discurso de 1998 sobre el Estado y la Unión, el presidente Clinton presentó esta meta para Estados Unidos en un corto plazo. Europa y Japón también deberán seguir esas metas.

Al respecto, la campaña para la disminución de la jornada de trabajo a treinta y cinco horas semanales se generalizó en Europa, convirtiéndose en Ley en Francia e Italia, y luego se expandió por toda la región. En la misma dirección, Oskar Lafontaine ha propuesto la disminución de la edad de retiro laboral en Alemania de los sesenta y cinco a los sesenta años de edad, siguiendo el mismo camino inevitable, negado por la hegemonía neoliberal, que condujo a su renuncia.

Así pues, los hechos políticos e ideológicos se transforman rápidamente, cambiando de manera draconiana la agenda internacional de la economía y la política.

Globalización y ciencia económica: Apuntes sobre muchos equívocos y sus repeticiones

Este trabajo defiende la tesis de que la ciencia económica, bajo forma de mainstream neoliberal, se ha convertido en un obstáculo para la comprensión del sistema económico mundial.

Sus recomendaciones buscan limitar el crecimiento económico de los países centrales, y hundir las regiones dependientes en una gran crisis.

Esto ocurre en un momento de gran potencial de crecimiento, una nueva faseA de los ciclos largos conceptualizados por Kondratiev, basada en las innovaciones generadas a través de la revolución tecnocientífica. La ciencia económica actual puede compararse a la Escolástica medieval, que se convirtió en el principal obstáculo a la gran ofensiva modernizadora iniciada en el Renacimiento.

La nueva escolástica

Al parecer, el tema del crecimiento económico volvió al centro del pensamiento económico y de su práctica. Todos los días, los inversionistas de los países centrales y periféricos, particularmente los latinoamericanos, aguardan las estadísticas del crecimiento de la economía norteamericana.

Paradójicamente, en el año 2000, los grandes financistas querían noticias desfavorables al crecimiento. Deseaban un «aterrizaje suave» de la economía norteamericana en un nivel más bajo de crecimiento. ¿Por

qué? Porque la «teoría» económica neoliberal afirma que el crecimiento genera el pleno empleo, y el pleno empleo genera la inflación. Más aún: esta «teoría» económica (en la fase B del ciclo largo de la postguerra) elevó la tasa de pleno empleo a 6 por ciento o 7 por ciento de desempleados. ¡Pero en el 2000, Estados Unidos tenían solamente 3,7 por ciento de desempleados!

El lector se preguntará si detrás de estas afirmaciones habrá amplios estudios científicos. Puedo contestar tranquilamente que no los hay. Estas tesis se fundamentan en argumentaciones lógicas, con alguna ilustración matemática. Así como los escolásticos medievales planteaban ante Cristóbal Colón que la Tierra no podía ser redonda, o ante Galileo que la Tierra no podía girar alrededor del Sol, con argumentos lógicamente incuestionables, estos economistas de hoy «demuestran» que una tasa menor a 6 por ciento de inflación provoca una terrible inflación.

¿Qué hicieron cuando la economía norteamericana llegó a 3,7 por ciento de desempleo con disminución de la inflación? No cuestionaron en absoluto su aparato «teórico». Simplemente cambiaron la tasa mínima de desempleo, colocándola en 3,7 por ciento y exigieron el aumento de las tasas de interés porque, si no, la economía llegaría a la más baja tasa de desempleo. Con menos de 3,7 por ciento, no se podría impedir la inflación.

Si estos economistas usaran su pretendida actividad científica en ejercicios literarios, todo estaría bien. Pero ellos influyen las políticas estatales y los agentes económicos, forman la mente de los nuevos economistas, y desperdician recursos humanos que podrían producir trabajos más interesantes para la humanidad.

En su análisis de las ondas largas, Kondratiev constató la existencia de ciclos de 50 a 60 años, compuestos de una fase A en la que predominan los años de crecimiento económico con una duración de 25 a 30 años, y una fase B con predominio de años recesivos o de bajo crecimiento, de igual duración. Veremos este tema más en detalle en la tercera parte de este libro.

El progreso de la humanidad durante el Renacimiento dependió vitalmente del derrumbe de la hegemonía del pensamiento escolástico acerca del Occidente europeo. Asimismo, el progreso de la humanidad en la actual fase de desarrollo económico mundial depende del derrumbe del pensamiento económico neoclásico en su versión ultraliberal.

El progreso no parece ser una tarea difícil. Veamos el caso del surgimiento de un superávit fiscal de aproximadamente 200 mil millones de dólares en Estados Unidos, en el año 2000, después de años de déficit fiscal creado por los gastos de los neoliberales en recursos bélicos y en el pago de altas tasas de interés de la deuda pública.

Los demócratas, con el apoyo de la mayoría de la población, propusieron utilizar este superávit para mejorar el sistema de previsión social (aunque los neoliberales argumentaron que, por falta de fondos, éstos no podían seguir manteniéndose). Cuando estos fondos sobraron, debido al abandono de los gastos ociosos impuestos al país por los conservadores, propusieron y lograron disminuir los impuestos y hacer desaparecer estos excedentes. George W. Bush consiguió revertir el superávit dejado por Clinton, creando un déficit fiscal de unos 200 mil millones de dólares en 2003, que podría llegar a niveles astronómicos con la guerra de Irak.

¿Con qué argumento? No invocan la verdadera razón, que es la defensa de los intereses de los ricos, que disfrutaron de los beneficios de la disminución de los impuestos. Lo que alegan es que la disminución de los

impuestos, al favorecer a los más ricos y fortalecer los inversionistas, garantizan el crecimiento. Por otra parte, quieren detener a toda costa el crecimiento económico resultante de la política de Clinton, que abandonó sus recetas recesionistas. De hecho, los años de hegemonía liberal con Reagan y Bush padre mostraron que la disminución de los impuestos, sobre todos los de los ricos, sólo llevaron a un déficit fiscal, a la disminución del crecimiento, y a la crisis recesiva que, en octubre de 1987 y de 1989 a 1991, derrumbó la economía norteamericana, llevando a la caída de Bush padre y de los republicanos.

Actualmente, vemos a Bush hijo retomar esas mismas políticas en medio de una grave recesión económica, producida por las políticas restrictivas del Banco Central norteamericano, que ahora trata de reparar el desastre provocado al reducir sensiblemente las tasas de interés.

Recomendaciones para las colonias

Estos intereses y preconceptos «científicos» disfrazados de ciencia económica resultan aún más graves cuando recaen sobre economías más limitadas y sufridas, como las de los países dependientes y subdesarrollados, o —para quedar bien con el actual optimismo inexplicable— las economías en desarrollo o «emergentes».

Oponerse al crecimiento en tales circunstancias simplemente constituye un crimen. No obstante, es ésta la orientación del FMI y de los equipos económicos «ultracompetentes» que asolan nuestros gobiernos.

Cercados por la miseria, siguen insistiendo en que los problemas de nuestros países consisten en el exceso de la demanda y sus efectos inflacionarios. ¡Pero vivimos en una época deflacionaria! Todos los equipos económicos se beneficiaron de esa tendencia mundial a la deflación que derrumbó todas las hiperinflaciones del mundo en la primera mitad de los años noventa.

Todos atribuyeron a sus políticas económicas el control de una inflación que iba cayendo espontáneamente por el mundo, a pesar de los déficits comerciales y fiscales que estos equipos generaron en los años noventa al adoptar altas tasas de interés y excesivas revaluaciones cambiarias. De hecho, podríamos decir que la ola mundial deflacionaria era tan fuerte que provocó caídas de la inflación a pesar de las políticas económicas recesivas apoyadas por el Consenso de Washington y por el Fondo Monetario Internacional, como lo veremos más detalladamente en las dos últimas partes de este libro.

Todos sabemos que la sobrevaloración de las monedas, practicada por Salinas de Gortari hasta 1994 y Fernando Henrique Cardoso en su Plan Real hasta la caída de enero de 1999, provocó presiones inflacionarias. También sabemos que aumentar diez veces la deuda pública en un lapso de 7 años, como sucedió en el Brasil de Cardoso, es una terrible bomba de tiempo, que puede terminar explotando a través de violentas presiones inflacionarias, como ocurrió en Brasil a partir de 2002.

No obstante, las políticas de devaluación cambiaria no provocaron inflación y, al contrario, estuvieron asociadas a períodos de control inflacionarios. Tras las devaluaciones cambiarias, estos equipos de economistas quedaron sorprendidos por los efectos positivos de un cambio más equilibrado. En vez de revisar sus conocimientos de economía, se vanagloriaron de su capacidad para provocar fenómenos totalmente contrarios a sus previsiones.

Cuando Fox, para entonces candidato a la presidencia de México, propuso una tasa de crecimiento del producto bruto de 6 a 7 por ciento, se rieron de él, de su ingenuidad y su desconocimiento de la economía. En vísperas de las elecciones, se apresuraron a anunciar el aumento de las tasas de crecimiento de México a 6,7 por ciento. Fox reaccionó con habilidad, preguntándose por qué se vanagloriaban si a él le habían dicho que era imposible...

Sin embargo, pese a esos evidentes fracasos, los medios de comunicación y la opinión pública oficiosa mantuvieron su respeto por estos señores y sus artes de hechiceros. El Fox presidente los mantuvo en el poder, pese a sus crasos errores de política económica y sus falsas previsiones.

Y en el primer año de su gobierno, el PIB cayó drásticamente. El fogoso candidato que creía en el crecimiento fue convencido de que la recesión es el mejor camino para derrotar una inflación ya derrotada no por ellos sino por la desvaloración de los activos mundiales, por la caída de precios de los commodities (excepto, en parte, el petróleo, lo cual es bueno para México), por la caída dramática de precios de los productos manufacturados, etcétera.

Las posibilidades históricas chocan con la teoría

Vemos entonces que los sectores interesados en el crecimiento económico en una fase histórica sumamente favorable al mismo —pues nos encontramos en una fase A del ciclo de Kondratiev—, como venimos afirmándolo desde 1993 contra todo un aparato supuestamente teórico que negaba el crecimiento de la economía

norteamericana, hablan del rompimiento de una burbuja financiera que explotó en 1987, o de un límite inflacionario determinado por el pleno empleo cuyos límites fueron cayendo año tras año.

Es hora de decir crudamente que la humanidad puede resolver algunos de sus problemas milenarios en la fase actual de desarrollo de las fuerzas productivas. Para ello, deberá utilizar masivamente su capacidad de ampliar su base tecnológica a través de innovaciones cada vez más radicales, basadas en la robótica y en las nuevas fases de la revolución tecnocientífica, como la ingeniería genética, el láser, las nuevas materias, la biotecnología, etcétera.

Lo que frena estos avances es el mantenimiento de relaciones de producción retrasadas, que impiden el pleno desarrollo económico y la aplicación de políticas industriales que favorecen el crecimiento. Son las ideas ya superadas que se oponen a la disminución de la jornada de trabajo, a la distribución más justa de las riquezas, a la utilización de los excedentes en el desarrollo social, a la hegemonía de una cultura planetaria más solidaria y pluralista, basada en el respeto de las potencias económicas por cada civilización, por cada cultura local o nacional.

La humanidad, rodeada de miserables y orientada por una «ciencia» económica destinada a demostrar la necesidad de la miseria, se encuentra igual que en la baja Edad Media, frenada en su potencial transformador y revolucionario. Hagamos como Cristóbal Colón, desafiemos a los teólogos del atraso. Es como romper el tope de la cáscara para que el huevo quede parado.

El verdadero origen de los sistemáticos errores de análisis de la economía mundial está en el universo teórico generado por la ortodoxia de la ciencia económica. Esta tesis puede confirmarse cuando se constatan las amenazas de nuevas situaciones muy delicadas, como consecuencia de los errores pasados.

Por una parte, Estados Unidos presenta en los años noventa una fuerte tendencia al crecimiento sin inflación y con disminución significativa del desempleo. Sin embargo, este comportamiento de la economía norteamericana que se mantuvo durante unos 8 años no estaba de acuerdo con la teoría económica ortodoxa. Según ésta, el mantenimiento de las altas tasas de crecimiento y la tendencia al pleno empleo debía generar fuertes presiones inflacionarias, aunque este crecimiento estuviera asociado a la formación de un superávit fiscal, lo que dejaba descolocados a los economistas keynesianos, miembros ahora desdeñados del mainstream.

En esta interpretación fallida de la teoría económica oficial, y ante el desmentido de los hechos, lo que debe cambiar es la realidad, no la teoría. Ésta parece ser la actitud de los presidentes de los bancos centrales,

empezando por el presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, Alan Greenspan. Para justificar el aumento de las tasas de interés pagadas por la FED en circunstancias de una inflación controlada, este «mago» de las finanzas habló de una «inflación secreta». Con ello, justificaba la contención del crecimiento de la economía norteamericana mediante el aumento absurdo de la tasa de interés en el 2000.

Lo más grave fue cómo la prensa internacional y gran parte del conservadurismo norteamericano saludó el «éxito» de la FED en detener el crecimiento norteamericano, en aumentar el desempleo, en disminuir la construcción de nuevas casas, y así sucesivamente. Parecía que la función de la ciencia y de las políticas económicas era generar desempleo y miseria.

¿En nombre de qué base teórica o empírica pueden estos tecnócratas intervenir tan poderosamente en la economía, y saludar las miserias que imponen a la población? ¿En qué manual de economía o en qué trabajo teórico significativo existe este concepto de «inflación secreta»? ¿Cómo la medimos? ¿Cómo la combatimos?

Entonces, fue natural que hasta los sectores conservadores se pronunciaran contra esta decisión reaccionaria y criminal de aumentar la tasa de interés sin haber serias señales de inflación. Hasta el aumento de los precios del petróleo había sido absorbido sin grandes efectos inflacionarios.

Ya hemos visto las consecuencias negativas de esta decisión, y los intentos de corregirla invirtiendo la política y bajando contundentemente las tasas de interés.

Otra vez sus efectos en las economías dependientes

Sin embargo, la aplicación de estas «teorías» resulta más grave en los países en desarrollo o emergentes. Tomemos el caso de Brasil, país con un envidiable potencial de crecimiento económico, frenado desde hace 20 años por la transferencia masiva de sus excedentes al exterior, en forma de pago de intereses, remesas de ganancias, y otros mecanismos de especulación, como veremos más adelante.

Pero las políticas oficiales no pueden frenar por tantos años una economía informal en expansión, en la que se incluye el contrabando, el tráfico de drogas, y los varios tipos de crimen organizado, como los secuestros, los juegos de azar, etcétera.

Ahora bien, la empresa internacional se dedicó a confirmar las previsiones oficiales de una recuperación del crecimiento brasileño para el año 2001. Lo cual no ocurrió. A pesar de una recuperación del crecimiento del PIB en 3,7 por ciento en 2000, las exportaciones no se recuperaron. Al contrario, disminuyeron en valor absoluto. Y la crisis cambiaria no fue más grave sólo gracias a la disminución dramática de las importaciones, también términos absolutos. En consecuencia, en 2002 Brasil disminuyó aún más su participación en el comercio mundial. Lo interesante aquí es el desprecio por los datos. Un país que ha disminuido su participación en el comercio mundial desde 1994, es presentado a la opinión pública y al bien remunerado sector profesional de la economía como un ejemplo de equilibrio cambiario y de éxito comercial...

Para neutralizar el déficit comercial (que había aumentado drásticamente entre 1994 y 1998), el pequeño superávit que se logró en 1999 (y que sólo fue posible mediante la disminución de las importaciones) no resultó suficiente. Las mejorías posteriores sólo fueron posibles debido a la recesión. El recorte de la renta junto con el aumento del dólar generó finalmente un superávit comercial en 2002, que se mantuvo en 2003. Al mismo tiempo, se recurrió y aún se recurre a tasas de interés absurdas para pagar una deuda pública generada exclusivamente para atraer dólares del exterior, que entran al país a través de facilidades igual de absurdas.

Para comprender el efecto de esta política, basta decir que no hubo aumento de los gastos en ninguna actividad del sector público en todos estos años. Los salarios de los empleados públicos han sido congelados desde 1994. Desde entonces hasta hoy no se ha efectuado ningún cambio significativo en la infraestructura ni en otro sector. Sólo se han vendido empresas públicas, generando así alguna renta para el Estado, pronto utilizada para pagar el servicio de la deuda. Otra prueba de la ausencia de gasto público es el aumento y el mantenimiento del superávit fiscal primario (entradas y salidas, exceptuando el pago de intereses), de nuevo con el objetivo de pagar el servicio de la deuda pública.

Lo más dramático de este cuadro es que la deuda pública, de 61 mil millones de reales en 1994, cuando se inició el Plan Real, ha crecido hasta 850 mil millones en 2003, según datos oficiales.

¿Cómo es posible aumentar la deuda pública de manera tan espectacular cuando se genera un superávit fiscal primario, se recortan los gastos, y se aumentan las entradas fiscales?

La explicación está en ciertos manejos de la «teoría» económica al servicio de intereses inconfesables. El argumento es más o menos el siguiente.

Se necesita una moneda fuerte o un anclaje cambiario para detener la inflación, y esto provoca un déficit cambiario; para cubrirlo, hay que importar capitales de corto plazo, y el único modo de hacerlo es mediante la venta de títulos públicos de corta duración y altísimas tasas de interés.

Estas tasas de interés se calculan de la siguiente forma: deben ser iguales a las tasas de interés internacionales (en el aumento impuesto por la FED en 2000, la tasa libor se mantuvo alrededor de 6 por ciento anual; con la dramática caída de la tasa de interés en Estados Unidos, hoy está alrededor de 1,7 por ciento anual), a lo cual se suma un dato subjetivo que se traduce en un tremendo aumento de las tasas de interés. Se trata de los costos correspondientes al «riesgo» de invertir en un país emergente. Pero, con todos esos «riesgos», en 1995 este país consiguió pagar al capital especulativo internacional unos 52 por ciento de tasa de interés, en títulos públicos que están entre los más sólidos del mundo, con una moneda perfectamente estable, y una inflación ya baja y en caída.

Cuando la tasa de interés norteamericana estaba en 6,5 por ciento, la tasa de interés básica impuesta por el Banco Central de Brasil fue de 18,5 por ciento; y después de la caída dramática de la tasa de interés norteamericana hasta 1 por ciento, la tasa de interés impuesta por el Banco Central de Brasil fue de 26,5 por ciento. Así se desenmascaran cada día los modelos formales que se aplican de acuerdo a las circunstancias y al grado de experticia de los tecnócratas que gerencian el Estado.

Los lectores pueden creer que yo estoy exagerando. A veces, yo también lo creo. Semejante cosa no parece posible, pero desgraciadamente lo es. Y la mayoría de los responsables de esta política habrán seguido en el poder hasta el final del gobierno de Fernando Henrique Cardoso. ¡Considerados, además como un equipo de gran competencia técnica que introdujo la «responsabilidad» fiscal en Brasil!

¿Cómo es posible que los responsables de los desequilibrios fiscales, financieros y cambiarios de tanta monta puedan ser elogiados como rigurosos defensores de los «fundamentos» de la economía? Es un misterio que sólo puede explicarse si trasladamos nuestro análisis al plano de los intereses económicos y políticos, y vemos cómo las afirmaciones consensuales son formas disfrazadas de garantizarlos. Pero también hay que agregar el descalabro en el que cayó la ciencia económica para permitir que tales «modelos» analíticos puedan implantarse y ser aceptados por amplios sectores profesionales.

Ciencia económica y criminalidad

¿Cuánta seriedad podemos atribuir a conceptos supuestamente económicos como «el riesgo Brasil», que explicaba, en 1994-1995, una tasa de interés de 52 por ciento anual, con una inflación de casi 8 por ciento en el mismo año? ¿Cómo se calcula ese riesgo? ¿Cuáles son sus componentes, y cómo se mide la incidencia de los mismos? Pues bien, estimados lectores, amparados en la competencia técnica de quienes formulan tales charlatanerías, fueron transferidos mil millones de dólares a los inversionistas del mundo entero, y el pueblo brasileño sigue padeciendo hoy en día las consecuencias de tales decisiones.

Lamento tener que plantear el asunto en estos términos de criminalidad. Pero ésta es también la posición de la Procuraduría pública de Brasil. Entre los casos más destacados tenemos el de la devaluación del real en enero de 1999. El entonces presidente del Banco Central efectuó operaciones en dólares a precio antiguo con, por lo menos, tres empresas financieras, entre las cuales una que estaba ligada a su entorno personal.

Para entonces, el presidente del Banco Central era un destacado economista del grupo de la Pontificia Universidad Católica (PUC) de Río de Janeiro, que asumió el poder con la adopción del Plan Real. El argumento para ayudar a estas empresas con aproximadamente 1.5 mil millones de dólares fue inventado en una carta improvisada escrita al día siguiente de la operación por una también destacada funcionaria de segundo nivel. Según ella, el no otorgamiento de dicha ayuda a las empresas señaladas provocaría un «riesgo sistémico»: en caso de que estas empresas efectuaran sus operaciones con los nuevos valores cambiarios, estaría amenazado todo el sistema financiero brasileño. Después de mucho examinar el asunto y, seguramente, al no poder comprobar la existencia de este riesgo tan subjetivo, las autoridades judiciales del país decidieron procesar a las autoridades financieras envueltas en estas operaciones tan claramente fraudulentas.

Si se iniciara un análisis riguroso de los pretendidos conceptos técnicos o científicos aplicados por las autoridades financieras para justificar la transferencia de miles de millones y miles de millones de dólares de los contribuyentes a manos de los tenedores de títulos de la deuda pública, y varios otros títulos respaldados por conceptos de dudosa validez científica, ¿a cuántas penas de cárcel se llegaría?

Lo cierto es que necesitamos rigurosos controles de la opinión pública sobre este tipo de operaciones, que hoy en día se efectúan al amparo de los secretos bancarios, de autoridades técnicas supuestamente incuestionables, de los poderes discrecionales otorgados por ley a los bancos centrales y otras entidades financieras. Para

otorgar dignidad y respetabilidad a estas operaciones, se ha creado un lenguaje económico tan subjetivo y tan hermético como el de los practicantes y de los monjes durante la Edad Media, que utilizaban el latín para protegerse de la curiosidad de los legos.

En Brasil, esta misma práctica duró hasta los años cincuenta. Pero sigamos con nuestro análisis, considerando ahora los argumentos sobre la imposibilidad de disminuir sensiblemente las tasas de interés en Brasil. Hay casi un consenso acerca de la imposibilidad de reducirlas a niveles cercanos a las tasas internacionales. De nuevo, estamos ante categorías analíticas de rigor científico tan escaso como el llamado «riesgo Brasil».

En el año 2000, bajo la fuerte presión de la opinión pública, las autoridades financieras se vieron obligadas a disminuir de 18 por ciento a 17,5 por ciento y 16,75 por ciento la tasa de interés de los títulos públicos, con un claro indicativo para seguir reduciéndola. No faltaron los comentarios contrarios a esta reducción. La oposición no creía en una reducción sostenida, debido a los enormes compromisos financieros internacionales asumidos por el gobierno, además del enorme déficit cambiario que enfrentaba el país debido a la política del Plan Real.

No obstante, en 2001, tras el impacto del «caso argentino», las tasas de interés volvieron a subir a 18,5 por ciento, nivel en el que se mantuvieron hasta fines de 2002 cuando las tasas internacionales de interés cayeron en picada. Sin embargo, en Brasil, en vez de acompañar esta caída internacional, las tasas de interés aumentaron, llegando a 26,5 por ciento en marzo de 2003. Era evidente que no sería posible ampliar significativamente las exportaciones del país con semejantes tasas de interés.

Tampoco podría haber una recuperación económica estable sin una baja significativa de estas tasas. Era necesario disminuir el grado de intervencionismo en que están sometidas nuestras economías por el capital financiero, el mismo que defiende el no intervencionismo en otros sectores de la economía donde el Estado sí tiene que intervenir: el sector social, las políticas industriales, etcétera. Además, el Estado sí tiene que intervenir en las políticas financieras, pero en el sentido de limitar el capital financiero y su poder, a fin de facilitar el financiamiento de las actividades productivas que deben ser protegidas.

Así que ya es hora de hacer verdaderas innovaciones en la Ciencia Económica. Tenemos que comparar estas experiencias de políticas económicas y sus efectos, en vez de proponer doctrinas sumamente negativas cuyo objetivo es limitar la capacidad de progreso de la humanidad. Ya es hora de colocar la realidad en primer plano, y comparar con criterio y sabiduría. La teoría tendrá que renovarse a la luz de los hechos. Si no lo hace, será un grave error.

La contabilidad y el crecimiento

Para ello, hay que incursionar más profundamente en la cuestión teórica. Hace mucho tiempo que la contabilidad macroeconómica latinoamericana se ve sometida a metodologías y principios impuestos por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Se trata de asegurar ciertos principios de información, necesarios para la comparación entre las varias economías nacionales, y para que el sistema financiero internacional tome decisiones. Se trata entonces de cuestiones técnicas que interesan a un pequeño grupo de funcionarios internacionales y nacionales. Al menos, es lo que se pretende en los medios tecnocráticos y académicos.

Nunca estuvimos de acuerdo con estos postulados. Al contrario, ya en los años sesenta demostrábamos que los sistemas de contabilidad vigentes en nuestros países, muchos de ellos impuestos por las organizaciones internacionales, ocultaban fenómenos más importantes para la orientación de nuestras políticas económicas.

Por ejemplo, mostrábamos la creciente sumisión de nuestras economías al déficit en el sector de los servicios, como los fletes y los pagos de royalties, y a una balanza negativa en las cuentas del capital a medida en que la salida de las ganancias y de los intereses superaba la entrada de capitales a largo plazo. Mostrábamos así la necesidad de recurrir, desde aquella época, a los préstamos internacionales que pondrían en el tapete la cuestión de la deuda externa de la región.

Las aventuras del financiamiento externo en los años setenta, proporcionado por los excedentes petroleros y su reciclaje en los bancos internacionales, multiplicaron los mecanismos de endeudamiento estructural que, asociados al aumento de las tasas de interés en los años ochenta, activarían la bomba del endeudamiento externo.

Hasta hoy, seguimos sometidos a esta situación estructural cada vez más grave, a pesar de los economistas oficiales que niegan la existencia de estos problemas estructurales y anuncian, cada año, soluciones y mejoras, ajustes y falsa recuperación del crecimiento. Aunque son desmentidos por los hechos, insisten en defender sus fracasados instrumentos teóricos y analíticos como una ciencia exacta e indiscutible.

Pero lo más grave es que estos economistas van logrando una influencia creciente sobre las políticas públicas, cada vez más sometidas a sus principios doctrinarios. Es el caso de las cuentas públicas que se convierten en un campo de batalla donde se enfrentan las ideas de los nuevos escolásticos o tecnócratas en el poder. El caballo de batalla de esta mitología es el llamado «déficit público».

Lo que hay que entender por «déficit público» es un dato general de las cuentas públicas: la diferencia entre los ingresos y los gastos del Estado. Pero qué parte de los gastos se considera como déficit, y qué parte se considera como gastos normales, es materia de doctrina, de valores, de decisiones públicas.

En este tema, los tecnócratas no contribuyen en nada, excepto por el hecho de que están al servicio de ciertas doctrinas e ideologías, en las que sus propios intereses se hallan bien defendidos y representados. Por ende, su pretensión de imponer políticas de gastos y decisiones de gobierno, en nombre de unos principios de equilibrio macroeconómico (discutibles incluso como política económica), corresponde a una evidente usurpación de sus atribuciones y competencias.

Es así como los instrumentos de medición y cálculo económico empiezan a impregnarse de ideología y falsificación deliberada, y a entrar en contradicción con los hechos. Una lista de estos conceptos deformados al servicio de intereses no declarados sería interminable. Pero el gobierno brasileño puso en evidencia uno de los más interesantes aspectos de este problema, al proponer al FMI un cambio contable de grandes implicaciones.

Hace algún tiempo, el FMI incorporó, entre los datos referentes al déficit público, los gastos en inversiones efectuados por las empresas públicas. De este modo, las ganancias reinvertidas por estas empresas, o los financiamientos que obtenían para efectuar sus inversiones, pasaron a ser contabilizados como gastos públicos, igual que cualquier costo de servicio público que no puede obtener posterior resarcimiento.

Claro que el concepto de déficit público fue siempre severamente condenado por los economistas de formación keynesiana, quienes se dedicaron a demostrar que el gasto público era un instrumento fundamental para superar el desempleo y el atraso económico. ¿Qué decir entonces de un gasto productivo que generaría ganancias posteriores acrecentadas por nuevos niveles de producción?

No es necesario aclarar que este juego contable era la base de toda una campaña contra las empresas públicas, presentándolas como fuentes de déficit público, cuando los datos mostraban más bien un importante superávit en estas empresas, que generaban ganancias significativas para el Estado. En particular las empresas de commodities como el cobre chileno, el petróleo venezolano, mexicano o brasileño, el acero y los minerales de Brasil, Venezuela, y muchos otros casos, que han sido fuentes fundamentales de recursos para el sector público.

Es evidente que si contabilizamos las inversiones de estas empresas como gastos públicos y fuente de déficit fiscal, se crea una importante matriz de opinión contra dichas empresas. Y también se presentan estos gastos

como una fuente de desequilibrios macroeconómicos negativos, cuando en realidad son factores positivos para el crecimiento económico, sin los efectos inflacionarios que tales contabilidades permiten suponer. La trampa resulta aún más peligrosa cuando se incluye en la categoría de empresas públicas los servicios prestados por el Estado sin remuneración, como es el caso con la enseñanza universitaria. En principio, casi todos sus gastos pasan a ser «déficit» de las empresas públicas, así como otras actividades similares, como la seguridad social de los funcionarios públicos con la obligatoria contribución del Estado, etcétera.

La cuestión fiscal y sus trampas

Más grave aún es el efecto de esta definición sobre las exigencias del FMI en el sentido de recortar el gasto público no necesario e inflacionario. Este enfoque llevó a recortar las inversiones en la región en los últimos 20 años, durante los cuales nuestro desarrollo quedó definitivamente comprometido al aceptar la tutela de dicho organismo.

En Brasil, por ejemplo, el ahorro del gobierno, que representaba 5,58 por ciento del PIB entre 1971 y 1980, cayó a -0,4 por ciento entre 1981 y 1990; y cayó entre 1981 y 1990 a 1,59 por ciento. Eso significa de hecho el fin de cualquier inversión pública y la casi paralización del país. Es fácil comprender las consecuencias de esta políticas, no sólo sobre el crecimiento de la economía sino también sobre el sistema de educación, salud, transporte, vivienda y otros sectores sociales que dependen cada vez más de la inversión pública.

Y no podemos decir que la inversión privada logró sustituir la ausencia de inversión pública. Aún sin considerar el hecho de que los inversionistas privados rara vez se interesan por atender a la masa de los consumidores sin recursos, todavía existen los problemas de la falta de ahorro privado, de la concentración de aplicaciones financieras sumamente rentables, de la falta de tradición empresarial en el sector privado, del desinterés del capital internacional por las inversiones productivas en los países en desarrollo y, por último, del alto costo del dinero, hecho generado por la determinación de políticas económicas y por las fuertes tasas de interés pagadas por el Estado.

Por estas razones, el ahorro privado tuvo un aumento de 12,35 por ciento a 19,67 del PIB, de 1971-1980 a 1981-1990. Pero en el sexenio siguiente (1991-1996), el ahorro privado ya había caído a 16,95 por ciento del PIB de Brasil. En cuanto al ahorro externo, representó 3,87 por ciento entre 1971-1980, cayendo a 1,57 por ciento en 1981-1990, y finalmente a 0,83 por ciento en 1991-1996.

Nada de esto impide a los ideólogos tecnócratas de seguir afirmando que sus políticas facilitan la entrada de capital externo y el financiamiento externo de nuestras economías. Queda entonces muy claro que los agentes económicos terminan por refugiarse cada vez más en la economía informal, relativamente protegida de la competencia internacional mediante mecanismos tales como el no pago de impuestos y la baja remuneración de la mano de obra que no cuenta con el apoyo del Estado.

Esta economía de la miseria, tan elogiada por muchos científicos sociales de la región saludados por la prensa internacional como grandes teóricos del atraso, va expandiéndose a niveles impresionantes. Presentamos, una vez más, los datos de Brasil. Según los cálculos del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE), el empleo en el sector informal creció de 52 por ciento del total del empleo en el país en 1990, pasando a 62 por ciento en 1999.

Resulta muy interesante constatar el hecho de que una administración tan subordinada a las metas del FMI como el gobierno de Fernando Henrique Cardoso, se haya visto obligado a postular una revisión del concepto de déficit fiscal aplicado por este organismo, eliminando de este concepto la cuenta de los gastos en inversiones de las empresas estatales que sobrevivieron al huracán privatizador que el país vivió.

Es extraño constatar que los varios gobiernos del país y de la región aceptaran una virulencia conceptual tan grande por tanto tiempo. Pero no hay por qué asustarse ante esos absurdos. El gobierno de Fernando Henrique Cardoso fue presentado al mundo como un modelo de rigor fiscal. Sin embargo, entre 1994 y 2002, elevó el déficit público del gobierno federal de aproximadamente 64 mil millones de reales a unos 850 mil millones de reales!

Cómo pudo esta irresponsabilidad fiscal convertirse en un modelo de rigor fiscal, es una obra de propaganda política, basada en una carencia de toda honestidad informativa, capaz de asustar a cualquiera.

Como se ve, las opiniones dominantes no tienen que apoyarse en hechos. Basta que sean de interés para aquellos que las transmiten. No obstante, los hechos terminan por imponerse, como se vio en el resultado de las elecciones presidenciales en 2002.

En las investigaciones de Latinobarómetro se constata la caída impresionante del apoyo a las privatizaciones en la región. En Brasil, por ejemplo, la discordancia de las privatizaciones representaba solamente 43 por ciento de la población en 1998, y llegó a 61 por ciento en el año 2000.

En todos los demás países de la región se dio un aumento similar. La desilusión suscitada por el programa de reformas neoliberales en el plano económico incide en la confianza que se pueda tener en el régimen democrático. En Brasil, la aprobación al régimen democrático es una de las más bajas de la región. Según esta misma fuente de información, sólo 35 por ciento de los brasileños están satisfechos con la democracia. Se trata de uno de los más bajos índices de toda la región, teniendo por debajo sólo a Paraguay, donde el apoyo a la democracia es de 31 por ciento.

Así pues, resulta inquietante constatar que la población de un país tan importante del hemisferio occidental se halle tan distante del ideal democrático, y tan insatisfecha con su aplicación. Tal vez habrá que aceptar carácter absurdamente conservador y hasta reaccionario de sus decisiones, que están al servicio de las fuerzas sociales más negativas, es la razón fundamental para la desilusión de una población que, hasta hace poco, luchó muy valientemente contra una poderosa dictadura militar

Ética, política y economía

Entre el 10 y el 14 de septiembre de 2002, fue creado en Santiago de Chile el seminario internacional PEKEA (A Political and Ethical Knowledge on Economic Activities), sobre el tema de un saber político y ético en las actividades económicas. En esa oportunidad, se reunieron economistas políticos y científicos sociales de más de cuarenta países para iniciar un programa permanente de investigación con el objetivo de reorientar el pensamiento económico hacia el campo de las Ciencias Sociales y Humanas. En mi condición de presidente del Consejo Científico Internacional de esta interesantísima red, presenté las notas siguientes.

El objetivo de separar los juicios de valor de los juicios de realidad estuvo en el inicio mismo de la constitución de las Ciencias Sociales en los siglos XVIII y XIX. Sin embargo, no podemos asegurar que aquella operación haya sido bien llevada. Cuando analizamos históricamente el desarrollo de las disciplinas que constituyeron aquel esfuerzo científico, constatamos que están impregnadas de una filosofía de la historia que reivindica la superioridad moral y civilizadora del capitalismo, de la democracia política y de la ideología individualista sobre las formas y modalidades anteriores de organización social.

Esta clara visión evolucionista trató de ocultarse bajo principios científicos y conceptos de la realidad, pero hoy en día sabemos de sus vínculos profundos con el colonialismo y el imperialismo modernos. Sabemos cómo sirvieron de fundamento para una visión eurocéntrica de la historia, de la naturaleza humana y del propio comportamiento humano.

La propia división entre las disciplinas sociales refleja este marco ideológico. La Economía se diferenció, primeramente, en la medida en que tomaba como objeto al individuo posesivo definido por la Filosofía utilitarista como la esencia de la naturaleza humana. Luego, la Sociología también se diferenció al preocuparse por la conducta racional en la que se fundamenta la acción económica pura, y el orden social que la viabiliza. Las Ciencias Políticas completaron este cuadro analítico al establecer la cuestión del poder como la condición de garantía y legitimidad de estas mismas conductas racionales, utilitarias y progresistas.

A continuación, fue necesario definir cuál es el verdadero papel de la Historia en este saber estructurador orientado hacia el equilibrio y el orden ahistóricos. Se podía obviar entonces la idea de evolución histórica, y transformar los comportamientos económicos, sociales y políticos en emanaciones directas de la naturaleza humana. Todo lo que se inscribía en otros modelos de comportamientos quedó agrupado bajo los conceptos de barbarie, atraso, irracionalidad, comunidad, tradición, y así sucesivamente.

Era tal el abismo entre lo civilizado, lo avanzado, lo racional, lo societario, lo moderno, y el mundo tradicional, que se constituyó una ciencia aparte para estudiar estas sociedades estáticas y sin historia. La Etnología francesa o la Antropología anglosajona crearon así un espacio científico para el sentimiento y la política colonialista. Ésta se consolidó hasta el punto de lograr identificar entre los pueblos ahistóricos la propia esencia de la historia humana. Así se mezclaron las tribus iletradas y las civilizaciones antiguas, el medioevo árabe, la modernidad italiana, portuguesa y española que fundó el moderno sistema mundial y el capitalismo como nueva modalidad de producción, distribución y consumo.

La encarnación de estos preconceptos se cristalizó en las teorías de la modernización que sirvieron de base a las teorías del desarrollo después de la Segunda Guerra Mundial. Fue entonces cuando se separaron las economías, las sociedades y los procesos políticos e ideológicos, por una parte los tradicionales, y por otra, los que eran capaces de garantizar el despegue del desarrollo y el famoso take off de Rostow.

Era necesario un colosal delirio histórico para colocar en una misma categoría la civilización islámica, la civilización china, con una continuidad de milenios, la civilización japonesa, los pueblos de India, todo el mundo afroasiático, sin dejar de incluir a Latinoamérica, el sur de Europa, la Europa Central y Oriental, y la Rusia imperial. La teoría del desarrollo nació así en el más puro ambiente ideológico eurocéntrico.

La noción de Primero, Segundo y Tercer Mundo refleja esta realidad. La Guerra Fría había logrado dar a los países que buscaban un camino de desarrollo socialista, una categoría especial que les permitía salir del limbo del atraso y de lo tradicional.

Si bien se procedía a estas operaciones intelectuales tan empobrecedoras en un nivel planetario, no hay que olvidar que similares artificios afectaban el desarrollo de las Ciencias Sociales en los países centrales de este sistema mundial. Vemos, por ejemplo, que la especialización científica corta las relaciones entre lo económico, lo social, lo político, lo ideológico, y lo histórico. So pretexto de la necesidad de captar las estructuras de lo social, o de reflejar el equilibrio perfecto de las categorías económicas, se vaciaba la realidad social de la historia.

Al mismo tiempo, so pretexto de establecer juicios de realidad y de evitar los juicios de valor que no correspondería a la Ciencia, estos «científicos sociales» transformaron los valores del capitalismo incipiente en categorías «naturales» que se desprendían directamente de la constatación antropológica de la existencia de una naturaleza humana, la cual se liberaba y se imponía en las relaciones sociales cuando el mercado pasaba a regir estas relaciones entre los seres humanos.

Parece entonces que enfrentamos una tarea colosal cuando pretendemos volver a poner el mundo de los valores éticos y de las decisiones políticas en el centro de las reflexiones científicas sobre lo humano. Hay que llevar hasta el final lo que fue la primera intención de Marx cuando propuso realizar una crítica de la economía política, cuyo primer esbozo estuvo en los *Grundrisse*, y del cual la *Contribución a la crítica de la economía política* y al *Capital* fueron sólo una primera parte.

Muchos esfuerzos posteriores también merecerían ser analizados (como las contribuciones de Durkheim, Max Weber, Polany, Schumpeter, Keynes, y tantos otros), pero me gustaría restringir mis evocaciones históricas de ese momento fundacional a esa aventura intelectual tan rigurosa y tan bien llevada que no pasó de su inicio, y sólo fue revelada mucho después de que las otras obras de Marx ya habían causado un impacto científico y político tan inmenso.

Así pues, se trata de llevar hasta las últimas consecuencias la crítica de la Economía Política y de las Ciencias Sociales, a la luz de la experiencia histórica de la humanidad de romper con sus raíces orgánicas con el planeta, y de imponer lo mecánico, lo artificial, lo «humano» sobre los demás seres del planeta y sobre sí misma. Hay que pensar sobre todo cómo fue posible construir un orden mundial tan contradictorio, injusto e inestable, al mismo tiempo que se producían ciertas circunstancias nacionales o locales, cuya continuidad y estabilidad se encuentran profundamente amenazadas por un sistema económico y social que busca reducir lo humano a lo mercantil y utilitario.

Hay que dedicar a esta crítica de la economía política contemporánea nuestros próximos esfuerzos teóricos, ya avanzados en mi tesis para el concurso de profesor titular de la Universidad Federal Fluminense, en 1994, que llevaba por título Os elos perdidos de uma teoria elegante (Los eslabones perdidos de una teoría elegante) y en varios artículos publicados en diversas revistas científicas.

Nuestro próximo paso será el estudio del Estado contemporáneo en este contexto de exacerbada competitividad. Veremos que, contrariamente a lo que dice la corriente doctrinaria dominante, el Estado aumentó enormemente su participación en la economía, bajo la presión de diversas fuerzas sociales, y se vio presionado por las nuevas funciones que pasó a ejercer.

Analizaremos a continuación la experiencia histórica concreta de los gobiernos neoliberales, y veremos que éstos no son determinados por la doctrina sino muy vagamente. En la realidad, la práctica de esos gobiernos aparentemente muy doctrinarios está marcada por un pragmatismo poco ortodoxo, y se ajusta a los intereses económicos que se impusieron sobre el Estado. Hay que discutir con mayor rigor las políticas macroeconómicas que se pusieron al servicio de los intereses del capital financiero mundial, provocando exactamente lo contrario de lo que pretenden los ultraliberales. En vez del equilibrio automático asegurado por el mercado, vamos a admirar el espectáculo brutal del desequilibrio creciente en el conjunto del planeta, y en cada nación.

NOTAS

1. Véase sobre todo mi artículo «As Ilusões do Neoliberalismo» en Carta nº. 8, Brasília, 1993 (informe de distribución restringida del senador Darcy Ribeiro). Hay una edición en español (Nueva democracia nº. 117, Caracas, enero-febrero, 1992) y en japonés (Ritsumeikan, The Journal of International Studies, vol. 5, nº. 1, Kioto, mayo, 1992).
2. Sobre el creciente papel del gasto público en el período de los gobiernos neoliberales, ver mi artículo sobre las pulsiones del neoliberalismo, y mi artículo intitulado «El papel del Estado en un mundo en proceso de globalización», en Anais do 2º Encontro Nacional da Sociedade Brasileira de Economia Política (revista de la Sociedad de Economía Política, nº. 2, 1998).
3. Ver la lista completa en Crônica de uns Liberais Impertinentes, The Mont-Pèlerin Society (Odemiro Fonseca, Instituto Liberal, 3ª. edición, p. 31, Río de Janeiro, 1993). Entre ellos encontramos una buena cantidad de premios Nobel de Economía, ya que esta institución es un nuevo brazo de la sociedad Mont-Pèlerin. Ver la fuente de información en The Fortune of Liberalism, de F.A. Hayek, editado por Peter Klein.
4. Donald Stewart Jr., Correntes do pensamento Econômico, Instituto Liberal, Río de Janeiro, 1993.
5. Ob.cit., p. 17.
6. Friedrich A. Hayek (1974), Milton Friedman (1976), George Stigler (1982), James Buchanan (1986), Maurice Allais (1988), Ronald Coase (1991), Gary Becker (1992), Bob Lucas (1995), todos pertenecientes al grupo Mont-Pèlerin.
7. Ludwig von Mises, Ação Humana - Um Tratado de Economia, (Acción humana Un tratado de Economía), prefacio a la tercera edición, Instituto Liberal, Río de Janeiro, 1990.
8. Francisco Leme, Sistemas Econômicos Comparados, Instituto Liberal, Río de Janeiro, diciembre de 1992, p. 2. Texto de la conferencia pronunciada por el autor en la escuela de Guerra Naval en septiembre de 1992.
9. Francisco Leme, ob.cit., p. 12.
10. «Según él (A. Leijonhufvud), el consenso keynesiano-clásico, conocido con el nombre de "economía keynesiana", o también "neokeynesiana", no está de acuerdo con la verdadera economía impulsada por Keynes. Las situaciones de desequilibrios durables deben ser descritas con la ayuda de instrumentos conceptuales verdaderamente keynesianos». Síntesis, Basle, M. et al, Histoire des pensées économiques, Éditions Sirey, París, 1988.
11. Ver Robert B. Carson (1992).

12. Robert I. Barro, «Novos clássicos e keynesianos, ou os mocinhos e os bandidos», Literatura econômica,número especial,Río de Janeiro,junio de 1992, p.5.
13. Robert I.Barro,ob.cit.,p.5.
14. Olivier Jean Blanchard, «Novos clássicos e novos keynesianos: a longa pausa», Literatura econômica,número especial,Río de Janeiro,junio de 1992, p.20.
15. Olivier Jean Blanchard,ob.cit.,p.20.
16. Olivier Jean Blanchard,ob.cit.,p.21.
17. «El desafío decisivo fue planteado por las expectativas racionales y, después, por la macroeconomía vista por los nuevos clásicos. Ese punto de vista triunfó en los años ochenta, incitando a las mentes brillantes, pero luego perdió su impulso». Rudiger Dornbuch, «Nuevos clásicos y nuevos keynesianos», Literatura econômica, número especial,Río de Janeiro,junio de 1992, p.31 y sig.
18. En 1994, presentamos como tesis para el concurso de profesor titular de la UFF el trabajo sobre:Os elos perdidos de uma teoria elegante (Los eslabones perdidos de una teoría elegante), donde discutimos estas pretensiones teóricas ante los grandes temas de análisis de nuestro tiempo. Actualmente, preparamos una versión ampliada de esta tesis,con el título de Economia Política do Mundo Contemporâneo.
19. Hirschmann, Albert O., «The political economy of latin american development», LatinAmerican Research Review,vol XXII,nº.3,Texas,1987.
20. Fernando Fajnzylber, «Reflexões sobre os limites e potencialidades econômicas da democratização», Revista Econômica Política, vol. 6, nº. 1, enero-abril, 1986. Después de 1983, la economía chilena entró en una fase de recuperación económica más o menos sustentada. Bastaron esos años de mejoría para crear una ofensiva ideológica basada en un supuesto «milagro» chileno.
21. Hay una posición crítica en «Economía y dictadura en Chile», Sergio Aracibia, Cuadernos de nuestra América,vol. V,nº.II,La Habana,julio-diciembre,1988.
22. Robert E. Keleher,William P. Orzechowski, «Classical origins of supply-side economics», Economic Impact,nº.36,Washington,1981.
23. Estos tecnócratas se pasean por la historia del pensamiento económico como un elefante en una cristalería.Van tomando sin ningún pudor trozos de teoría arrancados de cuerpos teóricos mucho más complejos. Esto se debe a la tendencia de las universidades norteamericanas de fundamentar sus estudios en la lectura de artículos de revistas científicas,capítulos de manuales y de antología de textos (readers).Un

«economista» puede recibir su doctorado sin haber leído nunca un libro completo y, por ende, sin entender qué es una teoría económica. Desafortunadamente, esas prácticas pedagógicas se generalizan por el mundo ya que simplifican el trabajo de profesores y estudiantes.

24. Ver el número especial de la extinta revista *Economic impact-A quarterly review of world economics*, publicada por la International Communication Agency de Estados Unidos, n°.35, Washington, 1981.
25. Presidente Ronald Reagan, «A program for economic recovery», *Economic Review*, n°.35, Washington, 1981, p.8.
26. Stewart W. Ramsey, «Interview with M. Peter McPherson», *Economic Impact*, n°. 35, Washington, 1981 (3), p.42.
27. El documento de Santa Fe fue publicado, entre otros documentos locales, en el libro de Bocco, *La guerra total*, Comité de Santa Fe, Medina, Ortiz, Maira y Maugé, Ediciones El Conejo-ALDHU, Quito, 1982.
28. «Documentos de Santa Fé II: uma Estratégia para a América Latina nos anos 90», SEDOC, Serviço de Documentação, Editora Vozes, vol. 22, n°. 216, Petrópolis, septiembre-octubre, 1989, pp.190-191.
29. Sobre el Consenso de Washington, ver el balance hecho por su autor: John Williamson, «Revisión del Consenso de Washington» in Louis Emmerij y José Nuñez del Arco (compiladores), *El desarrollo económico y social en los umbrales del siglo XXI*, BID, Washington, 1998. En este libro están también el texto original de Williamson y los comentarios de Frances Steward, Bishnodat Persaud y Taru Yanagihan. Sobre la crítica al Consenso de Washington dentro del establishment de las organizaciones internacionales, ver sobre todo: Joseph E. Stiglitz, «Más instrumentos y metas más amplias para el desarrollo. Hacia el Consenso post Washington», *Instituciones y Desarrollo*, n°.1, octubre de 1998, Barcelona.
30. Estas críticas fueron parcialmente sistematizadas en su libro *Globalization and its discontents*, first edition, W.W.Norton & Company inc, New York, 2002.

II EL ESTADO EN UN MUNDO GLOBALIZADO

Introducción

El debate actual sobre el Estado no se refiere a su evolución histórica, sino a modelos ideales sobre la conveniencia de su mayor o menor participación en la economía. Sin embargo, esta sección trata de rescatar los datos y los análisis que demuestran la tendencia histórica de la creciente intervención del Estado, la cual corresponde a una necesidad esencial del proceso de acumulación capitalista.

Primero, presentaremos un balance de las razones teóricas para dicha intervención, que está cada vez más asociada al proceso de socialización de las formas de propiedad y de las relaciones de producción. La socialización de propiedad privada y del proceso de trabajo es la única forma posible de persistencia de la propiedad privada, colocada ante un proceso de producción cada vez más socializado.

Luego, utilizaremos un amplio conjunto de datos históricos que demuestran la tendencia al crecimiento del Estado mismo durante los gobiernos neoliberales que se declaran enemigos radicales de esta intervención.

Liberalismo, globalización e intervención estatal

Dentro del pensamiento liberal radical —y el neoliberalismo es una expresión de este pensamiento—, el Estado es un monstruo que se opone a los individuos. Estos son entes utilitarios que buscan alcanzar la máxima satisfacción de sus necesidades o deseos con el mínimo esfuerzo. Según esta doctrina, este comportamiento racional maximaliza los esfuerzos humanos y permite alcanzar el máximo desarrollo de cada individuo y, por ende, de toda la sociedad, pues ésta no es más que la suma de los individuos.

En la visión radical liberal, el Estado se opone así a la sociedad civil, en vez de ser su expresión, como Marx lo había constatado. El carácter impositivo y dictatorial del Estado, en el que se concentran la soberanía, el poder de vida y muerte, y el monopolio final de la violencia, carácter reconocido por liberales y anarquistas, era también admitido por Marx y sus seguidores. No obstante, reconocían en el Estado un producto de la división de clases de la sociedad civil. El Estado es el instrumento máximo del poder de la clase dominante

en un modo determinado de producción y en una formación social determinada. Cuanto más legítimo es este poder, menos se necesita el Estado; cuanto más cuestionado, más se necesita este instrumento de imposición de normas y reglas al conjunto de la población, permitiendo la reproducción de las relaciones de producción dominantes.

Pero el Estado no cumple únicamente esta función soberana de garantía de orden. Tiene que materializar, además, su poder militar y policial.

Históricamente, fue siempre una fuente de poder económico, cumpliendo tareas productivas de contenido social que los poderes privados no logran realizar. El Estado del modo de producción asiático implantó el sistema de regadío que le dio un inmenso poder sobre las comunidades rurales. En la Antigüedad, en el Medio Oriente ejerció un papel similar con respecto a la agricultura y a los conocimientos astronómicos esenciales para el éxito de la siembra y la cosecha. Cumplió un papel regente en la expansión mercantil europea, tanto marítima como terrestre. Aseguró el régimen de trabajo esclavo, y apoyó materialmente su expansión en las colonias. Cumplió un papel fundamental en la implantación de las actividades religiosas, la organización urbana, el comercio, el artesanado, la acumulación de conocimiento, etcétera.

Si el Estado tuvo menos poder en la alta Edad Media occidental, fue debido a que estas economías representaban zonas muy atrasadas en comparación con el Oriente. Roma mantuvo el ideal imperial y la burocracia estatal más o menos en interrelación con las clases dominantes y la burocracia religiosa. Las ciudades-Estado mantuvieron y hasta acrecentaron su poder en torno a las actividades comerciales del Mediterráneo, debido a su función de intermediarias entre éstas y la Europa Central. En cuando a los grandes Estados imperiales de Oriente, siguieron sustentando las economías comerciales, o simplemente el saqueo militar o el cobro de tributos a los pueblos dependientes del poder militar imperial.

La moderna economía mercantil nació acoplada directamente al poder de las Coronas, sobre todo las monarquías ibéricas: Portugal y España.

Las nacientes burguesías comerciales no disponían de suficiente poder para asumir por sí mismas la inmensa tarea de expansión oceánica. El capital financiero acumulado por genoveses y judíos sirvió sobre todo para los monarcas españoles y portugueses, financiando sus planos de expansión mundial. Si bien el Estado holandés no ejerció directamente funciones productivas, sin embargo tuvo un importante papel en la organización de las finanzas y las condiciones comerciales de expansión holandesa. Y aún más activo fue el Estado inglés en la creación de la acumulación primitiva que permitió el surgimiento del capitalismo como un nuevo modo de

producción. El Estado francés organizó directamente las manufacturas que dieron origen a las industrias modernas. El tan criticado mercantilismo fue el que creó las condiciones de existencia de su enemigo: el liberalismo.

Mientras más se desarrolla y consolida la economía industrial moderna, más avanzan las tareas económicas de contenido colectivo y más obligado se ve el Estado a asumir las tareas fundamentales para la sustentación del desarrollo económico. Así, el Estado liberal fue ampliando sus tareas del siglo XVIII al XIX. Descartó los monopolios comerciales que habían forjado la expansión comercial imperialista, y se hizo antimercantilista sólo para apoyar las nuevas actividades industriales y los nuevos centros urbanos, que se expandieron mediante la destrucción de la economía rural precapitalista y la expansión de las concesiones estatales para la construcción de infraestructuras en todo el imperio (centro y colonia): ferrocarril, barcos a vapor, puertos modernos, telefonía, gas, electricidad, extracción de carbón.

Toda esta moderna parafernalia fue instalándose bajo la orientación del Estado, que financió y construyó los medios para el llamado progreso y, a la vez, creó las condiciones de ciudadanía moderna con el surgimiento de la educación pública en la segunda mitad del siglo XIX. El proteccionismo fue combatido en Inglaterra, donde ponía serios límites al desarrollo industrial. Se trataba de promover la importación de productos agrícolas para los trabajadores industriales, y de materias primas para las fábricas que iban surgiendo. Pero los principios proteccionistas fueron adoptados por las nuevas potencias industriales, como Estados Unidos de Hamilton y de la guerra civil contra la rebelión librecambista de los productos sudistas; o como la Alemania de Bismarck y el Japón de la restauración Meiji (ejemplo perfecto del Estado articulador y organizador de la actividad económica industrial).

Mientras más avanza el modo de producción capitalista y la forma social de la producción (concentrada en enormes fábricas y unidades de producción, distribución, comercialización y financieras), más se necesita la intervención estatal. Las tareas de la consolidación nacional (siempre producida mediante la fuerza, ejercida sobre los demás por las etnias y los grupos lingüísticos y religiosos triunfantes) y de la expansión imperialista exigieron una intervención aún mayor del Estado en el plano militar. Las fuerzas armadas se comprometieron con estas políticas expansionistas, hasta que se llegó a las dos guerras mundiales del siglo XX, en las que el Estado asumió el control directo del sistema económico capitalista en su conjunto.

De la Primera Guerra Mundial resultó la Revolución rusa y la caída definitiva de las monarquías de la Europa Central. La crisis de 1929 mostró los límites finales de los sistemas de regulación económica basados en el mercado, e introdujo nuevas reglas de conducción de la vida económica bajo la creciente intervención del

Estado. Esta intervención empezó a ser considerada como una obligación del Estado de Bienestar. La noción de ciudadanía y de sociedad civil cambió drásticamente. Surgieron nuevos derechos sociales que responsabilizaron al Estado por el pleno empleo, por la educación hasta un nivel superior, por el crecimiento económico, y por la innovación tecnológica que lo sustenta, por el transporte público, la vivienda y toda la infraestructura urbana y suburbana.

Hay que resaltar el contenido mundial de estas tareas: derrotado el nazifascismo después de la Segunda Guerra Mundial, los Estados nacionales de los países que surgieron del proceso de descolonización tuvieron que responsabilizarse directamente por el desarrollo. Las empresas multinacionales exigían también la intervención estatal para sustentar su expansión mundial. Los préstamos internacionales organizados por el Banco Mundial, el financiamiento de las exportaciones por parte del Eximbank norteamericano, imitado luego por los países desarrollados ya recuperados de los efectos de la guerra, los planos internacionales de desarrollo, como el plan Marshall, y los varios planos nacionales, pasaron a financiar proyectos económicos internacionales, nacionales, regionales, y locales. La ayuda económica se convirtió en una obligación establecida por las Naciones Unidas. El FMI intervino cada vez más en el mundo ex colonial para imponer medidas de estabilización monetaria.

En los años sesenta y setenta, el surgimiento de regímenes progresistas en el Tercer Mundo, y de los nuevos movimientos sociales en los países desarrollados, que se intensificaron en las jornadas de 1968, aumentó aún más sensiblemente la intervención del Estado en el conjunto de la vida económica, social y cultural.

Con el surgimiento y desarrollo de los Estados socialistas, aumentó significativamente la intervención del Estado en las economías de Europa Oriental, de la Union Soviética, de China, Cuba y Argelia, Corea y Vietnam. Unas profundas reformas agrarias en Japón, en Corea del Sur, en la China de Formosa, se combinaban con políticas industriales y comerciales bien definidas, y poderosos imperios industrial-comercial-financieros. Las comunidades locales, las prefecturas y gobernaciones, o los consejos de planificación regional, aumentaban el papel del Estado en la definición, el apoyo y el financiamiento de casi todas las actividades económicas.

En los países dependientes y coloniales en proceso de industrialización, y en las nuevas naciones y Estados en formación, los Estados nacionales recién creados o recién fortalecidos asumieron un creciente papel en las políticas de desarrollo. Tuvieron que crear directamente colosales infraestructuras de transporte, energía, educación, vivienda, salud, industrias básicas (sobre todo siderúrgica, petroquímica y química en general) y, parcialmente, hasta industrias de bienes durables y de consumo final.

En este proceso, se destaca la nacionalización de la prospección y el refinamiento del petróleo a fines de los años sesenta. El cártel de las siete grandes compañías petroleras (algunas fuertemente estatizadas, como la Shell) fue totalmente sustituido por empresas estatales o semiestatales, creándose el cártel de los países productores de petróleo (OPEP), mientras que las siete grandes se concentraban en la distribución, en un refinamiento más sofisticado, y en la petroquímica fina. En aquel período, esto hizo posible el aumento del precio del petróleo en 1973, y el surgimiento geopolítico del Tercer Mundo, con la propuesta de un Nuevo Orden Económico Mundial a partir de la Carta de los Derechos Económicos de los Pueblos, aprobada por las Naciones Unidas.

La nacionalización del cobre en el Chile de Allende, en 1971, en otros países como Zambia y Ecuador, llevó a la creación de la Organización de los Países Productores de Cobre (OPEC), que no tuvo el mismo éxito de la OPEP porque la dictadura que derrotó a Allende, pese a conservar la nacionalización del cobre, no dio continuidad a la política del cártel de productores.

Ciertamente, estas políticas se dieron en un período de disminución de la importancia estratégica de dichas materias primas, que se encontraban en un proceso (todavía inconcluso) de sustitución por sucedáneos tecnológicos más eficientes. No obstante, el susto producido por la política de precios de la OPEP fue suficiente para generar una Comisión Trilateral, creada exactamente para responder a este fortalecimiento de los países socialistas, de los nuevos países industriales del Tercer Mundo, y de los carteles de materias primas.

La confrontación militar de Estados Unidos con Vietnam fue otro importante de intensificación del gasto público en el período de 1967-73.

El gasto militar asumió una nueva dimensión en ese período. El avance de la tecnología militar aumentaba enormemente los costos de los equipos militares y de investigación y desarrollo en este sector: las bombas nucleares acopladas a cohetes inteligentes de alta precisión y creciente autonomía de vuelo transformaban el carácter del gasto militar. Terminada la guerra, disminuía la cantidad de reclutas y aumentaba la necesidad de personal técnico profesional, además de los altos costos de material y equipamiento utilizados. Por ende, el gasto militar disminuía sus efectos favorables al pleno empleo, pero generaba empleos para personal altamente calificado y técnico.

El esperado efecto de speed off de estas inversiones quedaba cada vez más lejos de los gastos en investigación básica, que crecían en mayor proporción. En los años ochenta, éstos asumen la forma de grandes proyectos

conocidos como «Ciencia grande» (Guerra de las Galaxias o Iniciativa Militar Estratégica, Proyecto Genoma o gran acelerador de partículas, etcétera), cuyos efectos más inmediatos en el plano militar son de mediano plazo, y en el plano civil son de largo plazo o a veces hasta inexistentes.

En ese período, la intervención creciente del Estado aumentó enormemente la participación del gasto público en el Producto Nacional Bruto, como veremos en el próximo ítem. Esto significó un sistema impositivo cada vez más fuerte y, algunas veces, la intervención directa del Estado en el sistema productivo y distributivo con el control de empresas y sectores económicos enteros, como el sector financiero. En los años setenta y ochenta se estatizaron, entre otros, los sectores financieros de Chile (después del golpe de Estado de 1973, fue devuelto al sector privado, pero en 1982 el régimen militar lo volvió a nacionalizar, y luego fue nuevamente privatizado), de Francia (que recientemente fue privatizado), de México (reprivatizado luego, y ahora bajo fuerte asistencia estatal), de Portugal (también parcialmente reprivatizado). En muchos otros países, los bancos y servicios financieros estatales se multiplicaron. Pero lo más importante fue el crecimiento de la intervención de los bancos centrales sobre la actividad financiera en general, al mismo tiempo que crecieron enormemente el déficit público y, en consecuencia, la deuda pública y su constante refinanciamiento, sobre todo en los años ochenta.

La caída de las inversiones productivas desde 1967 siguió a la caída de los ingresos promedios del sistema capitalista mundial, particularmente en los países centrales. Se trataba del inicio de una fase B (recesiva) de las ondas largas de Kondratiev. El aumento del desempleo hasta dos dígitos se anunció a fines de los años sesenta como un elemento que pasaría a ser estructural, consolidándose en los años setenta y ochenta. Los costos del seguro del desempleo comenzaron a elevarse junto con los demás gastos sociales. La especulación financiera comenzó a sustituir los gastos productivos. El crecimiento del gasto público y, por ende, el crecimiento del déficit público en los años setenta y ochenta, ampliaron la base del sistema financiero. Los títulos de la deuda pública comenzaron a presionar las tasas de interés hacia arriba. El surgimiento de los petrodólares en los años setenta generó un gran excedente financiero mundial, que fue reciclado por el sistema financiero norteamericano y, en segundo lugar, por el europeo. Este reciclaje se dirigió primero a los países del Tercer Mundo y a los países socialistas que tenían enormes deudas externas en los años setenta. Pero, como decimos en la segunda sección de este libro, Estados Unidos tenía el liderazgo mundial del déficit público, activado sobre todo por los gastos militares, y aumentado por los costos crecientes del seguro de desempleo y otros gastos sociales, debido al aumento del desempleo.

La presión de los movimientos sociales aumentó junto con la de los países productores de materias primas, y también las políticas de crecimiento económico de los países socialistas que comenzaban a insertarse en el sistema financiero y comercial internacional y, por ende, a sufrir los efectos de la crisis internacional del capitalismo. El caso más evidente fue el efecto del aumento del precio internacional del petróleo sobre las relaciones entre la Unión Soviética y los demás países del COMECON (Consejo de Asistencia Económica Mutua). La única productora de petróleo en el COMECON era la Unión Soviética, y no tenía ningún interés en mantener los bajos precios practicados en el seno del bloque. Por otra parte, si aumentaba los precios, siguiendo la tendencia internacional, se produciría una total anarquía dentro del bloque. ¿Qué camino seguir? ¿Desprenderse del bloque o mantener los bajos precios del petróleo y los compromisos asumidos? La solución encontrada fue la disolución del bloque.

No cabe duda de que una política de ajuste al mercado mundial hacía inviable el desarrollo de estos países y abría una grave crisis dentro de ellos, que desembocaría en la disgregación del bloque socialista. La baja de los precios del petróleo a finales de la década, no vino a resolver el problema. Al contrario, profundizó las dificultades económicas de la Unión Soviética y precipitó la crisis del COMECON.

Vemos así que la mayor estructura estatal del mundo, la que se erigió en los años veinte y treinta en los países socialistas, entró en una profunda depresión y disgregación en función de la destrucción de su industria militar, asumida como política unilateral de la Unión Soviética, de su reestructuración industrial, y de su creciente articulación con el mercado mundial. Esta reestructuración generalizada, y hasta revolucionaria, generó una crisis del Estado nacional (en realidad, multinacional) soviético, pero nada permite concluir que sea definitiva y conclusiva.

Posiblemente, el Estado soviético, disuelto en 1991, se reconstruirá sobre nuevas bases, menos burocráticas y autoritarias. Sobre todo, es de prever que asumirá funciones nuevas al aumentar la integración de Rusia con las economías de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), y con la economía mundial. Su incorporación creciente en la economía mundial deberá fortalecer las soluciones de capitalismo de Estado en el seno del bloque y en los otros países con los que comercia. Los cambios económicos se vieron cada vez más determinados por la intervención del Estado ruso y de la CEI en la economía mundial. Cuando este Estado se encuentre con su peso real en la economía mundial, habrá que proceder a nuevos procesos de estatización, con enormes consecuencias internacionales.

Así, el ciclo de privatizaciones que se dio en los años ochenta y ha seguido formalizándose en las décadas siguientes, no ha sido una tendencia histórica, pero sí un proceso de ajustes a mediano plazo.

Un análisis estadístico de la intervención estatal

Los estudios empíricos sobre la intervención de los Estados nacionales en la economía y en la vida social, confirman claramente los análisis hechos en el ítem anterior. El economista Vito Tanzi y los colaboradores del Banco Mundial han llevado a cabo uno de los mayores esfuerzos de análisis estadístico¹. Desafortunadamente, se limitan a los países industrializados, cuyas estadísticas son más completas. Sin embargo, indican una tendencia general que sólo se exacerbaría si se incluyeran los países en desarrollo y los países socialistas, hasta las reformas de transición hacia el mercado, de 1989 a 1996².

Al analizar el cuadro I sobre el crecimiento del gasto de los gobiernos, en porcentaje del PIB, podemos constatar una tendencia histórica a elevar el nivel de intervención estatal sobre la economía.

CUADRO I

El primer nivel se alcanzó hacia 1880 y se hizo representativo hacia la segunda mitad del siglo XIX. Los países que tenían más tradición histórica de gasto público pasaron de los 10 por ciento. Fue el caso de Francia, con 12,6 por ciento del PIB; el de Alemania, con 10,0 por ciento; y el de Italia con 11,9 por ciento. Los demás no pasaban de un dígito. Estados Unidos con 3,9 por ciento y Noruega con 3,7 por ciento estaban muy abajo. El promedio del período era de 8,3 por ciento. No se constatan cambios muy grandes hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial, cuando el promedio subió a 9,1 por ciento. Recordemos que desde 1870 hasta 1913 ocurrió una importante expansión de las colonias y de la lucha por su consolidación y, por ende, de expresión del gasto militar de las metrópolis.

El segundo nivel se instauró a partir de la Primera Guerra Mundial, y se extendió hasta la postguerra (década de los años veinte), a pesar de la disminución de los gastos militares cuando finalizó el conflicto. La desmovilización militar no fue suficiente para hacer retroceder los gastos públicos a los niveles anteriores a 1914. El promedio general de los gastos del gobierno hacia 1920 subió a 15,4 por ciento de los PIB de los países concernidos. Algunos países accedieron al nivel superior al 20 por ciento, como Francia (27,6 por ciento), Alemania (25 por ciento), Italia (22,5 por ciento), Inglaterra (26,2 por ciento). Al respecto, países que no participaron en la Primera Guerra Mundial, como Estados Unidos (7,0 por ciento), Suiza (4,6 por ciento), España (9,3 por ciento), Suecia (8,1 por ciento), Noruega (8,3 por ciento), Holanda (9,0 por ciento), Japón (8,3 por ciento) están muy por debajo del promedio. Puede decirse que en ese período surge el capitalismo monopolista de Estado que Nikolai Bakunin identifica como definidor de una nueva fase histórica (Hilferding clasificará la fusión del capital monopolístico con el gasto público como un «capitalismo organizado»)³.

El segundo nivel alcanzará su punto más alto en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Durante los años treinta, la intervención estatal aumentó aún más a consecuencia de la crisis de 1929. El crecimiento avasallador del desempleo puso definitivamente en tela de juicio la ley de Say, según la cual la producción crea su demanda. Keynes y otros economistas apelaron a la intervención del Estado para aumentar la demanda y, por ende, estimular la producción y el empleo.

En Estados Unidos, el New deal de Roosevelt ponía en práctica muchas de esas ideas. Al mismo tiempo, en la Italia fascista y en la Alemania nazi, se arremetía fuertemente contra los principios políticos del liberalismo, y se combinaba una política monetaria de restricción drástica de los servicios públicos y el incremento de los gastos estatales en el sector militar.

Así, hacia 1937, el promedio del gasto estatal de los países estudiados aumentaba ligeramente a 20,7 por ciento del PIB. Pero, al mismo tiempo, se daban contrastes sumamente fuertes. La Alemania nazi había elevado los gastos gubernamentales hasta 42,4 por ciento del PIB. Y en Inglaterra, bajo la presión de las fuerzas laborales, el gasto público había alcanzado al 30 por ciento del PIB. Se trataba de dos modelos opuestos de capitalismo de Estado: el militarista y el socialista. No obstante, ambos indicaban la misma tendencia de crecimiento de la intervención del Estado en la economía. Ese mismo año, Francia alcanzaba un porcentaje de gasto público de 29 por ciento, Italia llegaba a 24,5 por ciento, Japón ya saltaba a 25,4 por ciento en función de su política imperialista en Asia. Estados Unidos con 8,6 por ciento, Suiza con 6,1 por ciento y Suecia con 10,4 por ciento seguían con bajos porcentajes de gasto público en relación al PIB.

El tercer nivel se alcanzó a partir de la Segunda Guerra Mundial. La victoria aliada eliminó radicalmente el gasto militar de las importantes economías derrotadas, como la alemana y la japonesa; pero, por otra parte, el hábil manejo del fantasma de la Guerra Fría permitió una significativa reconversión del gasto militar en Estados Unidos, y hasta su expansión en el marco de dos guerras coloniales (Corea y Vietnam).

En 1960, pese a no encontrarnos en un caso extremo de militarismo, como la Alemania nazi, el promedio de los gastos públicos saltó a 27,9 por ciento del PIB, acercándose en todos los países al 30 por ciento. Sólo el Japón ocupado (17,5 por ciento) y la España fascista que se había mantenido «neutra» y, al mismo tiempo, bastante aislada (18,8 por ciento), presentaron un porcentaje menor al 20 por ciento del PIB.

Sin embargo, entre 1960 y 1980 se dio un enorme salto en el gasto público, que se explica por los motivos descritos en el ítem anterior: el auge de la Guerra Fría y de la guerra de Vietnam, el crecimiento de los antiguos Estados coloniales, el aumento de la lucha y de las conquistas sociales y su desarrollo en nuevos

frentes, la creciente socialización de la producción y su dependencia con respecto a los crecientes gastos en investigación y desarrollo, educación y avance cultural.

En 1980, se llegó a un cuarto nivel, con un promedio de gasto público relacionado con el PIB de 42,6 por ciento. Algunos países como Bélgica con 58,6 por ciento, Holanda con 55,2 por ciento, Suecia con 60,1 por ciento, alcanzaron a cerca de 60 por ciento. Todos son países orientados hacia el gasto social y no hacia el gasto militar. En aquella época, Alemania con 47,9 por ciento y Japón con 32,0 por ciento tenían prohibición de expandir sus gastos militares, y se orientaron intensamente hacia el desarrollo científico-tecnológico y el crecimiento económico con base en una fuerte competitividad internacional. Francia con 46,1 por ciento, Estados Unidos con 31,8 por ciento, Inglaterra con 43,0 por ciento, eran grandes inversionistas en el sector militar, pero también aumentaron mucho sus gastos sociales en ese período.

En fin, entre 1960 y 1980, el llamado Estado de Bienestar se consolidaba en el mundo desarrollado. Los partidos socialdemócratas y socialistas llegaron al gobierno después de muchos años de permanencia en la oposición (excepto en Suecia, donde estuvieron en el poder desde los años treinta; en Inglaterra, donde los laboristas gobernaron brevemente en los años veinte, cuarenta y cincuenta; y en otros países donde, ocasionalmente, formaron parte de gobiernos, como en la Alemania de Weimar, pero siempre en alianza con los liberales). En ese período, los gastos en investigación y desarrollo también formaron parte sustancial del gasto público, y aumentaron las formas de participación del Estado en el apoyo, la regulación, y la gestión de acumulación de capitales⁴.

Este aumento del gasto público significó, a la vez, un importante crecimiento del déficit público. Pero esto hay que analizarlo con cuidado.

Según los datos de la OCDE (1995), hubo en varios países un importante crecimiento de la deuda pública bruta, en porcentaje del PIB, entre 1973 y 1980. No fue el caso de Estados Unidos, a la cabeza de la economía mundial, donde el porcentaje de la deuda pública sobre el PIB cayó de 40,6 por ciento a 37,9 por ciento. Esto se explica por el final de la guerra de Vietnam en 1973, y la consecuente caída del gasto militar. Lo mismo ocurrió en Inglaterra, donde la deuda pública bajó de 69,7 por ciento a 54,6 por ciento del PIB; en Canadá, donde bajó de 46,7 por ciento a 45,1 por ciento; y hasta en Italia, de 60,6 por ciento a 58,5 por ciento. No obstante, en ese mismo período, en Japón hubo un enorme aumento de la deuda pública de 17 por ciento a 32 por ciento del PIB; en Alemania pasó de 18,6 por ciento a 32,5 por ciento; en Francia también se constató un aumento de 25,1 por ciento a 37,3 por ciento.

Pero el crecimiento más importante de la deuda pública ocurrió poco después, es decir, de 1980 a nuestros días. Esto se explica por el aumento de la tasa de interés en Estados Unidos, en 1979, que provocó el aumento de la tasa de interés en los demás países. Según el Cuadro II, en los siete grandes países la participación de la deuda pública bruta en el PIB aumentó de una media de 36,8 por ciento en 1973 a 43,2 por ciento en 1980, a 55,5 por ciento en 1985, a 59,5 por ciento en 1990, a 67,3 por ciento en 1994. En aparente paradoja, éste fue un período de hegemonía conservadora. Fueron los años de triunfo del pensamiento liberal, cuando se recortaron drásticamente los gastos sociales en la mayor parte de esos países. En ese período se impuso el «principio» tan «sabio» de Milton Friedman de que no hay almuerzo si alguien no paga. Sin embargo, parece que en ese período hubo más pago y menos almuerzo...

CUADRO II

La explicación para el aumento de los gastos públicos estaba en el aumento de los gastos militares en Estados Unidos, y en las transferencias en forma de pago de intereses que, como se sabe (sin tener que apelar al alto nivel filosófico de los «banquetes» de Milton Friedman), fueron a parar a manos de inversionistas y especuladores que no le pagan almuerzo a nadie. Al contrario, el contribuyente es quien les paga sus almuerzos...

Entre 1980 y 1994, el porcentaje de pago de intereses líquidos sobre el conjunto de los gastos públicos subió de 3,9 por ciento a 6,1 por ciento en Estados Unidos; en Alemania, pasó de 2,7 por ciento a 6,1 por ciento; en Francia, de 1,8 por ciento a 6,2 por ciento; y en Italia, de 11,1 por ciento a 21,1 por ciento. Sin embargo, en Japón, de 3,3 por ciento en 1980 cayó a 0,7 por ciento en 1994, y en Inglaterra, en el mismo período, de 7,3 por ciento a 6,9 por ciento, se dio una tendencia a la caída de estas transferencias. En el resto del mundo prevalecía una tendencia a un sustancial aumento de los gastos con pagos de interés en relación al pago público total. En los países europeos estudiados por la OCDE, esta participación subió de 7,5 por ciento en 1981 a 9,4 por ciento en 1994.

Estos datos muestran que la mayor responsabilidad por el aumento de la deuda pública la tenían los altos intereses pagados para el financiamiento de la misma. Según los autores anteriormente citados (Tanzi y Schuknecht), «los crecimientos de los gastos públicos en los países ricos se debió principalmente a las transferencias y los subsidios, que subieron de 0,9 por ciento del PIB en 1870 a 23 por ciento en 1992. Los gastos efectuados directamente por el Estado (el consumo del gobierno) crecieron también, aunque en forma menos dramática: de 4,6 por ciento en 1870 a 17,7 por ciento en 1994»⁵.

Esta tendencia resulta aún más clara cuando nos remitimos al análisis de los datos de 1970. Los mismos autores dicen: «Los intereses pagados por los gobiernos sobre sus deudas públicas, en un período más reciente, subieron de 1,9 por ciento del PIB en 1970 a 4,3 por ciento en 1992»⁶.

Los autores buscan explicar el aumento de los intereses a partir del aumento de la deuda pública, pero es claro y evidente que lo que se dio fue exactamente lo contrario: fue el aumento de la tasa de interés lo que hizo aumentar la deuda pública. En verdad, el aumento de la tasa de interés pagada por el Estado no nació necesariamente de las relaciones mercantiles, sino de la orientación y administración de las políticas públicas. Es aparentemente contradictorio (pero sólo aparentemente...) el hecho de que fueron gobiernos conservadores, o presionados por ideas conservadoras (claramente originados e influenciados por los pensadores neoliberales), los que iniciaron esta ola de endeudamiento público.

Este asunto está tratado más en detalle en otros trabajos del autor⁷.

En verdad, en los años de hegemonía liberal, desde 1980 y durante la década de los años noventa, no se alteró la tendencia al crecimiento del gasto público. En Estados Unidos de Ronald Reagan, el gasto público subió de 31,8 por ciento del PIB en 1980 a 33,5 por ciento del PIB en 1994. En la Inglaterra de Margaret Thatcher y sus herederos conservadores, la participación de los gastos públicos en el PIB cayó de 43 por ciento en 1980 a 39,9 por ciento en 1990, y regresó a 42,9 por ciento en 1994. De esta manera, los datos muestran que los gobiernos neoliberales sólo lograron estabilizar el gasto público en relación con el PIB. El promedio de los países estudiados por Tanzi y Fanizza subió de 42,6 por ciento en 1980 a 44,8 por ciento en 1990, y a 47,2 por ciento en 1994 (ver Cuadro I).

Es verdad que en ese período hubo una importante privatización de empresas estatales. No obstante, hay que mitigar esta afirmación con los siguientes hechos:

1. Las empresas privatizadas constituyeron, en general, parte del sistema monopólico y oligopólico privado, fuertemente articulado con el Estado. En muchos casos, fueron empresas estatales que compraron las empresas «privatizadas», como cuando Iberia adquirió Aerolíneas Argentinas, etcétera. Finalmente, las «privatizaciones» contaron, en general, con enormes subsidios estatales.
2. El proceso de privatización de empresas, en vez de ir acompañado de una disminución del déficit público, estaba ligado a un enorme aumento del mismo y de la tasa de interés pagada por los Estados nacionales, por lo menos hasta 1989-90 en los países desarrollados; sin embargo, siguió en aumento en los países periféricos

en la década de los años noventa, so pretexto de atraer capitales del resto del mundo para financiar un nuevo déficit comercial creado por políticas cambiarias de sobrevaluación de las monedas locales.

Junto a las privatizaciones occidentales, está el caso importantísimo de las privatizaciones en Europa Oriental y en la ex Unión Soviética. En este caso, hubo una efectiva privatización cuyos efectos finales todavía son desconocidos. De inmediato, la privatización de empresas que generaban recursos para el Estado, sin un régimen fiscal capaz de compensar la pérdida de estos recursos, produjo enormes «déficits» públicos y crecientes pagos de interés, especulación con títulos públicos, etcétera. Los efectos inmediatos fueron el desempleo y la aparición de mafias, como lo muestra el informe del Banco Mundial ya citado, en el que se trata de minimizar esta situación, calificándola de «transitoria», pero los sondeos de opinión pública en Rusia indican que la población tiene una opinión diferente al respecto. Según el informe citado:

Las investigaciones realizadas en diciembre de 1991 indicaban que más de una cuarta parte de los rusos disenta de la afirmación según la cual el pueblo se beneficiaba con la introducción de la propiedad privada. En marzo de 1995, más de los dos tercios disentan (Banco Mundial, 1996, p.13).

Así pues, no hay seguridad de que las privatizaciones sean resultado del progreso democrático, como se señala, ni está claro si continuarán o si se limitarán y consolidarán en su extensión actual. Todo indica que en esos países se va a establecer una nueva relación entre la empresa pública, las empresas sociales y las privadas, según principios que garanticen la eficiencia y la competitividad, y también el empleo y las conquistas sociales que todos reconocen.

Razones para la presión neoliberal

No sin razón, hemos hablado del neoliberalismo de una ilusión, cuyas fuentes son evidentemente ideológicas. Ciertamente, los economistas neoliberales saben que vivimos en un mundo donde prevalecen el crecimiento de la concentración económica, el monopolio y el capitalismo de Estado. Si no lo saben es porque ignoran los datos más elementales de la vida económica contemporánea. ¿Por qué insisten, entonces, en proponer un retorno a la competencia perfecta?

Podemos encontrar dos razones materiales para estas preocupaciones por parte de esa legión de economistas que se dedican a modelar formalmente tendencias y comportamientos inexistentes y ya superados desde hace tiempo.

En primer lugar, los años sesenta y setenta estuvieron signados por la caída de la tasa promedio de interés en Estados Unidos y otros países desarrollados. Al mismo tiempo, y en parte por esta razón, aumentó la competencia entre Estados Unidos y Europa (principalmente Alemania) y Japón, que a comienzos de la década del sesenta ya se habían recuperado completamente de la destrucción ocurrida durante la Segunda Guerra Mundial; a partir de entonces, volvieron a competir con Estados Unidos por los mercados para sus productos e inversiones en la economía mundial.

En ese mismo período, los países en desarrollo emergieron como productores industriales en busca de mercados externos. La Unión Soviética y el bloque socialista también aumentaron su intercambio con los países capitalistas. Se trataba, ciertamente, de un nuevo mercado potencial para el sistema capitalista mundial, despertando el interés y la competencia en los países y las empresas capitalistas en conquistarlo. Además de esto, los países emergentes también empezaban a competir (aunque moderadamente) en el mercado mundial. Todos esos cambios parciales configuraban una tendencia más general a un aumento de la competencia en el conjunto del sistema capitalista, y una subsiguiente quiebra de los monopolios hasta entonces consolidados. Por ende, no sólo aumentaba la competencia mundial entre las empresas de distintas nacionalidades, sino que también las empresas multinacionales buscaban maximizar la utilización de estas situaciones diferenciadas (que éstas pueden aplicar en los diversos países donde operan) para aumentar sus ventajas competitivas en relación con los capitales exclusivamente nacionales (incluso de sus países de origen).

Ante la complejidad de los intereses en pugna, los Estados nacionales disminuyeron su capacidad de intermediar en los conflictos, y se abrió un período de competencia anárquica internacional. La Comisión Trilateral, con el gobierno de Carter, buscó poner orden en ese relativo caos creando el Grupo de los Siete, pero éste resultó insuficiente. Ronald Reagan y Margaret Thatcher colcaron en el tapete un principio ordenador, el liderazgo de Estados Unidos, aunque esto significara una nueva división de trabajo en la economía mundial (Santos, 1994). Este nuevo liderazgo exigió un mayor grado de desregulación en algunos sectores de la economía, para permitir que la disputa económica se resolviera en el mercado, no en el sentido del libre comercio, y sí en el de facilitar la quiebra de las empresas menos eficientes, y consolidar las empresas más poderosas en sus posiciones monopólicas. Fue el caso de la aviación civil mundial, cuya desregulación por parte del gobierno de Reagan desembocó, inicialmente, en un aumento de la competencia, pero seguidamente resultó una gigantesca concentración, en los años noventa, con la fusión de varias empresas.

Otra característica de los años sesenta y setenta había sido el gigantesco aumento de la intervención estatal en la economía, mediante la regulación de nuevos sectores como el ambiental, pero también mediante la mayor intervención del Estado como productor directo.

Fue el caso de las nacionalizaciones efectuadas por el gobierno socialista francés en los años setenta, por el gobierno revolucionario portugués en el mismo período, por los laboristas ingleses y otros gobiernos socialdemócratas y socialistas. En los países en desarrollo, vimos los casos extremos de la industria petrolera (que fue intervenida en casi todos los principales países productores); y del cobre; de los varios sistemas financieros nacionalizados en México, en Francia, en Portugal, y hasta en el Chile de Pinochet (después de que las aventuras de los Chicago boys de Milton Friedman quebraron la economía del país, a principios de los años ochenta).

Surgió la necesidad, para el sistema capitalista mundial, de reordenar y balancear esta ola de nacionalizaciones que superaba en mucho la funcionalidad capitalista. La intervención directa del Estado como productor sólo le interesa al capital cuando la tasa de beneficio baja demasiado en ciertos sectores. Las empresas estatales, las cooperativas y las empresas de trabajadores pueden operar en estos sectores con tasas de beneficio cero o cercanas al cero. Cuando se trata de sectores de utilidad pública, hasta se puede practicar un subsidio directo contando con un fuerte apoyo social. Esa intervención libera capitales retenidos en sectores decaídos para invertir en sectores y ramos de mayor rentabilidad, elevando la tasa media de ingreso de la economía capitalista⁸.

Sin embargo, para el capital, una nacionalización no se justifica cuando afecta sectores que pueden volver a ser rentables o que nunca habían dejado de serlo. Al mismo tiempo, una «limpieza» de las empresas nacionalizadas y la recuperación de su carácter lucrativo pueden hacerla de nuevo interesante para el sector privado. No es éste el lugar para discutir los casos concretos, pero es evidente que la rentabilidad de los varios sectores de la producción varía según la coyuntura económica, los cambios tecnológicos, y los cambios del mercado en el que esta coyuntura incide. Si la coyuntura económica general permite prever una recuperación de la rentabilidad de ciertos sectores económicos, resulta entonces lógico que después de una ola estatizadora se expanda una ola privatizadora, como ocurrió en los años sesenta y setenta. Sobre todo si la ola privatizadora buscar «racionalizar» o «enjugar» un enorme crecimiento productivo en la anterior ola estatizadora.

Pero también hay un elemento más profundo a favor de retomar la reflexión económica acerca del mercado. Como resultado de la revolución científico-tecnológica, la posibilidad de automatizar la producción y los servicios aumentó sensiblemente. En los años ochenta, hubo una ola de inversiones con tecnología automatizada para enfrentar la creciente competencia internacional. Esta tendencia a las innovaciones significativas es típica de los períodos más depresivos del ciclo largo de Kondratiev y, al mismo tiempo, constituye la precondition para una nueva onda larga con un período de 25 a 30 años de crecimiento económico. Sin embargo, para que se dé el nuevo período de crecimiento, es necesaria una fuerte desvaloración del capital instalado y, sobre todo, de las enormes masas de capital especulativo ultravalorado durante la depresión.

Esta desvaloración de los activos ocurrió entre 1990 y 1994. Resulta entonces lógico que, durante ese período de depresión y renovación del capital instalado, se haya acentuado la expansión de las relaciones capitalistas en el sector de servicios, incorporando cada vez más actividades ejercidas antes por profesionales liberales en el régimen asalariado de producción.

Estos cambios lanzaron masivamente en la economía mercantil grandes volúmenes de actividades hasta entonces consideradas como apartadas de la racionalidad capitalista. Es el caso del amplio campo de conocimiento, de la información, de la educación, del arte y de la cultura, de la diversión, del financiamiento, de la segurización, de la salud, etcétera.

Marx ya había mostrado que las relaciones de producción superiores asumen la forma de las relaciones sociales dominantes en las formaciones sociales, que no pueden absorberlas «naturalmente». (Ver, entre otros, el análisis del sexto capítulo inédito de El Capital sobre la subordinación «formal» y «real» del trabajo asalariado.)

El raciocinio económico de costo y beneficio se dislocó con actividades difíciles de medir y externas al sistema productivo capitalista tradicional.

Estos cambios estimularon la búsqueda de modelos económicos formales, capaces de captar las relaciones de mercado en actividades antes menospreciadas por los análisis de mercado. Tal avance en la racionalidad capitalista para nuevos campos de actividad humana produjo una especie de «fundamentalismo económico». Cundía la idea de que todos los aspectos de la realidad son reducibles a fenómenos económicos, y que a la motivación económica le corresponde regir la ética y la política.

Nada de esto implica un aumento real de la capacidad del capitalismo, como sistema económico, de regir las relaciones de producción y reproducción de la vida social moderna. Al contrario, estas aberraciones teóricas sólo indican las dificultades de ajustar el modelo de relaciones capitalistas a las nuevas relaciones sociales que nacen de la revolución científico-técnica. Exigen mecanismos éticos y políticos más conscientes y explícitamente humanos para dirigir la sociedad moderna. Por eso resultan tan ridículos los intentos de subordinar estas relaciones sociales, cada vez más complejas, a las leyes ciegas del mercado.

Estas son las conclusiones de todas las cumbres sociales realizadas en los últimos años por los gobiernos de todos los países, y con participación de organismos no gubernamentales y de representantes de los movimientos sociales. La Cumbre Mundial de la Infancia, en 1990, la Conferencia de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y el Desarrollo (1992),

la IX Conferencia Internacional de Derechos Humanos (1993), la Conferencia Internacional sobre Poblaciones y Desarrollo (1994), la Cumbre Mundial de Desarrollo Social (1995), y la IV Conferencia sobre la Mujer (1995), todas exigieron la sumisión de las leyes ciegas del mercado a la lógica humanista y a las necesidades sociales. Los más recientes informes de las Naciones Unidas y de la UNESCO van hacia la misma dirección⁹.

Esta confrontación de enfoques se reafirmó a inicios del siglo XXI en la Cumbre del Milenio que consagró estos principios «intervencionistas» en el escenario mundial. Es evidente que esas conclusiones corresponden a la voluntad colectiva de los pueblos, reflejada en el consenso mundial de los respectivos gobiernos. ¿Cómo puede persistir una contradicción tan grande entre la hegemonía ideológica del economicismo neoliberal en el poder y la voluntad de los pueblos?

El Estado y los cambios estructurales del capitalismo

No cabe duda de que el nuevo papel del Estado es el resultado de las profundas transformaciones en la estructura del modo de producción capitalista. Por ello, fue necesario analizar los cambios estructurales más importantes del período posterior a la Segunda Guerra Mundial, particularmente en los años ochenta y noventa, cuando la revolución científico-tecnológica iniciada en los años cuarenta, produjo impresionantes saltos cualitativos.

Actualmente, se registran intentos teóricos de pensar un sistema económico donde el trabajo deje de ser el factor de integración de la economía, porque hay elementos que permiten pensar que no se podrá generar empleos suficientes para atender el crecimiento de la población mundial.

Pero es necesario, ante todo, detectar dónde está el origen del problema para entender por qué se agrava el desempleo en la actual fase de desarrollo del capitalismo mundial.

Para responder a estas preguntas, el primer punto que hay que considerar es lo que el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) llama «crecimiento sin empleo»: todo hace pensar que asistimos a una nueva fase del crecimiento económico —apoyada en el desarrollo tecnológico, y principalmente en la automatización— sin generación de empleos.

Cada vez más, la producción es dirigida por computadoras y prescinde de la mano de obra. Ya sea directamente, a través de la actividad productiva, ya sea en forma directa, al alimentar el proceso productivo, la computadora ejerce un papel central que permite que el sistema funcione con total autonomía.

El operador fue desplazado hacia el control general del sistema y de las actividades de conservación, limpieza y mantenimiento. Esa nueva realidad divide a los trabajadores en dos sectores, uno de alta calificación, encargado de los mecanismos de control, y otro bastante descalificado que se ocupa del cuidado físico de las instalaciones, fundamentalmente en las tareas de seguridad y limpieza.

En realidad, esta tendencia ya es antigua. Toda la historia de la Revolución Industrial llevó a este tipo de desarrollo. Pero es indudable que, de 1945 en adelante, con el surgimiento de las computadoras, el salto fue mucho mayor. Hasta el punto de que, en los años noventa, se llegó a la creación de grandes sistemas de producción relativamente autónomos.

La robotización fue la novedad de los años ochenta. Los robots fueron importantes para el cambio porque podían ser utilizados en la industria tradicional. De hecho, el robot ha servido de herramienta para la modernización de las industrias ya instaladas que iban quedándose obsoletas y que, con la robotización, podían dar un salto muy importante. De ahí la revolución provocada principalmente en las líneas de montaje, sector que ocupaba a gran cantidad de mano de obra y era muy conflictivo.

Del campo y la ciudad

En los inicios del siglo XIX, más de 80 por ciento de la población trabajadora estaba en el campo, dedicada a actividades agrícolas o artesanales.

La Revolución Industrial empujó rápidamente esa mano de obra hacia las fábricas, produciendo un cambio drástico en el perfil ocupacional mundial. En los inicios del siglo XX, las actividades industriales ya ocupaban 30 por ciento de la mano de obra, llegando a 50 por ciento si se toma en cuenta también los servicios complementarios, la producción industrial, así como los transportes, el almacenamiento y el comercio.

Esta evolución prosiguió hasta mediados del siglo XX. En 1950 empezó una nueva etapa de generalización de los procesos de automatización, que desplazaban a los trabajadores del sector industrial hacia el sector terciario, o sector de servicios —y, dentro del sector de servicios, hay que diferenciar los servicios vinculados a la industria, los transportes, el comercio tradicional, de los servicios relacionados con el conocimiento y la información.

A partir de 1980, en una anticipación de lo que ocurrirá en el próximo siglo, se podía prever que la mano de obra agrícola se situaría dentro de los parámetros del modelo norteamericano, alrededor de 3 por ciento de la población empleada. Esa tendencia iba generando un promedio (para los países industrializados) de menos de 10 por ciento de la población ocupada en área rurales, y de menos de 20 por ciento para los países subdesarrollados. Las excepciones representadas sobre todo por China e India se deben a la tradicional importancia de la comunidad rural en el llamado «modo de producción asiático». Pero estas poblaciones rurales, en su mayoría, no están ocupadas en actividades agrícolas sino en la artesanía, el comercio, el transporte, la construcción y otros servicios.

¿Qué ocurrió, en ese lapso, con el sector industrial? La ocupación de mano de obra en la industria cayó de un 30 por ciento a un 20 por ciento actual, y en los países de mayor desarrollo tecnológico la cifra es aún inferior: entre 18 por ciento y 16 por ciento del total de la mano de obra disponible.

El sector que se agigantó fue el sector terciario, dedicado principalmente a la ampliación del conocimiento, la planificación, y en un área en plena expansión, el ocio. Éste fue el sector que generó más empleos en los años ochenta, y que reactivó otros sectores de la economía.

En esta forma, se llegó en los últimos años a una composición completamente nueva de la distribución de la mano de obra en el sistema económico internacional. Y, pese a tratarse de cambios radicales, como suele suceder en las transformaciones tecnológicas cuya reversión es muy poco probable, la tendencia se da en el sentido de una profundización del fenómeno.

Este proceso produjo, al mismo tiempo, una migración de actividades de los países más desarrollados hacia los países de desarrollo intermedio situados en el Tercer Mundo. A partir de los años setenta, gran parte de las actividades industriales «desplazadas» de las naciones más ricas se transfirió a Brasil, Polonia, Corea y China, produciendo en esos países un crecimiento de la mano de obra industrial. Los casos de China e India son especiales porque tienen también una economía rural muy importante, sin que ello signifique que sean países agrícolas; su sector rural es muy diversificado, tiene muchos servicios e industrias. Obviamente, en las zonas rurales existen ciudades y aldeas campesinas.

La automatización redujo empleos en las actividades productivas que, cada vez más, están «en manos» de las computadoras. Pero también empieza a generar empleos en tareas de planificación, o sea en sectores como proyecto y cálculo.

El proceso va acompañado de otro, simultáneo: así como desaparecen viejas profesiones, se crean otras nuevas, al surgir sectores antes inexistentes en la sociedad. Se trata fundamentalmente de actividades vinculadas a la planificación, la investigación y el desarrollo, con especial énfasis en la información y las comunicaciones.

Todas estas actividades generan nuevos puestos de trabajo que exigen, al mismo tiempo, una alta calificación. Se produce entonces una importante demanda en el sector de la educación, uno de los principales generadores de empleo en todo el mundo desde la Segunda Guerra Mundial.

El papel del Estado

Llegamos así al tema central, que es el papel del Estado en esta nueva sociedad dominada por los servicios. En esta época de tanto énfasis en el discurso neoliberal, se constata curiosamente que se trata de servicios prestados por el Estado. La creciente complejidad de la sociedad exige una acción de Estado mucho mayor. El Estado es el gran empleador de la modernidad. En todos los países, principalmente los desarrollados, es falsa la idea de que el Estado tiende a disminuir. Al contrario, la gran crisis del Estado es consecuencia de su inmenso crecimiento, que vimos en los datos estudiados en el capítulo anterior.

La reforma del Estado implica su adaptación a la exigencia de cumplir actividades que antes eran ejercidas por las empresas privadas o por los profesionales y trabajadores independientes. Contrariamente a lo que pretenden los economistas neoliberales al tratar de reducir el Estado a su mínima expresión, la privatización es un aspecto de alcance mínimo ante las exigencias que el Estado debe enfrentar.

En los últimos años, el Estado está creciendo, y no disminuyendo. Durante la gestión de Margaret Thatcher al frente del gobierno británico, el Estado aumentó en cerca de 2 por ciento su participación en la economía inglesa. Lo mismo ocurrió en Estados Unidos durante la gestión de Reagan, cuando el Estado federal alteró su perfil con cambios de áreas, pero aumentó su participación global en la economía.

La terciarización y la privatización son fundamentalmente actividades de Estado, porque es el que contrata la actividad privada. En consecuencia, la actividad privada se vuelve cada vez más dependiente del Estado.

El gran debate de este momento es si el Estado debe volver a las actividades de planificación, una vez que ha quedado claro que evolucionará hacia actividades de regulación, en forma cada vez más acelerada. Tanto las actividades privadas como las públicas exigen un alto nivel de regulación. Además, debido a su gran capacidad de compra, el Estado genera mucha demanda e induce la actividad económica.

La tendencia que se observa es que la generación de empleos depende cada vez más del Estado, por la necesidad de perfeccionar la planificación, incentivar el desarrollo científico, mejorar la organización y la estructuración de la economía y de la sociedad en su conjunto. Actualmente, en los sectores de alta intensidad tecnológica, de 60 por ciento a 70 por ciento de las actividades empresariales son de investigación y desarrollo, planificación, proyecto y mercadeo. Sólo de 30 por ciento a 40 por ciento son de producción, una actividad final, condicionada por las fases globales de planificación.

Los datos de la realidad permiten afirmar que la esencia de la competitividad está hoy en la formación de la mano de obra calificada, en la capacitación y la calificación de los trabajadores. El peso del recurso humano de alta calificación es cada vez mayor en la economía. Y la tarea educativa, en su mayor parte, sólo puede ser llevada a cabo por el Estado: la multiplicación de cursos y actividades de capacitación en el ámbito de las empresas, paralelamente a la expansión de las actividades de extensión, y las nuevas formas de educación a distancia como campo de acción de las universidades.

La importancia de la educación

Éste es un aspecto clave del problema del desempleo: el actual desfase entre el avance de la tecnología y la formación de la mano de obra. La sociedad moderna ofrece puestos para un tipo de trabajador que todavía no existe. La solución para superar ese problema está en manos del Estado, por su papel en la educación, en la inversión dirigida al conocimiento y a la industria del ocio.

Por ello, el tema de la educación tuvo un papel preponderante en el debate actual sobre el desarrollo. La esencia de la cuestión está en el proceso educativo, en la preparación de profesionales y técnicos. No sólo por su efecto microeconómico sino sobre todo por su impacto macroeconómico como generador de empleo y de una parte sustancial de la renta nacional.

La estructura del empleo, del proceso de producción, está siendo completamente alterada. Nada parecido al mundo de hoy existía hace pocas décadas. ¿Cuántos científicos había en el mundo antes de la Segunda Guerra

Mundial? Algunas decenas de millares. Hoy en día, podemos pensar en millones. Gran parte del sistema de postgrado en las universidades fue creado después de la Segunda Guerra Mundial. En esa época, también se completó la universalización de los estudios secundarios.

Ahora ya se exige una universalización de tercer grado que implica 2 ó 3 años de especialización técnica (el caso de Alemania) o universitaria (el caso de Estados Unidos).

Ese nivel de instrucción sería el mínimo necesario para sobrevivir en el mundo actual en términos de empleo. El trabajador que no haya alcanzado ese mínimo tendrá una competitividad muy baja. Será un fuerte candidato al desempleo.

Y la educación es, en término globales, principalmente pública. Pensar hoy en términos de educación privada es casi imposible. Si pensamos en el nivel de escuela primaria y de algunas escuelas secundarias, es posible mantener la educación privada para una parte de la población de altos ingresos. Pero eso sería imposible en el nivel universitario. La universidad privada sólo puede sobrevivir si recibe altos subsidios. O si renuncia totalmente a la calidad de la enseñanza. En este caso, el título universitario es una farsa.

Es sobre todo la investigación la que requiere altos subsidios del Estado, ya sea en forma directa, a través de los ministerios de Educación, Ciencia y Tecnología, ya sea en forma indirecta, a través de fundaciones que canalizan fondos de exenciones fiscales permitidas para las actividades privadas. En el sector de la investigación aplicada, las industrias hacen importantes inversiones, pero el grueso de la investigación en ciencia y tecnología es financiado por el Estado, aunque se lleve a cabo en el marco de laboratorios de alta tecnología creados por las empresas a través del uso de nuevas modalidades de renuncia fiscal.

Las limitaciones del capitalismo

Considerado en términos globales, el proceso de adaptación de la mano de obra a las nuevas tecnologías es una meta imposible de cumplir para el sistema capitalista. De ahí el creciente desempleo. El modelo neoliberal, que confía sólo en las fuerzas del mercado, no está en condiciones de lidiar con ese proceso a escala mundial. Ésta es la primera conclusión.

La segunda es que los esfuerzos que se hacen para conservar el sistema capitalista funcionando y orientado a la acumulación de capital tiene un efecto dramático para el empleo. En la medida en que se introducen nuevas tecnologías y se despiden personas, suprimiendo puestos de trabajo, el funcionamiento armónico del sistema exigiría un mecanismo de reciclaje inmediato de esa mano de obra. El que perdió el trabajo porque su empleo dejó de existir, debe ser capacitado para asumir nuevas responsabilidades en el sistema económico.

Pero no es ésta la filosofía vigente en el sistema de producción capitalista. Quien presiona a favor del reciclaje no es el teórico neoliberal, ni el empresario, sino el sindicato y el Estado, que están fuera de la lógica del capitalismo y reflejan las razones del trabajador y de la ciudadanía en general.

Pero, por otra parte, el movimiento sindical no suele imponer esta contraparte porque el aumento del desempleo lo debilita mucho. Por ello, es el propio Estado el que debe intervenir como regulador.

Pero es cierto que existe una crisis de Estado. Con el desplazamiento de industrias del Norte hacia el Tercer Mundo, la reducción de la mano de obra —que hoy se produce en masa— conlleva la destrucción del movimiento sindical en los países centrales de donde se va la unidad productiva. El movimiento del capital permite que ésta aumente su eficiencia, y a la vez transfiere a la sociedad los efectos y los costos sociales derivados de su búsqueda de eficiencia. Es la sociedad la que paga los cambios que los empresarios ponen en práctica con mucha autonomía, al verse obligada a dar asistencia a los desempleados.

En ese proceso, la empresa se adapta a las nuevas exigencias de competitividad, se moderniza, recupera relativamente sus márgenes de beneficio, pero transfiere a la sociedad los costos de su adaptación. Es el fenómeno que tiene que enfrentar el Estado de Bienestar europeo, al verse obligado a financiar una enorme masa de desempleados. El capital se salva acabando con el Bienestar.

Porque el Estado de Bienestar sólo puede funcionar con una economía de pleno empleo, cuando la escasez de trabajo es un fenómeno marginal.

Pero resulta sumamente difícil subvencionar el desempleo cuando se trata de millones de obreros desocupados y sin perspectivas de recuperar un puesto de trabajo.

Este problema nos lleva a considerar un aspecto fundamental en el análisis de las causas y las soluciones para el desempleo: el tema de la jornada de trabajo. El aumento de la productividad traído por las innovaciones tecnológicas debería producir una disminución de la jornada de trabajo, aumentando el tiempo libre de los trabajadores. Si el mercado de trabajo funcionara correctamente, los trabajadores deberían ser los principales

beneficiados por el aumento de la productividad, trabajando menos tiempo, de acuerdo con dicho aumento. El capitalista, pese al desarrollo tecnológico, mantiene la misma jornada de trabajo, aumentando su tasa de beneficios. Éste es uno de los límites más graves del modo de producción capitalista. El aumento de la productividad, en vez de servir a la sociedad en su conjunto, es captado por el capital como una fuente de monopolio y de concentración de la renta. En consecuencia, el avance tecnológico que liberaría del trabajo a millones de individuos se convierte en una fuente de desempleo, o deforma la estructura de empleo existente, ya que la concentración de la renta genera una demanda de lujo, socialmente disgregadora.

Técnicamente, la jornada de trabajo no debería rebasar hoy las 20 y pico horas semanales, pero se mantiene en torno a las 38 ó 40 horas. En el fondo, la jornada que hoy se considera como de medio tiempo, o sea de 4 a 5 horas por día, se acerca al verdadero período de trabajo para una sociedad altamente informatizada.

Una solución política

Por lo tanto, la solución del problema del empleo es una solución política; la sociedad ha empezado a reaccionar parcialmente, según se observa en Estados Unidos y en Europa.

La reacción varía de un país a otro y, en general, se dirige a una renovación de los postulados socialistas y socialdemócratas. El gran desafío para estas corrientes es retomar el crecimiento y regresar al pleno empleo, condiciones necesarias para que el Estado de Bienestar funcione. Y sólo se puede alcanzar el pleno empleo con una drástica disminución de la jornada de trabajo, y ampliando la inversión de Estado en la educación, la ciencia y la tecnología, es decir, en la formación de una mano de obra capacitada técnica y culturalmente para hacer avanzar el potencial de tiempo libre traído por el aumento de productividad del trabajo.

El problema del desempleo, más que cualquier otro, muestra que el capitalismo tal como lo conocemos, se encuentra en una dinámica decadente. El neoliberalismo es una demostración del enorme esfuerzo que el capital debe hacer para lograr algún tipo de revitalización del sistema económico. Su fracaso prueba que, en realidad, hoy el capital ya no está en condiciones de operar sin el apoyo del Estado. La tendencia en los próximos años es la consolidación del Estado como gran inversionista de capital. El Estado es cada vez más «capitalista colectivo».

La Revolución Científico-Técnica y el Estado

A pesar del intenso proceso de integración y globalización de la economía mundial, en el que las empresas multinacionales tienen un papel decisivo, los Estados nacionales siguen siendo el núcleo privilegiado del mercado mundial. Son los que impulsan o frenan los procesos globales, son los que organizan, a través de la cesión de su soberanía nacional, los procesos de integración regional que, sin embargo, siguen apoyándose en sus bases institucionales y en su poder de legitimación y represión.

Es poco probable que estos procesos puedan ocurrir sin la mediación de un organizador colectivo de la envergadura de los Estados nacionales.

Las empresas multinacionales, que hoy se perciben a sí mismas como trasnacionales y hasta globales, no podrían operar una economía mundial directamente, sin el financiamiento o el apoyo de los Estados nacionales, ya sea en los países de donde se expande hacia el exterior, ya sea en los países que las hospedan. La idea de un proceso de globalización bajo la condición de una nueva unidad empresarial de tipo metanacional o global, es sugestiva; pero puede suscitar una visión ilusoria del proceso de globalización en vigencia.

El fundamento de esa globalización está en la revolución científico-técnica, cuyo progreso está ligado al apoyo económico de los Estados nacionales, ya sea a través del financiamiento directo de las investigaciones en sus laboratorios y centros de investigación en universidades o empresas, ya sea a través de subvenciones y renuncias fiscales que resultan sumamente importantes en el sector militar, en la industria espacial, y en otros sectores directamente dependientes del gasto fiscal. Al mismo tiempo, hoy se acepta universalmente la necesidad de encontrar medios de planificación del desarrollo científico-tecnológico correspondientes a los organismos estatales; y toca a los organismos estatales, u otros patrocinados por éstos, delinear las estrategias de políticas científicas y tecnológicas.

Estados Unidos, pese a su retórica liberal, cuenta con un informe bienal de ciencia y tecnología, establecido por el gobierno y que avala esta planificación global. La OCDE generalizó para todos los países miembros la obligación de producir informes anuales de las políticas científico-tecnológicas.

Al mismo tiempo, la evolución del sistema empresarial no puede ser vista independientemente de esas tendencias. Así pues, pese a los fuertes vientos neoliberales que soplaron en los años ochenta, el crecimiento del déficit público norteamericano fue el factor económico fundamental de recuperación económica entre 1983 y 1987. Ese déficit fue creado no para atender a demandas sociales o para desarrollar el «Estado gendarme» del liberalismo. Al contrario, en los años ochenta el déficit público norteamericano se orientó (y también en

los gobiernos de Georges Bush, Clinton y George W. Bush) en el sentido de sustentar el aumento de la demanda nacional norteamericana que resulta en un enorme valor agregado a la demanda mundial. En la medida en que la nueva demanda fue atendida en gran parte por la oferta internacional de bienes y servicios, generando en la balanza comercial norteamericana un déficit similar al déficit fiscal, la recuperación de los años ochenta fue un fenómeno inducido por el mayor gasto público de la historia humana. Hemos visto en detalle este proceso en la segunda parte de nuestro libro. En la misma forma, el crecimiento de los años noventa dependió de la demanda fiscal que disminuyó parcialmente. En el siglo XXI, sobre todo después del atentado del 11 de septiembre, la administración de George W. Bush sugirió una disminución de los impuestos pero, en la práctica, creó un déficit fiscal gigantesco para tratar de recuperar la economía.

Al mismo tiempo, es impresionante observar que el déficit público se orienta hacia el financiamiento de la investigación y el desarrollo, sobre todo en el sector militar. Cuando el Estado interviene fuertemente en la creación de áreas de investigación y en la orientación de las estrategias de las empresas privadas, en su financiamiento y en la demanda de sus productos, es simplemente ridículo hablar de una tendencia a la privatización y la liberalización de la economía.

Es evidente, además, que estos gastos públicos aumentan la intervención del Estado en los mecanismos de la vida económica, al colocar bajo su dependencia una parte tan extensa y estratégica de la economía.

A partir de los años ochenta, el Estado norteamericano intervino directamente en la fijación de la tasa de interés, en la política de empleo, aumentó su protección a los sectores económicos amenazados por la competencia externa, determinó políticas educacionales, de formación, capacitación y recolocación de mano de obra. Difícilmente puede encontrarse en el mundo una regulación estatal tan rigurosa de casi todos los aspectos de la vida económica, social y política.

Sin embargo, todo esto se hizo en nombre del liberalismo, de las fuerzas del mercado, de la libre iniciativa y de la libertad individual. Esto se explica en parte por qué el Estado norteamericano sigue evitando su participación directa en la producción e incluso en los servicios públicos. Para poder prescindir de esa intervención, soporta indirectamente a una enorme masa de empresas y trabajadores, mediante contratos y subcontratos.

La otra razón de esa impresión es el hecho de que gran parte de la regulación económica llevada a cabo por el Estado norteamericano se hace en nombre de garantizar el libre funcionamiento del mercado, la libre iniciativa y las libertades individuales. Es imposible negar el contenido ideológico de la afirmación de que los 550 mil millones de dólares de gastos militares que convierten la economía norteamericana en uno de los mayo-

mayores capitalismos de Estado del mundo (mayor, incluso, que los de todos los antiguos países socialistas sumados) sea un típico caso de libre comercio. Al contrario, esta intervención masiva del Estado atropella de libre comercio a favor del monopolio y de la protección estatal a las empresas clientes del Pentágono.

Al mismo tiempo que el sistema empresarial estadounidense se sometía tan estrictamente a su Estado nacional (como ocurre, por cierto, en todos los países capitalistas), evolucionaba en el sentido de una mayor concentración productiva económica, de una mayor monopolización de la Economía, y de una mayor centralización de capital. Los datos de la Comisión de Justicia del Senado (subcomisión antimonopolio) y de varios otros organismos e instituciones dedicados a la lucha contra la monopolización, en defensa de los consumidores, para la protección del ambiente, etcétera, siempre revelan la impotencia de los ciudadanos para detener ese proceso de concentración, monopolización y centralización.

Algunas victorias parciales sólo confirman la tendencia general. Tales hechos resultan aún más evidentes fuera de Estados Unidos, donde los Estados nacionales tienen que invertir directamente en varios sectores de la economía, abandonados por el capital privado en busca de tasas de beneficio más elevadas. Raras veces la empresa pública surgió en sectores o ramos de alta rentabilidad. Ésta se instala exactamente allí donde las inversiones de capital fijo son sumamente elevadas, y los usuarios tienden a reivindicar precios y tarifas bajas, sobre todo cuando se trata de productos y servicios consumidos por las empresas que tienen que proteger sus costos.

Por eso, las famosas políticas de privatización han resultado un rotundo fracaso, como lo admiten los estudios sobre esta cuestión. El propio Banco Mundial, uno de los mayores promotores de las privatizaciones, admite su poca profundidad. Éste, después de citar el único ejemplo «bien avenido» que es Inglaterra, llega a la conclusión de que, en cuanto a los países en desarrollo, «sólo en algunos países (por ejemplo, Bangladesh y Chile) hubo una privatización sustancial, sobre todo en lo tocante a pequeñas firmas de manufactura y servicios que ya habían sido propiedad privada». (Informe sobre el Desarrollo Mundial, 1997, p.68). No hay que extrañarse de que, en los años setenta, tanto Inglaterra como Chile y Bangladesh pasaron por profundos procesos de estatización que no llegaron a ser totalmente revertidos por las privatizaciones señaladas.

La verdad es que los datos revelan un crecimiento de la intervención estatal y de la empresa pública en todo el mundo, particularmente en los países de mayor desarrollo, como se ve en los cuadros I y IV, al final de este capítulo. En varios países, se nota la fuerte presencia de la empresa pública en los sectores textil, electrónico, petroquímico, automotriz, cemento, minerales, fertilizantes, nitrogenados, acero, servicios de telecomunicación. En esta lista, hay que incluir las empresas de transporte y otros servicios públicos por naturaleza. No se trata

de una cuestión ideológica, sino de abandono del capital privado de estos sectores esenciales debido a su baja tasa de beneficio.

Tampoco hay que olvidar la importancia de la concentración, monopolización y centralización de las actividades de investigación y desarrollo en el cuerpo de las estructuras empresariales. La creación de grandes laboratorios y centros de investigación por parte de empresas privadas cuenta, evidentemente, con apoyo público, pero los resultados de esas investigaciones y ese desarrollo son privatizados y pertenecen a firmas ejecutoras, y no al financista público. El alto nivel de correlación entre el avance de la tecnología y la ciencia pura han llevado incluso a los laboratorios y centros privados a invertir directamente en la investigación pura, manteniendo al mismo tiempo el financiamiento a los centros de investigación universitarios con los recursos de las fundaciones, originados en la reunión fiscal del Estado.

Para mantenerse a la altura de esas exigencias internacionales de investigación y desarrollo, las empresas adoptan estrategias de fusión, y hasta surge una nueva forma de cooperación interempresarial a nivel mundial, para poder dar cuenta de los gastos y de la concentración de recursos humanos y materiales implicados en ciertos niveles de investigación de punta. Es obvio que esto lleva a nuevos patrones de centralización e internacionalización del capital, que cambian cada vez más el carácter de las empresas, del Estado y de las estructuras socioeconómicas.

El aumento del sentido social de la acción empresarial ha provocado un crecimiento significativo de interrelaciones no sólo entre las empresas públicas y privadas, sino también entre éstas y los movimientos sociales, tanto tradicionales como de nuevo tipo. Es muy conocida y estudiada la creciente dependencia de las empresas con respecto a los contratos de trabajo asignados por los sindicatos. Estos contratos suelen incluir no sólo las medidas salariales, de carrera, de salud laboral, de asistencia social y de seguros, sino también una cantidad cada vez mayor de ítems referentes a la propia gestión empresarial, a su política de inversión, y a sus responsabilidades sociales. En los últimos años, los estudios de relaciones industriales están poniendo mucho énfasis en la cogestión sindical alemana y en la gestión cooperativa entre empresarios y sindicatos en Japón.

Entre los accionistas de las grandes corporaciones se desarrolla un amplio campo de preocupaciones éticas que se extiende a las cuestiones ligadas a la lucha contra los gastos militares y la amenaza de holocausto nuclear, a la defensa de los consumidores, a la defensa del ambiente, e incluso al comportamiento político de los países donde las empresas invierten su capital (el caso del boicot contra el apartheid sudafricano, las dictaduras militares, etcétera), o las cuestiones relativas a la igualdad sexual, al apoyo a las minorías

sociales y étnicas y a los derechos humanos. Las organizaciones no gubernamentales (ONG) y los movimientos sociales han logrado no sólo alterar las políticas gubernamentales, sino también actuar eficazmente en los consejos de accionistas de las empresas. El crecimiento de las organizaciones no gubernamentales a nivel mundial crea un fenómeno institucional supranacional, que empieza a intervenir seriamente en la formulación e instrumentación de las políticas públicas. Se crean así nuevas relaciones de propiedad, de trabajo, intergubernamentales y de los Estados con su ciudadanía.

La importancia de esas organizaciones empieza a tener sus efectos en la vida política, y a alterar programas y actitudes partidistas. La idea de la participación y de la cogestión de trabajadores en las empresas está adquiriendo una fuerza inusitada en Europa. La participación de las organizaciones comunitarias en las decisiones regionales y locales, es otro hecho político en crecimiento.

Resulta aparentemente paradójico (aunque plenamente racional dentro del pensamiento socialista clásico, sobre todo marxista) el hecho de que los únicos procesos radicales de desestatización que ocurrieron en los años ochenta, se dieron precisamente en los países socialistas. La ley de autogestión votada por el Soviet Supremo de la URSS en 1986, promovió la transferencia de gestión de gran parte de las empresas del país para los trabajadores, quienes pasaron a elegir el consejo directivo de las empresas, la cual elegía, a su vez, la dirección ejecutiva. Al mismo tiempo, las empresas aumentaron su autonomía con respecto al plano central que restringía cada vez más sus metas al conceder a las empresas importantes libertades en la escogencia de los clientes, en las formas de financiamiento, en la utilización de sus recursos, en las decisiones de inversión, etcétera.

La corriente neoliberal que dominó en la Unión Soviética llevó a su final en 1991, y sólo cambió parcialmente esas tendencias. Junto a las privatizaciones salvajes que se dieron en la antigua Unión Soviética y en la Europa Oriental, siguieron existiendo las experiencias de gestión de los trabajadores, que tuvieron un papel creciente en la nueva fase de reestructuración de esos países sobre bases más sólidas, combinando un capitalismo de Estado aún dominante, las nuevas empresas privadas, monopólicas o no, y las formas de organización corporativa relativamente autónomas.

Esta evolución, en el sentido de una mayor participación de los trabajadores en la gestión de las empresas, es una consecuencia inevitable, por una parte, de la creciente centralización de las inversiones necesarias para poner una empresa en funcionamiento, separando cada vez más los emprendimientos y la realidad de la propiedad privada, que se conserva más como una supervivencia cultural (sumamente limitante, es verdad) que como un dato real ajustado a las nuevas relaciones sociales. Se crea así un vacío de poder que tiende a

ser llenado por las comisiones de trabajadores, cuya experiencia y conocimiento directo del proceso de trabajo son la única garantía de una gestión efectiva de las instituciones ligadas a la producción. Pese al contenido corporativo, implícito en la evolución compleja de las instituciones contemporáneas, esta tendencia está en vías de fortalecerse.

Por otra parte, el aumento de la concentración de la producción, y la consecuente centralización de las decisiones gerenciales en colectivos que exigen la actuación de varias especialidades han ido eliminando el contenido personal de la decisión administrativa y aumentando la responsabilidad del grupo de gerentes, profesionales y técnicos. La organización de brigadas de producción, con metas colectivas de trabajo, tiende a sustituir los métodos de administración «racional» o «científica», basados en la apropiación patronal de la experiencia de los trabajadores para luego permitir su racionalización, reglamentación e implantación autoritarias sobre los propios trabajadores.

La automatización, al sustituir con las máquinas, las fábricas modernas y los robots el trabajo repetitivo y alienante del trabajador, aumenta la flexibilidad de la jornada de trabajo, y transforma los grupos de trabajadores en unidades primarias de producción y servicio, permitiendo y exigiendo incluso una noción mucho más diferenciada y flexible del proceso productivo.

Estos cambios favorecen necesariamente la democratización del sistema empresarial y exigen un enfoque distinto de la realidad sindical, de la cogestión y de la autogestión que ya se encuentra en marcha en diferentes partes del mundo. En la medida en que las nuevas tecnologías se impongan universalmente, estos nuevos patrones de gestión y participación tendrán que generalizarse, así como los movimientos sociales que reflejan estas nuevas realidades socioeconómicas.

El impacto de esas transformaciones es bastante peculiar en el Tercer Mundo, donde coexisten formas de trabajo arcaicas y modernas, articuladas por sistemas de producción basados en la sobreexplotación de la fuerza del trabajo; donde la liberación de la mano de obra rural viene dándose a escala colosal (eliminando las reservas de economía natural aún existentes entre los años cincuenta y setenta) y lanzando esas masas en una economía urbana e industrial que genera cada vez menos empleos proporcionalmente a la población. Se crea entonces una masa de marginales y semimarginales, cuyas condiciones de vida se ven atenuadas solamente por la expansión de una economía informal cada vez más gigantesca. La asociación de esa economía informal con la criminalidad organizada lleva estos países a una situación simplemente explosiva.

Latinoamérica vive intensamente este proceso, y viene generando una población disponible para los nuevos movimientos sociales, que exigen un análisis especial. Los trabajadores rurales permanentes y temporales forman sindicatos junto a pequeños propietarios campesinos o a aparceros en las zonas de nueva colonización. De ello resulta entonces nuevas organizaciones que oscilan entre las luchas salariales, con niveles sumamente bajos de demanda, y los intentos de invasión de tierras, en busca de una base productiva. Ésta es la base social para nuevos movimientos como los SinTierra brasileños.

En las ciudades, las masas desplazadas van amontonándose en colectividades semimarginales, de propiedades irregulares, las más de las veces fruto de la invasión de terrenos baldíos. En la defensa de su derecho a la vivienda y en la lucha para atraer los servicios públicos y la urbanización de estas regiones, esas masas van adquiriendo una experiencia colectiva, organizacional y cultural, que se desenvuelve en una franja entre la clandestinidad y el intento de regularización de sus terrenos y bienhechurías, y de su integración en la sociedad y en las instituciones legales. La expansión del consumo de droga da origen a vastas redes clandestinas de comercialización de las mismas que se concentran parcialmente en las regiones cuyo abandono por parte del Estado facilita la acción de grupos clandestinos. Estas actividades inundan de recursos significativos las poblaciones locales, y producen una fuerte escalada de violencia estimulada por los recursos disponibles para la compra de armas cada vez más poderosas.

Vemos así coexistir en esos países los hilos de la nueva tecnología y de sus más complejas formas de organización, junto a una complejidad de problemas nuevos generados por los hijos espurios de la destrucción de viejas economías que luchan por un espacio, y por su supervivencia en esta nueva sociedad incapaz de absorberlos.

Se forma así un vasto campo social, político y cultural donde los elementos del antiguo populismo y sus técnicas de movilización social se extienden a una nueva población urbana y rural en formación, mientras conviven con un movimiento obrero cada vez más complejo, sofisticado e internacionalizado. En este campo popular, tiende a formarse también un sindicalismo de clase media, de profesionales y técnicos, antes aferrados a su individualismo, como vendedores autónomos de su trabajo, que se transforman en asalariados de cuello blanco, y adoptan rápidamente las formas de lucha y las tradiciones del sindicalismo obrero. El encuentro de tradiciones culturales y situaciones sociales tan diversas en un mismo campo social y político, determinado en general por la oposición al régimen capitalista y oligárquico, expresado sobre todo en sus políticas económicas, provoca una nueva coalición de fuerzas, dentro de un eclecticismo ideológico cada vez más difícil de sistematizar, y un pragmatismo político que tiende a imponerse en la vida de esas naciones.

Estos cambios desestructuran las formas sociales propias de los modelos de producción capitalista, como los partidos políticos y los sindicatos, grandes responsables de la organización de las masas en los países centrales del sistema capitalista mundial. En consecuencia, surgen nuevas organizaciones, nuevos movimientos sociales, presionados entre el carácter superficial, precario e inusitado de sus necesidades, por una parte, y por otra, las aspiraciones humanas a verdaderas «soluciones» de estas necesidades. Estas «soluciones» implican la incorporación de estas poblaciones en el sistema socioeconómico e ideológico existente.

Es interesante observar que la ideología del gran capital internacional (expresada en gran parte en los informes técnicos de las organizaciones internacionales más directamente asociadas con él, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio) abandona cada vez más sus perspectivas universalistas. El capital desiste de proporcionar y ofrecer una sociedad igualitaria para la humanidad, y pretende convencerla de que es «naturalmente» imposible alcanzar esa sociedad igualitaria que el liberalismo burgués más progresista ha imaginado. Las Ciencias Sociales contemporáneas se preparan para consagrar un régimen de castas para la humanidad, donde existen incluidos y excluidos, un sistema de estratificación social inherente a la «imposibilidad» de elevar a todos los ciudadanos hasta los modelos sociales del régimen de producción asalariada.

La división del planeta entre mundos jerarquizados pasa a ser una consecuencia natural de los impactos causados por el desarrollo de la ciencia y de la tecnología, sobre todo por su incapacidad de generar empleos. La hipótesis de disminución de la jornada de trabajo está radicalmente descartada en nombre de la competencia entre las varias economías, pese a lo ridículo de este argumento ante las hipótesis de la baja «universal» de la jornada de trabajo. Qué otra razón puede existir para impedir la caída vertiginosa de la jornada de trabajo, siendo que la humanidad sólo puede considerarla como un objetivo que debe alcanzarse. Una vez más, la ideología del capital entra en contradicción con sus ideales universales: igualdad, democracia, progreso, emancipación social, son pretensiones del pasado, de la etapa utópica del capitalismo y de la modernización capitalista. Si la humanidad pretende realizarlas, tendrá que ir más allá de la visión capitalista del mundo y asumir la perspectiva de un cambio civilizatorio a partir de un nuevo modo de producción de vida material espiritual.

La ideología de la Administración Pública

Sobre todo entre los años cincuenta y setenta, cuando el desarrollismo hegemonizó la vida política e ideológica de los países dependientes y subdesarrollados, se trató de que el choque entre las fuerzas sociales desapareciera del concepto de Estado. Se trató de presentar el Estado como una realidad puramente administrativa, que actuaba con eficiencia para alcanzar los objetivos de la población en su conjunto. Sin embargo, históricamente, el resultado de ese proceso fue la exclusión de la gran mayoría de la población de los resultados del desarrollo. Toda ideología puede hablar en nombre de conceptos muy abstractos, como el interés nacional, cuando la práctica corresponde, de hecho, a intereses concretos completamente diferentes y hasta opuestos al llamado «interés público». Este esfuerzo tecnocrático sigue haciéndose hasta estos días. Con la gran ofensiva neoliberal, que alcanzó su auge en los años ochenta, la empresa privada se presentó como un sucedáneo del sector público en nombre de la eficiencia y la eficacia. El sector privado pretende ser un modelo porque, al ser eficiente, cuesta más barato y, por ende, está exigiendo a la sociedad menos esfuerzo que al sistema burocrático contra el que se vuelve.

Esta ofensiva internacional fue ejercida sobre todo en las empresas multinacionales, trasnacionales o globales, que se presentan como un gran modelo de organización moderna, o postmoderna, pretendiendo haber superado cualquier alternativa histórica, para constituir una forma final de sociedad. Representan el «fin de la historia», el fin de la evolución histórica. Este fin de la historia tendría forma de eficiencia, encarnada por las empresas trasnacionales y, en particular, por el sistema económico neoliberal y el sistema político liberal.

En verdad, después de la Segunda Guerra Mundial, la internacionalización de la economía pasó a ser un factor muy decisivo y las empresas multinacionales asumieron un papel sumamente dinámico. Se trataba normalmente de empresas que operaban a un nivel nacional con alguna acción internacional, y que pasaron a operar en distintos mercados, organizándose en ese ambiente múltiple y actuando en forma sumamente eficaz, con una capacidad de comunicación extraordinariamente elevada, que permita mantener el conjunto de esos nuevos sistemas de decisión relativamente disciplinados.

Los Estados nacionales sirvieron muchas veces de apoyo a la evolución y al desarrollo de esas empresas. Por ejemplo, no se puede entender la expansión de las empresas norteamericanas, a nivel mundial, sin el Plan Marshall, con el cual el Estado norteamericano puso a disposición de esas empresas recursos gigantescos para su entrada masiva en Europa, en Japón, y en otras regiones. Se trataba de los laureles de la victoria militar.

Pensar que esas empresas podrían haber alcanzado el nivel de influencia que lograron sobre el resto del mundo sólo por su eficacia económica, es una ingenuidad que se impone en las mentes sólo mediante la manipulación ideológica. También es imposible pensar en la expansión de esas empresas en Latinoamérica y en los países del Tercer Mundo en general, sin el programa del Punto Cuatro, sin los varios programas de ayuda internacional, organizados por el Eximbank, la AID, el Banco Mundial, el FMI, etcétera. El gobierno norteamericano entregó a esas empresas el instrumental indispensable para su expansión mundial, particularmente el poder financiero del dólar.

Tampoco hay que ignorar el papel del Estado en la promoción de la revolución científico-técnica que se dio en la postguerra. Las empresas fueron un agente muy importante en este proceso. Pero el financiamiento del mismo, en más de la mitad, vino del Estado y no de las empresas.

Éstas financiaron las fases de desarrollo final de los productos para llegar al mercado. Pero ninguna empresa estaba dispuesta a correr el riesgo de financiar la investigación básica, cuyo costo es sumamente alto y arriesgado. Sólo en los años noventa, se vieron obligadas a actuar en el campo de la ciencia pura, debido a la implantación creciente de los resultados de la investigación básica sobre las innovaciones «comerciales», a medida en que el «comercio» de estas empresas se hace cada vez más con un sector público. Fue el Estado el que, directa o indirectamente, llevó a cabo esas investigaciones o las financió en las universidades y, muy rara vez, dentro de las empresas. La década del ochenta, década del neoliberalismo, década en que Margaret Thatcher y Ronald Reagan fueron los grandes modelos de la visión ideológica del mundo contemporáneo, fue menos la década de las inversiones directas en el mundo, y mucho más un período marcado por un gran crecimiento del sistema financiero mundial. Este sistema creció en torno al déficit público norteamericano que saltó de 60 mil millones de dólares a 280 ó 300 mil millones de dólares al año al final de la década, 300 mil millones de dólares representan más de la mitad de la renta nacional de Brasil. Hay que imaginarse el impacto de esta cuantía colocada a la disposición de un proyecto nacional y del mercado financiero mundial.

Es decir que el Estado norteamericano coloca cada año un poder de compra en el mundo bajo forma de deuda, igual a la mitad de lo que todo el pueblo brasileño ha producido en un año. Esta deuda se destinó, sobre todo, al gasto militar, y en particular a la investigación militar. El Estado recortó los gastos sociales en el sector de Bienestar. Pero en el sector militar, los gastos fueron aumentando drásticamente en los años ochenta.

Así que lo que se llamó neoliberalismo no fue ninguna acción económica neoliberal. Porque uno de los principios del liberalismo es el equilibrio de las cuentas públicas. Nadie puede hablar de liberalismo, de Estado mínimo, de Estado que no pesa sobre la población, etcétera, cuando el Estado presenta un déficit fiscal creciente capaz de alcanzar tales dimensiones.

Hemos visto todos estos temas en las partes anteriores de este libro. En ese mismo período, Europa experimentó una fuerte concentración del poder en manos de la recién creada burocracia continental. En los años ochenta se creó el Parlamento europeo y la Coordinación Administrativa de la Comunidad Europea en Bruselas. Fue un período de aumento vertiginoso de la intervención estatal en la economía y en los aspectos más diversos de la vida, particularmente en el plano cultural.

Durante esa década, la Inglaterra de Margaret Thatcher aumentó el gasto público en más de 2 por ciento de la renta nacional, y aun así su gestión fue considerada como liberal.

Al mismo tiempo, el éxito económico, comercial y financiero de Japón en este período fue presentado al resto del mundo como la más expresiva victoria del liberalismo. Este éxito económico y financiero durante los años ochenta se explicaba por la eficiencia del mercado y la supremacía de lo privado sobre lo público, por la hegemonía del modelo empresarial sobre el modelo estatal. Ahora, Japón se convertía en el antimodelo de la privatización. Primero, porque las empresas japonesas están bajo fuerte control del Estado japonés. Un control que se fortaleció desde la Segunda Guerra Mundial, sobre todo porque la economía japonesa fue reestructurada después de la guerra bajo la ocupación norteamericana, que llevó a cabo la reforma agraria y la disolución de los grandes monopolios¹⁰. En ese período, el Ministerio de Industria, Tecnología y Comercio Internacional (MITI) planificó, controló y organizó todo el sistema empresarial japonés. Hoy, éste es un sistema altamente oligopólico y hasta monopólico. En el caso japonés, yo creo que el término oligopolio resulta más correcto porque siempre encontramos dos o tres grandes empresas compitiendo. Pero son dos o tres grandes empresas que controlan el grueso de cada sector económico. No es en absoluto un modelo de capital privado, no es un modelo de libre empresa. Es un modelo de empresa oligopólica moderna, con fuerte integración con el Estado.

Sin embargo, hay un segundo aspecto sobre el que no se llama la debida atención. Los principios que orientan la organización económica de las empresas japonesas son inaceptables y hasta imposibles de ser comprendidos por el pensamiento liberal. Los tres grandes principios de la vida económica de Japón son: en primer lugar, el principio de la estabilidad del trabajador en la empresa, de la fidelidad a la empresa. La empresa no es vista como un sistema con el que se tiene una relación esencialmente económica. No. La empresa es un sistema de vida y algo a lo que se debe fidelidad de por vida. El vínculo con la empresa es un vínculo hasta la muerte. Despedir a alguien de una empresa japonesa es un acto legalmente posible pero moralmente inaceptable. En los debates actuales sobre el papel de la capacitación y de su calidad en tanto instrumento de competitividad, se considera que el factor diferenciador entre las economías que permiten a un país ser más competitivo que otro es, fundamentalmente, la capacitación y la formación de los recursos humanos.

Se trata no sólo de la capacitación sino también de la educación primaria y secundaria, y de todo el proceso cultural, en el cual Japón presenta resultados excepcionales. Técnicos y teóricos japoneses plantean algunas cuestiones esenciales como el pensamiento economicista que predomina en Estados Unidos y en el Occidente en general. ¿Cómo entrenar a las personas cuando hay un turnover enorme en las empresas? ¿Quién se interesa por la calidad de la capacitación cuando se capacita a las personas para otras empresas? ¿Acaso el trabajador no tiene una carrera definida dentro de la empresa? La condición de ser miembro de una empresa de por vida es una motivación fundamental en el entrenamiento y en el desarrollo de la calidad de la mano de obra. Y esto va en contra de los principios liberales fundamentales que afirman la necesidad de flexibilizar la fuerza de trabajo como condición para la eficiencia. Los conceptos de flexibilización del trabajo insisten en la necesidad de pagar menos derechos sociales y de facilitar el despido del trabajador, disminuyendo los costos del turnover. Ahora, Japón es el antiturnover, Japón es la antiflexibilización del trabajo y, al mismo tiempo, fue presentado como modelo de eficiencia capitalista durante toda la década del ochenta y parte del noventa.

El segundo principio es aún más incomprensible para el Occidente: en Japón, los trabajadores son remunerados según la edad. En las empresas occidentales, cuando se traduce esta expresión, se utiliza la idea de la remuneración por «antigüedad». Pero no es cierto. En Japón no hay remuneración por antigüedad, lo que determina el salario no es el tiempo que uno lleva trabajando en la empresa, sino el tiempo de vida, la edad; lo cual nada tiene que ver con el tiempo de antigüedad dentro de la empresa. Si alguien tiene 20 años de edad, gana 100; si tiene 21 años de edad, gana 103; etcétera. La persona va aumentando su salario según su edad. Si entra en la empresa hoy teniendo 50 años de edad, gana el salario de los que tienen 50 años de edad. Para la visión liberal del mundo, esto es lo más absurdo que puede haber porque no existe motivación.

Además, si alguien gana según la edad que tiene, de cualquier modo seguirá envejeciendo pero sin ninguna necesidad de ser eficiente, ya que para llegar a viejo sólo basta vivir. Si se vive más, se gana más. Éste es el segundo principio fundamental del modelo japonés.

¿Cuál es la razón de este principio? El hecho es que el joven japonés trabaja intensamente, aún ganando menos que el viejo japonés. Acaso porque sabe que, mientras la vida vaya pasando y él vaya perdiendo eficacia, él irá ganando más. Esto implica un principio moral, un reconocimiento de su aplicación por parte de los compañeros, el respeto del que goza en un determinado momento. Y el hecho es que trabaja con entusiasmo durante su juventud.

Este fenómeno se complica en algunos sectores, como el de la informática. En este sector, a los 30 años de edad, un ingeniero está fuera del mercado, ya no tiene el conocimiento para seguir siendo una persona eficiente y creativa en el campo de la ingeniería. ¿Cómo puede entonces un ingeniero de 30 años de edad, en la empresa japonesa, ser remunerado según su edad? Aunque a los 31, 32, y hasta los 65 años de edad, su papel en la empresa vaya disminuyendo obviamente, ¿seguirá ganando más? Sí. A pesar de todas las presiones por parte de los técnicos formados con mentalidad occidental, sigue funcionando el principio de la remuneración según la edad.

Tercer principio: el sindicalismo en la empresa. Se trata de un principio fundamental en el milagro japonés. La intervención de la organización sindical en la empresa japonesa resulta impresionante. No se trata del modelo alemán, que es el modelo de la cogestión, donde los trabajadores eligen a sus representantes —que representan a los trabajadores en el proceso de gerencia—. No. Se trata de un proceso de gerencia donde el trabajador participa en todos sus aspectos. La persona que tiene función gerencial baja la cabeza ante el más eficiente, en el contexto concreto.

Hay un modelo de formación de equipos por «situación». Es muy difícil comprender esto cuando no se vive en ese país, porque los preconceptos del pensamiento occidental al respecto son enormes, y no se quiere entender la realidad japonesa. Pero así son las cosas. En ciertos casos, existe cierta sistematización, por ejemplo, el «toyotismo», con tendencia a la flexibilización del trabajo. Pero, en realidad, los equipos se forman por «problemas». Por ejemplo: hay que quitar este vaso de aquí y ponerlo allá; alguien propone una solución, inmediatamente otro propone algo más y, de repente, hay cinco o seis personas resolviendo el problema de poner el vaso allá; y una vez resuelto el problema, se disuelve el equipo.

Hay una gran comunicación entre sus miembros; todos están informados acerca de lo que se está haciendo, así que cualquiera puede asumir inmediatamente la tarea que otro dejó por algún motivo.

La explicación de este comportamiento «democrático» en la formación de grupos ad hoc para resolver situaciones específicas en las que la jefatura es asumida por el más capaz tiene que ver con el concepto japonés de jerarquía y de dependencia personal. No existe esa visión occidental según la cual la jerarquía tiene que ver con la acción. La jerarquía es otra cosa, es un asunto de respeto mutuo entre las personas, es una forma de relaciones humanas. No es un asunto de eficacia en el trabajo. La jerarquía no tiene una función propia en el trabajo.

Muchos teóricos pretenden definir ese modelo como «postmoderno», presentando a Japón como un modelo de sociedad de la tercera revolución industrial, de la sociedad altamente flexible, donde la automatización rige el

proceso de producción, donde la informática modifica totalmente las relaciones de poder dentro del proceso de organización que sería entonces el modelo ideal de relacionamiento. Así es como puede plantearse.

Creo que hay un contenido realmente nuevo, importante, en ese estilo de operación. Muchos autores japoneses alegan que este estilo de gerencia no tiene que ver con la tradición japonesa, y que se dio dentro del proceso de postguerra. Que no sería una expresión de la mentalidad conservadora de Japón, y no tendría que ver con el sistema jerárquico feudal japonés, como los samurais, como el budismo, etcétera.

Este comportamiento habría surgido, después de la Segunda Guerra Mundial, por las condiciones de poder generadas en Japón con la derrota militar y la ocupación norteamericana, que destruyeron a la oligarquía japonesa, gran enemiga de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Estas circunstancias crearon un nuevo sistema industrial. En un primer momento, la ocupación apoyó al movimiento sindical, que se organizó muy rápidamente. Después, las autoridades norteamericanas desistieron de este punto de vista, pero ya se había creado una situación de poder en el seno de las empresas, cuyos directivos tuvieron que ir aceptando a los trabajadores como la principal fuerza organizadora del proceso de producción.

Así pues, presentar Japón como una expresión del liberalismo, colocándolo en el primer plano de los años ochenta, es una propuesta totalmente errada. Esto no corresponde a ninguna realidad. Un liberal nunca reivindicará ninguno de los tres principios aquí citados, por ser la antítesis del pensamiento liberal. La clave de la eficacia japonesa reside en un orden social altamente participativo. La familia sigue siendo el primer núcleo de organización social; pero en segundo lugar, y acaso actualmente en primer lugar, está la empresa. Debido a que la familia se halla en decadencia en tanto instrumento de organización social, la empresa se convierte cada vez más en instrumento fundamental. Al haber encontrado en Japón un proceso participativo tan intenso en el marco de la empresa, ésta tiene que incidir en la sociedad en su conjunto. Y esto también se da en el plano político. La sociedad japonesa está organizada fundamentalmente a nivel local, del barrio y de la calle. Las calles tienen sus asociaciones y sus dirigentes. Todo el mundo pertenece a alguna asociación de calle. Esto es algo absolutamente natural en Japón.

La organización de calle tiene su contenido tradicional, pero tiene sobre todo un contenido moderno. Hay que recordar el papel de las organizaciones de vecinos en Estados Unidos, en las comunidades de Europa. Es en este nivel donde empieza la organización social. En Japón, la noción de cooperación comunitaria es impresionante¹¹.

Antes de sacar algunas conclusiones, hay que recordar también que el otro ejemplo de gran eficacia en los años ochenta fue el de Alemania. En Alemania, el sistema de cogestión es sumamente fuerte. Los trabajadores

alemanes participan en la dirección de las empresas por votación, lo que se debe a un carácter de lucha de clase históricamente definido. Pero la participación de los trabajadores alemanes no se restringe a los problemas de los trabajadores. Los trabajadores alemanes participan en las decisiones fundamentales de la empresa como tal, en tanto realidad empresarial, fenómeno de capital y decisora de inversión. Los trabajadores intervienen no sólo en la organización del sistema productivo sino también en el sistema económico en su conjunto. En este punto, los trabajadores alemanes tienen más fuerza que los japoneses, quienes participan más específicamente en el proceso de trabajo que en el área de gerencia empresarial. La presencia de los sindicatos alemanes se extiende a toda la actividad empresarial.

Así pues, estamos muy distantes de esa imagen que se nos quiere pintar de un Japón y una Alemania que serían un mundo de eficacia tecnocrática, donde la eficacia sería producto de una mente fuera del proceso social concreto, de la acción de las personas. Se trata de una posición ideológica impuesta por un gran aparato ideológico, cuyo objetivo es sustentar un sistema de poder. Veamos un tercer modelo histórico. Estados Unidos también es presentado como un patrón importante de organización social eficaz, pese a encontrarse en declinación. Estados Unidos que tiene fuerza histórica es Estados Unidos de la democracia norteamericana, de la comunidad norteamericana que comenzaba en la comunidad rural o del barrio, con una alta participación comunitaria. En la empresa, en la escuela, la participación de la comunidad es fundamental. Se puede afirmar que esta participación comunitaria tiene algo de fascista. Esta crítica se basa en el hecho de que las formas de coerción que la comunidad ejerce sobre los individuos suelen ser totalitarias. Pero lo cierto es que sin esas formas comunitarias, no puede esperarse que haya un proceso de decisión realmente fuerte y eficaz. Esta situación se equilibra gracias a ciertos elementos desarrollados por el liberalismo, lo cual sería su lado positivo: el papel del individuo, el respeto al individuo, son elementos positivos que permiten equilibrar este poder que la comunidad puede ejercer sobre el individuo.

No es posible pensar un sistema comunitario moderno sin tomar en cuenta el aspecto liberal. Dentro de un proceso histórico, ambas lógicas tienen que ser pensadas en conjunto¹². Estamos presenciando ahora un momento de la historia en el que el grado de socialización, de internacionalización, de globalización, de los procesos de decisión, de la comunicación moderna, no permite pensar una sociedad donde los elementos tradicionales, comunitarios, sean los principios organizadores de la sociedad.

Por todos es conocida la importancia del mercado en el sistema productivo y de distribución, pero resulta temerario entregar el mercado a los ajustes de la sociedad moderna. Ahí está la década de los años ochenta, cuando el liberalismo jugó un papel hegemónico: el desempleo brutal, veintidós millones de desempleados muestran que la sociedad no puede dejar de intervenir en la planificación, en la organización de la vida social

en su conjunto y en la vida económica, etcétera. Por ende, actualmente se halla en plena crisis el modelo que se nos quiere imponer en un proceso de decisión tecnocrática, que ignora los procesos globales, que ignora los intereses sociales en su conjunto, que ignora la necesidad de planificación, que ignora la necesidad de lo comunitario, de lo colectivo. En los países desarrollados, la sociedad está buscando soluciones basadas en el pleno empleo, en las que el Estado tiene también un papel sumamente decisivo. En conclusión, esa gran ofensiva contra el servidor público, contra el papel del Estado, contra el sentido de colectividad, contra la planificación, en nombre de un mundo liberal, de un mundo de tecnocracia, de mercado libre, de decisiones económicas que ignoran lo social, etcétera, que coloca la eficacia como una meta en sí, ha entrado en crisis.

La década de los años ochenta presentó una realidad totalmente diferente. Estados Unidos de Reagan sumergió el Estado en un endeudamiento colosal y creciente, cuya superación no se ve en el horizonte. Lo que se dio fue una política de recortes de gastos sociales del Estado de Bienestar, cuyas intervenciones fueron objeto de mucha crítica durante los años setenta y ochenta para generar un nuevo tipo de intervención estatal, con mucha más fuerza y con muchos más recursos, destinado a fortalecer otros sectores, particularmente el sector militar, el sector de la investigación y el desarrollo, y el sector financiero.

Durante los años ochenta, al final de los cuales se instaló una crisis y una situación recesiva, el gobierno norteamericano retornó —pese al discurso en contra del Estado— al aumento de los gastos de Estado, mediante un déficit brutal en las cuentas públicas que permitió la recuperación de la economía. También se recuperó el comercio mundial, porque los gastos generados por el Estado en la economía norteamericana no fueron utilizados en adquirir productos norteamericanos, fueron gastos de importaciones de productos provenientes del mundo entero. De ahí la aparición de esos hermanos siameses que son el déficit fiscal y el déficit de la balanza comercial en Estados Unidos. Ambos déficit marcharon juntos, incluso con valores similares. De manera artera, el déficit público generó los recursos lanzados a la economía mundial en la forma de compra de productos del resto del mundo. Uno de los mayores beneficiarios fue Japón, el gran exportador hacia Estados Unidos para el mismo período.

Otro gran exportador, Alemania, y otros países como Brasil, aumentaron sus exportaciones en el período, formando así un superávit muy importante en los años ochenta.

La diferencia entre Brasil, Japón y Alemania fue el destino del superávit de esa década. Sirvió para que los japoneses se convirtieran en la mayor potencia financiera del mundo, porque esos miles de millones de dólares se convirtieron en un poder financiero brutal. Los alemanes, igualmente, utilizaron este superávit comercial para fortalecer su moneda y la Unión Europea que, desde esa base, llevó el euro al siglo XXI. Pero los brasileños

Pero los brasileños no pudieron aprovechar su superávit, porque esos 16 a 20 mil millones de dólares anuales no fueron entregados en forma de pagos de interés de una deuda bastante dudosa con elevadísimas tasas de interés. Para solventar esta situación, el gobierno norteamericano elevó brutalmente la tasa de interés de 6, 7, 8 por ciento hasta 18 por ciento, y más aún en el caso brasileño, porque Brasil pagaba un spread además de los intereses que todo el mundo pagaba, por ser un país de dudosas posibilidades de pago.

Quisiera llamar la atención, no tanto sobre el aspecto económico, sino más bien sobre el aspecto ideológico y político. Ideológicamente, todo esto era presentado en nombre del neoliberalismo y en nombre de la retirada del Estado de la economía. Pero en realidad ocurría lo contrario, y no hubo ninguna corriente de pensamiento capaz de gritar: «¡Mentira! ¡El rey está desnudo!».

El Estado estaba y está interviniendo mucho más que en el pasado.

Pero, según la ideología, sigue vestido. Todo el mundo dice: «¡Mira esas ropas tan bonitas!».

Ha faltado el niño que diga, como en el cuento tradicional: «¡No! ¡El rey está desnudo!».

Todo el mundo sigue diciendo que el rey está magníficamente vestido. Pero, en realidad, el rey está desnudo.

En los años ochenta hubo un fuerte proceso de intervención estatal, y hasta un aumento de esa intervención en forma de deuda pública. Pero no era la primera vez en la historia que la deuda pública se utilizaba como un gran instrumento de intervención del Estado. Está el período del nazismo alemán, cuando la deuda pública tuvo un importantísimo papel. Las enormes tasas de interés, que llegaron a 25 por ciento anual en los años ochenta formaron un sistema financiero mundial basado en los enormes recursos estatales. En Japón se creó una nueva situación de crecimiento financiero, que hizo girar en torno a este país las expectativas de una sociedad postmoderna que se basaría en nuevas modalidades de gerencia, etcétera.

Ciertamente, Japón demostró una inmensa eficiencia económica, y lo demostró en el plano productivo y comercial, de manera realmente espantosa. A inicios de la década de los años ochenta, con 430 yenes se compraba 1 dólar. Supongamos que un lápiz costaba 1 dólar, entonces ese lápiz costaba 430 yenes. En esos años, el dólar cayó a 140 yenes.

Y llegó a valer unos 84 yenes. Así que el lápiz que costaba 430 yenes, o sea 1 dólar, pasó a costar para un japonés 4 dólares o más. Era necesario entonces disminuir su precio internacional para que fuera posible venderlo. Japón logró hacer esa colosal baja de los costos mediante el aumento de la productividad, y la transferencia de parte de las pérdidas a las pequeñas y medianas empresas, así como a la economía familiar.

Ese aumento de productividad de Japón, esa capacidad de respuesta revelada por la economía japonesa, no pueden atribuirse simplemente al funcionamiento de las leyes del mercado. Tienen que ver con la política industrial que fue implantada en Japón desde la Segunda Guerra Mundial.

Tiene que ver con un sistema educacional y de capacitación que hizo viable la respuesta japonesa a los desafíos globales. Tiene que ver con una distribución de los ingresos, con una organización comunitaria y un sentido de unidad nacional, ligados entre sí, en la gerencia de un Estado nacional sumamente eficaz y legitimado socialmente.

La crisis de la economía japonesa, en los años noventa, ha mostrado el límite de la «alternativa» japonesa, que discutimos en otras partes de este libro.

Creo haber demostrado, en este rápido balance, que no existe ninguna razón para que los defensores de la Administración pública se dejen intimidar por el «terrorismo ideológico» desatado por los medios de comunicación contra los servidores públicos y contra la eficiencia del Servicio Público. Éste sigue siendo un campo de fuerte valor ético y de eficacia institucional. Su renovación, mediante la utilización de nuevos instrumentos de gerencia desarrollados por los sectores privados a través de contratos de gestión, con la utilización de otras formas de organización para la prestación de servicios (y así lo proponen autores como David Osborne y Ted Gaebler en su importante libro *Reinventando o Governo*, ENAP y MH Comunicação, 1994), sólo puede reforzar el papel de liderazgo que la Administración pública debe ejercer sobre el sistema productivo y socioeconómico en su conjunto.

Éstos enfatizan no sólo el papel participativo del público y de la sociedad civil en la gestión pública, sino también su articulación con el sector privado y con formas no gubernamentales de organización. Esta necesidad nace no del fracaso del Estado, y sí del capital privado que logra cada vez menos sobrevivir sin la cobertura del Estado. Lo extenso de las tareas del Estado, y la creciente expectativa de la sociedad en su intervención, generarán su crisis contemporánea, contrariamente a lo que afirman los neoliberales. Hay que liberar el Estado de las tutelas ejercidas por los poderes privados, y colocarlo cada vez más al servicio del interés público; hay que hacerlo cada vez más ético y eficaz, y orientarlo hacia la implantación de políticas que sirvan a los intereses de las mayorías oprimidas de la población.

A partir de este punto, podemos proseguir con este libro, pasando a estudiar la experiencia de los gobiernos neoliberales, para mostrar que este aparato intelectual, ideológico y doctrinario no puede encontrar su expresión coherente en la práctica social. Sin embargo, contra la evidencia de los hechos, trataremos de

presentar el gigantesco desequilibrio de la realidad macroeconómica contemporánea, como la aplicación de la Teoría pura del equilibrio perfecto. Lo cual nos obligará a incursionar varias veces en el campo de la crítica cultural, de la decodificación de los conceptos, y de las imágenes manejadas sobre todo por los medios de comunicación.

NOTAS

1. El trabajo preliminar de estos autores para el Banco Mundial, «O Crescimento do Governo e a Reforma do Estado nos Países Industriais». «El crecimiento del gobierno y la reforma del Estado en los Países Industriales» está resumido en la Gazeta Mercantil del 21 de mayo de 1996, p.A-9.
2. Hay una síntesis de los resultados de estas reformas en el Informe Anual del Banco Mundial (1996).
3. Ver Bujarin, Nikolai, Imperialismo y Economía Mundial; Hilferding, Rudolf, O Capital Financeiro, ed. Grandes Economistas, Sao Paulo, Ed. Abril.
4. Ver un balance de estos cambios en nuestro libro: Revolução Científico-Técnica e Capitalismo Contemporâneo, Petrópolis, Vozes, 1983.
5. Estos datos se encuentran en el artículo ya citado de la Gazeta Mercantil del 21 de mayo de 1996, p. A-9.
6. En el mismo artículo citado.
7. Ver nuestro ensayo: Revolução Científico-Técnica, Nova Divisão Internacional do Trabalho e Sistema Mundial, publicación de ANGE, Vitória, 1994.
8. En Brasil, se llevó a cabo la estatización de la compañía de electricidad Light como una de las primeras medidas de un gobierno militar que llegó al poder con el golpe de Estado del 1º de abril de 1964, en nombre de la liberalización de la economía y de la retirada del Estado en los asuntos de la economía. Cabe señalar que este mismo gobierno aumentó enormemente las estatizaciones en los años setenta, siguiendo las tendencias económicas del período.
9. Ver Comissão sobre Governança Global (1995) y World Commission on Culture and Development (1995), además de los informes anuales del PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) y de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo).

10. Ver nuestro libro: *Revolução Científica, Técnica e Capitalismo Contemporâneo*, Petrópolis, Vozes, 1984, que muestra que estas tendencias se aplicaron dentro de la lógica de acumulación capitalista. En este sentido, ver también mi libro *Revolução Científico-Técnica e Acumulação de Capital*, Petrópolis, Vozes, 1986
11. Resulta interesante señalar que fue un autor nipo-norteamericano, Francis Fukuyama, el que más destacó la importancia de estas formas locales de organización para el desarrollo del capitalismo moderno. Tras sus aventuras con el «fin de la historia», encontró un filón muy adecuado a su sensibilidad cultural en las tesis de Hegel sobre el papel de las comunidades en el proceso de modernización. Ver el libro *Trust: the social virtues and the creation of prosperity*, Londres, Hamish Hamilton, 1995.
12. Así pensaba Hegel cuando intentó rescatar el papel de las comunidades en la formación del Estado moderno. Ver la biografía de Terry Pinkard, *Hegel*, Madrid: Acento, 2001. La edición original en inglés es de la Cambridge University Press. Pinkard, especial énfasis en el papel que ejercía la comunidad en la concepción teórica de Hegel. Fukuyama también está influenciado por Hegel.

CUADRO III

CUADRO IV

CUADRO V

III Los neoliberales en el poder y sus contradicciones 1979-1993

LAS ONDAS LARGAS DE KONDRATIEV

En una investigación cuyos resultados fueron publicados en 1926¹, el economista ruso N. D. Kondratiev constató la existencia de tres ciclos económicos de 50 a 60 años cada uno, entre 1780 y 1920. Kondratiev analizó el comportamiento de los índices de precios, las tasas de beneficio, los salarios, el movimiento internacional de capitales, el consumo de carbón, la producción de carbón, lingotes de hierro y plomo, básicamente en Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos. A partir de estos datos, encontró series consistentes que repetían el mismo patrón cíclico de largo plazo. Así, determinó tres ondas o ciclos largos:

Primera onda larga:

A: El ascenso se inició entre fines de 1780 y comienzos de 1780, hasta 1810-1817.

B: La declinación duró de 1810-1817 hasta 1844-1851.

Segunda onda larga:

A: El ascenso duró de 1844-1851 hasta 1870-1875.

B: La declinación duró de 1870-1875 hasta 1890-1896.

Tercera onda larga:

A: El ascenso duró de 1890-1896 hasta 1914-1920.

B: La declinación comenzó probablemente en los años 1914-1920.

No es éste el lugar para discutir acerca de la complicada carrera de Kondratiev (socialista revolucionario de izquierda que apoyó el gobierno bolchevique, dirigió el Centro de Estudios de Matemáticas Económicas, donde llevó a cabo las investigaciones que lo hicieron célebre, y terminó su vida deportado en Siberia), cuya obra despierta un creciente interés².

Sus descubrimientos tuvieron repercusiones polémicas. León Trotsky, para entonces ministro de la Guerra, y otros economistas, se pronunciaron en contra de sus conclusiones. Negaban sobre todo la posibilidad de un comportamiento cíclico de largo plazo aunque, ante el rigor de los datos utilizados y a pesar de sus límites, no podían argumentar casi nada.

Schumpeter fue el economista que mejor asimiló los resultados de Kondratiev. En su libro sobre el ciclo económico³, buscó articular los ciclos largos con los ciclos menores de 10 a 4 años, elaborando una teoría bastante consistente del ciclo económico. Sin embargo, estos descubrimientos se toparon con la hegemonía del keynesianismo en la ciencia económica. Para los keynesianos, se trataba sobre todo de asegurar la posibilidad de eliminar el ciclo económico mediante políticas económicas anticíclicas. Se llegó a creer que la economía había alcanzado una fase postcíclica⁴, debido al alto grado de planificación practicado por las grandes empresas y por el Estado moderno. Esta visión tuvo un gran prestigio en el período de la postguerra, cuando los ciclos económicos disminuyeron sensiblemente sus oscilaciones. Los períodos de recesión se hicieron más cortos, y pocas veces se observaba una sincronía entre las recesiones norteamericanas, europeas y asiáticas.

No obstante, a fines de la década de los años sesenta, los ciclos más pronunciados volvieron a manifestarse, aumentando sobre todo las fases de recesión y caída del crecimiento económico a períodos cada vez más largos. Actualmente, se vuelve a estudiar las ondas largas⁵. Se observa una coincidencia increíblemente exacta con los cálculos de Kondratiev. Queda entonces en evidencia la extrema precisión de los ciclos largos.

Si analizamos el período posterior a la muerte de Kondratiev, tenemos el siguiente resultado:

Tercera onda larga:

B: de 1914-1920 a 1940-1945, nueva fase de descenso.

Cuarta onda larga:

A: de 1940-1945 a 1967-1973, nueva fase de ascenso.

B: de 1967-1973 a 1994-1998, nuevo período de descenso.

¿Quinta onda larga?:

A: de 1994-1998 a 2020, ¿nuevo período de ascenso?

En vez de rechazar los hechos por presentar un carácter determinista, como hacen algunos, habría que tratar más seriamente de explicar estas ondas largas y su posible repetición y previsibilidad. De hecho, todo lo que se escribió al respecto en los últimos años buscaba encontrar las causas más profundas de estas ondas largas, buscaba describir su morfología, las posibles especificidades de cada una, sus posibles cambios de comportamiento.

Lo que se sabe hoy en día es que cada una de esas ondas largas estuvo asociada a un nuevo paradigma tecnológico, y partió de una nueva base de fuerzas productivas y de un nuevo modelo de acumulación de capital que, en cierta forma, suponían los anteriores. Si apelamos a la noción de régimen de regulación creada por los regulacionistas franceses, podríamos asociar cada ciclo a un régimen de acumulación, pese a que los regulacionistas se rehúsan a aceptar las ondas largas⁶.

En los últimos años, se instauró un amplio debate sobre la existencia de las ondas largas antes de la Revolución Industrial, o mejor dicho, de la primera onda larga descubierta por Kondratiev. A partir de Fernand Braudel, se encontraron ondas largas aún mayores, abarcando dos siglos y un siglo y medio. Estas ondas revelan una clara tendencia a disminuir sus años medios⁷.

El resultado final de este análisis propone el siguiente esquema de pares de ciclos de Kondratiev, que fue trabajado posteriormente, siendo el estudio reciente de Giovanni Arrighi uno de los que logró los resultados más brillantes⁸.

PARES DE KONDRATIEV Y HEGEMONÍA/RIVALIDAD

Ya que, al parecer, estamos iniciando una nueva fase A del ciclo largo de Kondratiev desde 1994, es decir, un crecimiento económico sustentado de la economía mundial, con crisis económicas y recesiones cada vez

menos extensas, puede que las teorías del ciclo económico, y particularmente de los ciclos largos, caigan en el olvido. Pero todavía hay tiempo para tratar de sensibilizar a los economistas y los científicos sociales más realistas con respecto al comportamiento cíclico de la economía (y, en este sentido, la crisis entre 2001 y 2003 muestra la combinación entre los ciclos largos y los ciclos de 4 años y de 10 años encontrados por Schumpeter), y con respecto a la necesidad de no perder de vista fenómenos tan evidentes y esenciales para una correcta previsión de la coyuntura y la planificación económica (que seguramente volverá a ponerse de moda cuando la estabilidad se haga más sólida y el crecimiento más viable).

El objetivo de esta parte de nuestro libro es analizar la economía de la postguerra desde el punto de vista de la teoría de las ondas largas, tal como se presenta actualmente, articulando cada onda larga con nuevos paradigmas tecnológicos, nuevas modalidades de regulación, y nuevas etapas en los procesos de hegemonía a escala mundial. Al hacerlo, quiero demostrar las razones históricas que generaron una corriente ideológica neoliberal en las dos últimas décadas del siglo XX, y la posible evolución de esta tendencia, con la pérdida de esta hegemonía neoliberal y la recuperación del crecimiento económico.

No se trata de un simple determinismo económico, ya que el fenómeno de las ondas largas no está totalmente explicado, y sólo queremos señalar algunos elementos teóricos en esta duración. Se trata, sí, de reconocer un fenómeno histórico que debe orientar el trabajo teórico y analítico. La formación actual de los economistas se basa en la total ignorancia de los hechos de la historia económica. Por ello, pueden despreciar tranquilamente lo que ignoran. De ahí la irrelevancia teórica y práctica de sus estudios.

El largo ciclo de la postguerra, 1945-1967

Entre 1945 y 1967, la economía capitalista internacional presentó un crecimiento permanente, con recesiones cortas y localizadas. Tan grande y continuo fue este crecimiento que los economistas de origen keynesiano creyeron que se había alcanzado el final de las crisis económicas, y llegaron a concebir un capitalismo postcíclico⁹. Ciertamente, se registraron importantes crisis en ese período: en 1946, con la desmovilización de la economía de guerra en Estados Unidos; en 1953, con el final de la guerra de Corea; en 1958, cuando Eisenhower pretendió desmontar la economía de guerra; en 1961, cuando los factores cíclicos ya despuntaban claramente. Pero estas crisis no produjeron una sincronía mundial, fueron relativamente breves, y las acciones anticíclicas de los Estados nacionales parecían capaces de superarlas rápidamente.

Por otra parte, esta fase A (ascendente) del ciclo largo de la postguerra se acompañó de tres cambios estructurales del capitalismo, que generaron un nuevo patrón de acumulación.

En el plano de las fuerzas productivas y de las relaciones básicas de producción, el régimen fordista de producción, que se inició en la primera parte del siglo, después de la Primera Guerra Mundial, se extendió en distintas formas por todo el planeta, pero dentro de un mismo patrón:

la instalación de las cadenas de producción basadas en el trabajo especializado, en la generalización de las relaciones asalariadas, y en el aumento de la demanda de los trabajadores, incluso para productos de consumo intermedio con el auxilio del crédito.

En segundo lugar, se expandieron las acciones estatales de intervención directa en la economía. En el plano productivo, el Estado planificaba, asesoraba y financiaba las inversiones, algunas veces asumía directamente la producción en los sectores estratégicos y vitales de la infraestructura, cuyos productos y servicios eran consumidos por las demás empresas a precios subsidiados. Al asumir las actividades económicas con bajas tasas de beneficio, el Estado permitía que los capitales privados se concentraran en las actividades con altas tasas de beneficio, y fortalecía así la acumulación de capital.

Al mismo tiempo, el llamado Estado de Bienestar garantizaba el seguro de desempleo, la atención a la salud pública y privada, los recursos básicos alimentarios, la vivienda y el transporte para el conjunto de la población, y más específicamente para los trabajadores asalariados. Al generalizarse la semana de 48 horas, el aumento del tiempo libre permitió la extensión de la educación y del ocio, y dio a la clase trabajadora (o, al menos, a una fracción importante de esa clase) los medios para ampliar su acción política organizada y su nivel de consumo. Sin embargo, la intervención del Estado se generalizó con dos objetivos: asegurar la acumulación de capital, garantizando el consumo, el crédito y la inversión; legitimar el orden social, formar la mano de obra, organizarla y disciplinarla a través de un sistema de educación básica y profesional¹⁰. Los instrumentos fiscales para estas políticas fueron muy diversificados, pasando de los meros impuestos a las cobranzas de tasas específicas y a las más variadas formas de subsidios y exenciones fiscales, y algunas veces simplemente el déficit público y la consecuente deuda pública, o la emisión monetaria cada vez más separada del patrón oro y de cualquier lastre que no fuera la propia producción de bienes y valores.

El tercer fenómeno se inserta en esa acción creciente del Estado. Se trata del crecimiento extraordinario de las actividades militares en período de paz. Entre estas actividades, señalemos la investigación militar, la inteligencia, el reclutamiento obligatorio, el entrenamiento, la simulación de guerra. Teniendo a Estados

Unidos como su principal líder, esta economía de guerra se extendió por el resto del mundo de manera espectacular, acompañando la Guerra Fría, la generalización de los movimientos de liberación nacional, y el surgimiento de más de un centenar de nuevos y poderosos Estados nacionales postcoloniales. Incluso los vetos que sufrían Alemania, Italia y Japón, desde su derrota en la Segunda Guerra Mundial, para el desarrollo de sus fuerzas armadas, fueron levantados poco a poco para poder ampliar sus gastos militares.

Hay que resaltar que estas nuevas realidades implantadas después de la Segunda Guerra Mundial configuraron, para muchos, un nuevo sistema económico, social y político mundial. Como la guerra se ganó gracias a la acción conjunta de la ofensiva soviética en la Europa del Este hasta las puertas de Berlín, por una parte, y por otra, por la ofensiva norteamericana con el apoyo inglés y, muy secundariamente, con el apoyo francés en la parte occidental, el mundo se dividió entre los dos bloques vencedores.

Recordemos que el imperialismo europeo entró en crisis definitiva en Asia y en África. En estas regiones, las tropas soviéticas se expandieron hacia China y Japón, mientras Estados Unidos e Inglaterra utilizaban el poder atómico para conseguir la rendición japonesa ante la ocupación norteamericana, y mientras India conquistaba su independencia.

En este mundo de postguerra, la paz había sido producto de un vasto movimiento progresista mundial. Los Aliados impusieron la democracia sobre el nazifascismo, los principios de un orden social en el que la soberanía nacional, la democracia, la justicia social, y la confianza en la unidad del género humano servían de principios comunes para reordenar el mundo. El pleno empleo, el bienestar económico, el desarrollo y el crecimiento económico se convertían en ideales universales.

La Organización de las Naciones Unidas y el sistema económico de Bretton Woods, articulándose, pretendían asegurar las condiciones para el pleno desarrollo de la humanidad.

Hay que tener en mente este ambiente triunfal de los Aliados para comprender el atraso que representó la declaración de la Guerra Fría por parte de Churchill y Truman, con la oposición inicial de la socialdemocracia y de los liberales más progresistas. La intensificación de esta estrategia fue envolviendo el otro lado, y creando las motivaciones para una ofensiva del socialismo mundial.

La revolución en Yugoslavia, con la oposición de Stalin; la radicalización de las democracias populares de la Europa occidental, aceptada por Stalin sólo como respuesta a las presiones de Inglaterra y Estados Unidos; la Revolución china, aceptada como arma de desestabilización mundial definitiva; la guerra de Corea, medición de fuerzas que revelaba la fragilidad del colonialismo pese al apoyo del ejército norteamericano.

La victoria de los vietnamitas contra el imperialismo francés, el levantamiento de los países árabes en Medio Oriente, el ascenso revolucionario en Latinoamérica, y las victorias de las luchas anticoloniales en África, configuraban un campo de batalla mundial donde el socialismo fue convirtiéndose en una bandera de lucha internacional, en regímenes políticos y experiencias de gobierno.

La Guerra Fría permitió alejar las experiencias revolucionarias y progresistas del resto del mundo, así como a los sectores más avanzados de Estados Unidos y Europa occidental, dividiéndolos. En este sentido, la respuesta radical del estalinismo favoreció, a fines de la década de los años cuarenta, el quiebre de las alianzas y de los frentes que habían surgido durante la Segunda Guerra Mundial en torno a los movimientos de Resistencia. Los servicios occidentales de inteligencia se vanagloriaban de haber logrado esa división, con el rompimiento entre socialdemócratas y democristianos por un lado, y los comunistas por el otro.

Sin embargo, el ascenso económico en la postguerra iba asociado a cuatro fenómenos distintos:

1. La lucha entre dos ideologías que presentaban concepciones distintas del ordenamiento mundial, de la economía y la política. Esto no significaba que el poder mundial estuviera dividido entre dos potencias de poder similar. La idea de vivir en un mundo bipolar no tenía ningún fundamento. La hegemonía norteamericana era ineludible, y tanto la Unión Soviética como cualquier otra experiencia de gerencia económica tenían que subordinarse a las leyes económicas, militares y políticas del sistema mundial capitalista.
2. El Estado de Bienestar en Occidente, caracterizado por las políticas de pleno empleo y la planificación económica indicativa, ambos principios que se oponían al liberalismo ortodoxo, sometiendo el mercado a la acción consciente de la humanidad.
3. La aparición de los Estados postcoloniales que generaban una nueva y poderosa fuerza económica, política y militar en el escenario político internacional. Civilizaciones seculares como India, China y los pueblos árabes, nuevos pueblos apoyados en comunidades seculares como Indonesia, Corea, Vietnam, las sufridas sociedades tribales africanas, objeto de 500 años de expoliación sistemática de sus mejores hijos, convertidos en esclavos, y reestructuradas en torno a grandes líderes anticoloniales, como NKrumah y SékouTouré.
4. El surgimiento de Estados cuyo objetivo era fundar un nuevo sistema de producción postcapitalista, y que se articulaban con la experiencia histórica de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Estos regímenes de transición dominaban casi dos tercios de la población mundial, al reunir a los dos países más grandes del mundo (la Unión Soviética y China), a la mayor concentración poblacional del planeta (China), y a las economías medias semiindustrializadas (como la Europa Oriental y Cuba). La victoria de los independentistas en Argelia extendía aquellas experiencias hasta el Norte de África, encontrándose

con la civilización árabe, donde el concepto de socialismo árabe presentaba una versión propia de la modernización del mundo panárabe.

Puede decirse entonces que el ascenso económico posterior a la Segunda Guerra Mundial, pese a estar vinculado al gasto militar y pese a los monopolios estatales, estaba asociado a un conjunto de fenómenos progresistas que tuvo sus expresiones mayores en el pleno empleo y en el Estado de Bienestar. Al mismo tiempo, este ascenso se combinó con luchas revolucionarias victoriosas que emergían directamente de la victoria de los Aliados en la guerra antinazi. Yugoslavia, la Europa Oriental, China, Corea, Vietnam del Norte, ampliaron en los años posteriores experiencias más distantes de la zona de conflicto de la Segunda Guerra Mundial, como Bolivia, Guatemala y Cuba en Latinoamérica, Argelia en África del Norte. La consolidación nacional de los Estados de India, Indonesia, África, indicaba que este período debía consolidarse a través de un nuevo orden económico mundial.

Las fases A de los ciclos largos de Kondratiev suelen caracterizarse por acontecimientos aparentemente contradictorios: la combinación de las reformas en las zonas centrales del sistema, y las transformaciones revolucionarias, sobre todo en las zonas periféricas. Pero el avance de las reformas fue el resultado del crecimiento económico, que colocó las luchas de los trabajadores en un plano más elevado históricamente. En una situación de pleno empleo, se trata de garantizar la máxima participación del trabajo en la distribución de las riquezas producidas y, por ende, en la elevación de las condiciones de vida de los trabajadores. En el plano internacional, la expansión económica de las economías centrales genera mejores condiciones de crecimiento en la periferia, y pone en el tapete la necesidad de redefinir las relaciones económicas internacionales, para beneficio de las economías periféricas y dependientes.

El final del auge de la postguerra y la crisis 1967-1983

Como veremos a continuación, el agotamiento de la onda expansiva en 1967 abrió una coyuntura histórica completamente nueva que se caracterizaba, por una parte, por la pérdida de dinamismo de la economía mundial, y por otra, por el intento de las clases dirigentes para detener y, en lo posible, para destruir las conquistas sociales y políticas alcanzadas por clases, grupos, y fuerzas sociales y políticas subyugadas y dependientes históricamente, sobre todo en el período de la postguerra. La guerra de Vietnam fue quizás la primera forma global de encaminar esa ofensiva.

No obstante, la derrota norteamericana obligó a un cambio de táctica, que se expresó sobre todo en el surgimiento de la Organización Trilateral. Se generaron las condiciones subjetivas para una unión entre Estados Unidos, Europa y Japón, que se expresó en la creación del Grupo de los Siete y otras instancias de poder mundial, con el fin de derrotar el avance de las fuerzas populares, definidas como la alianza de los países socialistas y el movimiento socialista mundial con el llamado Tercer Mundo y el movimiento nacionalista democrático en varios países. Esta amenaza se concretó en el Movimiento de los No Alineados. La hegemonía del pensamiento único neoliberal, y fenómenos como el Consenso de Washington, fueron expresiones posteriores de esta contraofensiva del poder mundial.

Las razones para la recesión, o pérdida de dinamismo económico, ya estaban presentes en el período anterior. Entre estas razones, se destacan las siguientes:

La expansión de la producción se apoyaba en una expansión del consumo, sobre todo financiada por el Estado, mediante la exención fiscal, mediante la simple emisión monetaria, o mediante la creación de deuda pública. Así, esta fase expansiva se caracterizó por un aumento permanente de las presiones inflacionarias. Hay que señalar que el bloque histórico que se hallaba detrás de estas transformaciones, estaba basado en un acuerdo entre capital y trabajo en los países centrales, con repercusiones en las zonas semiperiféricas y periféricas. En general, este acuerdo no tocaba ciertas cuestiones básicas: el aumento de patrones salariales y de conquistas sociales, la reducción de la jornada de trabajo con el aumento de los asuetos y otras formas de tiempo libre, la organización sindical, se aceptaban porque el Estado asumía gran parte de los costos de la expansión económica y del aumento de la demanda.

Por otra parte, la expansión de los gastos públicos, sobre todo en el plano militar, con el apoyo ideológico de la Guerra Fría, y también otros gastos paralelos como la conquista espacial, formaban un nivel con el que se garantizaba la expansión de la acumulación capitalista.

No cabe duda de que el modelo de Estado de Bienestar con Estado militar (Welfare con Warfare) resultaba cada vez más explosivo. La oposición conservadora trató durante años de contener estas tendencias, pero no disponía de legitimidad para tanto. El crecimiento económico rompió todas las barreras y oposiciones, pero el modelo tenía sus límites.

Aplazaba la lucha de clases para un futuro incierto, aunque ésta se mantenía en el horizonte. El costo del Estado militar resultaba particularmente elevado. Comenzaba por el reclutamiento militar que encontraba en la fuerza de trabajo desempleada una enorme masa de jóvenes, que pasaba a ser directamente sustentada por el Estado. Continuaba con los costos de mantenimiento y movilización de estas fuerzas militares por todo

el planeta, que correspondían a la potencia hegemónica mundial: Estados Unidos. Estos gastos presionaban el dólar, generando un déficit cambiario del que se resentía cada vez más la economía central. Además, estaban los gastos para la investigación y el desarrollo de servicios y productos militares. Durante muchos años, se dijo que los costos de investigación y desarrollo militar salpicaban al sector civil (el famoso speed off). El tiempo fue demostrando que las economías que no se ocupaban de estos gastos, como Alemania y Japón, impedidos de hacer gastos militares elevados, desarrollaban innovaciones de mercado más agresivas y con mejores resultados.

De hecho, la productividad norteamericana se vio afectada por esta política militarista que, al mismo tiempo, reforzaba los precios monopólicos y los subsidios públicos destinados a la investigación y el desarrollo que resultaban excesivamente caros. En consecuencia, durante 25 años de postguerra, la hegemonía norteamericana se desgastó con los costos de esta misma hegemonía. Tras el superávit comercial de la postguerra, apoyado en las ventajas tecnológicas y en la productividad norteamericana, se llegó a la consolidación en 1969 del déficit comercial de este país. El dólar que se expandía por el mundo en inversiones norteamericanas y en el pago de sus ejércitos que ocupaban el planeta, se hizo demasiado abundante, presionando en el sentido de su devaluación, de un déficit fiscal apoyado en los gastos militares, y de un déficit cambiario derivado en parte del movimiento de capitales (los envíos de capitales hacia el resto del mundo sólo eran compensados por la expansión de las multinacionales norteamericanas en las zonas periféricas y semiperiféricas, que seguían produciendo beneficios muy superiores a sus inversiones).

La creciente desconfianza hacia una moneda abundante debido al crecimiento de los euros y de los dólares asiáticos, se sumaba al creciente déficit cambiario y corroía las bases de convertibilidad del dólar en oro.

Los cobros en oro por parte de los acreedores de Estados Unidos convirtieron a este país (que destinaba 70 por ciento de las reservas de oro mundial en la postguerra) en un deudor líquido. En 1967-1969, sus reservas en oro estaban a punto de agotarse y eran muy inferiores a sus deudas, e incluso inferiores a la suma de su déficit en 2 ó 3 años. Ya no era posible asegurar la convertibilidad del dólar en oro establecida en Bretton Woods. La libra ya había abandonado esta retención en los años cincuenta. Ahora, Estados Unidos, centro de reestructuración económica y financiera de la postguerra, se preparaban para abandonar uno de los pilares de su dominio: la solidez de su moneda, utilizada como medida de valor mundial.

La política económica norteamericana no se dejó sensibilizar por esta coyuntura dramática. En vez de recortar los gastos militares que se hallaban en el origen del drama monetario, la nación imperialista se lanzó en una guerra sin perspectiva, iniciando la escalada militar en Vietnam, exactamente en 1966. Al poco tiempo,

Estados Unidos estaba metido en gigantescos gastos internos para investigación y desarrollo, reclutamiento militar y logística, en enormes gastos para las tropas de ocupación que llegaban a los 500.000 soldados, además de los gastos incalculables en equipos, armamentos y arsenal, que abarcaban toda la región de la antigua Indochina (Vietnam, Laos, Cambodia). Al mismo tiempo, se incrementaban los gastos militares en el resto del mundo ante la posibilidad de una escalada bélica en China y la Unión Soviética.

Así, el déficit externo (comercial, de gastos en el exterior para turismo y ocupación militar, de movimiento de capitales) se combinaba con el déficit fiscal interno (con la industria de guerra en primer lugar, con los gastos de previsión social y del Bienestar, con los subsidios a los monopolios). Se iniciaba el ciclo perverso del aumento de precios y de la caída del crecimiento económico, la devaluación del dólar, y el abandono de la convertibilidad del dólar en oro.

A partir de 1967, se inició una etapa de desaceleración del crecimiento económico en los países capitalistas centrales, y empezaron a esbozarse recesiones de carácter internacional que envolvían simultáneamente a todas esas economías. Entre 1969 y 1971 se dieron las primeras señales de «estanflación» (la combinación de estagnación con inflación). Esta combinación desafiaba el saber económico establecido, que creía haber probado la existencia de una incompatibilidad entre inflación y recesión a través de la curva de Phillips. Tras una leve recuperación económica entre 1971 y el segundo semestre de 1973, la economía internacional entró en una grave recesión. Esta vez, no solamente se llegó a índices dramáticos de la caída de producción, sino que éstos se extendieron por todo el planeta. Los países capitalistas dependientes del desarrollo medio que todavía se resistían a la depresión, se engolosinaron; y los países socialistas en su conjunto, cada vez más articulados con la economía mundial, se vieron afectados.

Y así se presentó una segunda recesión —con claras características de depresión—, que se prolongó entre el segundo semestre de 1973 y el final de 1975 ó 1976. Esta recesión se combinaba con el aumento del precio del petróleo (que buscaba compensar la fuerte inflación del dólar, convertida en libre conversión en 1971, con el consecuente encarecimiento del oro), y la aparición en Europa de la llamada «serpiente monetaria». Surgió una enorme masa de «petrodólares» que fueron reciclados, entre otras formas, a través del creciente endeudamiento del Tercer Mundo y de los países socialistas, en parte para cubrir los déficits cambiarios generados por el aumento del petróleo, y en parte para transvasar la enorme especulación financiera generada por el ya referido reciclaje.

De hecho, podemos caracterizar este período como el «infierno astral» de Estados Unidos. En primer lugar, estaba la derrota en Vietnam, con la retirada norteamericana en 1973. De hecho, hasta 1980, Estados Unidos

no ganó ninguna de las guerras que inició después de la Segunda Guerra Mundial. No consiguió destruir a Corea del Norte, y al cabo de varios años de lucha tuvo que aceptar un acuerdo con China y la Unión Soviética. En Vietnam, la derrota fue aplastante. Carter tuvo que enfrentar la Revolución islámica del ayatolá Khomeini. No solo cayó el Irán de Rezha Palhevi, que era la perla de la CIA, sino que triunfaron nuevas fuerzas sumamente hostiles a Estados Unidos. El fracaso de la operación militar que pretendió rescatar a los rehenes norteamericanos en Irán selló la derrota electoral de Carter y la victoria de Reagan.

En Latinoamérica, la concepción de guerra antiinsurreccional combinada con golpes militares parafascistas resultó en victoria para el gobierno norteamericano pero, debido a las dificultades para identificarse con esas dictaduras, no trajo alivio alguno. Al contrario, el gobierno de Carter se caracterizó por una confrontación ideológica con los gobiernos fascistas generados por la intervención norteamericana. La campaña por los «derechos humanos» permitió abrir una nueva línea estratégica que se mantuvo durante el período Reagan, con matices más anticomunistas.

Sin embargo, en el plano internacional, se esbozaba una ofensiva del Tercer Mundo, apoyada en la estrategia del cártel petrolero (OPEP), que mostraba el camino por el cual los países del Sur podrían obtener mejores precios para sus productos. La proliferación de intentonas revolucionarias desde el socialismo se dio por la vía democrática en Chile, o con la creación de nuevas repúblicas populares en África, tras la caída del Imperio portugués.

Posteriormente, entre 1976 y 1979, la gravedad de esa situación, aunque reconocida en sus inicios, quedó ocultada por cierta euforia económica, cuando los precios petroleros comenzaron a declinar. Con los excedentes financieros se financió un crecimiento del comercio mundial basado en «grandes proyectos» que absorbieron la mayor parte de esos recursos excedentes, a través de inmensos procesos de endeudamiento.

Así, se incentivaron nuevas inversiones que comenzaron a absorber nuevas tecnologías y a provocar una seria revisión de la división internacional del trabajo. En el ambiente recesivo y de crisis general de los años setenta, se hizo posible la destrucción de sectores económicos completos, como ocurrió con la reestructuración de la siderurgia. Por una parte, el acero comenzaba a ser sustituido por las nuevas materias, y la demanda de los productos menos refinados disminuyó drásticamente. Por otra parte, el avance de la automatización de la producción siderúrgica aconsejaba el cierre, que se ejecutó, de gran parte de la industria histórica del Este de Estados Unidos y de casi toda Europa.

A partir de 1979, cuando ya habían desaparecido los excedentes financieros del petróleo, cuyos precios habían estado bajando desde 1976, comenzó a registrarse un sobredimensionamiento de los nuevos proyectos. En

1979, hubo un nuevo intento de subir el precio del petróleo, con nuevos efectos depresivos. Esta vez, sin embargo, no se combinaron con el alza de la inflación. La extensión del endeudamiento generado en el período anterior no permitió proseguir con el movimiento especulativo. Las propias economías de los países desarrollados necesitaban recursos para hacer viables sus proyectos iniciados en la fase anterior. Se creaba así una escasez de dinero que los petrodólares no lograron suplir. El alza de las tasas de interés, derivadas de esa escasez de dinero, acentuó el cuadro depresivo del período, haciendo aún más inviable el impulso productivo.

Se abandonaron las políticas económicas anticíclicas, y se retomaron los principios monetaristas, intentando yugular definitivamente la estanflación.

Comenzaron los procesos de deflación, y finalmente se abatió el auge inflacionario con políticas coordinadas de estabilización entre los Siete Grandes. La política de la Trilateral, aplicada por Carter y sus homólogos europeos y japoneses, permitió iniciar una coordinación entre los principales centros financieros y entre las políticas económicas de los gobiernos de los países capitalistas centrales. Esta política se materializó con la creación del Grupo de los Siete, que reunía a Estados Unidos, Alemania, Francia, Japón, Italia, Inglaterra y Canadá.

A continuación, con el ascenso de Reagan en 1980, y su cuestionamiento del trilateralismo, esa coordinación cedió su lugar a las imposiciones del gobierno norteamericano. En un primer momento, Reagan acentuó las políticas de estabilización, disminuyendo la carga fiscal y recortando los gastos sociales del Estado; facilitó el intercambio con el exterior, y profundizó la nueva división internacional del trabajo que ya se esbozaba en la recuperación de 1976 a 1979¹¹.

De tal modo que la economía internacional ya estaba preparada para una nueva fase de crecimiento, que tendría como centro la recuperación norteamericana. En Estados Unidos, la presencia de los conservadores en el poder con Reagan, en Alemania con la Democracia Cristiana, en Inglaterra con Margaret Thatcher, indicaba que se buscaba una recuperación moderada y controlada. Pero ocurrió algo totalmente distinto.

Reagan rompió con todos los principios del liberalismo económico, al elevar el déficit público norteamericano hasta niveles jamás imaginados por la ciencia económica, y al forzar una recuperación cuyas características marcaron la década de los años ochenta, proyectándose hacia los años noventa. Así pues, es necesario hacer un análisis detallado de aquel proceso para comprender gran parte de los acontecimientos posteriores¹².

La estrategia de recuperación económica mundial 1983-1989

El origen del auge económico de 1983 a 1989 está en el mecanismo del déficit del Tesoro norteamericano, que alcanzó la cifra de 134 mil millones de dólares en 1982, 230.8 mil millones en 1983, manteniéndose en este nivel hasta 1989, con 237.8 mil millones de dólares anuales¹³, lo que llevó a un amplio movimiento por la contención de los gastos, o por el aumento de los impuestos del país. El gobierno de Reagan eliminó la segunda hipótesis (llegando incluso a reducir los impuestos sobre el capital y sobre las rentas mayores) y sólo recortó los gastos sociales.

Estos déficits equivalen al valor del Producto Nacional Bruto brasileño de la época, y a casi tres veces su deuda externa. Para comprender el Esquema de Recuperación Económica Mundial en su conjunto durante el período 1983-1989, ver el Cuadro 1. Para evaluar el peso del déficit norteamericano, ver el Cuadro 1.

CUADRO 1

Puede verse la importancia del déficit general de Estados Unidos y su Producto Nacional Bruto en la Tabla 6.

TABLA 6

Este porcentaje salta de 2,91 por ciento en 1980 a 6,19 por ciento en 1983, y sólo regresó a un nivel de 3 por ciento de 1987 a 1989. Pero la gravedad del déficit no disminuyó hasta los primeros años del gobierno de Clinton.

Mientras tanto, el volumen total de la deuda pública se elevaba anualmente. Como la mayor parte del déficit se financiaba con recursos externos, la deuda externa estadounidense se elevó de 737.7 mil millones de dólares en 1980 a 2.175 trillones en 1989. En el mismo período, la deuda interna se elevó de 194.1 mil millones a 676.9 mil millones. Así, la deuda externa total, como porcentaje del Producto Nacional Bruto, se elevó de 37,2 por ciento en 1981 a 51,1 por ciento en 1986, nivel que se mantuvo hasta 1989.

Sin embargo, hay que señalar que muchos gastos militares estaban incluidos dentro de los gastos en recursos humanos, que se habían elevado enormemente desde la postguerra. Los gastos en defensa representaban cerca de 10 por ciento del presupuesto al iniciarse el gobierno de Eisenhower y el de Kennedy. En el período de Reagan, éstos ya se elevaron hasta 35 por ciento, manteniéndose en cerca de 29 por ciento en el período.

Pero lo más importante es constatar los cambios en la naturaleza de esos gastos militares, cada vez más orientados hacia la investigación y el desarrollo de punta. Las industrias aeroespaciales y de computación pesada dependen esencialmente de esos gastos. La Strategic Defense Initiative (SDI), o «Guerra de las Galaxias», iniciada en 1983, trató de recuperar para Estados Unidos un papel prominente en las tecnologías de punta, tal como el láser y la fibra óptica, nuevos materiales, defensa aérea y espacial, control de tráfico aéreo, medicina y biotecnología. Este plan mirífico fue abandonado por el gobierno de Clinton y retomado por el de Bush hijo. En verdad, pese a los fabulosos objetivos de la «Guerra de las Galaxias», los resultados de esas investigaciones permitieron a Estados Unidos producir una nueva máquina de guerra colosal, tecnológicamente impresionante. La prueba de fuego se dio con la guerra en Irak, en 1991. Su poder de destrucción y su precisión quedaron patentes, así como el alto costo de este tipo de guerra. La Segunda Guerra en Irak, en 2003, retomó ese mismo marco operativo, y sus altos costos se convirtieron en un grave problema fiscal para Estados Unidos.

De alguna manera, la «Guerra de las Galaxias» puede compararse con el papel económico que Keynes atribuía a las pirámides egipcias: un enorme gasto estatal para generar empleo e ingresos, permitiendo así el funcionamiento de la economía. Sólo que esos gastos se hacían, en el pasado, en los sectores de más bajos ingresos, pero en los años ochenta se concentraban en las actividades de tecnología de vanguardia y en sus efectos secundarios, casi todos relativos a la expansión de los servicios ligados a la información. O sea: una política anticíclica que, a falta de una guerra que justificara los gastos militares como factor de recuperación económica, se orientó hacia la tecnología de punta, en nombre de una estrategia militar de comprensión inaccesible para los ciudadanos comunes. Pero esa opción estaba cargada de pretensiones ideológicas que atraían a la opinión pública y buscaban:

1. Reafirmar la potencia militar estratégica de Estados Unidos, cuestionada por el equilibrio estratégico logrado con la Unión Soviética desde fines de los años sesenta.
2. Garantizar la hegemonía científico-tecnológica de Estados Unidos, doblemente anunciada:
 - a) en el plano tecnológico y de las ciencias aplicadas, por el avance de Japón (y de otras potencias, sobre todo Alemania);
 - b) en la aplicación de la alta tecnología en la producción industrial, lo que ponía en riesgo la superioridad de Estados Unidos en el campo del diseño, la productividad y los costos.
3. En el plano científico y militar (pese a lo enmarañado de las nociones falsas asentadas en la empresa), Estados Unidos se veía amenazado por el enorme desarrollo del aparato científico soviético, sobre todo en

el campo espacial (cuyos efectos tecnológicos podrían ser decisivos en dos décadas más) y en las investigaciones sobre fusión nuclear, láser, inteligencia artificial (que decidirán el modelo tecnológico del siglo XXI).

4. Esa constatación los obligaba a retomar los gastos en ciencia pura y alta tecnología, sobre todo cuando Japón y Alemania (y, junto con ella, toda la Comunidad Europea) aumentaban sus inversiones en esas áreas y podían independizarse de Estados Unidos en esos sectores estratégicos.

En consecuencia, se trataba de combinar una política anticíclica con la lucha por la hegemonía de la revolución científico-técnica que rige actualmente la evolución de la economía mundial.

Ante esa opción por las inversiones de punta, Estados Unidos debía aceptar su atraso en las tecnologías aplicadas y abrir su mercado a las tecnologías más competitivas que se especializaban en las áreas estratégicas.

Se trataba de promover una nueva división internacional del trabajo donde Estados Unidos se especializaría en la ciencia pura y en las «tecnologías emergentes» (postnuevas tecnologías): láser, fusión nuclear, ingeniería genética, inteligencia artificial, superconductividad, espacio y cosmología. Sin embargo, la Unión Soviética, que podía intentar esta opción, se vio en la imposibilidad de hacerlo debido —según los estrategas de la CIA— a sus límites económicos, expresados en un ingreso nacional y per cápita bastante inferior al de Estados Unidos; debido a su dificultad para obtener tecnología y conocimientos científicos fuera de su área de influencia; debido a sus límites para importar productos alimenticios y de consumo en general; debido a la inconvertibilidad de su moneda; y, sobre todo, debido a su aislamiento estratégico provocado por la Guerra Fría, o mejor dicho, por el cerco del capitalismo mundial.

Esa línea estratégica, diseñada en los debates sobre ciencia y tecnología durante los años setenta (desde 1967, Estados Unidos había estancado sus inversiones en investigación y desarrollo, y la formación de los científicos), exigía una decidida opción por el aumento de los gastos en investigación y desarrollo, y por la planificación centralizada en el Pentágono, bajo la orientación del Consejo Nacional de la Ciencia recién creado para asesorar al presidente en este campo. Había que ocultar el carácter cada vez más planificado y centralizado del desarrollo económico norteamericano, y lograr a la vez apoyo para esto. La solución encontrada fue disfrazarlo dentro de las actividades del Pentágono, cuyos gastos astronómicos eran justificados por un clima de retomada Guerra Fría, y por las características satánicas del socialismo al que había que combatir.

Estábamos así ante un aparente contrasentido: un gobierno antisocialista aumentaba drásticamente la planificación centralizada de la economía, insertada dentro de los gastos militares. Al mismo tiempo, para sustentar esa política, un gobierno ultraliberal generaba el mayor déficit del Tesoro jamás imaginado por los

más audaces keynesianos. La humanidad nunca había vivido una contradicción tan brutal (y evidente) entre la retórica y la realidad.

Si el lector se detiene en el Esquema de Recuperación Mundial en el período 1983-1989 (Cuadro 1) que presentamos al final de este capítulo, podrá comprender cómo esta estrategia generó y determinó desde Estados Unidos el auge económico de 1983-1989. Reagan, rompiendo con las perspectivas del trilateralismo, impuso al resto del mundo desarrollado un modelo de crecimiento indudablemente regido por el nuevo establishment militar estadounidense (el Pentágono y las empresas de tecnologías de punta).

Esta imposición se daba también internamente, colocando en una posición desventajosa al establishment económico tradicional, instalado en la costa Este donde se concentraba la oligarquía financiera, industrial y comercial de Estados Unidos. Era evidente el malestar causado por los reaganomics entre las grandes familias que forman la oligarquía norteamericana, las que detentaban el poder, y todavía lo detentan en gran parte, dentro del país y en el mundo. El choque entre la oligarquía del capital financiero norteamericano y los nuevos conglomerados¹⁴ surgidos de la industria militar y de los nuevos campos tecnológicos se habían ampliado en nuevas confrontaciones desde que los sectores tradicionales emprendieron la lucha contra los conglomerados (sobre todo la ITT) en los años sesenta. A continuación, se dio la fuerte oposición contra las pretensiones del presidente Nixon que, apoyado otra vez por la ITT y nuevos conglomerados, emprendió un proyecto de autonomía respecto del capital financiero del Este norteamericano. Después de que Nelson Rockefeller se reincorporó al gobierno, sobre todo a través de Jimmy Carter, esas fuerzas tradicionales se volvieron a oponer al populismo de derecha de Ronald Reagan, contra el que desarrollaron una amplia campaña en los años ochenta, sin mayores resultados concretos desde el punto de vista electoral. El Oeste norteamericano y sus nuevos ricos trataban de imponerse sobre la oligarquía tradicional de Boston y Nueva York.

Reagan logró imponer su modelo, que hacía viable los gastos militares de punta y las nuevas empresas del complejo industrial militar.

Como se puede ver por el Esquema de Recuperación Económica Mundial, el aumento del déficit del Tesoro produjo un enorme crecimiento de la demanda norteamericana, la cual se concentró en los sectores de servicio ligados a la investigación y el desarrollo, a la comunicación, y al ocio. Al mismo tiempo, habiendo generado una enorme deuda pública que pasó a ser gerenciada por el sector financiero, este sector se agigantó, dando origen a la época de los yuppies¹⁵.

El aumento de la demanda para una moneda internacional como el dólar provocó inmediatamente una expansión de las importaciones del resto del mundo, particularmente de los países al Sur de Estados Unidos, sobre todo

su vecino, México. La demanda generada por la revaluación del dólar también incidió sobre la costa Oeste, especialmente en la cuenca del Pacífico, en países como Japón y los Tigres Asiáticos (Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong). También aumentaron las importaciones de Europa, sobre todo de Alemania¹⁶ y otros países de desarrollo industrial reciente como México y Brasil.

Se formó así un inmenso déficit de la balanza comercial estadounidense, que saltó de 36.4 billones de dólares en 1982 a 36.7 billones en 1983, 112.5 billones en 1984, 122.1 billones en 1985, 144.5 billones en 1986, 160.3 billones en 1987, 126.5 billones en 1988, y 128.9 billones en 1989. Pero este inmenso déficit comercial se convertía en superávit de dólares, sobre todo en Japón y Alemania, que se convirtieron en grandes inversionistas en Estados Unidos, en los Tigres Asiáticos y en los países recién industrializados.

La Tabla 1 muestra cómo Estados Unidos se convirtió en un importador de capital líquido a partir de 1983. A partir de esta fecha, Estados Unidos, que había sido un gran exportador de capitales, comenzó a debatir un problema típico de los países dependientes: ¿es positivo o negativo que un país sea cada vez más dependiente del capital y de la tecnología de otros países? Estados Unidos tenía un superávit de inversiones por 27 billones de dólares (salida contra entrada de capitales) en 1982; importaron 34 billones más de lo que exportaron en 1983, 80 billones más en 1984, 97 billones más en 1985, 123 billones más en 1986, 135 billones más en 1987, y 118 billones más en 1988. Esta situación se hizo estructural, y ha perdurado en lo que va del siglo XXI.

La Tabla 2 muestra cómo Alemania y Japón se convirtieron en los mayores exportadores de capital a partir de 1983. En 1981, Japón transfería al exterior un valor líquido (salida contra entrada de capitales) de 14.9 billones de dólares; Alemania transfería un valor líquido de 2.4 billones; y Latinoamérica 4.4 billones. A partir de 1982, Japón aumentó esas transferencias a 15.9 billones; Alemania las aumentaba a 4.8 billones; y Latinoamérica a 6.3 billones. Este cuadro se amplió durante el mismo período: en 1987 Japón exportaba 56.2 billones; Alemania, 20.2 billones; y Latinoamérica, 16.9 billones.

Los nuevos países industriales latinoamericanos no se apropiaron de los resultados de sus superávits, que aumentaron en ese mismo período, siguiendo la política de «ajustes estructurales», los cuales analizaremos en la penúltima parte de este libro. Se convirtieron en pagos de interés y en eventuales amortizaciones de sus deudas, provocando una fuerte descapitalización¹⁷. En definitiva, los dólares generados por los superávits cambiarios de los años ochenta fueron a parar a manos del sistema financiero norteamericano, juntándose con los dólares ya disponibles en manos de los inversionistas de Japón y de Alemania.

A consecuencia de los superávits comerciales de estos países, esos flujos en dólares tenían una aplicación inmediata para Alemania y Japón: la compra de títulos de la deuda pública estadounidense, emitidos para compensar los déficits del Tesoro (punto de partida de todo el proceso). Para atraer esas inversiones, el gobierno norteamericano tuvo que elevar extraordinariamente las tasas de interés y garantizar la revaluación del dólar frente a otras monedas¹⁸.

Los efectos para los países deudores en dólares resultaron obviamente aplastantes, provocando la crisis del endeudamiento externo en Latinoamérica, países deudores de la Europa oriental y otros del Tercer Mundo.

Se llega así a un resultado paradójico que parecía haber creado un paraíso terrenal. Un gobierno que se endeudaba interna y externamente, pero la moneda se revaluaba en vez de devaluarse. (Ver Apéndice).

Entre 1980 y 1985, el dólar aumentó su valor en comparación con las trece principales divisas de los principales países exportadores, iexactamente en el momento en que Estados Unidos pasaba a ser el deudor líquido del resto del mundo! Un gobierno deficitario que aumenta contundentemente la demanda y no genera una inflación de precios, y sin un aumento de la competencia internacional, que dio acceso a los norteamericanos a los productores mejores y más baratos de origen japonés, alemán y otro... La inflación en Estados Unidos entre 1980 y 1989 tuvo la siguiente evolución: 13,3 por ciento, 10,2 por ciento, 6,2 por ciento, 3,1 por ciento, 4,2 por ciento, 3,5 por ciento, 1,9 por ciento, 3,6 por ciento, 3,9 por ciento, y 5,0 por ciento. Por ende, en los años de mayores déficits fiscales y comerciales de Estados Unidos en los años ochenta, la inflación cayó a sus índices más bajos. Sólo volvió a aumentar a partir de 1987, 1988, y 1989. Estos datos muy claros demuestran la irrelevancia de los modelos económicos neoliberales que vinculan la inflación al déficit fiscal.

La consecuencia concreta de esta situación fue la desindustrialización de Estados Unidos y la caída de su productividad en su promedio en comparación con Europa, Japón y los nuevos países industrializados, como se ve en el Apéndice. También es evidente que su participación en las exportaciones mundiales cayó y cedió su lugar a Japón y Alemania (ver Apéndice).

Pero los milagros no existen. El tiempo es el mejor consejero. ¿Qué sucedió a lo largo de esos años?

El aumento sin cobertura de la deuda pública es un fenómeno acumulativo. Supone la existencia de una reserva, y no un simple flujo, como afirman algunos economistas trasnochados. El monto de la deuda crece cada año y también el monto de los intereses pagados, que aumentan su proporción con respecto al gasto público y, más aún, con respecto a la recaudación fiscal. Cuando se trata de la deuda exterior, la situación se agrava, pues el gobierno ya no dispone de tanto control sobre sus propietarios.

Dos fenómenos acompañan ese aumento de la deuda pública. En primer lugar está el crecimiento del sector financiero, ya sea nacional, ya sea internacional (sobre todo), que especula con esta deuda. En los años ochenta, los bancos de esos países se internacionalizaron, apoyándose en los enormes excedentes financieros generados por los superávits del comercio japonés, y se convirtieron en los mayores del mundo.

En segundo lugar, el apalancamiento o el poder de multiplicación monetaria y financiera de los recursos inflacionarios acumulados a la disposición de la economía, se lleva a cabo a través de un vasto sistema especulativo. Esto implica las compras de empresas (los mergers que crecieron enormemente en ese período), la especulación con los títulos de la deuda pública, la especulación con las acciones de las empresas que efectúan las fusiones y los aumentos ficticios de sus capitales, la especulación inmobiliaria (que se agiganta con los nuevos emprendimientos), y las valorizaciones artificiales de las acciones, los títulos y los inmuebles en general que entran en el circuito del boom especulativo.

Todo eso genera una enorme masa de papeles y títulos, que son valores y signos financieros con un remoto respaldo a la realidad económica. En consecuencia, el desbalance de los factores económicos llega a extremos incontrolables. Es entonces cuando los más prevenidos inician un comportamiento económico de signo contrario, que diluye todas esa masa de recursos artificiales. Se inicia entonces un proceso de desvaloración de activos, sobre todo financieros.

Vemos así que, a partir de 1987, los inversionistas japoneses y alemanes empezaron a desconfiar de los títulos del gobierno norteamericano, al quedar claro que en vez de disminuir su déficit, Estados Unidos lo aumentaba. Y, a la vez, el enorme volumen de intereses pagados por el gobierno obligó a restringir la tasa de interés, provocando una fuga de capitales del sector. La desconfianza de los títulos del gobierno norteamericano, y la disminución de atracción debido a la baja de las tasas de interés y el peligro de una onda inflacionaria, hicieron que los capitales externos compraran activos reales. Éstos se componían de inmuebles y empresas que entraron en un gigantesco proceso de fusiones, iniciando una desnacionalización muy temida por la ciudadanía norteamericana. Esta desnacionalización fue percibida como aún más grave al mezclarse con una buena dosis de racismo en reacción contra «el peligro amarillo», representado por el capital japonés en plena expansión en Estados Unidos, así como en otras partes del mundo.

En 1987, la magia ya empezó a fallar. Había que disminuir el déficit público, pues ya no podía financiarse. Había que devaluar el dólar para aumentar las posibilidades de exportación, o para desvalorizar los activos en manos de extranjeros. Pero, debido a los enormes excedentes de dólares en el mundo entero (sobre todo los «eurodólares» y los «asiadólares»), si se devaluaba el dólar se generaba una corrida hacia las monedas que parecen más seguras, como el marco alemán o el yen japonés, y se debilitaba el poder financiero de Estados Unidos.

En cualquier caso, la disminución del déficit público y la devaluación del dólar como consecuencia de la crisis de octubre de 1987, provocaron una caída de la demanda norteamericana, generándose un fuerte efecto depresivo, tanto interna como externamente. Entretanto, las amenazas de devaluación del dólar quedaron neutralizadas en un primer momento con las compras efectuadas por los bancos centrales de Japón y Alemania.

La desvaloración de las acciones en las Bolsas (sobre todo a partir de octubre de 1987) fue controlada, en parte, por la intervención de los bancos centrales y de los gobiernos. La desvaloración de la deuda externa del Tercer Mundo (inflada por los aumentos de las tasas de interés y por los refinanciamientos meramente contables) fue controlada por las propuestas estatales y multilaterales de financiamiento de gran parte de las deudas.

Al mismo tiempo, la especulación bancaria, con la generación de préstamos contables que pagaban las deudas con nuevas y gigantescas deudas, fue controlada por la exigencia de garantías en fuertes encajes bancarios para nuevos préstamos. Aun así, esta deuda llegó a valer a veces 20 por ciento de su valor nominal en el mercado paralelo.

Si es cierto que fue el Estado el que inició este proceso de auge mundial mediante el aumento irresponsable de la deuda pública, le correspondía al mismo tratar de contener su crisis y fiscalizar el restablecimiento de un equilibrio razonable de las cuentas mundiales. En definitiva, se ponía en tela de juicio el funcionamiento del mercado financiero, sumamente desfigurado por la intervención pública y por la especulación que se derivaba de ésta.

En ese clima, el gran capital buscaba una salida favorable. Proponía se imponía (¡en nombre del libre comercio!) que los Estados nacionales se deshicieran de sus patrimonios para pagar sus deudas, dando así sustancia a buena parte de los enormes excedentes especulativos sobrantes a nivel mundial. De tal modo, papeles inútiles y sin valor recibían el respaldo de los bienes públicos, que se convertían en patrimonio de los especuladores financieros.

Éste era claramente el principio que orientó las llamadas «conversiones» de la deuda externa. Mediante esta operación, los papeles desvalorados de los bancos, que tienen un supuesto valor de deuda, suelen convertirse en empresas y bienes retirados del sector público. Era ésta la forma ideal para que el capital financiero evitara la quiebra general de bancos y empresas privadas, sustituyéndola por la quiebra de los Estados. Sin embargo, era mucho más difícil obligar a los contribuyentes a aceptar la idea de sostener indefinidamente las empresas y los bancos en quiebra, sobre todo si el número de quiebras aumentaba de un año a otro, y disminuía la posibilidad de que el Estado las financiara¹⁹.

Desde 1960 hasta nuestros días, el gasto público de los varios Estados nacionales aumentó grandemente de 20 ó 30 por ciento a 40 por ciento del Producto Interno Bruto, particularmente al amparo del neoliberalismo de Thatcher, Reagan, etcétera. En el Apéndice de este capítulo se muestra el aumento del gasto público en relación con el PNB de Estados Unidos, Japón, Alemania, Inglaterra, de 1965 a 1985. Contrariamente a la desestatización que los liberales patiquines tanto promueven, lo que había era un aumento, confirmado por varias otras fuentes y en varios otros países, de los gastos públicos dentro del Producto Nacional Bruto.

Particularmente en los Estados Unidos de Reagan y en la Inglaterra de Margaret Thatcher. Cosa más que comprensible en la fase actual del capitalismo monopolístico de Estado.

Así pues, se trata del neoliberalismo, del capitalismo monopolístico de Estado, que consiste en aumentar la intervención estatal para garantizar la permanencia del capital, sobre todo del capital de los grandes monopolios y del capital financiero. Cuando se trata de defender esos intereses, la economía de mercado queda olvidada, pues no es compatible con el mundo de los monopolios, oligopolios y corporaciones multinacionales que dominan la vida económica de nuestros días.

En un artículo de aquella época publicado en el Economic Viewpoint del Business Week del 15 de octubre de 1990, Robert Kuttner señalaba la reanudación del debate sobre la globalización de la economía mundial, y la desaparición o el mantenimiento de los intereses nacionales. El autor, aterrado por el avance tecnológico japonés, asumía un punto de vista mil veces desarrollado por la teoría de la dependencia:

Las compañías japonesas diseñan productos de ultra alta tecnología, que pueden ser montados en gran parte por jóvenes asiáticas sin mayor nivel educativo. Pero el corazón de la operación (sic) permanece en Japón: el conocimiento científico, la ingeniería y el talento comercial, y la corriente de beneficios para capitalizar la próxima ronda de innovaciones.

Cuántas veces se ha dicho esto con respecto al capital internacional en nuestros países dependientes... Ahora es cuando los economistas norteamericanos lo descubren...

Y el autor remata:

Si las empresas de alta tecnología basadas en Estados Unidos son simplemente sacadas fuera de los negocios por el mercantilismo de otras naciones (sic), vamos a caer gradualmente a la posición de las mujeres que reciben bajos salarios en el Este asiático.

Ojalá esta suerte quede reservada sólo para el 80 por ciento de la humanidad que vive en los países dependientes y subdesarrollados con la ayuda de nuestros gobernantes neoliberales...

Escuchemos sus íntimos pensamientos:

«El mercado nos mata», piensan en su fuero interno los grandes capitalistas disfrazados de neoliberales. «Avancemos hacia los mercados que todavía existen y liquidémoslos. ¡Que se abran los mercados... de los demás!».

Entre 1989 y 1993, el sistema capitalista mundial se acercaba a un auge y al mismo tiempo a su más profundo abismo. De hecho, tras haber quedado claro que era imposible controlar los principales efectos de la crisis de octubre de 1987, se inició un proceso de ajustes a las tendencias depresivas que se anunciaban.

Ahora, esos ajustes se llevaban a cabo exactamente en el momento en que los liderazgos de los países socialistas se aventuraban en un complejo proceso de transición hacia las economías de mercado, que fue presentado al mundo como el fracaso total del socialismo y el triunfo del sistema de libre comercio, que representaría el «fin de la Historia».

APÉNDICE DEL CAPÍTULO 3: ESQUEMA DE RECUPERACIÓN DE LA ECONOMÍA MUNDIAL, 1983-1989

CUADRO 1

El funcionamiento de este esquema se apoyó en dos agujeros negros: el aumento de la deuda pública interna y externa estadounidense, que se originaba, a su vez, en el déficit del Tesoro, punta de lanza de la recuperación económica internacional en el mismo período. Ante la imposibilidad de controlar el déficit público y cambiario, el valor del dólar cayó, y las deudas (interna y externa) se desvalorizaron. Así, se restringía la demanda de dólares, y el nivel de la demanda norteamericana caía, generando una depresión global a fines de los años ochenta. Los intentos posteriores de recuperación, durante el período Clinton, cuando se trató de rebasar el marco fijado por Reagan, no lograron superar este esquema.

En realidad, el gobierno de George W. Bush adoptó los mismos recursos de Reagan, con un concepto mucho más deteriorado.

En consecuencia, los años 1989 a 1993 se caracterizaron por una crisis en el sistema capitalista mundial, a la que se agregaba la crisis abismal y la depresión económica en los antiguos países socialistas.

Principales indicadores económicos del Esquema de Recuperación de la Economía Mundial

TABLA 1 FLUJOS DE CAPITALES HACIA ESTADOS UNIDOS

TABLA 2 TRANSFERENCIA LÍQUIDA DE RECURSOS A ESTADOS UNIDOS

TABLA 3 BALANZA COMERCIAL

TABLA 4 IMPORTACIONES NORTEAMERICANAS EN EL RESTO DEL MUNDO

TABLA 5 FLUJO LÍQUIDO DE CAPITAL PRIVADO

TABLA 6 DÉFICIT DEL TESORO NORTEAMERICANO

TABLA 7 DEUDA EXTERNA NORTEAMERICANA

TABLA 8 DEUDA INTERNA NORTEAMERICANA

(EN BILLONES DE DÓLARES)

IV - BALANZA COMERCIAL (ESTADOS UNIDOS, JAPÓN, ALEMANIA OCCIDENTAL)

V-FLUJO DE CAPITALES PARA ESTADOS UNIDOS

VI - FLUJO DE CAPITAL LÍQUIDO

Los gráficos fueron elaborados con el apoyo de los siguientes auxiliares de investigación: Luiz Carlos Ros Filho, Wellington Dantas de Amorim, Marisa von Bullow.

El trabajo gráfico computarizado para esta publicación fue ejecutado por Adalberto José Rolim Tubbes, vía Prodasen-Procesamiento de Datos del Senado Federal.

EL FONDO DEL POZO: RECESIÓN Y CRISIS POLÍTICA, 1990-1993

Entre 1990 y 1993, por todo el planeta se escuchaban desesperados clamores: la crisis económica, el desempleo, la violencia social, la criminalidad, la corrupción, las crisis políticas, y las guerras interétnicas, indicaban que la humanidad pasaba por una fase muy difícil, en vez de ingresar en el período de Bienestar anunciado por el neoliberalismo. Se sucedieron los intentos de controlar esta situación, entre los cuales hay que destacar las acciones de las Naciones Unidas y otros organismos internacionales. El Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Organización Internacional del Trabajo, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, las Naciones Unidas mediante el PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo), la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo), la UNICEF (Fondo Internacional de las Naciones Unidas de Ayuda Urgente para la Infancia), el FNUAP (Fondo de las Naciones Unidas para las Actividades sobre la Población), han publicado dramáticos informes sobre la situación mundial en sus varias esferas de acción. Al lado de estos organismos de amplia representación, el más ambicioso intento de dirigir el destino del mundo fue el del Grupo de los Siete creado por el presidente norteamericano Jimmy Carter, en los años setenta, inspirado en la Comisión Trilateral. En aquella época, se trataba de unir los intereses

norteamericanos, europeos y japoneses (representados en los siete países más ricos), con el fin de detener el avance del Tercer Mundo y de los países socialistas. En los años ochenta, Reagan ignoró el Grupo de los Siete para afirmar la hegemonía norteamericana. Fue revivido en los años noventa.

Este grupo de las siete naciones más poderosas del mundo pasó a contar con la presencia permanente de una octava nación, Rusia (tras haber aguardado en la sala de espera durante un buen tiempo). Los gobernantes de estos países pretendían representar a los países más ricos e industrializados del mundo pero, con el paso del tiempo, esto dejó de ser un hecho pacífico. Los datos del Banco Mundial, basados en el purchase power, o poder de compra, indicaban que China ya tenía el tercer PIB del mundo, y luego pasó a tener el segundo, a pesar del todavía bajo ingreso per cápita de su población. India ya era una potencia naval en plena expansión y tenía el quinto PIB del mundo. El PIB de Brasil y México superaba al de Canadá. Brasil, sobre todo, podría convertirse en una potencia importante si reanudara su crecimiento. En cuanto a los países petroleros y los pueblos musulmanes, no aceptaban ser discriminados de los centros de decisión mundial.

Pero el Grupo de los Siete también se topaba con otros obstáculos. Los dirigentes de cada uno de esos países se encontraban en graves dificultades políticas; a mediados de la década, eran pocos los que seguían en el poder. En Estados Unidos, Clinton sobrevivió a los intentos de impeachment, reafirmando su programa de recuperación de la economía norteamericana, basado en la caída de la tasa de interés, en el reajuste cambiario, en las políticas de Bienestar y educación. En Inglaterra, el poder de Major fue debilitándose después de una serie de mociones de censura, lo que llevó a la victoria de los laboristas en 1994. En Alemania, Helmut Kohl finalizó su carrera política cercado por las provincias gobernadas por la socialdemocracia, hasta que fue derrotado en 1998, con el ascenso de un gobierno central socialdemócrata, apoyado por los ecologistas. En Japón, el gobierno de Miyasawa cayó tras una moción de censura mayoritaria, consecuencia del fraccionamiento de su partido, y así emergió, al cabo de 45 años, un gobierno de coalición en oposición al Partido Liberal Democrático; en estos años, las vicisitudes de la política japonesa revelan una gran inestabilidad y la pérdida del tan exaltado consenso japonés. Por Italia pasó un huracán moralizador y electoral que llevó al poder, por primera vez, un gobierno de centroizquierda liderado por el antiguo Partido Comunista transformado en Izquierda Democrática; pero la derecha italiana se reagrupó alrededor de Berlusconi, alternándose en el poder. En Francia, tras una grave derrota electoral de la derecha, los socialistas regresaron al poder apoyándose en una huelga de transportes que había paralizado al país; en 2002, la izquierda no pudo llegar a una segunda vuelta y votó por Chirac para detener el avance del neofascista Le Pen. En Rusia, Yeltsin vivió una grave crisis de gobernabilidad después de haber entregado a los lobos a su delfín Gaitar, líder de las reformas neoliberales, y de haberse enfrentado a un Partido Comunista mayoritario en la Duma; este impasse despejó el camino para el gobierno de Putin, que reorientó la política rusa dentro de un capitalismo de Estado. En los países del llamado Tercer Mundo, huelga decir que son asaltados por violentas crisis económicas y políticas.

Estos hechos revelan la profundidad de la larga crisis internacional, que llegó a su punto más bajo entre 1990 y 1994. Esa prolongada crisis se había iniciado en 1967, en los centros capitalistas mundiales y se extendió a los países subdesarrollados y dependientes a partir de 1970, terminando por afectar el campo socialista en la Europa Oriental y en la antigua URSS. De 1989 a 1993, asumió la forma de una disminución del crecimiento con recesiones generalizadas, sobre todo en los países centrales.

¿En qué consistió esa crisis?

Se trató de una fase de larga duración iniciada, de hecho, en 1967-1968, cuando Estados Unidos y Europa tuvieron por primera vez una recesión conjunta tras el auge económico iniciado en 1945. En esa época, asomaron las dificultades para que Estados Unidos mantuviera el respaldo en oro al dólar, tal como se había decidido en 1943, en Bretton Woods. El aumento de los gastos militares en función de la escalada de la guerra de Vietnam trató de refrescar la economía norteamericana con nuevas inversiones. Pero fue en vano. En 1968, la explosión de la rebelión política, social y cultural estremeció al mundo. En 1973, Estados Unidos retiró el respaldo en oro al dólar, lo que condujo a una brutal devaluación del dólar, que se metió en la serpiente monetaria, poniendo la inestabilidad como norma de la economía mundial, y abandonando las inversiones en actividades productivas; y se orientó hacia la especulación cambiaria, primero, y financiera, después. En 1973, el ajuste de los precios del petróleo al valor oro anunció la aparición de los excedentes monetarios —los petrodólares—, lo cual se acompañó con una onda recesiva de graves consecuencias. La derrota de Estados Unidos en Vietnam anunciaba el límite de su hegemonía. La recuperación que se inició en 1975 resultó limitada y corta. Ya en 1979-1982 se configuraba una nueva recesión y se reafirmaba el fenómeno de la estanflación: la unión de la estagnación económica y la inflación, en los países industriales.

Entre 1983 y 1987 (con una forzada prolongación hasta 1990) hubo una nueva revitalización de la economía mundial. En ese período, el déficit del Tesoro norteamericano se elevó de 50 billones a 270 billones de dólares anuales. Estados Unidos pasó de ser exportador de capitales a ser importador líquido, convirtiéndose en un país deudor. El déficit comercial norteamericano llegó a cifras increíbles, para beneficio de Japón, Alemania, los Tigres Asiáticos y las nuevas economías industriales, como Brasil, que entregó todo su superávit comercial para el pago de los lacerantes intereses de la deuda externa.

El «crack» económico de septiembre de 1987 ya anunciaba la irracionalidad de esa política económica, apoyada en la especulación y en la valoración artificial de los activos financieros y los inmuebles. En un sólo día, desapareció de la economía mundial cerca de un trillón de dólares. El dólar cayó y sólo se recuperó por la acción de los bancos centrales de Japón y Alemania, que compraron dólares a gran escala para impedir su caída. Pero el costo de evitar la recesión y la devaluación de los activos financieros mundiales resultaba muy

alto. La especulación prosiguió hasta 1990, cuando la quiebra de bancos y grupos financieros, la ruina del dólar y la desvaloración de los activos financieros e inmobiliarios mundiales se hicieron realidad, afectando en definitiva las tasas de crecimiento económico. Se anunciaba una nueva recesión que duró de 4 a 6 años, prolongándose hasta 1994-1996, según los países. En Japón, la recesión se inició en 1993 y se extendió hasta 1999, y hasta el presente no se puede decir que haya sido superada.

Como se puede ver en el Cuadro 3, tras la grave recesión de 1990-1991, Estados Unidos logró una pequeña recuperación. Aunque moderada en un principio, la reanudación de la recuperación económica norteamericana tomó la delantera en relación con los demás países industrializados.

Esta situación se aceleró en los años siguientes, cuando Estados Unidos anunció crecimientos de 4,3 por ciento en 1998, 4,2 por ciento en 1999, y 5,2 por ciento en 2000. Por otra parte, Japón entró en crisis exactamente en 1992-1993, mientras que Alemania ya había iniciado su caída en 1991 y llegaba a la recesión abierta en 1993, cuando ocurrió la caída de 1,9 por ciento de su PIB. Esta situación recesiva prevaleció en los países industrializados en general, afectando sobre todo a África y la Europa del Este, que sufrieron una brutal depresión desde que fueron asaltadas por los neoliberales. Estas regiones quedaron totalmente sometidas al control del Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial. La situación es opuesta en Latinoamérica (con las importantes excepciones de Brasil, Cuba y Haití), donde se inició una modesta recuperación económica al comienzo de la década para caer en la recesión desde mediados de los años noventa. El Asia occidental y el Sureste asiático siguieron creciendo hasta 1997; China aparecía como la estrella del crecimiento económico mundial con 12,8 por ciento de expansión del PIB en 1992, performance que se mantuvo en toda la década de los años noventa.

Vemos así un desarrollo desigual, típico de la evolución del sistema capitalista mundial que se hace cada vez más complejo, teniendo en su interior regímenes económicos y políticos sumamente diversificados, pese a la victoria del neoliberalismo tan alardeada a escala mundial. La recuperación de 1983-1987 se apoyó en el déficit fiscal norteamericano que inundó el mundo con la demanda norteamericana, originando, por una parte, el déficit de la balanza comercial norteamericana y, por otra parte, los superávits de Japón, de Alemania, de los Tigres Asiáticos, etcétera.

Estos superávits fueron también la fuente de los excedentes financieros de Japón y Alemania, que pasaron a invertir en la compra de títulos del Tesoro norteamericano, transformando el yen y el marco en poderosas monedas, y transformando Japón en la mayor potencia financiera del mundo y en el principal inversionista del planeta mientras pudo mantener ese superávit comercial.

La especulación monetaria fue el instrumento típico del crecimiento de esos años de expansión forzada a través de la deuda pública norteamericana. Expansión que se basó en la inestabilidad del valor de las monedas, que producían grandes ganancias para los especuladores, y en las gigantescas tasas de interés pagadas por el gobierno norteamericano para financiar su enorme déficit. El aumento de las tasas de interés ocurrió a comienzos de los años ochenta, y llevó a la crisis de la deuda externa.

Esta era el resultado de la exigencia de que los países deudores pagaran los mismos intereses especulativos que el gobierno norteamericano pagaba al resto del mundo, para atraer capitales con el intento de cubrir su déficit público. Estos pagos dolorosos se hicieron en detrimento del desarrollo de esos países, llevando a sus poblaciones hacia la recesión y la miseria, como ocurrió en Brasil y Latinoamérica en general. Todos conocen los resultados de esta extracción de los recursos regionales. Brasil, Latinoamérica, África y los países de la Europa oriental se vieron metidos en una trampa financiera sin salida.

En consecuencia, se formó un vasto movimiento de especulación financiera mundial en torno a la deuda norteamericana y de los enormes excedentes financieros en manos de Japón y Alemania. Esta situación se prolongó hasta 1990, cuando esta especulación entró en crisis. De todos los resultados creados por la crisis generada con el reventón de esta burbuja financiera internacional, el más dramático fue el desempleo que se generalizó por todo el sistema mundial. A partir de 1990, se agravó el desempleo en los países subdesarrollados y dependientes, y resurgió el desempleo en los países centrales de la economía mundial, como se puede ver en el Cuadro 4. Y algo más grave aún, surgió el desempleo en las economías hasta entonces de pleno empleo en la Europa oriental y en la antigua URSS. Sólo algunos centros privilegiados de Asia pudieron escapar a esta situación, aunque no por mucho tiempo. La crisis de 1997 y la estagnación de Japón hicieron renacer el desempleo en el Sureste asiático.

Lo más difícil de esta situación global era la clara constatación de que una nueva fase de crecimiento económico que ocurrió a partir de 1994, generó muy poco empleo y no logró alterar radicalmente esta situación.

En 1994, Clinton alertó al Grupo de los Siete sobre el carácter estructural del desempleo. La nueva onda de crecimiento se basaba en altos niveles de automatización y robotización de la producción y los servicios, que acabó con ocupaciones anteriores y generó pocos empleos nuevos. Pero, ¿en qué consiste el problema? A raíz de las nuevas tecnologías, la humanidad puede producir en pocas horas y con una pequeña parcela de su población todos los bienes y servicios que hace falta para atender las necesidades de dicha población. ¿Es esto una bendición o una tragedia?

Será una tragedia si sigue imperando el principio del mercado, de la propiedad privada, de la utilización del progreso para el enriquecimiento de una minoría. Pero, al contrario, será una bendición si este potencial productivo se coloca al servicio de la humanidad. ¿Cómo? Disminuyendo la jornada de trabajo y permitiendo que sean contratados nuevos trabajadores. Es decir, distribuyendo los efectos del progreso tecnológico para la población en su conjunto, en vez de permitir que los propietarios privados de los medios de producción se apropien de él. Hoy en día, en los países más ricos ya existe un consenso para llegar a una jornada de trabajo de 36 horas semanales. Pero esto no es suficiente. En las próximas décadas, la jornada de trabajo tendrá que bajar a 20-25 horas semanales en todo el mundo. Con los actuales niveles de avance científico-tecnológico, y con los cambios que vendrán en los próximos años, nadie deberá trabajar durante largas jornadas, porque la responsabilidad del trabajador y el stress provocado por la nueva fase del proceso de producción, aumentarán considerablemente. El tiempo libre tendrá que ser utilizado para el estudio, la ampliación del conocimiento, el ocio, el desarrollo personal.

Pero esto sólo será posible si la sociedad domina y gerencia sus medios de producción y planifica su vida social de lo micro a lo macro y a lo global. Esa sociedad tendrá que dar a los individuos que la componen los medios para su total desarrollo, y éstos tendrán que colaborar decisivamente en la creación de una nueva civilización planetaria, en la cual el respeto a los derechos humanos, al medio ambiente, al pluralismo étnico y cultural, y al ideal de paz, será parte esencial de la realización de cada individuo. Al mismo tiempo, es necesario asegurar que este desarrollo sea sustentado por todos los países y para las nuevas generaciones.

Si esto no sucede, el desempleo masivo y la violencia social proseguirán. La concentración de la renta, del conocimiento y del poder se da en un solo lado de la sociedad, mientras se produce el caos y la marginación de millones de seres humanos. De alguna manera, la comunidad internacional ha ido tomando conciencia de esta problemática. La Cumbre de Río de 1992 para el desarrollo sustentable y el medio ambiente mostró que las amenazas globales a nuestro planeta y la supervivencia de la humanidad son sumamente serias. La posibilidad del holocausto nuclear (aún superable), las guerras interétnicas y de imposición de intereses económicos, las agresiones al medio ambiente, la pobreza y la miseria de la mayor parte de la población del planeta, el aumento de la criminalidad y de las actividades clandestinas e ilegales, son tendencias destructivas, demasiado fuertes para ser superadas sin una acción consciente de toda la humanidad. Y detrás de estas plagas está el desempleo y la marginación social. Y todo viene de la idea de la superioridad del mercado como generador de recursos y principio orientador de la vida económica y social.

En ocasión de la Cumbre de Río, y en varios otros momentos de las relaciones internacionales contemporáneas, la humanidad ha venido reafirmando la necesidad de una acción consciente de planificación, basada en el pleno empleo, en oposición a la retórica neoliberal que pretende entregar el destino de la humanidad a entidades fantasmas como «las fuerzas ciegas del mercado».

Sin embargo, en este contexto de grandes problemas generados por la crisis actual del sistema económico mundial, existen algunos elementos positivos que nos permiten esperar que, a mediano plazo —20 ó 30 años—, los principios racionales se impongan sobre la irracionalidad. En definitiva, los datos muestran que, durante la recesión de 1989-1993, la inflación comenzó a caer en los países capitalistas centrales. Ocurrió entonces una deflación que permitió que los siguientes períodos de recuperación económica fueran más prolongados y sustentados. Al mismo tiempo, el avance de las integraciones regionales anunciaron la aparición de las unidades económicas más viables ante el aumento de las nuevas economías de escala, derivadas de las nuevas fases de la revolución científico-tecnológica. En la presente fase del avance de las nuevas tecnologías, creadas por los nuevos campos de las ciencias, los mercados tienen que ser dimensionados en términos regionales y hasta planetarios. La violenta crisis de 1989-1993 fue un reflejo de cómo se ajusta el capitalismo a estos cambios colosales. Son sectores completos de tecnologías obsoletas los que desaparecen en la economía mundial, o que son reubicados en las regiones donde la mano de obra es más barata. Estados Unidos, Japón y Europa se desindustrializan para especializarse en las actividades de investigación y desarrollo, en la creación de cultura y ocio, en el control de las comunicaciones que rigen la vida productiva contemporánea, en la producción de millones y millones de individuos educados y preparados para gerenciar esta etapa superior de una civilización del conocimiento y de la comunicación. Los países de desarrollo medio, como los Tigres Asiáticos; las potencias regionales, como China, India y Brasil; y las nuevas economías industriales, absorben las industrias recicladas a escala mundial (sobre todo las que suponen más empleo de mano de obra calificada, las contaminantes y las tecnológicamente obsoletas). Luchan por participar también en la creación de nuevas tecnologías y en el avance de la ciencia y la sociedad, del conocimiento y de la educación. Pero encontrarán grandes obstáculos, sobre todo en el plano internacional, donde el comportamiento monopolístico de las corporaciones internacionales y las leyes implacables de la competencia los excluyen de la punta del sistema. Por otra parte, una enorme masa de países queda completamente marginada dentro de estas perspectivas de evolución de la economía mundial, formando lo que se va llamando Cuarto Mundo.

Este panorama amenazaba la recuperación económica que se esbozaba en el horizonte. Y planteó también el reto de fuertes desequilibrios y confrontaciones mundiales. La población disminuyó en los países centrales donde la fertilidad caía radicalmente, atendiendo las exigencias de la vida social contemporánea. Pero siguió aumentando en las regiones de desarrollo medio, sobre todo en las capas sociales más pobres y hambrientas.

Por otra parte, la concentración del crecimiento económico y del desarrollo en los países centrales atrajo hacia éstos a los inmigrantes de todas partes del mundo donde el excedente de mano de obra era el resultado de la destrucción de las viejas economías de subsistencia; atrajo incluso inmigrantes de las economías de exportación o industriales ahora en decadencia. En una fase en la que el desempleo prevalecía en los países

centrales, estas tendencias hicieron que aumentaran el racismo y el prejuicio racial, en un intento de detener la competencia de esta mano de obra inmigrante.

Surgían así factores de profundos conflictos, incluso cuando hubo una recuperación económica a nivel mundial, que se mantuvo hasta el año 2000. El camino de las leyes ciegas del mercado como principio ordenador del mundo, no hizo sino acentuar esos conflictos, asumiendo dimensiones planetarias. La vuelta al crecimiento económico mundial después de la crisis iniciada durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) sólo fue posible después de la Segunda Guerra Mundial. ¿Acaso se necesitarán nuevos holocaustos igual de brutales para redimensionar los mercados y los desequilibrios económicos, sociales y políticos contemporáneos? ¿O será capaz la humanidad de dirigir su sentido y avanzar pacífica y planificadamente hacia etapas superiores de desarrollo?

Esquema de la recesión 1989 - 1993

CUADRO 3

CUADRO 4

NOTAS

1. N. D. Kondratiev, «The Long Waves in Economics Life», Review, I, 4, Primavera de 1979, pp. 519-562. El artículo, originalmente publicado en alemán, en 1926, fue traducido al inglés por W. F. Stolper, traducción que fue completada por Mark Lonis Goldman. Ver mi artículo: «La cuestión de las Ondas Largas», Ensayos de Economía, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, julio de 1998, pp.9-33.
2. Con la ayuda de su hija, se logró reunir los textos principales de la obra de N. D. Kondratiev con el título: Les grands cycles de la conjuncture, Economica, París, 1992.
3. Joseh. A. Schumpeter, Business Cycle, edición abreviada, McGraw-Hill, 1964.
4. Ver mi crítica al concepto del capitalismo postcíclico en mi libro Teorias do Capitalismo Contemporâneo, editora Vega/Novo Espaço, Belo Horizonte, 1983, y en mi artículo en el libro La crisis del capitalismo: teoría y práctica, Pedro López (comp.), siglo XXI, México, 1984.
5. Al iniciarse la década de los años setenta, se publicaron varios libros de orientación marxista, o cercana al marxismo, recuperando las ondas largas de Kondratiev, entre otros: Mandel (1975), Frank (1978), Wallerstein (1979), Dos Santos (1973), Rostow (1978), Freeman (1984).
6. El economista japonés Koichi Shimizu, entre otros (y entre los cuales me encuentro), trata de hacer esta integración conceptual: «Aunque J. Schumpeter destaca la individualidad de cada ciclo, ésta debe vincularse, en nuestro criterio, no a la individualidad técnica sino a la de los regímenes de acumulación, y además, en el fondo, a las normas de producción y de consumo». Koizi Shimizu, «La dynamique du capitalisme: le cycle des affaires, l'innovation et la crise chez J. Schumpeter et K. Marx», Keizaigaku-Rouso, The Doshida University Economic Review, vol.XXXX, nº.2, noviembre de 1988, pp.154-229.
7. En 1977-1978, un grupo de investigación del Fernand Braudel Center, coordinado por Immanuel Wallerstein y Terence K. Hopkins propuso un amplio proyecto de investigación sobre los ritmos cíclicos y las tendencias seculares en la economía capitalista mundial, en el cual se identificaron los ciclos largos de Kondratiev a partir de 1450, estableciendo una aproximación entre los pares de ondas largas y los períodos de hegemonía/rivalidad en la economía mundial. Además de identificar los procesos de expansión y retracción con tres tendencias (expansión «externa»; más «interna» o comercialización de la tierra; proletarización y mecanización) identificaron cuatro fases dentro de cada par de ondas largas con respecto al establecimiento de la hegemonía y su descenso: A1: ascenso de la hegemonía, agudos conflictos entre rivales por la sucesión; B1: victoria hegemónica, el nuevo poder rebasa al antiguo que se encuentra en declinación; A2: madurez hegemónica, verdadera hegemonía; B2: hegemonía declinante, agudo conflicto entre el antiguo poder y sus posibles sucesores.

8. Giovanni Arrighi (1996), *O Longo Século XX, Dinheiro, Poder e as Origens de Nosso Tempo*, Río de Janeiro, Contraponto-Editora UNESP. Arrighi presenta un esquema un poco diferente basándose en los ciclos sistémicos de acumulación de Fernand Braudel, p. 219.
9. Ver mi crítica a la tesis del capitalismo postcrítico, entre otros en el libro *Teorias do Capitalismo Contemporâneo*, Belo Horizonte, Veja/Novo Espaço, 1983.
10. Esta definición del gasto público fue ampliamente analizada por James O'Connor en su libro clásico: *A Crise Fiscal do Estado*, ed. St Martin, Nueva York, 1973.
11. Según la teoría del supply-side, o «economía de la oferta», la disminución de los impuestos para los sectores de altos ingresos aumentaría las posibilidades de inversión, generando un mayor ingreso nacional y, por ende, un mayor volumen de recaudación fiscal. Reagan llegó al gobierno con la bandera de la disminución de los impuestos —que, de hecho, aplicó para las rentas mayores— pero sólo restringió los gastos del gobierno en algunos servicios sociales destinados a amparar la pobreza, y aumentó de manera draconiana los gastos del Estado, sobre todo los militares. Al respecto, hay un resumen en el artículo de F. Carneiro, «Ascensão e Queda da Economia de Oferta» *Conjuntura Econômica*, 31/07/89, Río de Janeiro, vol. 4, nº. 7, pp. 83-86.
12. Este capítulo está basado en varios trabajos anteriores del autor acerca de la economía internacional, entre los cuales se destacan: *La crisis norteamericana y América Latina*, PLA, Santiago, 1970; *Imperialismo y dependencia*, Era, México, 1978; *La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo*, Controversia, Buenos Aires, 1987; *Economía Mundial, Integração Regional e Desenvolvimento Sustentável*, Vozes, Petrópolis, 1997 (4ª edición actualizada).
13. Antes de entregarse a las políticas neoliberales, la Unión Soviética ejercía un claro liderazgo en la tecnología espacial. En 1990, el periódico francés *Le Monde* publicó lo siguiente acerca de la nave espacial MIR: «(...) un montaje de cinco elementos del mayor «Meccano» espacial que se haya puesto en órbita, formando una estación espacial de 90 toneladas, habitada por tripulaciones que permanecen casi un año en el espacio desde 1986. Ante lo cual, palidecen de envidia los norteamericanos, cuyas proezas en este campo se remontan a mayo de 1973, y ellos no dispondrán de un instrumento análogo hasta fines de los años noventa, con la estación espacial Freedom». Jean-François Auger, «Les Soviétiques s'apprêtent à mettre en place une station orbitale de 90 tonnes» «Los soviéticos se disponen a colocar una estación orbital de 90 toneladas», París, 2 de junio de 1990. Con el fin de la Guerra Fría, los proyectos comunes espaciales entre Estados Unidos y la Unión Soviética aumentaron esta superioridad tecnológica soviética, que quedó luego sumamente debilitada por la crisis fiscal que se generó con las políticas neoliberales de los años noventa.

14. Los conglomerados eran las nuevas formas empresariales desarrolladas en los años sesenta, que se caracterizaban por una expansión anárquica de la inversión en sectores económicos sin ninguna articulación entre ellos. En general, esta expansión surgió de la valoración de sus acciones, debido a que su desempeño tecnológico de vanguardia solía apoyarse en órdenes de compras y en subsidios del Pentágono para la investigación. Esta expansión financiera permitió comprar nuevas empresas (mergers) con sus acciones altamente valoradas, amenazando el poder de las oligarquías financiero-industriales estadounidenses, y además expandirse mundialmente. En los años noventa, volvieron a producirse fusiones de empresas aún más espectaculares por parte de empresas virtuales e inversiones.
15. «Durante los años ochenta, los graduados de las mejores universidades de los países más ricos no vacilaron en orientarse hacia la canchalla de los sectores financieros y bancarios. Nunca hubo una unanimidad tan grande al escoger la primera opción profesional desde la generación de 1914». Norman McCrae, «Banks in Trouble», The Economist, Londres, 8 de septiembre de 1990.
16. Ver la evolución de la balanza comercial de Estados Unidos, Japón, Alemania Occidental en el Cuadro IV.
17. Ver Tabla 21.A partir de 1982, Latinoamérica se convirtió abiertamente en exportadora líquida de capitales al exterior. Estas condiciones ya existían en los períodos anteriores, pero no eran perceptibles por razones de conceptos estadísticos, que no viene al caso examinar aquí. Ver los trabajos estudiados en nuestro libro Teoria da Dependência: Balanço e Perspectivas, Editora Civilização, Río de Janeiro, 2000.
18. Ver en el Apéndice la evolución de la primera rata que orienta el mercado de intereses bajo influencia norteamericana en los años ochenta. Fue su fuerte aumento, en torno al 15 por ciento anual, al inicio de esa década lo que comenzó a atraer masivos recursos internacionales para Estados Unidos, demostrando que era viable financiar desde el exterior el déficit del gobierno norteamericano. Su caída y su ascenso posterior (entre 1984 y 1987: caída; en 1988-1989: nuevo ascenso) forman parte de las dificultades generadas por esta política.
19. Un buen resumen de las dificultades del sistema financiero internacional se encuentra en el ya citado artículo de The Economist con el sugestivo título de «Banks in Trouble». Hace tiempo que venimos defendiendo la tesis de que el inicio de la década de los años noventa fue marcado por una fuerte desvaloración de los activos, que desvalorizó a su vez el capital constante a nivel mundial, permitiendo así un nuevo y sólido período de crecimiento de la economía mundial, con la introducción de innovaciones radicales mediante la incorporación de nuevas tecnologías. Era el final del período depresivo de largo plazo iniciado en 1967, y el inicio de un nuevo ciclo de ascenso de 25 a 30 años, a partir de mediados de los años noventa. Ver nuestros libros citados en notas anteriores, y nuestro trabajo de consultoría para el Sistema Económico Latinoamericano (SELA), en 1990, con el título: Latinoamérica y el Caribe en la economía mundial.

IV La crisis del neoliberalismo: una agenda para la recuperación mundial, de 1994 al siglo XXI

CRISIS Y COYUNTURA

En varias oportunidades, hemos demostrado que, a partir de 1994, se inició en la economía mundial una nueva fase de crecimiento. En esos años se presentaron crisis de ajuste a esta nueva fase de crecimiento económico global inscrito en los ciclos largos de Kondratiev.

Según estos ciclos, descubiertos por el economista ruso, la economía mundial se mueve en períodos de 50 a 60 años caracterizados por una primera fase A en la que predominan los años de crecimiento económico, y se moderan las recesiones, las cuales duran cerca de 25 ó 30 años, seguidas por las fases B del ciclo largo, las cuales se dan en períodos de 25 a 30 años, principalmente dominados por recesiones con reanudaciones moderadas del crecimiento.

Las crisis que se presentaron desde la debacle mexicana de 1994 hasta los acontecimientos del Sureste asiático en 1997, con sus efectos internacionales negativos, no pusieron en jaque en ningún momento la vigorosa recuperación económica norteamericana, ni amenazaron el lento pero constante crecimiento económico europeo. Las tendencias recesivas sólo triunfaron en 2001 debido a la intervención de la FED, que elevó drástica y artificialmente la tasa de interés en Estados Unidos; a tal punto que, cuando esta misma tasa bajó en 2002, se crearon rápidamente las condiciones para una recuperación de la economía norteamericana.

La llamada crisis asiática permitió que Japón y a los Tigres Asiáticos reajustaran sus tipos de cambios, lo que dio inicio a un nuevo período de crecimiento que ya se esbozaba en 1999, pero que quedó frustrado por la política recesiva de la FED en 2001.

Rusia, envuelta en esa crisis por distintas razones, solicitó una moratoria y se encaminó hacia una redefinición política que hizo viable su recuperación económica a partir de 1999.

Brasil hizo un ajuste cambiario con retardo, sólo en 1999, lo que se hizo posible debido al apoyo del sistema financiero internacional para la reelección de Fernando Henrique Cardoso. Este país pasó por una grave crisis en 1998 a consecuencia de esta irresponsabilidad, pero redefinió en parte su política económica con la devaluación cambiaria de enero de 1999. A pesar de esto, mantuvo una política de altos intereses que comprometió radicalmente la estabilidad fiscal, haciendo inviable la reanudación del crecimiento económico y el saneamiento de la economía.

Si se observa la situación mundial en su conjunto, después del susto y los desconciertos teóricos y políticos evidenciados por la crisis del Sureste asiático, se reconoce que gran parte de las dificultades económicas que se presentaron en 2001 vinieron más de los graves errores de política económica que de una tendencia recesiva mundial.

Si se admite la solidez de la recuperación norteamericana y europea, así como la fuerza del crecimiento de India y China, y la rápida recuperación del Sureste asiático, se puede considerar la reanudación de un período de expansión económica relativamente importante. Esto se constatará después de que se superen los errores cometidos por los bancos centrales de Estados Unidos y Europa, que aumentaron sus tasas de interés en una coyuntura deflacionaria (pese al crecimiento económico del período), con lo que se profundizaron las tendencias recesivas de 2001 a 2002.

No obstante, existen graves problemas sistémicos que limitan la intensidad de esta recuperación económica iniciada en 2002:

1. Entre estos problemas, están los graves desequilibrios cambiarios que persistirán en una nueva fase de recuperación. En los últimos años, Estados Unidos se convirtió definitivamente en una economía comercialmente deficitaria, y no hay perspectivas de superar esta situación, debido a tres factores: la exagerada valoración del dólar, los altos salarios relativos pagados en Estados Unidos, las dificultades para sustituir las instalaciones industriales norteamericanas afectadas por la competencia de nuevas tecnologías del resto del mundo. A estas causas sistémicas, hay que agregar la política militarista del gobierno de Bush hijo, que ha aumentado enormemente los gastos del gobierno norteamericano en el exterior, acentuando el déficit comercial y de toda la balanza de pagos.
2. Lo más grave es que las entradas de capitales para ese país (independientemente de sus consecuencias estructurales, en términos de la desnacionalización de su sistema financiero) y la venta de servicios para el exterior, no podrán compensar indefinidamente el gigantesco déficit comercial, debido a los altos niveles de

consumo alcanzados por la población norteamericana. En consecuencia, se establece un desequilibrio creciente entre la revaluación del dólar y los efectos del déficit permanente de la balanza de pagos. En consecuencia, es previsible una tendencia sistémica hacia una baja devaluación del dólar.

3. Asimismo, es evidente que la recuperación del sistema económico mundial está basada en fuertes medidas proteccionistas a favor de los sistemas financieros nacionales y de los movimientos internacionales. Esto significa que la fase de recuperación económica estará signada por una constante incertidumbre en cuanto al funcionamiento del sector financiero, y por una sucesión de crisis derivadas de la especulación financiera y cambiaria. Al mismo tiempo, los presupuestos estatales seguirán condicionados por fuertes transferencias y subsidios destinados a mantener este sistema financiero, con sus inevitables olas especulativas.

4. No cabe aquí profundizar en las contradicciones regionales que este modelo de recuperación supone. Éste fortalece claramente las políticas de integración regional, y tiende a consolidar la formación de grandes bloques regionales, al menos por un período medio, con sus confrontaciones comerciales, cambiarias, financieras, monetarias, y... militares. Es obvio también que este modelo no logra integrar claramente a las potencias medias emergentes, como China, India, Brasil, Suráfrica, Turquía, Indonesia, México, Irán, aunque tengan proyección en grandes regiones. Con esta contradicción, la profundización de las tendencias del sistema se vuelve infuncional.

5. En definitiva, una reanudación del crecimiento pone en tensión los intereses de las clases sociales fundamentales del capitalismo —capitalistas y asalariados— a escala mundial. Con esto nace un proceso ideológico global de nuevo tipo, en el que se presentan Estados nacionales en oposición. Pero se esbozan más claramente los intereses y las soluciones contradictorias propuestas por clases sociales en choque. Este choque no ocurre solamente dentro de cada país; tiene fuertes implicaciones en el carácter del propio sistema mundial. Se reanuda el debate ideológico bajo forma de propuestas históricas y globales acerca de la reorganización de la economía y de la política mundial, y sólo secundariamente acerca de las formas nacionales y locales de estas propuestas alternativas.

En los próximos capítulos, analizaremos el período 1994-2004 en el contexto de estas líneas generales de interpretación. Éstas entran abiertamente en conflicto con la manera en que los neoliberales interpretan la creciente inestabilidad de la coyuntura internacional, en gran parte derivada de las contradicciones entre las fuerzas de recuperación económica en proceso y las limitaciones teóricas y doctrinarias impuestas por el llamado pensamiento único.

La crisis originada en Asia entre 1997 y 1999 tuvo un efecto devastador sobre las expectativas económicas de los neoliberales. Revelaba una dimensión coyuntural, pese a haber sido también la manifestación de una crisis sistémica de carácter cambiario que se reflejó también sobre el sistema financiero.

En primer lugar, la solución de la crisis —que fue fácil de presentar— estaba ligada a la actitud conservadora de la Reserva Federal (FED) que, al elevar la tasa de interés de los títulos públicos norteamericanos, provocó un gran movimiento de capitales hacia Estados Unidos, en un momento de caída de las reservas de divisas en las llamadas economías «emergentes». Al provocar una escasez de divisas y una fuga de capitales en una región en expansión, estos países se hundieron en una crisis no sólo económica sino también social, política e ideológica.

En segundo lugar, los conservadores europeos, principalmente en Alemania, se rehusaron a bajar las tasas de interés, con los mismos objetivos: atraer capitales para sus países, agravando la escasez de capitales en el Sureste asiático. La Bundesbank en Alemania se negó a bajar la tasa de interés, oponiéndose a las presiones del nuevo gobierno socialdemócrata, cuyo ministro de Economía, Oskar Lafontaine, defendía abiertamente la caída de las tasas de interés en Alemania y Europa. El ministro de Economía del gobierno alemán no había logrado remover los reaccionarios directores de la Bundesbank. Por ende, éste sigue actuando con sus efectos recesivos, y la política de altos intereses limita el crecimiento económico.

En tercer lugar, los liberales-demócratas japoneses insistieron en devaluar el yen, que llegó a valer 160 yenes por dólar en 1997. Como Japón se había convertido en el principal mercado de los Tigres Asiáticos, la devaluación provocó una caída de las exportaciones de las economías del Sureste asiático, y las obligó a devaluar sus monedas para recuperar su capacidad exportadora. Hace poco, el gobierno japonés terminó aceptando una tasa de cambio en torno a 110 yenes por dólar, que permite restablecer parcialmente el equilibrio cambiario entre Japón, el Sureste asiático y Estados Unidos.

En cuarto lugar, el capital especulativo se agigantó en los años ochenta, provocando colosales aumentos de activos: revaluación del dólar, altas tasas de interés, altos precios de inmuebles, valoración de títulos públicos profusamente emitidos por deudas públicas crecientes. En los años noventa (de hecho, desde la crisis de octubre de 1987), estos activos empezaron a caerse: devaluación del dólar, baja de las tasas de interés, de los precios de los inmuebles, desvaloración y disminución de las deudas públicas. Al capital financiero sólo le quedaban perspectivas de inversión en la consolidación de las Bolsas de Valores en los países centrales, y la especulación con los títulos públicos en los países llamados «emergentes». Estos países habían acumulado importantes reservas en divisas, debido a la suspensión del pago de los servicios

de las deudas internacionales a fines de los años ochenta. Al mismo tiempo, bajo la presión ideológica del neoliberalismo, muchos gobiernos de esos países se mostraron dispuestos a privatizar sus activos públicos. Éstos eran importantes recursos de los cuales el capital financiero internacional pudo apropiarse rápidamente.

Cuando se agotaron las reservas y los activos privatizables, las monedas que habían sido artificialmente revaluadas en estos países entraron en crisis, y fue necesario encontrar otros destinos para esos capitales especulativos. Eso pasó en México (1994), en Brasil (1999), y en Argentina (2001).

A esos capitales les sobró el mercado de títulos públicos de los países centrales que pagan bajas tasas de interés y la especulación de las Bolsas estimuladas por la recuperación económica de Estados Unidos y Europa.

Hay que completar ese marco referencial con la intervención doctrinaria y política del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, intervención que tiene un sentido profundamente conservador. En los años noventa, la baja de las tasas de interés permitió la recuperación económica de Estados Unidos y Europa, así como la caída de sus déficits fiscales. Como ya explicamos varias veces, el origen principal del déficit fiscal no era el gasto público sino los altos intereses. Pero en los países emergentes, primero en los años ochenta, bajo el dominio de las políticas de ajuste estructural, y luego en los años noventa, bajo la dirección del llamado Consenso de Washington (cuando la constante preocupación del FMI por el superávit comercial y la devaluación cambiaria se revirtió a favor de la revaluación cambiaria y el déficit comercial), las tasas de interés subían hasta lo más alto, atrayendo los capitales volátiles que abandonaban los mercados de los países centrales en caída. Esta caída se hacía patente a través de la desvaloración de activos monetarios, financieros e inmuebles, al mismo tiempo que bajaba la tasa de interés y se controlaba el déficit público.

La intervención del FMI fue una de las causas del problema, y no un factor de solución de la crisis. Sus recomendaciones acentuaron los desequilibrios fundamentales de esas economías, anulando su capacidad de recuperación, conduciéndolas a la recesión y al desastre económico y político.

Así, la hegemonía del pensamiento conservador —basada en una reanudación fundamentalista con los principios del neoliberalismo clásico del siglo XVIII, conocido en los países latinos bajo el apelativo de neoliberalismo— se convirtió en uno de los obstáculos centrales para la reanudación del crecimiento económico mundial.

Estos principios afirman la preeminencia absoluta del mercado para regir las relaciones económicas, y desataron la acción de fuerzas conservadoras anteriormente controladas por la acción del Estado, que hasta entonces se apoyaba en una bastante amplia coalición de fuerzas. Este abanico de fuerzas sociales incluía parte del

gran capital nacional e internacionalizado (las empresas multinacionales) y amplios sectores medios y del movimiento obrero organizado. Con la crisis de largo plazo iniciada en 1967, que se manifestó ampliamente en 1973-1975, se rompió este frente de fuerzas sociales. Por una parte, las fuerzas obreras y populares se vieron llamadas a emprender una gran ofensiva mundial para garantizar y profundizar las conquistas logradas después de la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, en esos años las políticas de contrainsurgencia (que tuvieron su más alta expresión en la guerra de Vietnam) se consolidaron como vía para garantizar la conservación del orden social y económico. Se exacerbaron las contradicciones, y los sectores más conservadores terminaron por hegemonizar el poder mundial en los años ochenta, con Margaret Thatcher en Inglaterra, Ronald Reagan en Estados Unidos, y Helmut Kohl en Alemania.

Ese fue el período de imposición de los principios neoliberales, con la desregulación del mercado financiero y otros mercados importantes, tales como la aviación civil y la industria aeronáutica. El resultado de esta política —consustanciada con la creación de la Organización Mundial del Comercio— no fue el surgimiento y desarrollo de mercados más libres, sino un creciente monopolio de los mercados desregulados. En los años noventa, el sistema financiero internacional se caracterizaba por la fusión de los grandes bancos; la aviación civil, por la quiebra de pequeñas y medianas empresas y la fusión de las grandes; la industria aeronáutica se redujo a dos empresas mundiales: Boeing y Airbus. En el poco espacio que quedaba dentro de la aviación de pequeños y medianos aviones, se metió Brasil con Embraer y un fuerte apoyo estatal.

En esos años, sectores enteros, como la siderurgia en la costa Este de Estados Unidos y en Europa, estaban tecnológicamente obsoletos quedaron liquidados. Al mismo tiempo, se abrió un espacio para la introducción de nuevas tecnologías, particularmente en el campo de la informática, con el avance de la robotización, de la automatización. Quizás haya sido ésta la principal contribución de la ofensiva neoliberal. Abrió camino para la decadencia de varios grupos económicos hasta entonces apoyados en los Estados a través del proteccionismo, abierto o solapado.

Pero esto no significó la implantación de nuevos mercados libres. Al contrario, se inició una fuerte competencia monopólica que desembocó en la concentración industrial, en el enorme aumento de las joint-ventures, y en la formación de nuevos gigantes monopólicos, como en el caso de las investigaciones del gobierno norteamericano a la Microsoft de Bill Gates.

Resultaba entonces natural que las fuerzas conservadoras empezaran a retirarse cuando se aclararon los efectos terriblemente devastadores de su hegemonía. También era evidente que, a las primeras señales de recuperación económica, los sectores despreciados en los años ochenta retomarían su capacidad ofensiva.

Ésta era, en esencia, la situación económica internacional que había surgido en 1994. Se trata de sistematizar las condiciones políticas que permiten reorganizar un gran frente de fuerzas sociales y unas políticas capaces de restablecer los principios del crecimiento económico, del pleno empleo, de la organización social y económica planificada democráticamente, de la intervención estatal a favor del progreso y la justicia social, de un nuevo orden mundial más equilibrado y equitativo.

Desde 1995, las elecciones europeas confirman esta tesis. La victoria de la socialdemocracia, con el apoyo de los ecologistas y del repunte de los socialistas democráticos (ex comunistas) en Alemania Oriental abrió una coyuntura de transformaciones sociales, iniciadas con la victoria de Clinton en Estados Unidos, en los años noventa, seguida de la victoria de Blair en Inglaterra pese a sus limitaciones ideológicas, y sobre todo la de Jospin en Francia. Poco importaba que en este proceso se dieran marchas y contramarchas, como la dimisión de Oskar Lafontaine del Ministerio de Economía y de la presidencia del Partido Socialdemócrata alemán.

Ante estos hechos, los sectores conservador se desesperaron y aplicaron políticas erráticas; por ejemplo, en Estados Unidos, la condena del comportamiento sexual del presidente Clinton por parte de la oposición republicana, como principal programa de gobierno. En el año 2000, para coronar esta política, los republicanos utilizaron los recursos institucionales con un sello claramente golpista, se embarcaron en la aventura política de llevar al poder un hombre sin preparación y psicótico como George W. Bush, hijo de George Bush, asegurando la victoria de un candidato presidencial derrotado. Alrededor de él y del vicepresidente Cheney, se formó una red de conservadores fundamentalistas que no tenían ninguna preparación para gerenciar el proceso de ajuste de Estados Unidos a las nuevas condiciones internacionales.

La aventura de la ultraderecha se reforzaba con otras personalidades semejantes, como la de Berlusconi en Italia, y la de Aznar en España, más moderado sólo en apariencia, y otras fuerzas de derecha que lograron imponerse ante el fracaso de la ofensiva popular llamada «onda rosa». El caso más dramático de degeneración de una socialdemocracia totalmente por debajo de la misión histórica que le había sido otorgada por sus sectores, fue el de Tony Blair, quien se dejó subsumir completamente en los proyectos de la ultraderecha norteamericana, particularmente en la guerra de Irak.

La debilidad de la socialdemocracia europea y del liberalismo norteamericano, asociada a las más variadas formas de populismo de centroizquierda en Latinoamérica, en África, y en parte de Asia, no tiene que ver necesariamente con el alcance de la onda sociopolítica que la volvió a colocar en el poder en la segunda mitad de la década de los años noventa.

Ya veremos que la imposición del pensamiento único tuvo el carácter de un colosal terrorismo ideológico, similar al poder que alcanzó el irracionalismo nazi en los años treinta. Por cierto que en este libro destacaremos los vínculos entre el nazismo y el neoliberalismo. Así pues, resultaba natural que gran parte de la socialdemocracia, del liberalismo norteamericano, y del populismo del Tercer Mundo, se dejaran penetrar por ese monstruoso retroceso ideológico.

La llamada «onda rosa» fue víctima de esta situación ideológica, y los gobiernos que ésta generó quedaron limitados en sus políticas económicas, tratando de conciliar una política económica neoliberal (la única científica, o sea, la aceptación del pensamiento único) y una política social con visos socialista. Como la política social y todas las políticas públicas dependen de su base macroeconómica, resultaron inviables. O se rompía la base doctrinaria de pensamiento único económico y se establecía una nueva agenda de políticas públicas, o se hundía el gobierno, cualquiera que fuere su signo político. Examinaremos estos puntos detalladamente en los próximos capítulos.

La debilidad de la socialdemocracia para responder a esta nueva situación generó una contraofensiva de la derecha, que asumió un carácter parafascista y trató de abandonar los límites aceptados por los conservadores, para lanzarse en un desesperado populismo de derecha, de clara inspiración fundamentalista.

Tras varias victorias de fuerzas profascistas en Europa y el auge del fundamentalismo islámico sobre todo en el Medio Oriente, estas tendencias llegaron hasta el centro hegemónico.

En Inglaterra, los conservadores se dividieron seriamente. En Francia, quedaron desautorizados por la derecha fascista y entraron en una fuerte lucha interna.

Se trata del ocaso del pensamiento conservador de inspiración neoliberal. Su derrota más grave se registró en las organizaciones internacionales, donde se multiplicaron las señales de su descrédito. En el Banco Mundial, en el PNUD, en la UNCTAD y, ciertamente, en la OIT, las tesis neoliberales se vieron derrotadas. Para constatarlo, basta analizar los informes de estas instituciones desde 1999, que reflejan claramente un proceso crítico que no se podía obviar, pese a los límites teóricos del pensamiento de sus autores, muy influenciados por la hegemonía del llamado «pensamiento único» en los años ochenta y a principios de los noventa. Entretanto, quedaba por definir una agenda para la recuperación de la economía mundial.

Cambio político y cambio económico

Resulta interesante analizar el artículo del semanario conservador The Economist del 13 al 19 de junio de 1999, en su sección sobre Gran Bretaña, página 53. The Economist fue una especie de escudero de Margaret Thatcher, la reina de las privatizaciones. Fue también uno de los ideólogos del laborismo light. En su prepotencia, estos ideólogos conservadores llegaron a redactar un programa «correcto» para el laborismo. Fueron uno de los principales puntales de la campaña internacional que pretendió identificar a Tony Blair con el thatcherismo. La esencia de esta campaña fue la tesis según la cual los partidos de centroizquierda y de izquierda podían llegar a gobernar sus países si aceptaban continuar la política neoliberal en lo económico, con algunas correcciones en lo social.

Pero hay que entender los límites de esa tesis. Sus autores, los conservadores, no sólo habían perdido las elecciones en todas partes, sino que se hallaban divididos y habían abierto camino a una ultraderecha cada vez más arraigada y amenazadora. Así, en su retirada, quisieron dejar el terreno minado mientras lograban reagruparse. Fue la tesis según la cual la izquierda «tenía» que gobernar con el programa de derecha. A pesar de su amplia divulgación mundial, tuvo que ceder ante los hechos. Y los hechos son los hechos. Es lo que dice el artículo de The Economist.

Éste, después de lamentar que el gobierno laborista, presionado por su izquierda y por los sindicatos, no seguía la línea «correcta» de las privatizaciones, se dedica a comprobar las ventajas de dichas privatizaciones en Inglaterra y el resto del mundo. Pero ¿cuál es el veredicto del pueblo británico acerca de las privatizaciones? Resulta interesante utilizar las propias palabras del semanario:

“La evidencia de las investigaciones sugiere que las privatizaciones nunca fueron demasiado populares, y lo son cada vez menos con el transcurrir del tiempo. En 1983, Mori (una agencia de estudio de la opinión pública) informó que 43 por ciento de la población quería más privatizaciones. En 1992, estos datos habían caído a 24 por ciento; y en 1998, una investigación informó que sólo 19 por ciento estaban a favor de la privatización del metro.

Quedaba claro que el prepotente semanario conservador no se sometía al juicio popular. Mantenía sus argumentos neoliberales en favor de los controles, de las regulaciones, y de otras falacias. Lo más grave es que los ingleses habían sido los primeros en conocer este fenómeno, y su opinión era cada vez menos taxativa y definitiva.

Pero no hay que hacerse ilusiones. La gran empresa seguirá amenazando con el rechazo electoral a los candidatos de la izquierda que se opongan a las privatizaciones. En definitiva, la táctica de los conservadores

fue incorporada por una parte significativa de los políticos socialdemócratas, laboristas y socialistas. En el caso de Inglaterra, los hechos fueron taxativos. El candidato a la alcaldía de Londres que se había opuesto radicalmente a la privatización del metro ganó las elecciones, pero tuvo que abandonar el Partido Laborista y presentarse como candidato independiente.

Cuando las elecciones de Alemania llevaron la socialdemocracia al gobierno, resultó muy significativa una publicación dentro del mismo semanario conservador *The Economist*, en una newsletter del Commerzbank, con el título de Viewpoint (Punto de vista) y el subtítulo: Commerzbank Focus on German and European Economic Issues (Enfoque del Commerzbank sobre los temas económicos alemanes y europeos). Estaba dedicada al tema de las elecciones alemanas y sus efectos mixtos en el mercado de capitales.

Ciertamente, la creación de la moneda europea, el euro, se dio en un momento político muy especial, que produjo importantes cambios en la agenda económica mundial. Según los analistas del Commerzbank, los gobiernos europeos constituidos en aquel período tuvieron que aceptar, independientemente de sus definiciones ideológicas, las reglas macroeconómicas establecidas por el Tratado de Maastricht, que creó la moneda única europea. Estas reglas son claras: equilibrio fiscal (déficit fiscal máximo de 3,5 por ciento del PIB), equilibrio cambiario y baja inflación. La más importante y la más difícil es la estabilidad presupuestaria, que fue relativamente lograda al comienzo, pero que ya en 2003 estaba rebasada.

Sin embargo, la fijación de un presupuesto estable tuvo una consecuencia inesperada. La caída de las tasas de interés fue el instrumento principal para lograr esa estabilidad. Y la disminución de la deuda pública y de los intereses hizo caer los gastos del servicio de la deuda pública, abriendo camino a nuevos gastos productivos y sociales.

La reanudación de las inversiones públicas y de los gastos sociales disminuyó el costo de las transferencias al sector social. La disminución del desempleo será tal vez el resultado más importante de nuevas inversiones encauzadas por los socialdemócratas. Al mismo tiempo, los presupuestos públicos se harán más estables y los recursos para el gasto público aumentarán. Ésta es la evolución actual de las finanzas públicas norteamericanas.

Estos hechos nos muestran la profundidad de la trampa donde nos metió la hegemonía de los principios neoliberales en la vida económica durante los años ochenta. La liberación de los mercados, la disminución del control estatal sobre las empresas, sobre todo en el sector financiero, no produjeron un mercado más libre.

Todo lo contrario. La desregulación favoreció el monopolio de los mercados, sobre todo los mercados financieros nacionales y mundiales. Al mismo tiempo, el alza de las tasas de interés, típica de los años ochenta, aumentó dramáticamente los gastos públicos. Paradójicamente, la aplicación del neoliberalismo no condujo al equilibrio del gasto público sino al más aventurado desequilibrio fiscal de la historia del capitalismo.

Y lo más grave es que estas enormes deudas no se convertían en mejoras económicas y sociales, sino que se destinaban exclusivamente a llenar las arcas de los especuladores.

Sólo con la baja de las tasas de interés y la quiebra de la gran ola especulativa, así como de los sistemas financieros artificiales que ésta había generado, pusieron poco a poco la economía mundial en el camino virtuoso. En este sentido, el conservadurismo de los dirigentes de los bancos centrales europeos viene manteniendo tasas de interés todavía altas, que frenan el crecimiento económico de Europa, además de mantener las mismas altas tasas de desempleo de los años ochenta. La crisis financiera asiática fue uno de los últimos momentos de esta crisis más general. Es de esperarse cierto alivio en el sistema financiero mundial en los próximos años, pese a que los Estados nacionales hayan seguido protegiendo un vasto sector financiero claramente especulativo e inútil. La situación más negativa persiste en los países de desarrollo medio como los latinoamericanos, donde se mantienen las políticas de altas tasas de interés y de protección estatal al capital especulativo, que pierde espacio en el resto del mundo.

La oportunidad que se presentó de recuperar las finanzas públicas y disminuir la especulación financiera tiene que ver con los nuevos programas de austeridad que se impusieron en Europa a mediados de la década (Estados Unidos inició estos programas al inicio de la década, alcanzando los mejores resultados hasta la nueva aventura conservadora de la FED en 2001, elevando brutalmente la tasa de interés). Europa no los estableció según los rígidos principios de Maastricht, sino con la caída de las tasas de interés que, pese a ser insuficientes, permitió buenos resultados a partir de 1994-1995 debido al fin de la especulación con las monedas europeas, que había servido de base a la especulación cambiaria, la cual se neutralizó con la creación del euro.

La austeridad fiscal no es un programa de la derecha, aunque los conservadores siempre han alardeado de tenerla como característica de sus gobiernos. Al contrario, el compromiso de la derecha con la especulación financiera hizo inviable su capacidad de establecer una verdadera austeridad fiscal. Recortó severamente los gastos sociales, pero aumentó los gastos militares y los gastos financieros y, como consecuencia de la crisis social que se profundizó a nivel mundial, aumentó enormemente la necesidad del gasto social. Este círculo vicioso fue el principal resultado de la hegemonía neoliberal de Thatcher y Reagan.

Por eso asistimos a estos cambios de política, a veces tan confusos para muchos. La socialdemocracia, anteriormente considerada como irresponsable ante el gasto público, fue llamada a dirigir un período de austeridad fiscal. Pero esta austeridad fiscal, al establecerse a través de la disminución de las tasas de interés pagadas por el Estado, liberó recursos crecientes para reanudar las inversiones públicas y las políticas sociales. Resulta interesante señalar la dificultad para entender esta situación por parte de un economista progresista como Joseph Stiglitz. En su libro *Los exuberantes años 90: una nueva interpretación de la década más próspera de la historia* (2003), hace una autocrítica con respecto a la generación del superávit fiscal del gobierno de Clinton, al que asesoró. Estas sociedades están dejando de gastar en pagos de interés para volver a gastar en crecimiento económico y justicia social. Y la derecha conservadora no tiene nada que proponer en estas circunstancias. Por eso cedió espacio a la centroizquierda y sobre todo a la ultraderecha parafascista, que presenta un programa de limitaciones a las consecuencias de las políticas neoliberales y al aumento de inmigrantes en los países desarrollados. Por eso, lo político y lo económico suelen acercarse y romper las barreras artificiales entre los dos aspectos de la totalidad social, impuesta por una visión distorsionada y mezquina de lo humano.

Para responder a estas nuevas situaciones, una parte del pensamiento social liberal abrió camino a una ofensiva mundial. Esta ofensiva enarboló las banderas de la Tercera Vía. Después de varias reuniones bilaterales, se procuró articular una reunión más amplia en esta dirección.

Dentro de esta articulación, en 1999 se reunieron en Florencia los dirigentes del gobierno democrático norteamericano, Bill Clinton; del gobierno del partido laborista inglés, Tony Blair; del gobierno de coalición socialdemócrata-ecologista alemán, Schröder; el presidente del gobierno de centroderecha de Brasil (PSDB, PFL, PPB, PRB y parte de PMDB), Fernando Henrique Cardoso, y el jefe del gobierno de centroizquierda italiano, Massimo d'Alema, además del jefe del gobierno de la izquierda pluralista francesa, Lionel Jospin.

Por presión de Jospin, que criticaba claramente las propuestas de la Tercera Vía, la reunión no pudo identificarse oficialmente con esta corriente. Pero como era el único que se oponía abiertamente a esta tendencia, la empresa internacional siguió tratando esta reunión como el primer encuentro ampliado de la Tercera Vía.

No es conveniente ignorar un encuentro de poderes tan grandes, principalmente cuando se pretende abrir caminos para la política del siglo XXI.

Cuando se lanzó la propuesta de la Tercera Vía, fuimos los primeros en llamar la atención sobre su importancia. Por una parte, era la constatación del fracaso de las políticas neoliberales, consideradas hasta entonces como intocables. Por otra parte, arrastraba la visión defensiva de que no hay éxito económico sin libre comercio y sin la aceptación general del fracaso de la planificación económica y de la acción estatal.

El resultado de esta autocrítica a medias fue esa fórmula híbrida llamada Tercera Vía. Según sus formuladores, el libre comercio seguiría siendo la forma más eficiente de escalar los escasos recursos producidos por las economías nacionales. A cambio, aceptaban que el libre comercio ofreciera soluciones desfavorables para las economías más pobres que no disponen de elementos de presión sobre el mercado. Como se ve, la Tercera Vía se inscribe dentro de un programa propuesto o impuesto por los ideólogos conservadores: neoliberalismo, pero con compensaciones estatales, sobre todo en el plano social.

Así, lo ideal para la Tercera Vía sería completar la «eficiencia» del libre comercio con la «corrección social hecha por las políticas públicas». Según sus «teóricos» (si es que podemos llamar teoría esta manifestación de buena voluntad y buenos propósitos), la Tercera Vía rescataría los aspectos positivos del mercado y de la intervención estatal.

Pero la realidad es mucho más compleja que las «buenas intenciones» de los conciliadores. Es evidente que los efectos sociales negativos de las políticas neoliberales no pueden ser corregidos por el Estado. Por dos razones. Primero, porque los recursos públicos para políticas sociales son escasos en el contexto de las políticas de equilibrio fiscal promovidas por el pensamiento neoliberal. Segundo, porque este pensamiento lleva necesariamente al recorte de los gastos públicos que atienden a los pobres. Al mismo tiempo, restringen la redistribución de los ingresos como condición económica para lograr el crecimiento. En sus mentes atrasadas, son los ricos los que invierten y garantizan el crecimiento.

Así pues, no es posible conciliar la restricción neoliberal de los gastos públicos sociales para el crecimiento y el pleno empleo, con el aumento de las medidas de bienestar. No es aconsejable apoyar las políticas recesivas de los neoliberales (que aumentan el desempleo y la miseria, y concentran la renta en beneficio de los más ricos) y, a la vez, tratar de corregir sus «resultados», pues los resultados son la propia esencia de la doctrina y la política neoliberales.

Estas razones teóricas generales ya bastarían para descalificar los supuestos resultados virtuosos de la Tercera Vía. Pero también hay otras razones, aún más profundas, para rechazar las propuestas estratégicas de la llamada Tercera Vía.

La evolución histórica y el comportamiento real del capitalismo no siguen en absoluto los modelos abstractos generados por la visión utilitarista e individualista que fundamenta el pensamiento neoliberal arraigado en los filósofos del siglo XVIII. Tampoco la ciencia contemporánea sigue los principios metodológicos arcaicos — puramente mecanicistas y economicistas— que fundamentan esta doctrina.

Más evidente aún es el hecho de que el modelo de un mercado de vendedores y compradores individuales no tiene nada que ver con los mercados reales, sobre todo en la fase actual del capitalismo mundial. Todos sabemos que el mercado real está compuesto de oligopolios y monopolios semiprivados y semiestatales, que operan según los rígidos principios de regulación estatal sin los cuales no podrían existir.

Las grandes compañías son vendedores y compradores, y en ese intercambio los Estados son grandes actores. Determinan la dirección de la economía. En los países de la OCDE, los gastos estatales representan casi 47 por ciento del PIB, participación que ha crecido exponencialmente desde comienzos del siglo XX, época en que no llegaba al 10 por ciento.

Principalmente después de la Segunda Guerra Mundial, el Estado se convirtió en parte integrante y necesaria del funcionamiento de la economía capitalista mundial. Y cabe afirmar que, según los datos del Banco Mundial, esta participación de los gastos públicos siguió creciendo entre 1980 y 1995, bajo el dominio ideológico del neoliberalismo.

Lo que se dio entre 1980 y 1995 no fue una disminución del gasto estatal sino una drástica reorientación del gasto público en las «transferencias», o sea, las transferencias de los ingresos de la población en su conjunto, sobre todo hacia el sector financiero, el cual absorbió la mayor parte de esas «transferencias» bajo forma de pagos de interés por los títulos de las deudas públicas. Trataremos más detalladamente este tema.

Lo que estos hechos revelan son los grandes y radicales límites del neoliberalismo. Se trata de un modelo teórico totalmente arcaico, preindustrial, sin hablar de la revolución científico-técnica contemporánea que estos teóricos no comprenden, cuyos mecanismos económicos ni siquiera integran y, cuando mucho, los describen de manera formal y empírica. De esta forma, las reverencias de los teóricos de la Tercera Vía ante la «eficacia» de la economía de mercado y de los principios neoliberales, no encontraron ninguna base en la práctica de la vida económica. El período de Thatcher sólo logró que Inglaterra se retrasara, cayendo su PIB por debajo de los de Italia, China e India.

Estados Unidos de Reagan aumentó su deuda pública de 32,6 por ciento a 6,1 por ciento del PIB. Reagan elevó el déficit comercial hasta cifras inimaginables, y lo volvió definitivo y estructural. Estos fantásticos desequilibrios económicos fueron corregidos parcialmente por el gobierno de Clinton, pese a las dificultades que encontró para sobreponerse a la oposición republicana. Ésta impidió sistemáticamente la plena adopción de los principios del «capitalismo gerencial» propuesto por el equipo económico de Clinton.

Movido por razones políticas, Clinton hizo concesiones a los neoliberales republicanos, que le dificultaron seguir contando con el apoyo de los trabajadores y de las minorías.

Un ejemplo de esas debilidades doctrinarias fue la oposición moderada de su vice presidente, Al Gore, en el asunto de Medicare. Al abandonar la línea radical propuesta por Hillary Clinton a favor de la medicina pública, Gore se vio atacado por la izquierda y perdió votos significativos. En definitiva, sus vacilaciones lo llevaron a la derrota en las elecciones presidenciales de 2000, por no haber sido capaz de lograr un margen seguro de votos por encima de su oponente, Bush hijo, quien manipuló los resultados en Florida, donde Gore no pudo asegurar su votación.

Queda claro, pues, que los gastos sociales no pueden ser presentados como una especie de sobremesa, después del plato fuerte de las medidas económicas. No hay una separación radical entre ambos sectores. Queda clara también la adhesión de la población a los políticos que más firmeza muestran al enfrentar los principios doctrinales neoliberales. Los tecnócratas neoliberales, muy hipócritamente, califican de «populistas» a esos políticos. Según ellos, son políticos que se dejan guiar por la «opinión pública» en vez de guiarse por los principios «científicos» de los tecnócratas neoliberales.

¿Adónde nos llevan estos principios «científicos» del siglo XVIII? Es cada vez más claro. Basta ver lo que pasó en África bajo el dominio del Banco Mundial desde los años ochenta. Basta ver lo que pasó con la Europa oriental, incluida la Unión Soviética, bajo la orientación de los técnicos neoliberales después de la victoria de Yeltsin. Basta ver lo que pasó con los Tigres Asiáticos cuando comenzaron a ceder en su política del Estado desarrollista para abrir espacio a los capitales de corto plazo y a la desregulación de sus economías. Basta ver la gravísima situación de Latinoamérica después de haberse aplicado los ajustes estructurales de los años ochenta y el Consenso de Washington de los años noventa.

Un panorama tan impresionante a nivel planetario no ha modificado mayormente las pretensiones de esos tecnócratas, que se niegan a seguir la «opinión pública». Ésta representa el régimen democrático con el cual no pueden convivir. Basta señalar que el ascenso político de los neoliberales se inicia bajo el terrorismo de Estado de Pinochet, la violencia social y antisindical de Margaret Thatcher y de Ronald Reagan, los regímenes de derecha, militares o no, en los años setenta y ochenta, el bombardeo del parlamento ruso por Yeltsin, y otros actos similares de terror.

La Tercera Vía nació en el contexto de estas terribles consecuencias del neoliberalismo. Pretendía poner un límite a sus efectos más negativos. La unión del demócrata Clinton con el laborista Blair encontró un nuevo

apoyo en el centrista Schröder, ganó algunos puntos con las vacilaciones de D'Alema, obtuvo el apoyo del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en crisis, llegó a incorporar al centroderechista Fernando Henrique Cardoso.

Una vez iniciada su ofensiva, la Tercera Vía pronto alcanzó sus límites. Blair se topó con la oposición de su propio partido y vio crecer, a su izquierda, el alcalde de Londres, el «rojo» Livingstone. Éste tuvo el apoyo de 63 por ciento de los electores, sobre todo contra la privatización del Metro de Londres, que Blair insistió en llevar a cabo. Schröder asumió las propuestas neoliberales de la derecha alemana y propuso recortes de hasta 25 billones de dólares en el presupuesto alemán, recortes contra los cuales se rebelaron los electores alemanes, que votaron contra Helmut Kohl. Cuando tales propuestas fueron rechazadas por su partido, Schröder dio un giro de 180 grados y retomó el programa del Partido Social Demócrata Alemán, aunque siguió proponiendo recortes al gasto público. En consecuencia, el partido se vio amenazado en las elecciones de 2003 por una derecha desprestigiada por las denuncias de la corrupción del gobierno de Kohl.

Fernando Henrique Cardoso confesó a la prensa italiana, en 1999, que «si las elecciones presidenciales se hubieran efectuado algunos meses más tarde, las habría ganado». Tras la devaluación de 1999, su gobierno sufrió el rechazo explícito de 64 por ciento de la población en los sondeos de opinión pública. No hay que dar muchas vueltas para comprender que las propuestas neoliberales se convirtieron en algo totalmente impopular.

Lionel Jospin se opuso al neoliberalismo, aunque con ciertas vacilaciones expresadas en los cambios de su equipo económico, y fue ganando terreno día a día, abriendo el camino para la superación del neoliberalismo al aplicar la reducción de la jornada de trabajo en Francia. Posteriormente, trajo de vuelta al gobierno a Laurent Fabius, cuya perspectiva neoliberal reorientó la política económica hacia la derecha, y condujo el Partido Socialista francés a una derrota humillante en las elecciones de 2002.

El debate planetario

Antes de la reunión de la llamada Tercera Vía en Florencia, la Internacional Socialista había llevado a cabo su congreso en París. Aquella reunión resultó sumamente importante para el destino de la economía.

Participaban en ella los líderes partidistas, los primeros ministros y los jefes de Estado de los principales países europeos. Allí estaban también los partidos de origen nacional-democrático del Tercer Mundo.

Asimismo, el Partido Demócrata norteamericano trató de acercarse, a través del presidente Clinton, a algunos líderes de la Internacional Socialista. El Partido Liberal Democrático de Japón se propuso sustituir al Partido Socialista japonés en la Internacional. Se formó así un movimiento internacional de centroizquierda con suficiente peso para determinar el destino de la política económica mundial.

No hay que ignorar el hecho de que muchos de los antiguos partidos comunistas (principalmente europeos) se incorporaron, o han pretendido incorporarse a la Internacional Socialista.

Al mismo tiempo, se le incorporaron los movimientos de liberación nacional del Sur, tal como la ANC de Sudáfrica, el Frelimo de Mozambique, los sandinistas de Nicaragua, y muchos otros.

En su seno se reunieron también enemigos históricos como el Al Fatah palestino y el Partido Laborista de Israel.

Pero es curioso constatar la escasa cobertura dada por los medios a un evento tan significativo. Quizás se deba al desprecio de estos medios de comunicación por el fenómeno del socialismo mundial.

Estos mismos medios nos informan que el socialismo es algo totalmente superado, que ya no existe; pero esta afirmación, considerada como una verdad absoluta, resulta difícilmente compatible con la importancia y el crecimiento que la Internacional Socialista ha tenido en estos últimos años.

Para los medios de comunicación, también es difícil administrar el hecho de que semejante asociación de partidos busque ser la continuidad histórica de la II Internacional, fundada entre otros por Marx y Engels, sus principales líderes ideológicos y políticos. Estos medios también nos informan que Marx y Engels son pensadores totalmente superados y rebasados. ¿Cómo pueden, entonces, ser una referencia importante para los principales partidos y movimientos políticos contemporáneos?

Si bien es cierto que la Internacional Socialista no se considera hoy en día como marxista, no oculta el papel hegemónico que los marxistas desempeñaron en su seno hasta la Primera Guerra Mundial, cuando surgió, en 1919, la III Internacional, de signo Comunista. Pero esta influencia marxista se mantuvo hasta los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando la Guerra Fría obligó a una separación radical entre socialistas y comunistas.

Hoy en día, este pasado pretende ser distante. En los años cincuenta del siglo XX, y sobre todo en los años sesenta y setenta, los partidos de la Internacional Socialista asumieron los gobiernos de varios países. La

verdad es que, con la experiencia del poder, cambiaron bastante su orientación ideológica. O tal vez haya ocurrido lo contrario: su cambio de orientación ideológica les permitió llegar al poder sin graves restricciones.

Para conseguir el apoyo de las clases medias y neutralizar la oposición radical de los conservadores, casi todos los partidos socialistas y socialdemócratas retiraron de sus programas el objetivo de llegar al socialismo.

Una vez en el poder, estos partidos asumieron la función de gerenciar el capitalismo, aplicándole algunas restricciones de carácter social, tales como las políticas de Bienestar Social. Pero es necesario señalar que estos partidos asumieron el poder en los momentos económicamente más difíciles.

En consecuencia, en sus manos quedaron las políticas de ajuste fiscal, con las que había que apretarse el cinturón. Las clases dominantes utilizaron el prestigio de esos partidos entre los trabajadores para que éstos aceptaran asumir los altos costos de la estabilización económica capitalista.

Pero ahora estamos ante una nueva situación. Los partidos de la Internacional Socialista se ven llamados a asumir el poder en un momento de recuperación económica mundial, tras varios años de recesión y de intentos de recuperación económica a través del libre comercio.

La experiencia neoliberal desprestigió ideológicamente los principios capitalistas de gestión, y produjo un creciente movimiento de rechazo contra sus principios de política económica y los efectos dramáticos de esta experiencia internacional.

Lo que queda, actualmente, es un vacío ideológico. Se reconoce cada vez más el fracaso del «libre comercio» más allá de dudarse de su existencia como escalonador de recursos, frente a las «imperfecciones del mercado» denunciadas por Joseph Stiglitz, aún mientras encabezaba a los investigadores y policy makers del Banco Mundial.

La prueba de este fracaso está en la incapacidad de evitar las crisis internacionales; está en el riesgo que representa la burbuja financiera; en el fracaso de la transición al capitalismo en la antigua URSS y en la Europa Oriental; en la tragedia africana ocurrida bajo la égida del Banco Mundial; en los resultados negativos de la liberalización financiera de los Tigres Asiáticos; en las dos últimas décadas perdidas de América Latina; y así sucesivamente.

Pero, por otra parte, aún se dan por ciertas las afirmaciones dogmáticas del neoliberalismo en contra de la planificación. Se dice que estas «verdades» se habrían confirmado con el fracaso del socialismo en la Europa oriental y en la antigua URSS.

No se valora claramente el hecho de que el principio de la planificación orienta la acción de las empresas transnacionales o globales y las políticas industriales del Estado moderno. Los datos muestran que los gastos públicos son cada vez más importantes en los países capitalistas centrales. A pesar del neoliberalismo, queda cada vez más clara la imposibilidad de organizar la economía mundial sin políticas de largo plazo y sin planificación económica, política, social y cultural.

Es difícil aceptar estos hechos en un ambiente todavía impregnado de proclamas neoliberales, privatizaciones, terrorismo ideológico antiestatista, antipopulista, antisocialista. Pero los hechos son los hechos y, si se repiten insistentemente, hay que ajustarse a ellos.

El Banco Mundial ya reconoció la necesidad de revalorizar el papel de las instituciones, entre las cuales está principalmente el Estado moderno, para repensar las tareas de desarrollo. El Banco Mundial, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD), el PNUD, la OIT, el Banco de Asia, y el propio Fondo Monetario Internacional, reconocen el aumento de la pobreza en el mundo como el más grave problema en el actual proceso de globalización.

Estos mismos organismos comienzan a aceptar la idea de una intervención reguladora sobre el sistema financiero internacional, y la necesidad de una tasa (como la propuesta por Tobin) sobre los movimientos financieros internacionales.

Tales cambios de orientación dan origen a una nueva agenda de política económica internacional, agenda que ha venido esbozándose en las varias cumbres mundiales que han inaugurado una nueva era de relaciones internacionales: por primera vez en la historia, los jefes de Estado, los movimientos sociales, las ONG y los organismos internacionales se juntaron para producir un ideario a nivel planetario.

La cuestión ecológica en la Cumbre de Río, la cuestión poblacional en la del Cairo, la cuestión social en Copenhague, la cuestión de la mujer en Beijing, la cuestión de las metrópolis en Turquía, la cuestión de la infancia y la juventud en varios foros, han promovido una serie de proyectos de políticas públicas que cuestionan radicalmente el principio neoliberal de la supremacía del libre comercio.

En esta agenda, faltaba agregar los partidos políticos organizados internacionalmente. La reunión de la Internacional Socialista en París, en 2001, fue precedida por la preparación de un documento básico coordinado por Felipe González. Pese a la timidez de sus posiciones, y a la intención de crear una Tercera Vía (ya profundamente desprestigiada), la Internacional Socialista trató de llenar el vacío del que hablamos en este trabajo.

Las resoluciones del documento de París apuntan a la preeminencia de lo político sobre lo económico (de la planificación sobre el mercado), del pleno empleo y del crecimiento económico sobre el mero equilibrio fiscal y macroeconómico, del avance tecnológico y científico al servicio de la humanidad, del desarrollo humano sobre los criterios economicistas de crecimiento.

No hay que esperar mucho de estos encuentros, pero hay que convenir que esta reunión llenó un vacío y señaló una nueva tendencia. Es de esperar que estos mismos líderes sean consecuentes con su ideario político en las reuniones del Grupo de los Siete, del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial, de las Naciones Unidas, de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y, principalmente, de la nueva Ronda del Milenio en la Organización Mundial del Comercio. En la reunión de Seattle (donde se daría el primer paso hacia la Ronda del Milenio), se trató de esbozar el debate colosal que habrá de entablarse en el escenario mundial en los próximos años.

Fue muy interesante ver que se juntaron las fuerzas para este formidable resurgimiento del debate ideológico planetario. Éste ya no asume la forma de dos grupos de Estados en conflicto, sino que se esboza entre dos grandes propuestas globales para la humanidad. La Guerra Fría ha sido sustituida por una guerra ideológica planetaria que contradice, en casi 100 por ciento, los análisis teóricos efectuados por el neoliberalismo, el postmodernismo y otros similares.

La OMC cuestionada: por una nueva agenda

La reunión de la OMC en Seattle, en el año 1999, buscaba iniciar una nueva etapa de negociaciones en el sentido de la total liberalización del comercio mundial. Por su importancia, fue llamada la «Ronda del Milenio». Pero esta reunión resultó un fracaso. Se llevó a cabo cercada por vastas manifestaciones de calle. Los acontecimientos de Seattle suscitaron una inmensa perplejidad.

En primer lugar, mostraban el creciente interés de las más amplias capas de la población por los temas relacionados con la globalización.

Éstos dejaron de ser un asunto de tecnócratas, para abrirse a la opinión pública en general y a varias organizaciones sociales en particular, sobre todo el movimiento sindical norteamericano, dirigido por nuevos líderes de la poderosa AFL-CIO, que asumió la responsabilidad de dirigir un enorme movimiento de masas en torno a su concepto del comercio mundial, marcando una nueva etapa en el movimiento laboral mundial.

En segundo lugar, la reunión de la Organización Mundial del Comercio reveló los límites y las posibilidades del libre comercio como principio ordenador del intercambio mundial. Las divergencias entre gobiernos y pueblos enteros, con respecto a los principios que deben orientar sus relaciones mutuas, muestran la imposibilidad de resolver estas cuestiones en nombre de los principios incompatibles con el avance de la humanidad, entre los cuales se destaca el libre comercio mundial como fundamento del comercio.

Examinemos primero las principales cuestiones en cuanto al propio contenido de las actividades de la OMC.

Esta institución surgió al finalizar la Ronda Uruguay, que llevó a un nivel muy alto la liberalización del comercio mundial, de aranceles y otras limitaciones portuarias. Aunque se pretendía que estos acuerdos generaran una gran abertura comercial y una libertad de mercado excepcional, hay que señalar que esto no fue corroborado por los hechos.

Por una parte, la libertad cambiaria y arancelaria no elimina otros mecanismos de proteccionismo, tales como los subsidios directos o indirectos, las restricciones no arancelarias para la introducción de productos, tales como las exigencias sanitarias, de presentación, y otras. Tampoco garantiza la capacidad de competir en términos de financiamiento, mercadeo y otros instrumentos no previstos por los acuerdos de liberalización.

Están también las cuestiones de orden cambiario. Se sabe que la revaluación o la devaluación de las monedas es hoy un instrumento privilegiado de competencia comercial entre las diversas economías nacionales, hasta el punto que las alteraciones cambiarias desembocan en cambios fundamentales de las performances en las exportaciones e importaciones de cada país.

Pero lo más determinante es el hecho de que el comercio mundial está cada vez más determinado por los comportamientos monopólicos y oligopólicos que lo dominan. Basta saber que la mayor parte del comercio internacional contemporáneo se lleva a cabo dentro de las corporaciones o empresas multinacionales, transnacionales y globales. Este comercio intrafirmas no está sometido a las relaciones de mercado, y los

precios son administrados por las empresas de acuerdo con su intención de burlar el fisco o de atender otras razones económicas y, sobre todo, financieras.

Ésta fue la verdadera razón para establecer una Organización Mundial del Comercio. Los Estados nacionales más poderosos asumen la tarea de organizar y administrar el comercio mundial, no dentro de la perspectiva de un libre comercio sino, al contrario, con la idea de asegurar la hegemonía de sus empresas sobre los mercados nacionales y locales de las naciones más poderosas. Se trata de impedir que éstas dispongan de mecanismos de defensa para sus mercados.

El dominio de los mercados nacionales y locales depende también del control de los medios de comunicación que consiguen, a través de la publicidad y de otros mecanismos más sofisticados de influencia cultural, determinar las conductas y los comportamientos que se traducen en consumo solvente, o sea, en mercado.

Estos argumentos de orden general serían suficientes para demostrar que la idea de una organización mundial de comercio no es un instrumento de libertad de comercio sino de ordenamiento del comercio mundial en favor de los más fuertes.

Pero existen otras cuestiones mucho más concretas que limitan estas aspiraciones formales de un libre comercio.

La competencia entre países no es un asunto que se reduce a los modelos abstractos de relaciones entre vendedores y compradores. En primer lugar, las estructuras productivas de los países corresponden a fenómenos culturales bastante decisivos. Es el caso, por ejemplo, de la producción agrícola.

Aunque gran parte de esta producción se efectúa hoy en día dentro de un complejo industrial y de servicios, durante muchos siglos estuvo asociada a un modo de vida que hoy llamamos campesino o rural. Aceptar la destrucción de ese mundo agrícola es un comportamiento irresponsable, que corta definitivamente nuestra relación con millares de años de historia, de cultura, de referencia para sus nacionales y, principalmente, para los habitantes locales.

Son formas de vida que no quieren desaparecer para servir a la imposición de una supuesta modernidad. Ciertamente, las naciones más evolucionadas socialmente no quieren que se destruyan esos patrimonios culturales. Defienden radicalmente la conservación de esas formas culturales como la agricultura francesa, alemana o japonesa. Y están dispuestos a pagar por esto, ya sea en forma de precios más elevados, ya sea en forma de subsidios estatales a los agricultores.

Pero hay razones más pragmáticas para exigir la supervivencia de las economías rurales en esos países. Se trata de razones de seguridad alimentaria. Japón sabe muy bien lo que esto significa. Durante la Segunda Guerra Mundial, los japoneses se vieron privados de productos esenciales para su supervivencia. Cuando los países afirman su necesidad de garantizar un consumo básico de ciertos productos esenciales, como el arroz en Japón, no se trata de ninguna paranoia.

Tampoco hay que olvidar que la desaparición de ciertas formas de producción significa la pérdida definitiva de técnicas y habilidades. Es algo similar a la desaparición de formas de vida a través de la eliminación de especies animales y vegetales. Las formas de vida que se pierden, nunca se pueden recuperar. De ahí la importancia de la lucha por la conservación de la biodiversidad en el mundo contemporáneo. Para definir esta preocupación por las formas de vida culturales, los europeos formularon el principio de la diversidad o complejidad productiva como fundamento de la conservación de ciertas formas económicas que perdieron valor comercial, o que no pueden defenderse de una abierta competencia.

Lo grave de esta situación es que los latinoamericanos apostaron al lado equivocado de la historia. Convencidos por las fuerzas reaccionarias de nuestros tiempos de que la idea del libre comercio es el fundamento de la modernidad, los latinoamericanos abrieron totalmente sus mercados a la competencia internacional, abandonando a su propia suerte industrias recién creadas, sectores agrícolas enteros, servicios esenciales para la identidad cultural, y así sucesivamente.

Hoy en día, los latinoamericanos y otros países del Tercer Mundo son los campeones del libre comercio, así como sus predecesores del siglo XIX defendieron el libre cambio atacando las industrias nacionales por «artificiales»; o así como sus homólogos del Sur de Norteamérica se rebelaron contra la Unión Norteamericana y las tarifas impuestas por el Norte industrial. La guerra civil norteamericana impuso el proteccionismo del Norte industrial sobre el libre cambio del Sur oligárquico-agrario exportador, y abrió la vía del progreso para Estados Unidos de América.

Así como las oligarquías latifundistas impusieron la «modernización» y el «progreso» entre nosotros, especializando nuestras economías en la exportación de materias primas y productos agrícolas, los tecnócratas e intermediarios financieros actuales nos han convertido en clientes del sistema financiero internacional. Esto nos ha conducido a la destrucción de nuestras estructuras productivas.

Por ende, es dudosa y hasta ridícula la estrategia de nuestros gobiernos que pretende «abrir» las economías norteamericana, europea y japonesa al libre comercio de los productos agrícolas.

En primer lugar, porque es muy difícil convencer a los pueblos de estos países para que abandonen su política de protección a sus economías, sociedades y culturas rurales.

En segundo lugar, porque una abertura de estos mercados agrícolas difícilmente favorecería a la agricultura, muy debilitada, de las economías en desarrollo. Los datos muestran que la mayor parte de nuestros países se han convertido en importadores líquidos de productos agrícolas. Esto se debe a la pérdida de la competitividad de nuestras economías, porque tenemos dificultad para adaptarnos a los enormes cambios tecnológicos que vienen registrándose en la economía agrícola mundial.

En caso de que triunfen las presiones norteamericanas por una mayor liberalización del comercio de productos agrícolas, lo que ocurrirá será el aumento de sus exportaciones a Europa y Japón. No lograremos aprovechar mayor cosa de esta abertura.

Además de estos espinosos asuntos de comercio internacional visto desde el ángulo de la política neoliberal, se podrían plantear muchos otros temas de índole y orientación diversas. Por ejemplo, era necesario que los países en desarrollo consiguieran cohibir el fuerte carácter monopólico y oligopólico del comercio mundial, restringiendo el comercio intraempresas, la imposición de precios cartelizados para las materias primas y los commodities, que conducen hacia una baja constante de sus precios de detrimento de nuestras economías exportadoras.

En los años setenta, en vista de que aumentaba la presión de los países del Tercer Mundo sobre la economía mundial, Henry Kissinger propuso la creación de un mercado internacional de commodities. Ese mercado debía ejercer una función reguladora de precios, y evitar lo que temían los países centrales en aquella época: el alza del precio de los productos esenciales, que era lo que había ocurrido con el petróleo. Ya que habíamos aprendido con la OPEP a crear carteles exportadores, los grandes compradores trataron de restringir nuestra capacidad de formar y administrar precios internacionales.

Después de haber pasado veinte años pagando intereses a la banca privada de los países centrales y, sobre todo, después de haber privatizado nuestras mejores empresas para ajustar nuestras economías a las políticas de revaluación de nuestras monedas y a los consecuentes déficits de nuestras balanzas comerciales, hoy en día, los latinoamericanos estamos debilitándonos. Además, hemos abierto totalmente nuestros mercados a la competencia internacional, regresando a la condición de exportadores de materias primas, ahora un poco más elaboradas, y de productos agrícolas, ahora un poco más industrializados.

Hemos incorporado también a nuestra pauta exportadora algunos productos de mayor nivel tecnológico que se insertan en el comercio de partes y repuestos, el cual ha ido expandiéndose como resultado del complejo industrial contemporáneo. Según este complejo, la producción de ciertos bienes supone millares de subdivisiones, o partes, cuya producción puede desplazarse por todo el mundo, aprovechando el bajo costo del transporte y la mano de obra, y de las variadas ventajas comparativas.

El caso más evidente es la industria automotriz, que utiliza cada vez más los países de desarrollo medio para producir partes de automóviles en los que hay sectores que utilizan con mayor intensidad la mano de obra barata. Los países del Sureste asiático y las maquiladoras mexicanas son buenos ejemplos de estas transformaciones. «Buenos» sólo en parte, porque el caso mexicano muestra que estas economías, como consecuencia de las actividades comerciales intraempresas, terminan importando tanto o más de lo que exportan. No logran entonces resolver los problemas cambiarios que dieron origen a estas aberturas comerciales, y sí facilitan la captación de capitales externos cuyo comportamiento es poco favorable a los países que los hospedan.

Pero la mayor novedad de la reunión de Seattle vino de la calle. Las enormes manifestaciones que se produjeron en esa ciudad agregan nuevos elementos a las negociaciones internacionales. Hay que comprender que el liderazgo de la gran central sindical norteamericana, la AFL-CIO, fue fundamental para el éxito y las dimensiones de aquellas manifestaciones: un movimiento impulsado sólo por las ONG nunca habría alcanzado tales dimensiones, ni tampoco sus consignas habrían sido escuchadas por el propio presidente de Estados Unidos.

Hace tiempo que venimos llamando la atención sobre la nueva realidad sindical de Estados Unidos. La AFL-CIO cambió de dirección desde 1996 y, pese al escepticismo de los sectores de izquierda, se ha convertido en un factor político cada vez más decisivo en Estados Unidos. Así, se ha posicionado en la orden del día de una nueva agenda internacional.

En principio, la posición de los sindicatos norteamericanos es muy favorable al proteccionismo. La AFL-CIO trató de impedir la firma del NAFTA, logró impedir la aplicación del fast-track solicitado por Clinton en 1999, y pudo imponer posteriormente la condicionalidad social en los préstamos internacionales, obligando al presidente norteamericano a proponerla al comercio mundial, para aprobarle el fast-track.

Aquellos disturbios callejeros no serán pasajeros. La posición de la AFL-CIO corresponde a una evolución muy importante del movimiento obrero internacional, pues la globalización no es un privilegio únicamente del capital. La evolución posterior del movimiento antiglobalizador neoliberal demuestra que se trata de una

reacción muy profunda de la Humanidad contra la dirección seguida por el proceso de globalización, bajo el dominio del pensamiento único liberal.

Si consideramos las exigencias de cambios sociales y de mejoras de las condiciones laborales a escala mundial como parte de ese proceso crítico activo, hay que poner en jaque las estrategias de competitividad propuestas por las burguesías del Tercer Mundo basadas en el trabajo barato.

Sería bueno que éstas meditaran seriamente acerca del riesgo de que se forme un amplio frente de fuerzas latinoamericanas y del Tercer Mundo contra el trabajo esclavo, el trabajo infantil, los salarios miserables que se pagan en nuestra región, la desestructuración de la legislación laboral en pro de la flexibilización laboral, todo ello en nombre de nuestra competitividad dentro del comercio mundial. Lo cual resulta ridículo cuando los países más competitivos del mercado mundial pagan los más altos salarios del mundo. El camino que llevamos es el más rápido para conservar y profundizar nuestra miseria y nuestro atraso.

La economía mundial en el nuevo siglo

Hemos entrado en el siglo XXI con cambios importantísimos dentro del sistema económico mundial. Tras un largo período de 30 años que se inició en 1967, cuando la economía se caracterizó por una caída en sus principales índices de crecimiento, a partir de 1994 y hasta el año 2000 la economía norteamericana entró en un proceso de crecimiento de gran aliento, que fue reajustando toda la economía mundial.

Después de varias crisis cambiarias y financieras con fuertes repercusiones económicas, las demás regiones del mundo fueron reajustándose a esta nueva situación de recuperación económica, que tuvo como marcada característica el abandono de las altas tasas de interés y de las políticas de sobrevaluación cambiaria.

El pensamiento económico ortodoxo se encuentra en una situación cada vez más difícil para explicar el funcionamiento de la economía.

Según los padres teóricos ortodoxos, resulta particularmente complicado explicar el continuo crecimiento de la economía norteamericana entre 1994 y 2000 sin presentar presiones inflacionarias visibles. Al contrario, pese a la larga recuperación y la casi plena utilización de los recursos en ese mismo período, la inflación bajó

significativamente, contrariando la curva de Philips, uno de los dogmas de la ortodoxia neoliberal y hasta de los propios neokeynesianos.

De hecho, lo que fundamenta esta curva es un asunto de lógica formal muy claro y evidente: si todos los factores económicos (tierra, trabajo, capital) se encuentran plenamente utilizados, hay que esperar que su precio aumente en la medida en que la demanda aumente sin que la oferta tenga la posibilidad de crecer en la misma proporción. En consecuencia, según esta lógica, el pleno empleo conduce al aumento de los precios y, por ende, a una inflación de los costos. Para este razonamiento formal, ésta no es la única causa de la inflación, pero es una de las principales. Está claro que existen otras causas de inflación, tal como el aumento del déficit fiscal que, para este pensamiento económico, obliga al Estado a emitir dinero para cubrir los gastos excedentes. Las bajas tasas de interés también favorecen el consumo y desestimulan la economía, conduciendo a la población a incurrir en gastos excesivos. El cambio sobrevaluado tiene efectos similares al estimular el exceso de gastos en importaciones.

En realidad, todos los desequilibrios señalados por este esquema formal están presentes en la economía norteamericana, excepto uno, sumamente importante: el gasto público llegó a ser inferior a los ingresos fiscales al final del gobierno de Clinton. En ese período, la economía norteamericana entró en una coyuntura de superávit fiscal que permitió una nueva fase de aumento del gasto público, sobre todo en la seguridad social, considerada como prioritaria por el gobierno demócrata. Sin embargo, ese aumento del gasto no tuvo ningún efecto inflacionario, pues formaba parte de la utilización de un superávit fiscal.

El único sector macroeconómico fundamental que resultó negativo y se encontró en franco desequilibrio fue el déficit comercial que, en el pasado, se veía compensado por los ingresos por concepto de servicios y cuenta de capitales.

A pesar de que Estados Unidos, debido a la caída de las tasas de interés, ya no captan capitales en la misma proporción que en los años ochenta y noventa, este país sigue siendo un importador líquido de capitales. Por ello, tuvo que mantener el dólar con un valor limitado. Y no hay que olvidar que el dólar es la más importante forma de activo mundial, y que a nadie le conviene una fuerte devaluación del mismo.

No obstante, estamos ante una contradicción insuperable. Para recuperar su balanza comercial, Estados Unidos tendría que devaluar el dólar a fin de aumentar sus exportaciones y disminuir sus importaciones. Por otra parte, para poder atraer capitales del exterior y proteger las inversiones mundiales en dólares, este país tiene que preservar el valor del dólar.

La imposibilidad de superar esta contradicción tiene como consecuencia el mantenimiento obligado y temporal del alto valor del dólar, con apoyo de sus competidores comerciales. Paralela y necesariamente, se mantiene y hasta se profundiza el déficit comercial que llegó a altos niveles en 2000 y 2001. Durante el gobierno de Bush hijo, este déficit se ha ampliado aún más.

A largo plazo, resultará más costoso preservar el dólar y mantener un déficit comercial tan elevado. Por lo tanto, puede preverse una crítica y profunda devaluación del dólar dentro de quince o veinte años, y este país tendrá que entrar en una nueva fase de la economía norteamericana en la que se verá obligado a luchar en el mercado internacional, y perderá definitivamente el poder financiero que hoy, después de los años setenta y parte de los ochenta, ha recuperado parcialmente.

No podemos decir entonces que Estados Unidos se encuentra en una situación macroeconómica estable. Pero, a corto y mediano plazo, mientras los demás países del mundo soportan el endeudamiento de Estados Unidos, podemos esperar que se prolongue una situación virtuosa, favorable al crecimiento económico de este país.

Esta situación internacional explica en buena parte los enigmas del crecimiento de la economía estadounidense de 1994 a 2000.

En primer lugar, está la imposibilidad de mantener una alta tasa de crecimiento con casi ningún ahorro interno. Esto se hace posible debido a la atracción que ejerce el dólar como moneda fuerte en una coyuntura internacional de desvaloración de los activos, en la cual las demás monedas tienden a devaluarse.

En segundo lugar, este crecimiento puede evitar sus efectos inflacionarios porque estuvo acompañado de un superávit fiscal y un déficit comercial, parcialmente compensado por la entrada de capitales extranjeros.

Además, la abundancia de recursos con los que cuentan Estados Unidos para la inversión en ciencia y tecnología, les permite encabezar el mercado mundial de los servicios, y compensar parcialmente su déficit comercial con un superávit en los servicios de alta tecnología.

Así, podemos concluir que la economía norteamericana presentó un conjunto de elementos positivos, todos ellos favorables al mantenimiento del crecimiento económico sin inflación significativa por un período relativamente largo. Podemos afirmar que persiste buena parte de estos factores favorables a pesar de la recesión iniciada en marzo de 2001.

El concepto de «nueva economía» no es necesario para explicar esta recuperación del crecimiento económico y sus características tan favorables. Sin embargo, cuando vemos las bases en las que este crecimiento se asienta, hay que destacar las especificidades de la actual economía, no sólo norteamericana sino de todas las economías de punta en el sistema económico mundial.

La recuperación de la economía mundial impulsada por la recuperación del crecimiento en Estados Unidos se montó en la caída de las tasas de interés en el sistema económico mundial. Se apoyó en las ventajas relativas obtenidas por el capital financiero durante los años críticos de 1967 a 1993. En otras oportunidades, hemos defendido la tesis de que estos años de aguda crisis permitieron un extremo aumento de las tasas de explotación mundial y de desempleo, disminuyendo la capacidad de organización y lucha de los sindicatos, y permitiendo un retroceso significativo de las conquistas sociales logradas en el período de auge del Estado de Bienestar (1945-1968).

La crisis prolongada entre 1967 y 1993 permitió una espectacular expansión de la especulación financiera, apoyándose sobre todo en el increíble crecimiento del déficit público y en el brutal aumento de las tasas de interés, produciendo una enorme transferencia de recursos del sector productivo hacia el sector financiero internacional.

Con el inicio de la quiebra del sector financiero en octubre de 1987, la fuerte devaluación del dólar que la caracterizó, la caída de las tasas de interés, la desvaloración de activos fundamentales, tales como el precio de los inmuebles, se produjeron las condiciones favorables para una recuperación de la economía mundial.

En primer lugar, durante los años ochenta se crearon las condiciones para una recuperación de las inversiones en nuevas tecnologías productivas y de servicios. Incluso, se implantó un nuevo patrón tecnológico mundial apoyado en la informatización generalizada de la actividad económica, en la aplicación de la robótica en casi todas las actividades productivas, en la incorporación del láser y de nuevos materiales al sistema de producción en masa, en el avance de la biotecnología y de la ingeniería genética, y en su aplicación todavía inicial pero ya sumamente significativa.

Este conjunto de cambios impresionantes convirtió en innovaciones económicas los conocimientos científicos y tecnológicos acumulados después de la Segunda Guerra Mundial. Pero aún estamos al comienzo de las transformaciones macroeconómicas y socioculturales precipitadas por la introducción masiva de estas innovaciones en la realidad económica.

La compra de Time Warner por parte de America on Line indica la importancia de los cambios que aún están por darse. La fusión del Time con la Warner ya había causado gran impacto en el mundo empresarial, igual que

otras fusiones impresionantes en la industria automotriz, en la industria química, y en otros campos industriales y de servicios. Sin embargo, la fusión AOL-Time-Warner indica una dirección incontrolable en la actividad económica. Se trata de la integración de la producción de información, de símbolos estéticos, culturales y morales tales como los instrumentos de comunicación multimedia (TV, computación, telefonía, cine, audio, video y varios otros), sin dejar de considerar la importancia de su infraestructura en términos de satélites, láser, telefonía y tantos otros elementos que se juntan bajo el concepto de highways de comunicación.

Lo interesante de la coyuntura del auge de 1994 a 2000 fue el rápido proceso de ajuste de los instrumentos microeconómicos a esta nueva realidad. La desvaloración de los activos permitió inversiones en alta tecnología, con el fin de sustituir el antiguo patrón tecnológico por el nuevo.

Los bajos niveles de la tasa de interés aseguraron la transferencia masiva de valores a las compañías que garantizaran su capitalización a través de la valoración de los activos empresariales, colocados en las Bolsas de valores y otros mecanismos importantes de capitalización que las empresas utilizaron para estar a la altura de los cambios tecnológicos del momento, algunos de ellos fraudulentos, tal como se reveló en la crisis de 2002. Muchos autores sobreestimaron la importancia de esos fraudes y de la corrupción generalizada en ese período. Pero esos «desvíos» formaron parte de todo el período de expansión capitalista. Lo importante es que los robos y fraudes refuerzan la acumulación de inversiones productivas en su conjunto.

Al lado de esto, está la necesidad de una fuerte acción estatal para garantizar la investigación fundamental y las nuevas exigencias educacionales que buscan adecuar la acción y el conocimiento de los ciudadanos y de los trabajadores a una nueva fase civilizacional, de carácter planetario.

Esto muestra también la dificultad de combinar esta fase de la evolución con la conservación de patrones culturales, sociales y morales sumamente desiguales en el mundo. De ahí la creciente preocupación por el aumento de la miseria, la desigualdad social, y la precariedad del trabajo en el mundo subdesarrollado.

La ciencia económica en su forma ortodoxa y, sobre todo, de «fundamentalismo del mercado» del que hablaba George Soros, se convirtió en una amenaza sumamente grave para la recuperación del crecimiento mundial y la organización del conocimiento humano a fin de facilitar esta nueva etapa.

Por ende, el concepto de «nueva economía» puede y debe ser discutido en el contexto de una reconsideración de la actividad económica y de una economía política, indicando los nuevos elementos propios de la fase actual y, al mismo tiempo, rescatando los factores de continuidad que permitan mantener la acumulación del esfuerzo teórico de los pensadores e investigadores que conforman una amplia corriente teórica de signo crítico.

Los datos sobre el comportamiento de la economía mundial parecen destinados a desmentir las previsiones alarmistas de los conservadores. De manera cada vez más prepotente, ellos se dedican a proclamar el carácter excepcional de estos datos, y persisten en poner en guardia sobre un desastre inminente que nunca ocurre. En 1999, se sumó a este coro de casandras el ex presidente del Fondo Monetario Internacional, Michel Camdessus. Su última previsión conocida fue el anuncio de la estabilidad del desarrollo asiático algunas semanas antes de que estallara la crisis en esa región. Así pues, no hay por qué preocuparse con sus últimas «previsiones» sobre la crisis financiera mundial, después de su salida del FMI.

En este mismo grupo de alarmistas interesados se encuentra el presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos. Alan Greenspan se dedicó durante varios años a anunciar la crisis de la Bolsa norteamericana y el inminente aumento de las presiones inflacionarias en su país.

Sistemáticamente desmentido por los datos de cada trimestre, transfería sus previsiones a los trimestres siguientes. Pese a haber practicado este ejercicio durante varios años, en vez de quedar desprestigiado, siguió siendo considerado como una autoridad financiera incuestionable, y estuvo a punto de ser nombrado por tercera vez en la presidencia de la FED.

Pero sus previsiones no agregaban nada nuevo, pasando a ser un dato más en el folclore económico. Cuando finalmente ocurrió la seria crisis de la Bolsa, Greenspan fue reconocido como un genio. Lo que pasó fue que la crisis no era la causa sino la consecuencia de su política de alza brutal de la tasa de interés norteamericana, de 3,5 por ciento a 6,5 por ciento en 2001.

A decir verdad, el fenómeno de la recuperación económica empezó a esbozarse también en Europa de 1996 a 2001. Actualmente, las economías de Francia, Alemania e Inglaterra, entre otras, han comenzado a presentar un perfil de crecimiento sustentable con tasas razonables de incremento del producto, de disminución del desempleo y de la inflación.

Esa tercera etapa de la economía mundial que es Japón, se recupera a duras penas, pues dependía y aún depende de masivas inversiones que aún no son satisfactorias por el ámbito ideológico liberal. Así, sus bajas tasas de interés seguían desestimulando la inversión de capital financiero, y éstas siguieron escapándose hacia Estados Unidos donde, en general, había tasas de interés relativamente altas, inflación baja y moneda valorada. Estas variables no pueden ser completamente controladas por la FED, menos aún bajo la amenaza de una grave recesión, como ocurrió desde 2001 hasta comienzos de 2002.

El Congreso de Japón se vio obligado a votar un excepcional volumen de gasto público para colocar nuevamente este país en la ruta del crecimiento económico. Esto significa un rompimiento radical con las políticas neoliberales, y una reanudación de los principios keynesianos que favorecen la recuperación del crecimiento mediante el gasto público. No obstante, la saludable restitución del crecimiento se ve impedida por la enorme intervención estatal que busca preservar el sobredimensionado sistema financiero japonés.

Pero las respuestas japonesa y europea fueron una consecuencia necesaria de la política de altas tasas de interés puesta en práctica por la FED norteamericana durante los años ochenta, su reanudación en el año 2000 y su abandono en 2002, cuando la tasa de interés fue rebajada a 1,7 por ciento anual. Lo cual mostraba las vacilaciones de las autoridades financieras de Estados Unidos, sin ningún instrumental teórico para orientar sus políticas. Esta política atraía capitales de otras regiones del mundo para financiar la recuperación norteamericana, y disminuía las posibilidades de recuperación del resto del mundo.

Sin embargo, no es posible mantener indefinidamente un modelo económico basado en una valoración artificial de las tasas de interés y del dólar debido a sus consecuencias cambiarias. El déficit comercial norteamericano se agiganta y obliga a hacer correcciones que generan crisis parciales con importantes efectos depresivos, como se vio en el Sureste asiático en 1797-1799. Pero estos efectos críticos deberían fortalecer la necesidad de aplicar políticas de bajos intereses, incluso en Estados Unidos, que se vieron obligados a rebajarlas, debido sobre todo a que el excesivo aumento de las tasas de interés a fines del año 2000 amenazaba con generar una depresión. Por ende, la caída de las tasas de interés debería debilitar la hegemonía de los especuladores, y reorientar la política económica hacia la recuperación de la economía mundial. Desafortunadamente, los consejeros económicos de George W. Bush trataron de fortalecer esta incipiente recuperación mediante una reanudación del gasto militar, cuyos efectos anticíclicos fueron muy fuertes en los años de la postguerra, pero mostraron sus limitaciones desde la guerra de Vietnam. Veremos más adelante las características y los efectos de esta opción reaccionaria.

En otras regiones del mundo, como China e India, se registra un crecimiento económico consistente y de larga duración. En ambos casos, el crecimiento sólo es debido a su inserción en el mercado mundial. Estos factores cuentan con el factor dominante de expansión de un mercado interno demográficamente impresionante. Estas economías han sido llamadas «economía ballenas», debido a su extensión territorial y al importante volumen de habitantes. Otras dos economías tipo «ballena» presentan, en compensación, un panorama muy diferente: Brasil y Rusia.

En Brasil, la ortodoxia neoliberal ha seguido prevaleciendo y los resultados son desastrosos. Contrariamente a lo que afirman los promotores de las políticas económicas, Brasil disminuye de año en año su participación

en el comercio mundial. Al reducir sensiblemente su participación en la economía mundial, en vez de globalizarse, como pretenden sus demiurgos, se desglobaliza, excepto en sus deudas y en la entrada de capitales externos para apoderarse de sus riquezas.

En Rusia, se inició un cambio de rumbo en 1999 con la moratoria de la deuda externa y una reanudación de las políticas industriales. Pese a que la recuperación iniciada ese año dependía en gran parte del precio del petróleo que exporta, no se puede ignorar los importantes cambios en el sentido de un creciente papel del Estado dentro de la economía.

Los datos nos muestran así que el desarrollo de algunas regiones se hace a costa del retroceso y del debilitamiento de otras. La economía mundial creada por el capitalismo moderno no incorporó a todas las economías, sino que produjo graves desigualdades entre éstas. Relaciones de explotación y dependencia son la forma del proceso de globalización que da continuidad al desarrollo desigual y combinado que Lenin, Trotsky y otros pensadores marxistas describían a principios del siglo XX.

Pero en este contexto mundial se revelan también importantes discontinuidades dentro de las economías centrales del sistema mundial, o sea, en la tríada Estados Unidos, Europa y Japón. Una de las características de los períodos de gran crecimiento es precisamente una muy nítida diferenciación de los ciclos cortos entre cada período, de tal modo que rara vez ocurren crisis generales significativas durante la fase A de las ondas largas de Kondratiev, caracterizadas por el crecimiento económico. Todo lo contrario: en la fase B de las crisis largas de Kondratiev, estas economías regionales tienden a presentar un comportamiento sincronizado durante las fases recesivas. Esto parece contradictorio, pues las fases de crecimiento integran las economías más fuertemente que las fases recesivas.

La explicación de esta contradicción se encuentra en el hecho de que los períodos de expansión producen mayor integración en el conjunto de las economías locales, o regionales, o nacionales. Al fortalecerse internamente, estas economías ponen de manifiesto la lógica de su acumulación autóctona, apoyada en sus mercados internos. El comercio a larga distancia, a pesar de haber crecido históricamente en importancia gracias al desarrollo de los medios de transporte y comunicación, aún no logra convertirse en factor dominante en el comportamiento de las grandes economías, y de su proceso de acumulación. Pese a su importancia estratégica, el comercio internacional siempre ha representado una pequeña proporción de la renta de las economías centrales del mundo.

Contrariamente a lo que se repite con vergonzosa ignorancia histórica, los países latinoamericanos y los países periféricos en general son economías abiertas, sociedades sometidas al control, al dominio y a la explotación de otros países. Esto puede verse por los datos sobre la importancia del comercio exterior de estas economías en relación a su producto interno bruto. Claro que las economías ballenas tienen una menor participación relativa del comercio exterior en sus economías. Pero este porcentaje nunca ha sido menor que el de las demás economías continentales, como la de Estados Unidos, donde el comercio exterior, a pesar de su dominio sobre el resto del mundo, nunca ha representado más de 10 por ciento de su producto interno bruto.

No cabe duda de que se ha producido una nueva fase de crecimiento de la economía mundial desde 1994, pese a las tensiones vividas en el período de recesión de 2001-2002. Lo cual no es ninguna señal de paz y tranquilidad. Al contrario, en un crecimiento desordenado y caótico, los principales agentes de las tensiones se dejan llevar por su entusiasmo, lo cual suele llevar a la guerra, para resolver los problemas dejados en medio del camino. Esta experiencia nos llevó a dos brutales guerras mundiales, después de la expansión económica de la belle époque a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

Las contradicciones generadas durante veinticinco años de desordenada y caótica expansión imperialista, no lograron los equilibrios soñados por los liberales, y sí un gran período de crisis económica y de caos social, de revoluciones y de nuevas experiencias sociales, políticas e ideológicas, que se prolongó por casi treinta años, entre 1918 y 1940. Es peligroso dejarse llevar por las facilidades de los períodos de expansión. Cuando esto ocurre, es más que nunca necesario asegurar el dominio de la razón humana sobre las fuerzas ciegas del mercado. Es decir: el dominio de la planificación sobre el caos, de la política sobre la economía, de la ética sobre la violencia, del derecho sobre la brutalidad incontrolada.

Desde 1994, asistimos a la recuperación de la economía norteamericana, impuesta por el triunfo de los economistas que apoyaron a Clinton en su propuesta de una economía capitalista dirigida. En Europa, la llegada al poder de los socialistas y los socialdemócratas impuso progresivamente, pese a las vacilaciones de sus ideólogos, principios orientadores del crecimiento económico y políticas sociales positivas, tales como la reducción de la jornada laboral. Se trata del propósito de imponer orden en un período intenso y desordenado de lucha por la competitividad, asumida como principio organizador de las políticas públicas.

El triunfo de los principios privatizadores garantiza, sólo aparentemente, un buen funcionamiento de la economía. En realidad, lo que se ha visto en estos años de hegemonía neoliberal ha sido un aumento de la concentración de la renta, y una concentración y centralización económica.

El «libre» funcionamiento de las fuerzas del mercado ha producido monopolios y fusiones de empresas, generando una colosal anarquía administrativa, una inquietante acumulación de tensiones, el aumento de la miseria y de la exclusión social, el crecimiento de la distancia entre países ricos y países pobres, el crecimiento de la economía informal en los países de menor desarrollo, el crecimiento desordenado de los desequilibrios ecológicos. Nadie en su sano juicio puede creer que, siguiendo ese camino, los desequilibrios no aumentarán hasta niveles poco controlables.

En 1999, 2000 y 2003, en La Habana, participamos en los Encuentros Internacionales de Economistas sobre la globalización y el desarrollo, con la presencia de casi seiscientos economistas del mundo entero. En esas tres oportunidades, pudimos constatar la generalización de un consenso cada vez más claro en todos los campos ideológicos allí presentes, que llegaba hasta la centroderecha. A pesar de las diferencias en relación a la extensión y profundidad de la actual recuperación económica, hay una aceptación común de la gravedad de las tensiones actuales y la necesidad de encontrar vías de consenso y coordinación de la economía mundial. En los mismos días en que se realizaban esas reuniones en La Habana, una serie de empresarios y políticos de las más distintas tendencias llegaban a conclusiones similares en Davos, Suiza. A continuación, los informes anuales de la OIT denunciaron la grave situación de desigualdad social en el mundo, la cual ya se había expuesto radicalmente en los informes anuales del PNUD sobre el desarrollo humano. Incluso en los informes anuales del Banco Mundial sobre desarrollo, se encuentran las mismas preocupaciones.

El congreso de la UNCTAD, que se llevó a cabo en Bangkok, en el año 2000, reforzó estas denuncias con nuevos datos sobre la inestabilidad financiera mundial, junto a las críticas contra la dirección que ha tomado el libre comercio mundial, marcado por la imposición de la libertad cambiaria en los países dependientes, y de fuertes restricciones cambiarias o no cambiarias en los países centrales. Así pues, no es extraño que la Ronda del Milenio de la OMC haya fracasado dramáticamente en Seattle. Resulta cada vez más difícil encontrar un camino con la simple imposición del libre comercio a las economías más frágiles.

Después de la crisis de 2001-2002, la reanudación de la recuperación económica deberá demostrar hasta qué punto el capitalismo, en tanto sistema mundial, podrá refrenar estas contradicciones. Hasta qué punto los principios de la propiedad y la gerencia privada podrán orientar la economía, cuando la humanidad llega a los más altos niveles de la revolución científico-tecnológica que sirve de base a la recuperación económica y a la globalización. Al parecer, los principios democráticos de propiedad y gestión de los medios económicos, y de funcionamiento de la sociedad, tendrán que imponerse cada día más para impedir que las motivaciones de un puñado de adinerados lleven al mundo hacia un nuevo caos generalizado.

La búsqueda de alternativas

Estamos en vísperas del establecimiento de una nueva arquitectura financiera mundial. En esta nueva estructura, el FMI tendrá que sufrir cambios sustanciales. Creado para apoyar las economías nacionales en dificultades financieras —generalmente provocadas por el déficit de la balanza de pagos—, esta organización se atribuyó también la función de orientar las economías deficitarias, imponiéndoles un programa de estabilidad financiera que garantizaría el uso «correcto» de sus préstamos.

Es obvio que este sentido intervencionista del FMI lo alejó de las economías nacionales importantes y de los Estados nacionales poderosos.

En los años cincuenta, el presidente brasileño Juscelino Kubitschek se negó a seguir las orientaciones del FMI, contando para ello con un fuerte apoyo por parte de las clases dominantes del país, con resultados muy positivos en lo tocante al crecimiento y desarrollo.

El FMI abandonó totalmente su aspiración de estabilizar las economías centrales del sistema económico mundial. En la postguerra, Estados Unidos, por ejemplo, avanzó rápidamente hacia un desequilibrio total de sus cuentas externas, generando una colosal inestabilidad de la economía mundial. No obstante, el FMI nunca criticó sus insostenibles déficits comerciales; sin hablar de los déficits fiscales y de otras irresponsabilidades de las políticas norteamericanas, que costaron represalias tremendas en cualquier país de la periferia.

Con el tiempo, ha quedado claro que el FMI cumplía el papel de un Ministerio estadounidense de las Colonias. En este papel, se mostraba mucho más eficiente que los antiguos funcionarios coloniales, que no contaban con la cantidad de recursos que tenía el FMI. Además, estaban los aparatos del sistema de las Naciones Unidas, del Banco Mundial, del GATT, y de un conjunto de organismos internacionales y nacionales que interactuaban con el FMI para imponer ideas, reglas de comportamiento, ayudas o sanciones, modelos de acción, etcétera.

En estos años, el FMI practicó una doctrina económica rigurosamente neoclásica, con una fuerte connotación monetarista. Esto causó a menudo conflictos abiertos con los sectores keynesianos que hegemonizaban las políticas públicas en la mayoría de los países. En los años ochenta, con la crisis del keynesianismo y el ascenso del neoliberalismo, de fuerte influencia monetarista, el FMI logró una fuerza colosal, colocándose en el centro del pensamiento económico de la época.

En los últimos ocho años, tras un conjunto de errores de análisis y de espectaculares previsiones económicas, puso en jaque su liderazgo. La crisis mexicana, a fines de 1994, liquidó al hijo predilecto de la comunidad financiera internacional, el presidente Salinas de Gortari. No hubo ninguna autocritica a raíz de esta manifestación de incompetencia, la cual se sumó a la crisis estructural de África, la alumna más disciplinada del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial: esto imposibilitaba así el desarrollo de sus economías nacionales en formación, generando hambre y desesperación en millones de refugiados políticos, militares y, sobre todo, económicos.

En los años ochenta, con sus políticas de ajuste estructural que se apoyaban en los fundamentos neoliberales, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial aconsejaron a esos países que se mantuvieran en el marco colonial, dedicándose a la producción agrícola y de las materias primas que mejor podían colocarse en el mercado mundial. Se debilitaron así los nacientes Estados nacionales, favoreciendo a una protoburguesía local que se puso a vivir de la mediación en los financiamientos internacionales, de la corrupción y del saqueo de la propiedad estatal.

Esa orientación destrozó sistemáticamente las economías de subsistencia, obligándolas a insertarse en un mercado donde resultaron necesariamente perdedoras; empujó hacia los centros urbanos con precarias condiciones de infraestructura una masa de millones de excluidos, hacinados en los campos de refugiados que se instalaron a raíz de las guerras intertribales provocadas por tan miserables y desastrosas condiciones sociales.

Pero los errores del FMI se hicieron aún más graves a partir de 1992, cuando forzó al Sureste asiático a aceptar la política de préstamos internacionales que le permitirían evitar la devaluación de sus monedas frente a la pérdida del mercado norteamericano y la absurda revaluación del yen, forzada por el gobierno norteamericano. Más grave aún: en vísperas de la crisis asiática de 1996, el FMI produjo un informe sumamente elogioso sobre las nuevas políticas económicas de esos países. Y otro error muy serio fue la política rusa del FMI, que entregó casi 9 billones de dólares a la nueva plutocracia soviética, gran parte de los cuales fueron depositados en cuentas particulares, sin ninguna reacción de los dirigentes de este organismo. Se trataba de apoyar a Yeltsin en sus políticas neoliberales, incluyendo su irrespeto por los resultados del plebiscito sobre el mantenimiento de la URSS, su bombardeo al edificio de la Duma, cuyos diputados se habían alzado para afirmar sus derechos constitucionales, y muchas otras monstruosas muestras de autocracia y trasgresión, mal uso del dinero público, desastrosos y corrompidos procesos de privatización.

En el caso brasileño, el FMI llegó al colmo de la irresponsabilidad. Ya a fines de 1997, presionado por la crisis asiática, el FMI se vio obligado a llamar la atención del gobierno brasileño sobre la necesidad de devaluar el real. En febrero de 1998, el ministro brasileño de la Economía fue alertado sobre la urgencia de iniciar una devaluación progresiva de su moneda, devaluación que llegó en pocos meses a 25 por ciento, evitando así una crisis más grave que habría llevado a la especulación monetaria y la liquidación de las nuevas reservas internacionales (obtenidas mediante el endeudamiento interno que se aplicó para atraer capitales del exterior a tasas de interés absurdamente altas, capitales que quedaban inmediatamente convertidos en falsas reservas para crear una imagen favorable del país). Según se dijo en esa época, el ministro brasileño de la Economía hizo saber al presidente del FMI que era imposible proceder a una devaluación antes de las elecciones presidenciales.

De manera absolutamente irresponsable, el FMI renunció a todo comportamiento ético para favorecer la reelección de Fernando Henrique Cardoso. Así, en vísperas de las elecciones, comenzó una retirada masiva de los capitales del país, que superó los 50 billones de dólares. Lo cual, sumado al déficit de la balanza de pagos, condujo al país a una falta total de liquidez y a su inviabilidad internacional.

Ante esta situación desastrosa, el FMI y el gobierno norteamericano se vieron obligados a crear un fondo de 41 billones de dólares para asegurar el funcionamiento de la economía brasileña, evitando así una crisis financiera internacional de dimensiones incalculables.

Estaba muy claro que esta crisis habría podido evitarse si el gobierno de Fernando Henrique Cardoso no hubiera tenido el apoyo del FMI, y si su reelección no hubiera sido considerada por los directivos del organismo como una prioridad. Como resultado, el Congreso norteamericano tuvo que votar a favor de la dotación de casi 20 billones de dólares en recursos líquidos para Brasil, a fin de sustentar los resultados de este apoyo insensato.

Hay que convenir que ni las elecciones del Presidente de Estados Unidos tienen un costo tan elevado para el pueblo norteamericano. Esto queda claro si vemos que este préstamo se hizo sin ninguna garantía patrimonial pública. Se dijo, oficiosamente, que el gobierno brasileño habría puesto PETROBRÁS y el Banco de Brasil como garantía para dicho préstamo. Huelga señalar la ilegalidad de tal acuerdo, si es que existió. En resumen, se trató de un préstamo de alto riesgo, sobre todo si consideramos que la devaluación del real no permitió, en tres años, la generación de un superávit comercial del cual se pudiera sacar en el futuro los recursos para pagarlo. Al contrario, con el agotamiento de estos fondos mientras persistían los déficits cambiarios del país, al finalizar el gobierno de Fernando Henrique Cardoso se llegó a la necesidad de un nuevo crédito de 30

billones de dólares. Lula, el candidato victorioso que sucedió a Cardoso asumió la responsabilidad de este crédito, y supeditó su política económica a las exigencias inherentes.

Es importante señalar que esos financiamientos son solamente una parte de la deuda externa de Brasil, de al menos 280 billones de dólares si se incluyen las deudas privadas contraídas durante el Plan Real como consecuencia del diferencial entre las tasas de interés brasileñas y las del exterior. Por ello, las políticas del FMI y de las agencias relacionadas se hicieron cada vez más peligrosas, y llegaron a ser igualmente desastrosas e inaceptables para los electores norteamericanos.

En Estados Unidos, hay dos fuerzas políticas muy poderosas que se oponen cada vez más radicalmente al carácter actual del sistema financiero internacional.

Por una parte, la derecha norteamericana, radicalmente liberal en lo económico, no acepta la tesis según la cual Estados Unidos tiene que apoyar los gobiernos corruptos e incompetentes del Tercer Mundo con el dudoso objetivo de evitar una crisis financiera internacional. Para el pensamiento neoliberal consecuente, el dinero de los contribuyentes norteamericanos no puede ser utilizado en tales intervenciones estatales absurdas. Asimismo, quieren defender a los productores norteamericanos contra lo que consideran como una competencia desleal del Tercer Mundo, lo que se llama el dumping social: la oferta de productos a bajo precio gracias a los salarios bajos y las condiciones sociales negativas que las empresas del Tercer Mundo practican con sus trabajadores.

Por otra parte, el movimiento obrero y sindical norteamericano está en un proceso de renovación sumamente dinámico que, en lo fundamental, concuerda con la posición de la derecha a partir de un enfoque diferente: es inaceptable que la especulación financiera oriente el retiro de recursos de Estados Unidos, en billones de dólares, para apoyar a las oligarquías locales, los grupos financieros, los empresarios, que operan en el Tercer Mundo. Por ende, también se oponen a préstamos como los que financiaron a Brasil para elegir a un presidente aliado con la derecha brasileña.

Al mismo tiempo, los trabajadores norteamericanos, unidos a la AFL-CIO, consideran las formas de trabajo esclavizado, del trabajo infantil, los salarios ínfimos, junto a la pérdida de las conquistas sociales mínimas del Tercer Mundo, como la causa principal de la salida masiva de capitales de Estados Unidos hacia el exterior, generando el desempleo en el seno de esta economía. Es lo que se llama «exportación de empleos», que perjudica severamente a los trabajadores norteamericanos. Por eso votaron contra el NAFTA y el fast-track; propusieron y ganaron, en el Congreso norteamericano con creciente apoyo de los conservadores, la exigencia de la condicionalidad social para los préstamos de las agencias internacionales, sobre todo el FMI.

Con las manifestaciones de Seattle, donde la AFL-CIO demostró una enorme capacidad de movilización en torno a los temas del comercio mundial, los trabajadores norteamericanos elevaron a niveles más altos su exigencia de una equivalencia de las políticas sociales en todo el mundo. Esta propuesta tan progresista exacerbó el redescubrimiento, por parte de los gobiernos más entreguistas y globalizadores del Sur, del concepto de «soberanía nacional», que habían echado a la basura desde hacía mucho tiempo.

Pues bien, bajo la influencia de estas fuerzas sociales y políticas tan significativas, el Congreso norteamericano preparó un informe sobre el sistema financiero internacional. Este documento, resumido por las agencias internacionales, llega a algunas conclusiones significativas.

Diagnostica el fracaso de las políticas económicas seguidas por el FMI y su clara incompetencia en el análisis y la previsión de los fenómenos económicos. Si estos técnicos hubieran leído nuestros artículos, hace tiempo que habrían aprendido y sabrían que nos hallamos ante una crisis general del pensamiento económico dominante.

El informe constata también la incapacidad de las organizaciones internacionales para orientar y llevar a cabo el desarrollo de estas regiones, a fin de eliminar la pobreza y la exclusión social creciente.

En consecuencia, propone un cambio muy incisivo de políticas. El FMI no podrá dar préstamos a largo plazo que contraríen su función de dar apoyo en las crisis localizadas de liquidez. Además, no podrá cobrar intereses bajos y subsidiados, para no favorecer la irresponsabilidad de los gobiernos locales. El gobierno de Bush hijo está completamente comprometido con este enfoque, pese a las dificultades para ponerlo en práctica.

Estos nuevos dispositivos fueron fríamente aplicados a la crisis argentina de 2001-2002. No hubo ni habrá ayuda ni préstamos subsidiados a los gobiernos que no den garantías. Sin embargo, a fines de 2002 se vio la moderada determinación de esa política, cuando Brasil necesitó una ayuda internacional significativa para cerrar sus cuentas internacionales. Surgieron recursos no muy claros para evitar una crisis de efectos poco previsibles. Pero en los 35 billones comprometidos por el FMI, hay muy poco o quizás ningún dinero nuevo. Se trata sobre todo de un reciclaje de los fondos creados en 1999.

Por último, las fuerzas políticas señaladas buscan restringir las funciones del Banco Mundial que, según se cree, deberá convertirse en una organización de investigación y análisis económico para presentar proyectos que serán ejecutados fundamentalmente con los recursos locales de los países concernidos.

Se trata evidentemente de una agenda conservadora, pero no deja de ser un factor moralizador en el contexto de una exacerbación del papel de los organismos internacionales en la orientación de las políticas económicas de los países periféricos. El debate se entabla en un nuevo contexto, en el cual la miseria del Tercer Mundo y la sobreexplotación de sus trabajadores se convierten en un límite crucial para el desarrollo de la economía y de la civilización.

En este contexto, propuestas como el impuesto Tobin pueden empezar a parecer interesantes, al colocar sobre los hombros del capital financiero la fuente de recursos necesarios para hacer viable un programa social en el Tercer Mundo. Éste puede ser un paracaídas para evitar que se produzca una caída, que resultaría desastrosa, de esa burocracia internacional tan odiada por la derecha y por los trabajadores de Estados Unidos. Y es que hay que convenir que la arrogancia y la pedantería de esos técnicos internacionales encontraron por fin serias barreras dentro del propio sistema financiero y económico mundial.

Falta saber hasta qué punto los gobiernos socialdemócratas y socialistas europeos estarán de acuerdo con estas propuestas. Éstos se preocupan sobre todo de fortalecer las soluciones favorables a la regionalización del poder financiero mundial, con el fin de retirar a Estados Unidos el control sobre las decisiones internacionales. Estas cuestiones estaban por detrás de las dificultades para encontrar un candidato unitario a la presidencia del Banco Mundial en el año 2000, que desembocó en la imposición de un banquero alemán que se siente muy incómodo ante las exigencias norteamericanas. Por ende, es de esperar una creciente tensión en el sistema financiero mundial. ¿No será tiempo de fortalecer las soluciones regionales, sin depender de los escasos recursos disponibles en los países centrales?

Parece que el sueño o la pesadilla de un orden mundial guiado por la «mano invisible» del libre comercio está llegando a su final. En las últimas reuniones de los siete grandes (más uno), se reafirmó la necesidad del pleno empleo y del desarrollo económico, con especial énfasis en la eliminación de la pobreza, como principios fundamentales que deben orientar la definición y la coordinación de las políticas macroeconómicas entre los países más desarrollados.

Cada vez más claramente, se reconoce como un consenso latente que el reino del supuesto libre comercio sólo favorece la monopolización de los mercados globales, la fusión espectacular de los grandes conglomerados en gigantescas unidades económicas (cuya eficacia resulta cada vez más dudosa), el dominio del capital especulativo (que lleva a la inestabilidad, alcanzando incluso los puntos más distantes del sistema), el aumento de la desigualdad entre pueblos y clases sociales (que lleva a la concentración brutal de la renta a nivel nacional, regional y local, al desequilibrio y a la inseguridad del mercado financiero mundial).

También se reconoce la impotencia del Fondo Monetario Internacional y de los demás instrumentos institucionales de intervención económica global, como el Banco Mundial y la recién implantada Organización Mundial del Comercio, para imponer un orden estable a partir de los principios neoliberales. Al contrario, es de temer que las reuniones de estos organismos provoquen nuevas manifestaciones masivas de descontento, como las que se han llevado a cabo en Seattle, en Praga, en Davos, en Ginebra, etcétera.

Más grave aún: se concluye que un mundo globalizado por el capital y por las relaciones monopólicas no garantiza un intercambio justo entre las partes que lo componen. Se comienza a aceptar temas que son tabú como la pérdida de los términos de intercambio, la transferencia de economía interna de las regiones más pobres hacia los centros de especulación mundial, el desequilibrio cambiario permanente, la exclusión social y el desempleo estructural, y un conjunto de temas desarrollados por la teoría de la dependencia en los años sesenta y setenta.

Por esta razón, renace la Organización de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD), bajo la dirección de un diplomático brasileño, Rubens Ricúpero, y con la asesoría de excelentes economistas que se unen al nuevo espíritu de los técnicos de las organizaciones internacionales. Y también el PNUD, con sus informes anuales sobre el desarrollo humano y disponiendo de la orientación teórica de Amartya Sen, un modelo de economista ético que recibió el premio Nobel hasta entonces reservado, con escasas excepciones, a los amigos del exclusivo club de los neoliberales de los encuentros de Mont-Pélerin.

A esos críticos se suma la competencia técnica de Stiglitz, ex director de investigación del Banco Mundial. Sus duras críticas al FMI no le impidieron ganar el premio Nobel de Economía en 2001. La OIT, bajo la dirección de un eminente latinoamericano, Juan Somavía, apunta hacia un nuevo enfoque de las relaciones laborales, tema crucial para una recuperación del desarrollo humano y sustentable.

Por ende, no era absurda la pretensión de Rubens Ricúpero, al clausurar la décima sesión de la UNCTAD en Bangkok, el 19 de febrero de 2001, cuando se refirió a la finalización del Consenso de Washington y la implantación del «espíritu de Bangkok» como la nueva fuerza consensual en las relaciones internacionales.

Según esto, hay que construir un nuevo orden internacional que asuma la existencia de asimetrías fundamentales en la economía mundial, y establezca el principio de reciprocidad, respetando las desigualdades como fundamento de esa reciprocidad.

Se abre así una brecha en pleno centro del sistema. El radicalismo —el fundamentalismo de mercado, como lo caracterizó el especulador George Soros, otro acerbo crítico del neoliberalismo— se ha convertido en una

amenaza tan concreta y material contra la propia supervivencia del sistema, que éste desarrolla sus propios anticuerpos. Pero aún no están claras cuáles serán esas alternativas. Es importante seguir reflexionando al respecto.

En primer lugar, hay que tomar en consideración la resaca del terrorismo ideológico del pensamiento único. Por esta razón, los intelectuales bien pensantes todavía se ven en la necesidad de considerar como superado el Estado de Bienestar, la planificación económica, las políticas industriales, y todo lo que permitió el desarrollo de la economía internacional en la postguerra.

Al mismo tiempo, los neoliberales se oponen a cualquier propuesta de crecimiento económico, con el reiterado pretexto de que hay una «carencia» de recursos para los cambios. Hemos demostrado en varias ocasiones la falsedad de esta afirmación. Al contrario, hoy en día existen enormes recursos dispersados y subutilizados en el mundo contemporáneo, como consecuencia de la concentración de la renta en manos de los especuladores. Bastaría bajar la tasa de interés y tomar otras medidas antiespeculativas para que aparecieran los recursos necesarios al crecimiento económico, como se vio en el período de Clinton en Estados Unidos.

Ya hemos señalado el caso del crecimiento sustentable de Estados Unidos, entre 1994 y 2000. Todos los días, desde hace nueve años, los agoreros neoliberales (con la ayuda de equivocados economistas de izquierda) anuncian el fin del boom norteamericano.

A principios del año 2000, estos sectores estaban aterrados ante la posibilidad de una ola inflacionaria, ya que las tasas de crecimiento superaban con creces las previsiones. Pero, contrariamente a la teoría, la inflación cayó en todo ese período de crecimiento. Lo cual no impedía que esos tecnócratas consideraran el crecimiento como una amenaza inflacionaria.

Con la ayuda de la famosa curva de Philips, trataban de demostrar que hay un límite para el crecimiento, determinado por cierto índice de empleo a partir del cual la economía se mueve hacia la inflación, y ésta hacia la anarquía.

Lo más grave fue la pretensión de establecer como índice de pleno empleo la tasa de 5 a 6 por ciento de desempleo. Las bases para este marco eran los patrones presentados por las economías europeas y la norteamericana desde fines de los años setenta hasta inicios de los años noventa.

Para sustentar estas afirmaciones, se abandonaba toda la experiencia histórica de la postguerra. Se olvidaba también el hecho de que Japón había mantenido tasas de desempleo de 2 por ciento, incluso en los años ochenta y principios de los noventa, cuando alcanzó altos niveles de crecimiento.

Pero, sobre todo, se desconocía los ciclos largos de la economía, en los cuales, en una fase A de ascenso económico (25 años de crecimiento) o en una fase B (25 años de desaceleración), hay variaciones del índice de desempleo. Y se ignoraba sistemáticamente el hecho de que, a partir de 1994, se había superado la fase recesiva del ciclo, y se entraba en una fase de crecimiento sustentado a partir, sobre todo, de la recuperación de la economía norteamericana.

En resumen, se trata de imponer a los fenómenos económicos leyes de movimiento, correlaciones y determinaciones resultantes de una grave ausencia de análisis histórico y de la observación científica. Algo que, en verdad, es inevitable y está incorporado a la coyuntura económica, se presenta como imposible.

El resultado de esas orientaciones de políticas ortodoxas no tardará en manifestarse. La FED, que es el Banco Central de Estados Unidos, aumentó la tasa de interés de 3,5 por ciento a 6,5 por ciento en 2000. El resultado fue dramático, y la economía norteamericana entró en una situación recesiva a fines de 2001. El atentado al Trade World Center en Nueva York ayudó a definir la tendencia recesiva que amenaza a Europa y Japón y crea una grave coyuntura mundial. Ante la gravedad de la situación, la FED se vio obligada a bajar drásticamente la tasa de interés a 1,75 por ciento y llegó a 1,2 por ciento en 2002. Era el ridículo resultado de los aprendices de brujos de la FED: se ven obligados a hacer lo contrario de lo que recomiendan. Frente al fracaso del aumento de la tasa de interés, la disminuyeron sensiblemente, adoptando un abierto pragmatismo que pone en tela de juicio todo el universo teórico en el que se basaban.

Pero necesitaban también otras medidas para abrir el camino hacia una recuperación del crecimiento. Estamos ante algunos hechos casi irreversibles, que forman parte de la lógica global del capitalismo. Uno de los cuales es la condonación de la deuda de los países más pobres. Esta condonación podrá ser más o menos amplia, pero es inevitable. Los siete grandes dudan en tomar medidas radicales, y no se satisfacen con las alternativas.

Será mejor, para la recuperación de la economía mundial, que se condone la mayor cantidad posible de deudas, para permitir una recuperación del crecimiento en los países de bajo desarrollo. Si esas medidas se extendieran a los países de desarrollo medio como Brasil, sería aún más saludable para la recuperación de la economía del llamado Tercer Mundo. La verdad es que los Estados de los países centrales pretenden asumir la mayor parte del costo de esta condonación, antes que una moratoria general genere una crisis financiera incontrolable. La crisis argentina en 2001-2002 ya apuntaba hacia esa dirección y sería mejor, para el sistema, evitar nuevas moratorias.

Tenemos también la recuperación del cártel del petróleo, y el restablecimiento de una política de precios más realistas a favor de los países productores de petróleo. Esto es una alerta para otros productores de materias

primas como Chile, que ha aceptado una política de sobreoferta del cobre por las multinacionales que volvieron a dominar el sector, como consecuencia del aumento de inversiones privadas en el cobre chileno en los años noventa. El caso chileno es más grave porque el cobre es claramente un productor monopólico y, por ende, un formulador de precios que renuncia a su poder para calmar a quienes detentan el poder mundial.

Pero será necesario crear más defensas para los productores de materias primas y productos agrícolas, y para las grandes reservas de biodiversidad de las que esos países disponen. Además, se necesita un carácter más igualitario del comercio de servicios, por donde se escurren enormes recursos de las economías dependientes hacia las economías dominantes.

En este sentido, resulta paradigmática la ineficacia de los programas de ayuda y cooperación internacional, los cuales gastan billones de dólares pagando a técnicos incompetentes de los países desarrollados, que proponen políticas estereotipadas para economías completamente diferentes. En verdad, esos programas están disminuyendo cada vez más debido a su reconocida inutilidad, por lo menos en los términos en que fueron establecidos y ejecutados.

Así pues, no se trata de carencia de recursos. La verdadera dificultad está en la manera en que las relaciones sociales se convierten en una costra que impide el avance de toda una sociedad. Es evidente que las relaciones mercantiles no podían avanzar mientras se mantuviera la esclavitud. Los economistas de aquella época consideraban que era imposible disponer de recursos para hacer funcionar una economía no esclavista o no servil.

Los hechos históricos acabaron con todas las elaboraciones ideológicas disfrazadas de lógica formal rígida, o de supuesta lógica científica.

Estamos llegando al final del camino.

La idea de que no hay financiamiento para el desarrollo, las fórmulas que pretenden mantener el desempleo por encima de 5 por ciento o 6 por ciento y contener el crecimiento de la economía, las afirmaciones según las cuales no es posible lograr una profunda redistribución de los ingresos y avanzar hacia formas colectivas de gestión de la vida social y económica, todas son falacias presentadas por ideólogos disfrazados de técnicos y científicos.

¿Recesión o crecimiento? La crisis de 2001-2002

Hace tiempo que venimos señalando las divergencias dentro de las organizaciones internacionales. Joseph Stiglitz, ex vicepresidente de investigaciones del Banco Mundial, premio Nobel en 2001, protagonizó ciertamente uno de los polos del debate internacional. En 2001, se retiró del FMI su vicepresidente, Stanley Fisher, que encabezaba el polo opuesto.

Si consideramos unas declaraciones de Stiglitz para la prensa brasileña en aquella oportunidad, se pueden conocer más en detalle los términos del debate. Según Stiglitz, que se declaró encantado de la renuncia de Fisher, éste había representado un obstáculo muy serio para la renovación del FMI, por haber sido el principal responsable de los siguientes errores:

- La falta de previsión de la crisis asiática, que se sumó a la propuesta de una política claramente recesiva para enfrentarla. Fisher había insistido en los métodos recesivos para combatir las crisis financieras, llevando a una situación sumamente grave los países asistidos por el FMI.
- El FMI insiste en deprimir la demanda de los países más pobres, acentuando la pobreza y la desigualdad social, además de impedir su crecimiento.
- Las altas tasas de interés exigidas por el FMI desvían recursos de los sectores sociales hacia el sector financiero, y hacen imposibles nuevas inversiones productivas.

Podríamos agregar muchas críticas contra el FMI y su papel tan negativo para los países dependientes y subdesarrollados. Pero lo que interesa es considerar esas críticas desde el seno mismo de sistema financiero internacional.

Sin embargo, lo más grave vino después. Fue la llegada de los representantes de la derecha norteamericana al Departamento del Tesoro de Estados Unidos, con la intención de disminuir drásticamente el papel del FMI. Algunos hasta propusieron su desaparición.

Para la derecha norteamericana, se trataba sobre todo de paralizar el apoyo financiero del FMI a países comercialmente competidores, dominados por oligarquías corruptas que hacen desaparecer los préstamos «generosamente» otorgados por el pueblo norteamericano. Entre otros, los escándalos de la suspensión de la ayuda a la Rusia de Yeltsin, y de los gigantescos fondos de ayuda a Brasil para permitir la reelección de Fernando Henrique Cardoso, provocaron una reacción que se reflejó en parte en la ausencia de ayuda a Turquía

y Argentina. En contra de su voluntad, las nuevas autoridades financieras del gobierno de George W. Bush han permitido que el FMI ayude a esos países, pero se han rehusado a colocar dinero norteamericano en esas operaciones de salvación financiera.

El caso argentino volvió a poner en el tapete los temas señalados por Stiglitz. En un excelente artículo, éste cuestionó las propuestas recesivas del FMI para monitorear la grave crisis argentina.

Esta actitud se vio reforzada por el apoyo del movimiento sindical norteamericano a gran parte de las restricciones propuestas por la derecha, a las cuales agregó sus propias propuestas de condicionalidad social del comercio con los países que practican políticas antisociales y bajos salarios, permiten la esclavitud, el trabajo infantil y otras desgracias sociales.

El gobierno de Bush hijo, parece ser bastante coherente con la idea del aislamiento norteamericano que tanto llamó la atención del norteamericano medio. Esa tendencia choca con el proceso de globalización en expansión y es, además, una reacción contra ciertos aspectos del mismo.

El norteamericano medio, que no participa en las empresas transnacionales, reacciona como cualquier ciudadano medio de otras partes del mundo, que teme la globalización como fuente de competencia y de destrucción de sus empleos. A fines de 2001, la hegemonía de esta orientación se reflejó en las enormes restricciones impuestas al fast-track solicitado por Bush al Congreso norteamericano. Tales restricciones hacían imposible el ALCA, en el que tanto se empeña Estados Unidos y sus intereses globales. La posterior realización del debate legislativo en el Senado y en la Comisión del Congreso que examinó la compatibilidad entre las dos casas, aumentaron las restricciones al fast-track.

Hasta qué punto puede prevalecer esta actitud cuando las escalas de producción se vuelven planetarias, y los cambios tecnológicos integran física y culturalmente las regiones más remotas del globo, es algo difícil de prever. Pero esta reacción es totalmente comprensible.

En realidad, el debate que opone el crecimiento y desarrollo tecnológico al papel del sector financiero y del Estado, el proteccionismo al libre comercio, atraviesa toda la economía mundial, y se sintetiza en la oposición entre crecimiento y recesión.

En Estados Unidos, los partidarios de la recesión lanzaron la economía en una peligrosa operación de «aterrizaje forzoso», que llevó a la recesión. Las fuerzas del progreso se impusieron al fin sobre los reaccionarios, obligando a la FED a retroceder en sus intentos recesivos en nombre de una amenaza inflacionaria que nunca existió, como vimos en el ítem anterior. La baja de la tasa de interés a 1,25 por ciento (después de una subida

irresponsable a 6,5 por ciento) recreó las condiciones de crecimiento sin ninguna perspectiva inflacionaria inmediata. De hecho, la perspectiva inflacionaria que se instauró a continuación es el resultado de la política militarista de George W. Bush, que llevó Estados Unidos a la reanudación de los gastos militares en el interior y en el exterior del país, agravando el déficit cambiario norteamericano, y colocando el déficit fiscal en niveles intolerables. Sin embargo, debido a la posición de la moneda mundial de reserva, el dólar, esas irresponsabilidades se convierten en problema no sólo estadounidense sino también global. La presión fiscal y cambiaria debe conducir a una devaluación del dólar con efectos deflacionarios sobre la economía mundial. Así, esas aventuras fiscales y cambiarias pueden conducir a un aumento de las exportaciones norteamericanas, por una parte y, por otra, a un aumento de las inversiones productivas, sobre todo militares.

No se puede decir lo mismo de la situación latinoamericana. Aquí existen poderosas fuerzas que pretenden detener la reanudación del crecimiento económico, paralizado desde 1980 por los enormes pagos de la deuda externa, y amenazado ahora por el aumento de la deuda interna, mantenida a través de altas tasas de interés pagadas por un Estado mortalmente herido por sus gigantescos gastos financieros.

Un ejemplo de las dificultades que enfrentamos al cabo de tantos años de estancamiento económico, es la situación energética de Brasil. Desde la década de los años ochenta, los economistas responsables preveían una grave crisis energética que se presentaría cuando se iniciara la recuperación del crecimiento económico, ya que las inversiones en este sector estaban paralizadas desde esa década.

La ola neoliberal, que arrasó nuestras mentes y nuestros Estados, inventó que la privatización del sector energético atraería las inversiones.

En Brasil, se puso toda la esperanza en el crecimiento de las termoeléctricas que reemplazarían las gigantescas plantas hidroeléctricas. No ocurrió nada de eso, y el ajuste del precio de la energía y del gas desestimuló esas inversiones.

Las inversiones en la producción de energía en países de baja renta que no pueden pagar altos precios, han dejado de interesar desde hace ya algún tiempo. Hoy se sabe que hasta en California hay restricciones similares. Y está claro que la estrategia de los monopolios del sector será siempre el fomento de la escasez para forzar el aumento de precios de las tarifas.

Así se completa el ciclo de perversiones creadas por la política neoliberal: las restricciones macroeconómicas al crecimiento en las políticas monetaristas, el alza de las tasas de interés, la contención del gasto público, concomitante con el aumento del pago de interés por parte del Estado y, en consecuencia, la falta de infraestructura para asegurar el crecimiento con el encarecimiento de los insumos para la producción.

Este ciclo de hierro sólo podrá romperse si las fuerzas laborales y de producción se unen para retomar una política de crecimiento volcada a la atención de las necesidades básicas de la población, entre las cuales están sin duda el desarrollo de los servicios fundamentales: la educación, la salud, la vivienda, que tienen en el Estado su principal promotor.

Actualmente, y en los próximos años, se están haciendo elecciones en la región bajo el signo del fracaso de las políticas neoliberales. Es necesario construir alternativas teóricas y prácticas que abran caminos para nuestros pueblos.

El ambiente económico y político internacional sigue perturbado. Hasta 2001, parecía garantizada una perspectiva favorable en Estados Unidos y en Europa. Estados Unidos mantuvo hasta 2001 un alto crecimiento económico. Pese al crecimiento, el gobierno de Clinton logró una baja inflación, y el déficit fiscal se convirtió en superávit. Aún así, Estados Unidos no escapó totalmente a la crisis financiera articulada con la enorme deuda pública, ni a los fenómenos del desempleo, la exclusión social y la pobreza.

Éstos son problemas estructurales. El principal punto débil de la coyuntura de recuperación norteamericana era el déficit comercial. Ésta es una cuestión insoluble. A mediados del 2002, las conquistas de Clinton se desvanecieron. Bush hijo acabó con el superávit fiscal, devolviendo impuestos a las clases acomodadas; pero aumentó de manera draconiana los gastos militares, aprovechando el clima emocional que el atentado del 11 de septiembre de 2001 había suscitado. A esto se sumaron la caída del crecimiento y el comienzo de la recesión. A pesar de las tendencias recesivas, el déficit comercial no cayó sustancialmente. La disminución de la tasa de interés apunta hacia una reanudación del crecimiento. ¿Qué se puede esperar en ese contexto? Por ende, hay que analizar los límites de la situación internacional norteamericana.

Si Estados Unidos bajara el valor de su moneda lo suficiente para revertir el déficit comercial, tendrían graves problemas en tanto potencia financiera. Además, desencadenaría (como ya sucedió con sus medidas de devaluación del dólar a comienzos de los años noventa) una explosión de precios internacionales de difícil control. De hecho, aunque moderado, este cuadro se esbozó a fines de 2002.

En realidad, los precios internacionales están muy por encima de los precios de costo o del valor de los productos (el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlos). A partir de los años ochenta, la incorporación de la revolución científico-tecnológica a la producción —también conocida como tercera revolución industrial— abrió camino a una continua disminución de los precios en casi todos los sectores industriales y en varios servicios donde aún predominan las tarifas de carácter repetitivo.

De ahí la preocupación del gobierno Reagan, continuada por sus sucesores, por especializar cada vez más la economía norteamericana en las tecnologías de punta. Sólo el dominio de las innovaciones de punta y de la investigación y el desarrollo puede asegurar el control de la renta tecnológica, es decir, del monopolio de las nuevas tecnologías, que permite administrar los precios de los nuevos productos muy por encima de sus costos de producción. Formar científicos, gestores, creadores de símbolos, dirigentes y sus cuadros medios; dominar la investigación y el desarrollo; controlar los valores monetarios y financieros que determinan la asignación de las actividades productivas; orientar los valores culturales y el gusto de las masas; éstas son actividades claves para mantener la hegemonía sobre la vida económica contemporánea.

Por lo tanto, no se puede esperar que un país con tecnología de punta, como Estados Unidos, se convierta en un campeón de las exportaciones comerciales. La tendencia normal es la de desplazar las actividades industriales y mecánicas en general hacia los países de desarrollo medio que emergieron en los años setenta como los nuevos centros dinámicos de la industrialización mundial. Muchos de ellos se convirtieron en importantes exportadores de productos manufacturados, por iniciativa directa de sus empresarios, con el apoyo de Estados Unidos, pero también y sobre todo por las actividades de las filiales y, cada vez más, de los contratistas de grandes compañías internacionales.

Europa y Japón también siguieron esos nuevos principios de la división internacional del trabajo. No obstante, aún mantienen importantes sectores exportadores para aprovechar el amplio mercado norteamericano. Esas perspectivas quedaron comprometidas por la baja del dólar y el aumento de la competitividad norteamericana a inicios de los años noventa. Japón y Europa (particularmente Alemania) pronto tuvieron que decidir si avanzaban en la tecnología de punta a nivel mundial o si seguían disputando la comercialización de los productos manufacturados.

En 1986, Japón ya optó por la tecnología de punta, con el brillante libro blanco de la globalización editado por su gobierno. Pero aún tiene que franquear muchos límites. Japón y Oriente no están asociados a la producción de los procesos de conocimiento y de los símbolos propios de la modernidad. Esto no se resuelve porque Sony compre estudios cinematográficos en Hollywood y estudios de grabación de las principales estrellas de la música norteamericanos. Al contrario: Sony ha tenido que producir películas y discos... norteamericanos.

La Europa donde nació la «modernidad» ha perdido la batalla de la postmodernidad. El contenido erudito y clásico de su cultura se adapta mal a los valores fútiles y anárquicos de la postmodernidad. Aunque Europa sigue siendo un competidor en la producción de conocimiento de vanguardia y de valores fundamentales, no logra ponerse a la cabeza de la vanguardia pop que rige gran parte de la producción cultural de fin de siglo.

La antigua Unión Soviética trató de organizar un nuevo sistema económico basado en un sistema de valores alternativos. Durante algún tiempo, pudo alimentar un proyecto ideológico propio, pero el costo de esa propuesta resultó cada vez más elevado. La expresión científica y tecnológica de ese proyecto se concentró en las carreras espacial y militar, de costo sumamente elevado para una economía aún bastante deficiente y desigualmente desarrollada.

Los países de desarrollo medio, algunos de ellos con fuerte expresión cultural, tal como India y China, no encuentran espacio en la cabeza del sistema de valores contemporáneos. Por eso elaboraron el gran proyecto alternativo del Movimiento de No Alineados. Llegaron a formular la propuesta de un nuevo orden económico mundial y, sobre todo, un nuevo orden informativo mundial. Al mismo tiempo, se presentaron como una opción de la Guerra Fría, como un tercer polo que desarticularía la supuesta división del mundo entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Pese a algunas victorias parciales, como el aumento de los precios del petróleo en 1973, las propuestas del llamado Tercer Mundo no podían salirse de los límites de su participación especializada en el mercado mundial.

Pese al avance en las exportaciones manufacturadas a partir de los años setenta, en general siguieron y siguen siendo sumamente dependientes de las exportaciones de materias primas y productos agrícolas.

Así pues, no es de extrañar que, en la segunda mitad de los años noventa, los grandes cambios ocurridos en la década de los ochenta empezaran a toparse con sus límites estructurales. Éste fue el motivo principal de las tensiones que tienen que ver con las actuales crisis asiáticas, de Rusia y de Brasil, la oposición de India y Pakistán contra la congelación de los experimentos nucleares. La política del cártel petrolero, la OPEP, es quizás la más amplia iniciativa del Tercer Mundo hasta ahora, pero con muchas dificultades en su realización debido a la limitación del alza de los precios de una commodity tan estratégica. Esto pone una sombra que condiciona la acción del cártel petrolero. Al mismo tiempo, la intervención militar norteamericana en el Medio Oriente introduce un elemento de incertidumbre y volatilidad en los precios del petróleo, que presionan seriamente la acción de la OPEP.

La hegemonía compartida, la deflación y el crepúsculo del neoliberalismo

Hay que llamar la atención de los lectores acerca del evidente aumento de las tensiones en el escenario económico y político internacional. La recuperación de la hegemonía norteamericana lograda en los años noventa, sólo fue posible mediante un sistema de poder mundial que hemos definido como una «hegemonía

compartida». Sin embargo, quedan en el aire ciertas preguntas anunciadoras de graves conflictos y contradicciones.

1. ¿Puede Estados Unidos recuperar totalmente su hegemonía? ¿O tienen que «compartirla» con una economía mundial cada vez más compleja? El punto débil de esa hegemonía es el mantenimiento de un déficit comercial que tiene que ser financiado por capitales externos. A mediano plazo, de 20 a 30 años, esto conducirá a un debilitamiento sistemático del poder hegemónico recuperado a duras penas. Por ende, es de esperar un desgaste en las relaciones dentro de la tríada (Estados Unidos, Europa Occidental, Japón).

Europa tendrá que reforzar su integración regional y avanzar hacia Oriente, tratando de ganar terreno sobre el Atlántico Sur (América Latina y África) para impedir que Estados Unidos unifique completamente el hemisferio y domine el Atlántico.

Por otra parte, Japón tiene que reforzar sus vínculos asiáticos, particularmente en el Sureste asiático y en el Pacífico, donde la alianza con China deberá asumir un carácter estratégico (que Japón y China no quieren aceptar por razones históricas y culturales). Esto implica elevar el valor del yen y del yuan, y ampliar los mercados japoneses y chinos, sin perder totalmente su acceso al mercado norteamericano. Implica también el fortalecimiento de la integración de ambos países con la región del Sureste asiático, promoviendo un polo económico regional sumamente dinámico.

2. ¿Es posible la incorporación de la antigua URSS, la actual CEI, sobre todo Rusia, en el mercado mundial, sin grandes consecuencias en el funcionamiento del sistema económico mundial? A medida que la URSS abandonó el camino de su expansión como potencia mundial alternativa y buscó un camino de integración consensual en la economía mundial, se hacía imposible para el sistema de poder actual tratar de marginarla y obstruir ese camino. La primera etapa se caracterizó por un debilitamiento del aparato científico-técnico, industrial y gestor de Rusia. No obstante, hay que pensar que una reestructuración del Estado ruso, el fortalecimiento de su moneda, la creación de un sistema financiero, la definición de su política industrial y exportadora, convertirán a Rusia y la CEI en un competidor mucho más perturbador del equilibrio económico mundial que la China continental. Es bueno recordar que apenas están haciendo su entrada en la economía mundial.

3. ¿Podrá llevarse a cabo un incremento de la participación de los demás países continentales, o de gran concentración demográfica (India, China, Brasil, México, Turquía, Irán, Indonesia, Sudáfrica, etcétera) en la economía mundial, estimulada desde los años ochenta y noventa por la ideología neoliberal, sin un aumento sustancial del comercio mundial, y sin permitir a esos países adquirir algún grado de influencia en la toma mundial de decisiones?

Si se mide, así sea superficialmente, el volumen de tensiones que esos cambios suscitan, siendo evidente la dificultad de Estados Unidos en mantener su papel hegemónico mundial, pueden entenderse los motivos de las actuales tensiones, que son simples anuncios de disturbios futuros en la economía mundial.

La crisis asiática, económica y política, con su impacto en las organizaciones internacionales en plena crisis, con la discrepancia de India y Pakistán con el monopolio nuclear, con las dificultades de Estados Unidos para frenar a los radicales nacionalistas del mundo islámico, con las guerras en Yugoslavia e Israel resultantes de la imposición a sangre y fuego de la hegemonía norteamericana sobre éstas y otras fuerzas socioeconómicas emergentes, son pequeñas muestras de una creciente anomalía del sistema mundial. La pretensión de que las leyes del mercado controlen esos movimientos telúricos —como los llama Thurow— resulta simplemente suicida.

Si sumamos a estos movimientos interregionales los conflictos internos en los países, en función de la creciente concentración de la renta, del aumento de la violencia social, la pobreza y la exclusión; si sumamos los graves problemas del medio ambiente, cuando la reanudación de la carrera nuclear es una de las amenazas más graves; si sumamos el fenómeno del crimen organizado internacional; si sumamos, pues, estos fenómenos y otros factores disgregadores, se puede comprender el carácter inestable de la coyuntura mundial.

En las últimas décadas, la humanidad ha aumentado en forma avasallante su capacidad material y técnica; no obstante, se ha dejado llevar por una creciente anarquía, que demanda la acción conjunta y planificada de la inteligencia, la solidaridad, la compasión, y los más profundos sentimientos humanos.

Es hora de dejar urgentemente la fe en el automatismo del mercado y otras fuerzas espontáneas. Es hora de reafirmar la centralidad de la razón humana al servicio de la supervivencia de la especie humana. Es hora de utilizar todos los recursos materiales e intelectuales al servicio de nuestra supervivencia.

Los egoísmos sólo nos anuncian algo similar a lo que sucedió a comienzos del siglo XX. Un mundo dominado por conservadores liberales, creyentes del libre comercio, no puede absorber los avances de la modernidad. Dos guerras mundiales y el neofascismo fueron el precio del ajuste «espontáneo» del sistema mundial a esta nueva realidad.

Han sido muchas las presiones para detener el crecimiento económico de Estados Unidos, que obtuvieron los resultados que esperaban en 2001-2002. A pesar de la caída de la inflación y de una clara coyuntura deflacionaria, se presionó para un aumento de las tasas de interés a fin de contener las presiones inflacionarias que, definitivamente, no se dieron.

Pero ¿qué importa la realidad, si la teoría afirma que una baja tasa de desempleo genera necesariamente inflación? ¿Qué importa la realidad, si el sector financiero norteamericano se vio amenazado por la caída y la desaparición del déficit público de ese país, que alimenta gran parte de los negocios de ese sector, el cual necesitaba elevar las tasas de interés para evitar el deterioro de sus negocios?

¿Qué importa la realidad, si con las bajas tasas de interés aumentaban las inversiones en el mercado accionario, y disminuía la demanda de préstamos? ¿Qué importa la realidad, si la balanza de pagos de Estados Unidos era y sigue siendo deficitaria, y necesita desesperadamente de capitales externos para equilibrarla?

Hay que agregar el hecho de que esos capitales externos están apoderándose de gran parte de las empresas norteamericanas, lo que ha generado un movimiento defensivo de restricción a las inversiones directas, sobre todo después de 1999, cuando se descubrió que las remesas de dinero habían superado los ingresos de capitales. Cosa que los latinoamericanos conocemos desde los años cincuenta.

En resumen: razones de Estado y razones de grupos e intereses específicos justificaron la política de aumento de la tasa de interés norteamericana, aunque se disfrazó de una teoría económica que está fracasando. Si el precio de esa política era la caída del crecimiento económico, muchos estaban dispuestos a pagarlo, principalmente los sectores más conservadores que temían y temen sobre todo el aumento de las presiones por mejores salarios y otras conquistas de los trabajadores, generadas en las situaciones de pleno empleo.

Pero la mayoría de la población se opone a las políticas recesivas y al aumento de las tasas de interés. Un sector en crecimiento se solidariza con los efectos positivos que tiene la disminución de la tasa de interés sobre los gastos en el sector de servicios de la deuda, pagados por los gobiernos. Esos pagos presionan las políticas públicas y limitan la posibilidad de realizar avances sociales cada vez más exigidos por la población.

En los años noventa, el recorte de los servicios de la deuda pública, efectuado mediante la baja de las tasas de interés, permitió el surgimiento de superávits fiscales en casi todos los países desarrollados, y pusieron a la orden del día una agenda positiva, basada en el aumento de los gastos públicos en seguridad social, educación y otros objetivos sociales. Clinton incluyó entre los nuevos objetivos del país en superávit fiscal, la disminución del monto de la deuda, lo cual contrariaba muy directamente los intereses del sector financiero.

Los conservadores ligados a Bush propusieron la disminución de los impuestos y la desaparición del superávit fiscal. ¿Cómo es posible que los economistas serios, en su mayoría neoliberales que se ganaron la vida atacando los déficits públicos, hayan apoyado esa propuesta? Se trata de un cinismo total, que pone en tela

de juicio la profesión del economista. Por esta y otras razones, las asesorías económicas son cada vez menos respetadas.

¿Cuál fue el efecto del ascenso al poder del grupo económico y político de George W. Bush? Se facilitó el aumento de la tasa de interés, y Estados Unidos se metió en una recesión innecesaria y regresiva. Este grupo llegó al poder mediante elecciones dudosas, y llevó adelante sus propósitos reaccionarios, provocando una crisis hasta entonces desconocida en ese país. No por sus efectos económicos, que no resultaron tan graves como los ocurridos en los años cincuenta, sino por sus efectos políticos.

Pese al consenso obtenido a raíz del atentado del 11 de septiembre de 2001, la guerra contra el terrorismo que se inició a continuación, y la guerra contra Irak, al menos en su fase inicial, desataron en Estados Unidos una crisis de legitimidad que comprometió la democracia norteamericana, y aumentó la tensión que ya se había expresado en el último proceso electoral presidencial. Por su carácter inédito, es difícil prever cómo irá desarrollándose esta situación. Y, sobre todo, debido a muchos de sus efectos deletéreos, hay que considerar que el deterioro del consenso podría agravarse, en beneficio de las guerras de venganza nacional.

También podemos considerar los antecedentes de la crisis de 2001, que tuvo claramente su origen en el contexto de la exacerbación del neoliberalismo.

En aquel momento, la crisis a largo plazo estaba en proceso de superación cuando las políticas conservadoras pusieron en riesgo una recuperación que presentaba un fuerte impulso y estaba corrigiendo los efectos desastrosos de casi 25 años de fracaso económico y de caída del crecimiento. Y no hay nada más peligroso que detener un proceso de desarrollo y expansión de las fuerzas productivas, o tratar de suprimir las conquistas sociales de unas clases en ascenso.

Seguramente, uno de los sectores que más se beneficiaban de esta ola expansiva que se había desatado en Estados Unidos y en los demás países de la tríada desarrollada (incluyendo a Japón, que aún no sale de su crisis) era la economía de la información, punta de lanza de la fase actual de la revolución técnico-científica. Es muy difícil contener la ira de un sector económico tan prometedor ante una coyuntura recesiva.

También hay que señalar el hecho de que los sindicatos de los países centrales estaban logrando un nuevo período de movilización, después de años de significativa pérdida de afiliados y de su disposición por la lucha.

Seguramente, la disminución de la tasa de desempleo fue el factor fundamental de esa recuperación, que convirtió al sindicalismo norteamericano en la principal fuerza electoral dentro del partido demócrata en las elecciones presidenciales de 2000, habiendo elegido a una de las fracciones mayoritarias del Congreso.

Es difícil creer que esas fuerzas aceptaron y aceptarán con tranquilidad la desaceleración de la recuperación económica en una coyuntura claramente expansiva, como la que se produjo durante la mayor parte de los años noventa. Por ende, pueden esperarse grandes confrontaciones políticas que terminarán por reflejarse en las posiciones doctrinarias y en las propias ciencias económicas.

Si a todo esto se suma la crisis doctrinaria en la que están sumidas actualmente las propuestas neoliberales, afectando organismos internacionales, varios órganos de prensa y partido políticos, se esboza un escenario de fuertes embates políticos e ideológicos en los próximos años. Así pues, el análisis de la sociedad norteamericana hecho en los párrafos anteriores se enriquece con el análisis de la crisis financiera y de los poderosos reajustes económicos en perspectiva.

No faltan especialistas que afirman que estamos en presencia de una crisis de largo plazo, como la de 1929. Sin embargo, vivimos en una crisis de corta duración que genera un movimiento social y político de cambio de rumbos, sumamente importante.

El pensamiento conservador se renovó ante la crisis creada por los bancos centrales que operaron como saboteadores del gobierno de los demócratas, de los socialdemócratas y de los socialistas en el mundo occidental. Los conservadores asumieron la crítica a la reversión y el desempleo.

Los fascistas llevaron estas críticas al ámbito de la inmigración y el racismo, exacerbando las banderas de la lucha contra el desempleo. Sin embargo, los conservadores sufrieron una derrota tan radical que barrió, en la segunda mitad de los años noventa, los gobiernos conservadores de Europa.

Los gobiernos generados por esta ola progresista se estancaron, debido a las dudas y vacilaciones de los partidos socialdemócratas y socialistas, llenos de contradicciones y fracciones derrotistas.

Y qué se puede decir de una izquierda supuestamente radical que no quiere entender la profundidad de los cambios políticos en marcha, ni la necesidad de entregar propuestas políticas agresivas, ahora que los trabajadores han comenzado a levantar la cabeza al cabo de tantos años de derrotas...

A pesar de todo, entre 2001 y 2002, Estados Unidos se acercó a la recesión. Al mismo tiempo, la economía japonesa se atascaba, y no parece tener a corto plazo una perspectiva de expansión. Asimismo, la economía europea no parece aguantar el ritmo de crecimiento que mantuvo entre 1998 y 2000, como una reserva significativa para el crecimiento económico mundial. En el resto del mundo, hay aprensión en cuanto a las posibilidades de exportación y de atracción de capitales en circunstancias tan negativas. La recuperación

económica norteamericana aún se muestra vacilante y no consigue revertir totalmente el clima de pesimismo. La guerra anglonorteamericana en Irak, a pesar de ampliar significativamente la demanda militar, no parece ser un camino sólido para asegurar una recuperación permanente.

No cabe duda de que, en 2001-2002, hemos vivido la primera crisis de diez años dentro de la nueva fase de recuperación económica global del ciclo largo de Kondratiev. Para muchos economistas, se trató de un proceso depresivo sin salida, por lo menos a corto plazo.

No obstante, se puede reconocer que se trata de una rectificación de los excesos producidos en la primera fase del período más general de recuperación del crecimiento.

De hecho, el costo de la recuperación mundial se concentró demasiado en la recuperación norteamericana. Europa demostró un limitado deseo innovador; Japón se vio atrapado en su enorme liquidez, conquistada sobre la base de los excesivos superávits comerciales obtenidos con Estados Unidos en los años ochenta y parte de los noventa. El sistema financiero japonés, convertido en poder financiero mundial, se hizo demasiado grande; si este país quiere recuperar su crecimiento económico, tendrá que reducir su sistema financiero.

Al inicio de los años noventa, las llamadas economías emergentes se apoyaban en la acumulación de las reservas en divisas internacionales obtenidas en las negociaciones de las deudas internacionales a fines de los años ochenta y principio de los noventa.

Sin embargo, a mediados de los años noventa, esas reservas ya se habían agotado, al ser utilizadas para pagar las remesas de los intereses obtenidos por el capital especulativo, y también por las inversiones directas realizadas en el período.

Para pagar esas remesas de ganancia e interés que volvieron a pesar en sus balanzas de pago, las economías dependientes entregaron casi todas sus empresas públicas y sus riquezas naturales.

Ya no queda mucho de dónde obtener recursos para sustentar las salidas fantásticas por el pago de servicios técnicos y otros, de remesas de ganancia, de interés, de renta obtenidas mediante la especulación con títulos de la deuda pública y privada a altas tasas de interés.

Es entonces evidente que esas economías no están en condiciones de garantizar un significativo crecimiento económico en una coyuntura de descenso de las economías centrales. Esa relativa autonomía sólo fue posible durante el período de expansión de la industria y el mercado interno de esos países.

La principal excepción ha sido China, que mantiene su fuerza competitiva mundial mediante un fuerte financiamiento estatal. Sin embargo, tras la fortísima devaluación en los países asiáticos vecinos, China, al verse impedida de devaluar su moneda, no pudo mantener el mismo ritmo de crecimiento que había alcanzado en el período anterior a la crisis asiática.

También hay otras excepciones significativas. India prosigue con su crecimiento económico, que se basa en una oferta mundial de productos agroindustriales, de industrias de alta tecnología, y de servicios y mano de obra especializada, y a la vez una planificación estratégica más coherente que asegura la producción y el consumo de bienes esenciales para la población local.

Rusia es otro ejemplo de recuperación de la capacidad de crecimiento en 1997, a partir de una moratoria de la deuda y un aumento del precio del petróleo. Además, se restablecieron los mecanismos de política industrial y de planificación económica, reincorporando las empresas de alta tecnología a un sistema de crédito orientado a financiar el desarrollo.

Pero parece claro que la recuperación del crecimiento dependerá de importantes reformas de la economía mundial. En este próximo período, y como condición para una recuperación más sana, será necesario reforzar la ampliación de los mercados internos de los países llamados emergentes.

Esto también es verdad para la Europa Oriental, donde se dio un retroceso brutal en la redistribución del ingreso con la aparición del desempleo a gran escala, como resultado de las reformas procapitalistas. En medio de la crisis, esas economías revelan un potencial de crecimiento significativo al establecer políticas industriales orientadas a la articulación con los mercados europeos.

Así pues, están planteadas importantes cuestiones ideológicas. El tipo de «ciencias» económicas que se practica hoy en día, de inspiración neoliberal, será reemplazado rápidamente por una base ideológica más seria, de signo opuesto.

No hay duda de que la depresión de 2001-2002 fue causada, en gran parte, por la intervención de la Reserva Federal de Estados Unidos capitaneado por Allan Greenspan, que aumentó arbitrariamente la tasa de interés norteamericana con dos objetivos.

Por una parte, de manera bien explícita, se trataba de detener el crecimiento económico debido a la dramática disminución de la tasa de desempleo. El pretexto para tales políticas es el peligro de una inflación inherente al pleno empleo, pero la economía norteamericana no presentó ninguna tendencia inflacionaria, ni siquiera

con el aumento de los precios del petróleo. La verdad es que las tendencias deflacionarias mundiales neutralizan esas previsiones, de la misma forma en que el fantástico aumento de la productividad, debido al progreso tecnológico y su incorporación en innovaciones enormemente significativas, presiona hacia abajo los costos de producción.

La segunda razón apuntada por la FED es la constatación del aumento del empleo y el consecuente aumento del poder de negociación de los trabajadores, a nivel local e internacional. Es obvio que el pensamiento neoliberal vuelve a establecer la lucha de clases como centro de la vida económica, aunque sin admitirlo explícitamente.

La conquista del gobierno norteamericano por un franco adepto del neoliberalismo en su forma más conservadora, no condujo a una buena evolución de los acontecimientos. Las políticas de George Bush agravaron significativamente el cuadro depresivo, sobre todo para los trabajadores de bajos ingresos. El desempleo volvió a crecer, y la concentración de la renta se vio favorecida por la política tributaria.

Pese a las señales de recuperación económica derivada de la caída de las tasas de interés en 2002, en tales condiciones sólo se puede esperar un incremento en las confrontaciones de clases, etnias, razas y naciones en el plano mundial. En el contexto de una crisis económica decenal, abiertamente profundizada por una doctrina económica conservadora, sólo se puede esperar unos años difíciles en los que la violencia regirá buena parte de las relaciones humanas.

Así pues, el abismo es económico, político, psicológico y cultural. Desde octubre de 1987 se configuró una coyuntura deflacionaria en la economía mundial. Sus primeras causas fueron el final de la sobrevaluación del dólar y de la burbuja financiera. En la crisis de octubre de 1987, el dólar se devaluó casi 40 por ciento, y los bancos centrales de Alemania y Japón se vieron obligados a intervenir para detener la devaluación; las Bolsas cayeron vertiginosamente, lo que exigió una intervención similar; y las deudas externas de los países del Tercer Mundo entraron en moratoria, abierta o disfrazada, desembocando en el Plan Brady, que oficializó la desvaloración de dichas deudas, condonando parte de ellas, convirtiendo otra parte en bonos norteamericanos, y estableciendo un «menú» de opciones para la negociación de las mismas.

El comienzo de los años noventa estuvo marcado por nuevos movimientos de desvaloración de los activos mundiales. Ocurrió entonces la quiebra de varios grupos financieros, pese a la protección de los Estados nacionales que trataban de garantizar, mediante fondos de protección al sector, las diversas empresas financieras afectadas por la onda de desvaloración de los activos en general. Al mismo tiempo, la desvaloración

de los bienes inmuebles (sobrevalorados en el período de la burbuja) produjo una nueva ola de crisis bancarias, ya que gran parte de las deudas bancarias estaban apoyadas en bienes inmuebles sobrevalorados. La caída de sus precios dejó sin garantía los portafolios aparentemente más sólidos.

Simultáneamente, la caída inevitable de las tasas de interés (artificialmente elevadas en los años ochenta, como instrumento de captación de recursos para financiar el gigantesco déficit fiscal, y el igualmente gigantesco déficit de la balanza comercial norteamericana) disminuía significativamente el gasto público. Al hacerlo, retiraba del movimiento financiero mundial su base de especulación más importante del período: el crecimiento ultraexagerado del gasto público norteamericano a consecuencia del pago de altos intereses por su creciente deuda pública.

La enorme deuda pública generada en los años ochenta y principio de los noventa, lanzó al mercado financiero un enorme volumen de títulos públicos que pagaban altísimos intereses y atraían capitales de todo el mundo, sobre todo de Japón y de Alemania, países que disponían de enormes saldos en dólares, debido a su superávit comercial con Estados Unidos.

Al mismo tiempo, el gasto público pasó a ser alimentado por el pago de los servicios de la deuda bajo forma de altos intereses, lo cual terminó por imponer un movimiento similar en todo el mundo. En 1989-1990, cuando cayeron las tasas de interés, los déficits públicos también disminuyeron, y la especulación con los títulos de la deuda bajó drásticamente. El capital financiero, desprovisto de esa fuente, pasó a fomentar las llamadas economías emergentes y a generar títulos sin ningún respaldo, como los hedges y sus derivados. Posteriormente, estos nuevos campos especulativos entraron en graves y sucesivas crisis entre 1990 y 1998.

A continuación, el proceso deflacionario alcanzó al mercado de commodities, que entraron en franca desvaloración al disminuir sensiblemente los excedentes monetarios disponibles internacionalmente.

Entre estas commodities, hay que señalar el petróleo, cuyos precios entraron en caída en 1989. Pero en los años noventa se destacó el oro, por su función de reserva de valores mundiales, que todavía cumple, aunque con mucho menos importancia que en el pasado. En 1980, su precio cayó a 18,9 dólares por gramo; en 1985 siguió cayendo hasta 10,5 dólares por gramo; a partir de 1990 volvió a subir hasta 12,6 dólares; en 1996 inició su caída más fuerte llegando a 8,2 dólares por gramo. La crisis de 2001-2002 revalorizó el oro como reserva de atesoramiento en la coyuntura recesiva. El derrumbe de la tasa de interés, a finales de 2002, ha abierto el camino hacia una desvaloración del oro.

Decíamos que entre estas commodities se destaca el petróleo, siempre amenazado por las barreras comerciales que tratan de mantener su precio bajo. El cártel de la OPEP es capaz de asegurar el aumento de los precios por cierto período de tiempo. Entretanto, la opción de ampliar la exploración del petróleo crudo en ciertas regiones resulta cada vez más onerosa, lo que puede disminuir el margen de ganancia.

También se destaca el cobre, cuya producción viene aumentando debido a una política suicida del gobierno chileno, lo cual llevó a una caída de los precios, combinando la sobreproducción con la deflación global.

Asimismo, el avance de la tecnología aumentó la productividad e hizo caer los costos de producción de los minerales y de los productos agrícolas, sector en el que se registra una fuerte renovación tecnológica, con el desarrollo de la biotecnología.

Por último, el surgimiento de nuevos materiales va sustituyendo dramáticamente la utilización de varias materias primas, provocando la caída de la demanda y del precio. El desarrollo de la cerámica de alta temperatura favorece también la automatización de la producción en ciertos sectores, y ha bajado sensiblemente sus precios, como es el caso en la industria automotriz, entre otras.

En consecuencia, se produjo un movimiento convergente entre la desvaloración de los activos financieros (el dólar, los inmuebles, los títulos públicos y privados, los derivados, y el propio oro) y la caída de los precios de los productos básicos agrícolas y mineros.

Esta convergencia se tornó aún más dramática con la tercera revolución industrial que se aceleró en la segunda mitad de los años ochenta, con la adopción de la robótica cada vez más frecuente en la industria.

La incorporación del láser en la producción y en la comunicación, con el apoyo de los satélites, ha disminuido sensiblemente el costo de los servicios de comunicación. Los cambios tecnológicos en la electrónica, la utilización de los nuevos materiales, la utilización creciente del láser y la incorporación de otras innovaciones disminuyen los costos industriales y de servicios en varios sectores de la economía, exigiendo al mismo tiempo una escala planetaria o por lo menos regional de producción, para hacer posible la incorporación de esos cambios tecnológicos.

Así, los sectores tradicionales como el siderúrgico, el automovilístico, los transportes en general, los tejidos y la confección, pasan por cambios revolucionarios que están derrumbando imperios enteros y abren las puertas a la competencia de nuevas economías, como la de China, que dispone de recursos minerales y humanos para desatar una competencia internacional en varios sectores económicos.

Es grande la protesta de los productores tradicionales contra la mano de obra barata (y hasta esclava, según se afirma sin ninguna evidencia) de China, que estaría posibilitando la caída de los precios industriales.

Ciertamente, el bajo precio de la mano de obra puede proteger algunos centros productores en las regiones del Tercer Mundo. Sin embargo, la verdadera causa de su creciente competitividad en ciertos ramos es la posibilidad de incorporar las innovaciones tecnológicas a bajo precio, y de vender sus productos a precios no monopolísticos.

En realidad, a lo que asistimos es a una caída dramática de las barreras de entrada que amenazan monopolios tradicionales y estimulan las fusiones entre empresas afectadas por estos cambios tecnológicos. Las fusiones tienen como objetivo garantizar el control monopolístico de los mercados y la posibilidad de administrar los precios industriales.

Esta situación general explica que los capitales financieros se refugien, desde 1987, en los movimientos de corto plazo. Pero la presión por generar nuevos campos de inversión especulativa, como los derivados, o por abrir nuevas zonas de especulación, como las llamadas economías emergentes en los años noventa, revela la debilidad de esta gigantesca burbuja especulativa. Las sucesivas crisis de los años noventa fueron ajustes brutales de las economías locales, nacionales, regionales y globales, a esos cambios. Por detrás de los cuales actúan las fuerzas deflacionarias que son, sin embargo, ignoradas por los análisis económicos.

Lo contradictorio de esta situación es que el capital financiero, al verse desplazado de varios sectores y regiones debido a estas crisis cada vez más graves, tiene que regresar al proceso productivo. Por esta razón, el mercado accionario de Estados Unidos captó, durante el auge de los años noventa, gran parte de ese excedente financiero mundial a través de la valoración especulativa de sus acciones. Así, la deflación generalizada encontró su gran compensación en la Bolsa de Nueva York, con sus secuelas mundiales.

A fines del año 2000, el alza de las tasas de interés tuvo como uno de sus objetivos derrumbar el mercado accionario, objeto de críticas del presidente de la FED. Los hechos posteriores demostraron una fuerte capacidad de resistencia de este mercado, que volvió a fortalecerse con la caída contundente de las tasas de interés a comienzos de 2002. Sin embargo, su creciente volatilidad demostró sus dificultades para incentivar este tipo de especulación, y los que más se aprovecharon de la ola especulativa de los años noventa entraron en estado de insolvencia, tras una sucesión de denuncias de fraude y la desmitificación de personajes y símbolos mercadológicos.

Los bancos centrales, dominados por los conservadores, buscaron compensar ese movimiento contradictorio elevando las tasas de interés en nombre de antiguas teorías acerca del impacto inflacionario del crecimiento económico y del pleno empleo. A fines de 2000, las tasas aumentaron de 3,5 por ciento a 6,5 por ciento; y unos años después, con el fracaso estruendoso de esa política conservadora, cayó a 1,25 por ciento.

Es hora de superar esas teorías atrasadas que no logran analizar la economía mundial con el movimiento global que se impuso sobre las economías nacionales. Pero esto nos lleva a cuestiones más complejas.

Los dramáticos acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 profundizaron aún más la crisis radical de las bases del pensamiento neoliberal, que ocuparon una posición hegemónica casi unánime en los medios de comunicación del oficialismo.

El llamado pensamiento único nos hace creer que el libre funcionamiento del mercado llevaría las sociedades a un equilibrio casi perfecto entre las necesidades expresadas en la demanda de las poblaciones y la oferta expresada en la capacidad productiva de cada unidad económica.

El libre comercio entre las naciones permitiría la especialización de cada una de ellas en aquellos productos en que tuvieran más ventajas comparativas, de modo que la economía internacional tendería hacia una productividad óptima y una eficiencia económica máxima.

El triunfo ideológico del neoliberalismo, y la imposición en la mayor parte de los países del mundo de políticas inspiradas en esta corriente ha llevado la humanidad a la crisis más profunda de toda su historia. Desde 1987, cuando desapareció de la economía mundial un trillón de dólares en menos de una semana, explotó la inestabilidad cultivada en los años de hegemonía neoliberal durante la administración de Reagan y la de Thatcher, y no fue posible recuperar un mínimo de equilibrio cambiario, fiscal y financiero hasta que se instauró la devaluación de la moneda dominante —el dólar— y se inició la quiebra del sistema financiero internacional sobredimensionado, creado por la falsa libertad de mercado impuesta en los años setenta y ochenta.

En realidad, en los años setenta se generó una colosal deuda internacional en los países del entonces llamado Tercer Mundo. En los años ochenta, esos países fueron obligados a pagar los servicios de esa deuda (acrecentada por renegociaciones puramente contables que inflaron su volumen de manera igualmente colosal). Al mismo tiempo, aparecía la gigantesca deuda norteamericana, generada para financiar las masas gigantescas de su déficit cambiario y fiscal. La deuda norteamericana sirvió para financiar e impulsar un enorme sistema financiero internacional.

La fantástica liquidez que había inundado los países del Tercer Mundo en los años setenta se desplazó hacia la tríada de Estados Unidos, Europa y Japón. El desequilibrio de la economía mundial se acentuó dramáticamente.

La década de los años noventa se encargó de volver a poner las cosas en su lugar, al menos en parte. La baja del dólar, la caída de las tasas de interés y del déficit público y cambiario permitieron la recuperación de la economía norteamericana de 1993 a 2000.

Durante los años ochenta y en la primera mitad de los años noventa, Europa aprovechó sus superávits comerciales para valorizar sus monedas y crear una moneda regional que la ayudara a consolidar un desarrollo regional que comenzó a manifestarse en la segunda mitad de los años noventa. Pero era más importante implantar el euro que hacer viable una moneda regional. Al revelar un fuerte potencial de revaluación, el euro tiende poco a poco a convertirse en una moneda de reserva y a sustituir el dólar como única moneda inicial.

Japón fue el país más afectado por los cambios. Ante la devaluación del dólar llevada a cabo entre 1990 y 1996, Japón vio caer radicalmente su superávit comercial y la colosal liquidez que lo había favorecido hasta 1992. La baja del crecimiento y la pérdida de la competitividad para un país cuyo dinamismo económico se fundaba mayormente en la penetración masiva en el mercado norteamericano, significó una crisis a largo plazo de la que no logró salir hasta 2003. Como respuesta a la pérdida de los mercados norteamericanos, Japón profundizó su integración con los mercados del Este asiático. En realidad, se vio obligado a renunciar a la ilusión de dirigir un proceso de globalización de dimensiones planetarias.

Sus inversiones se hicieron cada vez más regionales, y se vio en la necesidad de compartir con China la perspectiva de una economía regional cada vez más poderosa, pero no necesariamente de hegemonía japonesa.

Las salidas norteamericana, europea y japonesa ya no se limitaban a una perspectiva neoliberal. Mientras el discurso económico continuaba a asumir las premisas del neoliberalismo, las políticas económicas e industriales se volvían cada vez más estatizadoras y proteccionistas.

En el plano social, se buscaba conservar las políticas de flexibilización del trabajo que sólo son una rebaja de los niveles salariales, un aumento de los niveles de explotación de los trabajadores, la intensificación del trabajo, y el intento de restablecer las altas tasas de interés, debilitadas por el crecimiento del Estado de Bienestar.

La reanudación del crecimiento económico de Estados Unidos y de Europa creó las condiciones para una mayor competitividad de los trabajadores menos amenazados por el desempleo, que bajó de 8,5 por ciento a 3,4 por ciento en Estados Unidos¹.

Las huelgas de los trabajadores franceses en 1996 facilitaron el retorno al poder de los socialistas. Éstos hicieron una insuficiente autocrítica en cuanto al abandono de la lucha por el pleno empleo durante su gestión anterior: se habían dejado convencer por los neoliberales de que era imposible implantar una política inducida de crecimiento económico.

En Inglaterra, la Tercera Vía de Tony Blair parecía abrir el camino hacia una unión entre la economía eficiente del mercado y las políticas de compensación social de la socialdemocracia. Pero el inevitable fracaso de esa política llevó a los electores londinenses a preferir un alcalde rebelde de izquierda que se apartó del Partido Laboral, eligiéndolo contra la política de privatización del metro propuesta por Blair y su candidato oficial.

Los crecientes compromisos de Blair con Estados Unidos lo llevaron a una posición subordinada que puso en riesgo el papel de ese país ante la Unión Europea.

En Alemania, los trabajadores derrotaron las propuestas de Kohl que buscaban restringir los derechos de los trabajadores, y dieron la victoria a una coalición socialdemócrata-ecologista. Cuando Schroeder separó de su gobierno a Lafontaine, su ministro de la Economía, de orientación antineoliberal, y trató de imponer un plan económico similar al presentado por Kohl, fue impedido por su propio partido y tuvo que abandonar sus pretensiones propatronales para ganar las elecciones de 2002.

No obstante, al año siguiente volvió a defender los fracasados principios neoliberales exigidos por la llamada «flexibilización» laboral como condición para el restablecimiento del crecimiento económico.

En todas esas oportunidades, las grandes mayorías sociales rechazaron las propuestas neoliberales, en el plano electoral, con huelgas, y de otras formas. Estos movimientos pusieron en la agenda las políticas económicas que permitirían retomar el crecimiento económico y el pleno empleo: disminución de la jornada laboral, baja de las tasas de interés, políticas industriales y de formación de recursos humanos, con especial énfasis en el papel de la educación y de la elevación del nivel de vida de los trabajadores como instrumento de competitividad, recuperación de la seguridad social (amenazada por cálculos contables que simplemente ignoran el colosal aumento de la productividad, lo cual permite que con el trabajo de una número cada vez menor de adultos, se sustente una cantidad cada vez mayor de retirados).

Este nuevo programa se extiende al plano internacional, con la exigencia de una generalización de las condiciones laborales y salariales europeas y norteamericanas para todo el planeta, eliminando la competencia negativa de los países del Tercer Mundo, basado en la mano de obra barata que pone en peligro los empleos de los trabajadores de los países desarrollados.

Todo esto, mitigado por una conciencia ambiental cada vez más madura que busca someter el crecimiento económico a los objetivos de un desarrollo sustentable, para garantizar a las próximas generaciones la continuidad de una política de desarrollo humano.

Esta nueva agenda de paz y desarrollo se vio parcialmente afectada por los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, que fueron aprovechados por los gobiernos de Bush para justificar un plan de envío de tropas a las zonas petroleras del Medio Oriente y del Norte de Asia, y hacer por lo menos dos guerras en poco más de un año. En un retorno a la barbarie, ese gobierno quiere imponer el derecho a la venganza como principio de justicia en las relaciones internacionales.

Pero, al mismo tiempo, cuando se constata la debilidad de un sistema de seguridad inspirado fundamentalmente en la fuerza, queda claro que mientras la humanidad no se organice como un sistema de planificación mundial, se verá sometida a la intervención geopolítica y a los riesgos de una economía de libre comercio.

No son pocas las voces que se levantan actualmente para afirmar que será imposible garantizar la seguridad de Estados Unidos si no se logra una solución planetaria para los problemas de la pobreza y la miseria.

Aunque todo apunta hacia un nuevo camino en las relaciones internacionales, nada de esto lo garantiza. Las personas de buena voluntad tienen que trabajar para crear conciencia acerca de esta necesidad.

Pero hay que reforzar la idea fundamental de que es necesario superar el enfoque economicista como una manera de pensar el mundo y la sociedad. Este economicismo encuentra su máxima expresión en el pensamiento único de carácter neoliberal.

Hay que superar, sobre todo, la falsa noción de naturaleza humana que se oculta detrás de las fórmulas aparentemente técnicas y científicas del pensamiento económico contemporáneo.

Mientras se siga pensando que el hombre es un ser individualista que busca su felicidad a través de la maximización de sus bienes y la satisfacción de sus necesidades de propiedad, no será posible concebir una sociedad mundial en la que se impongan los principios de la paz y la convivencia pacífica entre los hombres. La competencia, tan elogiada por el neoliberalismo como fuente de eficiencia y eficacia, debe y puede ser sustituida por valores más sólidos, tal como la solidaridad, a fin de buscar la solución de los problemas de la humanidad. La atención de las necesidades humanas debe expresarse en la búsqueda de la calidad de vida y en el avance de toda la humanidad hacia etapas superiores de la civilización.

A pesar del pesimismo con el que se analiza el papel de Estados nacionales en la etapa actual de la evolución de la economía mundial, es innegable que éste, debidamente modificado para adaptarse a los cambios de la economía mundial, deberá cumplir un papel decisivo durante un largo período, sin dejar de lado las presiones de las masas nacionales para una mayor participación en la gestión pública.

Los estudios al respecto serán el tema del próximo capítulo de este libro.

La recuperación de la economía mundial y sus límites

Los principales institutos de análisis de la coyuntura mundial han aceptado el diagnóstico que señala una recuperación más o menos sustentable de la economía mundial desde 2003. Parece claro que la caída de las tasas de interés en Estados Unidos, Europa y Japón asegura el retorno de las inversiones en las Bolsas de valores, y la dotación de las empresas en recursos suficientes para reanudar las inversiones. Al mismo tiempo, el aumento del gasto público norteamericano, con la creación de un colosal déficit fiscal, sobre todo para gastos militares y «antiterroristas», así como para la «reconstrucción» de Irak, han generado un aumento igualmente colosal de la demanda. Esta demanda aumentada se convierte en demanda internacional y se revierte al sector externo, produciendo un déficit comercial gigantesco, superior a los gigantesco déficits de los años ochenta.

La recuperación económica se apoya una vez más en enormes desequilibrios macroeconómicos, y no en los equilibrios macroeconómicos que tanto recomiendan los economistas de tendencia neoliberal. Aunque éstos dirigen las políticas económicas, ante la posibilidad de poner en práctica sus principios doctrinarios, se inspiran en modelos «teóricos» totalmente falsos, convirtiéndose en keynesianos pragmáticos, para poner a funcionar sus economías.

Sólo escapan a esos principios de acción los economistas de las naciones dependientes, los cuales sí creen rígidamente en principios teóricos aprendidos en los manuales de las universidades norteamericanas, o en los del Fondo Monetario Internacional. Examinemos el caso de la política de fijación de las tasas de interés.

Para detener la recesión en Estados Unidos, consecuencia sobre todo del irresponsable aumento de esa misma tasa de interés, decidido por la FED en 2000, éste bajó la tasa de interés pagada por el gobierno norteamericano —y que se refleja internacionalmente— de 6,5 por ciento a 1,0 por ciento en menos de un año.

Nuestros economistas locales afirman con aires de superioridad que las absurdas tasas de interés impuestas a nuestros países son un producto del mercado, y no pueden ser reducidas «irresponsablemente». Descubrimos entonces que las tasas de interés sólo pueden ser «aumentadas» irresponsablemente... Se trata de un principio «científico» muy apreciado por los especuladores.

La caída de las tasas de interés es un movimiento necesario en la economía mundial, y forma parte de los factores de recuperación de la economía mundial que comienza a liberarse de la tiranía del sector financiero especulativo para retomar la dinámica productiva. Esto confirma nuestras tesis sobre la repetición de una fase A de los ciclos largos de Kondratiev a partir de 1994.

Y confirma también nuestras previsiones acerca del carácter de corto plazo de la crisis de 2000-2002, así como nuestra denuncia de que la gravedad asumida por esta crisis era producto de las políticas equivocadas, conservadoras e interesadas de la FED, expresadas sobre todo en el aumento de las tasas de interés para «presionar» la economía norteamericana, supuestamente amenazada por una inflación que nunca se produjo, ni se producirá a corto plazo, pues nos encontramos claramente en una coyuntura deflacionaria.

Pero, para recuperar la economía norteamericana, no era necesario un desequilibrio fiscal tan agudo como el que fue generado por la aventura militarista del gobierno de Bush. Éste se convierte en un grave problema para la recuperación económica. Por ejemplo, obliga a mantener una enorme deuda pública que llena los mercados financieros con títulos del gobierno norteamericano, creando una peligrosa fuente de especulación financiera.

El déficit afecta también la credibilidad del dólar, ya desestabilizada por el déficit comercial de ese país, aumentada por los nuevos gastos militares en el exterior y otros gastos que se vuelven cada vez más pesados para una balanza de pagos marcada por situaciones negativas generalizadas.

Hay que recordar que, desde los años ochenta, Estados Unidos viene acumulando una colosal deuda externa que pone en tela de juicio la confianza en su moneda. La entrada masiva de capitales desde el exterior, que cubren el déficit de su balanza de pagos, ha logrado sanear la situación hasta ahora. Pero la desconfianza hacia los títulos de la deuda externa norteamericana sigue creciendo, y también el temor a invertir en una moneda gravemente amenazada de devaluación.

Todo indica, por ende, que la crisis del dólar y su brutal devaluación dominarán el horizonte del sistema financiero internacional en los próximos quince años, o sea, en el tiempo suficiente para que los países que hicieron sus reservas en dólares se desprendan de éstas, buscando cada vez más el oro y otros mecanismos de defensa de sus activos, que incluyen las nuevas monedas fuertes internacionales, particularmente el euro.

En el caso asiático, la fortaleza del yen japonés y la resistencia de China a devaluar el yuan apuntan hacia una competencia entre monedas en los próximos quince años, que terminará necesariamente en una fuerte devaluación del dólar y en la pérdida definitiva de su condición de moneda mundial.

Hay que señalar también que la fuerza que conserva el dólar en un marco tan desfavorable, proviene de la importancia del déficit comercial norteamericano en la formación de la liquidez mundial. Los superávits comerciales de los exportadores hacia Estados Unidos alimentan de dólares las reservas mundiales. Pero ese mismo déficit debilita el dólar a mediano y largo plazo.

Los déficits fiscal y comercial fueron el principal instrumento para la recuperación del poder hegemónico de la economía norteamericana, tras la derrota de Vietnam y la crisis del dólar en 1973.

Al mismo tiempo, los gastos en ciencia y tecnología contribuyeron a esa recuperación; éstos se han orientado mayormente hacia la recuperación del poderío bélico norteamericano en el mundo, basándose en la entrada de capitales desde el mundo entero para adquirir los títulos de la deuda pública de Estados Unidos.

Durante los años noventa, estos capitales fueron atraídos sobre todo por la ultravaloración de la Bolsa norteamericana. En los años 2003-2004, no habrá intereses altos para atraer capitales, y la valoración de la Bolsa tendrá que limitarse, por temor a la devaluación del dólar.

Por lo tanto, no es de esperar una recuperación sumamente sólida y fuerte. Nada que pueda compararse con los años dorados del período posterior a la Segunda Guerra Mundial. Pero estarán los crecimientos fundamentales de China, India y la región asiática (incluyendo Siberia y las dos Coreas), que generarán una economía nueva en el mundo, una nueva frontera económica con creciente integración regional.

No obstante, hay que agregar otro elemento en este escenario. Se trata de la disminución del tiempo de trabajo necesario para la producción industrial. A falta de una disminución del tiempo de trabajo correspondiente al aumento de la productividad, se va generando una drástica disminución de mano de obra industrial.

Resulta ridículo hablar de crisis, de previsión social, de gasto público, en un momento en el que la humanidad produce un excedente económico tan colosal. Es absurdo también constatar que, en esta fase de la historia humana, las poblaciones pobres del mundo aumentan tan fuertemente.

La única explicación de esta crisis irracional es la injusta distribución del fruto del progreso tecnológico y científico en el mundo, fomentado por una injusta redistribución del ingreso en cada nación y entre regiones y naciones.

Pero se trata también de una injusta distribución de la renta entre los varios sectores económicos, permitiendo que el capital financiero se apodere de la mayor parte de la riqueza generada en el mundo, sobre todo mediante la intervención de los Estados nacionales que captan recursos en toda la población para transferirlos al sector financiero, a través de la negociación de unas deudas públicas colosales, creadas sólo para favorecer el capital financiero mundial.

Lo grave de esta situación no es sólo la poca capacidad de los Estados para atender las necesidades de las poblaciones; es sobre todo la posesión de gigantescos excedentes en manos de unos grupos de intereses defendidos por «técnicos» al servicio de los mismos que imponen una corrupción generalizada dentro de las corporaciones privadas, y sobre todo en la administración pública.

El clima intelectual, moral y ético de esta sociedad no puede ser sino muy negativo. La angustia de la lucha por la supervivencia se hace más aguda cuando la violencia se convierte en una vía de la competencia económica, con la expansión de los negocios ilegales, las mafias de todo tipo, y las formas de corrupción estatal y privada.

La desesperación y el cinismo que se despliegan en este ambiente conducen a una filosofía del descreimiento y del pragmatismo. Se ridiculiza el heroísmo y la voluntad transformadora que no buscan producir ingresos; y es tal vez el efecto más brutal de este ambiente ideológico y cultural: nada se puede esperar de una humanidad que no cree en su poder de transformación, aún cuando ésta rebasa sus límites todos los días, con el avance de la ciencia y la tecnología en una permanente y multifacética revolución.

NOTA

1. Los cambios en el proceso laboral durante los años ochenta, y los cambios generados por el movimiento sindical de ese mismo período, suscitaron conclusiones apresuradas en el sentido del final del sindicalismo. Entre 1994 y 2000, el movimiento sindical empezó a desmentir muchos de los análisis inspirados en la coyuntura recesiva de los años setenta y ochenta.

V Hegemonía y contrahegemonía

EN BUSCA DE UN MODELO INTERPRETATIVO

El mundo está transformándose drásticamente. Nos hallamos en el umbral de una nueva era económica, social, política y cultural. Lo que define esta nueva era es, esencialmente, la creación de una dimensión global de la vida, punto de partida para una civilización planetaria. Actualmente, nos vemos en la obligación de confrontarnos con el proceso de globalización de la vida económica, social, política y cultural, y sus demandas consecuentes; y estamos creando los instrumentos teóricos para ello. A fin de describir esta nueva realidad, utilizamos sin discriminación los términos globalización, sistema mundial, economía mundial, orden mundial, que evocan o preceden la formación de una civilización planetaria. Sin embargo, estos términos representan distintas caras de un mismo fenómeno histórico, como veremos en los siguientes intentos de definirlos.

Globalización (que corresponde al término «mundialización» —mondialisation— utilizado por los franceses: significa esencialmente el surgimiento y desarrollo de una esfera de relaciones económicas, sociales, y políticas globales, las cuales tienden a reproducirse como fenómenos mundiales que trascienden las fronteras nacionales, formando un sistema global, aun cuando se sigue dependiendo de sistemas nacionales o locales para asegurar su total reproducción. El concepto de globalización (o mundialización) se constituye, a nivel más alto, en relación con los conceptos de internacionalización, multinacionalización, y transnacionalización, discutidos intensamente en los años sesenta y setenta del siglo XX.

Economía mundial: es un concepto que pone el énfasis en la creciente autonomía del mercado mundial y en la interdependencia entre los diferentes ramos de la economía industrial y los tres sectores económicos (agricultura, industria y servicios) en el ámbito mundial, formando una división internacional del trabajo que se encuentra en permanente evolución. Este concepto abarca también el papel de las relaciones económico-monopolistas, en el ámbito mundial, y la presencia de los Estados nacionales en ese proceso de integración mundial, poniendo un especial énfasis en el papel de las corporaciones multinacionales como célula de ese proceso. Este concepto tiene sus raíces en la definición del imperialismo como una fase del capitalismo mundial, y trata también de explicar las interrelaciones entre el capitalismo monopolista y dependiente y las economías socialistas como diferentes formaciones sociales en el mundo contemporáneo.

Sistema mundial: es un concepto amplio que busca integrar las realidades globales y las realidades inter, multi y transnacionales. Según este concepto, la reproducción del sistema mundial todavía está basada en los Estados nacionales. Michel Beaud, por ejemplo, insiste particularmente en esas interrelaciones, estableciendo la noción de *systeme national, mondial, hiérarchisé* (sistema nacional mundial jerarquizado). Braudel y Wallerstein desarrollaron los conceptos de *économie-monde* (economía mundo). Analizan la formación histórica de distintas *économies-monde* hasta la aparición del capitalismo moderno, que da a este concepto el carácter universal de un sistema-mundo único. André Gunder Frank da al concepto de sistema mundial un significado muy amplio. Trata de identificar un sistema que se inició en los albores de la Antigüedad, y se perpetuó a través del sistema greco-romano, el imperio bizantino y muchas otras formaciones imperiales (árabe, mongol, otomán, etcétera) hasta la creación del moderno sistema mundial. Este sistema se basó en permanentes interconexiones y relaciones sistémicas, que se desestructuraron y se reestructuraron muchas veces.

Nuevo orden mundial: en los años setenta, este concepto trató de relacionar la idea de sistema mundial con el tema de la gobernabilidad. Se propusieron medidas concretas para asegurar una distribución más igualitaria de la riqueza a escala mundial. La Organización Trilateral trató de responder a los desafíos del Tercer Mundo con el concepto de un sistema trilateral de gobernabilidad del mundo contemporáneo, basado en la alianza entre Estados Unidos, Europa y Japón. El concepto de orden mundial reapareció en 1991, retomado por la administración de Bush padre, tras la victoria en la Guerra del Golfo contra el gobierno de Irak.

El verdadero significado de este concepto todavía no está muy claro.

Parece asociarse a la idea de una Paz Americana, basada en el fin de la Guerra Fría y la consolidación de las democracias parlamentarias y pluralistas. Este nuevo orden mundial tendría como soporte la hegemonía norteamericana. El gobierno de Bush hijo retomó este concepto, pero en forma más radical. Examinaremos más adelante las posibilidades y los límites de esa hegemonía.

Civilización planetaria: es un concepto que se basa en la idea de la convergencia de civilizaciones y culturas, dirigida hacia una convivencia plural en un sistema planetario único. Esta nueva fase de la civilización no se ha concretado todavía, pero ya viene esbozada por los intereses comunes de todos los países, de todos los gobiernos que tienen que sobrevivir en un planeta único, integrado por modernos medios de transporte y comunicación. Todos ellos están subordinados a los mismos recursos naturales globales, y sus poblaciones dependen de una herencia biológica y cultural común a toda la humanidad. Pero antes de describir y definir esta nueva civilización planetaria (que también puede concebirse como la consolidación del sistema mundial, mayormente basado en una economía global), hay que analizar las razones históricas de su creación en tanto nueva formación histórica.

¿Qué es lo que ha cambiado tan radicalmente en el mundo, para desestabilizar la base institucional del actual sistema internacional? ¿Qué ha ocurrido para que los límites de los Estados nacionales, que eran hasta ahora las fundaciones del orden mundial, se hayan visto rebasados?

A mi entender, lo que se halla detrás de esta nueva era histórica es el cambio en las fuerzas productivas que sustentan la producción de bienes y servicios en el mundo contemporáneo. La revolución científico-tecnológica que se consolidó en los años cuarenta del siglo XX modificó las relaciones entre la base productiva de la sociedad y sus elementos superestructurales. La hegemonía de la ciencia sobre la tecnología, y de la tecnología sobre la producción, otorgó un papel hegemónico al conocimiento, la educación, la formación y el desarrollo de los recursos humanos en relación con los aspectos de las fuerzas productivas. En consecuencia, la sociedad depende cada vez más de la existencia de un gran excedente económico creado por los cambios tecnológicos y por la creciente automatización de las actividades económicas. Al mismo tiempo, la aparición de un proceso sistemático e institucional de investigación y desarrollo (como consecuencia de la revolución científica y tecnológica) modificó el papel de la innovación en la acumulación y reproducción del capital. En ese nuevo modelo histórico de producción, la innovación, el cambio tecnológico y de la base material de la sociedad, se convierten cada vez más en elementos permanentes de acumulación y reproducción del capital.

Hasta ahora, la cultura, los tabús, las religiones buscaban educar al ser humano para un consumo limitado y para reproducir lo que la humanidad acumuló. La revolución industrial vino a plantear el cambio social y tecnológico como un objetivo fundamental de la vida cotidiana. Hoy en día, la educación, la ética, la ideología tienen que preparar al individuo para aceptar y promover la sustitución de los antiguos medios de producción acumulados y los conocimientos obsoletos, por nuevas técnicas, nuevos conocimientos, nuevas reglas, una nueva ética, un nuevo contexto ideológico, nuevos modelos estéticos, etcétera. El hombre tiene que estar preparado para cambios fundamentales en cada década de su vida. La humanidad no puede reproducirse como era anteriormente, pero sí como una nueva estructura económica, social, política y cultural, adaptada a estos continuos cambios cualitativos. Estos cambios llevan a la humanidad a una nueva fase de desarrollo, como parte de un sistema mundial en constante cambio.

Cada nueva fase de desarrollo requiere mayor capacidad subjetiva de lidiar contra la naturaleza, la biología, la psicología, las relaciones e interrelaciones humanas en ambientes tanto humanos como no humanos.

Estas fases están relacionadas con los movimientos cíclicos de la economía mundial que, a su vez, están profundamente relacionados con el sistema mundial y con el ambiente del planeta. Podemos incluso admitir que la moderna economía mundial evoluciona según el modelo de largas ondas cíclicas ascendentes y descendentes, que cada nuevo ciclo económico largo está basado en un nuevo paradigma tecnológico, y que

este nuevo paradigma emergente habrá de acarrear cambios radicales, como consecuencia del impacto global de la revolución científica y tecnológica.

Estamos participando en una profunda transformación histórica que reorienta el proceso civilizatorio de su base acumulativa hacia una nueva fundación basada en el descubrimiento permanente de nuevos procesos y productos. En esta nueva realidad, el cambio se superpone a la capacidad de conservar lo anteriormente conquistado.

Actualmente, nos encontramos al final de una fase depresiva de un ciclo largo de 50 años identificado por Kondratiev. Esta fase recesiva se inició en 1967, cuando la economía mundial empezó a disminuir su tasa de crecimiento, el dólar empezó a desvincularse del oro (lo cual quedó definitivamente establecido en 1971), y se inició la fluctuación de las monedas de circulación internacional. Quedaba definitivamente revocado el mundo capitalista unitario instaurado en Bretton Woods en torno a la moneda, al comercio y a las inversiones norteamericanas. El frente ideológico reunido en torno a Estados Unidos, y que había originado la Guerra Fría, entró en crisis. Sólo es ahora cuando, unos treinta años después, esta crisis está llegando a su final.

En este nuevo período, quedó superado el proceso productivo en masa, que sustentó el crecimiento económico desde los años veinte hasta los años ochenta, basándose en la «administración científica», o taylorismo, o fordismo. De hecho, esta «administración científica» era una apropiación sistémica de la actividad de los obreros y su conocimiento del proceso productivo, por parte del capital o de los observadores «científicos» pagados para eso. Así se estableció una regulación de la producción, de las correas de transmisión en sus más altos niveles de productividad. Era la época de las líneas de producción y de otras formas autoritarias de sumisión del trabajo a la máquina o, más concretamente, al sistema de decisión del capital.

El nuevo modelo tecnológico emergente de la revolución científico-técnica es completamente diferente. Está basado en la «sustitución» del obrero con los robots flexibles y programados, y con los sistemas de producción comandados por computadoras a través de programas bastante sofisticados. Así como en el período anterior tuvimos el proceso de «automatización» que sustituyó el trabajo humano con el de las máquinas, en este nuevo período estamos llegando al proceso de «automación» que elimina el trabajo humano directo, y substituye con los sistemas electrónicos e informáticos de información y decisión, el control y la administración de la producción por parte de los humanos.

A medida que esta automación avanzaba rápidamente en los años ochenta —como la utilización de los robots en la producción—, se registraban cambios en la posición relativa de los sectores económicos. El «articulador central» de la economía industrial era el acero y la industria metalúrgica, base fundamental del desarrollo

industrial. En las últimas décadas, ambos fueron substituidos por nuevos materiales, de los más variados orígenes. Las industrias de la construcción, de los textiles, de transporte y comunicaciones, cambiaron completamente (y todavía se hallan en este proceso de cambio) los materiales con los que operaban. Innovaciones radicales transformaron por entero el papel de esas industrias básicas. Los nuevos materiales son parte de un conjunto de tecnologías que ya están, unas, en proceso de integración industrial y, otras, todavía son tecnologías emergentes. En ambos casos, se originan gracias a los constantes avances en las ciencias básicas y aplicadas, especialmente la biotecnología, la física nuclear, la físicoquímica, los nuevos materiales, el láser, la nanotecnología y la informática (con especial énfasis en la inteligencia artificial), así como otros campos del proceso de desarrollo. Entre esos campos, es importante considerar las industrias ecológicas o ambientales que están transformando en demanda industrial las exigencias, a escala mundial, de equilibrio ecológico y defensa del medio ambiente.

Esta interdependencia entre producción, nuevas tecnologías, investigación y desarrollo, ciencias básicas y aplicadas, está creando una nueva realidad económica que obliga a los agentes económicos y sociales en tanto empresas nacionales, multinacionales y globales, y más aún en tanto naciones y alianzas de naciones, a tomar nuevas decisiones en lugar de los agentes económicos privados propios de la economía liberal. La escala de producción también está cambiando rápidamente, en unas dimensiones gigantescas si se mide en término de megamercados o, incluso, de mercados mundiales. La implantación de nuevas tecnologías revolucionarias tiende a hacerse a escala mundial para que resulte económicamente viable.

El caso de la televisión de alta definición (HDTV) es un ejemplo importante. Japón ya poseía la tecnología para instalarla desde 1985, pero se vio obligado a aguardar a que existiera un sistema mundial único de producción y regulación. Estados Unidos coincidía con Japón, pero Europa estaba tratando en vano de crear su propio sistema. Incluso cuando Japón decidió iniciar su producción en 1991, ésta dependía de:

- a) La reglamentación internacional de utilización del sistema;
- b) La tecnología espacial para poner en órbita satélites capaces de transmitir en HDTV.

La situación parece ser similar en un sector tradicional como la industria automotriz, que ha sobrevivido con plantas locales en Estados Unidos y en Europa, apenas amparada en un fuerte proteccionismo contra la superioridad tecnológica japonesa, basada, ésta, en la adopción de nuevos materiales y escalas más favorables de producción en virtud de su más alta concentración, combinada con una integración flexible de empresas subcontratadas (terciarización). El mismo problema ocurre en un sector avanzado como el de la electrónica y

la industria de la informática, donde todas las empresas del sector se ven obligadas a integrar sus computadoras y sus programas con los sistemas o softwares mundiales lógicos compatibles. Se dan casos similares en todos los sectores del proceso productivo, porque esas nuevas alteraciones en las fuerzas productivas los afectan a todos con la implantación de un nuevo paradigma o patrón tecnológico.

Este nuevo modelo presenta dos aspectos fundamentales:

1. Al depender cada vez más de las nuevas tecnologías, la investigación y el desarrollo dependen cada vez más de la ciencia básica y aplicada. Esto obligó al Estado a subsidiar fuertemente la investigación y el desarrollo, cuya ejecución dentro de los grupos empresariales promueve un vínculo creciente de las empresas con la llamada «alta ciencia». Al depender de las ciencias básicas, los cambios tecnológicos están obligando a las grandes empresas a desarrollar sus propios centros de investigación básica, reemplazando así los centros universitarios. Las inversiones estatales en la llamada gran ciencia han permitido saltos espectaculares, como en el caso del Programa del Genoma Humano.
2. Las nuevas escalas de producción exacerbaron el debate internacional por el dominio de los mercados. Esto llevó a la administración de emprendimientos complejos para combinar perspectivas geográficas globales y estrategias sectoriales globales. Los nuevos patrones planetarios de producción obligaron a las empresas a desarrollar la flexibilidad de las estructuras industriales. Éstas tienen que ser capaces, en corto tiempo, de sustituir viejas tecnologías, o transferirlas a subcontratantes o a poderes subeconómicos nacionales interrelacionados (el caso de Japón con Corea del Sur, Taiwán, Singapur, parte de Hong-Kong, el sur de China, y otros nuevos países industriales emergentes en Asia). Esto ha creado la necesidad de una nueva división internacional del trabajo, altamente dinámica, para permitir a los países líderes una mayor concentración en las tecnologías de punta.

En este mundo nuevo, la integración regional representa una respuesta posible, aunque temporal, para esas necesidades. Es importante subrayar el hecho de que la regionalización genera confrontaciones entre coaliciones de fuerzas económicas y políticas, creando algunos poderes y desintegrando otros, produciendo por una parte más racionalidad entre los países integrados, pero generando, por otra parte, una creciente anarquía e irracionalidad a nivel internacional. Así pues, podemos percibir un creciente desarrollo desigual y combinado entre naciones desarrolladas, subdesarrolladas y en desarrollo; entre empresas locales, multinacionales y globales; entre gobiernos nacionales, regionales o locales; entre grupos étnicos y fuerzas nacionales y globales; etcétera.

Este nuevo modelo tecnológico está también relacionado con una nueva división internacional del trabajo, que afecta los diversos niveles de relaciones entre países, regiones y empresas. Crea nuevos niveles de

explotación del trabajo, altera la jornada laboral, modificando sustancialmente el proceso laboral, el papel de la mano de obra en la producción, así como su responsabilidad y calificación. Cambia también las estructuras del empleo, la tasa de desempleo, de subempleo y de trabajo informal. Todos esos cambios desestabilizan los antiguos movimientos sociales, categorías sociales y grupos, y estimulan una importante intervención de viejos y nuevos movimientos sociales en la definición de un nuevo comportamiento social y moral, en los partidos políticos y en las estrategias y políticas sociales.

Es importante considerar que este nuevo patrón tecnológico —que viene impulsando un nuevo período de crecimiento y acumulación de capital a escala mundial desde 1994, de acuerdo con el ciclo Kondratiev— está basado en una intensiva automatización de la producción que ya está causando y deberá causar, aún más, una drástica reducción de la cantidad de trabajo socialmente necesario para producir los mismos productos que tenemos hoy. Esto está afectando y afectará el costo de los productos industriales, pero también el empleo y la duración de la jornada de trabajo.

En consecuencia, tendremos dos grandes problemas en las próximas décadas:

1. La disminución de la fuerza de trabajo, y específicamente de la demanda de trabajo manual, producirá desempleo en estos sectores, lo cual se convertirá en un problema dramático, incluso en período de crecimiento. La extensión de ese problema dependerá de la disminución de la jornada de trabajo (actualmente, todas las uniones de trabajadores están luchando por una jornada laboral de treinta y seis horas semanales), de la extensión del período de escolarización de la población, del aumento del tiempo de formación de recursos humanos (extensión de estudios básicos, grado y postgrado, educación continuada, formación técnica, capacitación de las fuerzas de trabajo para nuevas funciones, etcétera, así como la reducción de la edad del retiro). Todo esto está relacionado con la posición del movimiento laborista en la nueva sociedad basada en la revolución científico-técnica, y con la influencia de las ideologías socialistas del antiguo movimiento obrero en la nueva fuerza de trabajo, que se constituye como una nueva fuerza salarial, viviendo en condiciones sociales muy diferentes a las de los antiguos obreros, y participando en un nuevo proceso de producción, nuevas reglas, menor sincronización y coacción externa, etcétera), y participando en un nuevo modelo de consumo.
2. Las alteraciones demográficas que están ocurriendo en los países desarrollados, conducirán a que el sector más viejo de la población prevalezca demográficamente; al mismo tiempo, las poblaciones más jóvenes en los países en desarrollo y subdesarrollados serán mayoritarias aún por un largo período. Como en los países

desarrollados aumentan las oportunidades de empleo, esas poblaciones jóvenes presionarán fuertemente a través de la inmigración, o desplegarán comportamientos contestatarios y radicales en sus propios países. La marginación urbana y rural está creando una nueva categoría social, con cultura y comportamiento propios, que da origen a nuevas fases del llamado «crimen organizado». También forman parte de este contexto el radicalismo religioso fundamentalista y étnico, o el tribalismo. El surgimiento de nuevas tecnologías orientadas por el gran capital también reforzará la competencia oligopólica internacional. Los costos más bajos de producción han disminuido las barreras arancelarias en varias industrias, y las nuevas empresas —más especializadas y flexibles— intensifican su competitividad a escala mundial. Esas nuevas empresas están luchando y seguirán luchando para liberar el aparato estatal y favorecer su entrada en los sectores protegidos.

En estas circunstancias, resulta evidente que los grandes inversores que crearon grandes imperios económicos no se hallan en buena situación competitiva. La capacidad instalada puede ser un factor negativo.

Grandes empresas del pasado estarán en posición desfavorable si no consiguen deshacerse de sus antiguos valores. En consecuencia, se ha planteado la necesidad de un período de desvaloración de los activos especulativos y obsoletos, iniciado en 1987. Esto ha permitido la substitución del capital fijo necesario para las nuevas inversiones, favoreciendo un ciclo de crecimiento económico basado en nuevas tecnologías. La falsa liquidez basada en el crédito fácil, la especulación financiera, inmobiliaria y estatal, están en merma desde 1989; hay que profundizar esa desvaloración. La recesión de 1989-1992 mostró que se puede superar el atraso económico y crear las bases para una nueva fase de inversión, cuando se incorporó activamente las tecnologías del nuevo paradigma entre 1994 y 2000, sobre todo en Estados Unidos.

Pensamos que éste fue el inicio de una nueva fase de crecimiento; en consecuencia, se plantea el tema del poder hegemónico capaz de integrar esta nueva fase de expansión del sistema mundial. Éste debería funcionar como el centro de acumulación del capital a escala mundial. En torno a este centro, se colocarían las economías dependientes o periféricas o semiperiféricas (aceptándose los conceptos de Wallerstein, quien sigue la percepción de Raúl Prebisch de una economía mundial).

Los períodos de declive de las ondas largas (fases B) están marcados por una desintegración de la economía mundial y una lucha por la hegemonía. Los períodos de crecimiento (fases A) se caracterizan por el establecimiento de un centro o núcleo de la economía mundial, que suele estar relacionado con la hegemonía política y militar.

LA BÚSQUEDA DE UN NUEVO CENTRO HEGEMÓNICO Y DE UN «NUEVO ORDEN MUNDIAL»

La Geopolítica pretende ser una «ciencia» de distribución física de poder a escala mundial. Esta disciplina intenta estudiar la distribución de los recursos naturales, del poder económico, político y militar, en el ámbito internacional a fin de establecer los objetivos estratégicos de cada nación.

Fue concebida como base para estrategias nacionales, militares y políticas. Su identificación con Alemania se relaciona con el nazismo, colocándola en una segunda línea de pensamiento académico y científico. Pero sigue siendo estudiada en las academias militares y en los cuarteles generales de todos los ejércitos nacionales.

Hoy en día, hay que ser muy cauteloso con respecto a los principios que orientan los análisis geopolíticos. En el ítem anterior, vimos los principales factores económicos que pueden influenciar la distribución del poder en el mundo, en los próximos veinte o treinta años. El sistema mundial, que fue la base común de la economía capitalista en los últimos cinco siglos, está sufriendo cambios radicales. La revolución científico-tecnológica surgida con la Segunda Guerra Mundial aseguró las bases para una acumulación mundial del capital y una reproducción cada vez más autónoma de la economía mundial. Empresas multinacionales, trasnacionales o globales, están tratando de sustituir parcialmente a los Estados nacionales como base de la actividad económica. Pero aún dependen del poder económico del capital centralizado (esos capitalistas colectivos que son los Estados nacionales). Los Estados proporcionan subsidios, bases financieras y culturales para la expansión de las empresas multinacionales. Al mismo tiempo, cooperan entre ellos y crean instituciones regionales e internacionales para gerenciar y organizar esta nueva fase de la economía mundial.

Esos Estados nacionales tienen sus estrategias geopolíticas propias, pero deben someterlas a los objetivos de las alianzas económicas, políticas y militares (alianzas interestatales) que actualmente organizan la vida internacional. Al final de la Segunda Guerra Mundial, surgió un sistema económico mundial en torno a la hegemonía de Estados Unidos, que representaban en aquella época casi la mitad de la economía mundial y, con la bomba atómica, tenían el liderazgo militar en el mundo, apenas compartido con Inglaterra.

En esta situación, la estructura institucional del sistema mundial estaba totalmente basada en la hegemonía norteamericana: Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Acuerdo General de Tarifas y Comercio (GATT), Naciones Unidas, todas estas estructuras fueron concebidas en el marco de dicha hegemonía, respetando parcialmente los intereses de las fuerzas aliadas vencedoras en la Segunda Guerra Mundial. Al poco tiempo, estas organizaciones se completaron con las de la Guerra Fría: Plan Marshall, Punto Cuatro, OTAN, y otras, cuyo objetivo era estabilizar o «contener» la influencia militar e ideológica de la Unión Soviética (que, en

verdad, había quedado asolada militar y económicamente, aunque tenía la moral en alto gracias a las victorias militares contra el fascismo).

La Unión Soviética se vio obligada a aceptar las reglas de la Conferencia de Yalta. No obstante, era una victoria ocupar un puesto de poder, aunque marginal, dentro del sistema mundial hegemonizado por Estados Unidos. Conuerdo plenamente con Wallerstein y otros autores que no aceptan la idea de que existió un mundo bipolar. La Unión Soviética nunca tuvo poder económico, político o militar para constituirse en un polo (o centro) alternativo al de Estados Unidos. Después de la Segunda Guerra Mundial sólo hubo una potencia mundial: Estados Unidos. Y, más atrás, Inglaterra y la Unión Soviética aparecieron como importantes fuerzas en el área militar, pero muy lejos de los amos norteamericanos.

LA HEGEMONÍA COMPARTIDA DE ESTADOS UNIDOS

Pero la hegemonía de Estados Unidos no podía ser eterna. La recuperación de las economías europeas (sobre todo alemana) y japonesa, la reconstrucción y el crecimiento de la economía soviética (hoy en día poco reconocida), las revoluciones china e india y sus efectos en Asia, generaron nuevos centro de acumulación de capital, de desarrollo científico y tecnológico, y de expansión económica. Las evoluciones anticoloniales, con el surgimiento de los Estados del Tercer Mundo y su coordinación después de la Conferencia de Bandung y el Movimiento de los No Alineados, permitieron que esos países se apropiaran de sus recursos naturales fundamentales. La nacionalización del petróleo en México a fines de los años treinta, y en Brasil en los años cincuenta, prosiguió en el Este europeo, en el Medio Oriente y en Venezuela, en los años setenta y ochenta. Esas nacionalizaciones completaron un proceso iniciado en los años treinta y cuarenta. Muchos otros recursos básicos fueron estatizados y explotados por empresas estatales, disminuyendo el área de acción del capital privado, como el cobre en Chile, en 1972.

En este mundo nuevo, Estados Unidos ya no podía ejercer el mismo poder hegemónico. Su posición económica relativa decreció mucho entre 1945 y 1967; este decrecimiento se acentuó al final de la Guerra de Vietnam hasta el día de hoy. Incluso en el período de Reagan y en la Guerra del Golfo, cuando Estados Unidos se atribuye importantes victorias militares y económicas, este país experimentó una irreversible pérdida de

poder económico y militar a nivel internacional. La victoria en las dos guerras de Irak se dio contra un pequeño país, a un alto costo económico y político. La campaña en Afganistán en 2001-2002 no logró consolidar el control del territorio de ese país.

Históricamente, la hegemonía fue una condición para el funcionamiento del sistema mundial durante los períodos de crecimiento. Pero una de las características de las fases B negativas o recesivas de las ondas largas de Kondratiev fue precisamente la disolución de una clara hegemonía en el sistema mundial, y la consecuente pérdida de una fuente central de acumulación de capital a escala mundial. Cuando no se tiene una hegemonía bien definida en las fases A, caracterizadas por el ascenso económico, el funcionamiento sistémico queda en precaria situación. En este sentido, el período actual se asemeja al período de 1890-1914, cuando la economía mundial tuvo una nueva e importante expansión mientras que Gran Bretaña perdía su poder en Alemania, Japón, Italia, Rusia, y sobre todo Estados Unidos, surgían en el sistema mundial como potencias centrales competitivas.

Actualmente, cuando después de la Segunda Guerra Mundial el sistema internacional basado en la hegemonía de Estados Unidos (y su subsistema que fue la Guerra Fría) está completamente desmantelado, nos encontramos en un período de transición, en el que se habrá de construir un nuevo sistema de alianzas. Este sistema no podrá ser otro que un sistema en el que Estados Unidos mantenga una hegemonía compartida con otros posibles poderes centrales, o sea, con la Europa integrada bajo el liderazgo franco-alemán, con el sistema Japón-Asia-Pacífico, en el cual China despunta como nuevo poder económico y militar, y la antigua Unión Soviética, hoy la CEI bajo influencia rusa que está siendo erróneamente marginada del centro del sistema mundial, so pretexto de ciertas actitudes ideológicas.

Esta «hegemonía compartida» tratará de asimilar, en una segunda categoría, a las nuevas economías industriales de Asia (a través del liderazgo japonés), y de abrir camino para que economías industriales de países como México, Brasil, y también las fuerzas del Este europeo participen en este nuevo sistema de decisión, en una posición subordinada y regional. Países como China e India también tendrán que encontrar su espacio geopolítico en esa nueva fase del sistema mundial, como fuerzas regionales e internacionales.

Estados Unidos aún constituye la mayor fuerza relativa mundial. Pero no pueden detener su declinación. La nueva fase de desarrollo de las fuerzas productivas a escala mundial requiere el más alto nivel de competitividad en el comercio y, a la vez, una fuerte intervención estatal y una concentración económica que no puede ser exclusiva de un país o una región. Por otra parte, Estados Unidos está dominado por una nueva burguesía militarista y tecnócrata, creada y desarrollada al amparo del poder de compra del Pentágono y sus subsidios

para la investigación y el desarrollo. Aún contrariando una clara oposición de la vieja oligarquía norteamericana y un amplio sector de la opinión pública, siguen teniendo un presupuesto alto para los gastos militares, que mantiene y hasta aumenta el déficit fiscal del país. Al mismo tiempo, este déficit crea una burguesía financiera, dependiente de esta política fiscal irracional. El déficit fiscal crea también nuevas demandas, interna y externamente. Esas demandas fueron la fuente del gran crecimiento de la exportación japonesa, alemana y de los nuevos países industrializados en los años ochenta. En los años noventa, la contención del crecimiento europeo, japonés y de los «Tigres Asiáticos», abrió espacio para el surgimiento de China como la más importante potencia exportadora hacia Estados Unidos. Pero este comercio desigual es también el origen del déficit comercial norteamericano que hizo viables estos superávits comerciales, y que surgió en la misma época con fuerza y energía tremendas.

Ese modelo económico generó un crecimiento económico en la economía mundial entre 1983 y 1989, y permitió a Estados Unidos un avance en tecnología militar que fue utilizado en la Guerra del Golfo como demostración de poderío militar y tecnológico.

Pero ese modelo no es sustentable, porque está basado en un débito fiscal y externo no administrable. Ambos tienden a producir una fuerte devaluación del dólar, lo que transformaría a Estados Unidos en una potencia no hegemónica. Actualmente, vivimos el proceso de creación de un nuevo sistema monetario mundial con tres monedas básicas (dólar, euro y alguna moneda asiática basada en el yen japonés y en el yuan chino). Hasta ahora, Japón y Alemania sustentan el dólar en el mercado mundial porque (entre otras razones) poseen grandes reservas en dólares. Pero no tienen capacidad para sustentarlo indefinidamente. En los años noventa, sobre todo durante el gobierno de Clinton, el dólar cayó para permitir que Estados Unidos aumentara sus exportaciones y disminuyeran su déficit comercial a un nivel más «aceptable» (entre 50 y 70 billones de dólares anuales hasta 1997). Actualmente, Estados Unidos está confrontado al hecho de su transformación en una potencia regional.

Al iniciarse este siglo XXI, en una reacción voluntarista contra esta tendencia, el gobierno de Bush hijo trata de revertirla y restablecer la hegemonía norteamericana, como veremos más adelante. Esta situación se prolongará por algunos años, hasta el momento de la verdad, cuando quedará claro que Estados Unidos no tendrá medios para mantener sus déficits. Este período coincide más o menos con una nueva onda de Kondratiev en inversiones, entre 1994 y 2020.

Durante este período, quieran o no, Estados Unidos se verá obligado a reforzar su poder regional. Tendrán que promover no sólo el mercado común norteamericano con Canadá y México (NAFTA), sino también la integración

regional de las Américas a través del ALCA. Tendrán que negociar con los países latinoamericanos y aceptar su integración parcial en un proceso comercial y económico mucho más amplio que un simple acuerdo de libre comercio.

Durante este período, Estados Unidos asistirá —impotentes— al surgimiento de nuevas fuerzas y alianzas mundiales. ¿Buscará el mundo una nueva hegemonía, o es de esperarse una «mutación» en el sistema mundial y la aparición de condiciones para una «civilización planetaria» basada en el pluralismo cultural y económico y en el concierto mundial de naciones?

Antes de que esa mutación se haga realidad, es posible que tengamos un período de inestabilidad, debido a la lucha por la hegemonía mundial y por la participación en un poder relativo, en una hegemonía compartida con Estados Unidos. Todo lo cual moderará, y ya está haciéndolo, el ímpetu del boom económico iniciado en 1994. Esto ya se percibe en la profundidad y la extensión de la crisis de 2001-2003.

Es posible también que Estados Unidos trate de reforzar sus relaciones con la Cuenca del Pacífico. Pero esa política tendrá una fuerte coparticipación japonesa, y no podrá asegurar a Estados Unidos la recuperación de su poder hegemónico en esa región. El surgimiento de China como potencia comercial introdujo en Oriente un nuevo polo de poder financiero, militar, ideológico y cultural, de difícil asimilación. Al contrario, la retracción para el área del Pacífico como una consecuencia de la pérdida de poder en el área del Atlántico Norte reforzará el poder de negociación de Japón y China que, para ese momento, se hallarán en una mejor posición estratégica.

JAPÓN: DEL PODER EXCLUSIVO EN EL PACÍFICO A LA EXPANSIÓN EN EL CONTINENTE ASIÁTICO

La más comentada alternativa a la hegemonía norteamericana fue el éxito económico japonés en los años setenta y ochenta. Pero Japón tenía limitaciones muy decisivas para convertirse en una fuerza hegemónica, pese a su buen desempeño económico, que se encuentra en crisis desde los años noventa. La reciente historia de Japón quedó marcada por su fracaso en el intento de convertirse en un imperio y conducir una guerra contra Estados Unidos en el Pacífico. Aquel fracaso también está trágicamente relacionado con el primero y único caso de utilización de un arma atómica. El odio y la frustración forman parte de su historia reciente, produciendo

un fuerte sentimiento antimilitarista en buena parte del pueblo japonés. Pero la humillación de la derrota fue también (para una nación tan perseverante) un estímulo para la reconstrucción del poder japonés, sobre nuevas bases. E incluso apoyando las fuerzas progresistas de Japón contra la vieja oligarquía que hizo la guerra (desmontando los keiretzu, llevando a cabo la reforma agraria, suprimiendo las inversiones militares), Estados Unidos no deja de ser responsable por el bombardeo atómico contra el pueblo japonés. En este contexto tan complejo y trágico, puede comprenderse cuán contradictorio resulta el comportamiento de los japoneses y sus sentimientos más profundos en tanto pueblo, cultura y civilización.

Es éste el primer límite a la hegemonía mundial japonesa. Las clases dominantes en Japón no aplicaron una visión planetaria geopolítica y estratégica, y quedaron restringidas a su problema (su drama) regional. Además, la cultura japonesa no presenta una tradición conceptual de modelos y visiones a escala mundial. Esto tiene que ver también con sus límites territoriales y su aislamiento, que sólo podrían compensarse (superarse) a través de conquistas imperialistas (rechazadas como alternativa) o mediante una política de desarrollo regional capaz de colocar Japón a la cabeza de una región surasiática y del Pacífico fuertemente desarrollada.

La dependencia de Japón respecto de Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, no fue sólo económica sino también militar y estratégica. Tal hecho obligó a Japón a adoptar el concepto de una Alianza Global con Estados Unidos, lo que significó un abandono total de cualquier estrategia global propia.

Al mismo tiempo, Japón todavía teme las consecuencias del odio generado por su poder colonialista. Todavía hoy se perciben fuertes sentimientos antijaponeses, especialmente en Corea, pero también en otras regiones de su antiguo imperio. Japón ha justificado su antiguo imperio como una alternativa antioccidental, pero este tipo de propaganda no puede ser utilizada hoy en día, aunque esos sentimientos antioccidentales tengan profundas raíces.

Simultáneamente, la estrategia de la Cuenca del Pacífico esta basada en el mercado norteamericano, y en una fuerte conexión con la costa Oeste de Estados Unidos. Japón ha invertido mucho en ese mercado para acabar con su dependencia, sin mayores consecuencias.

Pero, por otra parte, también hay que tomar en cuenta que la situación global está modificándose diariamente. Y además, la decadencia de Estados Unidos y la base artificial de su fuerza de mercado, sustentado por el déficit fiscal, están obligando a Japón a reconsiderar su alianza global. Las inversiones japonesas en Estados Unidos se orientan cada vez más hacia aplicaciones más seguras, abandonando las inversiones en títulos de

la deuda pública para dar preferencia a las inversiones directas y las nuevas asociaciones empresariales con emprendimientos de importancia estratégica. Ya pasó el tiempo en que todos los huevos se colocaban en la sola canasta económica norteamericana, sobre todo con los riesgos que implican los bonos de la deuda norteamericana.

Al mismo tiempo, la presión estadounidense y europea contra la expansión del capital japonés y su competitividad, obligaron a Japón a buscar nuevos mercados y campos de inversiones, así como a pensar por sí solo, y a reconstruir su estrategia mundial de forma más global y autosustentada.

Así, Japón logró retomar sus relaciones con regiones de su antiguo imperio, pero sobre nuevas bases. Y eso ha significado el reencuentro con una antigua vocación asiática de Japón.

China formaba parte de esa «vocación», y se abre hoy a una muy fuerte complementaridad con la economía, la cultura y la política japonesa. La cantidad de inversiones japonesas en China es sumamente significativa, y todo hace pensar que será una tendencia histórica cada vez más importante. Pero lo cierto es que la expansión china (paralela al estancamiento japonés) comienza a desequilibrar la correlación de fuerzas entre Japón y China en favor de esta última.

Corea del Sur estaba integrada a la política y la estrategia industrial japonesa. En los años noventa, trató de salir de los límites de la Cuenca del Pacífico, en reacción a la decadencia del mercado norteamericano.

Buscó nuevas zonas de inversión, y Siberia es ciertamente la región más importante para crear una nueva economía que ya está emergiendo en esa región asiática. Y Corea tiene el apoyo total del capital japonés para ese nuevo direccionamiento estratégico. Los estrategas japoneses sienten actualmente que, para su relación con Estados Unidos, podría ser muy arriesgado forzar una intervención económica directa en una región tan importante. La unificación de las dos Coreas (incluso manteniendo sus actuales Estados nacionales) es absolutamente necesaria, y significará el surgimiento de una nueva fuerza económica en Asia. Si Japón desea tener vecinos fuertes que lo protejan de presiones externas, ése será un buen camino.

La integración de la economía japonesa con la producción regional de materias primas y productos agrícolas fue asumida por la política de división regional del trabajo aplicada por el MITI. Esta política está basada en industrias subcontratadas, que producen para los japoneses, los norteamericanos y otros mercados. También supone una transferencia de tecnología (semiobsoleta, menos estratégica, o contaminante) hacia los demás países de la región, a fin de concentrar la especialización de la industria japonesa en una tecnología más

avanzada. Este sistema ha sido imitado por Corea del Sur, Singapur y Taiwán, que también están transfiriendo tecnología hacia una tercera zona de inversión en los países asiáticos.

China deberá revertir en breve su posición en este esquema regional, con fuertes inversiones en innovación tecnológica.

Al mismo tiempo, los países que formaban la antigua Indochina están buscando la ayuda japonesa para su desarrollo económico. Vietnam, Laos, y sobre todo Cambodia, pueden ser altamente complementarios con la economía japonesa. Estados Unidos está quedando fuera de esa región conflictiva, y hasta pasan el control de la complicada situación cambodiana, de Corea del Norte, y otros casos regionales, al gobierno japonés.

En resumen, se ve una tendencia de Japón a asumir crecientes responsabilidades en el continente asiático, con una perspectiva muy importante a largo plazo: reconstruir una poderosa economía asiática, muy cerca de un centro de acumulación de capital, de estructura monetaria, y de poder tecnológico propios.

Paralelamente, Japón viene aumentando su influencia en América Latina, donde está considerado como una fuente de inversiones, tomando el lugar del capital europeo que abandonó la región en favor del Este europeo, o como resultado de las restricciones impuestas por la pérdida de poder económico, como en el caso de Estados Unidos, transformado en un país deudor y en un importador de capitales. En algunos casos, como en México, el capital japonés tiene un espacio abierto de inversión para penetrar en el mercado de Estados Unidos a través del NAFTA.

Brasil también está interesado en los capitales japoneses, que goza de una aceptación favorable en la región. El ex presidente peruano Alberto Fujimori fue electo utilizando su origen étnico japonés, como un factor que lo convirtió en negociador para la captación de inversiones japonesas en su país. Su caída debilitó mucho la penetración japonesa en la región.

Pero Japón no tiene una política clara con respecto a Latinoamérica.

Los japoneses temen confrontarse con los intereses norteamericanos en la región. Además, hay una falla importante en la visión japonesa del mundo. Japón no tiene una política para el Medio Oriente, al que sólo considera como una fuente de petróleo. Lo mismo ocurre con respecto a África, India, Pakistán, donde Japón no tiene ninguna penetración. En Europa, tuvo que abandonar una equivocada alianza con Gran Bretaña para considerar la hipótesis, aún confusa, de un acercamiento más efectivo con Alemania y Francia. Su visión del Este europeo y de Rusia es muy vaga e indefinida. Su liderazgo ha esgrimido la excusa menor de la recuperación

de dos islas perdidas durante la Segunda Guerra Mundial, como base de una política externa hacia un país muy grande e importante como es Rusia.

En fin, la posibilidad de un acuerdo con Rusia para una exploración directa de Siberia, y de una colaboración marítima y espacial con esta potencia, permitiría a Japón un acercamiento al poder mundial mayor del que ha logrado con su enfoque del Pacífico como centro estratégico.

De cualquier forma, las dos próximas décadas serán un período de intensa reorientación de la política internacional japonesa, y se abrirá espacio para que Japón aparezca en el escenario internacional con una creciente fuerza geopolítica independiente. El acercamiento a China permitiría posicionarlo como representante de la cultura y la civilización asiáticas. Pero gracias a su tradición cultural, China se coloca cada vez más como líder cultural de Asia, y se proyecta a todo el planeta. Un Japón independiente de Estados Unidos podría hacer variar la dirección del viento, soplando cada vez más desde Oriente, aunque todavía no llega a ser hegemónico.

LA INTEGRACIÓN EUROPEA, EL ESTE EUROPEO Y EL PAPEL DE LA ALEMANIA UNIFICADA

Al defender Berlín como capital de la Alemania unificada, Willy Brandt hizo una sorprendente comparación histórica. Para él, aceptar Bonn como capital de la Alemania unificada sería lo mismo que Francia aceptara Vichy como la capital de la Francia liberada. Esta comparación histórica muestra que las heridas de la Segunda Guerra Mundial todavía siguen abiertas, y cuánto se resiente Alemania de haber sido ocupada y sometida por fuerzas externas durante todos esos años de buenas relaciones con un Atlantismo aparentemente intocable. Quizás esto pueda explicar el súbito rompimiento del atlantismo en el episodio de la discusión ante el Consejo de las Naciones Unidas sobre la intervención norteamericana en Irak, en 2003.

El geopolítico inglés H. Mackinder, al inicio del siglo XX, consideraba como un «pivote» mundial el área continental denominada Eurasia, cuyo «corazón» constituía en aquella época una amenaza potencial contra el poderío de Gran Bretaña, poderío que pasó a manos de Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial. Los geopolíticos norteamericanos mantuvieron esa percepción de una alianza eurasiática como opuesta a la hegemonía norteamericana. La oposición entre la integración atlántica y la europea es, en parte,

una expresión de esa percepción. La incorporación de la antigua Unión Soviética, hoy la CEI, en una política común de integración con Europa es un hecho definitivo y peligroso para la estrategia norteamericana en tanto fuerza hegemónica el mundo.

La Unión Europea es esencialmente una conquista geopolítica de Alemania. A principios de los años ochenta, esta política fue capaz de neutralizar el atlantismo del primer mandato presidencial de François Mitterrand. En ese período, una política unificada entre Estados Unidos y Gran Bretaña (la alianza Reagan-Thatcher) se constituyó en una contundente ofensiva de fuerzas conservadoras para dar soporte a una posición contraria a la Unión Europea. A fines de los años ochenta, como reacción a esta política, Francia se adhirió por fin al europeísmo. Una Gran Bretaña en decadencia quedó entonces aislada junto a unos Estados Unidos decadentes. Esta alianza apareció en todo su antihistórico aislamiento en el episodio de la invasión a Irak en 2003.

La «revolución» del Este europeo fue en gran parte una consecuencia de esa situación geopolítica. Enfrentando la posibilidad concreta de una Unión Europea con hegemonía alemana, por una parte y, por otra, un Japón en ascenso, la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se vio inducida a abandonar una posición geopolítica inconfortable, basada en una confrontación artificial con Estados Unidos. La Unión Soviética comenzó entonces a articular nuevas políticas mundiales fuera del modelo de la Guerra Fría. Durante los años ochenta, dio pasos importantes para formar un amplio frente mundial por la liquidación de la Guerra Fría, con el apoyo de la II Internacional (socialdemocracia), de los liberales norteamericanos, y hasta de las fuerzas conservadoras (por ejemplo, la Trilateral) —que se oponían a los grandes gastos en tecnología militar del Pentágono (especialmente la Guerra de las Galaxias o IDS)—, y también con el apoyo del Papa y otras fuerzas religiosas, incluyendo la democracia cristiana, el Movimiento de los No Alineados, los movimientos sociales para la paz y la defensa del medio ambiente, y muchas otras fuerzas políticas y culturales. Esa fuerte alianza de fuerzas de centroizquierda y hasta conservadoras condujo la diplomacia rusa a un activo liderazgo en la ejecución y concepción de una nueva política mundial, a través de la perestroika, de la glasnost, y la «nueva mentalidad», impulsadas por Mikhail Gorbachev.

Pero esa nueva fase política fue progresivamente determinada por el enfoque ruso de la Unión Soviética y de la geopolítica mundial. De acuerdo con el nacionalismo ruso, la Unión Soviética y la Europa del Este habían sido un peso negativo para su nación (Rusia). Contrariamente a otras naciones imperialistas, que recibían excedentes económicos del exterior a través de la explotación de sus colonias, Rusia se había visto obligada a transferir sus excedentes (principalmente agrícolas, pero también materias primas, sobre todo el petróleo) a las regiones más atrasadas de la Unión Soviética, al Este europeo y a otros aliados. También se veía obligada a comprar productos industrializados de mala calidad fabricados en esas regiones aisladas del

mundo, para cumplir con el modelo socialista e igualitario de la división del trabajo en el seno del COMECON (Consejo de Ayuda Mutua Económica).

Esto determinó un creciente consenso ruso contra la URSS y el costo de su dominación en el Este europeo. Estas ideas influenciaron cada vez más a la intelectualidad, al nacionalismo populista ruso, a la ideología religiosa (todavía muy fuerte en ese país), y terminó por influenciar el sector reformista del Partido Comunista y el grupo clave que organizó, en gran parte, este movimiento reformista. Del grupo original de la perestroika, primero Boris Yeltsin y luego otros (hasta un georgiano como Shevardnadze) aceptaron esas ideas básicas.

Si a esto agregamos la coyuntura de un Gorbachev rodeado por las fuerzas internacionales no reformistas y por los sistemas conservadores en el Este europeo, se puede entender la necesidad de forzar la eliminación de las antiguas burocracias comunistas del Este europeo, con el apoyo del grupo reformista del Partido Comunista y del aparato de la KGB. Esta política condujo a la coyuntura de 1989, cuando se registraron presiones de Gorbachev y de los reformistas de la Unión Soviética, en alianza con fuerzas políticas socialistas y populistas locales sin mucho poder (y hasta en alianza con las fuerzas conservadoras, como en el caso de Polonia), para derrocar los debilitados gobiernos comunistas puestos por las tropas de ocupación soviética en cada país del Este europeo.

Donde existía una oposición madura, como en el caso de Polonia y Hungría, estos cambios eran más o menos manejables. Donde no la había, los cambios se daban en cualquier dirección, pero siempre de arriba hacia abajo. La reacción popular fue mucho más radical de lo que se esperaba inicialmente, en una mezcla de nacionalismo antisoviético, de anticomunismo, y de sentimientos hostiles a los privilegios de la burocracia, confluyeron en un movimiento popular antisocialista y proliberal.

Pero estas tendencias eran muy superficiales e ideológicamente confusas.

Estaban influenciadas por fuerzas socialdemócratas y socialistas, históricamente opuestas al estalinismo, a la autocracia, a la ocupación de la Europa del Este, y mucho más radicalmente que los conservadores y los liberales de derecha.

El factor más importante en este nuevo contexto es la abertura de la Europa del Este para reincorporar sus economías a la de Europa occidental, a la cual había pertenecido tradicionalmente. Pero esto tendrá que llevarse a cabo sin que se pierda la importante expansión hacia el Este, ocurrida durante la integración con la Unión Soviética y el COMECON (que hoy está desmantelado, pero que tendrá que ser parcialmente reconstruido).

Para Alemania, esta situación resultaba muy favorable. Se abría un gran mercado en la Europa Occidental y otro, más grande aún, en la Unión Soviética; estos mercados podían ser conquistados mediante las inversiones en el Este europeo, para penetrar dentro de la antigua Unión Soviética. ¿Se logrará esta integración en el «corazón del continente», el heartland: de la Europa del Canal de la Mancha a Vladivostock, una Europa mucho más vasta que la que había concebido Charles de Gaulle? ¿Significará la consolidación de la hegemonía euroasiática y la declinación de las potencias marítimas, sobre todo Estados Unidos? La alianza entre Francia, Alemania y Rusia contra la aprobación de la invasión a Irak en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas habrá sido, tal vez, una primera manifestación del potencial de esta estrategia euroasiática, en la que China participa parcialmente, mostrando su simpatía a las oposiciones de la tríada europea.

La respuesta es la siguiente: esta perspectiva sólo es parcialmente válida.

Hoy en día, la globalización de la tecnología está creando nuevas condiciones geopolíticas basadas mucho más en la educación, la capacitación, la investigación y el desarrollo, la tecnología avanzada (especialmente militar y espacial) en el antiguo espacio soviético; lo cual creará, a su vez, un nuevo poder económico, social, político, militar y cultural, nunca antes conocido por la humanidad. Es muy difícil prever el efecto de esta alianza en la evolución de la humanidad. En todo caso, desestabilizará por completo la hegemonía de Estados Unidos.

Pero en un período de transición se solicitará la colaboración de Estados Unidos, y las fuerzas locales europeas (incluyendo a Rusia) aceptarán una posición secundaria en una coalición mundial de fuerzas bajo la hegemonía de Estados Unidos (lo que llamamos hegemonía compartida); al final de un período de crecimiento económico y de concreción de esas tendencias virtuales, esa hegemonía se verá amenazada, y sólo una mentalidad renovadora, una ideología y una acción «planetarias», permitirán lidiar con el enorme desequilibrio que ocurrirá entonces.

LA UNIÓN SOVIÉTICA: ¿«UN PERRO MUERTO»?

Se considera actualmente que la experiencia histórica de la Unión Soviética fue un «desastre» político y económico, que se acabó como régimen económico, como sistema político y como federación de naciones. Conclusiones fáciles que son fruto de una propaganda muy superficial. La prensa mundial mantiene una «guerra fría cultural» que impide un conocimiento real de acontecimientos, tendencias y situaciones globales.

La Unión Soviética no es un «perro muerto». Hay que considerar que la unión administrativa y política que sucedió al antiguo imperio ruso sigue estando viva bajo ciertas formas que aún no se consolidan, como la CEI ampliada, y que influenciará decisivamente la evolución de la economía y del sistema mundial en las próximas décadas. Lo que sí está muerto (desde 1954, y definitivamente) es el estalinismo como doctrina política y sistema ideológico. Lo que también se acabó (desde 1967, cuando Estados Unidos empezó a perder su hegemonía a nivel mundial) fue la Guerra Fría que, con el complejo industrial, militar y de las fuerzas de la derecha norteamericana, significó la capacidad de dirigir la diplomacia internacional. El estalinismo no fue el inventor de la Guerra Fría. Al contrario: Stalin fue el dirigente soviético que más apoyo logístico y financiero recibió de los líderes occidentales, entusiasta y claramente durante la Segunda Guerra Mundial, y también durante la «purga estalinista» de 1935, cuando la prensa occidental dio cobertura y justificó los juicios de Moscú que asesinaron «legalmente» al liderazgo bolchevique de la Unión Soviética.

Después, Stalin fue presentado como un monstruo por la prensa occidental de la postguerra y como parte de la Guerra Fría. Y la Guerra Fría fue, en parte, una contención interna y externa (según los acuerdos de Yalta) del ejército soviético en Europa y Asia (y aún así, no se pudo impedir las revoluciones china y yugoslava, entre otras).

Pero fue también un instrumento de consolidación ideológica para la influencia y la hegemonía de Estados Unidos en el mundo «occidental cristiano» (incluyendo a Japón, que nunca se integró al mundo «cristiano» y «occidental, como tampoco otras regiones asiáticas). Pero la Guerra Fría fue también, en parte, un justificativo para el militarismo norteamericano (y su contrapartida soviética, que utilizó el estalinismo como apoyo ideológico), dando origen a lo que Eisenhower llamó «complejo militar industrial», que alimentó e impuso las políticas norteamericanas hasta el fracaso de la Guerra de Vietnam. Y ese interés fue retomado por el gobierno de Reagan, parte del gobierno de Bush padre y, posteriormente, el gobierno de Bush hijo.

El actual complejo militar se desarrolló en un nuevo nivel de investigación postindustrial y de desarrollo de un complejo militar altamente sofisticado y profesional que mostró su eficacia (¡y sus límites!) en las dos

Guerras del Golfo, y en el bombardeo y la ocupación de Kosovo y Afganistán. La política de Reagan se basaba en la tesis de la CIA según la cual el crecimiento de los gastos militares obligaría a la Unión Soviética a un esfuerzo militar que le era imposible hacer. Por ende, ésta se vería confrontada a una escasez económica y a una crisis política nacional que destruiría su poder militar y económico. La tesis de la CIA, expuesta a fines de los años setenta, era correcta, excepto en un punto: la capacidad del liderazgo soviético —con el apoyo de un gran número de fuerzas a escala mundial, y específicamente en Estados Unidos— para tomar la iniciativa de una política mundial antimilitarista y abdicar de sus expansión militar, política y económica a nivel regional y mundial. El liderazgo de la Unión Soviética pudo escapar muy rápidamente de la trampa, armada por Reagan, de una repetición de la Guerra Fría, y creó una nueva situación internacional dentro de la cual, en definitiva, Rusia tiene un lugar en la economía mundial (como quisieron todos sus líderes, desde Lenin hasta Gorbachev, pasando por Bujarin, Stalin, Jruchev, Brejnev, y sus opositores, Trotsky, Beria o Andropov).

Pero, para comprender lo que ocurrió en la Unión Soviética, hay que acabar con la confusión ideológica y «propagandística» que envuelve y oculta el sentido real de su experiencia histórica. La ideología antisocialista, tendía a identificar el socialismo con los problemas históricos de la economía y las políticas soviéticas. Pero los prosocialistas tenían la intención de identificar las «traiciones» que la práctica del socialismo «real» representó para el «verdadero» socialismo. Por su parte, el estalinismo, una de las construcciones ideológicas más monstruosas de la historia, también llamado erróneamente marxismo-leninismo, buscaba convertir la racionalización de esa experiencia histórica en una doctrina oficial filosófica, económica y política cerrada.

El concepto de leninismo fue creado por Stalin en 1926, en su famoso artículo: «Principios del leninismo». Lenin nunca se habría identificado con el ejercicio escolástico del pensamiento político de ese artículo y de lo que vino después. Otros seguidores de Lenin, como Trotsky, Zinoviev, Kamenev y Bujarin, fueron eliminados por Stalin.

Para estudiar la experiencia de la Unión Soviética fuera de este contexto ideológico —y científicamente irrelevante—, habría que empezar por aclarar muchas «no verdades consensuales».

1. «El período posterior a la Segunda Guerra Mundial se caracterizó por una confrontación bipolar entre dos superpotencias: Estados Unidos y la Unión Soviética». Ésta es una no-verdad absoluta, convertida en verdad incuestionable. En 1917 y todavía en los años cincuenta, la Unión Soviética era un país atrasado, esencialmente rural. Al final de la Segunda Guerra Mundial, pese a su victoria militar sobre Alemania, era un país destruido por la invasión nazi (veinte millones de soviéticos muertos, las ciudades y gran parte de los campos arrasados, enormes gastos militares, etcétera), no tenía la bomba atómica (sólo la tuvo en 1952, con la ayuda del

espionaje industrial en Estados Unidos e Inglaterra) y, por ende, se veía completamente limitada en lo estratégico por el poder militar norteamericano y británico.

La Unión Soviética sólo empezó a ser una tecnología «independiente» (no alternativa) en 1958, cuando dio inicio a la tecnología espacial con el Sputnik. De 1960 a 1985, la Unión Soviética tuvo un fantástico desarrollo tecnológico, industrial, científico, social y urbano, que eliminó todas las bases geopolíticas y sociales del estalinismo. Se estableció un equilibrio militar con Estados Unidos (con un elevado costo social, tal como lo había pronosticado la CIA). Se estableció también un enorme aparato científico condicionado por las inversiones bélicas, que agotaron su energía científica y tecnológica debido a la necesidad de competir en varias y dispendiosas actividades avanzadas de la ciencia y la tecnología, como consecuencia del boicot del COMECOM a la transferencia de tecnología militar existente hacia la Unión Soviética, y en virtud de la Guerra Fría en general.

En ese período —de 1950 a 1985—, la población de la URSS se hizo mayoritariamente urbana, desarrollándose una estructura de empleo muy peculiar con respecto a las economías capitalistas (una clase trabajadora más numerosa que la de los países occidentales, una población científica, intelectual y artística también mayor, una limitada población dedicada a los emprendimientos, el comercio y las finanzas, una enorme población de burócratas no sólo en el sector público y en el privado, como en Occidente, sino también en el Partido Comunista, convertido en un clon burocrático del Estado).

Todos esos cambios convirtieron el edificio ideológico del estalinismo en un vacío fantasmagórico. El estalinismo, que comenzó su desarrollo a mediados de los años veinte, era la ideología del «socialismo en un sólo país» y, después de la Segunda Guerra Mundial, del «socialismo en una sola área». Trataba de justificar y defender el modelo de acumulación primitiva socialista que se desarrolló en la Unión Soviética como un modelo intrínseco, exclusivo y deseable, del socialismo. Sus dificultades resultaron del atraso, la presión externa, y el consecuente aislamiento interno. Su forma necesariamente autoritaria y despótica fue convertida en aspectos positivos y necesarios del socialismo.

Cuando esas condiciones geopolíticas fueron suplantadas por el desarrollo industrial y científico, y por el equilibrio internacional, político y militar, la doctrina estalinista y su permanencia política se convirtieron en un dinosaurio histórico, opresivo e insoportable. Esto significa que, hoy en día, Rusia y los pueblos de la antigua URSS están desarrollando un nuevo sistema político y socioeconómico, que consiste en un ajuste entre su experiencia histórica y su estructura ideológica (una fusión entre el absolutismo ortodoxo y la modernización esclarecida aunque, durante un período, ésta haya adoptado la forma de un pensamiento económico, político, social e intelectual «marxista»).

Si se interpreta la actual situación de esta región como una consecuencia del fracaso de un sistema económico, como sigue haciéndolo la prensa de la Guerra Fría (con tremendo efectos intelectuales), no entenderemos nada de lo que está ocurriendo en el mundo.

2. Se dice que la «revolución» de 1989 en el Este europeo fue un movimiento antisoviético que ocurrió en contra de la voluntad y los objetivos soviéticos. Ésta es otra idea completamente equivocada. Los sentimientos antisoviéticos y antirrusos no eran novedad en esa región.

Pero lo que sí era absolutamente nuevo en 1989 fue la determinación, el deseo político y la acción de los liderazgos de la Unión Soviética (a través del partido, del gobierno y, sobre todo, de la acción de la KGB) para aniquilar el Estado burocrático (creado, alimentado y apoyado por las fuerzas de ocupación soviéticas) en esos países, bajo el nombre de Partidos Comunistas. Las fuerzas sociales que presionaron en esa dirección eran muy fuertes y claramente mayoritarias después de la elección de Yeltsin como diputado por Moscú. ¿Cuál era su argumento?

Para una gran parte de los rusos (principalmente los rusos europeos), la Unión Soviética, el COMECON y el internacionalismo proletario eran un contexto político desfavorable para Rusia. Los campesinos rusos habían sido obligados a pagar por la acumulación primitiva que permitía el desarrollo y la industrialización de las regiones más atrasadas de la URSS.

Según la opinión rusa nacionalista, después de la Segunda Guerra Mundial el precio de la reconstrucción del Este europeo también fue pagado por la industria rusa, obligada a adquirir los productos de mala calidad tecnológica de esas regiones, en nombre de una división socialista del trabajo. Rusia no tenía el superávit imperialista que había enriquecido a Gran Bretaña y a la Europa occidental. Al contrario, se veía obligada a pagar por el desarrollo de las regiones más atrasadas de la URSS, del Este europeo, de Cuba, de Vietnam y, más recientemente, de África y Afganistán. Estos gastos, agregados a los gastos militares destinados a la defensa del país contra el bloqueo económico capitalista y el cerco militar occidental, habían producido una situación de pobreza y atraso por la que los rusos europeos se negaban a seguir pagando. El renacimiento de la Iglesia ortodoxa rusa, el resurgimiento de la antigua monarquía rusa, la cercanía a Europa y, particularmente, la posibilidad de integrarse a la Unión Europea, todo ello creó una matriz ideológica para la idea de «liberarse del Este europeo». ¡No más canjes directos ni pagos en monedas devaluadas, no más petróleo subsidiado, no más importaciones obligatorias de productos del Este europeo! ¡Y sí a la posibilidad de comprar en la Europa occidental, en Estados Unidos, en Japón, o cualquier otro lugar! ¡Sí a la libertad de comercio! ¿Por qué no? Esas cuestiones se agudizaron. Y rebasaron esos límites. ¿Por qué no regímenes liberales, parlamentarios,

democráticos, que tan bien (?) funcionan en Europa, Estados Unidos y Japón? ¿Por qué no un sistema de partidos similar al de Europa, para permitir que Rusia se vuelva parte integrante de ese continente? ¿Por qué no incorporarla a la Comunidad Europea? Es evidente que las conquistas sociales de la Revolución rusa deben mantenerse. ¿Pero cómo? ¿Y la especificidad rusa? ¿Y su religión ortodoxa? ¿Y su herencia cultural asiática? ¿Y su perspectiva histórica? ¿Pedro el Grande, San Petersburgo o Petrogrado o Leningrado deberían volver a ser la vanguardia rusa? ¿Y los demás? Obviamente, esos sentimientos rusófilos y proeuropeos exacerbaron los conflictos nacionales en la Unión Soviética. Los rusos empezaron apoyando las reivindicaciones independentistas de los países bálticos, países pequeños, anexados a disgusto a la Unión Soviética en los años treinta.

Fueron las puntas de lanza ideales para redefinir a la Unión Soviética de forma más favorable para Rusia. Por eso, en 1990 se dio esta extraña situación: un plebiscito para decidir el destino de la Unión Soviética mostró el centro del «imperio» votando por su disolución y la «periferia» votando por su conservación. Lo cual evidenciaba que la retórica rusa correspondía quizás a una realidad. El imperialismo soviético era contrario a los intereses del centro (Rusia). En cambio, una Rusia independiente, una relación con Estados nacionales «independientes» de la Unión Soviética podía quizás explotar esos países y ampliar sus bases de acumulación de capital.

Así, la dependencia del Este europeo y el fin de la Unión Soviética no fueron producto de una oposición externa sino, muy claramente, del deseo político y los movimientos culturales, económicos y sociales internos. Puede decirse lo mismo sobre la evolución democrática de Rusia, que fue planificada por la KGB siguiendo el modelo de una democracia cristiana o un partido populista, por una parte y, por otra, una socialdemocracia o un partido socialdemócrata, y tal vez un pequeño partido liberal prooccidental en el centro. Pero estos proyectos artificiales no se realizaron. Lo que existe en Rusia hoy en día es una amplia coalición de fuerzas nacionales-populistas que apoyan al presidente Putin, y un fuerte Partido Comunista ruso profundamente nacionalista. El resto de la antigua Unión Soviética (excepto los países bálticos, Ucrania y BieloRusia) tiene una orientación mucho más populista o socialista. Por ello, todavía es difícil saber qué tipo de acuerdo es posible entre los países independientes (CEI). Es necesario que todas esas fuerzas balanceen su poder para establecer una estructura política común.

Esta nueva Unión Soviética (CEI) no estará directamente ligada al Tercer Mundo, por las razones expuestas, excepto en algunos puntos importantes.

Actualmente, la ex Unión Soviética (hoy CEI) es un importante productor de materias primas y minerales (sobre todo oro y petróleo), y no puede ignorar el interés de los países del Tercer Mundo en obtener mejores precios para esos productos básicos. El intento ruso de acercamiento a Arabia Saudita, en una política petrolera común con la OPEP, fue una de las razones para que Estados Unidos adoptara una línea dura contra la invasión de Irak en Kuwait. Era necesario marcar una fuerte presencia norteamericana en el área para frenar ese posible acuerdo.

Rusia también es un comprador de productos agrícolas del Tercer Mundo, principalmente de Argentina, pagando precios mejores que los europeos y los norteamericanos. Así, puede establecer buenas relaciones con las políticas económicas del Tercer Mundo, obteniendo una importación de alimentos más diversificada y a mejor precio.

Además, la CEI ha disminuido la ayuda que prestaba la ex Unión Soviética a los países subdesarrollados, ya en el ámbito militar, ya en otros campos. El caso de Cuba ha sido considerado como especial, en virtud de la relación histórica entre esa isla y la Unión Soviética, y de su posición geopolítica, cercana a Estados Unidos. Pero esta relación especial no ha sido permanente. En verdad, Yeltsin tuvo una línea de alejamiento con respecto a Cuba. Para el antiguo ejército soviético que, en cierta forma, sigue existiendo, no fue ésta la mejor opción política.

La nueva Comunidad de Estados Independientes (CEI) que, en parte, surgió de esos ajustes, tendrá que desplegar sus mejores esfuerzos para integrarse con Europa, especialmente con Alemania, y para acordarse con Estados Unidos. Pero esta estrategia rusa tendrá que ser corregida por la realidad: las fronteras asiáticas de la CEI tendrán gran influencia en esa evolución. Las relaciones con India, China y Japón, y el desarrollo de Siberia crearán un nuevo contexto geopolítico para Rusia (y para Europa, que ve en esas fronteras rusas la extensión de sus propias fronteras). Se espera que la sabiduría geopolítica europea compense la falta de habilidad de los rusos.

Pero Europa (y, en particular, Alemania) no pierde de vista la parte islámica de la ex Unión Soviética, muy importante para el Medio Oriente. Esas regiones son potencias petrolíferas y países islámicos, dos ventajas geopolíticas que los rusófilos, en su eurocentrismo miope, no logran percibir.

Una alta tecnología militar y espacial, uno de los mayores aparatos científicos del mundo, unas fronteras cruciales, unas materias primas básicas, una población educada en el proceso de modernización, una formación cultural sólida, todo esto hará de Rusia y de la CEI una pieza importante en el futuro. El haber obtenido gran

parte de esas ventajas en poco tiempo, y el hecho de que muchas de esas conquistas se inspiraron en un régimen social y una visión filosófica postcapitalista, es también un factor muy positivo, aun cuando se trate de ignorar los cambios ocurridos, en virtud de un movimiento histórico dialéctico contra su pasado reciente. La reconstrucción del Partido Comunista como primera fuerza política individual en Rusia es un buen ejemplo de ello, pese al carácter muy particular de su postura ideológica que difícilmente se aproxima a cualquier contraparte europea.

En esta nueva fase histórica, Rusia y la CEI no serán un sustituto de Estados Unidos. Tampoco la antigua URSS había logrado ser una fuerza hegemónica mundial, y aceptaba compartir la hegemonía de Estados Unidos a escala mundial. Pero en los próximos veinte o treinta años, avanzará mucho y ocupará (en alianza con Europa y, sobre todo, con Alemania) una importante posición en la formación de una nueva sociedad mundial. Tal vez lo que queda de sus estructura económica no privatizada, su orientación científica y tecnológica hacia la industria espacial, sus vínculos históricos con el pensamiento filosófico dialéctico (aunque deformado por la versión soviética dialecto-materialista del marxismo), y los elementos humanistas de la formación cultural de su pueblo, serán factores decisivos para el avance de un enfoque planetario basado en un análisis del sistema y de la economía mundiales. Esos elementos ya están presentes en su nueva política internacional, que pasó por varias y confusas fases antes de insertarse en una perspectiva nacional-populista que se nutre de una larga tradición histórica.

¿Existe todavía el Tercer Mundo?

La idea de un Tercer Mundo fue producto del proceso de descolonización ocurrido después de la Segunda Guerra Mundial. La decadente Gran Bretaña y las naciones europeas abrieron su espacio colonial a una nueva y competitiva dominación económica, bajo la hegemonía de Estados Unidos. En otros países, los movimientos democráticos y nacionales que crecieron después de la Primera Guerra Mundial y durante la crisis de 1929, generaron nuevos estados-naciones con ambiciones de autonomía, y produjeron una nueva subjetividad histórica capaz de elaborar un pensamiento alternativo al liberalismo. Al mismo tiempo, ante los embates de la Guerra Fría, muchas de estas naciones emergentes vieron en la Unión Soviética un poder alternativo al imperialismo.

Este cuadro global produjo un modelo ideológico mundial. Esos nuevos movimientos en Asia y en África coincidían con la cultura nacionalista, democrática y antiimperialista latinoamericana.

Aunque los países de las antiguas regiones coloniales latinoamericanas se hayan independizado y establecido como Estados nacionales a principios del siglo XIX, no pudieron asegurar su independencia económica y se vieron sometidos a una condición económica semicolonial o dependiente, primero por Gran Bretaña y después por Estados Unidos, lo que afectó también su independencia política. En consecuencia, es natural que los países latinoamericanos, o mejor dicho, sus movimientos nacionaldemocráticos, dieran su apoyo a los movimientos independentistas asiáticos-africanos. Estos intereses comunes llevaron a la creación de la Organización Trilateral como una militante instancia revolucionaria que se articulaba con el Movimiento de los No Alineados en tanto organización de los Estados nacionales emergentes. La Conferencia de Bandung de 1955 unificó los liderazgos afroasiáticos bajo la influencia de la experiencia socialista yugoslava y según la concepción de Tito de una articulación internacional contraria a la Guerra Fría.

La aceleración del proceso de descolonización, después de la Conferencia de Bandung, estimuló la creación de varias organizaciones y movimientos bajo la inspiración de un nuevo orden mundial. La oposición a la Guerra Fría y la afirmación de la posibilidad de paz mundial fueron los principios mayores de esa nueva estructura ideológica. La conceptualización de los términos negativos de intercambio en el comercio mundial fue una contribución objetiva de América Latina a ese movimiento, que llevó a la formación del Grupo de los Setenta y siete y a la creación de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo).

La ideología, o la perspectiva, o el enfoque del Tercer Mundo se estructuró a partir de factores tales como la crítica a la dominación monopolista internacional, al papel de las empresas multinacionales, en conflicto con los objetivos de los Estados nacionales. Por otra parte, estaban las propuestas de desarrollo nacional autónomo y la afirmación del derecho internacional fundado en la autodeterminación.

No es éste el espacio para criticar esa ideología y señalar sus posibilidades y límites históricos. A estas alturas de nuestro análisis, es importante constatar que esa estructura ideológica se hizo tan consensual y mayoritaria que fue incorporada por puntos de vista completamente opuestos, como el liberalismo y el marxismo. Ambos tenían en común el hecho de ser, por naturaleza, internacionalistas y cosmopolitas. Esos nuevos paradigmas ideológicos han puesto en evidencia el vacío de estas doctrinas universalistas en cuanto a su concepto de humanidad, totalidad, globalidad e universalidad, y las obligan a aceptar cada vez más una concepción pluralista de humanidad, mundo, desarrollo, etcétera.

Como resultado de esos movimientos históricos y de la presencia mundial de esas nuevas fuerzas económicas que han creado una nueva subjetividad, la estrategia mundial debe modificarse. Tiene que admitir la hipótesis de la generalización del desarrollo, de la democracia, del igualitarismo, para todas las naciones, todos los pueblos, todos los grupos étnicos, todas las minorías, etcétera. En 1968, todos los subjetivismos convergieron hacia un nuevo contexto ideológico, global, radical, a nivel económico, político e ideológico. Pero esa nueva estructura general era muy abstracta para generar de inmediato un nuevo paradigma histórico.

Los años setenta se caracterizan por el surgimiento de un mundo completamente nuevo: nuevos movimientos sociales desafiaron la esencia del sistema mundial y los principios económicos, políticos e ideológicos en los que se basaba; la Unión Soviética estableció un equilibrio militar con Estados Unidos, y superó al poderío militar europeo hasta llegar a una crisis geopolítica e ideológica que llevó a su disolución bajo su forma revolucionaria; el cártel petrolero de la OPEP fijó nuevos precios y generó un gran superávit de recursos financieros y monetarios (los petrodólares), desarrollando nuevas potencias militares y económicas en el Medio Oriente y en el Golfo Pérsico, Estados Unidos fue derrotado militar e ideológicamente en Vietnam; Europa y Japón ganaron una relativa independencia estratégica y política en el sistema mundial, basándose en un creciente poder económico; los nuevos países industrializados surgieron como importantes potencias económicas, pero también como nuevas fuentes de voluntad política y poder estratégico; India y China desarrollaron sus propias concepciones estratégicas como potencias nucleares.

Todos esos hechos indican una creciente complejidad del sistema mundial y un fortalecimiento de los agentes políticos y sociales a nivel local y a nivel internacional. En esa nueva realidad, los países del Tercer Mundo han ganado una nueva posición que, durante los años setenta y ochenta, se tradujo en las conferencias Norte/Sur y, en los años noventa, en una nueva perspectiva de regionalización del mundo.

Para enfrentar ese nuevo desafío, en los años setenta se concibió una estrategia trilateral, cuyos elementos básicos aún sobreviven. Buscaba coordinar las tres regiones básicas del Norte (Estados Unidos, Europa y Japón) ante el desafío representado por el Tercer Mundo y el apoyo socialista que recibía. La Unión Soviética, que era hostil a una estrategia del Tercer Mundo en los años cincuenta y sesenta, comenzó a cambiar su posición en los años setenta, promoviendo una acción común con la OPEP, el nuevo orden mundial internacional, el Movimiento de los No Alineados, el Grupo de los Setenta y siete, la UNCTAD, el nuevo orden de información internacional de la UNESCO, etcétera. Estos nuevos poderes internacionales modificaron completamente la correlación mundial de fuerzas, y obligó a la adopción de una nueva estrategia en el centro. La revolución iraní mostró el potencial aún existente en el Tercer Mundo.

Para las potencias hegemónicas, quedó claro que los objetivos tácticos y estratégicos debían ser «corregidos» en su esencia. Estados Unidos tenía que ser más activos y agresivos para restablecer su hegemonía.

Esta nueva estrategia se inició con la nueva política económica y diplomática de Reagan, con miras a restaurar el crecimiento económico y el liderazgo norteamericano a nivel mundial. Pero el costo de esa política fue un déficit fiscal cada vez mayor, un enorme déficit en la balanza de pagos, y una deuda internacional de Estados Unidos simplemente colosal. La consecuente debilidad del dólar fue encubierta por altas tasas de interés, que atraían capitales hacia Estados Unidos pero no lograban impedir la merma de la producción industrial (desindustrialización) y de la productividad en sectores claves. El precio del mantenimiento del dólar y del poder de consumo de Estados Unidos fue la fragilidad económica estructural norteamericana. Su poder se basó entonces en el déficit fiscal que, al mismo tiempo, produjo un acentuado declive financiero a fines de los años ochenta. Pero el déficit fiscal financió principalmente la recuperación tecnológica y el poder militar.

Esta política económica voluntarista se completó con una diplomacia que restringió el papel de las instituciones multilaterales e internacionales para favorecer la libre acción de Estados Unidos. Al mismo tiempo, una estrategia militar agresiva mediante guerras de baja intensidad generó el deterioro económico y moral de los regímenes revolucionarios. Pero también fortaleció un aparato clandestino dentro de Estados Unidos.

Esta política tuvo un impacto importante en el Tercer Mundo. Antes que todo, acentuó la división entre los países con recursos, que se apoyaron en la exportación industrial y los antiguos exportadores de productos primarios. También generó una división entre los exportadores industriales y los países industriales orientados al mercado interno, mientras que se marginaban cada vez más las economías basadas en las exportaciones de las decaídas materias primas y los productos primarios.

Los exportadores mundiales beneficiados resultaron ser los países positivamente favorecidos por el crecimiento del mercado norteamericano, basado en el déficit fiscal y la consecuente recuperación mundial de 1983-1988. Entre esos países, se destacaban los «Tigres Asiáticos», que no tenían grandes deudas externas y podían utilizar el superávit comercial obtenido en esas circunstancias, a fin de reestructurar sus industrias (como ocurrió en Corea del Sur, Singapur, Hong-Kong y Taiwán). La situación de los exportadores latinoamericanos, como Brasil y México, fue diferente: utilizaron sus superávits comerciales para pagar los intereses de sus deudas externas y para otras transferencias de recursos hacia los países desarrollados, profundizando su proceso de debilitamiento económico, deterioro social y empobrecimiento general.

Algunos exportadores tradicionales de productos primarios de mejor mercado, como Argentina, también tuvieron un enorme superávit comercial externo, que fue utilizado para pagar los intereses de la deuda

externa y para financiar las inversiones extranjeras ilegales de los argentinos. En ese período, era tan alto el volumen de intereses de los emprendimientos extranjeros, sin nuevas inversiones en la región, que la transferencia de los intereses generados en estos países periféricos para los países desarrollados creció mucho más que en cualquier otra fase de la historia.

La situación de los exportadores tradicionales era aún peor, debido al deterioro de los acuerdos comerciales y de los precios más bajos de los productos primarios. Al mismo tiempo, el superávit comercial era inmediatamente transferido al exterior, para pagar intereses de débitos ficticios. Si a esa grave situación se agrega la lógica de destrucción de las antiguas economías rurales que, por lo menos, se autosustentaban, se comprende por qué éstas quedaron completamente arruinadas por la caída de los precios de los productos alimentarios y de las materias primas (debido a los excedentes agrícolas, a los subsidios agrícolas aceptados en la Ronda Uruguay, y los cambios tecnológicos en el sector). Si se consideran las alternativas mercantiles para las inversiones o actividades económicas locales, se completa el cuadro de la marginación de estos países del mercado mundial.

Ambas lógicas afectan negativamente los países industrializados del Tercer Mundo (como India, Brasil —en parte—, y otros) que tienen importantes mercados nacionales, una población en constante crecimiento, pero no pueden especializar sus parques industriales sólo para la exportación y para productos de alta tecnología. Esta abertura a una producción competitiva (que los países pequeños y orientados a la exportación, como Chile, Hong-Kong o Singapur pueden hacer) resulta más viable para los países que pueden disminuir en forma draconiana su aparato productivo sin marginar una gran cantidad de personas. Los que dan continuidad a su proceso de industrialización ven amenazada su capacidad de generar empleos. Las nuevas tecnologías, orientadas hacia la industrialización, tienen poca capacidad de resistencia en el mercado internacional, y sus efectos en la generación de empleo son muy restringidos, cuando estos países se ven sometidos a aberturas indiscriminadas de mercado, practicadas por una nueva generación de políticos comprometidos con la intermediación de los movimientos de capitales internacionales ampliados en el período.

Hasta los casos más positivos de dependencia de la exportación industrial basada en el crecimiento del mercado internacional (las nuevas economías industriales), se vieron confrontados con la creciente masa de población marginal (que viene de los sectores en declive, principalmente remanentes de la economía de autoconsumo, y producto de las altas tasas de nacimiento entre las poblaciones más pobres), cada vez más concentradas en los grandes centros urbanos (megalópolis) del Tercer Mundo.

La marginalidad interna, el aparato productivo restringido, y las pocas oportunidades de trabajo para personas escolarizadas de la clase media, hacen que estas personas emigren hacia países desarrollados, acentuando la desigualdad mundial, el foso entre países desarrollados y subdesarrollados, y las contradicciones Norte/Sur.

Muchos analistas del escenario internacional pensaban que esa contradicción dominaría los años noventa. Esto no era tan evidente porque la «hegemonía compartida» también se veía afectada por graves conflictos internos. Al contrario, se hizo normal que todos los países desarrollados trataran de contener los clamores del Tercer Mundo por compartir las riquezas de los países desarrollados, y principalmente las aspiraciones de importantes potencias del Tercer Mundo a participar en la definición de la política mundial.

El precio de la exitosa contención del desarrollo en el Tercer Mundo fue el aumento de la marginalidad y un gran desequilibrio mundial que pone en peligro todas las intenciones de crear un orden mundial estable.

Abandonadas y marginadas, las masas del Tercer Mundo apoyarán cada vez más las religiones mesiánicas y fundamentalistas o los movimientos étnicos o nacionalistas.

Una creciente democracia en esos países abrirá camino para que esas masas vivan entre la aspiración al consumo moderno —estimulada por los medios de comunicación y por el contrato con los mercados urbanos— y el hecho concreto de su marginación, su empobrecimiento y hasta su miseria. Un profundo vacío espiritual está conformando esas masas urbanas desempleadas (que también incluyen importantes segmentos de las poblaciones de los países desarrollados), y la forma de protesta contra esa situación será un profundo rechazo a la modernidad, pues se estimulará un tipo de rebeldía sin objetivos históricos claros.

Algunos sectores de esas masas también pueden ser utilizados por los crecientes sistemas millonarios delictivos, principalmente la droga, el contrabando, las actividades sexuales clandestinas, la prostitución, el robo, el asalto y otros crímenes que están desarrollándose en esa contradictoria situación mundial. Ciertamente, ese mundo del crimen es una vía de escape y hasta de mejoría del nivel de vida para los individuos más inteligentes en ese vasto mundo marginal o semimarginal. La valoración de la «economía informal» es el resultado de una falla del capitalismo para prevenir ese tipo de fenómeno. La economía informal no es sino una forma organizada de esa marginalidad creciente, en sus diversos niveles y fases. Mientras esa masa marginada se vea reducida a la miseria y al hambre, no hay grandes peligros para el sistema. Pero cuando ésta masa empiece a armarse y a organizar una criminalidad poderosa, representará un desafío.

Para medir el alcance de la intervención del crimen organizado en la economía, la política y la dimensión espiritual del Tercer Mundo, basta constatar que los países vinculados a la droga, los que abren su sistema económico a la economía de las drogas (como Bolivia, Colombia, México, Tailandia, etcétera), son ejemplo de recuperación económica en el Tercer Mundo.

También está claro que habrá que utilizar la fuerza y la violencia para tratar de corregir tan negativa situación. No sólo los movimientos revolucionarios y las oposiciones políticas, sino también y sobre todo las acciones gubernamentales, se opondrán a esas condiciones de marginalidad mundial. La lucha de Irak para mantener una estrategia internacional independiente —incluso bajo la ocupación norteamericana y de las Naciones Unidas— es similar a lo que intentaron los regímenes militares fascistas argentino y chileno de los años setenta y ochenta en el sentido de mantener su propia estrategia militar. El Irán de los ayatolás, el intento pakistaní de producir su propia bomba nuclear, la ideología militar brasileña («Brasil, gran potencia»), o la aspiración de India de convertirse en una potencia nuclear mundial, o también la decisión de China de constituir una nación tecnológicamente independiente, etcétera, son expresiones diferentes pero convergentes del descontento ante un orden mundial que excluyó a esos pueblos y naciones del poder de decisión mundial.

Las peligrosas políticas de poder, orientadas aún por un eurocentrismo y un racismo históricamente superados, que tratan de ignorar al Tercer Mundo y se rehúsan a abrir el espacio institucional para que éste participe en el orden mundial, acentúan esos tipos de reacción y no propiciarán el equilibrio y la paz.

¿Es necesario y posible gobernar un mundo tan complejo?

No sólo una nueva coyuntura internacional, sino también la complejidad del mundo actual, la presencia de nuevos e importantes agentes económicos, sociales, políticos y culturales hicieron que las instituciones existentes después de la Segunda Guerra Mundial se volvieran obsoletas. Estas instituciones se basaban en un mundo postliberal. Al cabo de varios años de crisis económica mundial, se asistía a la victoria de la democracia sobre el fascismo, deteniendo su expansión por el mundo. Al mismo tiempo, el crecimiento de los monopolios y del capitalismo de Estado, particularmente durante la guerra, el surgimiento de una economía socialista central planificada, junto con la expansión y la victoria del ejército soviético en Europa y el poder de resistencia antinazi en varios países, hacían difícil pensar en un mundo regido por la mano invisible del libre comercio. Las instituciones de la post Segunda Guerra Mundial se basaban en la idea de intervención a

escala mundial en todos los aspectos de la economía y de la sociedad, para garantizar el pleno empleo y el desarrollo económico. Esas instituciones estaban dirigidas por las potencias vencedoras de la guerra, y particularmente por Estados Unidos, cuya hegemonía económica, militar e ideológica no podía ser cuestionada.

La Guerra Fría fue una sobredeterminación según la cual la Unión Soviética y las nuevas potencias socialistas quedaron excluidas de ese nuevo mundo institucional.

Ambos contextos han quedado completamente superados. Ya no era posible excluir del centro de decisiones a las naciones derrotadas en la Segunda Guerra Mundial, porque Alemania, Japón e Italia se han convertido en potencias económicas, políticas y diplomáticas (y potencialmente militares). Por otra parte, la exclusión de la Unión Soviética, de China y de Corea del Norte era totalmente inadmisibles en virtud de la multiplicación, hasta 1989, de ese tipo de regímenes socioeconómicos alternativos y su creciente poder económico, tecnológico, político, y militar. Por esas razones, las estructuras institucionales de la Guerra Mundial y de la Guerra Fría se tornaron obsoletas. Las fuerzas emergentes que buscaban preservarse han creado nuevas instituciones circunstanciales o transitorias, pero el mundo necesita una estructura institucional aceptable y racional para gerenciar nuevos sistemas y relaciones mundiales cada vez más complejas. El intento de Estados Unidos de imponer un sistema de hegemonía, aun compartida, busca la preservación de toda esta parafernalia institucional, sin una clara racionalidad sistémica, porque son la única nación que puede participar en casi todas las instituciones mundiales y, en consecuencia, tener un poder de influencia global. Por eso, la diplomacia norteamericana desarrolla la tesis de la interdependencia de las diferentes instancias de la política diplomática mundial.

Al mismo tiempo en que la post Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría creaban sus instituciones diplomáticas, la situación postcolonial y sus consecuencias económicas, políticas, ideológicas y diplomáticas creaban también sus propias estructuras institucionales, tales como los grupos diplomáticos, las integraciones, los organismos político-ideológicos como el Movimiento de los NoAlineados, influenciando a su vez otras instituciones, y cambiando su naturaleza: es, esencialmente, el caso de las Naciones Unidas y de la UNESCO, así como de muchas otras instituciones globales.

Si es cierto que muchas de esas nuevas instituciones no incluyen a Estados Unidos debido a su naturaleza regional, también es verdad que los Estados Unidos suelen ser el principal interlocutor o interfaz de esas instituciones. Es interés de Estados Unidos preservar algunas de esas organizaciones y acabar con otras, principalmente el Movimiento de los No Alineados, debido a su amplio alcance, a su poder representativo, y a su autonomía ideológica).

En consecuencia, podemos distinguir cuatro niveles en las estructuras institucionales mundiales, o globales:

- A. Las instituciones de la post guerra mundial, marcadas por la voluntad de los vencedores y por la hegemonía norteamericana.
- B. Las instituciones generadas por la Guerra Fría, marcadas por la oposición entre las organizaciones prooccidente y prosocialismo real.
- C. Las instituciones postcoloniales, con su evolución hacia la confrontación o el diálogo Norte/Sur.
- D. Las instituciones post Segunda Guerra Mundial y post Guerra Fría que quieren evitar el contexto Norte/Sur (en una mágica exclusión de esa realidad), pero que aún no tienen un perfil definido.

A-B. Las Instituciones Post Segunda Guerra Mundial y Post Guerra Fría

El principal producto de la victoria de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial fue la creación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). La ONU tenía originalmente dos instituciones básicas: la Asamblea General y el Consejo de Seguridad.

La Asamblea General era una instancia amplia y democrática, con poderes importantes pero limitados. Esa instancia fue decisiva para los cambios del período post Segunda Guerra Mundial. La Asamblea General creó, a su vez, el Consejo Socio-Económico y una gran cantidad de instituciones destinadas a promover el desarrollo económico y social, a través de las cuales los Estados postcoloniales, en alianza con los Estados dependientes latinoamericanos, filtraron sus influencias en el sistema la ONU. La importancia de la Asamblea General tuvo su momento máximo en los años setenta, cuando los países árabes, con el Movimiento de los No Alineados y el apoyo más o menos consistente de la Unión Soviética y del Este europeo, crearon una sólida mayoría, casi consensual (excluyendo los votos de Estados Unidos, Israel, Suráfrica, Chile, y otras dictaduras nacionales y, en fin, Gran Bretaña y Japón). Sin embargo, ese nuevo contexto de política interna de la Asamblea General no expresaba una correlación real de fuerzas, porque Estados Unidos aún representaba, con el apoyo de Japón y Alemania, una gran potencia económica, política y militar perfectamente capaz de oponerse a lo que Henry Kissinger llamó «dictadura de la mayoría».

De hecho, durante los años ochenta, Estados Unidos se aisló cada vez más en las decisiones de la Asamblea General, y castigaron las instituciones del Consejo de Desarrollo Socioeconómico boicoteando el presupuesto de la ONU, muy dependiente del dinero norteamericano.

Al mismo tiempo, Estados Unidos abandonó las instituciones globales, como la OIT y la UNESCO, debido a la influencia de la «dictadura de la mayoría». Hoy en día, la Asamblea General de las Naciones Unidas es una instancia muy vacía de la diplomacia y la política mundial; el Consejo de Desarrollo Socioeconómico todavía sobrevive, pero la importancia de sus instituciones ha quedado muy disminuida.

El Consejo de Seguridad fue el escenario por excelencia de la Guerra Fría. El poder de veto era el principal instrumento de la Unión Soviética, en situación minoritaria hasta la integración de la República Popular de China, en 1972 (Taiwán, satélite norteamericano, había representado a China en el Consejo de Seguridad durante veintisiete años...). China Popular fue incluida en un momento de alianza con Estados Unidos, en un momento de posiciones ideológicas y estratégicas antisoviéticas; en todo caso, representaba una verdadera potencia mundial y no un satélite, como Taiwán. China pasó a representar también los intereses del Tercer Mundo, y creó un problema político para la simple división del mundo entre potencias dominantes.

Pero con el final de la Guerra Fría, el Consejo de Seguridad mostró sus limitaciones: la ausencia de Alemania y Japón daba a esa institución un carácter obsoleto. Con la no representación de nuevas potencias del Tercer Mundo, como India, Brasil, Irán, y otras futuras posibles potencias (Corea unificada, Indochina, Medio Oriente, etcétera), el Consejo de Seguridad se volvió cada vez más irrelevante y objeto de posibles reformas que no serán definitivas ni concluyentes. Esos límites quedaron en evidencia durante la Segunda Guerra del Golfo, que se llevó a cabo sin el aval del Consejo de Seguridad de la ONU.

Las otras instituciones importantes del período de la postguerra son las instancias económicas del Banco Mundial, el FMI y el GATT, hoy sustituido por la OMC (Organización Mundial del Comercio). Todas presentan actualmente importantes limitaciones:

1. El perfil de los componentes de la Guerra Fría marcó esas instituciones y llevó a la exclusión de la Unión Soviética (una de las fundadoras del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial) y de otros países socialistas (excepto Yugoslavia, debido a su conflicto con la Unión Soviética). El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional se presentaban como expresiones extremas de la economía liberal, cuando en realidad eran todo lo contrario. La economía liberal excluye, por principio, la intervención y la planificación nacionales —y, más aún, internacionales— de los mercados financieros y monetarios. La importancia de una tasa fija de

conversión del dólar en oro entró en conflicto con los principios liberales, y eso fue el inicio de una economía mundial planificada y gerenciada. La intervención del FMI para garantizar la liquidez internacional y asegurar el equilibrio económico a escala mundial, no fue una política liberal (ni siquiera cuando propuso e impuso medidas liberales o de «libre negociación» en países del Tercer Mundo). Es absurdo considerar que esas negociaciones tenían que excluir a los países socialistas. La exclusión formaba parte de la política de la Guerra Fría y no de una doctrina económica. Esta situación tenía que ser y está siendo corregida, con alguna resistencia por parte de Estados Unidos, y alcanzó su efectividad en el período de post Guerra Fría. La oposición más dura contra las instituciones económicas multilaterales se origina precisamente en la derecha norteamericana que hoy está en el gobierno, con la presidencia de George W. Bush. Ésta considera absurdo financiar con los recursos del Tesoro norteamericano las economías «mal administradas» que generan déficits fiscales y cambiarios debido a la «incompetencia y corrupción de sus líderes».

2. Otra limitación de esas instituciones económicas es la hegemonía de Estados Unidos. La mayor parte de los votos manejados todavía por Estados Unidos en el seno del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial van en contra de la realidad: la participación alemana y japonesa habrá de modificarse (la unión de los votos europeos y japoneses sería suficiente para instaurar una nueva mayoría dentro del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial). En la medida en que Estados Unidos despliegue su perfil de actor unilateral, las contradicciones podrán llegar hasta el enfrentamiento por el control de estas instituciones.

Como consecuencia de la incorporación de Rusia y China al Fondo Monetario Internacional (FMI), al Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (BIRD) y a la Organización Mundial del Comercio (OMC), habrá que replantear la participación hegemónica de Estados Unidos. Desde 1971, Estados Unidos ha abandonado unilateralmente la conversión oficial del dólar, y ahora hay otra moneda convertible en el mundo: el euro. O, para mayor precisión: hay una competencia entre el dólar aún dominante y el euro y el yen ascendentes; la libra sigue teniendo cierto peso, pero es una moneda regionalizada; el rublo también será una importante moneda regional.

Por ende, actualmente vemos, y seguiremos viendo en las dos próximas décadas, una lucha interna en esas instituciones para reformar sus doctrinas y políticas económicas, para extender sus influencias, y para hacer que sean instituciones realmente globales, revirtiendo su correlación interna de fuerzas.

El GATT y su sucesora, la OMC, representan otro contexto.

Aunque aparenta ser el marco del mercado liberal, la OMC es en realidad una estructura de relaciones negociadas de mercado, algo así como unos mercados estatales y oligopólicos conformados por la práctica.

La necesidad de una organización como la OMC viene a ser la más completa demostración de que el libre comercio es una idea totalmente obsoleta. Los negocios mundiales se basan cada vez más en operaciones interempresas y en acuerdos interestatales bilaterales o multilaterales (con «cuotas» y otros mecanismos «liberales» de comercio oligopólico, y repartición o cartelización oficial de los mercados).

La OMC está convirtiéndose en un mecanismo unilateral necesario para ajustar y racionalizar las enormes operaciones oligopólicas estatales. Esto significa planificar las relaciones del mercado mundial, construir el mercado a nivel internacional. Esto es absolutamente lo contrario de lo que sustenta la ideología oficial.

El nuevo período de un ciclo de Kondratiev (que se inició en la segunda mitad de los años noventa) dará origen a un largo período de oscilación principalmente ascendente (y sólo localizadamente descendente), y se necesitará una suerte de equilibrio monetario y financiero que permita una estabilidad de las monedas nacionales, con algún sistema de moneda mundial de referencia. También se necesitará una regulación mundial de la vida económica (relaciones de trabajo, de capitales, y otros mercados) y habrá que proporcionar ayuda y cooperación económicas, como mecanismos de «corrección» o «compensación» del creciente desequilibrio sectorial, social, regional, local y mundial. Como el «libre» mercado no es tal, esos mecanismos deben basarse cada vez más en negociaciones y consensos explícitos, en intervención subjetiva planificada por el hombre, aun pagando el costo de nuevas burocracias, de la institucionalización e imposición de las economías poderosas sobre las endeble, y de las potencias monopólicas sobre las no monopólicas. Así pues, esta nueva institucionalidad será un campo de debate y confrontación de las varias concepciones ideológicas sobre el futuro de la humanidad.

Es evidente que estas regulaciones económicas deben complementarse con una estructura jurídica. La Corte de La Haya no fue una institución importante en el período de la postguerra. Los reglamentos establecidos por la ONU para un gran número de actividades sectoriales y regionales sólo están siendo parcialmente respetados. Hay ejemplos de integración que han sabido establecer una ruptura de las reglas a nivel nacional para crear nuevas reglas a nivel regional, sobre todo en Europa. Es muy posible que en las próximas décadas se registren fuertes tensiones entre los mecanismos reguladores y los instrumentos para aplicarlos.

En este sentido, el problema del ejercicio y el monopolio de la violencia, que es un corolario natural de la soberanía, la ley y la justicia, será objeto de vigorosos debates y escenario de fuertes tensiones.

El sistema de alianzas militares de la postguerra y la post Guerra Fría se ha quedado completamente obsoleto, Se construyó con la intención de frenar la expansión de la URSS y la instalación de bases militares

norteamericanas por todo el mundo. Las bases fueron parcialmente financiadas por las economías locales; y, en particular, la defensa norteamericana de Europa y el Sur de Asia excluyó a Japón y Alemania como potencias militares.

La evolución que se describe en este trabajo destruyó todos los cálculos de los sistemas de seguridad. Primero, la Unión Soviética incrementó intensivamente su poder: de una potencia del Este europeo, sin armas atómica ni tecnología, después de la Guerra Mundial se convirtió en una avanzada potencia nuclear, con influencia y presencia militar en toda Europa (riesgo de finlandización europea), en el Mediterráneo, el Medio Oriente, la península y el océano Índicos el Este y el Oeste de África, el área del Caribe, el Atlántico norte y el Pacífico. Ante el hecho de que su tecnología espacial pudiera darle supremacía militar en el espacio y que sus armas de largo alcance le permitieran alcanzar el territorio norteamericano, se generó una situación de «aniquilación recíproca» o «destrucción mutua asegurada» (MAD), lo cual llevó al desistimiento, al desarme y a la conclusión de aquella competencia nuclear capaz de destruir el mundo.

La política de la Guerra Fría, que colocó a Estados Unidos como el encargado de la defensa europea y asiática, constituía un grave problema.

De Gaulle fue el primero que puso de manifiesto la oposición europea a esa situación. Y la inconformidad de Alemania por la contención de su poder militar fue siempre una realidad más o menos sabida.

A medida que Estados Unidos iba perdiendo la capacidad económica de financiar su ocupación militar mundial, y que Europa recuperaba la suya, quedó claro que la política de la OTAN llegaría a su término y que prevalecería el concepto que tenía De Gaulle con respecto a una Europa unificada desde el Atlántico hasta los Urales. Esto fue aceptado como una determinación geopolítica. La ambición de una Europa unificada se había iniciado con los planes napoleónicos, fue frenada por una pujante Gran Bretaña y por una Rusia feudal, pero revivió con las dos Guerras Mundiales, con la intención reaccionaria nazi de lograr esa unificación por las armas y con bases anticomunistas y antiliberales. Los nazis fueron repelidos por una Inglaterra decadente, por unos Estados Unidos en auge, y por una Rusia revolucionaria. ¿Quién podría, actualmente, detener la tendencia unificadora de Europa? No será la Rusia postsocialista, que está a favor del «Hogar europeo». Ni la Gran Bretaña como fuerza completamente decadente, que se opone sin mayor convicción.

Ni Estados Unidos, que ya no tiene el poder hegemónico y sólo puede imponer su participación en ese proceso. Así, el Consejo de Seguridad Europeo consolidará su nueva realidad estratégica, con la permanencia de la OTAN como una alianza decadente.

Entonces, una nueva estrategia militar global, todavía bajo el liderazgo norteamericano, tendrá que integrar al antiguo poder global soviético con un perfil moderado, representado por la CEI con liderazgo de Rusia; a Alemania y Japón que, aunque reprimidas, son potencias regionales ya suficientemente importantes; a los otros centros regionales estratégicos con poder militar, como Inglaterra, Francia, China, India y el Medio Oriente. La actual aspiración de la alianza comercial-burocrática, científica y tecnológica que gobierna en Estados Unidos, a ser una potencia militar universal es un sueño totalmente delirante, una pesadilla! Entre 1990 y 1991, durante la Guerra del Golfo, aparecieron fuerzas internacionales e internas muy poderosas que impidieron tal pretensión.

Aunque no significó el inicio de una nueva era, fue uno de los actos finales de una era superada. El único consenso de la Primera Guerra del Golfo que sobrevivió fue la necesidad de frenar las potencias militares en el Tercer Mundo, representadas por el ejército iraquí y la estrategia de Saddam Hussein. La estrategia de no proliferación de potencias militares nucleares, científicas y tecnológicas puede unificar la «instalación» de la nueva «hegemonía compartida» y, ciertamente, será una fuente de conflicto entre el Norte y el Sur en las próximas décadas. En la Segunda Guerra del Golfo, la unión entre Estados Unidos y la llamada «vieja Europa», así como con Rusia, no fue posible ni siquiera para lograr el objetivo unitario de frenar la «amenaza» militar de Saddam Hussein, cuando no había pruebas de dicha amenaza. La verdad es que la administración de George W. Bush trató de utilizar ese consenso para justificar sus ambiciones geopolíticas y económicas, sin lograr los resultados esperados.

C. Las Instituciones postcoloniales y la nueva fase del conflicto Norte/Sur

Estados Unidos tuvo un papel muy importante en el proceso de descolonización, dando un fuerte apoyo a los movimientos más moderados de África y Asia, a los nuevos movimientos reformistas y liberales latinoamericanos como la Democracia Cristiana en Chile, el partido Acción Democrática en Venezuela, y muchos otros similares, la estructura institucional que emergió de ese proceso no pudo excluir totalmente a las fuerzas proimperialistas. Pero como Estados Unidos no podía ser presentados como una nación no imperialista, pues habían asumido totalmente el legado de las potencias imperialistas, el movimiento sociopolítico que unificó a las fuerzas postcoloniales terminó excluyendo a esta potencia.

La estructura institucional postcolonial puede dividirse en tres niveles.:

1. El nivel estatal económico, político y diplomático, donde encontramos al Movimiento de los No Alineados como la mayor expresión de los intereses del Tercer Mundo, aunque los países latinoamericanos nos tengan en él una participación muy limitada. El Movimiento de los No Alineados vaciló entre una política más moderada, inspirada en el punto de vista yugoslavo y una versión más radical y prosocialista, inspirada en la concepción cubana. Ciertamente, un socialismo no alineado correspondía a cierta tendencia de los años setenta, a raíz del surgimiento de los regímenes prosocialistas africanos, pero no representaba a la mayoría de los movimientos postcoloniales, en los cuales había una presencia activa de las corrientes nacional democráticas, que se mezclaban con los regímenes reaccionarios en auge durante los años sesenta y setenta.

La radicalización del Movimiento de los No Alineados, en los años setenta, fue de alguna manera responsable de su marginación por parte del poder imperialista y de los medios de comunicación del mundo. El cambio de la política internacional soviética, su extinción, su substitución por la CEI, y la reorientación política del Este europeo, todo esto afectó al movimiento de forma muy negativa.

Pero su coherencia también se vio afectada por la diversidad de intereses entre las nuevas economías industriales asiáticas y los países acreedores, por la confrontación entre productores y no productores de petróleo, por los intereses de las integraciones regionales, y por las divisiones internas y regionales incentivadas por las guerras de baja intensidad. Y también por las divisiones provocadas por la invasión soviética en Afganistán, por los conflictos locales entre diversos países participantes, por las diferentes orientaciones políticas, y muchas otras cuestiones que sólo podrían ser resueltas en el contexto de una orientación ideológica y estratégica amplia y abierta. El hecho de que el Movimiento de los No Alineados esté menos activo actualmente no significa que esté acabado. Hay suficientes problemas comunes para revitalizar el movimiento en las próximas décadas.

2. La UNCTAD es la expresión más sofisticada de la coordinación entre los países del llamado Tercer Mundo. Esta organización, que forma parte de las Naciones Unidas, es el foro privilegiado para las negociaciones entre el Norte y el Sur. Pero en los últimos años, la UNCTAD también se ha visto afectada por la marginación de las exigencias del Tercer Mundo, a nivel mundial: el hecho de que los países del Tercer Mundo quedaran marginados de la Asamblea General de la ONU fue una de las razones para la creación de este organismo. Y la consolidación de organismos en los que el Tercer Mundo no estaba representado, como el Grupo de los Siete y la Comunidad Europea, generó esta misma reacción. Pero las diferencias internas entre los países del Tercer Mundo fueron un factor importante en el debilitamiento del organismo. Es también

muy importante considerar el efecto de los cambios en la economía internacional, desde los problemas del comercio (asumidos casi completamente por la Ronda Uruguay dentro del GATT, hoy OMC) hasta el creciente papel de los servicios (especialmente con la aceleración de la internacionalización financiera en los años ochenta), lo cual obligó a la UNCTAD a renovar su estrategia y su agenda. La UNCTAD fue reactivada por el Grupo de los Setenta y siete, que congrega a 114 países del Tercer Mundo. Ese proceso no ha sido aún completamente controlado por las estrategias diplomáticas nacionales. Es evidente que las actuales alteraciones en la economía mundial forzarán los cambios en el programa de la UNCTAD, en los objetivos y las estrategias del Tercer Mundo, ya anunciadas en el Consenso de Bangkok.

3. Entre esas nuevas tendencias, la más importante es el fortalecimiento de las organizaciones regionales. Esto es consecuencia de la tendencia general hacia el reforzamiento de la integración regional como estrategia principal de transición para la globalización de la economía mundial. Los límites de los mercados nacionales, como escala para los nuevos patrones de producción, llevan a la integración regional, como ampliación más inmediata de los mercados primarios para nuevos productos, o a la reestructuración de los antiguos. Esta tendencia —que se inició formalmente en Europa— fue también puesta en práctica (con bases informales) en las relaciones entre los dragones asiáticos y Japón, y en la integración entre Estados Unidos, Canadá y México, que completan ese movimiento de integración con el esbozo un sistema, el NAFTA. Los países asiáticos tratan de seguir esa tendencia con el refuerzo de la ASEAN (Asociación de las Naciones del Sureste Asiático) en el Extremo Oriente, y con el surgimiento de intentos de coordinación económica en el Asia Central y el Oriente Medio. En América Latina, la integración regional revivió a través de iniciativas regionales y subregionales, entre las que se destaca el MERCOSUR, completada por una integración sudamericana que aspira a la formación de una alianza suramericana encabezada por Brasil. Al mismo tiempo, la diplomacia latinoamericana, siempre tímida y pendiente de las indicaciones norteamericanas, empezó a dar muestras de cierta coordinación política regional, que culminó con la realización de la primera Cumbre Presidencial Latinoamericana en México, en 1991, y la creación de la Cumbre Presidencial Iberoamericana que se reúne anualmente bajo el patrocinio de los países ibéricos y de la Unión Europea. Ésta llegó a promover una reunión conjunta con el MERCOSUR y los gobiernos de toda la región, incluyendo el Caribe.

Ante la ofensiva norteamericana para constituir un libre comercio de las Américas (ALCA), la Unión Europea se vio obligada a hacer una propuesta algo más avanzada pero que no estimulara las burocracias diplomáticas latinoamericanas: la integración, y no solamente una unión latinoamericana. Así, se van dando pasos rápidos. En África, los países del Maghreb y la Liga Árabe buscan integrarse bajo la égida de la Unión Soviética, y es de esperar que se produzcan otras iniciativas regionales, especialmente en torno a una Sudáfrica democrática, lo que vendría a cambiar las perspectivas de la región subsahariana.

Mientras los países africanos tratan de agregar una dimensión económica a su coordinación diplomática y política, América Latina tendrá que agregar una dimensión política a las existentes iniciativas de integración económica. La aparición del gobierno de Lula en Brasil es la consagración de este cambio: la unidad latinoamericana se vuelve un objetivo estratégico políticamente asumido. Lo más importante de todo esto es la posición aún confusa de Estados Unidos ante esas iniciativas latinoamericanas: históricamente, éstas se han topado con una radical oposición diplomática y militar norteamericana.

El conjunto de estas iniciativas ha creado redes regionales que será difícil destruir y serán parte de una futura red global que reforzará los objetivos teóricos, doctrinarios y prácticos del Tercer Mundo, como expresión del mundo postcolonial y, ahora, asumiendo nuevas formas ante la nueva fase de la post Guerra Fría.

D. Las Instituciones del futuro próximo

Ese proceso de cambios globales que hemos señalado en forma muy general, determina la necesidad de nuevos organismos internacionales y la reorganización de otros.

El Grupo de los Siete fue un producto de la respuesta trilateral a las confrontaciones entre Norte y Sur, y entre los países capitalistas y socialistas. Fue creado para unificar intereses comunes de Estados Unidos, Europa y Japón, permitiendo que formularan políticas comunes a todos los países desarrollados. La administración Reagan ejerció la mayor influencia en el papel del Grupo de los Siete, convirtiéndolo en un encuentro entre el poder hegemónico de Estados Unidos y «los otros». Bush padre y, sobre todo, Clinton se vieron obligados a restablecer la importancia de esa instancia de coordinación, por ser la única organización internacional en la que Alemania y Japón cumplen un papel acorde con su poder. Pero el Grupo de los Siete no había incluido a la Unión Soviética, lo cual significó definitivamente una limitación a su nuevo papel de coordinación de las fuerzas hegemónicas que se han repartido el dominio del mundo en las últimas décadas. Posteriormente, esta situación se corrigió parcialmente con la incorporación de Rusia en el ahora llamado Grupo de los Ocho. Pero el grupo sigue excluyendo a China, India y Brasil. En su última reunión en 2003, se trató de enmendar parcialmente esta falla, invitando a algunos gobernantes del Sur para participar en una sesión específica del Grupo de los Ocho. Fue una tímida iniciativa que, no obstante, apuntaba hacia una dirección realista, cuando los PIB de China e India, medidos por purchase power, están entre los cinco más altos del mundo.

Sin mencionar su peso demográfico, civilizatorio y de seguridad. La OCDE es la coordinación técnica de los países industrializados, y juega un papel importante en la articulación de sus políticas económicas y sociales.

Pero hay una gran laguna en su seno: la no participación de las nuevas economías industriales, de los países semiindustrializados, del Este europeo, y de Rusia. Ciertamente, será necesario integrar en un nivel más técnico a esas naciones industrializadas, para convertir la OCDE en una expresión más efectiva de la correlación de fuerzas del mundo nuevo.

El surgimiento del Banco Europeo de Desarrollo para reconstruir la economía del Este europeo, una estructura internacional más favorable para integrar sus economías a Europa y al mundo, fue el inicio de una revaloración de los instrumentos regionales de desarrollo e integración, como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en la región americana. La idea de crear un instrumento similar para el Oriente Medio surgió al final de la Guerra del Golfo, y sería viable como instrumento de canalización del superávit creado por la industria petrolera. No hay que olvidar la manera criminal en que los establecimientos financieros occidentales disiparon el gran volumen de petrodólares en un momento muy crítico del ciclo Kondratiev. Se puede constatar un comportamiento parecido en la fase de expansión que se registró después de 1994. En las fases de crecimiento económico, el capital productivo es más activo y tiende a asumir el liderazgo del sistema capitalista mundial, como ocurrió en el auge posterior a la Segunda Guerra Mundial. Por ello, la resistencia del sistema financiero internacional contra los bancos regionales no podrá mantenerse a largo plazo. Ya se ha visto, por ejemplo, el desastre provocado por la negativa del Fondo Monetario Internacional de permitir que el Banco Asiático de Desarrollo auxiliara y gerenciara la crisis asiática de 1997. En un nuevo contexto de crecimiento económico, los bancos regionales tendrán que revitalizarse, fortaleciendo las integraciones regionales.

El Consejo de Seguridad Europeo, creado en los años setenta, ha sido un modelo de los nuevos conceptos de seguridad en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial y a la Guerra Fría. Ese concepto de seguridad apuntaba a la idea del Hogar europeo, núcleo de un extenso espacio territorial euroasiático, que deberá integrar los océanos Atlántico y Pacífico, el Mar Mediterráneo, el Golfo Pérsico y el océano Índico. Al lado de esta gran integración territorial, está la Cuenca del Pacífico como otra poderosa fuerza integradora. Esos dos grandes centros de integración disminuirán seriamente el papel de coordinación del Atlántico Norte en la seguridad mundial, y permitirán la integración natural de algunos regímenes, que estaba bloqueada por la hegemonía del Atlántico Norte. Los países mediterráneos están redescubriendo sus intereses comunes. El Golfo Pérsico tendrá que incorporarse a su espacio regional original, junto al Medio Oriente en el Oeste, con su circulación al Norte a través de la CEI, y al Este a través del océano Índico. Y la región del Atlántico Sur será finalmente ocupada por la integración de Brasil y África, sobre todo Sudáfrica, en un destino histórico común que también unirá a América Latina con África y el océano Índico. La unidad balcánica también reaparecerá, y el antiguo imperio Turco-Otomano podrá ser reconstruido. La gran alianza Sur-Asiática y del Pacífico, intentada por Japón en los años treinta y cuarenta del siglo XX, puede resurgir.

Al lado de estas grandes tendencias de integración regional, hay nuevos espacios geoeconómicos, con crecimiento fuerte y energético, como el Norte de Europa, la Corea siberiana, el anillo industrial chino, el complejo mediterráneo, etcétera.

Todo esto implica una revisión completa del cuadro geopolítico mundial. Este proceso no será inmediato; operará durante los próximos veinte años. Si a esto agregamos nuestro análisis de las contradicciones internas en el seno de la «hegemonía compartida» y la creciente complejidad del equilibrio de fuerzas mundiales, resulta evidente que, al final de ese período, la humanidad se verá obligada a crear alguna especie de mecanismo global de gobierno.

Tal vez la Organización de las Naciones Unidas pueda ser el centro de ese mecanismo, pero tendrá que ser profundamente reformulada para desempeñar ese nuevo papel. El Consejo de Seguridad tendrá que ser ampliado con la incorporación de Alemania y Japón como miembros permanentes, y la presencia actual de países miembros no permanentes tendrá que basarse en una participación bien distribuida de potencias regionales, con derecho a un asiento permanente, por lo menos para Brasil e India.

La Asamblea General tiene que recuperar su poder y su prestigio, aunque su papel sea más legislativo e instrumental, para crear principios básicos. La ONU necesitará también mayores recursos y más poder militar, y tendrá que ser respetada como mediadora en los conflictos.

Habrà que respetar las Cumbres Mundiales establecidas en los años noventa, desde la de Río hasta la Conferencia del Milenio. Fijarán una agenda para el siglo XXI.

Es evidente también que la Corte de Justicia de La Haya tendrá que estar más integrada a los contextos diplomático y político mundiales.

Tendrá que sancionar las guerras y los actos de fuerzas. La creación del Tribunal Internacional de los Derechos Humanos apunta hacia la dirección correcta, aunque Estados Unidos se niegue a integrarlo.

Por último, pero no por ello menos importante, hay que fortalecer el papel de las ONG en la definición de políticas mundiales. Ciertamente, el poder de los medios controló la opinión pública y bloqueó el papel de la sociedad civil durante las dos Guerras del Golfo, la crisis de la antigua Yugoslavia, y otras crisis mundiales. Es ésa la razón básica por la cual la sociedad tiene que fortalecer su capacidad de intervenir en la orientación de las políticas mundiales. Movimientos pacifistas, movimientos ambientalistas, antirracistas, por los derechos civiles, por los derechos humanos, por la participación de la mujer, y muchos otros movimientos sociales,

están creando un mundo nuevo, sensible ante tales temas, que inciden cada vez más en la formulación de políticas. La coordinación entre los partidos políticos, posicionados actualmente en tres grupos internacionales (socialista y socialdemócrata, liberal, conservador), anuncia un encuadramiento ideológico mundial que excluye, sin embargo, el aspecto nacional-democrático, que sigue presente en la realidad política.

Es importante entender que la Internacional Comunista se disolvió en los años sesenta —anticipando la autodisolución de los partidos comunistas soviéticos en 1991—, y que los partidos ecologistas aún no han creado su internacional partidista. Pero son factores importantes en la mediación entre los movimientos sociales y los poderes políticos a nivel mundial, ya que los partidos comunistas eran —y, de alguna manera, siguen siéndolo— mediadores de las clásicas «uniones sindicales, profesionales, y organizaciones de jóvenes y de trabajadores rurales» con los Estados nacionales. Al mismo tiempo, los ecologistas y los movimientos no parlamentarios abren el camino para una integración de las ONG y de los nuevos movimientos sociales (ambientalistas, étnicos, de género, libertarios) con las instancias de decisión política. Ciertamente, las organizaciones clásicas desarrollaron una fuerte burocracia, y fueron en parte dominadas por tendencias ideológicas y doctrinarias que afectaron su representatividad. Sin embargo, es una tendencia natural de todas las organizaciones, y tienen que ser constantemente corregidas, presionando por las bases. Pero esto sólo ocurre en circunstancias excepcionales, cuando están en juego temas importantes. No existe una política que garantice una representación correcta de las fuerzas sociales en ninguna institución.

Históricamente, ésta es un área de permanente conflicto. En todo caso, lo cierto es que un número cada vez mayor de personas encuentran instrumentos de organización para garantizar sus conquistas históricas. La creación del Foro Social Mundial de Porto Alegre ha sido un momento privilegiado de ese proceso de articulación de un gran abanico de fuerzas ideológicas, sociales y políticas, que todavía no encuentran sus canales dentro de la institucionalidad actual. Apuntan hacia cambios radicales, cuya chispa se prendió en los movimientos de 1968. Son la semilla de una civilización planetaria que se apoyará en el pluralismo y la democracia, a fin de crear el ambiente institucional para una transición de la humanidad hacia una etapa superior de la civilización, basada en los valores de la justicia social, la democracia y la tolerancia de la diversidad.

VI TRAGEDIA Y RAZÓN: REFLEXIONES SOBRE LA GLOBALIZACIÓN Y LA CRISIS MUNDIAL.

Globalización hoy: Dimensión política, económica y social

En los últimos años, en el pensamiento económico, social y político prevalece la tendencia de considerar el mundo desde el punto de vista global, como un sistema económico y político mundial que exige analizar cada nación, cada localidad, en un contexto más amplio; no para ignorar el papel de las naciones o de las regiones en la formación de la economía mundial, sino para comprender que ese papel se sitúa en un contexto global. Muchos de los problemas que vivimos pueden comprenderse mejor cuando se perciben así.

En el caso particular de Latinoamérica, se suele considerar que se trata de una región caracterizada por el aislamiento económico, y que sólo recientemente estaría abriéndose al mundo. Pero la realidad es que somos una región del mundo creada para la economía europea. Fuimos conquistados y dominados primero por portugueses y españoles, después por holandeses e ingleses, y ahora por los norteamericanos, no para desarrollar nuestras economías sino para organizar nuestra estructura económica en función de la economía europea y su demanda, en beneficio de lo que Europa quería y buscaba. La desesperada lucha de los europeos por los metales preciosos permitió al desarrollo de la minería de la plata y el oro en América Latina. Aunque la búsqueda de una fuente energética era fundamental para los europeos, que pasan un largo período del año sin sol, también parecen haber buscado desesperadamente una fuente de azúcar. Esta fuente fue establecida en Brasil aunque no se produjera azúcar en el país —la caña de azúcar fue traída de Asia—, pero sí se organizó una economía exportadora de azúcar. Con el transcurso del tiempo, se ha podido percibir que toda la economía brasileña se organizó así. Después fue el oro, y después el café, que vino de África. Ahora el país se organiza en función de la economía mundial.

En esa organización, se considera siempre a la población como un instrumento que cumple su papel en la economía mundial. La esclavitud fue un sistema económico que se desarrolló aquí en función de la demanda mundial. Ese sistema había llegado a su culminación como forma fundamental de organización de la economía en los siglos XVI y XVII. Sin embargo, se reestructuró una economía esclavista exportadora a alta escala mundial con la tecnología de producción más moderna posible. Se desarrolló la más alta tecnología en la producción de azúcar. No ocurrió así en el caso del oro, porque ya existía, pero a medida que fueron surgiendo las dificultades en su explotación, se desarrolló la tecnología específica para ese sector.

América Latina no es una región atrasada por haberse cerrado económicamente; se trata de una idea totalmente falsa y absurda, que se topa de frente con los hechos. Éste es un problema cultural que fue implantado en estos países coloniales, donde se exacerbó la capacidad de un sistema de información de repetir ciertas ideas

hasta convertirlas en una verdad absurda. Hoy se dice con la mayor naturalidad que «nuestra economía estaba cerrada y ahora está abriéndose»; pero, de hecho, siempre hemos sido una economía abierta. Y, además, ésa fue siempre nuestra debilidad.

La economía europea entró en la economía mundial a través de la competencia y la lucha contra la hegemonía árabe de las rutas comerciales. Desarrolló su economía luchando y colocándose en posición hegemónica en la economía mundial. Primero, desarrolló el sistema manufacturero; luego, expandió el sistema asalariado e industrial. Lo cual terminó transformando a Europa en una zona muy poderosa de distribución de la renta, de organización de las fuerzas sociales productoras, sobre todo la clase obrera que se desarrolló en el siglo XIX y ocupó una posición clave en la Europa contemporánea. Esas formas de producción y distribución acabaron por desarrollar un sistema interno, una economía nacional donde la exportación era importante, aunque secundaria en relación a una poderosa economía nacional.

Es también el caso de Estados Unidos, que se incorporaron más tarde a esa economía moderna. Para lo cual contaron con dos elementos fundamentales: primero, la presencia del pensamiento de Hamilton, que defendía el proteccionismo como forma fundamental de afirmación de la economía norteamericana; luego, en la segunda mitad del siglo XIX, la victoria del Norte industrial, proteccionista, liberal y demócrata, sobre el Sur explotador, esclavista y liberal-económico. El Sur hizo la guerra contra el Norte para defender su derecho a importar y exportar libremente los productos y no aceptar los límites impuestos y las restricciones proteccionistas exigidas por el Norte. Ese fue el origen de aquella guerra civil.

Se trata de un elemento clave para comprender también nuestra historia. El Sur liberal, que defendía el libre comercio, era también el Sur esclavista. Existía un vínculo muy profundo entre el liberalismo y las formas sumamente duras de explotación del trabajo. Había una confluencia muy grande que se expresaba muy bien en esa situación que fue la guerra civil norteamericana. En Estados Unidos ganó el Norte y, para ello, hasta tuvo que liberar a los esclavos del Sur y dismantelar las tropas del Sur que tenían bases esclavistas: los esclavos guerreaban bajo el dominio de sus amos y, al liberarse, se produjo el dismantelamiento militar del Sur. En este punto, el Norte triunfó: el Norte liberal, demócrata, adoptó el liberalismo político. Pero en lo económico era proteccionista, y liberal y demócrata en las relaciones de trabajo. Fue el Norte asalariado el que aceptó el trabajador libre. Se iniciaba así una evolución de Estados Unidos para transformarse en la potencia mundial que es actualmente.

¿Quién triunfó aquí, en América Latina? ¿Fue el Norte liberal, industrial y proteccionista en lo político y lo social? ¿Fue el Sur exportador agrícola, librecambista, oligarca y esclavista? Aquí ganaron los esclavistas, los que estaban a favor del libre comercio. Defendían el libre comercio en el mundo y rechazaban todo proteccionismo.

Al mismo tiempo, imponían el esclavismo, la servidumbre y las formas autoritarias de gobierno. Esas fuerzas convirtieron nuestra economía en economías dependientes y subordinadas al movimiento de la economía mundial y su demanda.

Así, esta realidad es esencial para comprender el momento que vivimos actualmente. El triunfo del neoliberalismo en los años ochenta y noventa impuso la reestructuración de nuestra economía en función de la demanda mundial. Entre los años treinta y sesenta, se había registrado un avance real en el sentido de crear una base industrial interna, un esbozo de mercado interno mejor organizado, con mayor influencia sobre el destino de nuestra economía.

El movimiento que se dio en los años ochenta tuvo las mismas características de repunte de las oligarquías del Sur: libertad de comercio, flexibilización y sobreexplotación del trabajo, lo cual obligó al trabajador a retroceder en sus conquistas sociales. Esa dinámica fue la misma dinámica reaccionaria que triunfó en América Latina en el siglo XIX. Pero estamos en una fase muy superior de la revolución de la humanidad, una fase en la que el proceso de internacionalización se ha desarrollado como globalización contemporánea.

Cuando se analizan estos temas, se evidencia que estamos ante una falsa visión de la realidad contemporánea. Los problemas de hoy son fundamentalmente la consecuencia de vivir en economías cerradas y de no estaren capacidad de articularnos con el resto del mundo. En realidad, lo que impidió nuestro desarrollo, lo que impidió que avanzáramos, que la población avanzara, fue la manera en que estábamos articulados con el mundo.

Este enfoque permite considerar de manera crítica los fenómenos de la globalización y el neoliberalismo; nos permite desarrollar una visión crítica que garantiza el desarrollo de una economía mundial realmente global. Existe una globalización positiva, existe una tradición del movimiento obrero, de los trabajadores, de las fuerzas sociales más progresistas del mundo, que propone una sociedad mundial, una sociedad global cuyas fronteras no sean factor de división en el mundo sino una forma de organización de sectores de la humanidad, identificados étnica, histórica y culturalmente.

Esa civilización global, esa civilización planetaria que debemos construir, tiene que modelarse realmente según una visión del ser humano como un ser de vocación universal. Para cultivar esa visión, no se puede atribuir a las fuerzas del mercado la responsabilidad de ser las únicas generadoras de la economía mundial. El mercado forma parte de esa generación de economía mundial, pero otras fuerzas también operan en el sentido de permitir el avance de la civilización en términos mundiales.

Dentro de la globalización, esos dos aspectos actúan permanentemente. Si se mira hacia el progreso de la ciencia, de la tecnología, de las fuerzas productivas contemporáneas, se evidencia que la capacidad de producción del hombre y de la humanidad ha avanzado enormemente en las últimas décadas. Después de la Segunda Guerra Mundial, las tecnologías se incorporaron intensivamente a la producción de vida humana, principalmente en los años ochenta. Esas tecnologías, esos avances, sobre todo en el campo de la ciencia, son avances de la humanidad. El conocimiento científico está permitiendo que la sociedad avance hacia una civilización planetaria.

La adopción y utilización de esos conocimientos para una producción a gran escala, para el desarrollo de la tecnología en busca de una productividad mayor, como el momento que se vive actualmente, son hechos positivos para la historia de la humanidad. Pero los efectos que esa tecnología está causando en la humanidad no son necesariamente consecuencias inevitables del avance científico y tecnológico.

El tema del empleo ejemplifica esa afirmación. El avance tecnológico y el aumento de la productividad suponen que menos personas puedan producir más, atendiendo a las necesidades de la población del mundo.

Hasta el final del siglo XX, de 70 por ciento a 80 por ciento de la población del mundo trabajaba en la agricultura. Actualmente, en países como Estados Unidos, apenas 3 por ciento de la población está en la agricultura. Ese aumento de productividad de la producción agrícola, así como la especialización en las actividades agrícolas, permitirán un gran avance de la humanidad en cuanto a la satisfacción de sus necesidades de consumo alimenticio. Éste es un punto positivo. Pero, ¿por qué ver ese hecho como fuente de desempleo, como ocurrió en muchas partes?

El aumento de la productividad significa la necesidad de menos tiempo de trabajo, pero también significa que no se necesita a tantos trabajadores. El hecho de que las personas tengan que trabajar menos a fin de reproducir los medios necesarios para su supervivencia, significa que la jornada de trabajo debe reducirse. Es el modo en el cual la humanidad puede absorber el resultado del desarrollo de su productividad y de la tecnología: menos tiempo de trabajo diario.

En el siglo XIX se trabajaba entre 12 y 16 horas por día, incluso el sábado y el domingo. El aumento de la productividad y el desarrollo de la industrialización permitieron bajar esa jornada a 8 horas diarias. Se llegó a las 48 horas, se siguió avanzando hacia las 38 horas, y ahora se está bajando a 35 horas semanales en los países donde la clase obrera asumió el liderazgo de la lucha por la reducción de la jornada de trabajo. Francia ya tiene una jornada laboral de 35 horas.

La reducción de la jornada laboral es un hecho positivo. Significa que los propietarios privados, que los empresarios, no se apropiarán del producto del avance tecnológico, dejándolo simplemente como un instrumento más beneficioso para ellos. Pero, por voluntad de esos tecnócratas, las personas siguen trabajando un máximo de tiempo, recibiendo salarios menores para aportar más beneficio al capital. El objetivo del capital es mantener la mayor jornada laboral posible. Si se le dejara, el capital buscaría que el individuo trabaje el día completo, más de 24 horas si se pudiera, ya que el capital vive de la explotación de la fuerza laboral.

Así, el problema no es el avance de la ciencia, no es el aumento de la productividad, no es que se trabaja menos para consumir más. El problema es que el orden social y la organización económica que están rigiendo este proceso no dejan que la humanidad asuma plenamente sus resultados positivos. O sea que el problema está en la organización social, no en las relaciones sociales.

Hay que utilizar en forma positiva los nuevos instrumentos que se obtienen con el avance de la ciencia. La intensidad del trabajo ha generado un nuevo tipo de enfermedad, de índole psicológica, provocada por el stress, por la creciente responsabilidad del trabajador y por el hecho de que ya no puede desviar su atención en ningún momento del proceso laboral, como aún podía hacerlo hace años, cuando actuaba sin mayor responsabilidad en dicho proceso.

La responsabilidad del trabajador ha aumentado enormemente en los sistemas industriales más avanzados, de alta tecnología. Por lo tanto, esto exige otro tipo de participación del trabajador, otro tipo de jornada laboral. Exige también formas de relaciones sociales completamente nuevas. El viejo sistema asalariado está en crisis, la humanidad necesita pasar a una forma de organización superior. Esos temas están obligando a los trabajadores de los países desarrollados a revisar muchas posiciones que habían mantenido durante gran parte de los años setenta y ochenta.

Empiezan a sentir que necesitan realmente considerar el problema del trabajo desde el punto de vista global. Actualmente, el sindicalismo norteamericano, por ejemplo, surge de lo que se llama la tesis de la igualación social del mundo. Es que los trabajadores del Tercer Mundo son una reserva de trabajo barato, utilizada por el gran capital con la intención de bajar los salarios de los países centrales y de imponer condiciones laborales negativas para sus trabajadores. El capital va a buscar a los trabajadores baratos en el resto del mundo, en detrimento de la mano de obra de los países desarrollados. ¿Cómo resolver ese problema?

Una fórmula para enfrentar este tema sería el proteccionismo, proteger las economías centrales. Pero la globalización muestra que esa protección tiene límites, que la clase obrera norteamericana no puede aliarse con los conservadores de Estados Unidos, y que, en definitiva, éstos no pueden tratar de imponer una situación de restricción de las importaciones. Entonces, ¿cuál sería la solución?

La solución sería una elevación del nivel salarial y de las relaciones laborales a escala mundial. Además, producir una alianza del movimiento obrero a través del avance tecnológico y del avance en las relaciones sociales en todo el mundo. Eso sería un primer paso del movimiento obrero norteamericano, ya que los trabajadores van a descubrir que el problema es mucho más complejo. Para llegar realmente a una igualdad social en el mundo, se requieren intermediaciones referentes al patrón de vida de los países desarrollados.

Esto muestra que la globalización está produciendo fenómenos sumamente importantes. Cuando los compañeros de los sindicatos de los países desarrollados vienen a pedirnos que no actuemos como esquirols, se está avanzando; pero es necesario dar un gran paso al frente. Hay que ser capaces de formular, en conjunto, una política mundial, de crear una política global para el movimiento de los trabajadores del mundo.

Estamos ante la necesidad de reconsiderar el movimiento socialista mundial, muy comprometido con la idea de conquistas dentro de los Estados nacionales. Es urgente que ese movimiento produzca propuestas mundiales que, efectivamente, ya se reflejan en los ataques contra la acción de la Organización Mundial del Comercio, del Fondo Monetario Internacional, y del Banco Mundial, entre otros. Los dirigentes de esas instituciones no son una cúpula fuera de la realidad, como parecía; son individuos que actúan profundamente sobre la historia de cada uno de nuestros países, sobre la historia de nuestros pueblos.

Esa estructura burocrática y tecnocrática está sustituyendo el poder democrático en gran parte del mundo. Pretende saber más y detentar las soluciones económicas, que son soluciones técnicas. Por ende, según ella, para orientar las políticas económicas, no hay por qué consultar a la población. Según ella, la democracia se ha ganado la etiqueta de populista, de corporativista, las personas no saben nada sobre sus vidas. «Nosotros, los técnicos, somos los que entendemos. Nosotros somos los que sabemos cómo hay que organizar las vidas de las gentes, nosotros somos los que decimos cómo deben organizarse. ¿Cómo se atreven a querer organizarse según sus ideas, y no según lo que nosotros sabemos, pues nosotros hasta dominamos la ciencia económica, que es una ciencia exacta...?». Estos tecnócratas piensan y dicen que la ciencia económica es una ciencia exacta, y hablan como si lo fuera. Cuando tienen que tomar decisiones concretas, dan ganas de reír porque, siendo una ciencia exacta, deciden por ejemplo de cuánto por ciento será la tasa de interés. Las decisiones parecen tomarse mediante un sorteo, como en un juego.

Estos tecnócratas se presentan ante el mundo como si fueran los dueños del conocimiento. Todos estamos obligados a aceptar sus persecuciones a los trabajadores debido a la apariencia de seriedad de Malan.

«El pueblo está errado, nosotros estamos en lo cierto». Es el pensamiento de este grupo, el pensamiento que la opinión pública mundial tendrá que enfrentar.

El movimiento de rebelión mundial contra los caminos de la globalización debe articularse con una lucha interna que está iniciándose dentro de estos aparatos de poder mundial. Por ejemplo, se ha visto la responsabilidad del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional en los años ochenta en el caso de África, lo que causó una hambruna en todo el continente. África fue una de las regiones del mundo productora de un equilibrio biológico que generó una capacidad de las poblaciones africanas —posteriormente desplazadas por el mundo— para destacarse en el deporte y en todas las manifestaciones que exigen una buena alimentación. Pero, al carecer de una buena base alimenticia, esas poblaciones perdieron tal influencia. Actualmente, corren el riesgo de verse sometidas a la condición de pueblos permanentemente hambrientos. Es el resultado de la política del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial.

A partir del año 1993, esas instituciones resolvieron revisar lo que estaba ocurriendo y hacer un balance. Llegaron a algunas conclusiones muy interesantes. La primera fue que ellos no habían permitido que se organizaran los Estados nacionales africanos; no pudieron, entonces, aplicar las políticas correctas pues ya no había Estados nacionales con esa capacidad. Así, el error no estaba en aquellas políticas, sino en no haber permitido que los Estados nacionales se organizaran. Ahora bien, no podía ser de otra manera si la esencia de esa política era el Estado mínimo. ¿Cómo afirmar que eran las políticas correctas?

Un estudio de The Economist muestra lo mismo al analizar la situación de la Francia actual. Dice que Francia tiene una economía en crecimiento y que está resolviendo sus problemas principales. Pero aunque su economía tiene un éxito increíble, se trata de una economía de Estado. No se han hecho privatizaciones, no se han hecho las reformas propuestas, y sin embargo se está llegando a una situación económica mejor que la del resto de Europa. ¿Cuál fue la conclusión de una publicación conservadora como The Economist? Si Francia hubiera aplicado lo que le fue recomendado, sería una maravilla. Así razonan estos tecnócratas. Esa es la forma en que divulgan sus «verdades».

Todos los diagnósticos confirman el aumento de la pobreza, de las diferencias entre pueblos y sectores sociales, de la miseria y del hambre, de las pésimas condiciones de vida. Hay que corregir los efectos negativos de las «reformas» conducidas por el Consenso de Washington.

«Ahora vamos a pasar a la segunda etapa de las reformas, y todo volverá a funcionar». Recientemente, un artículo sobre Bolivia decía: «Un país maravilloso donde aplicamos las políticas del FMI. Se hicieron las reformas muy adecuadamente». Entonces, este país tendría que estar muy bien. Sin embargo, tiene una crisis terrible. Entonces, los tecnócratas dicen que hay que aplicar otras reformas para resolver la crisis. Pero la crisis de Bolivia es consecuencia de las reformas aplicadas. Ahora bien, Bolivia ha encontrado una solución: vivir de la coca y de la cocaína; éste es un problema actual. Las políticas del Fondo no hablan de eso, pero

lo cierto es que la droga ha salvado la política boliviana, y también ha mantenido toda la economía andina en estos últimos años.

Colombia, por ejemplo, exporta más cocaína que café. La economía de la droga es sumamente poderosa, y se proyecta por toda la región latinoamericana.

Al comienzo de los años ochenta, estaba dirigida por el presidente mexicano Salinas de Gortari. Su hermano ha sido sometido a juicio en México por narcotraficante. Ahora bien, Salinas fue el líder de la aplicación del Consenso de Washington en el continente.

Se sabe que el ex presidente panameño Manuel Antonio Noriega está preso por haberse vinculado al negocio de la cocaína, incluso con intermediación de los norteamericanos. Colombia tuvo un presidente electo con el dinero de la cocaína; le grabaron una llamada telefónica en la que pedía dos millones de dólares a los capos de la droga, y la respuesta fue: «Usted los va a recibir». En Perú, Vladimiro Montesinos, conocido por ser un hombre clave del narcotráfico, fue también el hombre clave del gobierno de Alberto Fujimori. Al frente de Argentina estuvo Carlos Menem, cuyo hermano fue acusado de estar ligado al negocio de la droga; la ex esposa de Menem lo acusó de haber tenido vínculos con la mafia presuntamente responsable del asesinato de su hijo. El ex presidente brasileño Fernando Collor de Melo estuvo asociado a Paulo César Farías, quien habría organizado el negocio de la droga en Brasil.

Se observa entonces que, durante el auge del neoliberalismo y del Consenso de Washington, los líderes que estaban en el poder eran dirigentes del negocio de la droga. Pero se nos quiere hacer creer que quien dirige el fenómeno de la droga, los dueños de la droga, los hombres peligrosos de la droga, viven en las barriadas de Río de Janeiro. ¿Acaso Collor de Melo provenía de las favelas de Río? ¿Acaso Menem venía de los sectores populares argentinos? Fujimori era presidente, Montesinos era su capitán (no pudo ser promovido porque estaba dedicado a espiar para la CIA, y cuando fue relevado de su puesto, pasó a ser dirigente del Servicio Nacional de Inteligencia de Perú). Y todos los miembros de la oligarquía colombiana que forman el cártel de Cali vienen de una estructura de poder.

¿Por qué no, si se ve desde el punto de vista del libre comercio? Por una parte, ese mundo de la criminalidad es el resultado de la competitividad en su forma asumida en el avance del capitalismo a nivel mundial. Y, por otra parte, es resultado del desempleo que, a su vez, es otro efecto de esas estructuras económicas. Se trata de un mundo que tiene la violencia como principio organizador de las relaciones humanas, las cuales, en el mundo entero, están incluso convirtiendo los grandes centros metropolitanos en zona de una impresionante inestabilidad.

Una reflexión para terminar. A fines del siglo XIX, el capitalismo experimentó un gran avance en el mundo. Fue la fase del imperialismo, fue la fase del crecimiento de las grandes organizaciones monopólicas en Estados Unidos y en Europa. Fue la fase del sistema del capital financiero. Fue lo que se llamó la belle époque. La idea era que la humanidad estaba entrando en una fase en la que tenía grandes conquistas por delante. Y, de hecho, lo logró, si se mide por el crecimiento tecnológico.

También se creía que las relaciones capitalistas garantizarían a la humanidad un crecimiento permanente. Pero durante muchos años, las fuerzas conservadoras que habían derrotado a Napoleón mantuvieron el control de la situación económica.

Dentro del movimiento socialista, Bernstein escribió un libro clave de crítica o «revisionismo» del marxismo, señalando que Marx se equivocaba cuando decía que el desarrollo del capitalismo conduciría a contradicciones mayores y a un choque entre los elementos del engranaje capitalista. Según Bernstein, el capitalismo lograría resolver todos los problemas de la anarquía de la producción, de las crisis, y hasta abriría camino para que los trabajadores conquisten posiciones dentro de la sociedad capitalista. El colonialismo también era un dato positivo del capitalismo, ya que llevaba la civilización a los pueblos primitivos. En el fondo, el imperialismo era una forma positiva, pues llevaba la civilización a los pueblos atrasados.

Pero a fines del siglo XIX, el consenso era que el capitalismo no había logrado vencer sus crecientes contradicciones y sus crisis internas.

Y, contrariamente a la postulación revisionista, el movimiento socialista mundial advertía que se iba a llegar a una guerra mundial, fenómeno que la humanidad aún no conocía. El capitalismo, al crear una economía mundial, estaban generando también las condiciones para una guerra mundial, porque las contradicciones del sistema llevarían a un choque entre las grandes potencias. Si se examina el período sólo hasta 1913, puede decirse que Bernstein estaba en lo cierto. Y si se entra en el año 1914, el año de la Primera Guerra Mundial, si se llega a la Revolución rusa, a la postguerra y a todo el movimiento revolucionario europeo hasta 1926, se constata una recuperación que no se mantiene, y en 1929 se instala en el mundo entero la crisis que lleva a la generalización del desempleo y al cierre de las economías nacionales.

Todo esto se acaba con la Segunda Guerra Mundial, al cabo de unos treinta años de confrontaciones terribles, a lo que se agrega que el motor de la recuperación del capitalismo mundial, durante cierto período, a mediados de los años veinte, fue el fascismo italiano y, en los años treinta, el nazismo alemán. ¿Quiénes fueron los líderes de la economía nazi? Fueron liberales económicos. Hjalmar Schacht fue el más importante

de ellos, porque fue el ministro de economía de Hitler, durante todo su gobierno. Era lo que hoy se llama un neoliberal. ¿Hasta dónde llegó el nazismo? Llevó el trabajo esclavizado a su forma más terrible, porque los esclavos eran explotados hasta su muerte y sus cuerpos eran aprovechados para fabricar jabón y su piel para elaborar artículos de cuero... Hoy, sabemos en parte la dimensión que el trabajo esclavizado ha asumido durante el nazismo, siendo que la propia Iglesia católica reconoció su complicidad con empresas que utilizaron el trabajo esclavizado, y todas las empresas alemanas están pagando una pensión a los judíos ex esclavos —identificados— como indemnización por su trabajo esclavizado durante aquella época.

Se observa cómo es posible retroceder desde el punto de vista social. Todas las conquistas logradas por los trabajadores durante el siglo XIX fueron descartadas por la economía de esclavismo más cruel del mundo.

Schacht fue el ideólogo de todo aquel proceso. Hay un libro de su autoría en el que se defiende de todas estas acusaciones. En la edición en portugués hay un prólogo de Gustavo Franco reconociendo el papel positivo de Schacht, inspirador de gran parte de su política económica.

Que no se piense, pues, que la identificación entre el neoliberalismo y esas formas brutales de retroceso en el proceso laboral, de retroceso en las conquistas de los trabajadores, y de defensa de formas brutales de trabajo, es algo ocasional. Todo esto está completamente integrado. Cuando Margaret Thatcher se erigió en líder mundial del neoliberalismo, destruyó el movimiento sindical inglés de la manera más violenta posible, enviando tropas contra los trabajadores mineros.

Para concluir, podría decirse que los elementos positivos de creación de una economía mundial, del desarrollo de una civilización planetaria, no deben ser condenados. Son sumamente efectivos. Pero sí hay que condenar —y hay que saber organizarse a fin de prevenir— la utilización de ese potencial para mantener las relaciones arcaicas, los procesos de explotación, la concentración de riquezas en pro de una minoría violenta y dura con la humanidad, riquezas que debieron haber sido utilizados para su progreso.

Quienes siguieron el proceso electoral norteamericano en el año 2000, vieron reaparecer esta temática en el debate entre Al Gore y George W. Bush. Éste propuso que los avances logrados en Estados Unidos hasta aquel momento, el crecimiento de la economía norteamericana, sirvieran al fortalecimiento de 1 por ciento de la población: los ricos de Estados Unidos. Al Gore denunció y combatió claramente esta propuesta durante el debate.

Ésta es la visión de un mundo que trata de utilizar la globalización, de instrumentarla, para que sirva a los intereses de una minoría. No es la visión de la utilización de ese potencial enorme para que la humanidad pueda avanzar y producir una sociedad superior.

Avances y debilidades de la centroizquierda

Desde principios de los años noventa, hemos llamado la atención de nuestros lectores sobre la tendencia a la recuperación de la economía mundial que debía arrancar a partir de 1994, de acuerdo con los ciclos largos de Kondratiev. De hecho, entre 1994 y 2001, la economía norteamericana presentó un cuadro excepcional de crecimiento económico, basado en un impresionante crecimiento de la productividad. Esta nueva onda de crecimiento generó, incluso, la ilusión de que se entraba en una nueva economía sin ciclos económicos. En realidad, asistíamos a un momento ascendente de uno de estos ciclos.

A partir de 2001 comenzaron a manifestarse las señales de una recesión cuyas razones ya hemos examinado. Según nuestro análisis, las tendencias recesivas se explicaban por las políticas absurdas de la FED de elevar la tasa de interés en una situación deflacionaria.

Inmediatamente después de que el FED, asustado ante las consecuencias de sus intervenciones irresponsables, comenzó a bajar las tasas de interés hasta niveles muy inferiores a los del año 2000, se vieron los resultados positivos. En el primer trimestre de 2002, la economía norteamericana presentó señales bastante vigorosas de recuperación.

Por lo tanto, la intervención de la FED había sido inútil y perversa. Los datos son rigurosos: la FED elevó las tasas de interés de 3,5 por ciento a 6,5 por ciento entre fines de 2000 y el segundo semestre de 2001; luego, desde fines de 2001 hasta fines del primer semestre de 2002, tuvo que bajar la tasa básica de interés hasta 1,75 por ciento; y tenía programado —correctamente— bajarla hasta 1,2 por ciento, cuando decidió detener la baja, debido a las señales positivas del primer semestre de 2002. Con esa tasa de interés, la economía llegó a sus límites. En el segundo semestre, la FED tuvo que bajarla para 1,25 por ciento y hubo señales de mejorías.

¡Y ante esa desastrosa intervención, no hizo ninguna autocrítica! Al contrario: Alan Greenspan, presidente del FED, siguió siendo elogiado como un gran economista, y su palabra en la economía sigue siendo respetada y acatada.

Durante los años noventa, también llamábamos la atención sobre la crisis final del pensamiento neoliberal, que no podría encontrar respuesta para una coyuntura de crecimiento económico y de recuperación de las inversiones a escala global. El pensamiento neoliberal se funda en la noción de equilibrio, y no contempla todos los desequilibrios engendrados por el crecimiento económico.

En este período, no hemos dejado de señalar que el resultado de las aspiraciones teóricas al equilibrio macroeconómico era una práctica política desastrosa que tendía a generar desequilibrios colosales en la economía mundial. Esos desequilibrios se hicieron mucho más evidentes con la recuperación del crecimiento económico mundial.

No es otra la razón por la cual el proceso de globalización está siendo objeto de tan fuertes manifestaciones en las calles del mundo. Y como el sistema mundial no ha logrado aún definir un nuevo enemigo común de carácter global —como el fantasma del comunismo, después de la Segunda Guerra Mundial—, tampoco puede generar una explicación razonable para ese inesperado activismo antiglobalización.

La propaganda se concentra en la amenaza del «terrorismo». Y aunque algunos columnistas y políticos se apresuraron a imponer a los militantes antiglobalización el calificativo de «terroristas», esto no ha tenido éxito.

Tampoco ha tenido éxito sólido el intento de delinear el fantasma del fundamentalismo árabe para explicar la creciente oposición a las políticas de Estados Unidos.

Sería más fácil reconocer la gravedad de las crisis provocadas por las políticas neoliberales, comandadas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Sería más fácil reconocer la necesidad de aplicar políticas de defensa del medio ambiente, de desconcentración de la renta mundial, de desarme, y de apoyo al desarrollo económico del resto del mundo.

Lo grave de esta situación es el efecto provocado sobre un tejido social ya desgastado y tenso por esas políticas recesivas, practicadas en Estados Unidos, en la Comunidad Europea, en los países sometidos al control del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial.

Una de las ventajas del período de reanudación del crecimiento fue el nuevo despertar de las organizaciones y los partidos de los trabajadores, estimulados por la perspectiva de una caída del desempleo y una aproximación a la situación de pleno empleo. De manera confusa, los tradicionales partidos socialdemócratas y socialistas asumieron la hegemonía de la vida pública europea, con grandes vacilaciones en su crítica al pensamiento único neoliberal.

Sus gobiernos se mostraron débiles cuando tomaron posición a favor del crecimiento y del pleno empleo, principalmente a favor de la reducción de la jornada laboral, único camino para absorber la mano de obra excedente generada por el espectacular aumento de la productividad.

De no haber vacilado en defender la baja de las tasas de interés, los gobiernos socialistas y socialdemócratas podrían haber frenado las pretensiones conservadoras de Greenspan y su gente. Pero Schroeder entregó la cabeza de Oskar Lafontaine cuando éste se enfrentó al Banco Central alemán cuando trató de reducir las tasas de interés. Asimismo, Jospin, en Francia, buscó su ministro de economía entre los socialistas más conservadores, y así sucesivamente.

El costo social de estas políticas fue más doloroso en sus puntos débiles. En Italia, un vacilante frente de centroizquierda terminó entregando el poder a la derecha más dura, encabezada por Berlusconi. En Portugal, una izquierda mayoritaria no logró unirse, y entregó el poder a la derecha. En Austria, un socialismo enfrentado con la población campesina al negarse a defender sus productos, se vio sustituido por un partido conservador con apoyo fascista, y no logró impedir su reconocimiento por parte de la Unión Europea.

Esta corriente reaccionaria encontró apoyo en la discutible (o claramente fraudulenta) victoria electoral de George W. Bush en Estados Unidos. Para agravar aún más esta contraofensiva reaccionaria, las fuerzas del fundamentalismo islámico, despertadas y apoyadas por Estados Unidos durante el gobierno de Reagan, se han levantado en el escenario internacional contra este país, oponiéndose así a sus propios creadores.

El 11 de septiembre de 2001, estos elementos creados por la lucha anticomunista en Afganistán, dirigieron sus acciones terroristas contra el corazón de sus antiguos aliados. En respuesta, Estados Unidos ha abierto el camino a una ofensiva militar inexplicable que puede con todo, pero no puede capturar a los presuntos culpables de aquel espectacular atentado.

Desde entonces, respiramos un olor a muerte con la abierta reanudación de los gastos militares para combatir enemigos no militares, ya que la inteligencia norteamericana y su servicio de inmigración se mostraron incapaces de detectar los verdaderos enemigos de Estados Unidos.

Esto es un clima muy apropiado para una economía mundial en recesión. Pero no hay que otorgar un carácter definitivo a estas tendencias.

Así como la recesión tiene que dar paso a una tendencia positiva de crecimiento económico en esta fase de la economía capitalista, así mismo las tendencias reaccionarias que quieren llevar el mundo de vuelta a una época anterior al Estado de Bienestar e imponer el reino del terror y del militarismo oscuro, tendrán que dar paso a una política social más avanzada.

La «onda rosa» no se ha desvanecido, como se dice actualmente. Al contrario, puede que las brutales contradicciones que se dan en el escenario mundial la tiñan de rojo.

Carácter de los adelantos neofascistas

No hay que subestimar el avance del neofascismo en Europa. No se trata de un fenómeno superficial. Su extensión y profundidad así lo demuestran. Se halla profundamente enraizado en las dificultades que el actual sistema de relaciones sociales, políticas y económicas encuentra para administrar las poderosas transformaciones impuestas por la revolución científico-tecnológica en curso.

Y es que, en los últimos veinte años, se han liberado gigantescas fuerzas productivas a partir de la incorporación de la robótica en el sistema productivo, la cual se une a la introducción de nuevos materiales y al poderoso impacto de la utilización del láser en el sistema productivo. La generalización de la informática y la expansión del sistema de comunicación basado en los satélites y en el láser completaron este cuadro, a la vez que se anunciaban cambios revolucionarios en la ingeniería genética y en las biotecnologías en general.

Como resultado de estos cambios, la automatización (la sustitución de la actividad humana en la generación y gerencia de las actividades productivas por máquinas y computadoras), y el redimensionamiento de las economías a escala, revolucionaron radicalmente las perspectivas de gestión de la economía y, sobre todo, las características del empleo.

Si bien en los años ochenta estos efectos se concentraban en Japón, que encabezaba el comercio mundial, dirigido particularmente al mercado de Estados Unidos, la dirección de las transformaciones productivas fue recuperada por Estados Unidos en los años noventa, al presentar un impresionante crecimiento del producto y de la productividad, y revolucionar las bases materiales del mundo contemporáneo.

Europa mantuvo parcialmente su capacidad de crecimiento, mientras que Japón se sumergía en una crisis muy seria que comprometió su liderazgo en el Sureste asiático. Al mismo tiempo, se consolidó el fenómeno del colosal crecimiento de la economía china.

El factor más decisivo de la entrada de China en el mercado mundial, además de la importancia de una mano de obra barata de alta calificación, ha sido la incorporación de nuevas tecnologías y el tremendo aumento de la productividad que éstas implican.

En realidad, la competencia de los productos chinos se debe al aumento de la productividad, la utilización de mano de obra barata, la subvaluación cambiaria, y la disposición a vender con precios cercanos al costo de producción. Esta actitud, apoyada en la fuerte voluntad competitiva de un poderoso capitalismo de Estado, pone en riesgo los precios administrados por las empresas monopólicas multinacionales, transnacionales y

globales. Al mismo tiempo, ese nuevo estilo de competencia fomenta un avance creciente en la incorporación de nuevas tecnologías, al intensificar la competencia mundial, derrumbando los precios y favoreciendo la deflación mundial.

Estos elementos generales indican que las fuerzas que impulsan la competencia mundial están acelerando su propia dinámica. Y cuando esto ocurre, aumenta la demanda de protección de los mercados nacionales y de intervención del Estado a favor de los capitalistas nacionales. En estas circunstancias, lo más probable es el aumento de los conflictos locales, nacionales y mundiales.

No hay que subestimar el aumento de la tensión internacional generado por estas reestructuraciones de la economía mundial. Algo semejante sucedió a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, cuando se dio un auge económico similar que fue seguido por un prolongado período de crisis causado por la Primera Guerra Mundial, profundizado por la crisis financiera de 1929, que finalizó sólo con la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial.

En el período de la belle époque, se articularon el militarismo y un nacionalismo agresivo apoyado en las luchas antiimperialistas, para conducir a una solución militar de los conflictos económicos y geopolíticos. En el marco de la gran crisis de las dos guerras mundiales, se desarrollaron los fascismos italiano, alemán, polaco, portugués y español, así como el militarismo parafascista japonés.

Actualmente, el fascismo que está fortaleciéndose en Europa tiene un fuerte contenido nacionalista dirigido, por una parte, contra la Comunidad Europea y, por otra parte, contra la migración (de origen árabe, centroeuropeo y africano, pero también de origen latinoamericano en los países latinos).

Se trata de reacciones caóticas contra los efectos de una revolución en las relaciones económicas internacionales que no va acompañada por los correspondientes cambios sociales. El aspecto más directo de estos efectos se da en el empleo.

La adopción de nuevas y revolucionarias tecnologías que aumentan la productividad en tasas crecientes, disminuye en forma drástica el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir los bienes consumidos por la población. En compensación, la jornada laboral exigida a los trabajadores se redujo en una proporción muy inferior al crecimiento tecnológico. Esto significa que, al producir una concentración colosal de riqueza, los resultados del desarrollo tecnológico sólo son apropiados para los capitalistas.

Por lo demás, al producir más en menos tiempo sin reducir la jornada laboral, disminuye la demanda de mano de obra, y se produce un creciente desempleo, aparentemente estructural. El fenómeno del crecimiento, que no reduce significativamente el desempleo, produce una angustia social aguda, sobre todo en la juventud, que no ve posibilidades de trabajo en un horizonte cercano.

Sabemos muy bien que estas angustias son el caldo de cultivo del fascismo de masas. Cuando se combinan la desesperación de las clases más desprotegidas con las angustias de las burguesías nacionales frente a la competencia internacional, se da la fórmula que hace posible la adopción de regímenes fascistas.

Los cambios que actualmente se registran en Europa son todavía mínimos. Los neofascistas aumentan sus votos hasta el 20 por ciento del espectro electoral y necesitan a los conservadores para llegar al poder.

Cuando los conservadores son claramente europeístas y mantienen una tradición liberal, como en Francia, los neofascistas no pueden rebasar esos límites. Cuando los conservadores vacilan en sus políticas europeas y tienen una tradición liberal frágil, como en Italia y Austria, las puertas del poder se abren para los neofascistas.

El neofascismo como fenómeno de masas no representa una amenaza de poder, a no ser que un gran capital requiera utilizarlo para sus propios fines. Esto suele ocurrir cuando hay que frenar el avance de los movimientos reformistas o revolucionarios a favor del trabajo. Mussolini sólo se convirtió en poder cuando el rey le abrió las puertas del gobierno.

Hitler sólo se convirtió en amenaza real cuando los conservadores alemanes le abrieron las puertas del poder para que se colocara al servicio del gran capital alemán, cuyas ambiciones expansionistas supo muy bien representar con una guerra demencial.

Pero esto no es razón para subestimar el neofascismo. No faltan las ocasiones en que los grandes capitalistas puedan sentirse tentados de recurrir a tan peligrosa arma. Más aún en una fase en la que la humanidad desarrolló un poder de autodestrucción colosal, ya sea por una explosión nuclear, ya sea por las varias formas de destrucción del medio ambiente.

Este clima resulta aún más peligroso cuando la potencia hegemónica mundial se entrega a los delirios de algún grupo de ideólogos derechistas que ponen como meta fundamental de gobierno la recuperación del poder de Estados Unidos en tanto fuerza militar hegemónica. Peor aún, ponen este poder al servicio de los intereses de grupos económicos bien definidos, como en el caso de la invasión de Afganistán.

La truculencia de la política norteamericana es un gran factor de complicación en la situación europea, y favorece los nacionalismos en todas sus facetas. Cuando el fascismo asume el nacionalismo bajo forma de persecución de emigrantes, por ejemplo (como fue la persecución a los judíos, los eslavos y los bolcheviques), ataca a los más débiles y se sustenta en las angustias de los trabajadores no calificados, en el temor al desempleo, en los jóvenes pobres, y en los pequeños propietarios sin perspectivas de competir en la economía mundial.

La experiencia de los partidos fascistas puede servir de entrenamiento o de prueba para acciones más ambiciosas y agresivas. Y sirve también de parámetro para políticas de derecha o de centro que no se atreverían a postularse sin esta amenaza en el horizonte ideológico.

¡Cuidado, mucho cuidado! En América Latina no estamos libres de esos vientos, aun cuando los rescoldos del fracaso de las dictaduras militares deberían limitar postulaciones fascistas más claras. Pero el ambiente de crisis económica y política que se generaliza por el continente no augura buenas expectativas. El fortalecimiento de la derecha chilena y colombiana en el plano electoral son indicadores de los nuevos tiempos.

Lo que la derecha no ha logrado a través del golpe militar, puede tratar de alcanzarlo bajo la forma de una derecha popular profascista.

Es algo que podría preocupar incluso a la derecha norteamericana, temerosa de los movimientos nacionalistas en su zona de influencia. Ésta abandonó los regímenes militares cuando se aventuraron por caminos peligrosos. La aventura argentina en la guerra de las Malvinas constituyó una indicación al respecto; al acuerdo nuclear Brasil-Alemania fue otra señal de alarma.

Lo que salva en algo la situación latinoamericana es la existencia de una izquierda capaz de liderar estos sentimientos nacionalistas, resultantes de una fuerte tradición antiimperialista apoyada por un amplio trabajo teórico, como la teoría de la dependencia y, en parte, el estructuralismo de la CEPAL.

En este sentido, es ejemplar el caso de Lula en Brasil. En sólo veinte años, un partido originalmente clasista como el Partido de los Trabajadores fue asumiendo gran parte de las aspiraciones del conjunto de fuerzas contrarias al neoliberalismo patrocinante de una participación subordinada y dependiente en el proceso de globalización.

La fuerza de esta postura se manifestó en las elecciones presidenciales de 2002 que desarmó, de inmediato, cualquier resistencia del capitalismo mundial en el plano político. Éste se dedica actualmente a reforzar las

instituciones y las políticas neoliberales, pero afirma que se prepara para un programa de transformaciones más profundas y un cuestionamiento del modelo económico liberal.

Pero, en definitiva, lo que cuenta es la permanencia del sistema existente. Si los protagonistas del sistema lo sienten amenazador, cualquier ideología puede ser accionada cuando les parezca útil.

Estados Unidos - América Latina: Contradicciones y aproximaciones

Un asunto en el que hemos insistido es la necesidad de una mayor comprensión de la diversidad y de las contradicciones internas de la sociedad norteamericana. Considerar a la sociedad norteamericana como una totalidad, con intereses comunes respecto a América Latina y al Tercer Mundo en general, ha sido un error muy recurrente de los intelectuales latinoamericanos. Esta visión refleja la autopercepción de una parte de la teoría sociológica norteamericana, según la cual los intereses comunes de una sociedad postindustrial y de abundancia predominan sobre las contradicciones entre grupos y clases sociales.

En esta sociedad de abundancia, las confrontaciones ideológicas son sustituidas por los asuntos concretos que cortan todo el espectro ideológico. No debería haber, entonces, una diferencia esencial entre los partidos, y los procesos electorales deben ser la oportunidad para cada elector de escoger con su voto o su ficha de juego los candidatos propuestos, también como individuos, con sus cualidades y ventajas personales.

Para los latinoamericanos en general, Estados Unidos se presenta como una sociedad racista que no diferencia a los no americanos, concibiendo al resto del mundo como pueblos inferiores que deben subordinarse a su voluntad.

A pesar de que esta concepción tiene algún fundamento, es necesario separar grandes sectores de la sociedad norteamericana de esta fórmula generalizada. Si bien es cierto que esta ideología del gran destino norteamericano y de la superioridad de las ideas democráticas, nació en la lucha independentista y fue asumida por la juventud norteamericana, así como por los emigrantes, esta misma ideología se hace cada día más flexible en su contenido racial.

Estados Unidos es cada vez menos un país de blancos puritanos. En las últimas décadas, la caída de la natalidad de las poblaciones blancas, agregada a la alta natalidad de los negros, los emigrantes latinos y los asiáticos, han cambiado y tienden a cambiar cada vez más, en un futuro inmediato, la composición demográfica y cultural norteamericana.

La introducción del concepto de multiculturalismo se hizo cada vez más necesaria para asegurar las condiciones mínimas de convivencia entre los pioneros blancos y la sociedad multicultural, claramente mayoritaria. Al pragmatismo que la caracteriza, la filosofía norteamericana tiende a incorporar un relativismo cultural, cada vez más generalizado, a todos los aspectos de la vida humana.

No hay que olvidar que la religión que más crece en Estados Unidos es la musulmana, que las etnias que más crecen son las latinas, con sus variaciones internas que tienden a unificarse progresivamente en una sola identidad indígena, ibérica y afroamericana. La música popular, la lengua, las artes escénicas y los deportes desempeñan un papel cada vez más importante en la afirmación de esta identidad en la sociedad norteamericana. A esto se mezclan símbolos religiosos, comportamientos y costumbres que cada vez más se reivindican como autónomos y hasta «superiores» dentro de una sociedad que en el pasado los había reprimido como incivilizados e «inferiores». Lo más importante es que los latinos constituyen la primera minoría étnica en Estados Unidos. Éstos cuentan con la cercanía de México, el Caribe y Centroamérica, sin hablar del hecho de que los mexicanos y los hispanos fueron ciudadanos de gran parte del actual territorio norteamericano. Los medios de comunicación en español ganan una creciente audiencia, y la preservación de la lengua castellana se identifica como una afirmación cultural y no como una idea de inferioridad que prevaleció por un largo período histórico.

Lo mismo puede decirse de una población asiática que gana fuerza cada día, apoyada en el éxito económico de sus regiones de origen. Se hace cada vez más difícil reprimir sus religiones, culturas y costumbres originales. Lo que sí se da es la confirmación de estas diferencias culturales como absolutamente legítimas, exigiendo una revisión de los cánones educacionales y de la visión norteamericana u «occidental» del mundo.

No hay que subestimar la creciente afirmación de las poblaciones negras norteamericanas. Fueron los negros los primeros en desafiar el «humanismo» occidental, que establecía como meta para las poblaciones negras asumir los valores de la sociedad liberal, y reivindicar el derecho a ser «iguales» a los blancos, con sus cabellos lisos, sus ropas grises, sus andares tiesos y poco sensuales, su frialdad corporal, su concepción puritana de la sexualidad. Todo este paquete se integraba clandestinamente a la lucha por la ciudadanía y los derechos civiles.

Martin Luther King fue el primero en identificar la lucha de los negros norteamericanos con la lucha anticolonialista del Tercer Mundo. Esto colocó el movimiento negro en una posición avanzada dentro de la sociedad norteamericana, para exigir políticas de afirmación y condiciones para una nueva mentalidad pluricultural.

Pero el ascenso social y cultural de esas poblaciones no ha podido ser asumido tranquilamente por una gran parte de la población norteamericana. Todavía existe un importante sector de la población que reivindica la superioridad de los valores tradicionales del self made man que, según ellos, forjaron el éxito económico y cultural norteamericano. En torno a esos valores tradicionales, se ha constituido un movimiento restaurador norteamericano.

Una derecha reaccionaria se alimenta del neoliberalismo económico ortodoxo, combinado con el autoritarismo de costumbre, con el puritanismo, con la defensa de la propiedad privada como principio ético, y de la riqueza como recompensa divina para los más capaces, etcétera. Ese movimiento ha ganado fuerza en los últimos años a raíz de la campaña contra el comportamiento sexual del ex presidente Clinton. Aunque no convenció a la mayoría del pueblo americano, esta reacción bloqueó en parte las fuerzas a favor de Clinton y su esposa, debilitando la defensa de Gore como posterior candidato demócrata del gobierno del cual había formado parte.

El gobierno de Clinton había puesto a la orden del día gran parte de la agenda de la generación contestataria que surgió del movimiento de 1968. La recuperación del crecimiento económico, la superación del déficit fiscal, la afirmación de las políticas sociales del gobierno demócrata, su identidad con el movimiento negro y latino (excepto el exilio cubano, que sigue apoyando lo que hay de más reaccionario), han puesto en marcha nuevas fuerzas económicas, sociales y políticas en la sociedad norteamericana.

La reacción, presidida por Bush hijo, reunió el fundamentalismo neoliberal más radical, las fuerzas políticas y económicas más conservadoras, los ideólogos más sectarios del puritanismo y del ultraindividualismo.

Para unificar estas corrientes, Bush retomó el mito del destino americano como motor de la política externa, reivindicó el liberalismo económico en su versión ortodoxa, pero moderó su aspecto reaccionario con la idea de un «conservadurismo compasivo», utilizó sus modestos conocimientos de español para abrir un canal de comunicación con las comunidades hispanas, y prometió la disminución de los impuestos como forma de utilizar el superávit fiscal logrado en el gobierno de Clinton.

Si fuera cierto que este esfuerzo no bastó para ganar las elecciones presidenciales, al menos logró captar algunos votos democráticos, lo cual, con la ayuda (ya comprobada por la comisión creada por los principales

periódicos del país) del aparato electoral del Estado gobernado por el hermano de George W. Bush, y la ayuda de una Corte Suprema nombrada fundamentalmente por su país, todo esto le garantizó la presidencia.

Está claro que se trata de un gobierno que representa a un sector minoritario de la población. Pero los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, la reacción articulada en torno a la guerra y a la campaña contra el terrorismo, aseguraron una base de apoyo mayoritario para este gobierno.

No hay que concluir, en contrapartida de estos hechos, que las concepciones ideológicas de Bush reflejan las fuerzas mayoritarias de la sociedad norteamericana. En temas como el hegemonismo y el unilateralismo norteamericanos, el aumento indiscriminado de los gastos militares, la insensibilidad ante la cuestión ecológica, el rechazo de la Corte Internacional de los Derechos Humanos, y tantos otros, sabemos que hay una discordancia muy evidente con la mayoría de la población. En asuntos como el proteccionismo, la opinión pública norteamericana se confronta con las aspiraciones de las clases dirigentes en América Latina, que desean convertir Estados Unidos en libre cambista. Se olvidan de que hubo una guerra civil en ese país para imponer el proteccionismo del Norte contra el liberalismo del Sur, y que el Estado norteamericano moderno se fundó, por ende, sobre el proteccionismo y no sobre el liberalismo que exporta hacia otros países.

La economía sigue su camino

Después del 11 de septiembre de 2001, el primer frente donde surgió mucha confusión fue el de la economía. Tras una tendencia a la caída de la economía norteamericana iniciada en el año 2000, se produjo a partir del segundo trimestre de 2003 una recuperación de la producción internacional, de las inversiones en general, y de las Bolsas en particular. En ese intervalo, se consolidó la tendencia a abandonar radicalmente los principios neoliberales y a retomar las políticas anticíclicas, particularmente la baja de las tasas de interés y el aumento del gasto público, aunque en una dirección negativa: los gastos militares rigen la recuperación.

También se han fortalecido las coaliciones de fuerzas contra la hegemonía del sector financiero, con especial énfasis en la crisis de este sector, golpeado por fuertes desvalorización de los activos en todo el mundo. La caída de las tasas de interés de Estados Unidos a 1,0 por ciento y la devaluación del dólar, que está en marcha, desvalorizan significativos volúmenes del capital financiero.

Japón fue el último bastión de resistencia del sector financiero, sobredimensionado en los años ochenta. Esa resistencia se caracterizaba por una extrema liquidez, que fue generada a través de los excedentes en dólares originados por los superávits comerciales que se habían obtenido principalmente con Estados Unidos. Actualmente, Japón busca una fuerte reestructuración de su sistema financiero, fortalecido gracias al apoyo del Estado, que se convierte en deudor para respaldar el fortalecimiento de los bancos.

Por su parte, China acumula superávits colosales en dólares y se lanza en el sistema financiero internacional, comprando títulos de la deuda pública norteamericana, entre otras modalidades, cosa que la convierte en uno de los primeros sustentos del «equilibrio» fiscal norteamericano.

En el mundo de las economías emergentes se observa una acentuada crisis, sobre todo en Latinoamérica, que ha sido la región más ortodoxa en la aplicación de las medidas estabilizadoras del FMI; y que ha sido víctima de una brutal contradicción entre la voluntad de sus pueblos, expresada en las urnas a través de distintas derrotas electorales de los candidatos favorables a las políticas recesivas, o de quienes ofrecieron, durante la campaña, impedir las políticas con las que se comprometieron totalmente una vez en gobierno.

Es el caso de Argentina, sumergida en una crisis colosal tras haber adoptado políticas altamente elogiadas por el FMI. El ministro de economía de la fase neoliberal, Domingo Cavallo, llamado de vuelta para reeditar sus dudosos éxitos, se presentó en las elecciones pero su partido no alcanzó ni 1,5 por ciento de los votos. Sin embargo, continuó en el gobierno, aplicando una política rechazada masivamente en las elecciones.

Cuando la población salió a las calles, sacó del gobierno no sólo al ministro de la economía sino también al presidente Fernando de La Rúa. Sus sucesores iniciaron el gobierno prometiendo independizarse del FMI, pero terminaron adhiriéndose a sus políticas. Las masas volvieron a salir a las calles, aún más irritadas. La elección de Néstor Kirchner parece haber logrado un consenso basado no en un forfait absoluto sino en el establecimiento de condiciones de negociación más moderadas por parte del gobierno argentino, con el apoyo de casi 80 por ciento de la población.

Lo que se puede concluir de este breve análisis es el hecho de que la crisis del terror permitió acentuar las tendencias económicas que venían presentándose, las cuales lograron revertir parcialmente las políticas anteriores aparentemente victoriosas e imbatibles. No obstante, el ambiente económico internacional sigue siendo confuso y amenazador. En varias partes, asoma la crisis. Y las potencialidades del crecimiento económico, a partir de las innovaciones tecnológicas disponibles gracias al avance de la revolución científico-técnica, siguen siendo insuficientemente utilizadas, debido al atraso en el desarrollo de nuevas relaciones sociales capaces de dinamizar el crecimiento económico mundial.

El terror como arma de la aventura hegemónica

Otro campo en profunda revisión es el campo geopolítico. Desde el final de la Guerra Fría, se acentuaron cambios radicales en las relaciones entre países, Estados y regiones. Una región clave para el juego geopolítico universal es el Golfo Pérsico, donde se concentra la mayor parte del petróleo del mundo. La Guerra del Golfo permitió que Estados Unidos concentrara en esa región la mayor masa de recursos militares aéreos y marítimos después de la que está en el Mediterráneo. Queda fuera de su control el océano Índico, donde la marina india ejerce una hegemonía indiscutible. La crisis entre India y Pakistán abre camino para una mayor penetración norteamericana en el océano Índico.

La crisis generada por las acciones terroristas en Estados Unidos proporcionó un pretexto muy claro para concentrar en la región un poder militar impensable sin un acontecimiento de tal dimensión. Que el movimiento terrorista dirigido por Bin Laden sea o no responsable de las acciones terroristas que conmocionaron a toda la humanidad, lo cierto es que existen fuertes intereses para ocupar geopolíticamente la región, y esta tendencia aprovechó la coyuntura.

Por ende, puede decirse que Estados Unidos ha conseguido una importante victoria diplomática y militar al lograr desplazar hacia esa región una masa tan impresionante de poder de fuego. Pero el efecto político de esta colosal operación no queda claro.

Es probable que los norteamericanos se vean en una difícil situación política en esa región. Tras haber apoyado durante décadas el crecimiento de las corrientes fundamentalistas para oponerse a la presencia de la URSS en Afganistán, y a los gobiernos laicos de inspiración socialista en India, Argelia, Egipto, Siria y otros países, ahora esas fuerzas se voltean contra Estados Unidos, e incluso contra la realeza de Arabia Saudita, que había inspirado y apoyado financieramente gran parte de estos movimientos¹.

Entrenadas por la CIA y debidamente modernizadas en sus técnicas de terrorismo, estas organizaciones se han convertido en una amenaza para Estados Unidos, incluso para sus gobiernos republicanos que apoyaron con tanto entusiasmo a estos «héroes de la libertad»².

La confrontación con los antiguos aliados tal vez se deba a la actitud negativa de la administración Bush hijo en el tema palestino, o a la no colaboración del gobierno norteamericano en las conspiraciones contra la dinastía de Arabia Saudita. En todo caso, ha producido un impresionante crecimiento de las organizaciones fundamentalistas en la región, acompañado de fuertes sentimientos antinorteamericanos. La situación se complica con el peligro de que se fortalezcan las tendencias radicales en Pakistán, país que dispone de poder nuclear en expansión y que no cedió ante los intentos norteamericanos de frenarlo.

Considerando que el país vecino, India, también dispone de poder nuclear, y que está en manos de corrientes nacionalistas fuertemente opuestas a Pakistán, haciéndose muy difícil lograr que en esa región se detenga la carrera nuclear, parece obvio que el apoyo a las corrientes fundamentalistas fue un juego sumamente arriesgado, cuyos frutos empiezan a darse ahora, y están resultando muy amargos.

Todo esto se parece a las consecuencias que tuvieron las acciones de la inteligencia y de los gobiernos norteamericanos en América Latina, durante casi todo el siglo XX, al apoyar los gobiernos militares de la región, entrenándose en técnicas terroristas, en actividades de tortura, y en otras acciones que ya se han dado a conocer con las revelaciones de los documentos de la CIA.

En algún momento, los actos terroristas se desplazaron hacia Estados Unidos, con la operación en la que fueron asesinados el ex ministro chileno Orlando Letelier y su asistente norteamericana. Como se sabe ahora con lujo de detalles, el principal responsable de esta y otras acciones similares, el general Augusto Pinochet, no ha sido debidamente sancionado, pese a las evidencias disponibles en los tribunales chilenos y en varios países.

Lo mismo se puede decir de los activistas anticastristas en Miami, que llevan treinta años dedicados a actividades terroristas, con apoyo del gobierno norteamericano y una impunidad legal amparada por la justicia norteamericana. Todos conocen el apoyo al IRA por parte de los católicos norteamericanos de origen irlandés, y el apoyo oficial del gobierno de Reagan a los contras de Nicaragua y a las dictaduras militares de toda la región. Y, peor aún, el apoyo de Reagan a los khmers rojos de Cambodia después de que éstos perpetraron los asesinatos en masa contra su pueblo. En Colombia, las FARC y el ELN son considerados como organizaciones terroristas, pero los grupos paramilitares de derecha, que ejercen una extrema violencia terrorista, aún siguen excluidos de la lista de organizaciones terroristas.

Esta conducta hace muy difícil derrotar al terrorismo en tanto práctica política generalizada en el mundo. Aun cuando sus acciones hayan causado los efectos ya conocidos en Nueva York y Washington, no se demuestra una voluntad radical y definitiva de descartar tales prácticas contra los adversarios del gobierno norteamericano.

La vida de los inocentes

La misma actitud ambigua queda en evidencia cuando se proclama la idea de que no importa la pérdida de vidas inocentes debido a las acciones militares en los países enemigos de Estados Unidos; esas muertes no fueron deseadas, sólo fueron calculadas, así que forman parte del costo inevitable de tales acciones.

Se hace necesario pasar a un nivel más alto de civilización. Ya no es posible seguir considerando como ilegítimo el terror enemigo y como legítimo el terror propio. La humanidad ha alcanzado una integración planetaria que ya no debe permitir esa duplicidad ética y moral. Hay que desarrollar una ética realmente universal de respeto a las diferencias, siempre que no se opongan al principio de la preservación y el desarrollo de la vida humana.

Las civilizaciones y las religiones nacidas en condiciones locales específicas se abren a un universalismo cuyo ejemplo fundamental en un ecumenismo cristiano que debe ser cultivado por todas las formas religiosas y de civilización. En este sentido, resulta sumamente positivo el llamamiento de Irán a un diálogo entre civilizaciones.

En este mismo contexto, se evidencia un peligroso intento de tratar de frenar uno de los más importantes avances de la civilización occidental: la libertad de prensa. Las medidas restrictivas para la divulgación de los eventos militares son presentadas como una forma de defensa de esta civilización. Lo mismo ha ocurrido con respecto a varios golpes militares para defender la democracia presuntamente amenazada por los enemigos de la Guerra fría.

Todo indica que Estados Unidos está perdiendo la guerra de la opinión pública, y ello se debe en buena parte a este intento de monitorear abiertamente los medios de comunicación, siendo que el mundo árabe tiene una estación de televisión respetada por todas las partes en conflicto, y que el resto del mundo mal puede aprobar el sacrificio de un país en aras de la captura de un jefe terrorista que nunca representó una clara amenaza para Estados Unidos o para el mundo.

También es obvio que el pánico generalizado ante el terrorismo, y la confusión que existe entre éste y la religión mahometana —confusión que se convierte en prejuicios desafortunados—, abre una brecha creciente entre los musulmanes y la civilización occidental. Brecha ampliada por el desprecio occidental hacia las religiones orientales en general, lo cual parece reforzar el espíritu fundamentalista del lado de acá, cuando tales visiones y comportamientos culturales van acompañados del poder de fuego del que dispone Estados Unidos y de la adhesión de casi todas las naciones occidentales, con acciones que desembocan en la muerte de cientos de miles de personas y millones de refugiados. En una época que genera millones de refugiados por todo el mundo, no hay que olvidar las consecuencias históricas de la creación de los refugiados palestinos...

¿Quién puede creer que estamos creando un ambiente adecuado para la paz mundial? Es absurdo pretender que se logrará una legitimidad ideológica y política en un mundo como éste. Y mientras más se identifiquen con la creación y la conservación de este mundo caótico e injusto, los medios de comunicación irán perdiendo su influencia.

En esta era de la información, las conquistas más caras de la reciente evolución de la humanidad están gravemente amenazadas a nivel global.

Efectos internacionales de la tragedia americana

Los trágicos acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 no modificaron sustancialmente el panorama económico mundial. En verdad, la previsión de los terribles acontecimientos de una tragedia no suele cambiar la actitud de sus protagonistas. La tragedia actual divide, en el plano militar, el gobierno de Estados Unidos entre los que buscan el consenso mundial para garantizar sus acciones de represalia (Colin Powell), y los que creen que Estados Unidos tiene derecho a actuar unilateralmente (Condoleezza Rice). Los demócratas buscan un consenso que limite al máximo la envergadura de las acciones armadas. Pero todos asumen actos de consecuencias imprevisibles.

En el plano económico, los conservadores quieren garantizar el control de los acontecimientos aplicando una política de contención de las variables económicas fundamentales. A mediados del año 2000, aseguraban el crecimiento económico norteamericano provocando el aumento de las tasas de interés para eliminar la inexistente «amenaza inflacionaria» y los «peligros» del pleno empleo.

Sin embargo, ante la amenaza de una recesión causada por esa insensata intervención que se incrementó debido a los efectos del ataque contra las Torres Gemelas y el Pentágono, los conservadores ya se vieron obligados a retroceder en su política de contención, y aceptaron la necesidad de bajar las tasas de interés, incluso antes de los atentados terroristas.

Con este objetivo, el presidente del FED, Alan Greenspan, ya estaba en Europa cuando se produjo el ataque terrorista. Iba en busca de un consenso para una baja común de las tasas de interés, a fin de evitar una fuga

de capitales de Estados Unidos. Lo cierto es que hay una contradicción importante entre los intereses que apoyan el aumento de las tasas de interés (que favorece el capital especulativo) y los que apoyan su reducción (que provoca la transferencia de capitales hacia las Bolsas, reforzando así el sistema empresarial y las inversiones productivas).

Sin embargo, en un momento tan dramático, nadie puede defender las medidas que profundizan la crisis. Los factores para la reanudación de las inversiones ganan dinamismo en una coyuntura como ésta. Por lo pronto, quedan liquidadas como objetivo económico las insanas pretensiones de Bush hijo de utilizar los excedentes presupuestarios para disminuir los impuestos y devolver poder adquisitivo a una población caracterizada por el exceso de consumo. Ante la gravedad de la crisis, el Congreso votó por el establecimiento de 70 billones de dólares (equivalente a la mitad de los excedentes presupuestarios) para medidas de salvamento, reconstrucción, y acción militar. Al mismo tiempo, los conservadores no perdieron la oportunidad de disponer de los fondos de previsión social de los funcionarios para financiar la intervención gubernamental frente a la crisis. Los gastos militares y los gastos de reconstrucción acabaron con el superávit fiscal norteamericano. Para 2003, el déficit fiscal ya era colosal, de aproximadamente 600 billones de dólares.

Pero todo esto va en la misma dirección que las medidas anticíclicas de inspiración keynesiana. Paul Krugman ya alertaba a sus lectores al respecto. Se abrían las puertas para las medidas favorables a la inversión y al aumento de los gastos públicos: reconstrucción urbana, gastos militares, apoyo al consumo. Pero, sobre todo, se imponía la disminución incondicional de las tasas de interés. Se sabe que en una coyuntura de recuperación económica, hay que avanzar incluso hacia las tasas de interés negativas, como forma de apropiación y transferencia de los excedentes financieros generados en los períodos de caída del crecimiento y de aumento de la especulación financiera, característicos de las fases depresivas de los ciclos largos.

También se sabe que el dólar es el refugio más importante de los activos mundiales. Todos los países tienen sus reservas en dólares, muchas empresas y muchas familias también. Una devaluación del dólar equivale a una desvaloración general de los activos mundiales. También favorece una transferencia creciente de los ahorros hacia el oro, las commodities, y las monedas competitivas, entre las cuales se destacan el euro o el yen, cada vez más revaluados, aunque de manera más fluctuante en el caso del yen.

Esta situación de devaluación del dólar favorece la reanudación de las exportaciones norteamericanas con miras a disminuir el terrible déficit comercial norteamericano, que llega también a más de 500 billones de dólares y abre camino para una reanudación del crecimiento económico con bases más sanas.

Se trata de una clara contradicción entre las funciones de la moneda dominante mundial (el dólar) como moneda o medio de intercambio y su función como fuente de atesoramiento, como forma preferencial de expresión de los activos mundiales. Esto se refleja fuertemente dentro de Estados Unidos, en los sectores interesados por el aumento de las exportaciones y por la competitividad del país como productor, y los sectores ligados a la especulación con el dólar como moneda sobrevaluada.

Sin embargo, en esta coyuntura, las demostraciones de poder militar no ayudan, pues significan más gastos de dólares en el exterior, a no ser que los aliados estén dispuestos a financiar la llamada «guerra antiterrorista», como hicieron en la guerra de Irak en 1989.

En la actual coyuntura de amenaza de recesión y restricción de liquidez, resulta poco probable que la solidaridad llegue hasta tanto. Entonces, parece claro que la crisis resultante de los lamentables hechos que ensangrentaron Nueva York y Washington acentuará las tendencias que ya se presentaban en la economía mundial. Se trata esencialmente de medidas que favorecen una recuperación de la economía mundial. Pero también está claro que Estados Unidos no resolverá fácilmente su déficit de la balanza de pagos, y en el horizonte se esbozan crecientes desequilibrios y nuevas crisis, cada vez más graves.

La reducción de las tasas de interés en Europa y Estados Unidos es todavía insuficiente, pero es una medida crucial para superar la crisis que resultó de un aumento artificial e injustificable de esas tasas. La reanudación del gasto público favoreció la demanda y las inversiones. La baja del dólar permitirá un mejor equilibrio de la balanza comercial norteamericana y provocará una masiva desvaloración de los activos financieros, de bienes inmuebles, de divisas y de reservas.

Esta desvaloración obrará también a favor de los activos productivos, de las empresas y del mercado accionario. O sea: una fuga hacia la actividad productiva, o una recuperación económica generalizada. No hay que confundirse con las dificultades enfrentadas por las Bolsas norteamericanas: reflejan la necesidad de eliminar las exageraciones protagonizadas por los ejecutivos de algunas de las principales empresas durante el auge financiero de 1994 a 2000.

Quiérase o no, el único camino posible es el de la recuperación económica y la reanudación del crecimiento. Esto parece ser la consecuencia más evidente de la tragedia del 11 de septiembre de 2001.

Civilización y barbarie

La tragedia del 11 de septiembre de 2001 estimula una reflexión profunda acerca del destino de la humanidad. No es la primera vez que un centro imperial o hegemónico se ve atacado desde su periferia y se siente humillado ante la demostración de su impotencia. Se sabe que los griegos, que dominaron gran parte del mundo a partir de las conquistas de Alejandro Magno, se convirtieron en esclavos de los romanos, un pequeño pueblo encerrado entre siete colinas. Se sabe también que el Imperio Romano se desmoronó bajo el impacto de la invasión de los bárbaros.

Se sabe que los orgullosos portugueses y españoles, al quedar bajo la dominación de Inglaterra, una isla inexpresiva y atrasada, cabeza de un imperio, se convirtieron en un ejemplo de atraso en Europa.

Nada más terrible que ver «ataques bárbaros» destruir los centros de cultura y saber de un imperio. Los nuevos poderosos transforman luego sus actos destructivos en victoria, y humillan a los pueblos derrotados. Pero la humanidad ha alcanzado un grado de desarrollo suficiente para no aceptar la destrucción como el camino adecuado para derrumbar un imperio. La condena a los actos de terrorismo demencial de las organizaciones que perpetraron los ataques a las Torres Gemelas y al edificio del Pentágono, fue general en el mundo.

Pero también es general el rechazo del mundo ante la pretensión del gobierno de Bush de erigirse en vengador divino contra el reino del mal, despreciando los mecanismos institucionales establecidos con gran dificultad en los últimos cincuenta años, gran parte de ellos con el patrocinio del gobierno norteamericano.

Es grave también constatar que los presuntos —pues, en los actuales momentos, no se dispone aún de una prueba definitiva acerca de los verdaderos organizadores del atentado— responsables de esta violencia bárbara fueron formados y entrenados, en un pasado reciente, por los organismos de inteligencia de Estados Unidos. Tanto Bin Laden como los talibanes sólo pudieron llegar al poder en Afganistán con el fuerte apoyo de la inteligencia norteamericana, que los entrenó y financió para luchar contra la ocupación soviética.

Así pues, es evidente que la inteligencia norteamericana tiene elementos para destruir o limitar drásticamente la acción de sus antiguos aliados. Pero también es obvio que el gobierno norteamericano está utilizando la amenaza terrorista como una excusa para aumentar la presencia militar en una zona de grandes intereses geopolíticos. No parece que quiera realmente enfrentar las redes terroristas que su país ayudó a implantar en el Medio Oriente.

También es evidente que los recursos para estas organizaciones terroristas fluyen por las redes del sistema financiero internacional, y no se han tomado medidas eficaces para bloquear las fuentes de financiamiento del terrorismo. Es muy grave ver que el gobierno norteamericano sigue apoyando grupos terroristas tan implacables como los grupos de exilados cubanos que sabotean aviones, destruyen plantaciones, utilizan las armas químicas contra Cuba, y han hecho más de 150 intentos, con la ayuda de la CIA y reconocidos por la propia CIA, de matar al presidente Fidel Castro.

Todo esto pinta un cuadro muy dramático para la paz mundial, amenazada por el ataque norteamericano a Irak, que ha desatado una guerra en todo el Medio Oriente, donde el Estado de Israel se ve cercado por una multiplicidad de frentes hasta hace pocos impensables. ¿Quién sabe hasta dónde podrá mantenerse esta situación?

Pero lo que es aún más grave es que la amenaza terrorista y esta forma irresponsable en que se maneja la situación mundial dejan a Estados Unidos y al mundo a merced de un fundamentalismo religioso que se alimenta de un odio creciente hacia el pueblo norteamericano y los valores más avanzados de la democracia.

La Guerra Fría se hacía contra una concepción diferente de la democracia, que era el socialismo. El fundamentalismo islámico pretende restaurar Estados religiosos, cuyo fundamento no está en la soberanía popular sino en la palabra de Dios y en la acción iluminada de sus representantes en la tierra. Durante años, Estados Unidos estimula esta concepción político-religiosa en el Medio Oriente, apoyándose en las monarquías de la región, contra el liberalismo y el socialismo árabes, o el panarabismo de Nasser y del Baath. Ahora, están recogiendo los frutos de todo lo que sembraron en la región: el cuestionamiento radical del fundamentalismo islámico que se opone a toda la base religiosa, institucional y filosófica del Occidente cristiano.

La fuerza de la tragedia parece estar rondando nuestro futuro: nuevas guerras, más radicalismo irracional, más terrorismo y otros métodos típicos del irracionalismo. El triunfo de las fuerzas de la pasión irracional de parte y parte. El intento desesperado de mantener una hegemonía declinante. La pérdida de toda legitimidad de esta hegemonía y del sistema institucional que la sustenta, inspirado en un conservadurismo radical y en el pensamiento único³.

La guerra y la democracia

Es innegable que los acontecimientos de alcance planetario ligados a la guerra norteamericana contra Irak tienen múltiples facetas. La acción unilateral norteamericana produjo un stress en todos los aspectos de la vida contemporánea: en lo económico, lo social, lo político, lo ideológico, lo ético. La vasta bibliografía que se esparce por toda la prensa refleja el enorme esfuerzo de los pensadores, de todos los campos, para comprender los acontecimientos y buscar vías de intervención sobre los hechos, pese al sentimiento de impotencia que produce el avance inexorable de las confrontaciones militares.

Pero, en este contexto, quizás el elemento nuevo y renovador más impresionante fue la amplitud de las manifestaciones populares contra la guerra, que no decayeron ante la aparente indiferencia de quienes detentan el poder mundial. En vez de sentirse frustrados, los militantes jóvenes y viejos multiplicaron su energía y su convicción en cuanto a la importancia de manifestarse. Un fenómeno de tal dimensión y profundidad debe tener razones muy profundas que lo expliquen. Quisiéramos intentar la formulación de una teoría sobre la coyuntura actual.

Se observa que estas impresionantes manifestaciones se han desarrollado en los últimos años en oposición a las reuniones de los organismos internacionales, lo que indica la existencia de un sentimiento que rebasa el acontecimiento específico de la guerra. Que estas manifestaciones se extienden por todo el planeta, aunque tienen su mayor expresión en los países centrales del sistema mundial. Que están asociadas a procesos de discusión, investigación y acción política cotidiana, lo cual supone un inmenso aparato institucional, el fenómeno nuevo de las diversas organizaciones no gubernamentales, incluyendo también los antiguos sectores sindicales y cooperativistas, las organizaciones y los partidos políticos, los grupos de intelectuales y militantes de los más diversos orígenes.

Se observa que este movimiento trató de encontrar un centro de expresión en el Foro de Porto Alegre (Río Grande del Sur, Brasil), pero esta búsqueda de coordinación no se agota con este foro, multiplicándose en varios foros locales y regionales. Que en los últimos años se han desarrollado procesos de rebelión armada de tipo distinto a las antiguas formas, sobre todo a partir del fenómeno del zapatismo en México.

Se observa que surgen nuevos movimientos étnicos de expresión continental, como el movimiento indígena latinoamericano asociado al fenómeno del zapatismo, a los antecedentes de la guerrilla guatemalteca y otras manifestaciones de expresión indígena, locales y regionales, como los casos recientes en Ecuador y Bolivia. Que existen movimientos de un nuevo tipo, como el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, y las varias formas de asociaciones masivas que se produjeron en Argentina a partir de la crisis terminal del gobierno de Fernando de La Rúa.

Se observa que estos vastos movimientos sociales desembocan en procesos electorales, sin que los gobiernos que generan asuman claramente todas las consecuencias de representar una rebeldía tan significativa, vacilando en sus políticas económicas, cediendo a las presiones de los organismos internacionales tan combatidos por estos mismos movimientos. Que crece la presencia de movimientos religiosos dentro y fuera de las jerarquías eclesiásticas, abarcando las más diversas religiones, las más diversas formas de articulación entre lo religioso y lo político; y esto es sólo un esbozo del fenómeno.

Se observa que con todos estos fenómenos sometidos al stress del gobierno demencial de Bush hijo, se empieza a configurar un proceso revolucionario cuya ideología, cuyos objetivos, son aún confusos pero esbozan claramente «otro mundo», consigna definida en Porto Alegre. Y que el gobierno de Bush es la coronación de una vasta ofensiva contrarevolucionaria iniciada con los gobiernos de Thatcher y Reagan en los años ochenta.

Los elementos de esta nueva ofensiva popular se articularon en torno a la lucha contra lo que se ha llamado neoliberalismo: doctrina de los ideólogos, los economistas, los políticos reunidos en Mont-Pèlerin desde fines de la Segunda Guerra Mundial, como ya hemos visto detalladamente al principio de este libro.

Lo que los unía era su oposición a las tesis, para entonces dominantes, que ponían en jaque el viejo liberalismo económico que había declinado con la crisis de 1929 y sus terribles consecuencias sociales y políticas. Esos ideólogos trataban de profundizar y radicalizar el enfoque liberal, haciendo la crítica del Estado de Bienestar, de la planificación económica social y, por supuesto, de las experiencias del socialismo soviético y sus áreas de influencia. Para esos ideólogos (disfrazados de diferentes profesiones, sobre todo de economistas, gracias a la influencia que ganaron con el premio Nobel de Economía que llegó a ser otorgado al jefe máximo de estos tecnócratas, Friedrich Hayek), había que retomar los fundamentos del liberalismo del siglo XVIII que reconocía, sin ningún pudor, la legitimidad del homo economicus como fundamento de la ética y de la vida pública.

Había que renovar la imagen del llamado libre comercio como una entidad metafísica capaz de asignar los recursos según la racionalidad más mezquina (entendida como el ajuste, económico y óptimo, de los medios a los fines). Estas cuestiones ya han sido bastante discutidas.

Un proyecto ideológico de esta dimensión exige un gran rigor científico. Pero se limitó a absorber doctrinarios como Milton Friedman, su monetarismo desacreditado por los hechos y por la crítica académica, así como muchos economistas que se calificaron de «nuevos clásicos», y que asaltaron las escuelas de economía de todo el mundo.

Estas palabras pueden sonar muy duras para muchos, pero así fueron tratados estos ideólogos hasta los años setenta, cuando el grupo de la Universidad de Chicago, donde se atrincheraron en la postguerra, fue llamado a poner en práctica sus ideas en el primer gobierno abiertamente fascista de la postguerra, el del general Pinochet en Chile. La crisis general del capitalismo, que se profundizó en los años setenta, facilitó el camino a la valoración artificial de la experiencia chilena.

El Chile post-Allende disfrutaba de ventajas excepcionales: durante los años sesenta y setenta, se había realizado la reforma agraria más radical, iniciada por la democracia cristiana y culminada radicalmente por la Unidad Popular, eliminando una oligarquía latifundista que no pudo recomponerse con el régimen militar fascista. Durante el gobierno de Allende, se nacionalizó el cobre con el voto unánime del Congreso chileno, y más de la mitad de los recursos cambiarios fueron puestos a la disposición del gobierno. Los avances educacionales de los períodos de Frei y Allende profundizaron una vocación histórica de Chile por la educación en sus más diversas manifestaciones.

La dictadura militar fascista no pudo detener las fuerzas sociales que habían impulsado esos cambios revolucionarios. Lo que sí logró fue reorientar estos avances hacia un capitalismo mezquino y utilitarista, transformando a Chile en una nación de individualistas, excluyendo dramáticamente a las clases más bajas que habían avanzado hacia el poder durante el gobierno de la Unidad Popular.

El caso chileno, pese a la crueldad de los datos sociales y las mediocres realizaciones económicas del gobierno militar —que cayó en 1986 a raíz de la terrible crisis económica que enfrentaba el país— fue presentado como modelo para el resto del mundo por Margaret Thatcher y los ideólogos que asesoraban a Reagan. Quedaba abierto el camino para que los «magos» de la estabilidad económica llegaran al poder en varios países, con el apoyo sistemático de los que más se beneficiaron con la política económica monetarista.

El FMI, otra trinchera del pensamiento monetarista, fue abriendo espacio a los ideólogos neoliberales. Varias universidades los incorporaron a sus departamentos a los que deseaban cooptar, ya que ellos manejaban toda una «teoría» económica, cuyas raíces trasnochadas (un retorno al siglo XVIII) obligaban a incorporar un conjunto de conocimientos cristalizados en los manuales que los nuevos economistas de los países del Tercer Mundo traían de las universidades norteamericanas, donde habían estudiado a costa de los limitados recursos de nuestros contribuyentes.

El espíritu crítico y las contribuciones del pensamiento social y económico latinoamericano fueron descartados para abrir camino a los «científicos exactos» que sustituyeron a los antiguos economistas que pretendían ser

«científicos sociales». La profesión de economista ya había sido tomada por asalto por ingenieros con postgrado en economía, que ignoraban totalmente que la economía es una ciencia social y significa la complejidad de los fenómenos históricos.

Una de las características más claras de esta ideología es considerar la ciencia como un descubrimiento de leyes generales, de las cuales se deducen las políticas económicas sociales. En esta arcaica visión positivista, no hay espacio alguno para la democracia. ¿Para qué consultar al pueblo y darle el poder del voto que define el tipo de gobierno que desea, si las políticas económicas son fenómenos técnicos que se deducen de las «teorías» económicas?

Ahí está uno de los nudos centrales que han generado el odio tan generalizado de los pueblos por el llamado «neoliberalismo» y por los organismos internacionales que lo representan. Se trata de la dictadura de unos técnicos al servicio de los poderes económicos que les abren los recursos privados, dando origen a una época de colosal corrupción pública y corporativa, como jamás se había conocido.

La forma más común asumida por este modelo de gestión estatal es lo que se ha llamado «golpe de Estado electoral». Permite la realización de elecciones relativamente limpias pero el que gane, cualquiera sea, tiene que aplicar las políticas económicas del FMI y de los organismos internacionales, nuevos y viejos. Casi siempre, los nuevos gobiernos se eligen en contra de estas políticas económicas, para luego adoptarlas al asumir el poder. Y, para colmo, el pueblo tiene que aguantar el escarnio de esos ideólogos y de sus publicistas, que siempre afirman que no hay otra opción sino la de aceptar esas políticas «científicas». Según ellos, las campañas electorales son el campo de la demagogia y el gobierno es el campo del «realismo».

Hemos demostrado en este libro que, en su esencia, esta tesis supuestamente científica se presenta como un plano coherente y «científicamente» deducido de un cuerpo teórico cerrado, pero es sólo una manifestación del más descarado oportunismo pragmático al servicio de intereses inconfesables.

La verdad es que las gentes perciben lo que está ocurriendo. Este tecnocratismo ha convertido los procesos electorales y la democracia en un espectáculo, en una farsa, para neutralizar a las gentes. Éste es un sentimiento sumamente fuerte en el momento actual, cuando amplias mayorías sociales se manifiestan contra la guerra de Irak y los políticos ignoran olímpicamente estas manifestaciones. Hay algo podrido en el reino de Dinamarca, decía el poeta británico; hay algo podrido en la democracia representativa contemporánea, dice el pueblo. Hay que encontrar una forma de democracia no sólo representativa sino también participativa, donde la voz del pueblo se imponga sobre los burócratas, los tecnócratas y sus patrones.

Estrategia e ideología del hegemonismo

En el plano militar y geopolítico, la política norteamericana del destino manifiesto alcanzó su total desarrollo y se convirtió en la justificación de un hegemonismo necesario e ilustrado. El presidente George W. Bush dio una serie de declaraciones que ha reunido bajo el título: La estrategia nacional de Estados Unidos.

Este documento es una manifestación impresionante de un nuevo fundamentalismo que amenaza gravemente el futuro de la humanidad, si se toma en cuenta el poder económico y militar manejado por quienes lo formulan. Más grave aún es constatar que estas ideas tienen un profundo arraigo social y van en el sentido de las propuestas del presidente norteamericano tras el atentado del 11 de septiembre de 2001.

La idea central de esta doctrina consiste seguramente en la identificación de Estados Unidos con los valores fundamentales salvadores de la humanidad, y que se encuentran en gran parte del documento, más específicamente en la siguiente afirmación:

“La estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos se basa en un internacionalismo americano diferente, que refleja la unión de nuestros valores y de nuestros intereses nacionales. El objetivo de esta estrategia es ayudar a crear un mundo no solo más justo sino también mejor. Nuestras metas en el camino del progreso son claras: libertad política y económica, relaciones pacíficas con los demás Estados, y respeto a la dignidad humana. Y este camino es americano pero está abierto a todos”⁴.

Entre estos valores universales, encarnados por Estados Unidos, están el libre comercio y la propiedad privada. Se establece así una relación perversa entre el mundo y Estados Unidos. Como esta nación es portadora de los ideales universales y sus empresarios son la punta de lanza, es lo mismo obstaculizar estos ideales o los intereses norteamericanos, que restringir los intereses de los representantes de la libre iniciativa, según el presidente Bush:

América debe defender firmemente las demandas de dignidad humana, que no son negociables: el imperio de la ley, los límites al poder absoluto del Estado, la libertad de expresión, la libertad laboral, la justicia equitativa, el respeto a la mujer, la tolerancia religiosa y étnica, el respeto a la propiedad privada.

Los lectores se darán cuenta de que estos principios son defendidos en una academia militar, como parte de la definición de una estrategia militar. Esto significa que si algún gobierno se rehúsa a implantar estos valores, es susceptible de una acción militar. Claro que estas declaraciones no pueden corresponder a la realidad. Se sabe que los principales aliados de Estados Unidos en el Medio Oriente, empezando por Arabia Saudita y Kuwait, no aceptan estos principios, ni son Estados laicos sino musulmanes, y tienen sus concepciones propias acerca del papel de la mujer, la noción de justicia, la propiedad privada, el poder del Estado, etcétera.

Podemos dar decenas de ejemplos similares en las más diversas regiones del mundo, y particularmente en América Latina.

¿Cómo colmar el abismo entre la peligrosa doctrina de fundamentar las acciones militares en principios éticos asociados a Estados y agentes económicos y la realidad basada en hechos totalmente opuestos a los principios invocados? El resultado es una disfunción moral y ética sumamente desintegradora. Estamos ante la ausencia total de principios para orientar las relaciones internacionales.

En este mismo discurso, el presidente Bush insiste en sus preocupaciones no sólo con respecto al terrorismo —que ha pasado a constituir un enemigo prioritario, que no puede justificarse con ningún motivo— sino también, y sobre todo, porque éste se articula probablemente con la alta tecnología. Según Bush:

“El punto más peligroso para la libertad se halla en la encrucijada entre el radicalismo y la tecnología. Cuando se da la difusión de las armas químicas, biológicas y nucleares, junto con la tecnología de la balística de misiles, hasta los Estados frágiles y los pequeños grupos pueden alcanzar un poder catastrófico para atacar a las grandes naciones. Nuestros enemigos han declarado tener esta intención, y han sido descubiertos buscando adquirir estas terribles armas. Quieren tener la capacidad de chantajearnos o de herirnos. Nos opondremos a ello con todo nuestro poder”⁶.

¿Cómo podemos creer en estas afirmaciones cuando el gobierno de Pakistán, fruto de un golpe militar y claramente contrario a los derechos humanos, dispone de la bomba nuclear y recibe ayuda militar de Estados Unidos, con lo cual se convierte en un socio privilegiado en Asia occidental y, a la vez, promueve claramente acciones terroristas en India sin ninguna restricción norteamericana seria?

También se sabe que, en territorio norteamericano, los más diversos grupos de terroristas tienen acceso a armas ultrasofisticadas, cuyo derecho a la libre venta es ardientemente defendido por el Partido Republicano, el partido del presidente Bush. Entre estos grupos, los grupos anticastristas que ejecutan acciones terroristas desde el territorio norteamericano, tienen un estatus especial, debido a sus vínculos con la inteligencia norteamericana. No es éste el lugar para enumerar las expresiones de estas contradicciones entre los principios enunciados y la práctica de la política internacional de Estados Unidos.

Una visión más pragmática y menos fundamentalista para orientar la geopolítica norteamericana resultaría más tranquilizadora para el resto del mundo. Por ejemplo, la afirmación del principio de tolerancia entre civilizaciones distintas podría sustituir el principio de autonomía de las naciones que Wilson puso en vigencia

lidades de pago.

en la Liga de Naciones, al final de la Primera Guerra Mundial. Esto podría justificar más abiertamente la complicidad con los enemigos de los derechos humanos y con Estados que tienen filosofías diferentes en varios aspectos.

Esto también haría más difícil que se justifique de modo inaceptable la defensa de intereses restringidos y locales en nombre de principios éticos universales. Y en vez de recurrir a falsos argumentos éticos y principistas, esto dejaría más claro, por ejemplo, el interés de llevar adelante una guerra contra Irak en el mayor centro petrolero del mundo.

Aunque con ello no cambiarían radicalmente las contradicciones entre los intereses de un poder hegemónico que busca defender sus condiciones de dominación, y los intereses del resto del mundo, en cambio permitiría una mayor transparencia en las relaciones internacionales. En este momento, se hace casi imposible el diálogo entre las naciones y la implantación de condiciones de paz y cooperación en el plano internacional.

NOTAS

1. El lector puede enterarse detalladamente de estos acontecimientos con el libro de John K. Cooley, *CIA and Jihad, 1950-2001. Contre l'URSS, une désastreuse alliance, Autrement-Frontières, París, 2002.*
2. Hay que recordar que Bin Laden inspiró el principal coprotagonista de la película *Rambo II*, abiertamente elogiado en toda la prensa mundial de los años ochenta.
3. Sobre este tema, el autor ha escrito varios artículos y capítulos de libros, entre los cuales:
 1. Antonio Carlos Peixoto, Carlos Eduardo Martins, Fernando Padovani, Ricardo Vieira Alves, Theotonio dos Santos: *Terrorismo: tragedia y razón*, Revan, Río de Janeiro, 2002.
 2. «Dossier del 11 de septiembre», número especial, *Comunicação & política*, vol. IX, nº. 1, nueva serie, Centro Brasileiro de Estudos Latino-Americanos-CEBELA, Río de Janeiro, enero-abril, 2002.
 3. «Tragedia y Razón», número especial, *Nueva Sociedad*, nº. 177, Caracas, enero/febrero 2002.
 4. «Diez meses después de la tragedia» I, *Monitor mercantil*, Río de Janeiro, 6, 7, 8 de julio de 2002.
 5. «Diez meses después de la tragedia» II, *Monitor mercantil*, Río de Janeiro, 13, 14, 15 de julio de 2002.
 6. «Diez meses después de la tragedia» III *Monitor mercantil*, Río de Janeiro, 20, 21, 22 de julio de 2002.
 7. «Diez meses después de la tragedia» IV *Monitor mercantil*, Río de Janeiro, 27, 28, 29 de julio de 2002.
 8. «Diez meses después de la tragedia» V *Monitor mercantil*, Río de Janeiro, 3, 4, 5 de agosto de 2002.
4. Afirmación del presidente Bush en su discurso del 1º de junio de 2002, en la Academia Militar de West Point.
5. Ídem.
6. Ídem.

VII DEMOCRATIZACIÓN, AJUSTE ESTRUCTURAL Y EL CONSENSO DE WASHINGTON

Los regímenes de seguridad nacional: Ola revolucionaria y el fascismo

Durante los años sesenta y setenta, los países en desarrollo, sobre todo América Latina, se vieron afectados por severos golpes de Estado, que establecieron un nuevo tipo de régimen militar de carácter institucional. Estos regímenes se basaron en la doctrina de seguridad nacional y en las tácticas de contrainsurgencia, ambos creados por escuelas militares y por algunos centros académicos norteamericanos.

La doctrina de seguridad nacional defendía la idea de que la confrontación entre democracia y comunismo no consistía sólo en una guerra frontal entre Estados sino también, y sobre todo, una lucha interna en cada país. Según esta doctrina, el comunismo aplicaba una estrategia de guerrilla y de guerra psicológica que amenazaba internamente la seguridad nacional de estos países, una situación que obligaría a cada ejército nacional a desarrollar una doctrina de seguridad nacional basada sobre todo en tácticas de contrainsurgencia.

La contrainsurgencia sólo exigía tácticas militares, basadas sobre todo en fuerzas armadas irregulares (marines y otros), pero postulaba también una intervención política en las comunidades con miras a establecer políticas de desarrollo que apuntaban a obtener apoyo político de las mismas. En caso de que las guerras de guerrilla y la guerra psicológica se desarrollaran en el ámbito nacional, las intervenciones deberían asumir la forma de intervención militar en el Estado nacional para adecuarlo a las necesidades de la seguridad nacional.

Éstos fueron los principios doctrinarios de la intervención militar en los años sesenta y setenta. Además de eso, los análisis sociopolíticos formulaban argumentos más sustanciales a favor de los regímenes militares. Algunos autores afirmaban que el desarrollo económico (Rostow, 1971) dependía del liderazgo de la clase media, como ocurrió en Europa y Estados Unidos. Al no existir este grupo social en los países subdesarrollados, las élites sociales lo sustituían una vez que entraban en contacto con las ideas y los conceptos modernos. Entre estas élites (intelectuales, estudiantes, empresarios, propietarios agrarios, etcétera), los militares representaban el grupo mejor preparado para orientar el programa de desarrollo, asumiendo el liderazgo de un Estado nacional moderno y eficiente. Esta doctrina incluía otros aspectos que no vamos a desarrollar aquí. Sin embargo, es importante llamar la atención sobre sus relaciones con el programa de ayuda externa del gobierno norteamericano, sobre todo la AID o Alianza para el Progreso. Este programa se vinculaba aún a un poderoso movimiento de inversión internacional directamente apoyado por las agencias gubernamentales, como el Eximbank, y también las agencias multilaterales como el Banco Mundial, el Banco Interamericano y el Fondo Monetario Internacional.

Estas acciones se vieron reforzadas por la diplomacia norteamericana, especialmente por la United States Information Services (USIS), por las operaciones de los servicios de inteligencia (sobre todo la CIA), y por movimientos político-civiles controlados por la CIA (Cuerpo de Paz, AFL-CIO, y otros). En el plano militar, desde 1947, la Doctrina de la Defensa Hemisférica propugnaba una estrategia militar común para defender a América de los «invasores externos» (principalmente los soviéticos, que pasaron a ser los «enemigos externos» después de la victoria contra el nazismo y la implantación de la Guerra Fría). En los años sesenta y setenta, la doctrina hemisférica se mezcló con la doctrina de seguridad nacional, creando la noción de «enemigo interno».

En consecuencia, se dio una fuerte articulación entre los conceptos de libre comercio, políticas económica liberales, apertura al capital internacional, economías orientadas a la exportación, ayuda externa, regímenes autoritarios, ideologías anticomunistas, administración tecnocrática y militar.

Este sofisticado aparato estatal, privado y social, actuó según una concepción estratégica común. Siendo así, es difícil aceptar la tesis de Huntington (1994) según la cual los regímenes militares representaban en aquella época una corriente espontánea. Al contrario, es posible analizar la existencia de tan sofisticado aparato institucional antiinsurgencia y antipopular como una respuesta a la importante corriente revolucionaria y democrática de esos países, la cual tuvo que enfrentar la oposición de Estados Unidos en alianza con las clases dominantes locales y las nuevas élites tecnocráticas.

¿A qué se debe el compromiso antidemocrático asumido por Estados Unidos en esos países? En Japón, y en algunas otras regiones como Corea del Sur y Taiwán, Estados Unidos apoyó la reforma agraria y otras medidas antimonopólicas y antioligárquicas. Buscaba neutralizar la expansión de las revoluciones china, vietnamita y coreana, así como la presencia de tropas soviéticas en la región. Pero, en América Latina y otras regiones, donde los intereses norteamericanos sociales y económicos eran relativamente escasos para penetrar sin una amenaza de revolución socialista, Estados Unidos optó siempre por la formación de una alianza con las oligarquías locales de la extracción minera o de la agroexportación. En algunos casos, las empresas norteamericanas fueron responsables directas de la exportación económica de la monocultura exportadora, como en Guatemala, Honduras, Cuba. En América Latina, la estrategia de la Unidad Hemisférica también significaba un apoyo importante a las oligarquías políticas locales.

Chile fue el único país latinoamericano donde el gobierno de Estados Unidos apoyó las políticas reformistas. En 1964, el líder demócratacristiano Eduardo Frei se opuso a la unidad comunista-socialista que apoyó en dos ocasiones a Salvador Allende (Allende sólo venció en su tercer intento de elección, en 1970, debido a la

insuficiente política reformista de la Democracia Cristiana, lo que atrajo hacia el campo popular una parte de los radicales y de los demócrata-cristianos). En todos los otros países de América Latina, líderes y movimientos populistas y reformistas se enfrentaron a la intervención norteamericana.

La política norteamericana obró en contra de Perón en Argentina (apoyando y promoviendo el golpe de Estado de 1955), de Getulio Vargas en Brasil (fomentando el movimiento por el impeachment que culminó con el suicidio del presidente Vargas en 1954), de la revolución en Bolivia encabezada por el MNR (en 1952, apoyando la reconstrucción de un ejército nacional que tomó el poder en 1961 mediante un golpe de Estado), de Jacobo Arbens en Guatemala (la invasión al país fue organizada por la CIA en 1954), de la Revolución Cubana en 1958-1959 (al principio, los liberales norteamericanos apoyaron el levantamiento castrista pero, después de la reforma agraria y la nacionalización de las compañías de petróleo, adoptaron la estrategia de la confrontación con el gobierno de Castro).

En los años sesenta, estas iniciativas diplomáticas y subversivas pasaron a una nueva etapa con el golpe de Estado en Brasil en 1964. Posteriormente, tras los acontecimientos de Brasil y Argentina, el general Onganía intentó un nuevo golpe en 1966. Después de una serie de avances y retrocesos, el ciclo autoritario argentino culminó con el golpe del general Videla en 1976. El ciclo autoritario latinoamericano prosiguió con los golpes en Bolivia en 1971, Uruguay y Chile en 1973. Cabe destacar que, a mediados de los años setenta, en América Latina sólo México, Venezuela y Colombia presentaban regímenes democráticos.

La reconstrucción liberal y la ola democrática

Es importante señalar que existía una lectura alternativa para la Doctrina de la Seguridad Nacional. Algunos ejércitos nacionales entendieron que la amenaza guerrillera era consecuencia de la injusticia social, de la sumisión nacional a los intereses externos y a la oligarquía política. Según esta óptica, la política de Seguridad nacional debe basarse en la reforma agraria, la nacionalización de compañías extranjeras que explotan el país, y las políticas de emancipación social. Fue el caso de la revolución peruana encabezada por el ejército en 1968. Esta concepción también fue asimilada por García Mesa en Ecuador, por el general Torres en Bolivia, por el general Torrijos en Panamá. En verdad, cada ejército latinoamericano tenía su facción militar inspirada en el nacionalismo del ejército peruano.

En África y en el Medio Oriente se dio una sucesión de golpes militares de carácter progresista, que fomentaron regímenes militares de inspiración «marxista-leninista», como en Etiopía, o regímenes de tipo «socialista-árabe» como el de Khadafi en Libia. En 1973, Huntington escribió un artículo sobre el peligro del nacionalismo militar, que oponía el Estado nacional a la internacionalización y las corporaciones multinacionales.

Al mismo tiempo, unos regímenes militares que inicialmente aplicaron políticas económicas liberales se reorientaban hacia la intervención estatal, la nacionalización y las políticas económicas antiliberales. A este período corresponden el cártel de la OPEP, la Carta de las Naciones Unidas para los Derechos Económicos, la coordinación de la oferta de productos agrícolas y materias primas por la UNCTAD, y otras políticas económicas intervencionistas que abogaban por un nuevo orden económico mundial. Por lo tanto, los regímenes militares no fueron totalmente ajenos a los efectos ideológicos y a las nuevas realidades creadas por la ola revolucionaria identificadas en ese período.

Estas nuevas realidades dieron origen a una profunda revisión estratégica, que desembocó en un gran viraje de 1973 con la crisis del petróleo y la derrota norteamericana en Vietnam. La Comisión Trilateral apareció entonces como el principal centro estratégico. La estrategia de la Trilateral se basaba en la idea de que los países del Sur se encontraban globalmente en rebelión contra el Norte, y era posible una alianza con los países socialistas del Este europeo. Para confrontar esta tendencia, había que unir el Norte (Estado Unidos, Europa y Japón, la Alianza Trilateral), dividir el Segundo Mundo (suscitando el conflicto entre China y la URSS) y la posible alianza entre el segundo y el Tercer Mundo, ofreciendo una entente con los países socialistas y una oposición especial a algunas economías subdesarrolladas, periféricas y dependientes en las instituciones internacionales. Finalmente, era necesario dividir el Tercer Mundo, aplicando políticas de presión, por una parte y, por otra, ofreciendo ayuda económica y préstamos (sobre todo utilizando el reciclaje de los petrodólares).

Las políticas de derechos humanos jugaron un papel especial en esta estrategia. Los gobiernos norteamericanos, desde la Administración Carter, iniciaron el apoyo a los movimientos democráticos contra las dictaduras militares fomentadas y apoyadas con anterioridad por Estados Unidos. En consecuencia, los regímenes dictatoriales se vieron obligados a aceptar una política de «abertura». La socialdemocracia europea se movió en la misma dirección con miras a generar una onda liberal en los países del Tercer Mundo. En los años ochenta, una vez culminada buena parte de los procesos de liberalización política, la ideología económica neoliberal, posteriormente expresada por el Consenso de Washington, unió los gobiernos norteamericano y británico en una perspectiva conservadora —con apoyo de la democracia cristiana e incluso de sectores de la socialdemocracia—, en el sentido de imponer políticas de ajuste estructural en los países subdesarrollados, ejecutadas bajo la dirección del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial.

En los años ochenta, quedó claro el efecto del proceso de «democratización» global conducido por los partidos liberales y conservadores, que instauraron un escenario completamente diferente. Esta ofensiva abarcó a los países socialistas que siguieron el mismo modelo desde 1985. En América Latina, África, Asia, Europa oriental y la Unión Soviética, la democracia se imponía desde arriba, como un rayo caído del cielo. Los gobiernos de China, Corea del Norte, Vietnam y Cuba han sido los únicos en mantener algunos principios básicos del sistema de partido único. No obstante, también iniciaron un proceso de cambios. En la segunda mitad de la década de los años noventa, se retomaron algunos elementos de la onda revolucionaria de los años sesenta y setenta. Es el caso del gobierno de Venezuela que ha instaurado una «democracia participativa» de inspiración bolivariana.

En la misma época, surgía el movimiento neo-zapatista en Chiapas, en México, y se ampliaba especialmente la acción armada y política de las guerrillas colombianas, especialmente las FARC.

No es cierto que estos cambios democráticos siempre se dan «de arriba hacia abajo». Sudáfrica, Brasil, Filipinas, Nicaragua, Rusia en parte, Polonia, y otros procesos de democratización contaron con un fuerte apoyo popular. Pero, en gran medida, se mantuvieron bajo la hegemonía fundamental de las fuerzas conservadoras que condujeron el proceso de liberalización en el plano internacional.

Los derechos humanos, la liberalización e, incluso, las estrategias de democratización tienen una importante relación con la oposición a los regímenes militares nacionalistas. El centro del sistema mundial reconoció que existía entre los militares una peligrosa tendencia al nacionalismo, lo que hacía difícil la conducción de los regímenes militaristas, nacionalistas o no.

En términos generales, las fuerzas conservadoras nacionalistas han mostrado en los países subdesarrollados una creciente y peligrosa tendencia a aceptar la globalización y los principios neoliberales. Los social-demócratas y los socialistas parecen adaptarse mejor que los partidos conservadores y los viejos nacionalismos a la integración global y liberal.

El dirigismo popular de Reagan y Thatcher también fue favorable a la globalización. De hecho, Estados Unidos y Gran Bretaña se posicionaron bien dentro del proceso de globalización, al menos en su fase inicial. De modo que en ambos países se pudo combinar un populismo de derecha y nacionalista con la globalización y el neoliberalismo. Sólo fue a mediados de los años ochenta cuando quedó claro que Japón y Alemania eran los países en mejores condiciones para explorar el proceso de globalización, transformando el auge de sus exportaciones en ventajas financieras y tecnológicas. En adelante, se hizo demasiado tarde para detener este proceso.

Así pues, en este período, el proceso de liberalización política y la transición democrática iban de la mano con las políticas económicas liberales.

Es importante resaltar que los años ochenta estuvieron marcadamente caracterizados por la «crisis de la deuda», que se originó en los sucesivos aumentos de las tasas de interés impuestos por Estados Unidos a principios de esa década. Las políticas de «ajuste económico» fueron impuestas por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, la banca privada, y por la presión de los gobiernos de los países industriales sobre los países deudores con la intención de obligarlos a pagar intereses absurdamente altos.

Estas políticas consistían, en los países dependientes deudores, en una combinación del incremento de las exportaciones apoyado en la devaluación cambiaria, con la disminución de las importaciones basada en la restricción del mercado interno, o sea: compresión salarial y restricción del crédito para el consumo. El superávit comercial obtenido con el «ajuste» sirvió, básicamente, para el pago de los altísimos intereses internacionales. En los años ochenta, América Latina consumió una inmensa parte de su superávit comercial sin ninguna recompensa, siquiera con la amortización del principal de la deuda externa. En consecuencia, los regímenes liberales se restablecieron, pero asociados a la depresión económica y la concentración de la renta.

La década de los años ochenta fue conocida como «la década perdida», debido al bajo crecimiento económico y la caída del producto bruto de la región. Al mismo tiempo, a medida que el monto de la deuda iba creciendo, se pagaron billones y billones de dólares en intereses.

Si se quiere analizar con cuidado el contexto global del reciente proceso de democratización, hay que ser muy escéptico en cuanto a su carácter «espontáneo». Por ende, hay que volver a criticar la idea de una onda democrática durante este período, según lo sugirió Huntington en 1994.

Al contrario, en este período es posible observar una disminución de las fuerzas democráticas y populares — con la multiplicación de los cambios liberales— que reforzaron las corrientes políticas y económicas conservadoras y hasta reaccionarias. En ese proceso, junto a las fuerzas conservadoras, una nueva derecha estaba creciendo con una clara estructura ideológica populista y profascista. La mayor expresión de esto fue la simpatía hacia el gobierno de Fujimori en Perú y el silencio de las democracias de la región ante sus acciones dictatoriales. El gobierno de Collor de Melo en Brasil también representó un claro populismo de derecha. En los años noventa, el fascismo empezó a participar en los gobiernos europeos, y en Estados Unidos las corrientes reaccionarias asumieron la hegemonía en el gobierno de G.W. Bush en el año 2000.

Entre 1960 y 1970, ante la onda revolucionaria, surgieron regímenes militares con estrategias de seguridad nacional. En reacción a la victoria de estos regímenes y al surgimiento del nacionalismo militar, desde el comienzo de los años setenta se fomentaron regímenes democráticos liberales y civiles bajo la dirección de fuerzas conservadoras. En los años ochenta, el éxito de estos regímenes favoreció la aplicación de políticas económicas salvajes de libre comercio que arruinaron empresas nacionales y locales, para beneficio de las corporaciones multi y transnacionales y hasta globales. Otros resultados fueron la concentración de la producción y de la renta, la centralización del capital, el desempleo y la exclusión social.

La transición democrática fue postergándose y empezó a ser asociada a la agitación social. Actualmente, los movimientos democráticos se ven obligados a reconstruir un movimiento en favor de la justicia social, del pleno empleo y de otra concepción del desarrollo, uno de cuyos aspectos básicos es el problema económico. La no intervención del Estado, el libre comercio y otros símbolos del neoliberalismo fueron convirtiéndose en blanco de la movilización social para defender la clase media contra el Estado, sus impuestos y otras exigencias «injustas». Sin embargo, el desempleo, la exclusión social, la violencia social y la agitación social están en el centro mismo de la vida política. El aumento de la exclusión en los países dependientes condujo hacia nuevos movimientos fundamentalistas, tal como el renacimiento musulmán. En este caso, una experiencia civil y religiosa es usada para unir a las fuerzas excluidas como forma de oposición a la globalización controlada por el establishment internacional, generando una contraofensiva de carácter más reaccionario que revolucionario. Pero es importante notar que el movimiento terrorista que terminó revirtiéndose contra Estados Unidos, sobre todo con el atentado a las Torres Gemelas y al Pentágono el 11 de septiembre de 2001, tuvo su origen en los movimientos de defensa de Afganistán contra la invasión soviética. La CIA y otros órganos de la inteligencia occidental jugaron un papel especial para el financiamiento, el entrenamiento y el apoyo por parte de los medios de comunicación a los mismos que se convirtieron posteriormente en sus principales enemigos.

En un primer momento (1960-1970), el establishment internacional opuso los regímenes militares a los movimientos sociales de reforma social; en una segunda fase (1980-1994), opuso el proceso de liberalización y democratización (asociado a la globalización) a los regímenes militares (acusados de estatistas y nacionalistas). ¿Cuándo vendrá el desengaño ante este tipo de democratización sin desarrollo social? ¿Cuál será la nueva política del establishment internacional?

¿El establishment internacional apoyará a la democracia contra la movilización fascista o populista de derecha? ¿Y si la democracia social establece una alianza con la autodeterminación nacional de los países periféricos, un compromiso con el multiculturalismo y con otras tendencias, en favor de un concepto de globalización de un tenor más pluralista? De cualquier forma, surgirá una nueva agenda política cuyos principales temas serán:

pleno empleo, reducción de la jornada laboral, planificación socioeconómica global, crecimiento de los movimientos sociales y participación en los gobiernos, mayor participación de las minorías étnicas y sociales en el poder estatal, preservación del ambiente a nivel local, regional y global.

¿Es compatible esta agenda con la concepción conservadora que intenta restringir el proceso de democratización? Las fuerzas autoritarias tecnocráticas fueron preservadas; y hasta aumentaron su influencia y poder que desarrollaron durante la transición democrática, con el apoyo de las clases dominantes. Estas formas autoritarias de administración estatal se combinan con políticas económicas neoliberales.

A pesar de las proposiciones teóricas y de sus principios ideológicos y doctrinarios, los gobiernos neoliberales son profundamente intervencionistas, imponiendo superávits o déficits externos, altas tasas de interés, crecimiento y mantenimiento del déficit público, sobre todo el norteamericano, etcétera. La coherencia con los principios liberales sólo es visible en los recortes del gasto público en el Estado de Bienestar Social (Welfare State). El abismo entre el Estado y los varios grupos de excluidos sociales está creciendo a nivel nacional e internacional. No parece entonces posible una evolución pacífica de la situación si no se da un importante cambio de políticas.

Todos los temas analizados demuestran que distamos muchos de haber llegado al Fin de la Historia, y que estamos construyendo una nueva y absolutamente singular civilización planetaria, que será una nueva síntesis de todo lo que la humanidad ya ha construido. El actual proceso de democratización debe entenderse como el comienzo de un nuevo ciclo de contradicciones económicas, sociales y políticas. Sociedades locales, Estados nacionales, estructuras civiles, se mezclarán en un contexto de transición hacia una nueva civilización planetaria, en la cual las actuales relaciones de mercado están imprimiendo una caótica realidad social e internacional. La nueva civilización creará la base de una nueva experiencia ideológica internacional. En este sentido, hay que prepararse para las nuevas tendencias, ideas y problemas.

Globalización, regionalización y políticas económicas en América Latina

Las rápidas y profundas transformaciones de la economía mundial y de las políticas internacionales originaron un nuevo fenómeno planetario, producido a escala global aunque se lleve a cabo en un contexto regional, nacional y local.

Este proceso de globalización se apoya en la revolución científico-técnica iniciada en los años cuarenta, que cambió radicalmente la relación entre la ciencia, la tecnología y el proceso productivo subordinando la producción a la tecnología y la tecnología a la ciencia. Esta revolución alteró profundamente las escalas de producción (que actualmente ya son regionales y planetarias en varias áreas), y tuvo varios efectos: modificó el proceso de producción, implantando la automatización por medio de la robótica y la informática; incrementó potencialmente los períodos de descanso; disminuyó la jornada de trabajo; amplió el papel de servicios y actividades relacionadas con el conocimiento, la planificación y el diseño de los productos, que se hicieron más flexibles y se integraron a los sistemas automatizados.

Además, la revolución científico-técnica ha creado nuevos sectores, industrias y actividades económicas; ha transformado la relación entre los sectores económicos, produciendo la Tercera Revolución Industrial; ha integrado el planeta en un proceso instantáneo de comunicación; ha reducido las distancias entre varias regiones del globo. Y también ha roto el equilibrio ecológico tradicional, amenazando la supervivencia de la humanidad con el holocausto nuclear, el efecto invernadero, la destrucción de la capa de ozono, la degradación de los océanos, el aumento de la desertificación, y otros procesos ecológicos planetarios. En este contexto de rápidas transformaciones, las regiones del mundo que no han participado en el surgimiento de la producción y de la circulación industrial y postindustrial se quedan cada vez más distanciadas de los centros de poder mundial; se ensancha el abismo entre los productores de tecnología y conocimiento y los productores de productos primarios, y hasta los productores de manufacturas tradicionales. Las barreras en el acceso al desarrollo aumentan para los países de economías y finanzas más endeble, mientras la competencia entre los más poderosos monopoliza la lucha por la permanencia en estas condiciones de cambios constantes.

Las regiones más atrasadas en el campo tecnológico han percibido se quedan aprisionadas en un doble movimiento perverso. Por una parte, la multiplicación de tecnologías y sistemas productivos eliminó lo que quedaba de la economía de subsistencia (campesina, tribal, artesanal, trueque, etcétera), empujando a gran parte de la población hacia las regiones urbanas. Por otra parte, la ausencia de una dinámica global de desarrollo (es decir: una industrialización equilibrada, la producción de nuevas tecnologías, una dinámica educacional moderna, integrada a las culturas locales, la generación de empleos en los servicios creados y generalizados por la revolución científico-técnica, etcétera) no permite la inserción de estas poblaciones en el sistema productivo moderno que va imponiéndose en esos países. El resultado suele ser una explosión de las ciudades que no cuentan con una buena infraestructura socio-económica, el predominio de los fenómenos de marginación urbana, y el crecimiento del fenómeno de la miseria socioeconómica urbana (reconocida por el ILO, el PNUD, y otros organismos internacionales dedicados al estudio del problema).

América Latina (particularmente Brasil) y el Caribe se vieron sometidos a esta dinámica en el preciso momento en que trataban de implementar una nueva fase de desarrollo industrial. En los años ochenta, el volumen de la deuda externa de ambas regiones se alteró severamente debido al aumento de las tasas de interés y la consecuente suspensión de nuevos préstamos, causando una retracción en las fuentes financieras para el pago del servicio de la deuda, en la entrega de los intereses de las compañías multinacionales y de las inversiones externas de los capitalistas locales. El efecto de esa situación fue la exportación masiva del excedente económico producido en la región.

Todo esto provocó el desajuste de los mercados financieros locales, deteriorando las finanzas públicas y las políticas monetarias, colocando estos países en una situación inflacionaria anual de tres dígitos, próxima a la hiperinflación. El esfuerzo de ajuste estructural impuesto por las autoridades y las potencias financieras internacionales (especialmente por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional) tuvo enormes costos sociales. Para asegurar el pago de los servicios de la deuda, fue necesario crear un superávit comercial. Por una parte, se obtuvo este superávit gracias a generosos subsidios otorgados por los Estados nacionales a fin de expandir las exportaciones. Y, por otra, las inestables inversiones internas se vieron comprimidas por una alta tasa de interés, y los salarios se redujeron drásticamente. En consecuencia, la demanda interna cayó y las importaciones fueron limitándose. En estas circunstancias, hubo una reducción de las inversiones internas y externas que afectó severamente las tasas de desarrollo económico, causando una distribución negativa de la renta y profundizando la terrible realidad de la pobreza en América Latina y el Caribe (ver el siguiente esquema I).

Así, en los años ochenta, nuestra integración subordinada y dependiente de la economía mundial se incrementó al incrementarse nuestra dependencia de las exportaciones —aunque se trate cada vez más de exportaciones industriales—, a la vez que excluyó amplios sectores del proceso productivo, ampliando la marginación socioeconómica y reforzando la economía informal. En comparación con el período histórico previo (en el cual las economías de subsistencia se ampliaron debido a la recesión, convirtiéndose en una reserva de trabajo), en los días actuales, marcados por una fuerte mercantilización de toda la producción, se observa una disminución drástica de las tradicionales economías de subsistencia, y la creación de un nuevo tipo de marginación (reforzado por el aumento de la criminalidad y del enriquecimiento mediante actividades ilegales, tales como tráfico de drogas, contrabando, prostitución, secuestros, asaltos urbanos cada vez más organizados), que apenas se atenúa gracias a una economía informal que, a pesar de ser glorificada por las organizaciones internacionales, linda con la criminalidad, la marginalidad y las actividades ilegales descritas anteriormente.

Las tasas internacionales de interés cayeron en los años noventa, con lo cual se aliviaron las presiones por el pago de la deuda externa, cosa que se reflejó también en varias negociaciones que desembocaron en

acuerdos conciliatorios. Las políticas de ajuste, en consecuencia, asumieron una señal opuesta. La necesidad de equilibrar la balanza de pago norteamericana, amenazada por un amplio déficit comercial, impuso a los países dependientes la implantación de políticas de déficit comercial. La nueva política económica consistió en la revaluación de las monedas locales (por medio del famoso anclaje cambiario), en el aumento indiscriminado de las tasas de interés de la deuda pública, y en la venta del patrimonio público proceso conocido como «privatización» de la economía. En consecuencia, las exportaciones cayeron, las tasas de crecimiento disminuyeron y las importaciones aumentaron, produciendo déficits comerciales, compensados con la entrada de capital de corto plazo, en busca de intereses altos y de una especulación financiera derivada de los favorables indicadores macroeconómicos de corto plazo. Esta política fue aplicada sin restricciones hasta la crisis de México en diciembre de 1994, pero todavía no ha sido totalmente descartada (ver esquema II).

Ante este escenario, se plantea muy claramente una pregunta: ¿hasta qué punto es posible y conveniente continuar un proceso de la globalización de la economía mundial que causa una situación inmediata tan inestable y negativa? Pero, ¿sería posible o conveniente detenerlo? Y si se interrumpe, ¿no generará una crisis peor y más grave? ¿Existen formas alternativas a la evolución del proceso de globalización y a la inserción de los países en desarrollo (especialmente de América y del Caribe) en proceso?

ESQUEMA I. AJUSTE ESTRUCTURAL

ESQUEMA II. CONSENSO DE WASHINGTON POSTCRISIS DE LA DEUDA

Un programa de estudios

Actualmente, los mejores estudiosos en el hemisferio Sur concentran su atención sobre estos temas. Pero hay que entender que las respuestas dependen cada vez más de un correcto análisis de las tendencias globales descritas anteriormente. En este sentido, existe una gran área de investigación y enseñanza para desarrollarla en conjunto con la intelligentsia del Norte. Es entonces necesario desplegar un amplio esfuerzo común para:

1. Establecer bases conceptuales que permitan describir el proceso de globalización en sus dimensiones:
 - a) Tecno-productiva
 - b) Político-estratégica
 - c) Cultural: hábitos y costumbres
2. Determinar cuáles son las tendencias de la evolución de la economía mundial en la actualidad, basándose en las siguientes hipótesis:
 - a) La revolución científico-técnica ha aumentado las escalas de producción hasta una proporción planetaria; ha unido la producción a la ciencia, incluso a la ciencia pura y la frontera científica; ha diversificado los mercados, la calidad y la oferta de productos; y está íntimamente vinculada a la acumulación de capital y a un desarrollo económico cuya sustentabilidad se pone en tela de juicio.
 - b) La acción de las ondas largas (Ciclos de Kondratiev) está llegando al final de su curva negativa en la economía mundial, que comenzó en 1967 y alcanzó su punto más bajo en 1993. Un nuevo período de crecimiento económico de largo plazo se ha iniciado a partir de 1994. En este nuevo período de incremento positivo, las economías nacionales serán capaces de asimilar un gran número de innovaciones científicas y tecnológicas preparadas durante el largo período de recesión. Además, durante la recesión de los años ochenta, se inició una rápida incorporación de nuevas tecnologías productivas, cuando la robótica y la producción flexible tuvieron una enorme aplicación en la producción y los servicios.
 - c) Según lo registrado en la teoría de las ondas largas, habrá un nuevo período de crecimiento relativamente estable por un largo tiempo. Sin embargo, el inicio de la nueva onda viene asociado a un gran problema de desempleo estructural, con secuencia del enorme avance de la automatización del proceso productivo y de varias actividades de servicio. Las principales cuestiones de este período serán: período de descanso laboral, disminución de la jornada laboral (horas de trabajo diario), aumento del tiempo libre, cambio en el sistema de monitoreo de los niveles micro y macroeconómicos cada vez más globalizados, reestructuración del universo de las empresas, de las instituciones y de la administración pública ante el aumento de la exclusión social, de la violencia criminal, del consumo de drogas, de la degradación ambiental y otras manifestaciones de la exclusión creciente y del desarrollo desigual de la renta, de los desajustes básicos, de las contradicciones esenciales que deben ser solucionadas como consecuencia de esta nueva era histórica.
 - d) Las tendencias de monopolización y oligopolización de los mercados locales, nacionales, regionales y globales, se cruzan con la formación de bloques regionales, el aumento del comercio interempresas, la

creciente cooperación entre las corporaciones multinacionales y la formación de redes y mecanismos de administración sustentados por la informatización radical.

e) La gobernabilidad de estas nuevas realidades a nivel global, regional y nacional, conducirá a una reestructuración institucional y organizacional internacional, afectando particularmente a la ONU y a las organizaciones internacionales, y desembocando en una reconstrucción de las políticas económicas e industriales globales.

f) La definición de un proyecto global de desarrollo sustentable debe ser capaz de garantizar la preservación y mejoría del medio ambiente, y de asegurar la eliminación de la pobreza y la miseria en un período de tiempo históricamente definido.

3. Incrementar la capacidad del sistema internacional de investigación y, particularmente, de las instituciones de países menos desarrollados de América Latina, del Caribe, de África y de Asia:

a) Para diagnosticar esta situación global y sus intereses propios.

b) Para aumentar la capacidad de las élites políticas, económicas, empresariales, académicas, tecnológicas y militares, para percibir los cambios globales y las relaciones de sus regiones con el planeta y con otras regiones del mundo.

c) Para determinar y establecer políticas de integración regional y de desarrollo sustentable, capaces de superar los actuales límites económico sociales mediante una política coherente y disciplinada que les permita colocarse en un nivel civilizacional compatible con la revolución científico-técnica.

NOTAS SOBRE AMÉRICA LATINA Y LA GLOBALIZACIÓN DESARROLLO E INTEGRACIÓN

América Latina ha vivido en los últimos veinte años un largo proceso de desestructuración de sus esfuerzos para alcanzar cierto nivel de industrialización iniciado en los años treinta. Prisionera de una división internacional del trabajo deparada por su condición de exportadora de materias primas y productos agrícolas, esta región del mundo quedó dominada por las oligarquías exportadoras que se habían formado en el bando de los yankees durante la guerra civil norteamericana, a mediados del siglo XIX.

Arrastramos hasta hoy los efectos negativos de una estructura agraria latifundista que sobrevivió a 200 años de revolución agrícola en el mundo, implicando una distribución de los ingresos profundamente desigual y el

mantenimiento de relaciones de producción con fuertes elementos de sobreexplotación de la fuerza de trabajo (trabajo intensivo y extensivo, bajas formas de remuneración del trabajo, baja productividad, ausencia de educación pública básica, etcétera).

La explicación de esta persistencia reside en su funcionalidad para el sistema económico mundial: ha sido la forma más barata de abastecer a los países hegemónicos muy centrales, cuya demanda rige el comercio mundial.

Claro que esta funcionalidad era y es cada vez más relativa, ya que estas ventajas relativas producen una economía internacional limitada en su dinamismo por la ausencia de demanda en las zonas periféricas.

Se producía así un intercambio desigual entre los países centrales y las zonas periféricas. Cuando estos países lograron avanzar en sus objetivos nacionales, a partir de la crisis de 1914-1918, cuando se inició un largo período de estancamiento del crecimiento de la economía mundial, los nuevos sectores medios urbanos se vieron profundamente comprometidos con las estructuras oligárquicas exportadoras que le dieron origen, surgidas en los centros portuarios, vinculadas a Estados nacionales sometidos al control de las viejas oligarquías.

Para complicar este cuadro, en algunos países las actividades exportadoras estaban en manos de capitales externos, que se articulaban mucho más con las economías centrales que con las locales. En los años veinte, se desarrolló en Estados Unidos una amplia literatura sobre las plantations y los trusts internacionales, que evidenció la naturaleza reaccionaria de estos sistemas, al mismo tiempo que destacaba su funcionalidad para los intereses económicos de los centros coloniales o semicoloniales, como Estados Unidos.

La onda democratizadora y nacionalista que se expandió en los años veinte y treinta, en la estela dejada por la revolución mexicana, buscaba un cambio sustancial en las condiciones socioeconómicas de la región.

Un nuevo pensamiento social apuntaba a la necesidad de orientar la producción para los mercados internos, de industrializarse o modernizarse, para lo cual se requería un fuerte desarrollo democrático que diera a las masas urbanas y rurales un papel protagónico en el manejo del Estado.

El populismo fue el método que encontró un sector de las clases dominantes para generar un movimiento de aproximación entre las fuerzas modernizadoras (asociadas a las tareas de industrialización, urbanización y democratización) de las clases dominantes y las fuerzas sociales emergentes, obreras y agrícolas.

La ideología nacional-democrática coronó este proceso planteando la necesidad de asociar los intereses de la nación con el proceso de desarrollo económico y ascensión social de estas nuevas masas, con la ampliación

de los sistemas de representación y la abertura del poder a las clases medias urbanas, sobre todo a sus élites militar, profesional y empresarial.

Entre los años treinta y sesenta, se desarrolló en torno a estas definiciones estratégicas (tomando siempre en consideración sus variantes locales) una corriente de transformaciones económicas, sociales y políticas, que permitió un efectivo proceso de industrialización, urbanización y modernización de la región.

No obstante, este desarrollo dirigido hacia adentro, es decir, hacia el mercado interno, se topaba con graves limitaciones. Se apoyaba en la sustitución de importaciones (antes dirigidas al consumo de las clases medias) por productos locales, protegidos gracias a las dificultades de importación generadas por la crisis mundial del capitalismo, o gracias a una tardía política proteccionista, impuesta con mucha dificultad a las oligarquías exportadoras y a las clases medias altas, que estaban acostumbradas al consumo ilimitado de productos extranjeros.

En realidad, las clases que emergieron con la industrialización se revelaron endebles ante al sector exportador, del que dependían para importar las maquinarias y la tecnología mediante las cuales se implantaba el nuevo parque industrial de la región.

Al mismo tiempo, estos sectores modernizadores agachaban la cabeza ante el capital internacional que dominaba, en sus líneas gruesas, la tecnología y el poder financiero internacional, las técnicas de gerencia y, sobre todo, los mercados internacionalizados a través de métodos monopólicos y oligopólicos, como los trusts y los carteles.

El capital internacional, incluyendo el norteamericano, que se había formado a contracorriente de las oligarquías exportadoras del Sur de Estados Unidos, se aliaba históricamente con las burguesías exportadoras, apoyando a los latifundistas, a los comerciantes, y a todo tipo de aventureros políticos al servicio de estos intereses.

Cuando se inició el proceso de industrialización, todos estos sectores se le opusieron pero, poco a poco, fueron descubriendo las oportunidades que ofrecían estas actividades dirigidas a mercados internos ya interesantes, aunque insuficientes para una expansión similar a la de los países de origen.

Este cambio de actitud llevó a la creación de modernas empresas multinacionales que, contrariamente a los trusts anteriores, invertían en las industrias y se dirigían al control interno de la región.

Sin embargo, esta nueva política se topaba con la limitación histórica de las viejas estructuras exportadoras. El restringido mercado interno exigía reformas agrarias radicales. Pero la dependencia con respecto al mercado

externo no negaba la voluntad reformista de las nuevas clases dominantes. Éstas no creían necesario confrontarse seriamente con un sector exportador que les garantizaba las divisas necesarias para importar los medios de producción de la industria naciente.

Este compromiso restringía gravemente las posibilidades de proseguir con el proceso de industrialización. Sin embargo, el capital internacional encontraba una salida para este impasse: la exportación de productos industriales basados en cierta elaboración de las exportaciones tradicionales, en la producción de parte de los productos acabados que exigen mano de obra más barata y otras decisiones administrativas dentro de las estrategias de las empresas multinacionales.

Consideramos este nuevo paradigma de desarrollo —que se configuró hasta el final de los años sesenta— como el modelo de dependencia secundaria exportadora¹. El carácter dependiente de este método de industrialización indicaba que estaba asociado a un creciente déficit en los servicios, sobre todo en las remesas de intereses pagados en royalties, servicios técnicos, fletes y otros costos asociados y dependientes del desarrollo. A estas tendencias económicas, hay que agregar el fracaso de las élites políticas locales. Élites profesionales y antiguos empresarios fueron sustituidos, progresivamente, por un grupo de tecnócratas sin ninguna capacidad de formulación teórica propia. Esta gente preparó el camino para la sumisión del pensamiento latinoamericano a las concepciones neoliberales, cuyo bajo nivel teórico no encontraba pretexto en las formas intelectuales que trataron de sustentar un proyecto de desarrollo nacional-democrático.

Sin embargo, el desatino neoliberal encontró apoyo en las nuevas camadas de intermediarios generadas por el enorme sector financiero que surgió y se expandió con el aumento de la deuda externa y su pago compulsivo; con lo cual se desembocó en las políticas que se sustentaban en el concepto de ajuste estructural impuesto por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial en los años ochenta.

Confiando en la perspectiva de que una mayor integración en el sistema internacional consumiría definitivamente la entrega de nuestras economías al capital financiero internacional, estas mentes tecnocráticas, ayudadas por una elaboración ideológica que planteaba la imposibilidad de superar la condición de dependencia, se incorporaron de lleno al Consenso de Washington durante los años noventa y se dedicaron, con mayor o menor capacidad técnica, a desmontar el proceso histórico emancipador de la región.

Quisiera concluir esta parte citando a uno de estos agentes: el entonces canciller brasileño que, en 1999, en Washington, se dedicó a lamentar en términos dramáticos la ingenuidad del proyecto. Ingenuidad, sí. Porque se empieza a descubrir que, con el tiempo, al entregar la base de poder local, se va perdiendo el poder de negociación. Se empieza a descubrir que se ha entregado mucho. Es el caso de Brasil, sobre todo desde la

década de los años noventa, cuando sectores de centro y de derecha se aliaron para consumir este modelo entreguista, pero sin conseguir grandes mejoras en sus exportaciones, ni una contraparte significativa para la reanudación del crecimiento.

Esto es lo que nos contaba el entonces canciller brasileño en cuanto a las dificultades de consolidar el MERCOSUR mientras avanza el proyecto norteamericano de un libre comercio de las Américas, o sea, el ALCA:

Existe un fuerte sentimiento en Brasil de que, tras una década de reformas de mercado, esas medidas fueron entendidas como una concesión unilateral sin que haya habido (por parte de Estados Unidos) una reciprocidad de igual intensidad en la remoción de las barreras.

Y seguía diciendo el ministro Luiz Felipe Lampreia, lamentándose ante el subsecretario de comercio norteamericano:

Sabemos que, a pesar de los esfuerzos que hizo Brasil en el sentido de abrir su economía en los últimos diez años, las industrias brasileñas resultan dos o tres veces menos productivas que las de Estados Unidos. Si se vieran obligadas a competir sin un sistema especial, quedarían destruidas.

Semejante acto de sinceridad no ha tenido su consecuencia lógica, a saber: la inmediata destitución de los equipos que condujeron sus países a tales desatinos, y el abandono radical de una teoría o doctrina económica tan equivocada. A lo más que llegó Brasil en aquel momento fue a expresar la intención de adoptar principios más flexibles dentro del MERCOSUR; por ejemplo, el acuerdo firmado en 1999 con Argentina sobre la industria automotriz; al mismo tiempo, Brasil trató de ampliar el acuerdo regional hacia una alianza suramericana que incluyera a los demás países suramericanos, lo que resulta muy deseable.

Todo esto se inició sin abandonar la política de altos intereses y de contención del crecimiento característica del pensamiento conservador, que afortunadamente fue derrotada en Estados Unidos durante el gobierno de Clinton; pero posteriormente se volvió a implantar con el gobierno de George W. Bush. Sin embargo, puede decirse que estos enfoques arcaicos y reaccionarios van camino de ser derrotados en Europa y Japón. Ya se impuso un costo desastroso al pueblo brasileño con las políticas de sobrevaluación cambiaria, que los técnicos de Fernando Henrique Cardoso abandonaron rápidamente sin mayor autocritica. Desde 1999, se abandonan poco a poco los delirios de libre comercio, y se busca aplicar las políticas industriales anteriormente despreciadas, al haber sido consideradas como elementos económicos del pasado. Estas políticas empezaron a dar resultados en 2002, produciendo un significativo superávit comercial.

¿Pero hasta dónde nos llevarán las improvisadas políticas que va improvisando una «élite» invertebrada, sin pensamiento y sin patria?

Bolivar y Monroe, ¿Una vez más?

Siguiendo la línea de ampliación de la integración regional señalada más arriba, en septiembre de 2000 el gobierno brasileño convocó una reunión de todos los presidentes sudamericanos, que tuvo lugar en Brasilia. El objetivo era crear una Alianza de América del Sur que buscara repetir, en un contexto geográfico ampliado, los éxitos logrados por el MERCOSUR.

A pesar de las dificultades por las que pasa el MERCOSUR desde la devaluación de la moneda brasileña en 1999, dificultades debidas en gran parte a la manera improvisada en que se realizó esta devaluación, su éxito rotundo convenció incluso a la burocracia diplomática brasileña, y ha despertado el interés de los gobiernos del Pacto Andino, de Chile y de Ecuador.

En realidad, la formación de una federación de Estados sudamericanos sigue siendo una tarea pendiente, emprendida por Bolívar para, entre otras cosas, detener la entonces incipiente hegemonía norteamericana en la región. Esta tarea quedó inconclusa, en parte por la resistencia de sectores de la oligarquía local, en parte por la política inglesa, y luego la norteamericana, de dividir la región para poder dominarla. Lo mismo se hizo con los Balcanes, lo que dio origen a una expresión idiomática: la balcanización.

En el caso de Brasil, la sumisión de la Corona portuguesa a los objetivos ingleses había permitido mantener la unidad de este país continental. Unidad cultivada por todas las fuerzas políticas del imperio brasileño, pese a algunos brotes republicanos radicales en el Sur de Brasil, que planteaban el separatismo.

El Brasil imperial y, posteriormente, republicano, hegemonizado por sus viejas oligarquías, tenía interés en la balcanización de la América hispana, y nunca fue un aliado importante en la definición de una unidad latinoamericana, o siquiera sudamericana. Los republicanos, al oponerse al dominio inglés, se aliaron a Estados Unidos y se hicieron los campeones de un panamericanismo que facilitó enormemente los objetivos imperialistas norteamericanos.

Sólo los gobiernos populistas de Getulio Vargas, de Perón, de Lázaro Cárdenas, y otros liderazgos apoyados en una clase industrial o media emergente y en las nuevas masas de trabajadores urbanos generadas por la industrialización y la urbanización de los años treinta, pudieron vislumbrar una América Latina unida, la que estaba en los sueños de Simón Bolívar, de José Martí y de Eugenio María Hostos.

¿Por qué será que este sueño bolivariano, siempre atenuado por las oligarquías, todavía encuentra un fuerte apoyo en los sectores populares?

Porque los pueblos latinoamericanos se sienten identificados cultural e ideológicamente, hasta tal punto que los gobiernos populares de la región, desde la Cuba de Fidel Castro hasta el Chile de Salvador Allende, se dejaron impactar fuertemente por la idea de una unidad continental.

Incluso el Brasil de João Goulart se dejó enamorar por este sueño, y la Asamblea Constituyente democrática brasileña de 1988 consideró a América Latina como una región prioritaria de la política exterior y la cooperación brasileñas.

Fue en el gobierno de José Sarney cuando se dieron los primeros pasos para crear el MERCOSUR, bajo la inspiración del entonces ministro de la Cultura, Celso Furtado. Se trataba de romper uno de los puntos centrales de la balcanización latinoamericana: la doctrina estratégica de confrontación entre Argentina y Brasil.

La expansión de las relaciones comerciales entre estos dos países resultó tener un potencial sumamente fuerte y, en pocos años, un comercio hasta entonces inexistente pasó a ser muy importante para ambos. Es necesario subrayar esto, recordando que en el mismo período crecía el comercio entre los países del Sureste asiático y Japón, y se consolidaba la unificación europea, revelando una tendencia planetaria que no cabe discutir en este momento.

El inesperado éxito del MERCOSUR para amplios sectores de la oligarquía y la burocracia brasileñas puso a la orden del día los nuevos temas subcontinentales que habían sido ignorados hasta entonces. El más importante de estos temas está relacionado con la región amazónica y, en particular, las relaciones entre Brasil y Venezuela.

Se acepte o no, la región amazónica es objeto de una codicia internacional cada vez más intensa a medida que su biodiversidad se convierte en un riqueza clave para este siglo dominado por la ingeniería genética y por la biogenética. Si los países de la cuenca amazónica no se muestran capaces de explotarla económicamente, si no crean mecanismos para la investigación de su potencial energético y mineral, y de su biodiversidad, serán desplazados de su dominio.

Así pues, se requiere una unidad efectiva de los Estados amazónicos para instaurar en la región los mecanismos de una nueva corriente civilizatoria. Al respecto, la responsabilidad de Brasil es indudablemente fundamental. Al mismo tiempo, para que Brasil pueda expandir su comercio exterior limitado al Atlántico, cuando el Pacífico está convirtiéndose en la región oceánica fundamental, la salida al Pacífico a través de la Amazonia se impone

como condición. Pero, en este contexto, existe otro tema de gran interés: Brasil siempre ha sido un país dependiente de sus exportaciones petroleras. Se ha visto obligado por Estados Unidos a comprar el petróleo del Medio Oriente a pesar de tener como vecino a un gran productor como Venezuela. Esto se debe al principio estratégico de que, para la potencia mundial, el petróleo de Venezuela forma parte de su economía interna. Así se define también el petróleo mexicano, y todo el camino estratégico del Atlántico al Pacífico por Centroamérica y el Caribe, donde existen también importantes yacimientos petroleros.

Esto ha significado para Brasil un límite estratégico al que, en general, nuestras oligarquías se han sometido. Pero el fin de las hostilidades entre Brasil y Argentina liberó las fuerzas armadas brasileñas para concentrar tropas en la zona amazónica, y esta dimensión de la política exterior brasileña llama cada vez más la atención. Asimismo, del lado venezolano se ha desarrollado una creciente conciencia acerca de la importancia de una política amazónica.

La cuestión se hizo cada vez más compleja cuando se descubrió un enorme campo petrolero en el lado brasileño de la región amazónica, lo que representó un espectacular vuelco geopolítico, ya que el presidente Fernando Henrique Cardoso deseaba iniciar su exploración en su gobierno, como última tabla de salvación para recuperar su prestigio político. Así, la cuestión del petróleo amazónico está planteando a Brasil la necesidad de integrar el club de la OPEP.

No sin razón, el gobierno norteamericano se ve obligado a desplegar una especial cautela en sus relaciones con Brasil y el MERCOSUR. Tal como lo definió Arturo Valenzuela, principal asesor de la Casa Blanca para asuntos hemisféricos durante el gobierno de Clinton, «el gobierno norteamericano considera que la convocatoria de una cumbre sudamericana, por parte del presidente Fernando Henrique Cardoso, confirma una confianza creciente de la región en su destino común. La iniciativa del presidente brasileño estimula la convergencia política y la integración económica con el MERCOSUR, metas que Estados Unidos comparte con la demás repúblicas del hemisferio». Según él, Estados Unidos no tenía intención de oponerse a esta iniciativa. En esta entrevista publicada por el Jornal do Brasil (17 de mayo de 2005), reconoció que la diplomacia latinoamericana ha ganado, desde Contadora y el Grupo de Río, una creciente densidad; venimos llamando la atención al respecto desde 1989, cuando anunciábamos la inevitable afirmación de la integración de la región².

La actitud del gobierno de Clinton ante el MERCOSUR fue parcialmente mantenida por el gobierno de G. W. Bush. No se puede decir claramente que las fuerzas políticas que están actualmente en el gobierno norteamericano hayan librado a Brasil de desarrollar una política de liderazgo continental que habrá de extenderse en un futuro hasta África y parte del Medio Oriente, regiones en las cuales Estados Unidos

encuentra fuertes dificultades culturales para transitar. Pero ocurre que las oligarquías brasileñas se han convertido en burguesías de tipo «compradoras», es decir, en meras intermediarias para las operaciones internacionales del capital financiero y comercial.

Para una clase dominante que ha quedado dominada y sometida, se hace muy difícil desempeñar un papel activo en una política exterior, aun cuando disponga de una burocracia estatal con gran tradición diplomática. Pero siempre ha sido característica de esta diplomacia brasileña mantenerse en los límites de una acción moderada. Para poder pasar a una política agresiva y creadora, tendría que asociar muy claramente la política exterior brasileña a un proyecto nacional de gran audacia política, una de las expectativas del gobierno de Lula, que ha incorporado al poder sectores sociales excluidos de la administración durante años.

Todo esto fue imposible para el gobierno de Fernando Henrique Cardoso, nacido de una alianza con la derecha más rancia del país, y que se hizo cada vez más conservadora, distanciándose cada vez más de las bases populares, de la intelectualidad y hasta de los cuadros militares más reconocidos, cuyo nacionalismo ya los había apartó de ese gobierno.

Se dio entonces una situación contradictoria de un gobierno sumiso y dependiente, pero siempre empujado por el propio centro del poder mundial para tomar posiciones más activas. Pese a haber moderado el impulso para una alianza sudamericana, la diplomacia brasileña ha seguido haciendo convocatorias en esa misma dirección. Sin duda, Europa vería con buenos ojos un Brasil más activo en su política exterior, sobre todo en su política integracionista. Lo que queda de la clase empresarial en el país consideraría tal política como una tabla de salvación. También está la expectativa de Rusia, China y, ciertamente, Sudáfrica, países sumamente interesados en la consolidación de MERCOSUR. Aún mayor es la expectativa de los países andinos, sin ninguna perspectiva efectiva de desarrollo si no encuentran un mercado importante en el que puedan apoyarse.

Pero tales expectativas dependen de una política agresiva de redistribución de la renta, de reforma agraria, de crecimiento económico y pleno empleo en Brasil. Nada de esto se dio en las políticas del gobierno de Fernando Henrique Cardoso, dominado por un grupo de técnicos colonizados, enfrentados incluso con la derecha brasileña en cuanto al aumento del salario mínimo en Brasil, incapaces de resolver la fuerte crisis fiscal que habían generado en el país. Entre 1994 y 2002, incrementaron la deuda interna (respaldada en dólares) de 54 billones de reales a 850 billones. Y pese a esta orgía fiscal, fueron saludados por la burocracia financiera internacional, desde el Fondo Monetario Internacional hasta el Banco Mundial, como un modelo de «disciplina fiscal»! Ante estos hechos cada vez más apremiantes, el gobierno brasileño se vio obligado a tomar ciertas iniciativas para sustentar los cambios en la política continental. Improvisadamente, en vísperas del primer Encuentro de la futura alianza suramericana, encargó al Banco Interamericano la tarea de presentar

un programa de desarrollo para la región. Pero este programa no ha sido dado a conocer a la nación en su forma concreta, nadie sabe si el gobierno lo tenía realmente listo, o si lo aplicó en algún nivel.

No obstante, a pesar de todas las improvisaciones, de todas las restricciones ideológicas —y hasta racistas— por parte de una diplomacia al servicio de un Brasil blanco y occidentalista, los hechos obligan a avanzar hacia una alianza sudamericana en el futuro de América Latina, y hasta de una alianza atlántica.

Es interesante señalar que las clases dominantes de Estados Unidos y su intelectualidad miran con mayor lucidez el rumbo que va tomando la historia, y corren a colocarse en la dirección correcta, mientras que nuestras oligarquías se quedan trabadas en su debilidad y dependencia.

¿Serán capaces las fuerzas populares de la región de asumir esas responsabilidades estratégicas, y lograr los acuerdos y pactos necesarios para impulsar y hacer viable esa integración regional que nuestras clases dominantes tanto vacilan en llevar a cabo?

Efectos diplomáticos más generales

Estamos ante una mutación de la vida diplomática en América. Por una parte, el gobierno norteamericano toma decisiones cada vez más firmes para reforzar el NAFTA, consolidar la iniciativa del Caribe y establecer el ALCA como la consolidación del edificio integracionista panamericano.

Por otra parte, el MERCOSUR, pese a su crisis, se afirma como principio ordenador de la integración económica en el sur del continente, teniendo a Brasil como líder indiscutible. El MERCOSUR podría convertirse en el germen de una alianza sudamericana que abarcará el Bloque Andino y el Pacto Amazónica.

A pesar de las claras improvisaciones similares a las que dieron origen al MERCOSUR, no se puede exigir a una región maltratada por veinte años de estancamiento un proyecto de integración verdaderamente planificado. Además, en el continente existen referencias ideológicas neoliberales que insisten en otorgar al mercado el papel de gestor de los recursos y planificador de la convivencia humana.

Sin embargo, con toda la improvisación del caso, no se puede olvidar que la unidad sudamericana se halla en la esencia misma de la tradición bolivariana que resurge en nuestros días como referencia doctrinaria, particularmente con la experiencia política que está en curso en Venezuela. Hoy, el ideal integracionista incorpora a Brasil, que históricamente estuvo de espaldas al continente, primero bajo la influencia de los intereses geopolíticos ingleses y, luego, de los intereses norteamericanos.

Pero son muchas las preguntas que se plantean ante este nuevo cuadro geopolítico. ¿Cómo fue posible que unos gobiernos que jamás se habían reunido a nivel presidencial pudieran, de repente, superar el veto que les impedía asociarse?

Se sabe que el principio del panamericanismo se oponía intransigentemente a las fórmulas subregionales, como la de América Latina, hoy ya consagrada. Sobre todo después de que la Europa unificada apoyó a Portugal y España para que se reuniera la cumbre iberoamericana, tan mal recibida por Estados Unidos.

La geopolítica norteamericana inspiró también el boicot de Augusto Pinochet al Bloque Andino, llevándolo casi a la inacción. El MERCOSUR se formó igualmente sin las simpatías norteamericanas, con lo que se quedó restringido a un proyecto de zona de libre comercio, siendo que existían propuestas y acciones avanzadas en el sentido de una cooperación social, económica, tecnológica y cultural que nunca fueron suficientemente desarrolladas.

Hoy en día, el gobierno norteamericano acepta la existencia de iniciativas subregionales que empiezan a ser vistas como etapas dirigidas hacia la Asociación de Libre Comercio de las Américas (ALCA), con la que coronaría sus esfuerzos. En este sentido, el gobierno de Clinton reeditó la tesis de Kissinger, que atribuía a Brasil un papel de líder regional o de socio preferencial. Claro que este liderazgo está después de las relaciones prioritarias con México, país vecino ya estratégicamente integrado a través del NAFTA. El gobierno de Bush parece dudar en mantener esta línea, pero no la rechaza totalmente, incluso dentro de la perspectiva del gobierno de centroizquierda presidido por Lula.

Lo que pasa es que las cosas no son tan simples. Después del golpe de Estado de 1964, Ruy Mauro Marini y yo debatimos muy detalladamente su innovadora tesis que atribuía a ese golpe el inicio de un complejo proceso histórico que él llamó subimperialismo. Lo que nos enfrentaba eran las contradicciones inherentes a ese proceso que parecía inexorable.

En este sentido, el propio general Golberi do Couto e Silva había enunciado las bases de un acuerdo geopolítico en el que Estados Unidos aceptaba un papel principal para Brasil en Sudamérica y en el Atlántico Sur, incluyendo a África.

Lo que pasa también es que las clases dominantes brasileñas se convertían cada vez más en socias menores del capital internacional, perdiendo así su capacidad de liderar un proceso de tal dimensión.

Ya los años setenta habían puesto en evidencia estas dificultades. En una etapa de crecimiento económico, los militares en el poder tendieron a confrontarse con el liderazgo norteamericano, llegando a elaborar una doctrina que consideraba a Estados Unidos como el principal obstáculo para que Brasil se convirtiera en una gran potencia.

Era natural que las clases dominantes brasileñas terminaran apartándose del proyecto militarista y buscaran nuevas condiciones de negociación en un contexto liberal democrático.

Entretanto, el proceso de sumisión al capital internacional se profundizó y se orientó hacia una total o casi total identificación con los intereses del capital financiero internacional, cuyas altísimas comisiones y ofertas de talk over parecían garantizar un mundo de fácil enriquecimiento.

En una declaración hecha en esa época, el presidente de la Federación de Industrias de Río de Janeiro hizo una grave denuncia contra los industriales que, en vez de resistir, habían entregado sus empresas para dedicarse a sus vidas privadas.

En ese nuevo contexto, ¿quién estaba dispuesto a sustentar un proyecto geopolítico de liderazgo regional del país, aún contando con un relativo respaldo de Estados Unidos?

Hay que considerar algunos factores importantes. El principal fue la presencia de Europa y una creciente influencia del capital español y portugués en la región. Esto significa la presencia de nuevos componentes ideológicos como el Opus Dei y otras corrientes del viejo fascismo ibérico.

Se conoce, por ejemplo, el papel de la Telefónica española en el apoyo a Fujimori en Perú y a diversos proyectos en la región.

¿Cuál fue la relación de esos proyectos con la posición del gobierno brasileño que se había mostrado tan abiertamente favorable a Fujimori?

¿Fue mera coincidencia el hecho de que en esa misma época se otorgara el premio Príncipe de Asturias de la Cooperación al presidente Fernando Henrique Cardoso? ¿Por qué se enfrentó Fernando Henrique Cardoso a las corrientes socialdemócratas que siempre lo habían apoyado pese a dirigir un gobierno de centroderecha en Brasil? ¿Por qué se enfrentó con los demás gobiernos del Grupo de los Ocho (tal vez con excepción de Japón) en el que tanto aspiraba a incorporarse? O, más grave aún, ¿por qué rompió con las posiciones de los partidos de la Tercera Vía al apoyar al dictador peruano?

Todo esto encontrará respuestas parciales en los próximos pasos de la alianza sudamericana, que parece convertirse en instrumento de unos intereses políticos cada vez más complejos, tales como la defensa de las reelecciones sucesivas, el apoyo a los regímenes autoritarios, el mantenimiento de bajos salarios, del trabajo infantil y del trabajo esclavizado, así como la desatención al medio ambiente.

Así pues, en el horizonte se configura una unión reaccionaria en defensa del mantenimiento de la región en una situación de atraso, en nombre de la soberanía nacional. Gobiernos absolutamente displicentes en la defensa del capital nacional, de las propiedades públicas, del derecho a establecer políticas económicas frente a las cartas de intención del FMI, de la defensa de las culturas nacionales, etcétera, se convierten repentinamente en campeones de la soberanía nacional cuando son detenidos líderes fascistas como Pinochet, cuando se cuestionan procesos electorales viciados, como la reelección de Fujimori, y hasta cuando se exige la aplicación de los recursos del Banco Mundial y del Banco Interamericano de Desarrollo en las políticas sociales, o cuando se impone una condicionalidad social a través del Fondo Monetario Internacional.

Estamos, pues, navegando en aguas turbulentas, en zonas de inseguridad. No es posible creer que los pueblos de la región vayan a aceptar que su ideal integracionista se mezcle con ambiciones reeleccionistas, regímenes autoritarios e intereses reaccionarios. Cuando se da apoyo a dictadores y ex dictadores con los más variados pretextos, se oscurece el horizonte para los cambios democráticos en la región. El golpe de Estado intentado con el abierto apoyo de Estados Unidos contra el presidente Hugo Chávez, elegido en Venezuela, demostró la debilidad de nuestro ambiente democrático. Cuando banderas tan importantes como la soberanía nacional sirven para mantener regímenes autoritarios, o regímenes laborales completamente superados, o para proteger la violación de derechos humanos, el panorama ideológico se torna muy confuso.

Todo indica que la oligarquía reaccionaria que nos impidió desarrollarnos y situarnos entre las naciones civilizadas, ahora pretende bloquear la integración regional, la democratización, y nuestra integración progresista con las sociedades avanzadas contemporáneas.

La crisis argentina y las políticas neoliberales

Cuando analizamos la actual crisis argentina, nos situamos en el meollo del proceso de globalización. Si hubo un país que creyó en las virtudes de la adhesión total a la globalización, fue Argentina, sobre todo a partir de la operación Menem, o sea, del rompimiento del frente nacional peronista, que permitió debilitar cualquier resistencia a la globalización.

Es interesante destacar que se llevaron a cabo operaciones similares en los núcleos duros del movimiento nacional democrático latinoamericano. En México, Salinas de Gortari apartó totalmente al Partido Revolucionario Institucional (PRI) de sus tradiciones revolucionarias. Hasta trató de reescribir la historia enseñada en las escuelas, a fin de revalorizar a Porfirio Díaz en detrimento de la revolución mexicana. Preparó a conciencia el pueblo mexicano para una dolorosa autodestrucción que le permitiera aceptar naturalmente su integración subordinada y pasiva en el NAFTA.

Las glorias de la política exterior independiente de México quedaron enterradas en nombre de las ventajas de un comercio externo más dinámico. El PRI fue vaciado de todo contenido nacional y popular para abrir camino a una victoria del Partido de Acción Nacional (PAN), cuyo conservadurismo político y liberalismo económico terminó confundido con un desarrollo democrático antidictatorial.

En Chile, correspondió al Partido Socialista de Salvador Allende dar continuidad al modelo económico neoliberal iniciado por Pinochet, su verdugo.

En Venezuela, cuando la socialdemocracia expresada en el partido Acción Democrática (AD) se adhirió al neoliberalismo, provocó el «caracazo», insurgencia popular contra las políticas impuestas por el FMI, lo cual dio origen a la rebelión militar de la que surgió el liderazgo de Hugo Chávez, a quien cupo, diez años después, derrumbar todo el sistema institucional venezolano. En aquella circunstancia, el Movimiento Al Socialismo (MAS) se unió a los socialcristianos para asumir la responsabilidad de dar continuidad al modelo neoliberal.

En Perú, Alberto Fujimori, el candidato contrario al FMI, que hizo retroceder a la Izquierda Unida, que terminó por apoyarla contra los conservadores unidos en torno a Vargas Llosa, fue el destructor de la institucionalidad peruana nacida del agotamiento de la revolución comandada por Velasco Alvarado.

En Brasil, después de la experiencia de un novato como Collor de Melo, fue necesario recurrir a un cuadro de la nueva socialdemocracia, una división del Movimiento Democrático Brasileño, para consolidar una política neoliberal consistente a través de una alianza con la derecha brasileña más tradicional. Los dos gobiernos de Fernando Henrique Cardoso cristalizaron esta reversión política en torno a un programa político neoliberal.

Estas consideraciones resultan absolutamente necesarias cuando se mira la actual situación argentina, pues lo más dramático de la realidad de ese país no es tanto la gravedad de su crisis económica, que podría ser superada con un gobierno fuerte, arraigado en la conciencia nacional democrática. La cuestión más grave es la desmoralización de este movimiento nacional democrático, que ha llegado a contagiar a todo un liderazgo político y a la mayor parte de la clase trabajadora argentina, al no contar con un sustituto debidamente constituido. El fracaso del radicalismo liberal asociado a facciones de la izquierda, completa este vacío ideológico y político.

Cuando vemos una potencia económica como Argentina perder toda confianza en su capacidad de organizar su economía a favor de la mayoría de su población, lo que queda claro es que se trata de un asunto básicamente político e ideológico. Esto resulta aún más evidente cuando un país como éste, exportador sumamente dinámico, con una cultura industrial bastante avanzada, con un potencial de innovación tecnológica sumamente positivo, se ve afectado por un grave problema cambiario y un espectacular endeudamiento internacional y nacional.

A pesar de las justificaciones ideológicas inspiradas en un pensamiento neoliberal totalmente arcaico y alejado de la realidad, no hay ninguna razón económica para que una economía como ésta se vea en una situación tan negativa. La única explicación para esta situación es la acción nefasta de una élite tecnocrática y política al servicio de intereses económicos contrarios a las necesidades de la población. Esta élite ajustó la política económica de manera de facilitar la salida masiva de capitales, haciendo inviables las nuevas inversiones internas, dedicadas al desarrollo industrial y tecnológico que depende de audaces decisiones estatales, confiando en la capacidad de autorrealización del pueblo argentino.

Claro que esta opción exige un esfuerzo político para integrar Argentina a MERCOSUR y al continente sudamericano, el cual podría constituirse en un mercado importante para asegurar su viabilidad. Es evidente que propuestas como éstas no tienen ningún significado para un pensamiento económico neoliberal que esté volcado exclusivamente a la generación de un equilibrio macroeconómico a fin de atender las exigencias inmediatas del mercado.

En este tipo de enfoque, no se entiende que la formación de los mercados es el resultado de las acciones políticas, de los cambios históricos, de la creación de marcos institucionales nuevos, de la invención e innovación en el plano socioeconómico, de la distribución de los ingresos, y de las posiciones ideológicas.

Estas consideraciones resultan particularmente importantes en estos históricos momentos de transición que vivimos. La creación de ciertos marcos institucionales permitiría modificar dramáticamente la situación económica de estos países.

México, por ejemplo, pudo aumentar sus exportaciones de 43 billones de dólares en 1995 a 180 billones en 2001, al integrarse al NAFTA y adoptar la flexibilidad cambiaria. Pero lo cierto es que, al haber adoptado industrias de montaje (maquilas) como base principal de estas exportaciones, no ha logrado impedir un similar crecimiento de sus importaciones.

Hay que destacar los cambios en China, donde se adoptaron ciertas decisiones institucionales que la han transformado en una potencia económica mundial. Y más significativos serán, en los próximos años, los cambios que van a ocurrir cuando China se convierta en una potencia financiera.

Igualmente, es de esperar un cambio sumamente significativo en Argentina, con su clara opción por un desarrollo más orientado hacia Sudamérica, lo cual se verá favorecido, ciertamente, por una visión más clara en esa misma dirección por parte de Brasil. El drama actual de Argentina señala claramente la necesidad de buscar nuevos marcos institucionales. El modelo neoliberal ha entrado definitivamente en crisis en la región.

Se trata de abrir las mentes de la gente ante los muchos proyectos importantes que existen, y que son técnicamente viables. Una vez que las decisiones políticas se hayan tomado, surgirán los recursos necesarios para llevarlas a la práctica. Es falsa la idea de que América Latina es una región con baja disponibilidad económica. Esta región exporta sus economías ya sea en forma de inversiones de los residentes en el exterior, ya sea en forma de pago de intereses, remesas de ganancias, pago de fletes y servicios técnicos, gastos excesivos en el exterior, y otras actitudes que reflejan sobre todo la ausencia de políticas públicas que sean más coherentes con los intereses de las economías nacionales y las poblaciones mayoritarias.

Argentina tenía una ventaja en comparación con al resto de Latinoamérica, gracias a su alta inversión en educación, lo que le permitió disponer de una mano de obra calificada, de un desarrollo tecnológico y científico importante, de una conciencia política bien articulada.

Pero todas estas ventajas quedan neutralizadas cuando se adoptan principios de política económica contrarios a los intereses del país.

Ciertamente, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial ejercieron un poder ideológico profundo sobre la conciencia de las élites latinoamericanas.

Es verdad que las comisiones dejadas por los préstamos internacionales y los procesos de privatización, ciertas facilidades para la expansión del contrabando de armas, el narcotráfico y otras actividades ilegales, junto con los altos salarios pagados por esos organismos internacionales, así como las más diversas formas de corrupción vinculadas al libre comercio, forman un caldo de cultivo muy importante para esas «desviaciones» ideológicas.

No es ninguna casualidad que Salinas de Gortari tuviera que salir huyendo de México, que Fujimori viva una situación parecida, que Menem y Cavallo hayan estado a punto de ser encarcelados en Argentina, que Collor de Melo haya sido enjuiciado y políticamente inhabilitado, que Noriega esté encarcelado en Estados Unidos, que Carlos Andrés Pérez haya sido enjuiciado y condenado en Venezuela.

Existe una íntima imbricación entre las políticas neoliberales y la corrupción. La corrupción de las mentes y la corrupción ética y moral van tomadas de la mano.

La crisis llega a América Latina

Los gobiernos latinoamericanos suelen poner la «crisis mundial» como justificación de las dificultades generadas por sus políticas económicas. De ahí la necesidad de definir la naturaleza de la crisis que se inició en Asia en 1997 y se expandió por todo el planeta.

Según nuestro punto de vista, aquella crisis fue una extensión y un desdoblamiento de la quiebra y la disipación de la onda de expansión financiera generada en 1973 (con los petrodólares) y retroalimentada en 1979 (con el aumento de la tasa de interés en Estados Unidos y el agigantamiento de la deuda pública norteamericana en los años ochenta).

Esta quiebra se inició en octubre de 1987, cuando se produjo la más grave crisis financiera desde 1929. Grave, por su profundidad (pérdida de 1 billón de dólares diarios en la economía mundial, devaluación del dólar en 40 por ciento) y por su extensión a todo el planeta. La caída del índice Nikkei de las bolsas japonesas cayó a la mitad y no se ha recuperado.

La intervención de los bancos centrales de Japón y de Alemania para contener la caída del dólar resultó eficaz sólo por corto tiempo. Durante los dos años siguientes, el gobierno republicano de Estados Unidos empezó a comprender que no era posible mantener la política económica de Reagan. Abandonó entonces el modelo basado en el dólar sobrevaluado, el déficit comercial, los altos intereses pagados por el Estado, el creciente endeudamiento público, la captación de capitales provenientes del resto del mundo.

A partir de entonces, con la ayuda del Consenso de Washington, se implantó un modelo contrario en la política económica norteamericana: devaluación de la moneda, recuperación del déficit comercial, tasa de interés en fuerte caída, disminución de la necesidad de captar capitales del exterior, condonación parcial de las deudas externas del Tercer Mundo (Plan Brady).

Evidentemente, para establecer esta política en Estados Unidos, se necesitaban políticas opuestas en el resto del mundo: revaluación de las monedas competidoras de todos los países, reversión de los superávits comerciales de esos países, déficits o, por lo menos, disminución de esos superávits.

Tales políticas económicas, fiscales y financieras eran a la vez interdependientes y concomitantes. Había que obligar a las demás naciones a ajustarse a estas políticas. Japón se resistió, después de aceptar la revaluación artificial del yen en 1992 y 1995. China también se resistió a una revaluación excesiva del yuan, pero también hizo concesiones. No obstante ambos países seguían teniendo un superávit en su comercio con Estados Unidos, manteniéndolo (en el caso de Japón) o aumentándolo (en el caso de China), con efectos directos en sus reservas monetarias internacionales.

La imposición de la nueva política norteamericana tuvo excelentes resultados para esta economía. La baja del dólar y de las tasas de interés permitió restablecer las exportaciones y estimular el sector productivo. El déficit fiscal tendió a cero, y llegó incluso a un superávit de aproximadamente 200 billones en el año 2000. El déficit comercial disminuyó significativamente.

Hasta que Japón comenzó a liderar la rebelión a fines de 1996. Aprovechando la necesidad de renovación de los títulos de la deuda pública norteamericana, Japón forzó una caída de su moneda: de 82 yenes por dólar pasó a casi 140 yenes por dólar.

El resultado fue que el déficit comercial norteamericano regresó a las cifras de los años ochenta... Para enfrentar esta situación, Estados Unidos resolvió utilizar los poderes de su economía en recuperación. Con un aumento de las tasas de interés, señalaron a la economía mundial su nueva estrategia. La migración de capitales hacia Estados Unidos puso en jaque las economías que se movían en torno a Japón.

Debilitados por la caída del yen y por la baja de la demanda japonesa, los tigres y los gatos asiáticos se vieron obligados a devaluar sus monedas. Los especuladores se prepararon a tal efecto. En 1994, México ya había demostrado que las ondas especulativas terminan en forma similar. En 1997, el Sureste asiático no hizo más que confirmar esta constatación.

Latinoamérica tuvo que subordinarse a la nueva política del Consenso de Washington por etapas. Primero, México; después Argentina; en tercer lugar, Brasil; y, en parte, Venezuela. Chile mantuvo un espacio propio, ya que pudo evitar el déficit comercial gracias a la buena situación del cobre, aunque hoy esté en caída, y de sus exportaciones a Asia, también en caída desde 1997.

La crisis de México desde 1995 provocó una caída de las expectativas en la región. Para superarla, algunos gobiernos resolvieron acentuar hasta el paroxismo los desequilibrios estructurales de su economía. Esto fue sobre todo el caso de Brasil.

Tras haber yugulado la inflación, el gobierno de Fernando Henrique Cardoso no dispuso de excedentes cambiarios, ya que la moneda sobrevaluada llevó a un déficit comercial cada vez más grave. Como «única» solución, y sin comprometer de inmediato su modelo, aumentó drásticamente la tasa de interés pagada por el Estado brasileño, para atraer capitales de corto plazo desde el exterior. Con una inflación de un dígito, el gobierno brasileño elevó la tasa de interés a más de 50 por ciento anual. Era algo irresistible para los especuladores, valía la pena correr cualquier riesgo para embolsarse tan sustanciosos intereses. Pero todo economista serio sabía que, a mediano plazo, estas tasas de interés resultarían insostenibles.

No tardaron en darse los resultados: la deuda interna brasileña saltó de 63 billones de reales en 1994 a 330 billones en 1998. Las reservas internacionales, único destino de los dólares que entraban al país, crecieron de 36 billones de dólares a 70 billones. Posteriormente, el gobierno trató de bajar la tasa de interés, pero estos movimientos habían desembocado en una fuga de capitales en dólares. El gobierno se vio atrapado en un gigantesco déficit fiscal cercano al 7 por ciento del PIB, cuyo origen se encontraba exclusivamente en los enormes intereses pagados por el sector público.

Para compensar la fuga de capitales de corto plazo, se aceleró la venta del patrimonio público a cualquier precio. Una de las mayores empresas mineras del mundo, Vale do Río Doce, fue vendida por 6 billones de dólares. En 1998, se esperaba vender Telebras, una de las más pujantes empresas de telecomunicación, por 36 billones de dólares; en definitiva, fue vendida por 22 billones. Había que conseguir dólares para compensar los crecientes déficits comercial y cambiario. Con la moneda sobrevaluada, los brasileños aumentaron sus

gastos en materia de turismo. El pago de los intereses de la deuda externa se reanudaron en 1996, y las salidas de capitales aumentaron.

Pero, junto a estas sangrías cambiarias, la economía brasileña desarrolló otras fuentes de déficit cambiario, que sólo ahora empiezan a mostrar sus efectos. Los altísimos intereses del país y la estabilidad de la moneda estimularon a la empresa privada brasileña a buscar préstamos del exterior.

Esta nueva deuda subió de 30 billones de dólares en 1994 a cerca de 140 billones. Se trataba de títulos de corto plazo que están a punto de vencer, con pocas perspectivas de renovación debido a la actual crisis cambiaria y financiera.

La emisión de buena parte de estos títulos fue estimulada por el gobierno, supuestamente para el otorgamiento de créditos agrícolas. Es evidente que los tomadores brasileños de títulos, que pagaron tasas de interés de un dígito anual en el exterior, convirtieron sus recursos financieros nacionales en títulos públicos con intereses mucho más altos.

Como se ve, las crisis económicas internacionales no son responsables de la orientación de las políticas económicas contrarias al interés nacional, que aumentaron la exposición de estos países a las oscilaciones internacionales.

Ante estas crisis, los distintos gobiernos reaccionaron diferentemente, logrando resultados muy variados. Malasia impidió por ley la salida de capitales; Rusia decretó una moratoria; ambos países ya estaban en excelente situación para el año 2000. Los Tigres Asiáticos se vieron obligados a devaluar sus monedas; los latinoamericanos recurrieron al aumento de las tasas de interés y a la privatización desenfrenada, para atraer capitales sin devaluar en un primer momento. Brasil en 1999, y Argentina en 2000, son casos de devaluación forzada por la retirada masiva de capitales. Igual que en México, en 1995...

En definitiva, cada país es responsable de sus políticas frente a la crisis del capital financiero internacional.

El MERCOSUR: Un proyecto histórico

El pensamiento económico latinoamericano produjo, sobre todo en la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), una abundante literatura acerca de la importancia de la integración económica a principios de los años cincuenta. En aquella época, era difícil imaginar que una política siderúrgica compartida por algunos países europeos que hasta hacía poco se habían matado entre ellos, en una guerra odiosa, llegaría a constituir esta obra colosal de cooperación humana que es hoy la Europa unificada.

En América Latina, se observaba con impotencia las dificultades de una colaboración regional iniciada por la Alianza Latinoamericana para el Libre Comercio (ALALC) en 1960. Nuestras pretensiones integracionistas tuvieron que restringirse bajo la presión de la doctrina del panamericanismo, pero sobre todo por la pesada herencia de nuestro pasado colonial y dependiente.

Nuestras infraestructuras urbanas y de comunicación estaban dirigidas fundamentalmente a la exportación de productos primarios a los centros de la economía mundial. Se desconocía lo que ocurría en los países vecinos, y todavía sigue siendo así en gran parte. Nuestra diplomacia se orientaba fundamentalmente hacia los centros de poder mundial, dando una importancia secundaria a América Latina.

En este ambiente poco favorable, asistimos al debilitamiento de la ALALC, atribuyendo muchas veces razones técnicas a su fracaso cuando, de hecho, sufríamos las consecuencias de una estructura de poder mundial en el que éramos más espectadores que actores.

Desde los años treinta hasta los años ochenta, se logró avanzar en la creación de una estructura económica más volcada hacia nuestros mercados internos. Y se pudo aumentar la densidad de nuestras relaciones diplomáticas regionales hasta la creación del MERCOSUR en 1992.

Esta cooperación en el Cono Sur de América mostró las potencialidades del intercambio entre economías de desarrollo medio, como Brasil y Argentina. El éxito del MERCOSUR vino a estimular nuevas iniciativas diplomáticas regionales de gran repercusión para el destino de las Américas y de nuestras relaciones con el resto del mundo.

Hoy, se registra el entusiasmo que esta experiencia —todavía restringida y localizada— despertó en todo el subcontinente sudamericano. Los países que componen el Pacto Andino y el Pacto Amazónico desean ardientemente unirse al MERCOSUR, considerado como una exitosa experiencia de cooperación económica y diplomática.

Se logró romper la parálisis diplomática suscitada por el miedo a enfrentar el panamericanismo exclusivista. Se logró construir una cooperación iberoamericana, con el claro apoyo de la Unión Europea. En 1989, por primera vez, los presidentes de América Latina pudieron reunirse en una Cumbre Iberoamericana.

Se rompieron definitivamente las ataduras que nos impedían autoperdernos en una compleja identidad cultural, como hermanos que tienen intereses económicos y políticos comunes.

Así, quienes siempre aspiramos a la unidad latinoamericana vimos con mucha satisfacción que la Unión Europea había comprendido la importancia geopolítica de la cooperación de América Latina y del Caribe (cada vez más identificado con el subcontinente) con la nueva Europa nacida de la firme decisión de crear su moneda propia, y de llevar hasta las últimas consecuencias el espíritu de la cooperación entre los pueblos.

Queremos formar parte de esta aventura europea. No compartimos en absoluto las dudas y el escepticismo de quienes desconfían de la capacidad de los latinoamericanos y europeos para construir una colaboración efectiva y provechosa.

No hay que reducir la propuesta europea de una integración entre el MERCOSUR y la Unión Europea a un mero proyecto de zona de libre comercio. Se sabe que la perspectiva europea no es la de una ALCA interatlántica. Se trata de la creación de un espacio de cooperación económica, sociopolítica y cultural.

Así pues, no estamos de acuerdo en reducir este debate a un intento ingenuo —nacido de alguna manera en esta parte del mundo— de exigir a los europeos una coherencia con las ideas neoliberales que, efectivamente, nunca orientaron la realidad europea.

No es pertinente exigir que Europa abandone su concepto de seguridad alimenticia (que, por cierto, debe mucho a un gran brasileño, Josué de Castro, hoy olvidado por obra de las dictaduras brasileñas) como condición para el avance de esta integración de gran importancia geopolítica.

Es muy posible avanzar por partes y llegar a acuerdos específicos y bilaterales que permitan una mayor participación de nuestros productos agroindustriales en la economía europea. También es posible avanzar en los acuerdos de cooperación científica y en el intercambio de inversiones.

Hay un precedente importante en este sentido, que es el avance de la cooperación iberoamericana.

Si seguimos con atención la constitución y el desarrollo de las cumbres iberoamericanas, vemos que han representado un salto geopolítico para América Latina. La primera oportunidad que tuvieron todos los presidentes latinoamericanos de reunirse fue con la instauración de estas cumbres iberoamericanas.

Estados Unidos siempre había impedido que los latinoamericanos se reunieran sin la presencia del gigante del Norte. La doctrina Monroe quiso atarnos a un panamericanismo suicida. El país autodesignado como líder de las Américas y del mundo no veía, y sigue sin ver, con buenos ojos nuestra identidad iberoamericana.

Entretanto, los hechos han demostrado que cuando el proyecto de reconstitución de una herencia histórica tan profunda como el iberoamericanismo fue respaldado por la Comunidad Europea, este proyecto prosperó, echó raíces y se implantó definitivamente.

Lo mismo ocurrió cuando Brasil y Argentina superaron una competencia artificial, históricamente manejada por los intereses favorables a una balcanización de América Latina, y establecieron el MERCOSUR. El salto registrado en nuestro comercio exterior en menos de una década muestra la fuerza de una perspectiva de cooperación latinoamericana.

Argentina está reactivando este proyecto, aunque sus adversarios hayan tratado de impedir su continuidad y de establecer un falso dilema entre MERCOSUR y nuestra integración en la economía mundial.

Contrariamente a lo que piensan los representantes de una vieja oligarquía de inspiración colonial, nuestra integración en la economía mundial no se hará sometiéndonos a las imposiciones de las grandes potencias, sino a través de nuestra integración regional y nacional.

Sólo unas naciones poderosamente integradas en su interior pueden ocupar un lugar privilegiado en el comercio mundial. Nos remitimos al ejemplo reciente de Brasil: al abrir unilateralmente todas sus puertas para el comercio mundial, sólo logró mermar sus exportaciones y, después de la inevitable devaluación de su moneda en 1999, sus importaciones.

Como resultado de esta integración subordinada al mercado mundial, nuestra participación en el comercio mundial disminuyó de 1,2 por ciento a 0,8 por ciento. Lo cual significa que la irresponsable política de apertura, en vez de globalizarnos como se nos prometía, isólo consiguió desglobalizarnos!

No se trata de cerrar unas economías que, contrariamente a lo que se dice, siempre estuvieron abiertas y sometidas al mercado mundial. Se trata de asegurar un camino efectivo hacia la integración en el mercado

mundial. Y para ello, hay que saber respetar nuestros orígenes históricos, nuestras herencias culturales, y nuestros intereses geopolíticos.

Y nuestro proyecto de afirmación cultural implica claramente el reconocimiento de nuestras raíces ibéricas y de nuestra aventura común latinoamericana.

En este momento, las inversiones españolas se han ganado un lugar especial en Brasil y en toda América Latina. Esto es una buena señal. No se trata de descartar el capital norteamericano, sino de contrarrestar todo dominio unilateral en la región.

Desde entonces, reconocemos nuestra realidad hemisférica, aunque nunca hemos tenido un papel protagónico en su configuración estratégica.

Por ejemplo, en 1959, Juscelino Kubitschek lanzó la Operación PanAmericana (OPA) pero, al mismo tiempo, supo romper con el Fondo Monetario Internacional que quería bloquear su Plan de Metas, lo que permitió a Brasil avanzar cincuenta años en cinco. La OPA fue seguramente uno de los antecedentes de la Alianza para el Progreso, pero no le fue reconocido ningún papel en su formulación e implantación.

La OEA contó con un fuerte apoyo brasileño pero, por muchos años, se convirtió en un simple apéndice de la política exterior norteamericana.

Todo esto es muy diferente al proyecto de cooperación iberoamericana desarrollado por América Latina junto con España y Portugal, que empieza a dar frutos en varios sectores. Podemos encontrar así los antecedentes de una futura cooperación euro-latinoamericana, que modificará positivamente la dirección de nuestra inserción internacional, con la abertura de nuevas opciones comerciales, tecnológicas y culturales.

Volatilidad y bienestar

Después de tres décadas de hegemonía del pensamiento único en la economía mundial, se observa la aparición de un nuevo concepto que se está manejando cada vez más. Se trata de la idea de «volatilidad».

Son conceptos fundados en la intuición y no en la ciencia. En verdad, en estos años de desregulaciones, privatizaciones, exhortaciones al libre comercio, sólo se logró ampliar el margen de desequilibrio y de «volatilidad» de las economías nacionales, en el marco de una economía mundial cada vez más desequilibrada.

Tal vez el ejemplo más evidente de este fenómeno sea la participación cada vez más intensa del Fondo Monetario Internacional en el «monitoreo» de las economías nacionales. En verdad, el FMI fue creado después de la Segunda Guerra Mundial para apoyar situaciones de desequilibrio cambiario, creyendo que serían, inicialmente, escasas. Sin embargo, en nuestros días, el FMI está metido en casi todas las economías nacionales dependientes y periféricas, donde mantiene misiones más o menos permanentes.

Es evidente que ninguno de los países desarrollados ha recurrido al apoyo del FMI; no se someten, ni mucho menos, a su control. En años pasados, el gobierno japonés se vio en dificultades por haberse atrevido a recomendar políticas para su país. Claro que estos países no presentan desequilibrios cambiarios y fiscales excesivos. Son campeones en déficits cambiarios y fiscales. Quien esté algo informado sabe que estos llamados problemas «técnicos» en la economía no pasan de ser una cuestión de poder político.

Por cierto, desde el punto de vista «técnico», el FMI es el campeón de las previsiones equivocadas y las recomendaciones desastrosas. Quien tenga dudas al respecto puede leer el reporte de la comisión encargada, por el propio banco, de revisar sus políticas en los últimos años. Ningún ministro de economía de los países desarrollados se sometería a las recomendaciones de estos «técnicos».

Para dar un ejemplo, podemos citar el caso de las tasas de interés administradas por los bancos centrales. En Estados Unidos, Japón y Europa, para neutralizar la amenaza de recesión, las tasas de interés bajaron drásticamente hace poco. El tema de la inflación quedó colocado decididamente en segundo plano. Para desmentir una vez más los conocimientos de estos «técnicos», la inflación ha bajado a medida que bajaban las tasas de interés, y se ha llegado a una situación de deflación.

Pero estos hechos nada significan para los «técnicos» del FMI. Siguen obligando a los presidentes de los bancos centrales del mundo periférico a concentrar sus decisiones única y exclusivamente en las metas de inflación. Metas improvisadas y corregidas cada año, pues ellos nunca logran acertar ni una.

Como pueden ver los lectores (y me gustaría que los políticos de izquierda que llegan al poder también lo observaran), ningún gobierno serio sigue las recomendaciones del FMI. Actualmente, todos se preocupan

primero por la recesión, y sólo después por la inflación. En verdad, la relación entre tasa de interés e inflación parece ser exactamente lo contrario de lo que afirma la «teoría» económica de origen ultraliberal.

Lo cierto es que la intromisión del FMI en las economías dependientes sólo ha logrado profundizar sus dificultades, agregando las limitaciones estructurales de estos países, los desequilibrios impuestos por el sistema financiero internacional. Pero el problema no está sólo en los desequilibrios, ya que algunos son buenos y otros malos.

Son buenos los desequilibrios cambiarios de los países centrales, sobre todo en Estados Unidos, donde son financiados por una entrada masiva de capitales del resto del mundo. Son buenos por cierto tiempo, ya que los demás países no están dispuestos a seguir invirtiendo en una economía cuya moneda se encuentra en caída y cuya tasa de interés casi llega a cero. Si no fuera por la dificultad en que se encuentran las demás monedas y por la caída generalizada de las tasas de interés, estas inversiones se habrían detenido completamente; no se habrían limitado a caer drásticamente, como viene ocurriendo en estos últimos años.

Pero nuestros desequilibrios son claramente perversos. Se puede hablar de «volatilidad» con respecto a los movimientos de entrada de capitales, cuando hay excedentes, como nuestras reservas y los beneficios de las empresas estatales que pueden ser captados; se puede hablar de salida de intereses y de remesas de ganancias, cuando esta captación amenaza la estabilidad de nuestras monedas; pero, en realidad, se trata de un recurso de lenguaje para ocultar los hechos, técnica en la que los economistas se han convertido en maestros.

En realidad, no existe ninguna «volatilidad». Lo que existe es una captación brutal de los excedentes económicos generados en nuestros países, captación que se hace a través de mecanismos manejados por el sistema financiero internacional. Son mecanismos que se suman a los procedimientos tradicionales de captación de nuestros excedentes, desarrollados desde la época colonial hasta nuestros días, y que cuentan con la complicidad de nuestras clases dominantes locales, siempre interesadas en retirar sus excedentes para colocarlos en los países centrales, más protegidos contra este tipo de «volatilidad».

Veamos los datos y las conclusiones presentadas por Ashoka Mody y Diego Saravia en su papel de trabajo: *Catalyzing Capital Flows: Do IMF-Supported Programs Work?* Commitment Devices, de mayo de 2003:

- a) «Un programa no es automáticamente un sello de aprobación de buena ejecución de las tareas. Los inversores parecen valorizar la participación del Fondo para resolver los problemas de pago externo, pero sólo cuando consideran que los esfuerzos tendrán buenos resultados».

- b) «La interrelación entre los fundamentos de la economía del país y los programas del FMI apunta a la credibilidad de las medidas de reforma. Descubrimos que el Fondo puede ayudar a mitigar el rechazo del mercado a la volatilidad del crecimiento de las exportaciones, garantizando las reservas del país». O sea, garantizando que habrá divisas para financiar las salidas de beneficios y ganancias, y hasta del capital principal cuando sea necesario.
- c) «La naturaleza voluntaria basada en la exhortación a aceptar la disciplina del Fondo y, de ser necesario, la posibilidad de enviar los recursos al exterior, ayudan a aumentar el acceso al mercado. Al respecto, el uso repetido de los programas del Fondo son una mala señal».

Esta última conclusión indica entonces que las intervenciones prolongadas y frecuentes del FMI conducen hacia una creciente ineficiencia de estas intervenciones. Por ende, hay que ver con aprehensión el creciente intervencionismo del FMI y su transformación en una especie de Ministerio de las Colonias de los países centrales, sobre todo de Estados Unidos. Los datos presentados por estos autores son muy impactantes.

Con éstos terminamos este artículo, llamando a la reflexión de nuestros lectores, de los liderazgos y de los políticos en general, que creen que puede resultar viable patrocinar indefinidamente estas intervenciones:

Entre 1990 y 2000, se negociaron 250 programas del FMI, variando entre 20 y 35 por año, excepto en 1990, cuando fueron menos de 20 por año. No se percibe una tendencia en cuanto al número y al volumen de dichos programas. Particularmente en los tiempos de crisis, fue mayor el apoyo financiero.

Los saltos más significativos se dieron en 1995, mediante un enorme paquete en México, y los grandes compromisos de 1997-1998 adquiridos después de las crisis asiática y rusa.

Entre 1991 y 2000, en casi un tercio de todos los países en desarrollo y de los mercados emergentes, los títulos fueron emitidos por deudores que ya estaban comprometidos con programas del FMI. El spread cobrado fue típicamente más alto en los países con programas, en comparación con los que no estaban comprometidos con programas en el momento en que fueron emitidos los títulos (respectivamente 406 y 223 puntos básicos).

Esto demuestra que los programas del FMI están asociados con la baja capacidad de acceso al mercado mundial. No es sorprendente, ya que los programas del Fondo van ligados a fundamentos negativos: alto endeudamiento/PIB, bajo crecimiento reciente, mayor volatilidad.

Cambios a la vista

¿Qué está sucediendo? Por una parte, en Estados Unidos se instauro un gobierno de derecha ideológica, y una conducta imperial que niega el multilateralismo y afirma la hegemonía indiscutible del centro imperial.

Aumentan los gastos militares y las presiones por parte del gobierno norteamericano para que los aliados se le adhieran incondicionalmente.

Por otra parte, en la región más directamente sometida a la acción imperial crece un nuevo liderazgo político con tradición de centroizquierda, así como nuevos movimientos sociales con inspiración política antiimperialista. Si se hace un balance de la actual situación latinoamericana, no parece reflejar lo que sucede en la metrópoli; al contrario, la región parece avanzar en dirección contraria. No sin razón, el presidente del FMI acaba de nombrar una comisión para buscar la explicación a lo que está ocurriendo en Latinoamérica.

En México, se asiste a la caída del prestigio político del presidente Fox, abriendo camino hacia una nueva configuración política aún indefinida; al mismo tiempo, los zapatistas del subcomandante Marcos vuelven a surgir en el escenario nacional, como consecuencia de la agudización del conflicto en Chiapas.

En Centroamérica, los sandinistas ganan fuerza en Nicaragua, y en El Salvador se ve el crecimiento del Frente Farabundo Martí.

En Venezuela, creció la radicalización en torno a Hugo Chávez, sobre todo después del intento frustrado de golpe de Estado en su contra. En Cuba, Fidel Castro mantiene su posición de centralización de la unidad nacional, y recupera su economía, pese al embargo comercial norteamericano, cada vez más desacreditado.

En Colombia, las FARC y el ELN sobreviven a un intento de liquidación militar. En Ecuador, los socialdemócratas y los nuevos liderazgos indígenas sorprenden en las elecciones. Lo mismo ocurre en Bolivia, donde el movimiento indígena se agiganta, disputando las elecciones.

En Perú, tras el derrumbe de la dictadura de Fujimori, los apristas recuperan su prestigio, renacen las fuerzas de la izquierda unida que habían llegado a ser mayoritarias en los años setenta.

En Argentina, la hegemonía neoliberal que había logrado penetrar el propio peronismo, con Menem a la cabeza, ha quedado desprestigiada. Por fin, parece vislumbrarse el surgimiento de una izquierda con perspectivas de masas, y hasta de victorias electorales.

Pero lo más sorprendente es la perspectiva de una victoria aplastante de la centroizquierda en Brasil, bajo la dirección del Partido de los Trabajadores (PT), con fuerte raigambre en el movimiento obrero y en los movimientos sociales alternativos.

La victoria de Lula en Brasil ha sido vista como un catalizador de este estado de ánimo cuestionador, aunque moderado. Pese a la coalición que apoya a Lula, incorporando fuerzas de centro sumamente importantes, no es absurdo pensar que habrá que abrir un espacio significativo para el ala izquierda del PT y de los partidos izquierdistas aliados, como el Partido Socialista, el Partido Comunista de Brasil (PCB), e incluso el Partido Popular Social (PPS, una fracción del Partido Comunista, anteriormente muy dura y actualmente bastante moderada).

Ciertamente, es de esperarse un cambio fundamental en el clima ideológico de la región, donde el pensamiento único neoliberal ha logrado una fuerza impresionante.

Pero este cambio todavía no se define. No se trata de regresar al marco ideológico nacionaldemocrático y popular que sirvió de fundamento a los movimientos populistas de la región. No se trata de revivir el movimiento guerrillero castrista o guevarista que intentó reinterpretar este cuadro nacional democrático en una forma más radical.

Hay que recordar que, en los años sesenta y setenta, el marxismo tuvo un desarrollo espectacular en la región, pero se dividió en varias corrientes que iban desde una teoría de la dependencia que rescataba la especificidad de la condición de la dependencia y las realidades latinoamericanas, hasta los intentos de aplicar un esquema abstracto de origen estalinista, inspirados en Mao y hasta en el dirigente albanés Enver Hoxha.

Es importante recordar que el pensamiento conservador produjo también su versión desarrollista de ideología nacionaldemocrática, buscando incorporar cambios para lograr un desarrollo independiente y autónomo en un cuadro político más liberal.

La sucesión de golpes de Estados iniciada en los años sesenta alcanzó su auge con los golpes militares de declarado tipo fascista, como el de Pinochet en Chile, que se enfrentaron abiertamente a las definiciones ideológicas señaladas. Aquella inspiración fascista se basaba más en los fascismos subyugados y dependientes, como el portugués y el español, y no podían dejar de plantear la cuestión del desarrollo.

Fue en el Chile de Pinochet donde encontraron refugio los ultraliberales derrotados en la Segunda Guerra Mundial. El grupo de economistas de Chicago, centro del enfoque ultraliberal desarrollado en los encuentros de Mont-Pèlerin, fue llamado para llevar a la práctica sus conceptos en las condiciones ideales fomentadas por la dictadura de Pinochet.

La ausencia de una oposición activa, una economía con fuerte presencia internacional a través del producto clave, el cobre nacionalizado por el gobierno de Allende y puesto al servicio de una experiencia de desarrollo económico, una reforma agraria que crearía las mejores condiciones posibles para la modernización de la producción agrícola, y una clase dominante cohesionada por el miedo a la revolución socialista, fueron las bases para emprender la experiencia neoliberal que luego se extendió a la Inglaterra de Margaret Thatcher y a Estados Unidos de Ronald Reagan.

En los años siguientes, la perspectiva neoliberal trató de imponerse en el mundo entero, y tuvo especial difusión en América Latina, presionada por su endeudamiento internacional y por otras aventuras económicas inspiradas en las dictaduras militares y en el dominio del pensamiento reaccionario.

Éste se instauró en las organizaciones internacionales y en varias universidades, hasta llegar al control de los voceros económicos de las grandes empresas, y a extenderse por todos los poros de la sociedad, sobre todo entre las élites empresariales, políticas, profesionales y burocráticas.

Pero la modernización neoliberal tuvo su lado perverso, que se exponía claramente a medida que avanzaba la aplicación de sus preceptos a la vida económica de la gente. La concentración cada vez más fuerte de los ingresos, el aumento de las poblaciones pobres y miserables, el crecimiento del desempleo y de la economía informal, el aumento de la dependencia económica, social, política y sobre todo cultural, la intensificación de la violencia y de la desintegración de las instituciones básicas de la sociedad, fueron minando el discurso neoliberal, hasta que las crisis económicas y la volatilidad de los movimientos financieros, desembocaron en un cuestionamiento radical de esta modernización neoliberal.

Ésta es la situación actual de la región. Los enormes aparatos culturales manejados por los medios no han logrado convencer a la gente de las bondades de las políticas neoliberales. El avance democrático, que los líderes de la propuesta neoliberal pensaban manejar sin problemas mediante el mercadeo electoral, ha empezado a debilitar el proyecto neoliberal, de una punta a otra del continente.

Es obvio que este rechazo popular no conmueve en absoluto a los neoliberales. Para ellos, las políticas económicas son meras aplicaciones de los principios abstractos que manejan. El voto sólo tiene sentido en tanto mecanismo para atender la necesidad de participación de la gente, aumentar la legitimidad del régimen y de las políticas que deben ser definidas por los entendidos.

La gestión de los neoliberales se basó en el apabullamiento y en una total insensibilidad ante las protestas populares. Así como Pinochet llegó al poder sobre los cadáveres de los trabajadores chilenos, Thatcher reprimió con excepcional furia a los mineros ingleses del carbón, y Reagan dio una lección contundente a los trabajadores aeroportuarios norteamericanos. La metodología de las experiencias neoliberales se ha caracterizado por las medidas intimidatorias y de choque.

En esta doctrina, la fuerza de la representación popular no ocupa ningún espacio. Por ende, es común que no respete la voluntad popular expresada en las urnas: no han sido pocos los gobiernos elegidos en protesta por la política del FMI que, después de llegar al poder, se entregaron a esos principios «científicos».

Resulta interesante ver, por ejemplo, cómo un gobierno rechazado por 70 por ciento de la población brasileña trató de imponer a su probable sucesor las condiciones para que dejara la demagogia y el populismo. Es decir, los derrotados que llevaron el país al caos y recibieron el repudio de la gran mayoría «exigen» que el nuevo gobierno abandone las políticas con las que llegó al poder.

Esta visión tecnocrática del Estado y sus funciones es otra característica esencial del neoliberalismo. Se trata de un programa político profundamente antidemocrático. Esto explica la dimensión del caos que los tecnócratas provocan en la vida de la gente, a la cual desprecian totalmente. Esto explica también la profundidad de la crisis en la que estamos sumidos.

Hay que esperar que se produzca un cambio radical en el plano intelectual, y no únicamente en el plano político. Hay que recomponer los elementos esenciales de una nueva gobernabilidad que se apoye más directamente en la acción consciente de la gente. Es importante superar estos obstáculos mediante movimientos democráticos y la búsqueda de la consolidación de nuestras instituciones democráticas como condición del cambio. Se trata de una inmensa maduración de la conciencia de nuestros pueblos.

América Latina: Otra vez el mismo diagnóstico

Mientras todos estos factores asumían sus formas dramáticas, el 16 de noviembre de 2003 se instaló en Playa Bávaro la XVIª. Cumbre Iberoamericana que reunió a los presidentes y jefes de Estado de América Latina, Portugal y España. Pocos recuerdan que el veto norteamericano hacía imposible reunir a los presidentes de la región, imposibilidad que fue puesta en tela de juicio sólo en 1986, cuando la Unión Europea respaldó la iniciativa de Portugal y España para convocar por primera vez a los presidentes latinoamericanos. Por ello, cuesta estar de acuerdo con quienes consideran estos cónclaves como un fracaso. Su mera existencia ya es un paso hacia adelante en la emancipación de la región.

No obstante, es lamentable tener que constatar que los presidentes de los Estados de la región tienen muchas dificultades para presentar caminos sólidos de superación de los males que nos conducen a la barbarie, al hambre y a la violencia. Vale la pena señalar la presencia de organismos internacionales como la FAO, la CEPAL, el BID, para recalcar con los datos existentes la evidente extensión de la tragedia que padece el subcontinente.

Aun cuando estos organismos encuentran algunos datos positivos, debido sobre todo a los cambios de criterio de medición, los diagnósticos siempre resultan ser los mismos: se amplía la miseria, el hambre, la deficiencia educacional, la distribución negativa de la renta, la concentración de la misma, la violencia generalizada, la rebeldía social y política, sin que estos organismos encuentren un canal de formulación de sus críticas y de tantos otros diagnósticos tremendamente negativos.

Pero lo dramático no es que los diagnósticos se repitan sino que, al mismo tiempo, se refuerce la defensa de los principios de política económica conducentes a la profundización de los mismos problemas.

Esta presentación de los hechos viene acompañada de análisis reaccionarios que ocultan, en vez de revelar, los dramas de nuestros pueblos.

Se sigue creyendo que tenemos una baja capacidad de ahorro y que necesitamos capital internacional para compensar nuestro déficit de inversiones. Pero los datos muestran claramente que de nuestros países se sacan cantidades cada vez mayores de recursos bajo la forma de fuga de capitales, pago de intereses, remesas de ganancias, pagos de servicios, a veces muy dudosos, a veces necesarios pero que podrían ser sustituidos por la producción interna.

Queda absolutamente claro que la sumisión a los principios monetaristas y recesivos del FMI ha reforzado de manera dramática el impasse de las políticas económicas en los países de la región. Es totalmente impropio afirmar que la región no tiene posibilidades de resolver sus problemas fundamentales por falta de recursos materiales y humanos.

Al contrario, toda la región se caracteriza por disponer de amplios recursos minerales, agrícolas y humanos. Lo que falta es una voluntad política organizada para romper los términos desfavorables de intercambio en el escenario mundial. También falta una voluntad política unificada para orientar las políticas económicas en el sentido de defender y aprovechar estas riquezas, para un desarrollo tecnológico consistente y un aumento de la calidad de nuestros recursos humanos.

Por supuesto, para revertir tan drásticamente varios siglos de dependencia, de concentración de las riquezas, de sobreexplotación del trabajador, de marginación y exclusión de las grandes masas subempleadas o abiertamente desempleadas, es necesario un cambio en la correlación de las fuerzas sociales. Y es aquí donde el diagnóstico se equivoca cuando sugiere que estas situaciones tan negativas son la consecuencia de nuestra pobreza y no la causa.

En realidad, vivimos una etapa de desarrollo de la humanidad en la que existen los medios materiales, técnicos y humanos para eliminar definitivamente la pobreza, el hambre, el analfabetismo, la alta tasa de mortalidad infantil, las epidemias y las grandes enfermedades. Estos problemas deberían ser cosas del pasado, pero se perpetúan y se agravan debido al mantenimiento de arcaicas relaciones sociales y políticas, basadas en la dependencia, el desprecio por las masas, el autoritarismo como método de gobierno, y otras tristes expresiones de nuestra historia colonial, oligárquica y esclavista.

Es cierto que no se puede esperar una disposición a un cambio social profundo por parte de los gobernantes comprometidos con los poderosos intereses que dominan nuestras sociedades. Pero podría esperarse alguna disposición para reformas mínimas, capaces de mover hacia adelante la rueda de la historia mediante la valoración de los factores de progreso: el crecimiento económico, una reorientación de la distribución de la renta, una defensa mínima de la soberanía nacional, del propio mercado interno, del pleno empleo, de la utilización del Estado como factor de equilibrio social y de defensa de los intereses nacionales.

Lo grave de la situación latinoamericana es el abandono de estos valores básicos por las clases dominantes locales, y hasta por sectores importantes de las clases medias. La adopción del pensamiento neoliberal como referencia dogmática, importada de los centros fundamentales del poder desde una perspectiva totalmente acrítica, se ha convertido en un instrumento de bloqueo mental y político, con lo que un sector muy significativo de esta oligarquía se aleja radicalmente de sus propios pueblos.

Para dar un ejemplo de esta alienación intelectual, hay que examinar con cuidado las propuestas que se multiplican en las cumbres internacionales, en el sentido de exigir a los países centrales del sistema económico mundial —al llamado Primer Mundo— que abandonen sus políticas proteccionistas para permitir el aumento de las exportaciones de productos agrícolas o semiindustriales de los países dependientes.

La primera conclusión evidente es constatar el carácter infantil de esta solicitud, típica de los discípulos que piden coherencia a sus maestros, creyendo en el cuento del libre comercio, que ningún país soberano practica.

Resulta sencillamente ridículo pretender obligar a Estados Unidos a que practique el libre comercio. Sería como pedir que nieguen los fundamentos de su Estado nacional. Desde Hamilton y la independencia hasta Lincoln y la guerra civil, o Roosevelt y el imperialismo, o hasta nuestros días con Bush, la burguesía norteamericana ha luchado por el proteccionismo y, para imponerlo, recurre a las armas, llevando a la muerte a miles de sus ciudadanos.

La mayor parte de Europa (excepto Gran Bretaña, iniciadora de la revolución industrial) ha vivido entre guerras, con lo cual ha fundado su identidad cultural en una agricultura familiar cuya destrucción en nombre del libre comercio representaría una dramática pérdida no sólo de su identidad sino también de sus condiciones de seguridad alimenticia, lo que difícilmente estaría dispuesta a aceptar. ¿Y qué decir de Japón, que inició y perdió una guerra para asegurar su independencia con respecto a las importaciones de bienes esenciales, como el petróleo o los alimentos básicos?

Ningún pueblo sólidamente implantado estaría dispuesto a dejar que el mercado sea lo que define sus valores fundamentales. El delirio neoliberal que pretende atribuir al mercado la dirección y la orientación de las más profundas actitudes humanas, no logra arraigarse en ningún pueblo civilizado: podría adoptar su discurso para consumo externo, pero jamás estará dispuesto a ponerlo en práctica en su país.

Existen razones más profundas para cuestionar esta estrategia de «exigir» a los países centrales que se abran para permitir que aumentemos nuestras exportaciones de productos primarios, lo que sólo profundizará nuestra posición dependiente en la economía mundial. La actual oligarquía latinoamericana renunció al sueño de una generación de empresarios que pretendían transformar las bases de nuestras economías y asegurar la industrialización, la innovación tecnológica, y la alta competencia en la economía mundial. La oligarquía dependiente insiste en competir en la economía mundial con nuestras llamadas «ventajas comparativas»: las materias primas y la mano de obra barata.

Después de la Segunda Guerra Mundial, durante la ocupación norteamericana, los dirigentes japoneses se propusieron competir en la tecnología de punta a nivel mundial, sin aceptar las teorías occidentales de las ventajas comparativas. El lector pensará que la clase dominante japonesa nunca había sido una clase dominante dominada, y no conocía la condición colonial. Pues sí: ésta es una buena razón para explicar la diferencia.

Pero los hechos son irreductibles. Cuando una clase dominante no se muestra a la altura de las oportunidades históricas que se le presentan para atender a la mayoría de su población, se coloca al borde del abismo.

Esto explica los vastos movimientos sociales que asumen formas revolucionarias por no disponer de canales institucionales para hacer realidad sus demandas. América Latina pasó el siglo XX prisionera de límites institucionales ya superados. Pero en las luchas democráticas de estos últimos años, buscando sacar del poder a las dictaduras militares y otras formas de autoritarismo, se cristalizaron nuevos caminos institucionales para el cambio social y económico, que las masas reconocen como positivos.

Por esta razón, mientras que sólo 38 por ciento de los norteamericanos van a las urnas, en Brasil cerca de 80 por ciento de la población reivindicó un candidato atípico, distanciado de las oligarquías tradicionales y hasta de las clases medias. Atípicos también son los líderes indígenas que están alcanzando victorias electorales en Bolivia y Ecuador, o la elección de un militar rebelde para expresar las aspiraciones de los venezolanos.

Esto no basta para garantizar un cambio significativo, pero es reflejo de sentimientos y motivaciones que vienen de lo más profundo de nuestros pueblos. En sus próximas reuniones, es de esperar que los dirigentes de la región estén más cerca de los corazones de la gente común y corriente, y puedan asegurar un futuro verdaderamente democrático para la región.

¿Un nuevo consenso?

Hay noticias de un conjunto de manifestaciones que apuntan hacia el fin de la ortodoxia liberal. Son de origen variado e indican realmente una decadencia de la ortodoxia del pensamiento único que se impuso a partir de los años ochenta. Veamos algunos ejemplos. El secretario general de la CEPAL, Antonio Ocampo, dejó esta institución para ocupar una secretaría adjunta en la Comisión Económico-social de las Naciones Unidas, y se mostró convencido del declive final de las concepciones neoliberales que llevaron la región a una situación económica y social sumamente negativa. Aprovechó la oportunidad para reafirmar el punto de vista de la CEPAL acerca de la necesidad de un crecimiento con equidad.

Esta consigna, elaborada por Fernando Fanzilbert a fines de los años setenta, fue atropellada por el pensamiento único neoliberal y no logró convertirse en una práctica política. Sin embargo, fue un intento de ajustar las antiguas tesis de la CEPAL acerca del desarrollo económico-social, a las realidades creadas por el agotamiento de la llamada fase fácil de sustitución de las importaciones.

Fanzilbert imaginaba la posibilidad de una política exportadora más agresiva, buscando una competitividad internacional de la región, que vendría de un sistema de planificación económica flexible, al mismo tiempo que se incorporarían políticas sociales capaces de formar recursos humanos superiores y aumentar así la capacidad de avanzar competitivamente en el sector industrial y de los servicios.

Sería interesante ver renacer la problemática que llevó a esta concepción de desarrollo abrazada por la CEPAL de los años ochenta. Con ella se buscaba superar el debate sobre la estabilización y el crecimiento, impuesto por las primeras embestidas del monetarismo fomentado por el FMI desde comienzos de los años cincuenta. En aquellos años, los monetaristas habían sido derrotados por la ortodoxia neokeynesiana que afirmaba la importancia de la intervención estatal mediante el aumento de la demanda para garantizar el crecimiento económico y el pleno empleo.

Entre los neokeynesianos, convertidos en estructuralistas en América Latina (debido a su interpretación de la inflación, considerada como el resultado de la dificultad por parte de la oferta en atender la demanda de la región, a consecuencia de las debilidades estructurales que limitaban la producción local), y los monetaristas (adaptados, durante un tiempo, a la ortodoxia neokeynesiana, al aceptar la importancia del crecimiento económico como meta, pero siempre reafirmando la necesidad de controlar la oferta de moneda y crédito como factor de estabilidad), se dio una polémica que radicalizaba los instrumentos de interpretación del fenómeno inflacionario, considerado por los monetaristas como el enemigo absoluto, y por los estructuralistas como un posible aliado.

En las luchas sociales, el criterio de la verdad es la práctica. Y la práctica neokeynesiana estaba ligada al éxito de sus recomendaciones, en la medida en que la industrialización de la región avanzaba, así como su capacidad de generar empleo para la sociedad, ganancias para los capitalistas nacionales y, sobre todo, para los internacionales que instalaban aquí sus empresas multinacionales, aprovechándose de los mercados nacionales en expansión.

En esa época, las multinacionales estaban satisfechas con las altas restricciones tarifarias impuestas por los gobiernos locales para garantizar las ventajas de monopolizar los mercados nacionales. La literatura económica

siempre se olvida de la importancia de la libertad cambiaria cuando las clases dominantes necesitan mercados nacionales protegidos. Era la época de las teorías del desarrollo económico-social, y el debate se concentraba en la mayor o menor capacidad para lograrlo.

A mediados de los años sesenta, comenzaron a aparecer las dificultades generadas por un crecimiento económico basado en la importación de capitales que apuntaban, y apuntan, sobre todo a captar todos los recursos disponibles en los mercados nacionales protegidos. En Brasil, el golpe de Estado de 1964 entregó el poder a los monetaristas, con el objetivo de asegurar la estabilidad monetaria contra la propuesta estructuralista de ampliar los mercados nacionales mediante la reforma agraria y otras reformas, capaces de distribuir la renta y ampliar el consumo.

Los monetaristas de entonces no dejaban de preocuparse por el desarrollo; pero, al atender sus ambiciones de crecimiento sin distribución de la renta y sin ruptura con las multinacionales, terminaron por servir a los militares. En aquella época, ya demostramos que este modelo de desarrollo llevaba hacia el endeudamiento internacional, la concentración económica, la centralización del capital, la dependencia, la concentración de la renta, y la exclusión social. También llamábamos la atención sobre la implantación del capital financiero en la región, con lo que se impondría el enfoque monetarista. En un primer momento, este enfoque se mostraba capaz de enjuagar el aparato productivo dejado por los ultraproteccionistas y generado por la práctica estructuralista. Sus artífices fueron capaces de provocar un nuevo período de crecimiento, como lo demostramos en aquella época (1964), pese a la casi unanimidad de una opinión contraria en el seno de las fuerzas progresistas.

Esta vía de un desarrollo autoritario y concentrador se explicaba también por las dificultades del capital multinacional para superar las tensiones generadas en el centro del sistema mundial, debido a los límites impuestos al proceso de acumulación del capital. Los mercados externos tendían a agotarse, tal como lo indicábamos. Apostar a su expansión tenía un alto costo político, que las grandes metrópolis no querían pagar. De ahí la idea de modificar, en estos países de desarrollo medio, buena parte de la actividad industrial de menor valor agregado. Se estaba creando así el modelo de desarrollo secundario exportador, muy bien estudiado en la literatura económica crítica de la región.

Pero en los años ochenta, el proyecto del capital multinacional se vio cada vez más atropellado por las dificultades de acumulación internacional del capital, y también por el ascenso del capital financiero que concentraba los excedentes económicos bloqueados por la dificultad de ampliar las inversiones productivas. La crisis obligó al gran capital a apoyarse cada vez más en el Estado para resolver sus dificultades.

Fue así como Margaret Thatcher en Inglaterra y Ronald Reagan en Estados Unidos iniciaron un período de la economía mundial basado en los déficits fiscal y cambiario más espectaculares de la historia de la humanidad. En 1973, Estados Unidos abandonó la convertibilidad del dólar en oro establecida en Bretton Woods, ejecutando así la mayor ruptura de contrato conocida en los anales de la economía. Este acto de aventurerismo económico fue llevado a cabo por un conservador, que tuvo que admitir que «todos somos keynesianos». Había que salvar a Estados Unidos de los efectos negativos de su política de déficit fiscal (llevada hasta un extremo durante la guerra de Vietnam) y de su déficit comercial (ampliado por la especialización de la economía norteamericana en tecnología de punta de signo militar). Era necesario que el resto del mundo pagara el debido costo de esta política con una devaluación masiva de los dólares (del valor oficial de 35,00 dólares por onza de oro, pasó a un valor de mercado de aproximadamente 350 dólares por onza de oro).

La derrota militar norteamericana en Vietnam puso en crisis la política aventurera de déficit fiscal, mientras se fortalecían los Estados nacionales del llamado Tercer Mundo, sobre todo los países petroleros que formaban el cártel de la OPEP, lo cual les permitió aumentar el precio del petróleo más o menos en la misma proporción que la devaluación del dólar en relación al oro. Los exportadores de materias primas buscaban cambiar las reglas de las relaciones internacionales mediante el establecimiento de un nuevo orden económico mundial, en alianza con los países socialistas. Al mismo tiempo, los aliados de Estados Unidos, como Japón y Alemania, seguían en crecimiento, alterando la correlación de fuerzas entre los países centrales del sistema mundial.

El restablecimiento del poder hegemónico norteamericano, amenazado en estas nuevas condiciones, se basó en una recuperación del valor del dólar y de su capacidad de atraer capitales del resto del mundo hacia Estados Unidos, abriendo el mercado norteamericano al exterior mediante un gigantesco déficit comercial, mientras se ampliaba enormemente la demanda de este país a través de un extraordinario déficit público, cubierto por la compra de títulos de la deuda estatal norteamericana.

Resulta increíble constatar que la mayor intervención monetaria de la historia de la humanidad se llevó a cabo en nombre del equilibrio fiscal y cambiario, lo cual generó el mayor desequilibrio fiscal y cambiario de la historia. Las tasas de interés pasaron a ser el principal instrumento de la política económica, provocando una transferencia colosal de recursos del resto del mundo hacia Estados Unidos, y desde el sector productivo hacia el sector financiero.

También resulta increíble constatar que se produjo entonces un verdadero asalto a los Estados nacionales para salvar a toda costa las tasas de beneficio del capital privado. ¿Cómo es posible que se haya recurrido a los neoliberales para justificar el mayor movimiento de endeudamiento estatal de la historia?

¿Cómo se logró elevar los desequilibrios fiscales y cambiarios a los niveles más altos de la historia, en nombre de una doctrina basada en la tesis del equilibrio general como condición para el Bienestar social? ¿Como pudo aumentar tan dramáticamente el gasto público con el auge de las tesis neoliberales? La constatación de estos hechos obligó al gran «teórico» neoliberal Milton Friedman, a sus 92 años de edad, a hacerse una autocrítica y decir que está más seguro que nunca de su defensa del control de la emisión monetaria y del gasto público, pues en la época de la hegemonía de su pensamiento, lo que más aumentó en el mundo fue el gasto público.

Para su desencanto político, el gasto público sólo pudo ser controlado en los años noventa, mediante una administración democrática, y ahora se ve amenazado nuevamente por un presidente republicano, «tan gastador como su padre». El neoliberalismo era un chiste, como se decía en los años cincuenta, cuando nadie hacía caso a sus teóricos. Pero desafortunadamente, el neoliberalismo se convirtió en una realidad que sirvió a unos intereses económicos muy concretos y poderosos. A pesar de la crisis que se expande por el mundo debido a sus políticas aventureras, sus teóricos tratan de parecer serios y austeros, escudándose detrás de una «teoría» que no hace sino disfrazar la verdadera realidad: la crisis, el desequilibrio, la concentración, la pobreza y la exclusión.

Perspectivas de la integración latinoamericana

La integración latinoamericana debe ser el objetivo prioritario de nuestra política, como hemos visto en este capítulo, que concluimos con un balance sintético de este tema tan importante.

El límite principal es político

El primer y fundamental límite a la integración latinoamericana es la dificultad política de establecerla. Una política latinoamericana abierta y consciente ha tenido como costo la ruptura con el panamericanismo y, por ende, un choque con la hegemonía norteamericana sobre la región. El miedo a un enfrentamiento indeseado con la potencia norteamericana tiene sus razones objetivas.

Para casi todos los países de la región, Estados Unidos es el principal cliente comercial, inversor, acreedor, asesor militar, etcétera. Cualquier amenaza y retaliación por parte del Tío Sam causa escalofríos, terror y pánico en las clases dominantes de todo el continente.

Al mismo tiempo, Estados Unidos es considerado como el polo que irradia la modernidad en todos los campos, sobre todo con respecto a los adelantos científico-tecnológicos. Y aunque éstos nunca se transfieren a la región, siempre existe la promesa y la esperanza de que ello se cumpla.

Apartarse de Estados Unidos se percibe entonces como un retroceso hacia la barbarie. Pero la historia muestra que los aliados latinoamericanos de Estados Unidos no son los sectores más avanzados, más progresistas, más democráticos. Al contrario, los intereses norteamericanos en la región están vinculados a los sectores más conservadores de las clases dominantes, ligados con la producción y la exportación de productos mineros y agrícolas. Cuando el capital norteamericano se interesó por las inversiones en los sectores industriales de la región, empezó a preferir los gerentes de sus filiales a la burguesía industrial local. Hoy en día, se opone al pleno desarrollo de la estructura industrial de la región, a fin de limitarla a la producción de piezas y complementos para sus industrias en los centros económicos mundiales.

Así, se da una correlación directa entre el panamericanismo y la hegemonía oligárquica, y entre el latinoamericanismo y la democracia de masas. Mientras más popular es el gobierno, mayor es su búsqueda de las raíces latinoamericanas, y mayor el enfrentamiento con la hegemonía norteamericana. Existe, pues, un contenido de clase implícito en el tema del panamericanismo versus el latinoamericanismo.

Autonomía y capacidad de negociación

La integración latinoamericana depende no sólo de una unidad de acción política y diplomática entre los Estados de la región sino, sobre todo, de la capacidad de generar instancias autónomas de decisiones, instituciones, estructuras sociales y políticas aptas para garantizar la soberanía de cada país.

En primer lugar, depende evidentemente de la definición del papel norteamericano en la región como una potencia amiga o enemiga, o como un poder incuestionable, con funciones rectoras de la vida de cada país.

En segundo lugar, está la definición de las otras potencias del mundo capitalista. En otras épocas, la relación de América Latina con Europa estuvo signada por la herencia colonial. Hoy en día, Europa aparece como una contrapotencia, como una fuerza capaz de neutralizar en parte el dominio norteamericano.

Desde el punto de vista económico, Europa y Japón tienen también mucho que dar y tomar en la región, donde sus capitales han entrado fuertemente, a la zaga de las inversiones norteamericanas, a partir de la segunda

mitad de los años cincuenta, pasando a cumplir un papel similar en las economías nacionales aunque con mayor capacidad de aceptar arreglos con los capitales locales y los Estados nacionales. Disposición a menudo derivada de su mayor debilidad estratégica en la región.

Durante cierto tiempo, Europa y Japón fueron vistos por las élites políticas latinoamericanas como aliados para un nuevo orden económico internacional. No obstante, los pasos que dieron Europa y Japón en esa dirección fueron pocos, incluyendo Portugal y España, países históricamente ligados a la región.

Todo esto revela que una América Latina integrada tendrá que tratar a Europa y Japón como iguales, y no como tutores, o sustitutos de las anteriores tutorías.

El otro grupo de países con el que la América Latina integrada tendrá que definir sus relaciones es el de las naciones del Este europeo y de la antigua URSS. Esta región suscitó por mucho tiempo una serie de mitos, y hasta formulaciones teóricas supuestamente científicas. Poco a poco, el crecimiento económico, político y militar de la antigua Unión Soviética está rompiendo las barreras para relacionarse con la región latinoamericana; anteriormente, estas relaciones se limitaban a los partidos comunistas, únicos voceros de un mundo socialista también mítico.

Nada mejor que las relaciones económicas y humanas en general para borrar estas imágenes e imponer las realidades de un mundo práctico y real. Ya en los años setenta, la Unión Soviética y los países de Europa oriental no sólo mantenían un estrecho contacto con las naciones entonces aliadas (como Cuba y, posteriormente, Nicaragua), sino que tenían fuertes relaciones económicas con países como México, Argentina (incluso en el período de las dictaduras militares) y Perú. Poco a poco, la literatura científico-social soviética y de Europa oriental empezó a interesarse por los temas del Tercer Mundo, y en particular de América Latina, y por las teorías generadas en la región. Sus posiciones diplomáticas, antes distantes, basadas en la no intervención en los problemas creados por las potencias coloniales —de los cuales la URSS no era responsable— fue evolucionando a lo largo de los años setenta y mediados de los ochenta hacia una posición cada vez más activa en pro de un nuevo orden económico, político e informativo internacional.

Un nuevo orden mundial y la integración latinoamericana

El interés de estos países del Este europeo por una diplomacia más cercana al Tercer Mundo fue el resultado de su acción creciente en el mundo, y también de un papel más activo y audaz en las naciones del Tercer Mundo, sobre todo en torno a organizaciones como la UNCTAD, el Grupo de los 77, el Movimiento de los No Alineados. Actualmente, muchos observadores perciben que este acercamiento ha retrocedido, a consecuencia de la extinción de la Unión Soviética, de su profunda crisis económica y del renovado diálogo entre la ex URSS y Estados Unidos. Pero se trata de una visión limitada, pues la creciente presencia de la antigua URSS en la política internacional, junto a las perspectivas de paz en el mundo, no pueden sino favorecer una acción progresista en el Tercer Mundo, a largo plazo. Incluso en Estados Unidos, la distensión y el acercamiento con la URSS son cada vez mayores y fortalecen los sectores norteamericanos más liberales.

Con estas afirmaciones, entramos en un tema fundamental para el movimiento de integración latinoamericana y de otras regiones del Tercer Mundo. La posibilidad de fortalecimiento de esas iniciativas locales, subregionales y regionales, depende de la presión del Tercer Mundo para imponer un nuevo orden internacional en todos los planos, abandonando así la posición defensiva de naciones sometidas, para insertarse en la dimensión de pueblos creadores de ideas, políticas y acciones internacionales.

Desde la Conferencia de Bandung en 1955, el Tercer Mundo viene aumentando sus posibilidades de influir en la reestructuración del mundo contemporáneo.

El anatema contra el colonialismo históricamente superado, contra el racismo, el etnocentrismo, y otras herencias coloniales, fue introduciéndose en las organizaciones internacionales y en la conciencia de la humanidad.

La resistencia de las potencias capitalistas a las tesis de la no alineación (resistencia que contagió a veces el campo socialista, sobre todo con el estalinismo y algunas corrientes socialdemócratas) terminó oponiendo más nítidamente el imperialismo norteamericano a la lucha de liberación nacional del Tercer Mundo.

Paulatinamente, como resultado de las condiciones históricas, el frente anticolonialista y antiimperialista fue asumiendo un matiz socialista cada vez más marcado. Pero, en los años ochenta, el retroceso del Movimiento de los No Alineados frenó el avance de sus ideales y concepciones, que volverán en un futuro no tan lejano, adaptándose a las condiciones de un mundo post Guerra Fría.

Con el respaldo de un número mayor de Estados nacionales progresistas, populares, democráticos y soberanos, la idea de la no alineación ha ido convirtiéndose en una fuerza ofensiva, en un elemento central ético, estratégico y diplomático de articulación de una nueva sociedad planetaria.

Esta nueva sociedad planetaria se apoya en la revolución científico-técnica que, a través de la conquista del espacio, convierte el planeta Tierra en una sola entidad, limitada y restringida en un Universo que se conoce cada vez mejor y ya forma parte de la experiencia práctica del hombre contemporáneo. Pero también se apoya en la idea del pluralismo, rompiendo con los límites simplistas del racionalismo del siglo XVIII, que encontraba la unidad y la universalidad a través de la abstracción formal, en la cual lo universal era concebido como la negación de lo particular.

En un mundo que parece estar en vísperas de crear una nueva sociedad planetaria, la diversidad de civilizaciones y culturas, de razas y etnias, de historias y naciones, es lo que fundamenta el universo.

Así pues, ésta es la vocación universal de la no alineación. Y en el seno de este universal-concreto e histórico, el pensamiento y la acción del Tercer Mundo ganan fuerza y cohesión para redimensionar el planeta.

En esta perspectiva histórica, hasta las tareas más limitadas adquieren otra dimensión, haciendo que las fuerzas sociales y políticas locales encuentren energías para llevarlas a cabo, aun cuando parezcan imposibles en el contexto de la relación de fuerzas en el mundo actual.

Posibilidades de integración regional

Encontramos así los términos generales de la ecuación integracionista latinoamericana y de otras regiones del Tercer Mundo.

Sus bases están en la capacidad de hegemonía de las fuerzas populares, democráticas y nacionalmente soberanas sobre los Estados nacionales.

Su viabilidad está en la capacidad de esos Estados para articular con otros Estados soberanos y democráticos una estrategia de relaciones económicas, diplomáticas y políticas, basadas en los intereses comunes de las partes, y no en la dominación política, ni en la explotación y la expropiación de la riqueza socialmente producida. Esta estrategia de relaciones Sur-Sur, de alianza entre las nuevas economías industriales, de colaboración entre tecnologías, de penetración en los trópicos, de preservación y utilización de sus grandes reservas de biodiversidad y del poder energético de la biomasa, configuran un ámbito infinito de colaboración, que debe ser explorado.

Por último, la viabilidad de esa estrategia requiere la capacidad de esas fuerzas para producir las acciones, las políticas, las propuestas de rearticulación de las relaciones económicas, políticas, diplomáticas y culturales internacionales en busca de un mundo más justo, equilibrado y pacífico.

Dentro de estos términos globales, se encuentran las políticas concretas de integración, con sus formas de intercambio bilateral y multilateral, más o menos libres o planificadas, con sus mecanismos de compensación comercial relativamente independiente del control ejercido por el dólar sobre el sistema financiero internacional y, sobre todo, con la creación de una capacidad de preservar en cada nación los excedentes generados en ellas. Excedentes que son enviados al exterior en cantidades crecientes, sobre todo con el agravamiento de la deuda del Tercer Mundo, generada por mecanismos financieros artificiales, basados en la relación de fuerzas, la corrupción y el dominio de las élites locales.

En esta nueva fase, el Tercer Mundo viene comprimiendo severamente su capacidad de inversión para atender el envío de recursos al exterior en forma de pago de intereses.

Hay que descartar, de una vez por todas, la idea de que el Tercer Mundo no se ha desarrollado por falta de capitales. Estos países son grandes exportadores de sus excedentes nacionales en forma de precios relativos desfavorables, pagos de servicios técnicos (ficticios!), beneficios de las empresas multinacionales, pagos del servicio de una deuda externa montada de manera contable, envíos de ingresos de las oligarquías locales hacia los centros económicos.

Lo que le falta al Tercer Mundo para defender y preservar sus recursos, y producir con libertad los productos necesarios para sus pueblos, es la soberanía nacional. No será ajustándose pasivamente a las nuevas exigencias de una economía mundial -donde la división internacional del trabajo profundizará el papel subalterno y dependiente del Tercer Mundo— como esos países lograrán encontrar el camino de la riqueza y de la atención a sus necesidades sociales.

Las políticas de integración tienen que formar parte de estas luchas, y como tales deben ser estudiadas. En estos apuntes generales, creemos haber esbozado un análisis capaz de justificar esta afirmación. Así como la conquista de la soberanía nacional, al enfrentarse a los poderes hegemónicos del sistema económico mundial, exige una lucha y tiene altos costos históricos, asimismo una efectiva política de integración de las naciones aun dependientes o colonizadas encontrará siempre resistencias frontales o intentos de cooptarla, desviándola de su objetivo inicial.

Sin embargo, la economía mundial evoluciona en el sentido de imitar la supervivencia de un imperialismo económico fundado en un incuestionable poder central y hegemónico. La crisis de la hegemonía en el mundo contemporáneo favorece la acción negociadora de las partes subyugadas y dependientes. América Latina tiene así una oportunidad única de afirmar su unidad sin chocar abiertamente con la hegemonía de Estados Unidos. Este país tendrá que reconocer por fin su necesidad de negociar con una América Latina fuerte e integrada. Este reconocimiento podría incluso asumir la forma de un libre comercio de todas las Américas, como lo propone el ALCA. Pero sería un error brutal de la región renunciar a su unidad más profunda a cambio de ese libre comercio que no existirá sin su fuerza subregional. Deberá tener la fuerza de imponer la combinación de ambas realidades: la unidad bolivariana del continente tendrá que ser respetada por Estados Unidos. Y sobre esa base podrá haber un nuevo panamericanismo en el que una América Latina fortalecida podrá negociar el destino común del continente americano. Esto parece un sueño, pero se hará realidad. Llegó la hora de atreverse.

NOTAS

1. Ver nuestro libro: El nuevo carácter de la dependencia, CESO, Santiago de Chile, tema retomado y profundizado en Imperialismo y dependencia, Era, México, 1978.
2. Ver nuestro artículo «Integração latinoamericana: forças políticas em choque, experiencias, perspectivas», en la Revista Brasileira de Ciência Política, vol. 1, nº. 1, marzo de 1989, Brasilia, pp.71 a 90.

VIII Brasil: de la trampa neoliberal al nuevo bloque histórico, 1994-2004

EL PLAN REAL Y SU CONTEXTO

La crisis financiera y cambiaria que se abatió sobre Asia entre mayo de 1997 y mediados de 1998, afectó duramente a algunos países latinoamericanos. No es éste el lugar para abundar sobre la crisis asiática. En el diario Reforma de México y en varios otros periódicos, publiqué textos en los que exponía mis impresiones sobre las razones y las proyecciones de estos fenómenos.

Para mí, la crisis asiática reflejaba cambios globales en las relaciones de las economías del Este asiático con Estados Unidos, debido a la reorientación de la política económica de ese país. El gobierno de Clinton abandonó la política de altas tasas de interés, déficit fiscal, revaluación cambiaria, déficit comercial, aplicada durante los gobiernos de Reagan y Bush, para pasar a una política de bajas tasas de interés, equilibrio fiscal, devaluación monetaria, disminución de su déficit comercial.

La nueva política limitaba drásticamente el mercado norteamericano en el que se había apoyado la expansión comercial de los llamados «Tigres» Asiáticos, de los «gatos» que los siguieron, y del propio Japón. La revaluación del yen (un dólar valía 136 yenes a principio de los años noventa, y 84 yenes en 1996) produjo un cambio en las corrientes comerciales asiáticas, particularmente en el Pacífico del Este. Gran parte de las exportaciones destinadas de Estados Unidos se reorientaron hacia Japón, cuya revaluación monetaria lo convirtió en un gran importador, sin necesidad de ninguna devaluación cambiaria para las demás economías exportadoras. En ese período, la China continental vino a ocupar el espacio dejado libre en el mercado norteamericano. Su moneda fue fuertemente devaluada durante todo el período. Aliados a una política industrial profundamente favorable a la exportación, Estados Unidos desarrolló una serie de iniciativas volcadas a la participación activa de China en la economía mundial.

Esta situación cambió radicalmente con la devaluación del yen, obtenida por presiones japonesas a fines de 1996 y comienzos de 1997. En pocos meses, la moneda japonesa, que había alcanzado la alta cotización de 84 yenes por dólar, cayó a 130 y hasta a 140 yenes por dólar. En consecuencia, el mercado japonés para los «tigres» y los «gatos» asiáticos.

¿Cómo regresar al mercado norteamericano ya ocupado por China?

Habría que devaluar fuertemente las monedas de estos varios países (en la misma proporción que la devaluación japonesa) para recuperar su poder de venta, tanto para Estados Unidos como para Japón. Habría que reestructurar la política industrial de complementaridad con Japón para enfrentarse al mercado norteamericano y al competidor chino.

En este contexto, las economías del Este asiático, menos China continental, Hong Kong y Taiwán, se convirtieron en presas fáciles de la especulación internacional. Los créditos fáciles de origen japonés, las entradas de capitales especulativos de corto plazo para explorar la valoración bursátil y las oportunidades de inversión se convirtieron en factores de fragilidad. La devaluación era el único camino. Pero vino acompañada con la fuga de capitales y el agravamiento de la crisis cambiaria. Y la intervención estatal inexorable junto al capital financiero.

Hay que tener claro que, en un mundo bajo la inspiración neoliberal que aún rige la acción de las instituciones financieras internacionales, el dogma de la no intervención estatal desaparece tan pronto como se trata de defender los intereses del sector financiero. Intereses altos, aumento de la deuda pública, financiamiento de las instituciones financieras en quiebra, son formas brutales de intervención estatal que no provocan ni una sola restricción por parte de los neoliberales. Por supuesto, es sabido a quién sirven estas teorías.

También hay que señalar que los bancos centrales de los países desarrollados ya conocían estas amenazas. La Reserva Federal norteamericana se anticipó a la crisis y elevó la tasa de interés en Estados Unidos, preparándose para atraer los capitales especulativos anteriormente orientados hacia las economías emergentes.

Existía la amenaza de que una corrida de capitales, de vuelta a Estados Unidos, abarcara no sólo a los países asiáticos sino también a los demás países que se apoyaban, y se apoyan, en este tipo de inversiones. Entre éstos, las economías latinoamericanas aparecían, y aparecen, como las presas más vulnerables de la especulación mundial.

Pero México ya había pasado por su crisis y se encontraba bajo la protección del FMI y del gobierno norteamericano. Argentina se había vuelto cada vez más dependiente del mercado brasileño, al que destinaba casi 30 por ciento de sus exportaciones. Brasil quedaba, pues, fragilizado por una sobrevaluación cambiaria y un creciente déficit cambiario. La amenaza de una retirada masiva de capitales del país era bastante real. ¿Qué capacidad tenía el gobierno brasileño para reaccionar a esta situación?

Dado el alto grado de compromiso del Plan Real con el llamado «anclaje cambiario», al gobierno sólo le quedaba provocar un movimiento contrario a la salida de capitales, o cambiar su política. Basándose en el alto nivel de sus reservas (62 billones de dólares a mediados de 1997), el gobierno brasileño se lanzó en una aventura sólo posible en un espacio económico altamente centralizado, y en presencia de una sociedad civil débil y pasiva: elevó la tasa de interés casi al doble (de 28,6 por ciento a 42 por ciento) y lanzó al mercado financiero grandes cantidades de títulos para garantizar esa tasa de interés increíble, totalmente artificial, que nunca se habría dado siguiendo las leyes de un libre comercio. Fue una de las más virulentas intervenciones estatales conocidas en los anales económicos mundiales. Una vez más, la intervención estatal brutalmente arbitraria y fuertemente contradictoria con las tendencias del mercado, fue aplaudida en forma unánime por los defensores de la soberanía del consumidor y del respeto a las leyes ciegas del mercado...

Para respaldar los enormes costos de esta política, el gobierno se vio compelido a abrir una nueva brecha en el gasto público, sobre todo el gasto dedicado a las verdaderas funciones del Estado. Así, se ampliaba la intervención estatal a favor de una política monetaria que pone a su servicio la política fiscal, mientras que los verdaderos objetivos del Estado quedaban terriblemente debilitados tras años y años de mal uso de los recursos públicos de la nación. Para atender el servicio de una deuda pública que nunca creció tanto como en esos años y que generaba intereses estratosféricos, no había más remedio que recortar aún más los gastos en educación, salud, vivienda, etcétera, mientras se buscaba nuevas fuentes de recaudación. La dimensión avasalladora de los costos financieros hizo insuficientes los recortes sucesivos y crecientes del gasto público, siempre inferior al aumento puramente contable del pago de los servicios de la deuda.

El déficit público brasileño tuvo un comportamiento sumamente ilustrativo del costo de esta aventura de la política económica.

El déficit público representaba 5,66 por ciento del PIB en enero de 1997. Una costosa política de disminución de la tasa de interés había permitido bajarla a 4,39 por ciento del PIB en agosto de 1997. Con la respuesta a la crisis asiática y el aumento de la tasa de interés, el déficit fiscal regresó al nivel anterior y lo suplantó: 6,18 por ciento en enero de 1998.

Hay que señalar, para insistir en la gravedad del problema, que en el mes de enero de 1998 los ingresos del gobierno central brasileño superaron los gastos en 211 millones de dólares. En ese mismo mes, los gastos con intereses nominales llegaron a 5.58 billones de dólares, y la deuda pública brasileña subió a 316.7 billones de dólares, alcanzando 35,3 por ciento del PIB, porcentaje relativamente bajo, pero muy preocupante para un gobierno cuya deuda pública llegaba, tres años antes, a 62 billones de reales. Es fácil entender la preocupación generalizada que se presentó entonces con respecto al destino del Plan Real brasileño.

Ante tan graves restricciones y tan poderosos desequilibrios, en el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, The Economist, los presidentes de los bancos centrales europeos, los economistas de orientación opuesta como Dornbusch y Barro y, evidentemente, los empresarios, los dirigentes sindicales, y la población en general, se suscitó en esa época una aprehensión generalizada en cuanto al destino del Plan Real.

Para organizar el análisis de la evolución de esta situación, tal vez sea interesante replantear los fundamentos de este programa económico y examinarlo a la luz de los acontecimientos posteriores¹. El Plan Real tenía por objetivo la estabilización monetaria ante una situación cercana a la hiperinflación, asentándose en tres puntos principales de anclaje:

1. El ancla cambiaria, basada en el establecimiento de una paridad más o menos rígida del real con el dólar;
2. El ancla monetaria, basada en la contención de la emisión y del crédito;
3. El ancla fiscal, basada en el equilibrio presupuestario.

Es evidente la inspiración monetarista y neoliberal de este Plan Real, que reprodujo los intentos anteriores de contener la inflación en Brasil.

Pero se habían agregado dos importantes detalles: la inflación mundial estaba en caída por las razones ya analizadas en este libro, provocando una apatía colosal de la sociedad civil, capaz de aceptar cualquier cosa (como la expropiación de sus ahorros, determinada por el Plan Collor sin ninguna reacción popular).

El anclaje cambiario

El primer fundamento del Plan Real fue el anclaje cambiario. Como se sabe, mediante un artificio bien dominado por los economistas brasileños, en 1993 se creó una moneda de referencia equivalente al dólar, la ufir, a la que se referían los precios de todos los productos y servicios en el país. Esta moneda meramente contable se convirtió enseguida en una moneda real. Así se inauguró un nuevo período de política estabilizadora

con una nueva moneda en circulación: el real. Lo que causó extrañeza fue el hecho de que esta nueva moneda había nacido en julio de 1994 con un valor superior al dólar: 0,94 centavos por dólar.

Este hecho puso en el tapete, desde el inicio, el tema de la sobrevaluación. Como todos los precios estaban referidos al dólar a través del artificio de la ufir, y como la nueva moneda tenía que ser equivalente al dólar, su sobrevaluación creaba de inmediato un desfase entre los precios nacionales y los precios en dólares. Si además se toma en consideración el hecho de que los precios nacionales tendían a ser sumamente elevados debido a que los agentes económicos temían una congelación de precios, como había ocurrido durante el Plan Cruzado en 1986, se puede medir el alcance del fenómeno de la sobrevaloración de los productos y servicios nacionales. Esta tendencia aumentó aún más después de la instauración del real: el dólar llegó a valer 0,84 reales en noviembre de 1994, y 0,85 reales en enero de 1995, debido a una euforia ingenua o una especulación muy artera.

Se creó un «mercado libre» para el cambio, aunque después se percibió que no era tan «libre». En realidad, desaparecieron las tasas oficiales de cambio, pero se creó una situación extraña. El valor del real se forma en un mercado de divisas cuyo monto es irrisorio, ya que en Brasil casi no circulan monedas internacionales. Este mercado resulta fácil de monitorear para el Banco Central, que había iniciado este proceso con reservas de casi 32 billones de dólares. Luego se descubrió que el real no tenía libre convertibilidad y estaba sometido a un sistema de control de cambio regido por el Banco Central. Mediante este sistema, el dólar se mantuvo devaluado.

Entre junio de 1994 y diciembre de 1997, el real se devaluó en aproximadamente 33 por ciento: de 0,84 por dólar, pasó a 1,12 por dólar, mientras que la inflación interna aumentaba oficialmente a 37 por ciento. Si se descuenta la inflación del dólar en ese período (en torno a 6 por ciento), se observa que los productos brasileños se encarecieron en dólares de 30 por ciento a 32 por ciento y, por ende, perdieron en competitividad internacional en la misma proporción.

Si se toma en consideración la alta tasa de interés y la consecuente alta tasa de beneficio atada a los precios brasileños, esta desventaja se hace aún mayor. Y si se suman las escalas de producción (restringidas por la insuficiente renta del mercado interno), la obsolescencia tecnológica, la baja calidad de la mano de obra, y el llamado costo Brasil², se puede entender nuestra bajísima competitividad internacional, ya en esa época, a fines de 1997.

El efecto de esta administración sobrevalorada del llamado anclaje cambiario no se hizo esperar. El país detentaba un superávit comercial anual de 10.797 billones de dólares en 1994 (era de 13.3 billones en 1993, y de 15.6 billones en 1992), y cayó a un déficit anual de aproximadamente 3.3 billones en 1995, de 5.5 billones en 1996, de 8.9 billones en 1997, y de aproximadamente 12.0 en 1998.

Este efecto era buscado por el poderoso sector de los economistas del Plan Real, que se inspiraban en la experiencia del gobierno de Salinas de Gortari, que llevó este modelo de anclaje cambiario hasta sus últimas consecuencias, en México. Estaba basado en un alto déficit comercial cubierto por la entrada de capitales de corto plazo. La meta de este grupo de economistas era aumentar el déficit comercial al máximo posible.

Llegaron a celebrar con entusiasmo las primeras señales del déficit comercial. Este modelo se completaba con el pago de intereses altos que cumplía dos objetivos: por una parte, servía como un factor de restricción del crédito y de la demanda, tal como lo exigía la segunda ancla. Por otra parte, los altos intereses pasaron a ser fundamentalmente un instrumento para atraer capitales especulativos que compensaran el déficit comercial con un superávit en la balanza de capitales y servicios.

Nadie puede poner en duda el temporal bienestar y hasta la euforia que provoca esta política (aplicada por primera vez en los años ochenta, por el gobierno de Reagan, como vimos en la segunda parte de este libro). La población puede abandonar la producción industrial y descuidar las exportaciones. Aunque trabaje menos, su moneda fuerte permite aumentar las importaciones a buen precio. Las entradas de capitales generan altas rentas en el sector financiero, el superávit de la balanza de capitales y las importaciones baratas yugulan la inflación. La moneda nacional fuerte permite gastar en viajes y compras en el exterior...

No cabe duda de que los monitores de esta política (en especial, el presidente Salinas de Gortari) dieron muestras de una gran habilidad y mucha osadía. La admiración por su «capacidad» llevó a Estados Unidos a respaldar el nombre del presidente, «economista de Harvard»³, para la presidencia de la recién creada Organización Mundial del Comercio. Nada mejor para recompensar al mejor economista-presidente del mundo.

Pero en este milagro había una falla. No nos referimos aquí a las quiebras en el sector productivo mexicano, obligado a competir con la mayor potencia mundial en un mercado abierto. Al margen de esto, el dinero que entraba recogiendo los intereses altos pagados por el Estado revertía su orientación a partir de un determinado momento.

Para formar las reservas con las que se pagaban los altos intereses internos, el gobierno mexicano había logrado suspender el pago de los intereses de la deuda externa —que, por cierto, se encontraban en baja—

por medio de una renegociación sumamente favorable de la deuda externa, llevada a cabo a comienzos de los años noventa. Los excedentes representados por las divisas que se dejaron de utilizar para pagar el servicio de la deuda externa, permitieron aumentar las reservas y, con ellas, garantizar los títulos de la deuda externa.

Pero con el pago de los altos intereses de los títulos de la deuda interna, estos recursos resultaron insuficientes. Fue necesario vender los activos estatales, en una privatización cuya inmoralidad es hoy unánimemente reconocida (ver el artículo al respecto, en Newsweek del 26 de agosto de 1998). Se generaron además otros recursos fiscales mediante radicales recortes del gasto en inversiones y en servicios públicos. Con los recortes de gastos, fue posible mantener un superávit primario en el presupuesto nacional.

Pero ni las reservas, ni las privatizaciones, ni los recortes del gasto público bastaron para disminuir la deuda pública, y tampoco sirvieron para pagar los altos intereses de los títulos públicos. En estas circunstancias, es fácil entender que el equilibrio fiscal y las reservas obtenidas a duras penas, con el sacrificio de la población, se deterioraron rápidamente.

Cuando se agotaron todos los recursos, y con el creciente deterioro de los servicios públicos, el Estado mexicano se vio sin medios para pagar unos intereses tan descarnados, y su moneda entró en crisis. El anclaje cambiario quedó destruido, y sólo aquellos que lograron sacar su dinero del país con anterioridad pudieron garantizar sus enormes ganancias.

¿Qué hacer con los 40 o más billones de dólares de los inversores internacionales que quedaron en México después de la crisis?

En este punto, intervino la «comunidad internacional», por presión de los norteamericanos. Se creó un fondo de casi 40 billones de dólares para proteger los inversores extranjeros, recuperar el peso mexicano, y obligar al Estado mexicano a saldar sus deudas a costa de nuevos recortes en el gasto público y otros medios de captar recursos en una población miserable. Para hacer viable este fondo, el Estado mexicano tuvo que entregar al gobierno norteamericano —que administra el fondo— los recursos de las exportaciones petroleras mexicanas.

Habiendo presenciado todo esto, en 1994 los economistas del Banco Central brasileño tuvieron que revisar forzosamente sus políticas (aunque no revisaron las bases teóricas que los llevaron —junto con Salinas de Gortari— a estas locuras, pagadas por el duro trabajo de la población).

En primer lugar, ampliaron el margen de fluctuación del real, creando la banda cambiaria, operación que tuvo un alto costo en dólares, tomados de las reservas del país. Por otra parte, empezaron a poner restricciones

al déficit comercial, buscando restituir la protección tarifaria a los sectores económicos que habían entregado, de cualquier manera, a la competencia internacional. Pero, hasta 1998, no lograron revertir la tendencia al «déficit» comercial, pues ninguna de estas medidas puede compensar un desfase cambiario de más de 30 por ciento.

Al mismo tiempo, temerosos del «efecto tequila» que llevaría a la consecuente caída de los capitales especulativos latinoamericanos, elevaron los intereses de la deuda pública a niveles estratosféricos, provocando una importante entrada de capitales externos. Resulta impresionante ver que un país que transfería 4.7 billones de dólares en 1990 y 4.1 billones en 1991 en remesas al exterior, pasara a tener una cuenta positiva de capitales de 25.2 billones de dólares en 1992, de 9.9 billones en 1993, de 8.9 billones en 1994, de 30.7 billones en 1995, de 33.0 billones en 1996, y algo similar en 1997. Valía la pena correr los riesgos de una economía totalmente insana, debido a la remuneración excepcional que el capital especulativo recibía en el país, con todas las garantías del Estado, ya que era éste quien pagaba los gigantescos intereses de la deuda generada única y exclusivamente para atraer la inversión externa y enjugar los capitales internos.

Puede decirse que el gobierno había generado la deuda por razones de política económica, porque en esa época ya había un superávit fiscal primario y, por ende, no existía ninguna razón para contraer deudas. Por cierto, esta situación fiscal favorable es característica de nuestros países latinoamericanos. En el caso brasileño, teníamos una deuda interna de cerca de 64 billones de reales ya creada mediante estos mecanismos financieros: altos pagos de interés por una falsa deuda pública, que generaba emisión de más deuda, para pagar los servicios de las falsas deudas anteriores.

Así pues, no se puede imaginar un cuadro de mayor perversidad que el que se escondía tras una falsa bonanza. Tenía que estallar tarde o temprano, como ocurrió en México en 1994 y 1995. Así pues, el anclaje cambiario ya estaba definitivamente comprometido en 1998.

El anclaje monetario y el anclaje fiscal

Con esta política, los economistas del gobierno de Fernando Henrique Cardoso pusieron en riesgo la segunda ancla: la restricción a los medios de pago. Para enjugar la liquidez generada por la entrada masiva de dólares en la economía (que comprometía sus metas de contención inflacionaria), los estrategas del real sólo tenían como opción «esterilizarlos». Para ello, aumentaron cada vez más los intereses y emitieron más y más títulos de «deuda pública».

Obsérvese que la deuda pública aumentaba no para cubrir el gasto público, cada vez más restringido y hasta superavitario, sino para impedir el crecimiento de la masa monetaria. Los recursos así captados fueron convertidos en reservas internacionales, que crecieron de 40 billones de dólares en julio de 1994 a 50 billones en diciembre de 1996, y 51 billones en diciembre de 1997, enfrentadas a la salida de capitales motivada por la crisis asiática. Pero como estas reservas rendían intereses de un dígito, ya que se pagaba más de 50 por ciento de interés al inversor extranjero, las reservas crecieron hasta 60 billones, y la deuda interna a 160 billones en 1995, llegando a 250 billones en 1998.

Al mismo tiempo, de tanto aumentar así la deuda pública, comprometieron seriamente la tercera ancla, es decir: el equilibrio fiscal. De este modo, se creó un círculo vicioso: la segunda ancla se hacía dependiente de la primera, y en cuanto hubiera un déficit comercial u otros déficits cambiarios (salida de royalties, beneficios, gastos en el exterior, fletes, etcétera), el Estado brasileño se vería obligado a atraer capitales especulativos del exterior. Para atraer capitales, es necesario esterilizarlos, aumentar los intereses de la deuda interna, y comprometer el equilibrio fiscal. La primera ancla lleva a la crisis de la segunda y de la tercera.

Los gastos del gobierno federal, de las gobernaciones y de las empresas estatales por concepto de intereses de la deuda externa llegaron a crecer 41,27 por ciento en 2007.

Más grave aún: en algún momento, el Estado brasileño iba a gastar todo lo que, como reservas, venía acumulándose en esos años, por las mismas razones que hicieron que México liquidara sus reservas. Las principales fuentes de formación de reservas fueron las siguientes:

1. La suspensión de pagos de intereses internacionales y su renegociación fue más fácil a principios de la década de los años noventa, debido a la caída de los intereses internacionales. Con esta caída, los acreedores ya no estaban tan interesados en cobrarlos de inmediato. Esta fuente de divisas constituyó un recurso importante en esa época. Pero ya se había secado a mediados de la década, al reanudarse el pago de los intereses internacionales, aunque en forma más moderada que en los años ochenta.
2. El aumento de la recaudación del Estado por medio de las «privatizaciones», o mejor dicho: la venta de los activos estatales más lucrativos (¿será que en el futuro se descubrirá, como pasó en México, que estas privatizaciones sirvieron para enriquecimientos similares a los que se dieron en beneficio de los hermanos Salinas de Gortari y sus socios?. Aunque para 1997 aún quedaba mucho por privatizar en los sectores de telecomunicaciones, electricidad y petróleo, estos recursos tendrían su límite y no podrían cubrir los inmensos compromisos en pago de interés asumidos por el Estado.
3. El recorte de las inversiones públicas, ya sumamente restringidas en Brasil, fue otra fuente de formación de los excedentes fiscales llamados primarios. Esto incide sobre todo en el crecimiento económico, causando

recesión y aumento del desempleo. Además, la disminución o el estancamiento de los gastos en educación, salud, transporte, vivienda, pone en riesgo el llamado «capital humano», y compromete cualquier política de reanudación del desarrollo y del aumento de la competitividad internacional.

4. El recorte de gastos operacionales, salarios, número de empleados públicos, etcétera, pone en riesgo el propio funcionamiento del Estado y su capacidad de formular políticas públicas.

Es evidente que medidas como éstas conducen el Estado a una creciente ineficiencia (punto de llegada, y no punto de partida del proceso). Pero no fue la ineficiencia, el patrimonialismo y el corporativismo anteriores (que, por cierto, no fueron eliminados sino que, al contrario, se agravaron en un ambiente de creciente escasez de recursos) lo que provocó la actual crisis de gasto público, sino el aumento del pago de intereses para defender el sistema bancario y financiero, que habían entrado en la crisis general.

Hay que considerar además los efectos de la recesión económica. Entre otros, su impacto negativo sobre la recaudación fiscal es una de las causas más serias del déficit público, que produjo un impresionante aumento de la carga fiscal durante el Plan Real.

Los gastos en pago de intereses de la deuda representan una forma de gasto público que dificulta cualquier intento de lograr el equilibrio fiscal.

Al iniciarse el Plan Real, el gobierno estableció como meta acabar con el déficit fiscal primario (sin incluir el servicio de la deuda). De hecho, desde hacía muchos años veníamos disponiendo de un superávit fiscal primario, como puede verse en la Tabla 6. En 1994, año de la instauración del real, este superávit aumentó de 2 por ciento a 4,2 por ciento del PIB a nivel nacional, y de 0,6 por ciento a 0,9 por ciento del PIB en las entidades estatales y municipales. Sin embargo, en los años siguientes, no fue posible mantener estos resultados tan altos, porque había que recortar más gasto público sin causar un caos económico y social. El aumento del servicio de la deuda pública consumió totalmente los superávits primarios.

En los años ochenta, período de agigantamiento de la deuda pública para pagar la deuda externa (y la prolongada y casi hiperinflación resultante), se exacerbó la especulación financiera, y se intensificó a niveles inaceptables la participación del sector financiero en la renta nacional. En un período de reajuste como el que siguió en los años noventa, este sector tuvo que reasumir la proporción razonable de una economía capitalista equilibrada. Esto significaría la insolvencia del monstruoso aparato financiero que se creó en este país y en varias partes del mundo. Pero, hasta ahora, el gobierno sólo ha patrocinado un aspecto de esta contención: el despido masivo de trabajadores bancarios. A lo sumo, el Estado preservó los artificiales activos financieros,

a fin de garantizar la confianza en nuestro sistema financiero. Se creó el Programa de Estímulo a la Reestructuración y el Fortalecimiento del Sistema Financiero que, sólo en el primer año de su funcionamiento (1996), gastó 14 billones de dólares.

En consecuencia, el Tesoro Nacional —que ya había sido tomado por asalto con los absurdos pagos de intereses del capital especulativo internacional— tuvo que responsabilizarse por la especulación financiera nacional. Se han destinado recursos incontables del Tesoro Nacional a esta tarea, una tarea sin gloria ya que nada podrá impedir a largo plazo la quiebra de estos bancos. Gran parte de los cuales, por cierto, ya han pasado a manos de bancos extranjeros. Éstas son cuestiones de prioridades, de políticas públicas, establecidas por quienes tienen poder en el aparato del Estado. Pero son presentadas al pueblo brasileño como necesarias e inevitables opciones de política económica. Hasta se utilizan los conceptos de libre comercio y equilibrio económico para defender una brutal intervención del Estado contra las tendencias del mercado, causante de unos desequilibrios estratégicos por los que tendremos que seguir pagando durante muchos años más... Resulta interesante ver que muchos liberales radicales se quedan callados o se limitan a hacer moderadas críticas al intervencionismo económico cuando éste favorece a los sectores sociales con los que están comprometidos...

Así, no es de extrañar que la comunidad de economistas internacionales de las más distintas orientaciones teóricas y doctrinarias se haya mostrado aprensiva con respecto al destino de la economía brasileña. Si se mantiene este intervencionismo estatal voluntarista, a favor del sistema financiero especulativo internacional y nacional, los 62 billones de dólares de las reservas acumuladas entre 1994 y 1998, con grandes sacrificios, no bastarán para asegurar el monitoreo de los desequilibrios resultantes.

Estos ya profundos desequilibrios cambiarios y déficits fiscales se acentuaron, debido en parte a la crisis asiática que llevó a un nuevo aumento de las tasas de interés. Este aumento tuvo que ser muy alto ya que el gobierno había eliminado radicalmente la opción de la devaluación cambiaria. En consecuencia, fue necesario proceder a nuevos recortes del gasto público, agrupados en un paquete de cincuenta y una medidas fiscales. Al mismo tiempo, se acentuó la rigidez de la política cambiaria. Brasil se convirtió en el principal cliente de Argentina (en esa época, aproximadamente 30 por ciento de las exportaciones argentinas iban a Brasil) y fue fuertemente presionado por el presidente Menem en persona para no devaluar la moneda durante la crisis asiática.

Al mismo tiempo, el temor a que una devaluación cambiaria provocara un ataque inflacionario o un trauma psicológico que interfiriera en las elecciones presidenciales de 1998, impidió que estos desequilibrios se corrigieran.

Ante la falta de soluciones racionales que llevaran a un equilibrio macroeconómico, sólo quedaba el camino de las privatizaciones forzadas, a todo dar, que se propusieron como una «solución» inmediata. Los 40 ó 50 billones de dólares que se esperaba conseguir así en 1998 no resolverían la situación de desequilibrio global que el país enfrentaba. Tampoco servirían para pagar los intereses de la deuda interna, en vertiginoso ascenso. Pero era la única «solución» disponible, aunque de carácter forzoso. El único camino que podía dar una connotación virtuosa a este proceso era el aumento de las exportaciones. Ahora bien, ¿cómo aumentarlas, con un cambio sobrevaluado, una tasa de interés interna altísima —en un mundo de bajas tasas de interés— y la carencia de una política industrial en el país? Otra opción habría sido aumentar la captación de capitales productivos, de inversiones directas, en general destinadas a la exportación, ya que el mercado interno estaba amenazado por una merma del crecimiento, y hasta por una recesión, que se produjo entre 1999 y 2000.

Aunque las inversiones externas aumentaban su entrada en el país, se dirigían a la adquisición de empresas del sector de la electricidad, las telecomunicaciones, y otros servicios; excepcionalmente, también se dirigían al sector del automóvil y otros sectores industriales, con miras a un aumento de las exportaciones de autos y repuestos para las propias empresas productoras. Se trata de una industria maquiladora mucho menos importante que la que se ha desarrollado en la región fronteriza entre México y Estados Unidos.

Para atraer inversiones productivas directas, había que asegurar una mano de obra calificada y barata, y además otros subsidios estatales.

Pero, ¿cómo atraer estas inversiones, con una mano de obra sin preparación, sin educación, salud, vivienda, tiempo libre, con una enseñanza pública fracasada y con recursos que sólo sirven para perpetuar este fracaso? ¿Y cómo podría mejorar esta situación, con un Estado en proceso de destrucción?

No hay que ir más lejos para mostrar lo que es sabido por todos: se necesitaba una severa revisión de las concepciones económicas y de las prioridades. Toda la nación brasileña reaccionó y reacciona a la política económica y a las políticas públicas que tienen como prioridad absoluta la revaluación de la moneda nacional, aunque sea a costa del equilibrio cambiario, monetario y fiscal. Las políticas públicas han tenido que ajustarse a una creciente escasez de recursos, generada por el desequilibrio cambiario y fiscal, el cual es producido por la política económica.

Considerar tal política como un ejemplo de estabilidad económica resulta simplemente grotesco. Lo cierto es que vamos hacia desequilibrios brutales a través de una violenta intervención del Estado contra las tendencias del mercado.

No obstante, tal intervencionismo no se ha hecho y no se hace para beneficio de la población y de su bienestar, como se dice que ocurre en los llamados Estados de Bienestar o Providencia. Se hace para beneficio de sectores muy restringidos de la población, aun cuando una estabilidad de la moneda podría resultar favorable para un sector significativo de la población, mientras dure.

Pero vemos a qué costo se logra esta estabilidad, y lo mucho que el futuro de la población depende de esta aventura. No cabe duda de que, al prevalecer esta política, era inevitable una crisis similar a la del México de Salinas de Gortari. Había que proceder rápidamente a ciertos cambios, porque cuando la crisis se produjera, los cambios tendrían que ser más dramáticos. Y una fuerte devaluación cambiaria, unos ajustes fiscales suplementarios, podían llevar al país a una considerable crisis social y política, cuyas consecuencias eran muy difícil de prever. Pero antes de las elecciones de 1998, en las que el presidente Fernando Henrique Cardoso era candidato a la reelección, éste no procedió a la necesaria devaluación de la moneda. No obstante, todo indicaba que las llevaría a cabo inmediatamente después. Era entonces la expectativa general, que colocaba el Plan Real ante su primera crisis significativa.

La esencia del plan real y la crisis de 1999

En varias oportunidades, hemos mostrado las contradicciones internas del programa económico iniciado en 1994, que dio origen a la nueva moneda brasileña: el real. El programa era tan monetarista que fue conocido con el nombre de la moneda: Plan Real. Ése es el signo de los programas o «paquetes» de los últimos tiempos. Se trata de simples ejercicios de la política financiera que pasa a gobernar estos países.

No se trata de negar la importancia del fenómeno financiero. Con inflaciones cercanas a la hiperinflación, el funcionamiento de cualquier economía se hace muy difícil. Era necesario entonces contener la fuerte inflación mundial de los años setenta y ochenta. De hecho, la caída de los precios del petróleo en 1979 fue el primer golpe en los países centrales.

Pero las economías periféricas se hallaban en malas condiciones debido a la crisis de la deuda externa que generó una onda inflacionaria cuando los gobiernos aceptaron pagarlas a cualquier costo entre 1982 y 1986, hasta que se inició una renegociación en 1988.

Pero los orígenes globales de la inflación demostraron la dificultad de superarla sin profundos cambios políticos, que no parecían viables en la coyuntura del avance conservador de los años ochenta.

En cambio, los años noventa transcurrieron bajo el signo de la deflación, como ya lo anunciábamos desde 1989 en varios trabajos.

La crisis de octubre de 1987 inició el movimiento deflacionario, con la caída de los activos monetarios producida por la devaluación del dólar. Enseguida, también cayó el mercado accionario. A continuación, a partir de 1989, se rompió la «burbuja» financiera norteamericana, con las quiebras bancarias que se generalizaron en todo el mundo durante los años siguientes.

Cayeron los precios de los inmuebles sobrevalorados en la anterior onda especulativa. Los gobiernos de la periferia declararon moratorias de hecho, y el Plan Brady empezó a aceptar el carácter político de las deudas externas y una negociación de las mismas, que se consolidó al principio de los años noventa.

Brasil siempre estuvo en la periferia de estas crisis. Pese a haber contraído la mayor deuda internacional, no asumió ninguna posición de liderazgo en las negociaciones de la deuda mundial. El pueblo brasileño, absorto en sus luchas internas para deshacerse de una dictadura militar paralizante, apoyó una propuesta de política económica nacionalista en sus métodos, pero totalmente subordinada en sus concepciones estratégicas: el Plan Cruzado. Se trataba, otra vez, de un programa para el cambio de la moneda: un cruzado sustituía varios cruzeiros.

El Plan Cruzado establecía el control generalizado de los precios, e incluso una «congelación» de los mismos en un primer momento. Se trataba de una de las modalidades más crudas de la política económica:

si todos los precios suben, el problema se resuelve decretando su congelación. Pero esto generó una «explosión» de consumo, y el problema de los precios relativos condujo inexorablemente al mercado negro. Se decretó la paridad del cruzeiro con el dólar y su estabilidad, ya que los precios estaban estables. Además de generarse un mercado negro, se produjo un auge de las importaciones y una caída de las exportaciones, con el agotamiento de las reservas. Hay que recordar que, pese a que iban perdiéndose las reservas, los intereses internacionales seguían siendo pagados.

Y el plan fracasó. ¿Y cómo no iba a fracasar? Pero la dureza tuvo manifestaciones más sutiles, valga la paradoja... Si decretar la congelación de precios puede provocar tantos problemas con una demanda desatada, tomemos todos los ahorros del país, acabemos con la liquidez, y caerá la inflación. Esto fue lo que el Plan

Collor puso en práctica. Pero, esta vez, la locura fue tan generalizada que fue referible ponerle al plan el nombre del presidente que hizo tal locura.

Como no era posible apropiarse de estos recursos sin devolverlos posteriormente (a no ser que estallara una insurrección), estos ahorros fueron devueltos progresivamente a sus dueños, retornando a la situación anterior. Pura pérdida: la inflación regresó a los niveles anteriores.

Pero las argumentaciones elementales aún tenían nuevas posibilidades.

En definitiva, el pueblo brasileño se reveló capaz de servir de conejillo de Indias para cualquier tipo de experiencia pseudocientífica de los técnicos.

Luego, el lenguaje cambió: se habló entonces de anclas. Una imagen adecuada para esa navegación sin rumbo a la cual está sometido el país. Se dijo entonces que el anclaje monetario (Plan Cruzado) falló y que el anclaje financiero-monetario-fiscal (Plan Collor) fracasó. Había que domar el dragón de la inflación con el anclaje cambiario en primer lugar, ayudando con el anclaje monetario-financiero-fiscal.

Después de dolarizar los precios, se decretó un real igual y hasta superior al dólar. El efecto fue el mismo: la moneda sobrevaluada produjo un déficit comercial, el crecimiento del turismo externo, el aumento de otros gastos en el exterior. Pero se descubrió la solución exigida desde afuera por el Consenso de Washington: sobran los capitales de corto plazo por el mundo, hay que traerlos para cubrir el déficit comercial y la balanza de pagos. Para ello, hay que elevar los intereses que el Estado paga por sus títulos. El Estado pasó a emitir títulos aún cuando no había gastos para efectuar.

Pero esto aumentó la deuda externa de 60 billones de dólares a 300 billones en dos años!

En consecuencia, había que cambiar el tipo de capitales importados, agilizar las privatizaciones, y atraer capitales a largo plazo. Por suerte, Brasil tenía y sigue teniendo mucho que vender. Pero los resultados de las ventas no bastaban para pagar los intereses de la deuda interna. El país pagó 50 billones de dólares por intereses en un año. El déficit fiscal subió a 7 por ciento del PIB, pese a los enormes recortes del gasto público y al aumento de las entradas fiscales.

¿Qué hacer? ¿Abandonar el modelo tan brillantemente montado? Así lo indicaba la presión del FMI en el sentido de proceder a una devaluación cambiaria y un ajuste fiscal. Tenía serias razones para ello: no era posible aceptar un «ajuste estructural» que asegurara la solidez de la moneda mediante un desequilibrio

profundo de todas las variables macroeconómicas: apreciación cambiaria absurdamente alta, déficit comercial y de pagos, captación de capitales que generan presión monetaria, esterilización de estas entradas de capital con la formación de reservas artificiales en divisas, creciente endeudamiento para formar estas reservas, déficit público también creciente. Desequilibrios tras desequilibrios, inevitables. En algún momento, habría que proceder a un ajuste de cuentas.

Ante la presión internacional, el gobierno brasileño anunció un ajuste cambiario después de las elecciones, en las que el presidente Fernando Henrique Cardoso era candidato a la reelección. Sabiamente, los capitales se retiraron un mes antes de las elecciones. Entre 1 billón y 1.7 billones de dólares salieron del país cada día, haciendo caer las reservas a 20 billones de dólares. La crisis internacional y la moratoria rusa acentuaron este comportamiento.

El gobierno brasileño se vio obligado a indexar sus títulos con el dólar aumentar aún mas los intereses, para tratar de detener la salida de capitales. Esto elevó el déficit público y exigió 5 billones de dólares mensuales en nuevos pagos de intereses. Se anunciaron recortes de 4 billones de dólares anuales en el gasto público. El déficit público se elevó a 10 por ciento del PIB.

¿Podía esta política restablecer la confianza en el real mientras se aguardaba a que las elecciones se llevaran a cabo el 4 de octubre de 1998? Hay que recordar que en Brasil una victoria inferior al 50 por ciento exige una segunda vuelta electoral entre los dos candidatos con mayor votación.

En este caso, el presidente Fernando Henrique Cardoso tenía que mantener la situación hasta el 15 de noviembre de 1998, lo que resultaba simplemente imposible. Así se llegó a mediados de 1998. El pueblo brasileño, atónito, confundido, sometido al control de prensa más rígido de nuestra historia, se aprestaba a ser una vez más la víctima de una nueva experiencia tecnocrática.

Brasil en la trampa neoliberal

El 4 de octubre de 1998, se llevaron a cabo en Brasil las elecciones presidenciales y las elecciones legislativas para parte del senado y toda la Cámara de Diputados, así como las elecciones de gobernadores y asambleas estatales. Un elemento absolutamente nuevo en estas elecciones era el derecho de los ejecutivos (el presidente y los gobernadores) a presentarse para la reelección.

Brasil es un verdadero mosaico político. El presidente Fernando Henrique Cardoso estaba apoyado por una alianza política sumamente amplia. Su partido, el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB), se formó en 1987, de una disidencia del Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB), sucesor del Movimiento Democrático Brasileño (MDB). Era el gran frente que se había opuesto a la dictadura militar entre 1964 y 1989, cuando fueron restablecidas las elecciones presidenciales directas.

Su aliado incondicional, que presentaba a la vicepresidencia a Marco Maciel, era del Partido del Frente Liberal (PFL), una disidencia formada en 1983 del Partido Demócrata Social (PDS), que apoyó la dictadura militar en el período de 1966 a 1980 con el nombre de ARENA. El PFL reunía algunos de los más expresivos liderazgos de la dictadura, pero se pasaron varios al PMDB y a otros partidos de oposición. El caso más exótico fue el del presidente José Sarney, presidente del partido de la dictadura hasta 1984, cuando se pasó a la oposición como candidato a vicepresidente de Tancredo Neves. Con la muerte de Neves antes de asumir el poder, correspondió a Sarney asumir la transición democrática como miembro del PMDB, donde se mantiene hasta hoy, junto con varios tráfugas de la dictadura.

Fernando Henrique Cardoso logró el apoyo un poco incierto del Partido Progresista Popular (PPB), partido que heredó los cuadros más conservadores y neoliberales de la dictadura militar. Ahí estaba Paulo Maluf, presidente del PPB, Roberto Campos, ya fallecido, Delfim Neto, y otras fichas de la dictadura. La representación de este partido en un ministerio fue discreta, pues no controlaba los ministerios económicos que habían deseado ocupar, y sus economistas disientían parcialmente de la política económica de Fernando Henrique Cardoso, como el gigantesco déficit fiscal, la sobrevaluación cambiaria, etcétera.

Luego, vino el apoyo de un partido muy «especial». El gobierno militar no había permitido que los herederos políticos de Vargas y Goulart recuperaran el nombre del antiguo PTB (Partido de los Trabajadores Brasileños). En una insólita decisión, el Tribunal Electoral entregó en 1982 la leyenda histórica del PTB a una señora casada con un sobrino de Vargas, que llevaba su apellido (Ivete Vargas). Este partido estaba dominado por un banquero que había fallecido durante el gobierno de Fernando Henrique Cardoso, pero apoyaba la ayuda del Programa de Defensa de los Bancos establecido por ese gobierno.

Lo más curioso siempre fue la posición del PMDB, que cuenta con exdirigentes de la oposición y notorios exdirigentes de la dictadura, como José Sarney. A pesar de tener ministerios importantes, el PMDB tenía un ala que llegó a ser hegemónica en la dirección del partido, opuesta al apoyo a Fernando Henrique Cardoso y que pretendió, sin éxito, lanzar un candidato propio a la presidencia. Por ello, este partido no tenía un candidato a la presidencia, aunque su mayoría apoyaba a Fernando Henrique Cardoso. Lo curioso es que, con las

elecciones del 4 de octubre de 1998, el PMDB volvería a ser el partido mayoritario en el Congreso Nacional, además de elegir gobernadores en la mayoría de las gobernaciones del país.

Una curiosa composición de fuerzas sustentaba entonces el gobierno de Fernando Henrique Cardoso. Tres partidos de derecha más o menos conservadores (PFL, PPB y PTB), un partido de centro dividido entre la centroderecha y la centroizquierda (PMDB), y su propio partido (PSDB) considerado como de centroizquierda, pese a haber asumido un programa claramente conservador y haber establecido una alianza claramente de centroderecha.

La oposición a Fernando Henrique Cardoso se organizó en torno a una alianza de izquierda, establecida tras muchas dificultades a pesar de haberse presentado unida en la segunda vuelta electoral de 1989: la verdad es que aún había resistencias regionales a la unión del PT (Partido de los Trabajadores) —formado en 1980, al reunir el sindicalismo de Sao Paulo y vastos sectores de los intelectuales, de las iglesias de izquierda, y de movimientos sociales que lucharon contra la dictadura— y el Partido Demócrata de los Trabajadores (PDT) que se unió a la izquierda del antiguo PTB, bajo el liderazgo de Leonel Brizola, a sectores del movimiento revolucionario armado contra la dictadura, y a políticos de oposición descontentos con las limitaciones de un Frente Amplio contra la dictadura.

Enseguida se incorporaron a este frente el Partido Socialista Brasileño (PSB), unido en torno al gobernador de Pernambuco, Miguel Arraes; el Partido Comunista de Brasil (PC de B), creado en 1961 con la escisión prochina del Partido Comunista Brasileño (PCB), que quedó dividido cuando su ala mayoritaria formó el Partido Social Popular (PSP) en 1989.

De hecho, el PSP se rehusó a participar en el Frente de las Izquierdas y apoyó la candidatura presidencial de Ciro Gomes, el ex gobernador del Estado de Ceará. Además de haber sido ministro de Economía de Itamar Franco cuando Fernando Henrique Cardoso presentó su candidatura a la presidencia, Ciro Gomes también fue uno de los principales fundadores del PSDB, sin embargo, no logró atraer a una escisión definitiva de este partido que se mantiene en el actual frente de centroderecha. Su candidatura se inspiraba en la Tercera Vía de Tony Blair.

La fuerza política de Fernando Henrique Cardoso provenía de dos fenómenos concomitantes. Por una parte, el éxito inicial de su política económica, al haber reducido drásticamente la inflación (de hecho, ya se llegaba a una hiperinflación de 2.000 por ciento al año). Por otra parte, se había constituido en la alternativa a un gobierno de izquierda, dirigida por Lula y Brizola, que asustaba no sólo a la derecha sino también a importantes sectores de clase media.

Hay que subrayar el hecho de que la caída de la inflación, acompañada de un aumento del salario mínimo, dio a Fernando Henrique Cardoso una base política muy sólida en las capas de bajos ingresos. Aunque las consecuencias recesivas del Plan Real ya habían aumentado en desempleo para 1998 y mermado el ahorro de los sectores medios, los sectores de más bajos ingresos temían, igual que la clase media, el retorno de la inflación. Y pese a que la oposición no había participado en ninguno de los gobiernos responsables de la inflación, fue acusada de amenazar la política antiinflacionaria por haber criticado el Plan Real.

¿Cuáles eran los puntos críticos de este plan que había instaurado la nueva moneda brasileña, el real?

Como ya vimos, el plan se apoyaba ante todo en un anclaje cambiario que pretendía mantener la paridad del real con el dólar, pero estableció un valor más alto para el real. Era lógico que esta sobrevaluación cambiaria produjera inevitablemente un déficit comercial y otros graves déficits en las transacciones corrientes del país con el exterior. Y ello resultaba aún más probable por el hecho de que el gobierno había decretado una baja general de las tarifas, pretendiendo «abrir» la economía.

El resultado fue dramático. De 1994 a 1997, Brasil saltó de un superávit comercial de 10 billones de dólares a un déficit de 8 billones. Más grave aún: el pago de fletes (que se agigantó con la ruina de la navegación y de la industria naval brasileña) se elevó a 5 billones por año; los gastos en turismo subieron a 7 billones; las deudas del país con el exterior pasaron de 148 billones a 190 billones, y su pago aumentó consecuentemente la salida de las ganancias de las empresas multinacionales (que se apoderaron de nuevos sectores por medio de las privatizaciones). El resultado fue un déficit en transacciones corrientes con el exterior de aproximadamente 1.7 billones en 1994, que subieron a 33.4 billones en 1997.

Pero lo más grave fue el mecanismo que se utilizó para cubrir el déficit de las cuentas corrientes. En ausencia de perspectivas comerciales favorables y de ventas de servicios en el exterior, la única solución era la captación de capitales. Dada la urgencia, se privilegiaron los capitales de corto plazo, atraídos por las altísimas tasas de interés de los títulos públicos, que llegaron a subir de 20 por ciento a 50 por ciento después de la crisis mexicana. El otro mecanismo de atracción de capitales externos fue la privatización de empresas estatales de alta rentabilidad, como la compañía Vale do Rio Doce.

Así, el endeudamiento público saltó a alturas incontrolables. No porque el gobierno estuviera gastando mucho, como erróneamente se decía, sino porque estaba y está pagando enormes intereses. En realidad, los títulos públicos lanzados en ese período buscaban captar los dólares del exterior y convertirlos («esterilizarlos») a reservas cambiarias. Esto permitió aumentar las reservas de 36 billones de dólares a 70 billones.

Sin embargo, el pago de gigantescos intereses elevó la deuda pública brasileña de 56 billones de dólares a 360 billones en cuatro años. Para entender el origen puramente especulativo de esta deuda —que era modesta en 1994—, hay que señalar que el aumento del pago de intereses llevó el déficit nominal (déficit, o mejor dicho, superávit primario + pago de intereses) del Estado a 7,18 por ciento del PIB. En 1996 y 1997 cayó la tasa de intereses, y este déficit cayó también a 5,87 por ciento y 6,15 por ciento del PIB. Con la crisis asiática, los intereses volvieron a subir en 1998, llegándose a un déficit fiscal de 7,70 por ciento del PIB.

Muchos economistas consideran que esta política es ortodoxa, pero esta ortodoxia resulta muy dudosa. Que el déficit de la cuenta corriente pase de un superávit de 10 billones de dólares a un déficit de 37 billones, y que la deuda pública pase de 65 billones de dólares a 360 billones, que un déficit fiscal pase de 1 por ciento o 2 por ciento del PIB a 7,7 por ciento del PIB, no son precisamente políticas ortodoxas.

Sus efectos son similares a los de las políticas ortodoxas: en 1997, la tasa de inversión promedio estaba estancada en 16,8 por ciento del PIB, por debajo del promedio de 18,37 por ciento & de la década perdida de los años ochenta, y mucho más por debajo aun de los 22,8 por ciento de fines de los años setenta. La distribución del ingreso seguía siendo sumamente concentrada (índice de Gini de 0,581). La deuda externa aumentó de 148 billones de dólares a 190 billones, y surgió una nueva deuda de empresas brasileñas en el exterior, que ya alcanzaba a 140 billones de dólares.

Según datos oficiales (cuestionados por los datos del Departamento Intersindical de Estadísticas), el desempleo aumentó de 5,41 por ciento en 1994 a 9 por ciento en 1998. Por último, el crecimiento económico, que es el reflejo de la política y lo que canaliza estos efectos, cayó a 1 por ciento en 1998 y una segura recesión en 1999, cuando se realizó la reforma fiscal ya prometida.

Evidentemente, tal política iba hacia el desastre. Un creciente déficit en las transacciones corrientes, sin posibilidades de reversión (basta decir que la participación brasileña en exportaciones mundiales cayó de 1,96 por ciento del comercio mundial a 0,97 por ciento entre los años ochenta y 1997), obligaba a una devaluación cambiaria que el gobierno se rehusó a efectuar «antes de las elecciones presidenciales». El déficit fiscal iba en aumento, ya que las altas tasas de interés tenían que mantener su nivel para no desestimular las entradas de capitales. Se trata de dos elementos contradictorios: el endeudamiento público tendía a aumentar y quedar fuera de todo control, poniendo en grave riesgo a la política antiinflacionaria y destruyendo el anclaje fiscal del real. Al mismo tiempo, el déficit en las transacciones corrientes se mantuvo en crecimiento y terminó por derribar el anclaje cambiario.

La devaluación cambiaria era, pues, inevitable; iba a ser cada vez fuerte, según el plazo que se fijara. Entretanto, no había como emplear más capitales en una economía tan desequilibrada e inestable. Dos meses antes de las elecciones, comenzó la salida de los dólares, en espera de la devaluación posterior.

El gobierno disponía de altas reservas, pero desde hacía mucho tiempo se contraían deudas de corto plazo en dólares, para cubrir los enormes déficits cambiarios. Saque usted mismo la cuenta, estimado lector: En julio de 1998, Brasil disponía de unos 72 billones de dólares en reservas.

En agosto y septiembre, ante la expectativa de la evaluación, salieron 3 billones de dólares y siguieron saliendo los dólares. Esto bajó las reservas a 42 billones en septiembre.

En octubre, había unos 30 billones de dólares en deudas vencidas. Si no se renovaban —como ocurrió—, sobrarían 12 billones de dólares en reservas.

Hasta fines de año, había unos 20 billones de dólares en pagos de interés por concepto de deuda por honrar, y unos 17 billones por concepto de déficit cambiario por cubrir. Se declaró una crisis de liquidez de 25 millones de dólares...

¿Dónde conseguir estos recursos? Sólo había una fuente: el FMI y el auxilio de las economías centrales. En este punto, intervino la crisis internacional. Los recursos del FMI estaban casi liquidados. El Grupo de los 7 estaba comprometido con varios procesos de quiebra bancaria y de crisis cambiarias en Asia, en Rusia, y en otros países de América Latina.

Fue necesaria una intervención urgente de Estados Unidos y del Fondo Monetario Internacional para tratar de obtener esos recursos. Pero había que neutralizar el origen de la crisis: devaluar el real (el FMI exigía una devaluación de 15 por ciento, pero la sobrevaluación era superior a 30 por ciento, y el trauma psicológico elevaba a 50 por ciento o 60 por ciento la devaluación del real). Esto provocaba una crisis gravísima en Argentina, que vendía 35 por ciento de sus exportaciones a Brasil. Al mismo tiempo, era muy difícil mantener la estabilidad interna de los precios. La crisis iba a propagarse a América Latina y a varias empresas norteamericanas. La crisis política resultaría sumamente grave.

Por ende, si se necesitaba una ayuda inmediata, sería obviamente muy difícil evitar la devaluación cambiaria. El FMI no exigía la baja de los intereses, pero evidentemente éste era el meollo del asunto. Sin ello, no habría estabilidad fiscal; y era absurdo obligar al gobierno a recortar el gasto público en más de 3 por ciento o 4 por ciento del PIB para pagar intereses. Asimismo, esta política de interés causaría una depresión que disminuiría drásticamente las entradas fiscales, obligando a mayores recortes de gasto.

Había que revertir el círculo vicioso en el que estábamos, y esto sólo era posible con la caída drástica de la tasa de interés y la entrada de grandes ayudas financieras no especulativas (se consiguió 25 billones de inmediato y un fondo de más de 20 billones, para sorpresa de los medios financieros internacionales), y era inevitable una devaluación cambiaria progresiva, en lo posible. A partir de ahí, se podría reanudar el crecimiento, e iniciar un círculo virtuoso para permitir que el país saliera de la crisis sin tragedias excesivas.

La crisis brasileña: palabras... palabras...

En sus ocho años de gobierno, el presidente Fernando Henrique Cardoso cultivó un doble discurso que no podría administrar indefinidamente.

En sus presentaciones internacionales, se mostraba como un líder de centroizquierda ligado a la llamada Tercera Vía, y también como un crítico de la desregulación del sistema financiero internacional y como un feroz adversario de ese capital de corto plazo y altos intereses que favorecía la volatilidad, llegando incluso a apoyar la propuesta de la tasa Tobin: establecer un impuesto para el capital financiero, sobre todo el de corto plazo.

Además, apoyaba firmemente las políticas de integración subregional, como el MERCOSUR, y se oponía al intento norteamericano de imponer a corto plazo un mercado común de las Américas (ALCA). Incluso, algunas veces levantó su voz a favor de amplios programas sociales.

No obstante, si examinamos su gobierno en Brasil, encontraremos una realidad bastante opuesta.

En primer lugar, su gobierno era una alianza de centroderecha. Según él, su partido (el PSDB), donde había un importante descontento con respecto a su gobierno, era un bastión de centro en la coalición gubernamental. Luego, venían los dos partidos que respaldaron la dictadura militar: el primero, el PFL era el más fuerte aliado del gobierno y nombraba al vicepresidente, un ex ministro de varios gobiernos militares; el segundo partido provenía del partido de la dictadura, el PP. Luego, venían otros apoyos a su gobierno, más condicionados.

El PMDB se dividió en varias fracciones, algunas favorables al gobierno y otras en contra. Este partido, reunido en congreso, decidió no apoyar oficialmente a ningún candidato presidencial, pero fue un aliado importante para la reelección, proporcionando ministros leales.

El PTB es un conglomerado de intereses económicos y políticos. Su presidente —dueño del Banco Mercantil— apoyó firmemente a Fernando Henrique Cardoso en 1994, pero se distanció del gobierno cuando finalmente perdió su banco pese a la fuerte ayuda recibida del gobierno.

Así pues, se trataba de una coalición de partidos y fuerzas de centroderecha, que promovía una política económica y social claramente definida en el espectro político. Esto queda aún más claro cuando se observa que la propuesta gubernamental se confrontaba con la izquierda que se presentaba en 1994 dividida en varias listas, y que sólo empezó a unificarse en las elecciones de 1998. Bajo el liderazgo del PT (Partido de los Trabajadores) y su presidente honorario Inácio «Lula» da Silva, teniendo como candidato al vicepresidente, el ex gobernador Leonel Brizola, presidente del PDT, en aquellas elecciones se presentó una candidatura de centro contra el gobierno de Fernando Henrique Cardoso en la figura del gobernador Ciro Gomes, lo que definió más claramente el contenido derechista del gobierno de Fernando Henrique Cardoso, y hasta cabía dudar de su carácter centrista.

Lo cual nos muestra el reverso de la medalla. Mientras que internacionalmente Fernando Henrique Cardoso se oponía al capital de corto plazo, internamente basaba y anclaba su política económica en la importación de este tipo de capitales. El modelo del Plan Real en el que se basó hasta el final de su gobierno, pese a la interrupción de 1999, estaba claramente inspirado en los principios del Consenso de Washington; su vínculo con el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial fue ignorado sólo para poder defender la insensata sobrevaluación del real por razones electorales, para escapar a las obligaciones sociales exigidas por los préstamos del Banco Mundial en 1999. Efectivamente, este banco es una agencia de fomento del desarrollo, y no puede prestar dinero para cubrir déficits financieros como de hecho lo hizo, ilegalmente, al adherirse al fondo organizado en enero de 1999 para salvar a Brasil de un default absoluto. ¿Por cuánto tiempo más sería posible mantener el doble discurso del ex presidente? Se supo en las elecciones de 2002. El pueblo brasileño dijo no: 77 por ciento votó por los candidatos de la oposición en la primera vuelta de las elecciones presidenciales.

En 1999, la coalición de las fuerzas políticas que respaldó el gobierno de Fernando Henrique Cardoso durante unos ocho años, entró definitivamente en crisis. El origen de esta crisis se encuentra en el agotamiento de una política económica que, en sus inicios, parecía bien avenida pero que, de hecho, llevó el país a una de las más graves crisis de su historia.

Ésta es la crónica de las experiencias neoliberales de los años noventa. Salinas de Gortari tuvo seis años de esplendor, hasta la crisis de 1994.

Menem logró ser reelegido una vez, pero no logró su segunda reelección hasta que su país entró en la dramática crisis de 2001. Fujimori también logró una reelección, y cayó cuando quiso imponer su tercer mandato. En Venezuela, la crisis explotó en el «Caracazo», con Carlos Andrés Pérez en el gobierno, pero quedó ocultada con diez años más de consenso neoliberal hasta que, con una mayoría de izquierda, el bastión de la oposición pasó a ser el líder del intento del golpe de Estado que siguió al «Caracazo», Hugo Chávez.

Éste y otros casos indican que está intensificándose la convulsión social y política que había sido generada por la adopción del Consenso de Washington en la región. Y es necesario tomar en cuenta que los primeros años de éxito de estas políticas se debieron fundamentalmente a que en todos estos países existían significativas reservas en divisas cuando emprendieron esa experiencia.

Las reservas acumuladas durante la suspensión del pago de la deuda externa en la segunda mitad de los años ochenta aseguraron las políticas de sobrevaluación de las monedas nacionales de cada país. Sumadas a los recursos generados por las privatizaciones en el mismo período, permitieron la captación de capitales especulativos de los centros financieros internacionales para cubrir los déficits comerciales generados por las políticas de cambio sobrevaluado.

Dentro de seis a siete años, empezarán a vencerse los compromisos generados con la entrada de capitales externos, atraídos por los altos intereses pagados por los Estados metidos en gigantescas deudas públicas en moneda local o en dólares. Dejarán un rastro de endeudamiento público colosal que imposibilitará cualquier política de inversión pública, y alcanzará incluso a los gastos públicos tradicionales, provocando un retroceso de la participación del Estado en la economía real y una crisis fiscal sin precedentes.

El origen de esta crisis son los pagos del servicio de la deuda pública.

Es necesario insistir en el hecho de que la disminución de los gastos públicos no impide que este mismo Estado aumente enormemente sus gastos en pagos de intereses, lo que es hoy en día la verdadera fuente del déficit público. En el caso de Brasil, los pagos de intereses por parte del sector público alcanzaban más de 12 por ciento del PIB. Al respecto, la balanza primaria (excluyendo los intereses) del presupuesto presentaba un superávit, que llegó a 5 por ciento del PIB en el gobierno de Lula...

Estos gobiernos lograron invertir totalmente el sentido de la función del Estado. Según éstos, el Estado existe para pagar intereses y no para plicar políticas públicas. Con capitales entrando más que saliendo, y con la venta de empresas públicas, aumenta la liquidez de las cuentas públicas. Parece que estamos en el paraíso. Cuando ocurre lo contrario, con los envíos al exterior de beneficios, pagos de intereses y otros «tributos», se instaura el infierno.

Lo mismo sucede en el sector cambiario: la existencia de una moneda fuerte aumenta milagrosamente el poder adquisitivo de la clase media en el exterior, y pone a su disposición productos importados de todo el mundo a precios accesibles. Después, los gastos efectivos en el exterior, el déficit comercial, la salida de las ganancias obtenidas por el capital especulativo, o el envío de los ingresos extraordinarios obtenidos por medio de una privatización corrompida, provocan el agotamiento de las divisas. En consecuencia, estos cambios generan su contrario. Se inicia un período de las devaluaciones cambiarias, de la escasez de divisas, de los créditos no reembolsables, de las quiebras del sector financiero.

Pasamos así del cielo al infierno en pocos días. Los líderes de esos procesos se convierten de milagrosos genios de la economía en vulgares criminales procesados por los poderes públicos de sus países. Las ambiciones de un tercer mandato se desvanecen junto con el fracaso económico y las revelaciones sobre su costo ético.

Ésta fue la etapa del ciclo del Consenso de Washington que vivió Fernando Henrique Cardoso en 2002. No pudiendo presentarse a un tercer mandato —lo que habría requerido una reforma constitucional—, le correspondió presidir un complicado proceso electoral.

A través de las encuestas de opinión pública, iba perfilándose la convicción creciente de que el pueblo brasileño no votaría por un candidato de Fernando Henrique Cardoso. Pero su partido exigió dirigir el proceso de sucesión, proponiendo un esquema más al centro, bajo el lema: «Continuidad sin continuismo».

Esta determinación dio origen a un enfrentamiento progresivo entre el PSDB y el PFL; este último había sido un fiel escudero del presidente cuando gobernó con un programa de derecha, más al gusto del PFL que del PSDB.

El instinto de supervivencia política del PFL lo llevó a tomar esa posición en vísperas de las elecciones: lanzó entonces una candidatura propia que le permitiría negociar la sucesión en mejores condiciones frente a la determinación del PSDB de tener su propio candidato presidencial, prefiriendo hacer un acuerdo con el PMDB para la vicepresidencia. Así se completó el proceso de distanciamiento entre el PSDB y la derecha liberal más consecuente.

Así pues, todas las fuerzas políticas querían abandonar el barco del fracaso económico de las políticas neoliberales. Por una parte, exigían que se yugulara la inflación mediante el Plan Real. Pero, al mismo tiempo, reconocían que se había pagado un costo sumamente elevado para la estabilidad económica, y que tal vez existía alguna alternativa a esta política que había conducido al país a ocho años de estancamiento y a una clara situación de perfil recesivo.

En 2001, el crecimiento del PIB brasileño fue de 1,5 por ciento en un país donde la población había crecido 1,3 por ciento, y cuyo mercado laboral absorbía anualmente una población joven equivalente a 2,3 por ciento de la población. Cada año, se genera una masa asombrosa de jóvenes desempleados, mejor dicho: excluidos del mercado laboral, que sirven de combustible para el aumento de la violencia.

Los estudios de opinión indicaban que los temas de la violencia y el desempleo eran los que más preocupaban a la mayoría de la población brasileña. Y cada vez se hacía más obvia la correlación entre ambos fenómenos.

Del mismo modo, esta situación era cada vez más claramente atribuida a los efectos de una política económica fundamentalmente recesiva.

Estos hechos explicaban las contradicciones en el frente del gobierno.

Por una parte, el PSDB y la fracción progresista del PMDB buscaban separarse del PFL, cuyo perfil derechista era presentado como el principal inspirador de las políticas recesivas del Plan Real. Por otra parte, el PFL procuraba separarse del gobierno en su conjunto, para presentar una candidatura presidencial «independiente». La primera que se escogió fue la de la gobernadora de Marañón, Roseana Sarney, hija del ex presidente José Sarney.

Desconocida por la mayoría de la población del país (como era Fernando Collor de Melo, convertido en presidente por los medios de comunicación), Roseana fue llevada al segundo lugar en las encuestas electorales en pocas semanas de programación publicitaria, basada en su condición de mujer. Frente a esto, el candidato del PSDB y del gobierno, José Serra, no logró crecer electoralmente.

Ante esta situación, sectores del gobierno hicieron saber a la opinión pública las múltiples acusaciones que cursaban en los tribunales contra Roseana Sarney y su marido, y que incluían el allanamiento de una de sus empresas por parte de la Policía Federal. Roseana, su padre y su hermano, conocidos como «el clan Sarney», reaccionaron violentamente, exigiendo la inmediata ruptura del PFL con el gobierno.

Los hechos se precipitaron, poniendo en riesgo la hegemonía de la derecha en el país. En este contexto, se ampliaron las posibilidades de la izquierda, y había una clara intención de ganarse a las fuerzas centristas para una propuesta alternativa tan anhelada por el país. Pero se buscaba una fórmula sólida, que excluyera un fracaso como el del presidente argentino De La Rúa, quien terminó llamando al gobierno al ex ministro

Cavallo, símbolo del gobierno neoliberal. En Brasil, era clara la necesidad de ir hacia una nueva política económica que volviera a encaminar el país hacia el crecimiento económico, el pleno empleo, el desarrollo humano y sustentable. Y es que, a pesar de las afirmaciones contrarias del pensamiento único, por demás fracasado y desacreditado por la práctica social, este camino existe. Bastaría que se crearan las condiciones políticas para ello.

Los fundamentos del fracaso conservador

José Serra fue el candidato del gobierno. En los años sesenta y parte de los setenta, este antiguo militante de Acción Popular —organización política de la izquierda cristiana fundada en 1962—, quien se había declarado marxista-leninista de pensamiento maoista después del golpe de Estado de 1964, fue presidente de la Unión Nacional de Estudiantes. En 1978 fue compañero de campaña electoral de Lula, en la lucha contra la dictadura.

Ahora, con su plataforma electoral pretendió diferenciarse de Fernando Henrique Cardoso, por su mayor interés en la cuestión social y el crecimiento económico, y acercarse así parcialmente a la oposición. Su lema fue: «Continuidad sin continuismo». O sea: rigor fiscal y monetario con crecimiento moderado y mayores gastos sociales.

La victoria de Serra habría significado la continuidad de la alianza entre las fuerzas conservadoras nacionales e internacionales y un importante sector de empresarios y cuadros técnicos del país. Esta alianza ganó un amplio apoyo social en 1994, por haber administrado la caída de la inflación brasileña, que fue concomitante a la caída de la inflación mundial: si bien en los inicios de los años noventa todos los países del mundo registraban altas tasas inflacionarias, a comienzos del siglo XXI sólo quedaban tres casos de inflación con dos dígitos, aunque en evidente caída.

Esto no impidió que todos los gobiernos coincidentes con esta deflación mundial explicaran los éxitos conseguidos en ese período como la consecuencia de sus programas antiinflacionarios. Lo grave es que siguen con ese discurso, cuando la amenaza deflacionaria se convierte cada vez más claramente en una preocupación mundial. Ésta es una de las principales causas del envejecimiento de dichos gobiernos.

En verdad, la continuidad de esta alianza se encuentra gravemente comprometida. La razón es simple: la prioridad dada al capital financiero nacional e internacional en ese período causó grandes transferencias de

recursos de toda la población para ese sector, llevando a la recesión, al aumento del desempleo, y a la pérdida de posición del país en la economía mundial. Un ejemplo de esta merma es la pérdida de liderazgo del producto bruto latinoamericano en México y la disminución significativa de la participación de Brasil en el comercio mundial.

Pese a que el gobierno y los medios de comunicación han insistido en señalar la solidez de los fundamentos de la economía brasileña, los inversores internacionales no se han creído ese cuento. Disminuyeron sus inversiones, asignaron un alto valor al riesgo Brasil, y especularon con la caída del real ante un dólar que se devaluaba en el resto del mundo. Aunque esa confianza se atribuía a razones políticas, en función de una posible victoria de la oposición, la verdad es que los fundamentos de la economía brasileña van muy mal y así continúan hasta ahora, sólo que no ha habido un cambio de política.

El elogiado superávit fiscal —de unos 3,5 por ciento a 3,7 por ciento del PIB— era nada más y nada menos que un «superávit primario», pues el pago de intereses del Estado brasileño alcanzó de 8 por ciento a 9 por ciento del PIB, obligando al Estado a buscar fuentes externas de financiamiento para su déficit nominal, que es el verdadero déficit de gobierno. Éste alcanzaba de 4 por ciento a 6 por ciento del PIB, lo que excluía a Brasil de cualquier situación de equilibrio fiscal.

Y lo más grave es que, durante los ocho años del equipo económico del Plan Real, la deuda pública aumentó de 26 por ciento a 67 por ciento del PIB, presentando así uno de los casos más espectaculares de irresponsabilidad fiscal en toda la historia de la economía. Y esto ocurrió al mismo tiempo en que el gobierno lograba elevar la recaudación pública de 27 por ciento a 34 por ciento del PIB. Pero 9 por ciento o 10 por ciento de este aumento fue destinado al pago de intereses de la deuda pública.

Al mismo tiempo, la situación cambiaria se había agravado con la irresponsable política de mantener una moneda sobrevaluada. El déficit en gastos turísticos, en pagos de fletes y seguros, y en otros ítems negativos, como las crecientes envíos de ganancias al exterior por parte de las empresas que se instalaron en el país en condiciones de altas tasas de interés, habían agravado el impresionante déficit comercial generado por esta desastrosa política.

No es necesario insistir en las dificultades encontradas por el país al cerrar sus cuentas externas al final de cada año. Esto sólo fue posible mediante la captación de capitales del exterior. Para ello, se impuso (contra la evolución natural del mercado) esos intereses colosales en los préstamos de corto plazo. Al mismo tiempo, se buscó atraer capitales del exterior para adquirir empresas estatales, que fueron privatizadas a precios

sumamente convenientes para los inversores. Ambas fuentes desaparecieron cuando quedó clara la necesidad de devaluar la moneda. Esto llevó a la salida masiva de dólares del país, en la segunda mitad de 1998, hasta la devaluación de enero de 1999, que no logró revertir la situación cambiaria. Brasil podría salir del paso sólo con la «generosa» ayuda de un fondo de 41 billones de dólares, administrados por el FMI.

En 2002, la situación no cambió significativamente en comparación con 1999. El superávit comercial, esperado como resultado de la devaluación, fue sumamente modesto hasta el segundo semestre de 2002, y la brecha en la balanza de pago se ensanchaba cada vez más. El miedo de los inversores ante las nuevas devaluaciones del real era mayor que todas las ventajas que el gobierno brasileño pudiera ofrecer.

No se podía ocultar la gravedad de la situación con discursos sobre unos «fundamentos sólidos» absolutamente inexistentes. Ya vimos estos elogios en el México de Salinas de Gortari, la Argentina de Menem y Cavallo, el Perú de Fujimori, el Chile de Pinochet antes del desastre de 1982, etcétera.

Lo grave era que el equipo económico responsable de esta desastrosa situación tenía la intención de exigir la continuidad de su política, incluso por parte de la oposición. Más grave aún era la vacilación de sectores de la entonces oposición ante estas presiones, que se articulaban con las presiones especulativas en un mercado frágil y fluido. Fue éste el camino del presidente De La Rúa en Argentina, y al fracasar esta nueva gestión, terminó de llamar de nuevo al enemigo nº. 1, el propio Domingo Cavallo, ex ministro de la Economía.

Este cuadro de incertidumbre inmediata planteó debate político en Brasil sobre el tema de la transición. Habrá ruptura, dijo Lula en la convención nacional del PT, pero antes tendrá que haber un período de transición. Algunos apuntaban incluso a la «necesidad» de mantener los cuadros del equipo económico que había logrado conservar su autoridad pese a los desastrosos resultados de su gestión.

Los demás candidatos de la oposición (Ciro Gomes y Anthony Garotinho) criticaron toda vacilación en romper con el modelo del real, a pesar de que Ciro Gomes había sido ministro de Economía de Itamar Franco cuando se inició el Plan Real y la abertura económica unilateral, tan cuestionada junto con los aspectos financieros del modelo. Esta contradicción fue explotada electoralmente por Serra, empujando la candidatura de Ciro Gomes al último lugar.

El clima de «acercamiento» entre los programas de los candidatos no parecía garantizar una situación tranquila. Quedó en el aire la necesidad de profundizar el debate sobre las verdaderas coincidencias y diferencias. No hay duda de que este debate tenía una importante repercusión en los medios políticos, profesionales y académicos. Sobre todo cuando la experiencia argentina parecía indicar los posibles desarrollos de la coyuntura brasileña.

Al contrario, todos procuraban evitar una tensión tan grave y unos sacrificios tan definitivos para la población. Pero el camino a la superación de la crisis bordea peligrosos abismos. Los más peligrosos son las falacias montadas por los «economistas de tercera línea» de las universidades más cotizadas en el ranking, quienes dominan los organismos internacionales, según Joseph Stiglitz. Lo cual no impide que sean seguidos masivamente por las cuartas y quintas líneas que dominan gran parte de los medios de comunicación al servicio de estas falsedades.

Fue así como en el año 2003 el país se hundió en su peor recesión. En verdad, estos incompetentes «técnicos» de derecha habían sido llamados para dirigir un gobierno nacido del repudio a sus malabarismos verbales y sus prácticas genocidas.

Romper el imperio del pensamiento único

No hay duda de que la implantación del pensamiento único durante un par de décadas produjo una incapacidad para poner sobre el tapete las cuestiones correctas. En cambio, se desarrolló un discurso cerrado que, ante cualquier cuestionamiento, recurría siempre a las mismas preguntas, cargadas de prejuicios e infamias lanzadas contra los adversarios con la intención de desacreditarlos. Se trata de un método de imposición de ideas, que se rehúsa a analizarlas o discutir las, pues nadie puede cuestionar la «verdad» indiscutible de los principios del pensamiento único.

Lo grave es que esta actitud no se adopta solamente en el plano teórico.

Se utiliza la misma táctica en el plano político, con miras a asegurar la continuidad de prácticas ya fracasadas, pese a las indudables evidencias contrarias a tales propuestas. Y precisamente por ser indudables, sus epígonos rehúyen el debate por medio de preguntas capciosas, presentándose como un reflejo de las verdades eternas derivadas de los altos conocimientos técnicos de los sacerdotes de la «ciencia» económica.

Precisemos que este capítulo final repite una argumentación que ya hemos desarrollado en varias ocasiones, incluso en la primera parte de este libro, y que busca demostrar la tesis de que la ciencia económica, en su forma neoliberal, ha asumido un papel similar al de la escolástica medieval occidental. Se trata de un bloqueo mental cuyo objetivo ideológico es garantizar el mantenimiento de un orden existente. También busca mantener,

en el plano intelectual y moral, todo un modo de producción y organización social que ya han sido condenados por sus contradicciones internas, pero sobre todo por sus contradicciones con las potencialidades humanas para alcanzar nuevos niveles de vidas y civilización.

Los siguientes son algunos ejemplos que afectan dramáticamente las luchas políticas y sociales en nuestros días.

El primer ejemplo se refiere a la capacidad de la humanidad de resolver algunos de los problemas históricos que la han acosado a través de los tiempos, como la erradicación del hambre y de la pobreza, o la generalización de la educación, de la salud, del ocio.

Como se sabe, el impresionante desarrollo de las fuerzas productivas basadas en la revolución científico-técnica permite que todas estas cuestiones se resuelvan técnicamente. El hecho de no haberse implementado las soluciones posibles es una consecuencia evidente de la organización social y política a la que nos referimos en las líneas anteriores.

Lo que busca exactamente el pensamiento neoliberal es restringir las soluciones de estos problemas fundamentales a los límites del funcionamiento del «libre comercio» y de una noción anticuada y reaccionaria del equilibrio económico. Al establecer un modelo ideal de equilibrio, basado en los llamados fundamentos de la economía —lo monetario, lo fiscal, lo cambiario, la oferta de trabajo (infiltrado en las conclusiones de la inefable curva de Phillips, que considera el pleno empleo como una situación de desequilibrio y una fuente absoluta de inflación)—, el pensamiento neoliberal opone las condiciones de realización de este equilibrio al desarrollo económico y social de la humanidad.

Hay que destacar que este equilibrio no se da en ningún lugar del planeta, como vimos en capítulos anteriores. Al contrario, la economía mundial contemporánea, sobre todo en la fase actual dominada por la globalización salvaje, se caracteriza por un brutal desequilibrio fiscal que se expresa en la aventura del déficit fiscal norteamericano, en el brutal e incontrolable déficit comercial y cambiario norteamericano, y en las dificultades derivadas del crecimiento económico sin generación de empleo, y que refleja la no transferencia de los avances tecnológicos y de la productividad a la disminución de la jornada laboral de los asalariados.

Más claramente: a partir de la noción de individuo utilitarista y posesivo como fundamento de la naturaleza humana, se deduce que el libre comercio es la opción óptima para la humanidad, y que su pleno funcionamiento tendrá efectos virtuosos definitivos, formalizados en ecuaciones

matemáticas más o menos sofisticadas. Pero como la realidad no se comporta de acuerdo con estos modelos, nunca será posible encontrar una realidad que se les acerque. Esto se vuelve aún más grave cuando la competencia mercantil asume la forma de una competencia monopólica u oligopólica (o las imperfecciones del mercado estudiadas por Joseph Stiglitz), como ocurre en nuestros tiempos.

En tales circunstancias, las políticas de «liberalización» del mercado no hacen sino entregar sectores enteros de la economía a las corporaciones monopolistas, cuyo comportamiento se hizo cada vez más obvio en la última crisis «ética» del mercado accionario de Estados Unidos.

Es obvio que los límites de gastos impuestos a los Estados locales, regionales o nacionales se derivan directamente de los brutales desequilibrios fiscales y cambiarios creados por las transferencias colosales de recursos públicos al capital monopolista, en particular el capital financiero, bajo la forma de pago de servicios de las deudas públicas administradas por los bancos centrales y los demás instrumentos de operaciones de una tecnocracia cada vez más poderosa.

A fin de ocultar estos hechos brutales, se inventó la pregunta que surge infaliblemente cada vez que interviene la acción del Estado para resolver los problemas esenciales de la humanidad a los que nos referimos anteriormente: ¿de dónde vienen los recursos? Y es que nunca habrá recursos disponibles mientras los gastos públicos queden comprometidos con el pago de intereses administrados según objetivos oportunistas, disfrazados de rígidos principios técnicos.

Otro ejemplo es el de la llamada crisis de la seguridad social. Los gastos de seguridad social son considerados como «déficits» públicos insostenibles, ya que el pago de intereses a los capitalistas aparece como una «responsabilidad fiscal» ineludible, castigada hasta con pena de cárcel.

Lo mismo ocurre con las «empresas» públicas, ítem en el cual se incluyen fácilmente instituciones que son sostenidas sólo por el Tesoro Nacional. Y también con las empresas realmente lucrativas, cuyos gastos en inversiones son contabilizados como «déficits» fiscales!

Y aquí interviene reiteradamente la siguiente pregunta: ¿cómo financiar el déficit creciente de la seguridad social cuando la cantidad de ancianos es cada vez mayor? Claro que la respuesta es simple: si la productividad crece más rápidamente que los ancianos, siempre habrá recursos para financiarlos con la misma cantidad de tiempo laboral anterior, y hasta con menos tiempo. Siempre y cuando los resultados del aumento de la productividad sean distribuidos socialmente de manera justa.

Otro ejemplo es el de la tasa de interés. Se sabe que las tasas de interés se han convertido en un ítem de las políticas públicas administradas por bancos centrales más o menos autónomos. Los criterios para la fijación de estas tasas de interés van ligados al aparato conceptual de los economistas neoliberales. Las tasas de interés son utilizadas para contener la demanda y restablecer el equilibrio macroeconómico antiinflacionario.

Sus efectos son claramente depresivos y permiten justificar tasas de interés absolutamente contrarias a la función del sector financiero, que es financiar la producción. Estas decisiones disfrazadas de decisiones técnicas no pasan de ser una utilización de los recursos públicos a favor de ciertos grupos sociales.

También ocurre, como en nuestros países, que las tasas de interés se eleven para atraer capitales del exterior. No se puede decir entonces que sean tasas de interés formadas por el mercado; se trata, al contrario, de reconocidos instrumentos para las políticas públicas.

En compensación, cuando determinadas corrientes políticas o ideológicas defienden la necesidad de reducir las tasas de interés para alcanzar los objetivos contrarios a los principios reaccionarios que orientan la tecnocracia liberal, siempre viene la pregunta capciosa: ¿y cómo se pretende reducir la tasa de interés? La respuesta debe ser bien contundente, definitiva y radical. La verdadera pregunta es exactamente la opuesta: ¿cómo es posible que suban tanto las tasas de interés en nuestros países? Esto es algo que puede alterar de manera muy radical el funcionamiento del mercado, hasta el punto de establecerse tasas de interés muy superiores a la tasa de crecimiento de la economía, lo cual sería teóricamente el límite para evitar que la tasa de interés cumpla un papel negativo, dejando de ser un factor de financiamiento para transformarse en una fuerza de desfinanciamiento de la economía. O, más claramente, con una tasa de interés superior al aumento del ingreso, se crea un instrumento de transferencia de este ingreso de los sectores productivos a los sectores parasitarios de la sociedad.

Obviamente, quienes formulan estas preguntas deberían responder a las verdaderas preguntas que debe hacer la sociedad a los responsables de las políticas económicas, que ocultan con su arrogancia los intereses que defienden. Obviamente, ellos no pueden responder estas preguntas desde el punto de vista técnico en que deben plantearse, pues no hay sustento técnico posible para estas arbitrarias tasas de interés. Como tampoco lo hubo para la fijación de valores cambiarios administrados por estos técnicos, a principios de los años noventa, en la mayor parte de los países latinoamericanos. Y como tampoco hubo ningún fundamento técnico para la mayor parte de las medidas tomadas por estos tecnócratas en beneficio del capital financiero internacional.

No sé si los lectores se atreverán a romper con el terrorismo intelectual impuesto por el pensamiento único, pero lo cierto es que aunque estos técnicos pretenden ser independientes, son pésimos técnicos al servicio de intereses sumamente contrarios a la solución de los problemas fundamentales de la humanidad. En vez de responder a sus preguntas arrogantes, somos nosotros quienes tenemos que hacerles muchas preguntas...

Disonancia cognitiva

En la psicología social, se habla de una disonancia cognitiva entre los sujetos cognoscentes y la realidad que perciben. Éste es un fenómeno muy común, sobre todo en nuestros días, cuando la percepción de la realidad está mediatizada por los medios de comunicación, que sirven intereses contrarios a la revelación de la verdad.

En un discurso pronunciado en Uruguay, en 2002, Fernando Henrique Cardoso utilizó este concepto, refiriéndose a una supuesta disonancia cognitiva entre la percepción de los mercados financieros y la realidad económica de Brasil. Desafortunadamente, quien sufría de una disonancia cognitiva era el ex presidente brasileño, cuando trataba de ocultar, de buena o mala fe, la gravedad de la situación financiera impuesta por su gobierno a Brasil.

Hay que exponer un argumento definitivo. El gobierno brasileño pagaba entonces, y desgraciadamente sigue pagando hoy, la más alta tasa de interés del mundo con el argumento de que refleja la alta tasa de riesgo del país. Pues bien: si Brasil paga las más altas tasas de interés del mundo, tiene que estar ubicado necesariamente entre los países de mejor tasa de riesgo del mundo, tal como lo califican las agencias especializadas en estas estimaciones.

Si estas estimaciones eran absurdas, como aducía el presidente, también eran absurdas las altas tasas de interés pagadas por el Banco Central de Brasil. En compensación, cuando la entonces oposición y gran parte de los empresarios criticaban las altas tasas de interés, el antiguo gobierno y sus técnicos respondían que estas reflejaban el mercado de manera realista, y ridiculizaban las propuestas de la oposición para bajarlas.

O una cosa, o la otra: si se justifica el pago de las mayores tasas de interés del mundo, también se justifica que Brasil esté ubicado entre los más altos índices de riesgo del mundo. Y viceversa: si es un error situar a Brasil entre las economías de mayor tasa de riesgo del mundo, hay que bajar significativamente la tasa

primaria de intereses, que hace inviable el crecimiento, conduciendo a un déficit fiscal gigantesco que sólo hace aumentar nuestra tasa de riesgo.

Pero las disonancias cognitivas del entonces presidente iban más allá.

Quiso llevar el país a la modernidad, tener equilibrada sus finanzas, instaurar la estabilidad monetaria y el rigor fiscal. Todos los integrantes de su gobierno afirmaban enfáticamente que la economía brasileña presentaba sólidos fundamentos. Había que ser muy ignorante de lo que pasaba en el país para dar crédito a esa fabulación que, desafortunadamente, se repite en el gobierno de Lula.

Vayamos por partes, empezando por la cuestión cambiaria. El presidente Fernando Henrique Cardoso inició su gobierno con una situación cambiaria sumamente positiva. Al asumir el gobierno, Brasil disponía de 32 billones de dólares en reservas, un superávit comercial de 16 billones de dólares, y había programado de manera razonable el pago de su deuda externa tras prolongadas negociaciones, en las que participó el propio Fernando Henrique Cardoso, para entonces senador.

Fernando Henrique Cardoso dejó el gobierno con 5 billones de dólares en reservas, un superávit comercial de 6 billones anuales, y un déficit en cuenta corriente de casi 40 billones de dólares. El pago de intereses internacionales estaba muy adelantado, y las obligaciones del gobierno con el FMI implicaban gastos inmediatos en dólares, con un adelanto de 30 billones de dólares por parte del FMI, que fue lo que permitió disponer de estas modestísimas reservas.

Al mismo tiempo, para complicar aún más la situación cambiaria, varias empresas brasileñas lanzaron títulos en el exterior en la fase de una valuación artificial de la moneda nacional y de altísimas tasas de interés internas. Hoy, con una devaluación casi triple del real, la capacidad de pago de estos préstamos por parte de las empresas brasileñas que venden o prestan servicios al mercado interno es simplemente catastrófica, y los bancos internacionales vacilan en renegociar estas deudas que vencen masivamente cada año. Se calculaba en casi 14 billones de dólares el pago inmediato que deben hacer estas empresas, dramáticamente presionadas por el mercado interno en dólares, devaluando aún más el real.

Pero la disonancia cognitiva del ex presidente no termina aquí. Pretendía presentar Brasil como un modelo de responsabilidad fiscal. Veamos los hechos: cuando Fernando Henrique Cardoso llegó al gobierno en 1994, el gobierno federal tenía una deuda total de cerca de 64 billones de reales. Esta deuda equivalía a un poco más del 20 por ciento del PIB. Al final de su gobierno, la deuda tenía un volumen de más de 800 billones de reales.

Deuda que crece todos los días por estar en gran parte dolarizada (pese a ser rescatada en reales). Esta deuda se acercaba al valor total del PIB a medida que el real iba devaluándose y que las deudas del gobierno federal aumentaban su valor en reales.

Para agravar todavía más la situación, se trataba y sigue tratándose de una deuda de muy corto plazo. Basta decir que su rotación total se hacía en veinticuatro meses. Después de que el gobierno, con un enorme esfuerzo, logró prolongarla, los plazos suelen ser de dieciocho meses. Aún más grave: debido a las altas tasas de interés, el pago de estos intereses se acerca a 10 por ciento del PIB, lo que obliga al Estado a producir «por lo menos» 3,7 por ciento de superávit fiscal anual para cubrir parte de estos pagos, completándolos con préstamos del FMI. El gobierno de Lula ha elevado el superávit primario a más de 5 por ciento del PIB, convirtiendo a los contribuyentes brasileños en productores de recursos para los parásitos financieros.

Decir que este desastre fiscal representa una de las expresiones de responsabilidad fiscal más altas del mundo, es un caso dramático de disonancia cognitiva. Y lo peor es que el pueblo brasileño se vio sometido a un verdadero asalto fiscal para sustentar estas brutales transferencias de recursos públicos hacia el sector financiero y a favor de los especuladores nacionales y extranjeros. Las entradas fiscales del Estado brasileño aumentaron en ese período de 26 por ciento a 34 por ciento del PIB.

Es evidente que, en este cuadro fiscal, no cabían las inversiones públicas, que fueron liquidadas; no hubo aumentos salariales para los funcionarios públicos en todo ese período; las inversiones sociales en educación, salud y vivienda, se hicieron muy por debajo del aumento de los precios; sin mencionar el hecho de que cualquier cálculo en dólares daba resultados dramáticos.

El lector tendría que preguntar entonces cuáles fueron los resultados económicos reales. En ese mismo período, el crecimiento de Brasil fue uno de los más bajos de su historia (si se calcula en reales, ya que si se calcula en dólares la caída resulta colosal desde la devaluación de 1999). El crecimiento del PIB en 2002 quedó en 1 por ciento, muy por debajo del crecimiento poblacional, lo que puede caracterizarse técnicamente como una recesión. El desempleo alcanzó ese año el más alto nivel de la historia del país. La concentración de los ingresos puso a Brasil entre los países con más desigualdad del mundo.

Se pretendió compensar este descalabro cambiario, fiscal y económico con el control de la inflación. Sin embargo, el gobierno de Fernando Henrique Cardoso no puede reivindicar ni siquiera esta «conquista».

Al final del gobierno, a fines de 2002, la tasa de inflación estaba en pleno crecimiento, con un 10 por ciento de inflación. La dificultad era muy grande para controlar la inflación con una crisis fiscal y una crisis cambiaria

de esta dimensión. El gobierno sólo ha tenido hasta ahora como recurso el aumento de la tasa de interés, la contención drástica del crédito y la recesión.

Las altas tasas de interés son acusadas de causar el déficit público, de provocar la recesión, y de impactar dramáticamente los precios de los productos y servicios en toda la economía. Así que nada justifica mantenerlas en un nivel tan elevado. Contrariamente a lo que dicen los economistas oficiales del Estado, en vez de ser un factor de control de la inflación, las altas tasas de interés primario pagadas por el Estado, junto al brutal control del crédito, se han convertido en un terrible factor inflacionario.

Si Fernando Henrique Cardoso padecía realmente una disonancia cognitiva tan dramática, o si simplemente trataba de ocultar la realidad para favorecer la imagen de su gobierno, es algo que no interesa a los especuladores internacionales. En cuanto al pueblo brasileño, votó masivamente por los candidatos de la oposición, que lograron 77 por ciento de los votos en la primera vuelta, retrocediendo a 64 por ciento en la segunda vuelta cuando hubo que optar por un solo candidato de la oposición.

El debate sobre el nuevo orden internacional

Entre los años cincuenta y setenta, algunos intelectuales africanos llegaron a la dirección política de sus países recién liberados del yugo colonial. Formados en Europa, compartían el lenguaje y los ideales adquiridos en las universidades europeas donde habían estudiado.

Aunque en sus países ponían en práctica una política muy diferente de los principios doctrinarios que defendían para el resto del mundo, la intelectualidad europea de izquierda los recibía con entusiasmo. El prestigio personal que tenían los colocaba muy por encima del prestigio de sus países en graves dificultades económicas y con poblaciones sometidas a condiciones económicas, sociales y culturales muy precarias. Éste fue el caso de Léopold Sedar Senghor en Senegal, de Kwame Nkrumah en Congo, de Sékou Touré en Guinea Konakry.

Durante un largo período, dirigieron procesos revolucionarios sin poder llegar hasta sus últimas consecuencias, pero siguieron apegados ideológicamente a sus valores y símbolos originales, y procuraban demostrar su fidelidad revolucionaria sobre todo a través de sus políticas exteriores. Éste fue particularmente el caso del PRI mexicano, cuya política exterior de vanguardia lograba ocultar las crecientes concesiones a los adversarios de la revolución mexicana.

Asistimos al renacimiento de situaciones aparentemente similares.

Cuando un intelectual de prestigio internacional como Fernando Henrique Cardoso, entonces presidente de Brasil, pronunció un discurso en el escenario predilecto de los casos citados más arriba, la Asamblea Nacional francesa, la opinión pública brasileña fue informada de que esto era un hecho absolutamente excepcional que se debía al prestigio de Brasil y de su presidente.

A continuación, Fernando Henrique Cardoso sostuvo varias entrevistas y una reunión con el presidente norteamericano George W. Bush, tratando de establecer una distancia crítica con la política norteamericana. Para coronar estas intervenciones, que habían sido precedidas por una conferencia académica dictada en España en el mismo tono, desarrolló sus argumentos sobre la democracia como valor universal. Inmediatamente surgieron varias críticas en cuanto a esas posiciones intelectuales planteadas a distancia y que en nada correspondían a las políticas que aplicaba en Brasil.

Es importante analizar esta situación para evaluar correctamente el alcance y la profundidad de un discurso internacional que aspiraba colocar a su autor y a la diplomacia brasileña a la cabeza de los países emergentes y subdesarrollados. Habría sido sumamente positivo que estos países, excluidos de los centros protagonistas, hubieran encontrado una voz realmente autorizada para expresar sus necesidades y aspiraciones en los foros internacionales.

Comencemos por analizar los antecedentes históricos señalados al comienzo de este capítulo. Léopold Sedar Senghor, Kwame Nkrumah y Sékou Touré enfrentaron terribles dificultades internas en sus países y duras restricciones internacionales para poner en práctica sus ideales nacionalistas y democráticos.

Esto los diferencia profundamente de Fernando Henrique Cardoso quien, para llegar al poder, había optado por aliarse a las fuerzas decadentes del país, particularmente a una derecha que venía de un largo compromiso con la dictadura militar, expresada en el Partido del Frente Liberal (PFL), desprendimiento del partido ARENA, responsable civil de la dictadura militar; el Partido Progresista Popular (PPB), que era la continuidad de ARENA; el Partido de los Trabajadores Brasileños (PTB), compuesto por un grupo de oportunistas que habían usurpado las siglas históricas de Getulio Vargas, Joao Goulart y Leonel Brizola por medio de un golpe del Tribunal Electoral de la dictadura militar.

Por otra parte, Fernando Henrique Cardoso y su partido desprendido del Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB) se opusieron a las demás fuerzas del frente democrático brasileño: el Partido de los

Trabajadores (PT), el Partido Demócrata de los Trabajadores (PDT), el Partido Popular Social (PPS), el Partido Comunista Brasileño (PCB),

el Partido Comunista de Brasil (PCDEB), en fin, todas las fuerzas que componían un amplio frente de centroizquierda en el país.

Las elecciones de 1994 polarizaron así un frente de centroizquierda del cual se desprendió el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) para aliarse a la derecha y formar un frente de centroderecha. El gobierno de Fernando Henrique Cardoso se constituyó claramente bajo esta orientación de centroderecha.

En un principio, había varias razones para justificar esa alianza. La principal trataba, por una parte, de situar las fuerzas en torno a Lula en una perspectiva de extrema izquierda y, por otra parte, de explicar la necesidad de contar con la derecha para garantizar la gobernabilidad.

Sin embargo, con el pasar de unos años, Fernando Henrique Cardoso había asumido de tal forma el programa de la derecha que eliminó cualquier posibilidad de un liderazgo autónomo de la misma, la cual pasó totalmente bajo su control. La primera razón para esta alianza tan estrecha era el objetivo cada vez más explícito de reformar la Constitución brasileña con el fin de implantar la reelección. Para eso, se requerían los dos tercios del parlamento, y Fernando Henrique Cardoso no contaba en absoluto con los votos de la izquierda. Para conquistar estos votos, era mejor polarizar con la izquierda.

También se requerían los dos tercios del parlamento para aprobar una nueva ley de privatizaciones que permitió la dilapidación total de los activos del Estado brasileño, construidos durante los años del varguismo, que se inició con la revolución de 1930, y que la dictadura militar instaurada en 1964 no logró destruir a pesar de haber llegado al poder con el programa liberal preparado por Roberto Campos y los ultraliberales que tomaron por asalto el poder junto con los militares.

Se requerían los dos tercios del parlamento para acabar con la propiedad nacional del subsuelo y de las minas del país, para acabar con el monopolio petrolero que pertenecía a Petrobrás, para acabar con la mayor compañía minera del mundo, la Vale do Rio Doce, reducida a la condición de una compañía privada que maneja minerales evaluados en trillones de dólares, y que fue vendida por unos 6 billones de dólares.

Así pues, el frente de centroderecha sirvió para introducir las fundamentales «reformas», mejor dicho: «contrarreformas», exigidas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, pese a que en sus inicios el gobiernos de Fernando Henrique Cardoso no había sufrido significativas restricciones internacionales.

Fernando Henrique Cardoso había llegado al poder con la deuda externa recién negociada (en condiciones inferiores a países como México, pero bastante razonables a corto plazo), con reservas en divisas de 32 billones de dólares, con un superávit comercial de casi 16 billones de dólares anuales, con una situación fiscal bastante razonable, con una deuda interna de 65 billones de dólares, correspondiendo a 35 por ciento del PIB. Por ende, tenía excepcionales condiciones de negociación nacional e internacional.

Al final de su gobierno, la situación era completamente contraria. Es terrible constatar que la depredación del Estado llevada a cabo por los aliados y los compañeros de Fernando Henrique Cardoso llevó al país a un desastre colosal. Brasil tenía ahora una deuda externa en explosión, no tanto por su valor directo sino por el aumento de las deudas particulares que duplicó la deuda del país. Terminará siendo asumida por el Estado, si las fuerzas que representan el capital financiero internacional mantienen su poder.

La deuda pública aumentó diez veces. El Estado brasileño debe actualmente unos 850 billones de reales en forma de deudas internas que están comprometidas en gran parte según una indexación del dólar. Esto representa más o menos 56 por ciento del PIB. Pero lo peor son los servicios de esta deuda, que llegan a 10 por ciento o 12 por ciento del PIB debido a las altísimas tasas de interés pagadas por el Estado a sus deudores internos, nacionales y extranjeros.

Como consecuencia de esos gastos colosales en pagos del servicio de la deuda interna, el Estado brasileño, que presentaba una envidiable situación de equilibrio fiscal en 1994, presenta hoy un déficit nominal de aproximadamente 6 por ciento del PIB. Esto porque el sector público produjo un «superávit primario» de aproximadamente 5 por ciento del PIB, que se destina única y exclusivamente al pago de intereses.

Para coronar esta situación, se impuso a través del parlamento una ley de responsabilidad fiscal que obliga a los gobiernos locales, estatales y nacionales a destinar todos los superávits fiscales al pago de las deudas públicas, con cárcel de castigo para los administradores que se nieguen a entregar sus recursos públicos a los bancos... en vez de destinarlos a las necesidades sociales de sus ciudadanos.

Así pues, no se trataba de un gobierno que no disponía de recursos para desarrollar importantes políticas sociales. Se trataba de un gobierno que, conscientemente, utilizando argumentos de la «ciencia» económica, prefirió comprometer sus recursos —obtenidos a través de los impuestos cobrados a la población— para el pago de intereses a un sistema bancario que vive hoy con más de 80 por ciento de préstamos al Estado, negándose a conceder préstamos a particulares.

Es necesario señalar que el gobierno montó un programa de apoyo a los bancos en quiebra a pesar de todas las ventajas obtenidas, de unos 35 billones de dólares, que se suman a los 120 billones transferidos anualmente en forma de pagos de intereses.

No se puede comparar esta situación con la de los líderes africanos, limitados por serias restricciones aunque es sabido que, en general, acumularon fortunas personales muy superiores a las posibilidades de sus países.

Tampoco se puede comparar el caso brasileño con el mexicano. Al fin y al cabo, el PRI defendía en los foros internacionales posiciones de vanguardia que hicieron que muchos mexicanos se ganaran el premio Nobel en las áreas del derecho internacional y la literatura. Su política exterior iba desde la ruptura de relaciones diplomáticas con la España fascista y el Chile de Pinochet, hasta la negativa a romperlas con Cuba cuando la OEA estableció esta consigna en 1961.

En realidad, las posiciones de Fernando Henrique Cardoso en el campo intelectual no iban destinadas al público interno brasileño. Quedaban en un plano sumamente abstracto y no impresionaban a la intelectualidad brasileña. No apuntaban de manera coherente hacia un orden internacional más justo y equitativo.

Durante su gobierno, se generó el fenómeno de las grandes manifestaciones de masa contra la globalización, y las fuerzas contestatarias internacionales se concentraron en la ciudad de Porto Alegre, sin que el gobierno brasileño se sintiera aludido. En verdad, Fernando Henrique Cardoso no logró impresionar a la intelectualidad de la izquierda como sí lo hicieron sus predecesores africanos y mexicanos. Ante la radicalización del escenario internacional, esta izquierda se desprendió de su esencia conservadora.

Las elecciones cruciales de 2002 y el socialismo maduro

Las elecciones de octubre de 2002 fueron tal vez las más significativas de la historia de Brasil. Hay que recordar que en esa oportunidad el pueblo brasileño eligió el presidente de la República, los diputados, los senadores, todos los gobernadores y sus respectivas asambleas legislativas. Lo único que no se renovó en esa ocasión fueron las autoridades municipales, cuya elección se había llevado a cabo en 2000, presentando

un crecimiento muy significativo de todos los partidos de la oposición, particularmente el Partido de los Trabajadores (PT).

Como vimos en el capítulo anterior, el bloque de fuerzas que dio su base política a Fernando Henrique Cardoso en sus dos mandatos empezó a dividirse como resultado de la pérdida de apoyo electoral del gobierno, y porque la mayoría de los cuadros políticos sabían que la derrota sería inevitable en octubre de 2002. Es interesante observar que todos trataban de separarse de la política económica del gobierno. Las encuestas de opinión revelaban claramente que existía en el país una fuerte mayoría favorable a un programa de centroizquierda y una firme decisión de derrotar al gobierno. Fue incluso por esta razón que el candidato del PSDB, José Serra, se presentó como un opositor a la política económica; oposición que lo llevó a pedir que el ministro de Planificación renunciara para ser nombrado ministro de la Salud...

Para completar este cuadro, hay que señalar que el quinto partido que apoyaba el gobierno de Fernando Henrique Cardoso era el Partido Popular Brasileño (PPB), que reunía los sectores de la dictadura militar a la que siguieron fieles en 1984, cuando presentaron en el Colegio electoral la candidatura presidencial de Maluf, a quien se han mantenido muy ligados. Criticaron la política económica de Fernando Henrique Cardoso por sus errores en la aplicación y por la mala gestión de unos principios con los que el país estaba, no obstante, en pleno acuerdo.

Insatisfechos con su posición secundaria en el bloque de poder, quisieron lanzar una candidatura presidencial propia pero desistieron de tal proyecto, y terminaron sin candidatos a la presidencia y la vicepresidencia, como el PFL.

Este bloque de fuerzas de centroderecha, donde la derecha era el peso principal, sobre todo en la medida en que Fernando Henrique Cardoso asumía un liderazgo personal sobre las fuerzas de la derecha, disminuyendo el papel de sus líderes históricos, se confrontó en varias ocasiones con una posición de centroizquierda, con fuerte influencia de la izquierda. Ésta se unió para ir a las elecciones de 1998, con Lula como candidato a presidente y Leonel Brizola a vicepresidente. Lula, presidente honorario del Partido de los Trabajadores, ya había sido el candidato del PT en 1989, logrando llegar a la segunda vuelta contra Fernando Collor de Melo, frente al que perdió con 3 por ciento de diferencia. El país se dividió por el medio, entre la centroderecha y la centroizquierda. En 1994, una parte del centro se alió a la derecha, con Fernando Henrique Cardoso encabezando este nuevo frente. Era de esperarse que el centro dominara el gobierno, pero los hechos demostraron lo contrario, sobre todo en el plano de la política económica. En consecuencia, el país se volteó de nuevo hacia la centroizquierda. Y el propio PSDB trató de salvarse prometiendo un gobierno de continuidad pero «no continuista».

Naturalmente, en el nuevo contexto, la candidatura de Lula aparecía como la desembocadura lógica de esta tendencia electoral. Sin embargo, una gran parte del centro desconfiaba de un gobierno del PT, temiendo el ascenso a la dirección del país de un candidato de origen popular y partidista tan marcado. Todo el esfuerzo del PT se concentró en fijar una imagen moderada de un partido que maduró en veintidós años de lucha institucional, y había conquistado varias prefecturas, varios gobiernos de Estado y una vasta tradición parlamentaria.

Los demás miembros del frente de izquierda que apoyó a Lula en 1998 se sintieron inseguros con su candidatura tan claramente dirigida hacia el centro. Leonel Brizola abandonó este frente para apoyar a Ciro Gomes después de haber tratado en vano de atraer a Itamar Franco a su partido, lo cual hizo que la candidatura de Ciro Gomes se volviera aún más confusa. Entre Ciro Gomes, que había pertenecido al gobierno de Fernando Henrique Cardoso como ministro de la Economía, el ex Partido Comunista —el actual Partido Popular Social (PPS)—, el PTB fundado por la dictadura y sin ningún perfil ideológico, y el PDT de Leonel Brizola, no había mucho en común.

Anthony Garotinho quedó electo gobernador de Río de Janeiro en 1998, en un frente de fuerzas de izquierda donde estaban el PDT —al que pertenecía—, el PT, el Partido Socialista Brasileño (PSB), el Partido Comunista de Brasil (PCDOB) y el Partido Comunista Brasileño (PCB).

Durante su gobierno, lanzó su candidatura a la presidencia de la República, enfrentándose a Leonel Brizola quien se opuso a ello, y discrepando también de la candidatura del mismo Brizola a alcalde de Río de Janeiro porque rompía el frente de izquierda que había decidido lanzar un candidato del PT a esa alcaldía. Garotinho tuvo que salir del PDT, en el que militaba desde su fundación desde 1982, y se incorporó al PSB, que lo lanzó a la presidencia, llevándose con él una mayoría aplastante del PDT en Río de Janeiro, y agregando al PSB importantes liderazgos políticos de todo el país.

La candidatura de Garotinho seguía siendo una incógnita. En el Estado de Río de Janeiro contaba con una aprobación abrumadora a su gobierno, lo que dio sustancia a su candidatura y lo proyectó hacia el resto del país. Como era evangélico, tuvo un apoyo muy amplio de todos los seguidores de esta religión en el país, lo que le permitió alcanzar 17 por ciento de los votos. Con esto, el Partido Socialista Brasileño quedó como el segundo partido de la izquierda. Unidos, el PT, el PSB, el PDT y el PS obtuvieron una importante votación en la primera vuelta. La oposición en su conjunto alcanzó 77 por ciento de los votos para el presidente.

La oposición se unió en la segunda vuelta, y Lula obtuvo 64 por ciento de los votos. Se trataba de una elección crucial. En una América Latina convulsionada, Brasil parecía ser una excepción al dirimir graves diferencias de

política por la vía electoral. Nadie podía dudar de que un gobierno de la oposición brasileña significara un importante giro en la región.

En 2002, Brasil se encontraba en una etapa muy especial. Culminaba un ciclo económico y político, iniciando uno nuevo, cuyas características esenciales no están todavía perfectamente definidas.

El ciclo que terminaba con el descontento general suscitado por el gobierno de centroderecha se había caracterizado por una incompleta transición de la dictadura militar hacia la democracia, en lo político y lo económico. En verdad, la derrota de la dictadura no significó el abandono del proceso de apertura económica iniciado con el golpe militar de 1964. Estas afirmaciones tal vez puedan espantar a muchos, pues se ha identificado erróneamente el golpe militar con la estatización de la economía. En realidad, el golpe de 1964 se dio en nombre del libre comercio.

En su comando, estaban los economistas liberales más radicales del país, como Roberto Campos, Bulhoses y Gudin. Al mismo tiempo, en la Cancillería se declaraba el principio según el cual «lo que es bueno para Estados Unidos es bueno para Brasil». En realidad, era la ruptura definitiva con el período nacional democrático de Getulio Vargas y con el «desarrollismo» de Juscelino Kubitschek.

Posteriormente, la dictadura militar se vio obligada a estimular la intervención estatal, y se enfrentó con el gobierno norteamericano en muchos aspectos. Los hechos demostraron primordialmente que era imposible alcanzar un alto grado de modernidad y traer el capital internacional sin una fuerte infraestructura económica que sólo sería posible lograr por medio de la intervención estatal.

Ésta era una paradoja del pensamiento liberal en el siglo XX: no era posible una economía capitalista importante en esa fase del desarrollo de las fuerzas productivas, sin una fuerte intervención estatal. Creemos haber demostrado esta tesis a lo largo de este libro.

Por otra parte, los militares descubrían que el gran aliado norteamericano era contrario a que Brasil se convirtiera en una gran potencia del Atlántico Sur, tal como lo habían concebido los líderes geopolíticos del golpe. De hecho, desde 1973, Estados Unidos que había patrocinado las dictaduras militares en la región y en el Tercer Mundo para contener la revolución popular generalizada, se distanciaron de los regímenes militares y apoyaron el retorno a los gobiernos civiles.

De ahí resulta la actual confusión. Se inició una operación ideológica muy especial. Se trataba de vincular los regímenes militares a la intervención estatal, el populismo y el corporativismo sindical, todos considerados

como enemigos del libre comercio, al que se trataba de asociar con la democracia y los derechos humanos. Así, se hizo posible confundir la lucha contra la dictadura militar con el liberalismo económico y político.

Al identificar la dictadura (que se estableció contra las fuerzas nacionales y democráticas) con el estatismo y el nacionalismo, los gobiernos que sucedieron a la dictadura brasileña se dejaron hegemonizar por las mismas fuerzas que establecieron la dictadura.

El presidente José Sarney (1984 a 1989) era el presidente del partido de la dictadura y logró comandar el período de transición hacia un régimen civil. El presidente Fernando Collor de Melo era hijo de un senador de la dictadura y fue impuesto como alcalde por el gobierno militar; también fue gobernador asociado a la derecha. Desplazado del poder por una muy amplia coalición de fuerzas de derecha e izquierda, le sucedió Itamar Franco, su vicepresidente, históricamente asociado a la oposición contra la dictadura.

Fernando Henrique Cardoso llegó al gobierno como un presidente que había hecho carrera en la oposición. Pero se apoyó en una coalición de fuerzas que tenía como principal aliado el Frente de Liberación Nacional, encabezado por una de las principales figuras de la dictadura, Antonio Carlos Magalhães. Su candidatura se configuró sobre todo en oposición a las candidaturas populares de Lula y Brizola en 1994, y a la unidad de fuerzas de izquierda en 1998.

Su gobierno se caracterizó como de centroderecha, pero fue orientándose cada vez más hacia la derecha. De hecho, Fernando Henrique Cardoso definió su gobierno como el «final de la era varguista». Aportaba así más agua al molino de las confusiones ideológicas que se sumaron en la operación de suceder a las dictaduras militares sin destruir su base de poder.

El golpe militar y la dictadura instaurada en 1964 se habían impuesto contra el «populismo» varguista, al derrocar a João Goulart, su heredero político. Los gobiernos que sucedieron a la dictadura habían dado continuidad a esas fuerzas. Fernando Henrique Cardoso salió de las mismas fuerzas que impusieron una dictadura. ¿Como podría entonces su gobierno iniciar una era post Vargas? Brasil estaba en la era post Vargas desde 1964, y cualquier intento de cambiar los hechos constituye una violencia total contra la verdad histórica.

En realidad, con el gobierno de Fernando Henrique Cardoso lo que terminaba era el apoyo popular a la derecha. Masivamente rechazada por el país, la era de la dictadura militar y de las fuerzas favorables a un modelo de desarrollo apoyado en la asociación con el capital internacional y con la hegemonía absoluta de la política norteamericana, entró definitivamente en crisis.

Este modelo había llevado al país a veinte años de estancamiento económico, desde los años ochenta hasta nuestros días. Metió a Brasil en una temible hiperinflación y en una política deflacionaria y de «ajustes estructurales», llevándolo a las actuales dificultades cambiarias. Lo llevó al mismo tiempo a una crisis fiscal absurda, asociada a la privatización de gran parte de la economía y a criminales recortes del gasto público para inversiones y servicios.

El déficit fiscal y la enorme deuda pública de Brasil no se originaron en ningún gasto público. La deuda del país se elevó a 56 billones de reales en 1994 a 860 billones en 2002, sólo por el pago de colosales intereses (que llegaron a 52 por ciento en 1996), aumentados arbitrariamente por el gobierno con el objeto de atraer capitales externos o de impedir la «explosión del consumo» que anularía la política antiinflacionaria, según una teoría económica de muy bajo nivel económico que hoy en día dicta pauta en los medios académicos.

Los resultados de esos fracasos sucesivos se hicieron fuertemente presentes con la devaluación del real en 1999, con la crisis energética generada por una total falta de inversiones en un sector sometido a la privatización financiada por el propio Estado. ¿Cómo justificar el financiamiento público de las privatizaciones? ¿Si había recursos para financiar a los compradores de empresas públicas, por qué no haberlos destinado a las inversiones en ese mismo sector?

En este contexto, la oposición se dividió en torno a tres candidatos presidenciales: Lula, Ciro Gomes y Anthony Garotinho. El más conocido y popular era Lula, y su partido, el Partido de los Trabajadores (PT) se presentaba como la fuerza política más fuerte de la oposición.

Extrañamente, esta posibilidad no causó ninguna angustia en la clase dominante, como había ocurrido en los anteriores eventos electorales.

El propio presidente Fernando Henrique Cardoso había declarado, en una entrevista al Financial Times, que una victoria de Lula no significaría una amenaza a la normalidad del país.

En este contexto, salió a la luz pública el programa de gobierno del PT, que pretendía restablecer la dignidad de la nación brasileña e iniciar un gobierno con efectiva prioridad en lo social. La naturaleza moderada del programa causó algún debate. Algunos pretendieron descalificar el carácter radical de la oposición, asociándola a la oposición fracasada del presidente argentino De La Rúa, o a los límites extremos del gobierno socialista chileno.

Pero hay que considerar tres factores fundamentales:

En primer lugar, la oposición en Argentina había defendido la convertibilidad del peso como piedra angular de su política económica. El programa del PT descalificaba la política económica en vigencia y se proponía cambiarla totalmente. Hay que tomar en cuenta que Anthony Garotinho también proponía cambios radicales en el modelo económico. Sólo Ciro Gomes tenía un compromiso con el Plan Real, al haber sido ministro de Hacienda cuando se inició su aplicación.

En segundo lugar, hay que considerar que la dictadura militar estaba definitivamente superada en Brasil, mientras que en Chile, Pinochet mantenía aún cierto poder militar, y las sombras de la dictadura gravitaban todavía en la vida política del país. Algo parecido ocurría en Argentina, donde Menem aseguró la amnistía a los verdugos que habían instaurado la dictadura militar.

En tercer lugar, hay que considerar que las fuerzas de la oposición brasileña habían estado tres veces a punto de ganar las elecciones presidenciales, y que era imposible apartar la oposición de la hegemonía política lograda por las fuerzas de la izquierda, principalmente el PT.

En este contexto, el debate del programa de gobierno tenía que atenerse a la correlación de fuerzas que se perfilaba en el país. Hay que considerar que muchos miembros del partido de Fernando Henrique Cardoso (PSDB) no se encontraban satisfechos con el rumbo derechista de su gobierno. Así pues, el frente de fuerzas dispuestas a intentar una experiencia política más avanzada era enorme.

¿Qué se podía esperar de esa situación? El programa del PT sugería que había que iniciar un debate con las fuerzas de oposición marcado por una gran madurez. Lo que estaba planteado era la creación de un bloque de poder en Brasil que iba a afectar fuertemente toda América Latina. Veremos más detalladamente la composición de este bloque histórico.

El camino de un nuevo bloque histórico: Autoestima y política

La victoria de Lula en la primera vuelta de las elecciones presidenciales con poco más de 46 por ciento de los votos, dio lugar a una segunda vuelta electoral. Su adversario fue José Serra, del Partido de la Socialdemocracia Brasileña (PSDB), que estaba en el poder con el presidente Fernando Henrique Cardoso. Dos candidatos de oposición quedaron eliminados en la primera vuelta. Pero si se suman los votos de la oposición, se llega a 77 por ciento de los votos para el presidente, atribuidos a los opositores del gobierno.

Esta cifra es absolutamente igual a los resultados presentados por las encuestas de opinión, según las cuales este mismo porcentaje de entrevistados no votarían jamás por un gobierno como el de Fernando Henrique Cardoso. El 23 por ciento de los votos obtenidos por Serra en la primera vuelta coinciden también con la proporción de ciudadanos que apoyaban el gobierno de Fernando Henrique Cardoso.

Estos datos indican claramente las dificultades que tuvo el candidato para crecer en la segunda vuelta. Su principal recurso publicitario fue tratar de separarse del gobierno. Serra trató de aplicar esta táctica en la primera vuelta sin mucho éxito. Sólo le restó utilizar el recurso del ataque personal al adversario, táctica que fue muy útil para derrumbar las candidaturas de Roseana Sarney y de Ciro Gomes en la primera vuelta. Al optar por esta táctica, Serra se topó con el fuerte rechazo de los electores.

Esta táctica no funcionó con Lula. Por otra parte, Luís Inácio «Lula» da Silva necesitaba ganar los votos correspondientes al electorado que había apoyado a los demás candidatos de la oposición. Para ello, tenía que reconstituir el frente de izquierda que había funcionado en las elecciones de 1998, y que se mantuvo por un año, más o menos, después de las elecciones. Esto funcionó electoralmente, y su candidatura captó por lo menos la mitad de los votos de Garotinho y Ciro Gomes. La victoria electoral estableció enseguida el tema de la gobernabilidad.

En consecuencia, volvió a la palestra el tema del frente de izquierda o de centroizquierda, su posible composición, sus métodos de actuación, su programa y su alcance. Sobre su composición se imponía urgentemente una definición: entre 1998 y las elecciones de 2002, los principales partidos de izquierda aliados al PT se alejaron del frente.

El Partido Socialista Brasileño (PSB) lanzó la candidatura presidencial de Anthony Garotinho, ex gobernador del Estado de Río de Janeiro. El Partido Democrático de los Trabajadores (PDT) articuló un Frente de los Trabajadores que sirvió de apoyo a la candidatura de Ciro Gomes, lanzada en un principio por otro miembro del frente de 1998, el Partido Popular Social (PPS, ex Partido Comunista Brasileño).

Al mismo tiempo, a partir de 1998 se amplió la participación en el frente que apoyaba a Lula, incluyendo al Partido Liberal que postuló el vicepresidente de Lula, el empresario José Alencar. Los tres partidos excluidos de la confrontación de la primera vuelta (PSDB, PDT, PPS) volvieron a componer un nuevo frente ampliado. Pero este frente no se ha institucionalizado, no sostuvo ni siquiera una sola reunión.

Además, se planteaba otra cuestión aún más complicada con respecto al carácter del nuevo frente. Había que extenderlo al plano parlamentario para asegurar una base política para el nuevo gobierno, había que incorporar otras fuerzas políticas para garantizar la mayoría del parlamento.

En este plano se establece la opción entre la participación de miembros individuales o una negociación más o menos amplia con partidos como el PMDB (que apoyó oficialmente a Serra, pero que tuvo un gran sector que apoyó a Lula). O como el PTB (que apoyó oficialmente a Ciro Gomes, y que difícilmente habría apoyado a Lula en la segunda vuelta, pero que es un sector siempre disponible para negociar una parcela de poder).

¿Hasta qué punto estos partidos podían componer un frente de izquierda o sólo aceptaban hacer acuerdos parlamentarios sobre proyectos específicos? En verdad, esta segunda opción iba prevaleciendo, bajando la calidad del frente parlamentario de apoyo al gobierno.

Pero el hecho más importante de las elecciones, sin una sombra de duda, fue el fortalecimiento del Partido de los Trabajadores como opción política e ideológica y como un amplio y disciplinado aparato institucional que se extiende a todo el país. Hay que señalar que un país con las dimensiones continentales de Brasil tiene mucha dificultad para crear instituciones de dimensión nacional.

Las fuerzas armadas y la Iglesia católica eran tal vez las únicas instituciones verdaderamente nacionales con las que contaba el país hasta 1940.

Durante el gobierno de Vargas, la creación de un sindicalismo estatal, de ámbito nacional, creó las condiciones para una estructura nacional popular y de izquierda después de muchas idas y vueltas de la vida constitucional brasileña, comprometida por el golpe de Estado de 1964. El PT contaba también en su formación con el apoyo de las organizaciones de base de la Iglesia, y logró un respaldo en todo el país que pocos podían esperar.

Hay que señalar que, ante la desnacionalización de la economía, y el compromiso tan acentuado con las políticas norteamericanas por parte del gobierno de Fernando Henrique Cardoso, la mayoría de las fuerzas armadas brasileñas se acercaron significativamente al PT y a otras fuerzas de la antigua oposición, en nombre de la soberanía y de la seguridad nacional. El frente político que se estableció en el país adquirió así la dimensión de un bloque histórico con un amplio proyecto nacional.

Este carácter profundo se evidenció al observarse una creciente adhesión del empresariado al programa de la izquierda brasileña. El hecho de que el vicepresidente en la plancha de Lula fuera un importante empresario, ex presidente de la Federación de Industrias de Minas Gerais, demostraba con bastante claridad la amplitud y profundidad del bloque de fuerzas unidas en las elecciones de 2002.

Fue por su autoestima que el pueblo brasileño se atrevió a poner a Lula en el gobierno, confiando en un viraje histórico. Darcy Ribeiro y otros antropólogos brasileños han insistido en la especificidad de la civilización brasileña. Tal vez sea una exageración. Sin embargo, quizás se pueda hablar de una civilización afroamericana que se extiende desde Brasil hasta el Sur de Estados Unidos, pasando sobre todo por el Caribe.

Pero si hay que tomar en cuenta la unidad histórico-cultural de esta vertiente afro, también hay que hacerlo con la fuerza de la herencia indígena que se levanta en el mundo andino, en Centroamérica y en México.

Éste también es el caso del gobierno estructurado por Lula. Bajo la fuerte presión del llamado «mercado» (o sea: un grupo de especuladores que domina la cobertura periodística de las operaciones financieras), Lula montó una operación genial, invitando y logrando atraer nada menos que al ex presidente internacional del Banco de Boston para la presidencia del Banco Central. Recién instalado, Henrique Meirelles lanzó su candidatura a diputado federal por su Estado natal, logrando la más alta votación en dos meses de campaña.

El mercado, a través de algunos de sus principales representantes, exministros de economía que habían llevado el país al desastre pero que mantenían un protagonismo inexplicable en la prensa, acusó a su colega de «demasiado político». Y con razón: el nuevo presidente del Banco Central estaba tan por encima de todos ellos que no tenía que escuchar las tonterías que decían, ni dejar que lo intimidaran. Su carrera bancaria ya estaba hecha, no podía llegar más alto. Y no tenía necesidad de asegurarse un empleo para cuando saliera del Banco Central. Ahora, a él sólo le interesaba una consagración política: actuar a favor del pueblo brasileño. Por lo menos así debería mirarse el asunto según una visión optimista, pese a que las medidas equivocadas de la primera reunión del Copon causaron una grave decepción, que se profundizó aún más en las siguientes reuniones. El Banco Central sólo demostró que su opción por una política exclusivamente antiinflacionaria de corte monetarista era un insulto a la nación. Primero, porque las metas antiinflacionarias han sido sistemáticamente equivocadas, revelando la incompetencia teórica de su formulación. Segundo, porque ningún pueblo puede dejarse guiar por una fórmula antiinflacionaria fracasada, que ignora las necesidades de la población y se traduce en poco o ningún crecimiento y en desempleo.

Lula buscó formar ministerios de alto nivel con pocas concesiones a la conciencia de clase de los partidos y a los lobbies. Esto es esencial: este tipo de ministerio afirmaría la autoestima del pueblo brasileño. Si el fútbol, con la victoria del Santos, había vuelto a la época de Pelé y Garrincha, valorando el espectáculo y la ofensiva eficiente, la política también podía volver a los grandes protagonistas regidos por un hombre del pueblo, que no tenía pretensiones de brillar por sí solo, sino de dirigir una orquesta que había estado sin tocar por un largo período, debido a las consecuencias de la dictadura militar, que eligió la mediocridad como principio administrativo.

Entre 1950 y 1964, la política brasileña quedó marcada por los personajes destacados que rodearon a Vargas, a Kubitschek y a Goulart. La arquitectura de Niemeyer y Lucio Costa creó Brasilia (contra los mediocres economistas oficiales, como Roberto Campos, que odiaron esa aventura económica con la que se había entusiasmado el pueblo brasileño); la música creó la bossanova; las artes escénicas crearon el «teatro del oprimido»; la pedagogía de Paulo Freyre redefinió la educación, con la nueva fase de la «escuela nueva» de Anísio Teixeira y Darcy Ribeiro; la poesía y las artes plásticas crearon el concretismo, movimiento de renovación sumamente audaz; las ciencias sociales abrieron el camino de la «teoría de la dependencia», después del avance representado por el Instituto Superior de Estudios Brasileiros. Y así sucesivamente...

Se puede interrelacionar éstas y muchas otras demostraciones de la autoestima nacional, expresadas popularmente en el fútbol como arte y en el desarrollo espectacular de las escuelas de samba y del carnaval brasileño, con sus muchas variantes expresadas en las formas populares de la música y el baile, que tuvieron su versión erudita en el ballet de Klaus Viana y su encuentro con el cuerpo, el ritmo y la danza brasileña.

Todo esto reflejaba un arranque cultural cuyo antecedente fue el Movimiento Modernista iniciado en 1922 y que alcanzó su auge en los años cincuenta, pero que quedó bloqueado por el golpe de Estado de 1964. Sólo ahora puede retomarse en su plenitud la fuerza de ese movimiento cultural afirmativo de todo un proceso civilizacional.

Audacia, decisión, compromiso con la realidad y con las aspiraciones del pueblo, van acumulando actos transformadores que apuntan a cambios sustanciales. Las formas culturales son absolutamente necesarias.

El tono europeísta, antiutópico, elitesco, racionalista que Fernando Henrique Cardoso dio a su gobierno refleja una ideología tecnocrática que procuraba consagrar el papel de una lógica formal, supuestamente científica y una frialdad emocional supuestamente moderna, como método de gobierno y administración. Este estilo entraba en contradicción con la realidad de un pueblo que lucha con espontaneidad y voluntad contra la miseria y el analfabetismo impuesto por las clases dominantes.

El ascenso de Lula al gobierno devolvió la emoción a la vida política, valoró la sencillez, y sustituyó a los técnicos por figuras destacadas, por protagonistas y creadores que no necesitan rituales burocráticos para consagrar su liderazgo.

El pueblo brasileño ha participado en todos estos cambios políticos, y sobre todo culturales, antes incluso de la llegada de Lula al poder. Los ciudadanos latinoamericanos y de todo el mundo también han tenido oportunidad de entrar en contacto con esta nueva realidad, cuando el gobierno de Lula intervino activamente en la defensa

de la democracia en Venezuela, o cuando prometió cambios profundos que repercutirían en todo el planeta. Este clima de expectativa se presentó en el Foro Social Mundial, donde Lula fue recibido con sumo afecto. Al mismo tiempo, las fuerzas del establishment internacional lo recibieron en el Foro Económico de Davos con expectativas favorables, y la prensa europea e internacional presentó como altamente positiva su visita a Alemania y Francia. Allí, se elogió la «serenidad y responsabilidad» de sus medidas económicas, y se compartió la necesidad de una posición más firme a favor de la paz mundial.

Los brasileños se han sentido enormemente reconocidos en esta nueva situación. Se ha desarrollado un clima de autoconfianza en la población, y un redimensionamiento del papel de Brasil en el mundo. Son fuerzas extraordinarias que están despuntando desde el seno de la nación y deberán romper en mil pedazos la costra autoritaria y elitesca, de inspiración neoliberal, que oprime al pueblo y conduce al mundo a la insanidad de la guerra, al desequilibrio social, al atraso.

Es enorme la responsabilidad que tienen los políticos, los intelectuales y los técnicos para estar a la altura de esta nueva fase de la política brasileña. Es hora del debate franco, de la audacia de pensamiento, del rigor en el análisis, y de las propuestas decididas.

TRANSICIÓN Y RUPTURA

La crisis del modelo neoliberal

Lo que queda claro, una vez más, es que vivimos la etapa final de una orientación de la política económica que obedecía a una doctrina (el neoliberalismo, asumido como justificativo para las acciones económica más inconsistentes) y a un programa de acción (el Consenso de Washington utilizado como marco internacional del poder institucional y financiero).

La mayoría aplastante de la población brasileña rechazó el gobierno de Fernando Henrique Cardoso y expresó su deseo de un nuevo programa económico que retome el crecimiento económico y el pleno empleo como meta, sin abandonar la preocupación por el control antiinflacionario. Se trata de un cambio total de prioridades, pues el gobierno de Fernando Henrique Cardoso tenía por objetivo prioritario el control de la inflación, aunque condujera a la recesión y al desempleo generalizado.

Más grave aún: la recesión, el desempleo y la destrucción del tejido social, resultantes del estancamiento económico, amenazaban el equilibrio económico monetario y financiero, convertido en meta fundamental del Banco Central. Esto quedó demostrado en los siguientes puntos:

En primer lugar, la crisis cambiaria se encontraba en marcha y amenazaba con dejar el país sin divisas para atender los enormes déficits cambiarios generados por la política de sobrevaluación del real (el famoso anclaje cambiario que generó un período de falso control de la inflación) y de irresponsable captación de capitales internacionales que, desde 1998, cobraron sus intereses y se retiraron del país. La recuperación de las exportaciones, que se logró a partir de la devaluación de 1998, sólo tuvo un efecto más serio en 2003, pero es aún insuficiente para atender los compromisos internacionales con el FMI y los acreedores internacionales.

En segundo lugar, estaba la crisis fiscal resultante de los enormes pagos del servicio de una deuda interna colosal, generada para atraer capitales del exterior a altísimas tasas de interés. En vez de atacar el verdadero origen del déficit fiscal —el pago colosal del servicio de la deuda—, el FMI, y los economistas del sistema financiero mundial impusieron al país la creación de un «superávit primario» en las cuentas públicas, con el fin de generar parte de los recursos exigidos para pagar este fantástico monto de los intereses, que llegaban a representar 10 por ciento del PIB.

En tercer lugar, se vivía la angustia de una recesión que coronaba un período de bajísima tasa de crecimiento iniciado en los años ochenta del siglo XX, y agravado por las políticas irresponsables. Políticamente, el país liberado de la dictadura militar desde hacía unos trece años, se encontraba con un liderazgo civil debilitado, formado por la coalición entre las fuerzas de la llamada «oposición consentida» contra la dictadura (que creó en 1996 su propio partido de oposición, el MDB), y los liberales «realistas», que colaboraron abiertamente con el autoritarismo (agrupados principalmente en el PFL, formado en 1984 para elegir a Tancredo Neves a través de un Colegio Electoral creado por la dictadura).

La crisis ideológica, económica y política de este frente postdictadura, demandaba la formación de un nuevo frente social que reuniera a los varios sectores sociales, afectados por estas políticas. Se trataba de unir los sectores productivos (empresarios y trabajadores) dispuestos a desarrollar el país, disminuir la renta, y asegurar una verdadera democracia participativa.

El cuadro de fuerzas en confrontación y su evolución

En la oposición al modelo económico imperante, la fuerza más evidente y conocida era el Partido de los Trabajadores (PT), cuya candidatura presidencial se había mantenido en primer lugar en las encuestas electorales durante los últimos años. Con el fin de ganar estas elecciones, el PT presentó una política de alianzas con tendencia hacia el centro, en el preciso momento en que el modelo neoliberal entró en crisis, y se perfilaba la necesidad de un frente social alternativo. Despreció así el apoyo de los partidos de izquierda más significativos del frente izquierdista que encabezó las elecciones de 1998 (el Partido Democrático de los Trabajadores de Leonel Brizola y el Partido Socialista Brasileño de Miguel Arraes), y se alienó definitivamente el ex Partido Comunista Brasileño, reunido en el Partido Popular Socialista que insistía en formar parte de un frente aún más amplio.

El giro del PT hacia el centro logró atraer a la vicepresidencia de Lula a un importante capitán de industria, José Alencar, hombre de ideas nacionalistas apoyado por un partido liberal de compleja composición política, más a la derecha que hacia el centro. La grave escisión de las fuerzas oficialistas, divididas por el intento del Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) de garantizar su liderazgo en un nuevo frente de fuerzas políticas encabezado por José Serra, permitió que Lula atrajera elementos descontentos del frente oficialista, tales como el ex presidente José Sarney, o el ex gobernador de São Paulo, Orestes Quéricia, y hasta el apoyo en la segunda vuelta de Antonio Carlos Magalhães, uno de los más destacados líderes de la derecha brasileña.

Tomando en consideración la orientación nacionalista que asumió el PT en los últimos años, cuando abandonó la perspectiva clasista absoluta que marcaba su programa original, la élite militar aplaudió a Lula, quien completó así un amplio círculo de apoyo político a favor del abandono de las perspectivas neoliberales, y también a favor de la defensa de un programa de desarrollo económico, de distribución de la renta y de democracia participativa.

La configuración de esta amplio frente garantizó a Lula la posibilidad de una espectacular victoria electoral. Pero una duda quedó en el aire, la cual debía y debe ser aclarada: ¿podrá Lula, apoyándose en fuerzas políticas tan contradictorias, llevar adelante un plan de gobierno que realmente rompa con el modelo neoliberal?

La candidatura de Ciro Gomes había crecido en parte para responder a esta interrogante. Según él, su gobierno sería más consecuentemente antineoliberal que el de Lula. Sin embargo, la coalición de fuerzas que lo apoyaba no correspondía al discurso político del candidato. Incluía dos partidos de izquierda bien diferenciados entre si: el PDT de Leonel Brizola y el PPS, muy criticado por sus alianzas políticas tan amplias.

También estaba el PTB, una agrupación de oportunistas políticos de orientación ideológica no definida, que hasta hacía poco había apoyado el gobierno de Fernando Henrique Cardoso. Pero la situación de Ciro Gomes se complicó cuando recibió el apoyo de la dirección nacional del PFL, irritada por las maniobras de José Serra para sacarlos del comando del frente que apoyaba a Fernando Henrique Cardoso. Más grave aún: para atender esa direccionalidad de su campaña, Ciro Gomes estuvo a punto de contratar la asesoría económica del ex director del Departamento de Economía de la Universidad de Chicago, Shenkman, un brasileño completamente comprometido con las tesis de los Chicago's boys de Pinochet.

La reacción a esta asesoría descartó esa iniciativa de direccionalidad.

Quién iba a creer entonces que este grupo de asesores se concentraría luego en la columna vertebral del Ministerio de Hacienda de Lula...

Estos cambios de posturas políticas se agregaron a las características autoritarias de la personalidad de Ciro Gomes, formado en el ambiente de esa oligarquía del nordeste brasileño cuyo reciente barniz modernizador no logra ocultar sus orígenes colonialistas y esclavistas.

El punto de inflexión

En esta brecha emergió la candidatura de Anthony Garotinho. Electo gobernador del Estado de Río de Janeiro en 1998 por el frente de izquierda más amplio que se había formado en el país, en el año 2000 se vio envuelto en una grave crisis con la ruptura de este frente y su salida del PDT por presión del líder de ese partido, Leonel Brizola, que ya para entonces estaba preparando el frente con el PTB, que terminó incorporándose a la candidatura presidencial de Ciro Gomes.

Garotinho basó su campaña en la crítica a los acuerdos de Lula con la derecha, y en la afirmación de su propia capacidad administrativa como gobernador de Río de Janeiro. Al cabo de una fuerte lucha para consolidar su candidatura, siempre discutida por inviable, logró reafirmar su condición de líder regional al garantizar la victoria, en la primera vuelta de las elecciones para la gobernación de Río de Janeiro, a su esposa, Rosinha Garotinho, quien reveló un liderazgo político sólido y sorprendente para quienes no la conocían. Al hacerlo en el contexto del debate sobre el carácter del frente que apoyaba a Lula, Garotinho se acreditó para representar una alternativa de izquierda a Lula, y logró un tercer lugar inesperadamente cercano al candidato oficial, quien logró el segundo lugar.

Lula siempre había asumido claramente una postura de profunda transformación social y de ruptura con el modelo liberal. Sin embargo, las exigencias de la campaña electoral, orientada hacia el centro e incluso hacia la derecha, despertaron algunas dudas acerca de la fecha y la dimensión de dicha ruptura. Algunos de sus asesores hablaron de un tiempo de transición en el que se respetaría el «equilibrio» cambiario, fiscal y monetario exigido por el FMI. Definir la política económica inicial del gobierno tomando en consideración este falso diagnóstico ha llevado al país a una parálisis similar a la que vivió el presidente De La Rúa en Argentina: una recesión brutal, sin haber acabado con la inflación y sin haber garantizado el tan ponderado «equilibrio».

Por otra parte, era necesario tomar medidas rápidas y eficaces para la disminución de las tasas de interés, el aumento del salario mínimo, la expansión del crédito, y una reforma fiscal a favor de la producción y de la exportación, para enfrentar la crisis cambiaria y definir con claridad la necesidad de renegociar los acuerdos con el FMI. Al rechazar tal política por radical, Lula dejó un flanco abierto para el surgimiento de liderazgos como el de Nestor Kirchner en Argentina, que pone en práctica este programa con resultados favorables.

Estaba claro que si Lula no lograba explicar claramente al pueblo brasileño la naturaleza, la composición y el carácter del bloque de fuerzas sociales que buscaba establecer, se podría llegar a un impasse sumamente serio. Esto ya se presentó al cabo del primer año de esta transición, y parece que se mantendrá. Discutamos un poco más el carácter de esta «transición».

Cómo salir del neoliberalismo

El debate político en Brasil postula una nueva problemática para la teoría de la economía política. El gobierno del presidente Lula pretende aplicar una nueva política económica que privilegie el crecimiento económico, la distribución de la renta, y las garantías para la autodeterminación en el plano económico y de la integración nacional y regional de la economía.

Al mismo tiempo, pretende mantener la inflación bajo control, asegurar el equilibrio y, sobre todo, la transparencia de las cuentas públicas.

Para lograr estas metas, el gobierno de Lula tiene que revertir la política económica del anterior gobierno, que llevó al país a la recesión, a la concentración de la renta, a la desintegración del aparato económico nacional, y al debilitamiento de la integración regional (afectada por la aplicación de políticas económicas inestables y hasta opuestas). Al mismo tiempo, en los últimos años, se había verificado un aumento de la inflación, así como una acumulación de escándalos financieros que comprometieron gravemente la moralidad pública.

Con todo, el gobierno de Lula está confrontado con graves bloqueos ideológicos, psicológicos y, sobre todo, científicos. El llamado «pensamiento único» ha metido en la mente de las gentes la idea de que es lo único capaz de garantizar la «estabilidad económica». Aunque su aplicación haya llevado a la acentuación de los desequilibrios económicos, a la recesión y al fracaso de sus metas, el aparato publicitario que lo implantó sigue promoviendo su conveniencia y la imposibilidad de sustituirlo.

Pero no se trata sólo de un bloqueo mental. Existen fuertes intereses que reivindican el mantenimiento de esta política del desastre. Se trata sobre todo del poderoso capital financiero nacional e internacional, que logró organizar en los últimos veinte años toda una maquinaria para succionar los superávits fiscales y cambiarios, disfrazándolos de políticas respetables y, sobre todo, insustituibles.

Sin embargo, es necesario señalar el surgimiento de amplios sectores en el plano de las fuerzas populares cuya suerte viene asociándose a este sector financiero. Éste es el caso, por ejemplo, de los fondos de pensión, gerenciados por representantes de los trabajadores y del gobierno.

Suman aproximadamente 50 billones de dólares, buena parte de los cuales están invertidos en el mejor negocio del país: los títulos de la deuda pública a altísimas tasas de interés. Puede comprenderse la necesidad para estos fondos de impedir una caída demasiado rápida de la tasa de interés, por mucho que ello perjudique al pueblo brasileño en su conjunto. Esta aparición, en el marco de las políticas públicas, de los fondos de pensión y otros negocios dirigidos por representantes de los sectores mejor remunerados de los trabajadores brasileños, es una nueva realidad que coloca al PT bajo la influencia de los intereses más negativos del establishment brasileño.

Resulta interesante observar cuán contradictorio es el aparato ideológico. Presenta como su objetivo el logro del equilibrio automático de la economía, garantizado por la fuerza estabilizadora del mercado que es, el mismo tiempo, una garantía de eficiencia a través de su capacidad de asignación racional de los recursos. En la práctica, las políticas neoliberales han dado origen a los desequilibrios cambiarios, fiscales y monetarios más dramáticos. Pero con el auxilio de los medios de comunicación y del terrorismo intelectual, los responsables de tales desastres logran transformarlos en un motivo más para continuar con las políticas que los generan.

Éste es el caso de Brasil, donde quienes fueron derrotados en las elecciones de 2002, debido a sus graves desaciertos técnicos y morales, han logrado paralizar hasta ahora la aplicación de una nueva política económica, como consecuencia de las dificultades generadas por las políticas aplicadas y de las debilidades de sus opositores, así como los compromisos de éstos con el orden existente.

En primera instancia está el tema de la inflación. Por haber yugulado la hiperinflación acumulada durante los años ochenta, los técnicos se consideraron como insustituibles. Esta inflación había sido el resultado de las políticas de «ajuste estructural» impuestas por el FMI para pagar las deudas de la región con un sistema financiero internacional convertido en captador de billones de dólares en Latinoamérica. Se elaboraron muchas propuestas teóricas y prácticas para contener esta inflación y ninguna funcionó, hasta que en los años noventa, milagrosamente, como resultado de la crisis del sector financiero mundial, de la suspensión generalizada del pago de intereses de la deuda internacional, y de la caída generalizada de las tasas de intereses internacionales, se entró en una deflación mundial. Si bien a fines de los años ochenta todos los países capitalistas presentaban inflaciones superiores a un dígito, a mediados y finales de la década de los años noventa, sólo dos o tres presentaban inflaciones superiores a un dígito. Por supuesto, en cada país hubo un «genio» de la política económica que se responsabilizó por su victoria particular sobre la inflación.

Pero el hecho es que la inflación tendió a reaparecer, no como resultado de una presión inflacionaria internacional que no existe en estos precisos momentos, sino como resultado del mantenimiento de una política económica desestabilizadora. Uno de los orígenes de la nueva fase inflacionaria que irrumpió hacia el año 2000 y se acentuó a mediados de 2002 y principios de 2003, fue precisamente el aumento irresponsable de la tasa de interés básica pagada por el sector público, con el objetivo de atraer estos famosos dólares del exterior (que salieron en cantidades muy superiores a las que entraron, sobre todo aprovechando la no devaluación del real durante el año electoral de 1998, como lo denunciábamos ampliamente en esa época, sin ninguna repercusión en la prensa brasileña, ni siquiera durante la campaña electoral). Además del aumento de la tasa básica (Selic), los genios financieros pusieron inusitados límites al crédito para el sector privado, mediante el establecimiento de encajes colosales para los préstamos normales. Esto convirtió a Brasil en el país de las tasas de interés más altas del mundo.

No obstante, las altas tasas de interés son presentadas como el resultado del «mercado», cuando son claramente una tasa administrada por el Estado para atender objetivos no muy claros. El efecto de estas tasas de interés absurdas y antimercado sólo sirve a los intereses monopólicos y especulativos, y resulta claramente inflacionario. Por una parte, las altas tasas de interés generan (sí: generan) un déficit fiscal inexistente. Desde el comienzo de los años noventa, las cuentas públicas de Brasil presentaron superávits fiscales primarios o, a lo sumo, pequeños déficits. El país no generó de ninguna manera una gigantesca deuda pública para financiar déficits primarios significativos que nunca existieron.

Hay que hacer una pregunta con el aire de quien habla de la «alta» ciencia económica: ¿cómo bajar la tasa de interés? La respuesta es sumamente simple: del mismo modo en que ésta aumentó irresponsablemente, contrariando las tendencias del mercado mundial para satisfacer intereses difíciles de defender, o sea,

mediante decisiones administrativas del Banco Central y del Copon. Estos organismos adquirieron el derecho abusivo de defender la tasa de interés del país fingiendo basarse en un modelito «técnico» considerado como simplemente ridículo por cualquier economista serio de cualquier corriente del pensamiento económico. A partir de ahí, inventaron la insostenible explicación de que las altas tasas de interés son un efecto del «mercado». En Estados Unidos, la FED bajó la tasa de interés básica de 5,6 por ciento a 1,0 por ciento en aproximadamente diez meses, y ningún organismo internacional se atrevió a calificar de irresponsable a Greenspan.

Los técnicos oficialistas de esa época inventaron la tesis de que los déficits públicos transformados en bonos de la deuda pública no son inflacionarios. Estos tenderían a fortalecer el ahorro, a contener el gasto, a limitar la demanda, conteniendo la inflación. Es verdad que nunca tuvieron la audacia de defender estas locuras irresponsables en ningún texto serio de ciencia económica.

Contrariamente a lo que afirman, la emisión de títulos de la deuda pública resulta doblemente inflacionaria. Además de generar inflación como cualquier deuda pública, la aumenta aún más debido al pago de las tasas de interés, que se transforma en una forma más de gasto público.

Pero convertir la deuda pública en títulos, en vez de limitarse a una mera emisión, tiene otro efecto mucho más grave. Los pagos de las tasas de interés cada vez más altas para cumplir con estas políticas insanas, afectan dramáticamente el costo del dinero en general, y sofocan el sector productivo que depende del crédito para operar.

El aumento de las tasas de interés eleva el costo de los productos, y constituye un fuerte componente inflacionario. Aun cuando el empresario no haga uso del crédito, está utilizando su propio dinero que podría prestar y obtener una mejor tasa de interés. Tiene que incluir esos costos financieros en el precio de sus mercancías mediante el aumento de su tasa de beneficio.

Además, es fácil ver el efecto, en las cuentas públicas, del pago de altos intereses por parte del Estado, generando colosales déficits públicos. Y digo «generando» porque no es lógico ni razonable decir que un gobierno como el brasileño, que tiene un superávit fiscal primario de más de 4 por ciento del PIB genera déficit público a través de sus gastos.

En principio, un presupuesto superavitario no genera déficit público. Lo que genera déficit público en nuestro país es el pago del servicio de la deuda pública, que llega a representar 10 por ciento del PIB y que, por cierto, fue creada para pagar intereses y atraer capitales del exterior.

Hay que detenerse en los siguientes datos preocupantes. La generación de deuda pública para atraer capitales del exterior y para detener la demanda; la aplicación de políticas públicas tremendamente inflacionarias y fiscalmente irresponsables en nombre de una falsa teoría económica; y, todavía más grave, la hipocresía con la que se justifican las tasas de interés más altas del mundo, pagadas por el Estado brasileño.

Se trata de una tasa de interés impuesta por el «mercado». Que los lectores presten atención: ¿de qué mercado se habla? Hoy en día, los bancos operan casi exclusivamente para captar los ahorros de la población y aplicarlos en los títulos de la deuda pública. Esto representa actualmente casi 80 por ciento de las actividades bancarias.

Pero, ¿cuál es el «mercado» del sector financiero? El Estado, el Tesoro Nacional. Éste, al mismo tiempo, lucha denodadamente para pagar colosales intereses. ¿Acaso nos necesita para pagar los gastos públicos? No, ya que las cuentas primarias del Estado tienen un superávit.

Sí, señores lectores: el «mercado» financiero es la deuda pública, es el Estado, es el que determina la tasa de interés para financiar una deuda innecesaria puesto que hay un superávit fiscal. Y todo esto se hace con la excusa de la amenaza inflacionaria.

Se trata de un terrible fundamentalismo económico, porque condena a la miseria y al hambre a millones de personas en nombre de unos principios formales supuestamente intocables, como los dogmas. Todo esto se fundamenta en teorías económicas de bajísimo nivel, elaboradas por matemáticos e ingenieros con algún postgrado en economía. Para ellos, la economía es una ciencia exacta y no una disciplina de las Ciencias Sociales.

El gobierno de Lula tiene que romper con las falsas teorías económicas, actuar con sencillez y sentido común, encaminar positivamente las cuentas nacionales que un grupo de «técnicos iluminados» puso al servicio de unos pocos beneficiarios. Para eso, Lula tiene que tener claros los siguientes puntos:

La inflación está de vuelta porque los desequilibrios macroeconómicos son cada vez más insostenibles; los altos costos del servicio de una deuda pública innecesaria son la causa principal de este desequilibrio. Se inventaron falsos argumentos para justificar esta deuda, pero el único verdadero objetivo es el de servir a un pequeño grupo que vive a costa de las altísimas tasas de interés.

La inflación está de vuelta porque los costos de producción resultan sumamente elevados debido a los elevados costos del dinero, haciendo que la producción sea inviable; y porque la oferta está presionada por fuertes factores, entre los cuales los «técnicos» sólo destacan el salario.

Éste es el único aspecto de la oferta enfocado por estas «teorías», lo que muestra su carácter clasista y los intereses que defiende. La productividad está sacrificada por la subutilización de la capacidad instalada, debido a la recesión. Las tasas de beneficio están por las nubes para compensar los altos intereses. Todo lo cual hace que suban los intereses, aumente la recesión y con ella la inflación. Hay que cortar el nudo gordiano ya.

La inflación está de vuelta porque las tarifas de varios servicios básicos que pasaron al sector privado se adaptan a escandalosas tasas de beneficio promedio en el país; y porque los servicios que siguen en manos del Estado pretenden actuar según los principios de la economía privada, buscando altas tasas de beneficio.

La inflación está de vuelta porque se cobran los servicios públicos y los impuestos con colosales tasas de interés y multas que afectan gravemente a los contribuyentes. Ya es hora de cambiar de enfoque. No se trata de frenar la demanda, por lo demás ya refrenada en este país debido al hambre y la miseria. Se trata de lo contrario: de facilitar la producción, aumentar el crédito, disminuir la tasa de interés, bajar los precios, utilizar los recursos públicos para estimular el crecimiento económico, revertir el clima perverso en el que vive el pueblo brasileño, colocándolo en una perspectiva virtuosa. Luego, se podrá discutir todo lo demás.

¡El momento adecuado!

Hace algunos años, después de haber tenido una interesante conversación en el Consejo de Londres, tres de los participantes decidimos continuarla en un nuevo local nocturno que estaba de moda. En la entrada, la recepción fue desagradable; simplemente nos impedían entrar. La razón aducida por el musculoso portero era insólita: «Ustedes no están debidamente trajeados». Cerca de nosotros había unos jóvenes punks con ropas extravagantes, y ellos entraron libremente al establecimiento. Tratamos de insistir: «Quién decide esto? Queremos hablar con esa persona». La respuesta del portero fue definitiva y contundente: un enfático «¡Yo!». Ésta es la posición que los Bancos Centrales y los técnicos de las instituciones financieras nacionales e internacionales se arrogan para sí. Ellos son quienes definen lo que es bueno para nuestras economías, lo que detiene la inflación que, según decidieron ellos, es el único objetivo de las políticas monetarias y financieras. ¿Cuál es el momento adecuado para subir o bajar las tasas de interés, cuál es su nivel, cuáles son sus encajes

exigidos por el sistema de crédito, los niveles de emisión de moneda o de títulos de la deuda pública? En los últimos años, después de haber abandonado el fracasado intento de prefijarlas, se arrogaron el derecho de especular en el mercado cambiario. ¡Y llevan a cabo todas esas agresivas intervenciones estatales en nombre del libre comercio! En cuanto a los agentes gubernamentales y privados, que deberían someterse a rigurosos controles para utilizar los recursos públicos o privados, pueden gastar billones de dólares en operaciones cambiarias, siempre fracasadas, sin ninguna consulta a la sociedad o a los poderes de la nación...

Y cuando se les piden cuentas acerca de los resultados de sus conductas irresponsables, contestan con el mismo énfasis que el portero del local londinense: yo decido, yo soy el poder, dirijo un organismo que debe estar por encima de la sociedad y del Estado: el Banco Central, independiente y hasta autónomo; ¡y no acepto presiones de la sociedad! El principio que está por detrás de este poder colosal es la irresponsable deriva de estos técnicos, que pretenden representar una ciencia económica exacta.

No se preocupan por los datos. Utilizan metáforas que resultarían ridículas para todo científico serio, como que la inflación es una fiebre que debe ser controlada por los médicos. ¡Ellos son los médicos! Y tienen más influencia mientras más decisiones irresponsables toman, basándose en los manuales de economía que estudiaron, en unos cursos universitarios que desconocen la historia de la economía y del pensamiento económico, su evolución, sus dificultades, la diversidad de sus métodos, y muchas cosas más.

El Fondo Monetario Internacional, con sus economistas de tercera línea, como los define el premio Nobel Joseph Stiglitz, fija las pautas de estos conocimientos intocables de la economía y, contra toda la evidencia de los hechos económicos, sigue afirmando que la inflación sólo se controla restringiendo el crédito. Pero, ¿qué dicen los hechos?

Veamos los países con la inflación más baja del mundo: Estados Unidos, con 2,2 por ciento de inflación anual, Japón, con -0,1 por ciento; Gran Bretaña, con 3,1 por ciento; Francia, con 2,0 por ciento; Alemania, con 1,1 por ciento. Veamos también algunos países en desarrollo, para que no se diga que no incluimos las llamadas economías emergentes o en vías de desarrollo (los tecnócratas niegan las diferencias estructurales entre las economías desarrolladas y las subdesarrolladas o dependientes): Chile tiene una inflación de 4,0 por ciento, México, de 5,3 por ciento; Corea del Sur, 3,7 por ciento; India, 4,1 por ciento.

Éstos serían, según la teoría ingenuamente aceptada por dichos tecnócratas, los países con menor volumen proporcional de crédito, midiéndolo por la relación del volumen de crédito y el PIB. Pero al FMI nunca se le ocurre confrontar sus teorías con los datos de los que dispone este mismo organismo.

Japón, que cuenta con la más baja inflación (de hecho, una abierta deflación) tiene el índice de endeudamiento más alto (relación crédito/PIB) del mundo: 186 por ciento. Estados Unidos viene después, muy cerca, con 145,2 por ciento. Gran Bretaña no se queda muy atrás, con 138,8 por ciento. Alemania tiene una tasa de crédito/PIB de 121,0 por ciento. Francia tiene 89,8 por ciento. Entre los países emergentes, Chile presenta una relación de 65,9 por ciento; México, de 11,5 por ciento; India, con 29,1 por ciento. Para Corea del Sur, no disponemos de los datos pero sabemos que tiene una alta tasa de endeudamiento.

La relación inflación/volumen de crédito es exactamente lo contrario de lo que dice la teoría (excepto en el caso de México, que tiene un volumen muy alto de liquidez, debido a los envíos clandestinos de dinero de los emigrantes y al factor de lavado de dinero, entre otros factores que deforman esta relación crédito/PIB).

Brasil, donde hay actualmente un debate intenso sobre la política de contención del crédito y de las altas tasas de interés, es un ejemplo claro del fracaso de la teoría que asocia el crédito bajo, la alta tasa de interés y la baja tasa de inflación. Brasil tiene una de las tasas de inflación más alta de los países llamados emergentes: 16,7 por ciento, o sea, uno de los pocos países del mundo con una inflación de dos dígitos en la actual coyuntura deflacionaria mundial.

Según la «teoría» oficial y ortodoxa, este país debería presentar un volumen de crédito cuya contención, a través de las altas tasas de interés, resulta absolutamente necesaria. Pero estamos ante un caso de bajísima tasa de crédito con relación al PIB, actualmente de 23 por ciento. Cuando se inició el Plan Real, que trajo al país una estabilidad de precios, esta relación crédito/PIB estaba en 37 por ciento, con una inflación de un dígito. Mientras más disminuyó el crédito y más aumentó la tasa de interés, más aumentaba la inflación.

No hay que darle muchas vueltas para entender este fenómeno. Las altas tasas de interés cumplen un papel inflacionario, y no deflacionario, como pretenden las «leyes» deducidas (y mal deducidas, que esto quede claro) de la ciencia económica «exacta» manejada por esos tecnócratas incompetentes. Las altas tasas de interés provocan una fuerte inflación en los costos, elevando las tasas de beneficio en general y los precios en consecuencia. La alta tasa de interés aumenta (en realidad: crea) el déficit fiscal, elevando drásticamente las presiones inflacionarias. Eso explica por qué Brasil tiene una de las tasas de inflación más altas del mundo, la tasa de interés más alta y una de las peores relaciones crédito/PIB.

Pero esos técnicos nunca se han dignado responder a la evidencia de los datos que demuestran que sus teorías no son en nada exactas ni serias. No se trata de echar por la borda los años de estudios que pasaron en sus aulas: son como los monjes medievales, que no podían abandonar el espectacular edificio teórico del tomismo que estudiaban en sus versiones más rústicas, y lograron así detener durante años la comprensión

del sistema solar y de la astronomía, y también trataron de detener la misión de Cristóbal Colón, pero las ambiciones de los banqueros y mercaderes genoveses hablaron más alto que aquellos tediosos manuales.

En este libro, hemos insistido en la tesis de que la ciencia económica ortodoxa de corte neoliberal cumple un papel similar al que cumplió la filosofía escolástica durante la Edad Media. El tema de este capítulo es un ejemplo más de lo acertado de esta tesis. Podríamos citar varios otros casos que forman un círculo de fuego contra el crecimiento económico, la redistribución de los ingresos y el progreso laboral, en un momento histórico en el que el avance de la revolución científico-tecnológica crea las condiciones materiales para un cambio cualitativo en las condiciones de vida de toda la humanidad.

Es lamentable asistir al espectáculo dramático de la lucha entre la sabiduría popular —que intuye esas posibilidades de transformación y las expresa electoralmente— y la prepotente incompetencia de los dueños de las cifras monitoreadas, que fijan las pautas de las políticas públicas.

Hemos presenciado los golpes de Estado electorales dados en nombre de teorías fracasadas, que han bloqueado la entrada a las instancias del Estado para una generación de economistas y científicos sociales realmente en consonancia con la realidad y la intuición popular.

Tocará al pueblo fijar, en una verdadera democracia, «el momento adecuado» para romper definitivamente con esa camada de falsos científicos y técnicos al servicio de los intereses económicos contrarios al progreso de nuestros países. Éste es «el momento adecuado» para abrir las ventanas, dejar que entre el aire fresco, e imponer la verdad de los hechos contra la polvareda de la teoría y la ortodoxia falsas. ¡No nos dejemos intimidar por el portero de Londres!

FIN

NOTAS

1. Marcelo Carcanholo hizo un análisis detallado en su tesis doctoral, presentada a fines de 2002 en la Universidad Federal de Río de Janeiro. La publicación de su trabajo se incluye en la serie inaugurada por el presente libro.
2. Costos agregados por la corrupción, los trámites burocráticos innecesarios, los puertos y aeropuertos deficientes, y el impuesto sobre la mano de obra.
3. Después se «descubrió» que Salinas de Gortari sólo había seguido un curso no regular en Harvard.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- «The Reagan economic era begins». En: Economic impact: a quarterly review of world economics. Washington DC: Editorial Office International Communication Agency, 1981/4.
- ABUGATTAS, Luis; TORRES, Jorge; REY, Alberto; FAIRLIE, Alan. El sector industrial peruano en el nuevo contexto internacional. Serie Cuestión Perú. Lima: Friedrich Ebert Stiftung, 2002.
- AGLIETTA, Michel; MOATTI, Sandra. Le FMI. De l'ordre monétaire aux désordres financiers. Paris: Económica, 2000.
- AGNEW, John. The United States in the world-economy. New York: Cambridge University Press, 1987.
- ALPERSTEIN, Aida Lerman. Multilateralismo y regionalismo en América Latina. México DF: Universidad Autónoma Metropolitana; Miguel Ángel Porrúa, noviembre de 2002.
- ALVATER, Elmar. «The social implications of introducing new technologies during "long cycles" of economic growth». Socialism in the world n.
29. International Journal of Marxist and Socialist Thought. Novi Sad: RO Stamparija «Buducnost», 1982.
- AMARAL, Roberto. «Globalización y neoliberalismo». En: Comunicação e política: pela integração latino-americana. Vol. IX; nº I; nueva serie, pp. 128-139; enero-abril. Rio de Janeiro: Centro Brasileño de Estudios Latino-Americanos, 2002.
- AMIN, Samir: L'échange inégal et la loi de la valeur: la fin d'un débat. París: Anthropos, 1973.
- Le développement inégal: essai sus les formations sociales du capitalisme périphérique. París: Minuit, 1973.
- «L'avenir de la polarisation mondiale». En: CASANOVA, Pablo G. (Coord.) El mundo actual: situación y alternativas. México UNAM, 1994.
- Los desafíos de la mundialización. México D.F.: Siglo Veintiuno, 1997.

———— Le virus libéral: la guerre permanente et l'américanisation du monde. France: Le temps des Cerises, 2003.

AMIN, Samir; FAIRE, Alan; HUSSEIN, M.; MASSIAH, G. La crise de l'impérialisme. Paris: De Minuit, 1975.

ANDERSON, P.; CAMILLER, P. (Org.). Um mapa da esquerda na Europa Occidental. Rio de Janeiro: Contraponto, 1996.

ARAUJO, Octavio R. «Política y neoliberalismo» En: SAXE-FERNÁNDEZ,

John (Coord.) Globalización: crítica a un paradigma, pp. 349-65. México D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México; Instituto de Investigaciones Económicas; Dirección General de Apoyo al Personal Académico;

Plaza Janés, 1999.

ARCEO, Enrique. ALCA: neoliberalismo y nuevo pacto colonial. Buenos Aires: Central de los trabajadores argentinos; Instituto de Estudios y Formación, 2001.

ARISTON, Augusto; CHEDIAK, Jesus. Brasil: país do presente. Rio de Janeiro: Palavra e Imagem, 2001.

ARNSON, Cynthia; KLARE, Michael T. «Exporting repression: U.S. support for authoritarianism in Latin America». En: FAGEN, Richard R. Capitalism and the state in U.S. - Latin American relations, pp. 138-68. California: Stanford University, 1979.

ARNSPERGER, C.; PARIJS, P.V.; Éthique économique et sociale. Paris: La Découverte, 2003.

ARRIGHI, Giovanni. O longo século XX: dinheiro, poder e as origens de nosso tempo. Rio de Janeiro: Contraponto, 1996.

ASSIDON, Elsa. «L'éclipse du <consensus de Washington>». In: L'état du monde: annuaire économique géopolitique mondial. Paris: La Découverte, 2001.

AUGERAM, Jean-François. Les Soviétiques s'appêtent à mettre au place une station orbital de 90 tonnes. Le Monde. Paris, 2 junio 1990.

BARAN, P.; Sweezy, P. Capitalismo monopolista. 3ed. Rio de Janeiro: Zahar, 1978.

- BARAN, Paul. A economia política do desenvolvimento. 4ed. Rio de Janeiro: Zahar,1977.
- BARR, Kenneth. «Long waves: a selective, annotated bibliography». En: Review, vol.II , n. 4, pp. 675-718.California:Sage,1979.
- BARRO,Robert. Novos clássicos e keynesianos, ou os mocinhos e os bandidos. Literatura Econômica, número especial, junio 1992, p.5.
- BASLE, M.et al. Histoire des Pensées Economiques. París: Sirey, 1988.
- BAUMAN, Zygmunt: «El desafio ético de la globalización». En: Pánico en la globalización, pp.45-46. Cali: Fica, 2002.
- BAUMANN, Renato (Org.). Brasil, uma década em transição. Rio de Janeiro: Campus, 1999.
- BEAUD, Michel. «The crisis of development in the light of economic-systems analysis». In: Review. vol. X ,n.3, pp. 425-34. California: Sage, 1987.
- . Le basculement du monde: de la Terre, des homes et du capitalisme. Paris: La Découverte, 1997.
- BEAUD, Michel; DOSTALER, Gilles. Le pensée économique depuis Keynes. France: Du Seil, 1993.
- BECK, Ulrich. ¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización. Barcelona: Paidós, Ibérica, 1998.
- BEINSTEIN, Jorge. Capitalismo senil. Rio de Janeiro: Record, 2001.
- BELL, Daniel. «The cultural contradictions of capitalism». En: Bell, Daniel; KRISTOL, Irving. Capitalism today, pp. 27-57. New York: A Mentor Book, 1971.
- BERGESEN, Albert; FERNÁNDEZ, Roberto. «Quién posee las 500 empresas líderes mencionadas por Furtune». En: SAXE-FERNÁNDEZ, John (Coord.). Globalización: crítica a un paradigma, pp. 247-88. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México; Instituto de Investigaciones Económicas; Dirección General de Apoyo al Personal Académico; Plaza Janés, 1999.

- BERGNER, Jeffrey T. The new superpowers. NewYork: St. Martins, 1991.
- BIANCHI, Álvaro. «Neoliberalismo e resistência operária contra FHC».
- In. A crise brasileira e o governo FHC, pp. 105-22. São Paulo: Xamã, 1997.
- BID. O trabalhador e o processo de integração mundial. Relatório sobre o Desenvolvimento Mundial. Washington D. C., 1995
- BID. Do plano ao mercado. Relatório sobre o Desenvolvimento Mundial. Washington D.C., 1996
- BID. O estado num mundo em transformação. Relatório sobre o Desenvolvimento Mundial, Indicadores Seleccionados o Desenvolvimento Mundial. Washington D.C., 1997
- BID. América Latina frente a la desigualdad. Informe 1998-99. Washington D. C., 1998
- BID. Globalization, growth and poverty. Research Report. NewYork, 2002. BIELSCHOWSKY, Ricardo. Pensamento econômico brasileiro. Rio de Janeiro: Contraponto, 1988.
- BIRD. Do plano ao mercado: relatório sobre o desenvolvimento mundial. Washington D. C., 1996.
- BLANCHARD, Oliver Jean. Novos Clássicos e Novos Keynesianos: A longa pausa. Literatura Econômica, número especial, junio 1992, p. 20.
- BONELLI, Regis; MALAN, Pedro. «El éxito de las políticas de crecimiento en Brasil». En: TEITEL, Simón. Hacia una nueva estrategia de desarrollo para América Latina: caminos abiertos por el pensamiento de Albert Hirschman, pp. 51-112. Washington: BID, 1995.
- BOSSERELLE, Éric. Le cycle Kondratieff: théories et controverses. París: Masson, 1994.
- BOURGEOIS, Christian B.; SAXE-FERNÁNDEZ, Eduardo. «La democracia en el globalismo neoliberal latinoamericano». En: SAXE-FERNÁNDEZ, John (Coord.). Globalización: crítica a un paradigma, pp. 289-348. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México; Instituto de Investigaciones Económicas; Dirección General de Apoyo al Personal Académico; Plaza Janés, 1999.

- BOUSQUET, Nicole. «Esquisse d'une théorie de l'alternance de périodes de concurrence et d'hégémonie au centre de l'économie-monde capitaliste». En: Review. vol.II, n.4, pp. 501-518. California: Sage, 1979.
- BRAGA, José Carlos de Souza. «Financeirização global - o padrão sistêmico de riqueza do capitalismo contemporâneo». En: FIORI, José Luis; TAVARES, Maria da Conceição (org.). Poder e dinheiro: uma economia política da globalização, pp.195-242. Petrópolis Vozes, 1997.
- BRUNHOFF, Suzanne de. A hora do mercado. São Paulo: Unesp, 1991.
- BRUSSI, Antônio. «Crise no sistema mundial e o fim da hegemonia americana». In: Comunicação e política: pela integração latino-americana. Vol. IX; nº I; nueva serie; pp. 96-101; enero-abril. Rio de Janeiro: Centro Brasileiro de Estudios Latino-Americanos, 2002.
- BRZEZINSKI, Zbigniew. El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos. Barcelona: Paidós, 1998.
- BUKARIN, Nicolai. Imperialismo e economia mundial.
- BURKI, Sahid Javed; Perry, Guilherme E. Más allá del Consenso de Washington. Washington D.C.: Estudios del Banco Mundial sobre América Latina y el Caribe, 1998.
- BUTLER, J.; LACLAUS, E.; ZIZEK, S. Contingencia, hegemonia, universalidad: diálogos contemporáneos en la izquierda. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- CACHEUX, Jacques de. «Les deux faces de la mondialisation». En: Alternatives économiques, n.56 2tri.pp. 64-7. París: 2003.
- CAGGIOLA, Osvaldo; KATZ, Claudio. Neoliberalismo ou crise do capital? São Paulo: Xamã, 1996.
- CANABRAVA FILHO, Paulo. No olho do furacão. São Paulo: Plaza y Valdes; Cortez, 2003.
- CARNEIRO, F. Ascensão e queda da economia de oferta. Conjuntura Econômica. v. 4. n.7. Rio de Janeiro, 31 julio 1989, pp. 83-86.
- CARNEY, Larry S. «Globalización: el legado final del socialismo?». En: Saxe-Fernández, John (Coord.). Globalización: crítica a un paradigma, pp. 167-214. México. DF: Universidad Nacional Autónoma de México; Instituto de Investigaciones Económicas; Dirección General de Apoyo al Personal Académico; Plaza Janés, 1999.

CARSON, Robert B. O que os economistas sabem? Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1992.

CASANOVA, Pablo González. «Globalidade, neoliberalismo e democracia». In: Gentil, Pablo (Coord.) Globalização excludente: desigualdade,

exclusão e democracia na nova ordem mundial, pp. 46-62. Petrópolis: Vozes, 1999.

———— «El estado y la política». En: América Latina hoy, pp. 64-122.

México DF: Siglo Veintiuno, 1990.

CASANOVA, Pablo González; SAXE-FERNÁNDEZ, John. «Globalidad, neoliberalismo y democracia». En: El mundo actual: situación y alternativas, pp. 45-58. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2002.

CASTELLS, Manuel. «Globalización y antiglobalización». En: Pánico en la globalización, pp. 37-45. Cali: Fica, 2002.

CASTRO, Fidel. Capitalismo actual: características y contradicciones. Neoliberalismo y globalización. Selección temática 1991-1998. La Habana: Política, 1999.

————. La crisis económica y social del mundo: sus repercusiones en los países subdesarrollados, sus perspectivas sombrías y la necesidad de luchar si queremos sobrevivir. La Habana: Informe a la VII Cumbre de los Países. No Alineados; Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1983.

CEPAL. América Latina y el Caribe: políticas para mejorar la inserción en la economía mundial. Santiago de Chile, 1994.

CEPAL. Panorama social de América Latina. Santiago de Chile, 1995.

CEPAL. La brecha de la equidad. Primera Conferencia Regional de Seguimiento de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social. São Paulo, 1997.

CEPAL. La inversión extranjera en América Latina y el Caribe. Santiago de Chile, 1998.

CEPAL. Panorama social de América Latina. Santiago de Chile, 1998.

- CHANDLER JR, Alfred D. Scale and scope: the dynamics of industrial capitalism. Cambridge, London: The Belknap Press of Harvard University Press, 1990.
- CHASE-DUNN, Christopher; PODOBNIK, Bruce. «La próxima guerra mundial: ciclos y tendencias del sistema mundial». En: SAXE-FERNADÉZ, John (Coord.) Globalización: crítica a un paradigma, pp. 131-66. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México; Instituto de Investigaciones Económicas; Dirección General de Apoyo al Personal Académico; Plaza Janés, 1999.
- CHAVAGNEUX, Christian. «Le trois niveaux de l'instabilité financière». En: Alternatives économiques. n.56 2tri., pp. 58-9. París, 2003.
- CHAVANCE, Bernard; MAGNIN, Éric; RAMINE, Motamed-Nejad;
- JACQUES, Sapir (Org.) Capitalisme et socialisme en perspective: évolution et transformations des systèmes économiques. París: La Découverte, 1999.
- CHEVALLIER, Marc. «Demain, une croissance verte?». En: Alternatives économiques, n. 56 2tri., pp. 90-1, París: 2003.
- CHOMSKY, Noam. «Democracia e mercados na nova ordem mundial». En: GENTILI, Pablo (Coord.) Globalização excludente: desigualdade, exclusão e democracia na nova ordem mundial, pp.7-45. Petrópolis: Vozes, 1999.
- CHOSSUDOVSKY, Michel. A globalização da pobreza: impactos das reformas do FMI e do Banco Mundial. São Paulo: Moderna, 1999.
- CLERC, Denis. «Le retour en force du libéralisme économique a eu pour effet une certaine "revanche" du capital sur le travail». En: CORDELLIER, Serge, pp. 102-04. Le nouvel état du monde: bilan de la décennie 1980- 1990. París: La Découverte, 1990.
- COGGIOLA, Osvaldo. «A esquerda e o governo FHC». En: A crise brasileira e o governo FHC, pp. 29-36. São Paulo: Xamã, 1997.
- «Dossiê 11 de Setembro» En: Comunicação & Política, nº especial; volumen IX, nº 1, nueva serie, enero-abril. Rio de Janeiro: Centro Brasileiro de Estudos Latino-americanos; CEBELA, 2002.

- «10 meses depois da tragédia - I». Monitor Mercantil, Rio de Janeiro, 6, 7, 8 de julho de 2002.
- «10 meses depois da tragédia - II». Monitor Mercantil, Rio de Janeiro, 13, 14 e 15 de julho de 2002.
- «10 meses depois da tragédia - III». Monitor Mercantil, Rio de Janeiro, 20, 21 e 22 de julho de 2002.
- «10 meses depois da tragédia - IV». Monitor Mercantil, Rio de Janeiro, 27, 28 e 29 de julho de 2002.
- «10 meses depois da tragédia - V». Rio de Janeiro, 3, 4 e 5 de agosto de 2002. COOLEY, John K. CIA et Jihad - 1950-2001: contre l'URSS, une désastreuse alliance. Paris: Autrement Frontières, 2002.
- CORRÊA, Arsênio Eduardo. A frente liberal e a democracia no Brasil. Rio de Janeiro: Expressão e Cultura, 1997.
- DAVIS, Tom E. «O 'fim' do estado no desenvolvimento econômico: aspectos conceituais». En: ZINI JR. Álvaro Antônio (Coord.). O mercado e o estado no desenvolvimento econômico nos anos 90. n. 137; 57-66. Brasília: IPEA, 1993.
- DE LA TORRE, Armando. A ética do lucro. Rio de Janeiro: Instituto Liberal, 1998.
- . A ética do lucro. Rio de Janeiro: Instituto Liberal, 1998.
- . Os fundamentos do liberalismo. Rio de Janeiro: Instituto Liberal, 1988.
- DEL BÚFALO, Enzo. «El estado y la pobreza en América Latina». En: Desarrollo: hacia una nueva articulación de políticas económicas y sociales en América Latina y el Caribe, pp. 109-43. Venezuela: CEPAL; CLAD; Nueva Frontera, 1996.
- DELORME, Robert. «Intervenção econômica na história do estado francês e de outros estados europeus». En: ZINI JR. Álvaro Antônio (Coord.). O mercado e o estado no desenvolvimento econômico nos anos 90, n. 137; pp. 9-30. Brasília: IPEA, 1993.
- DEMMA, Claude. «La nouvelle économie, au-delà du mythe». En: Alternatives économiques, n.56; pp. 14-5; 2º trimestre de 2003.
- DENIS, Henri. História do pensamento econômico. Lisboa: Livros Horizonte, 1978. Documentos de Santa Fé II. Uma estratégia para a América Latina nos anos 90. SEDOC-Serviço de Documentação. Petrópolis: Vozes, v. 22, n.216, set-out, 1989, p. 190-1.

- DOMÍNGUEZ, Nadima Simón; PEIRO, Isabel Rueda. Globalización y competitividad: la industria siderúrgica en México. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Contaduría y Administración, Instituto de Investigaciones Económicas, 2002.
- DORNBUCH, Rudiger. Novos Clássicos e Novos Keynesianos. Literatura Econômica, número especial, jun. 1992, p.31.
- DREIFUSS, René. O jogo da direita. Petrópolis: Vozes, 1989.
- DUPAS, Gilberto. Economia global e exclusão social: pobreza, emprego, estado e o futuro do capitalismo. São Paulo: Paz e Terra, 1999.
- . Ética e poder na sociedade da informação. São Paulo: Unesp, 2000.
- . Tensões contemporâneas entre o público e o privado. São Paulo: Unesp, 2000.
- . Tensões contemporâneas entre o público e o privado. São Paulo: Paz e Terra, 2003.
- DUVAL, Guillaume. «Où va le travail?». En: Alternatives économiques, n. 56 2tri., pp.78-9. París: 2003.
- DUVAL, G.; Frémeaux, P. «Une économie toujours mixte». En: Alternatives économiques, n.56; pp.32-3, 2º trimestre de 2003.
- DWECK, Ruth Helena. «O federalismo norteamericano: questão fiscal «Reaganomics». En: Transit circle. Revista Brasileira de Estudos Americanos, pp.8-43; vol.2; nueva serie. Rio de Janeiro: Contra Capa, 2003.
- Economic survey of Japan 1988-1989. Economic Planning Agency and Japanese Government, 1989.
- EMMERIJ, Louis; ARCO, José Nuñez. El desarrollo económico y social en los umbrales del siglo XXI. Washington DC: BID, 1995.
- ESSER, Kalus (Coord.). «Libertad de acción nacional a través de competitividad sistémica». En: Competencia global y libertad de acción nacional: nuevo desafío para las empresas, el Estado y la sociedad. Venezuela: Instituto Alemán de Desarrollo; Nueva Sociedad, 1999.
- EVANS, Peter. «Shoes, OPIC, and the unquestioning persuasion: multinational corporations and U.S. - brazilian relations». En: Fagen, Richard R. Capitalism and the state in U.S. - Latin American relations, pp. 302-336. California: Stanford University, 1979.

- ERNST, D.; O'CONNOR, D. Technology and global competition: the challenge for newly industrializing economies.París:OECD,1989.
- FABRA, Paul. L'anticapitalisme: essai de réhabilitation de l'économie politique.París:Champs; Flammarion, 1979.
- FAJNZYLBER, Fernando. Reflexões sobre os limites e potencialidades econômicas da democratização. Revista Econômica Política, n. 1, v. 6, enero-abril, 1986.
- FERRAJOLI, Luigi. A soberania no mundo moderno. São Paulo: Martins Fontes, 2002.
- FRENCH-DAVIS, Ricardo: «As Políticas de ajustes e suas repercussões sócio-econômicas». En: Política externa, vol. 3; pp. 33-50 diciembre-enero-febrero. São Paulo: Paz e Terra, Núcleo de Pesquisa em Relações Internacionais e Política Internacional e Comparada,1994-95.
- . «Chile, entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad». En: Economía y desarrollo, n. 183. Venezuela: Nueva Sociedad, enero-febrero, 2003.
- FIGUEROA, Adolfo. «Políticas sociales, pobreza y distribución de ingresos en América Latina». En: DEL ARCO, Jose Nuñez. Políticas de ajuste y pobreza: falsos dilemas, verdaderos problemas, pp. 201-26. Washington DC: BID,1995.
- FILHO, Ernani Teixeira Torres. «A crise da economia japonesa nos anos 90 e a retomada de hegemonia americana». En: Fiori, JoséLuís; TAVARES, Maria da Conceição (Org.) Poder e dinheiro: uma economia política da globalização. Petrópolis: Vozes, 1997.
- FIORI, José Luís. «Globalização, hegemonia e império». En: Fiori, José Luís; TAVARES, Maria da Conceição (Org.). Poder e dinheiro: uma economia política da globalização, pp. 87-150. Petrópolis: Vozes,1997.
- FMI (2002). Perspectives de l'économie mondiale: prix des actifs et cycle économique.Études économiques et financières. Washington DC.
- FONSECA, Odemiro. Crónica de uns liberais impenitentes. Rio de Janeiro: Instituto Liberal,1993.
- FONTVIEILLE, Louis. «The labor force in long-term fluctuations». En: Review. vol.x, n.3, pp.535-85. California: Sage, 1987.

- FOSTER, John Bellamy. «Contradictions in the universalization of capitalism». En: Monthly Review. vol. 50; n. 11. New York: Monthly Review Foundation, april 1999.
- FOSSAERT, Robert. El mundo en el siglo XXI. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2003.
- FRANCO, Gustavo. Prefacio:Schacht, aspectos económicos. En: SCHACHT, Hjalmar. Setenta e seis anos de minha vida: a autobiografia do mago da economia alemã da República de Weimar ao III Reich. São Paulo: Editora 34,1999.
- FRANK, Andre Gunder. «A theoretical introduction to 5000 years of world system history». En: Review. vol.13; n.2; pp.155-248, 1990.
- . Crisis in the third world. NewYork: Homes; Meier, 1981.
- . Crisis in the world economy. NewYork: Holmes; Meier, 1980.
- . Reflections on the world economic crisis (revised.). New York: Monthly Review, 1981.
- . World accumulation 1492-1789. New York and London: Monthly Review; Macmillan,1978.
- FRANK, Andre Gunder; Amin, Samir; Arrighi, Giovanni; Wallerstein, Immanuel. Dynamics of global crisis (crise, quelle crise?). New York: Monthly Review,1982.
- FREEMAN, C. (Org.). Long waves in the world economy. Londres: Frances Pinter, 1984.
- FREEMAN, C. «The Kondratiev long waves: technical change and unemployment. En:Structural determinants of employment and unemployment. vol.2. Paris. OCDE, 1979.
- FRÉMEAUX, Philippe. «Les prélèvements obligatoires freinent-ils la croissance». In: Alternatives économiques, n.56; pp. 28-9; 2º trimestre de 2003.
- . «La protection sociale face aux inégalités». En: Alternatives économiques, n. 56; pp.30-1; 2º trimestre de 2003.
- FRIEDMAN, Milton. Episódios da história monetária. Rio de Janeiro: Record, 1992.

- FRIEDMAN, Milton; BRUNNER, Karl; MELTZER, Allan; TOBIN, James; DAVIDSON, Paul; PATINKIN, Don. El marco monetario de Milton Friedman. México: Premia, 1979.
- FUKUYAMA, Francis. O fim da história e o último homem. Rio de Janeiro: Rocco, 1992.
- . Trusth: the social virtues and the creation of prosperity. London: Hamish Hamilton, 1995.
- FURTADO, Celso: Brasil: a construção interrompida. Rio de Janeiro: Paz eTerra,1992.
- . Em busca de novo modelo: reflexões sobre a crise contemporânea. São paulo: Paz eTerra, 2002.
- GALBRAITH,J.K.A sociedade afluyente. São Paulo: Pioneira,1987.
- . Capitalismo,comunismo e coexistência:de um passado amargo a esperanças melhores.São Paulo: Pioneira, 1988.
- . O novo estado industrial. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1968.
- GANDÁSEGUI, Marco A. «El ALCA y sus difíciles combinaciones: comercio, saud y ambiente». En: Economía y desarrollo, n. 183; pp. 106-118.
- Venezuela: Nueva Sociedad, enero-febrero, 2003.
- GARCIA, Alfredo T. «Liberalización financiera y comercial y relación ahorro-inversión en América Latina». En: Realidad Económica: pueblos y democracia, pp. 126-42; n. 174. Buenos Aires: Revista de Economía editada por el Instituto Argentino para el Desarrollo Económico, 2000.
- GIDDENS, Anthony. A terceira via: reflexões sobre o impasse político actual e o futuro da social-democracia. Rio de Janeiro: Record,1999.
- GILPIN, Robert. El reto del capitalismo global: la economía mundial en el siglo XXI. Madrid: Turner, 2003.
- GIRÓN,A.; CORREA, E. (Coord.). Crisis financiera: mercado sin fronteras. México DF.: IIE/UNAM, 1998.
- GLYN,Andrew;SUTCLIFFE;Bob.«El nuevo orden capitalista.Global pero si liderazgo?». En: SAXE-FERNÁNDEZ, John (Coord.). Globalización: crítica a un paradigma, pp. 103-30. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México; Instituto de Investigaciones Económicas; Dirección General de Apoyo al Personal Académico; Plaza Janés, 1999.

- GOGGIOLA, Osvaldo. «O governo FHC e o movimento sindical». En: A crise brasileira e o governo FHC, pp. 67-84. São Paulo: Xamã, 1997.
- GÓMEZ, José María. «Globalização da política: mitos, realidades e dilemas». En: Gentili, Pablo (Coord.) Globalização excludente: desigualdade, exclusão e democracia na nova ordem mundial, pp. 128-179. Petrópolis: Vozes, 1999.
- GONZÁLEZ, Jorge Iván. «La apertura económica: dogmas en crisis». En: Apuntes del CNES, vol. XX, n. 31/32 Tunja: Centro de Estudios Económicos; Escuela de Economía; UPTC, 2001.
- GONÇALVES, Reinaldo. Ô abre-alas: a nova inserção do Brasil na economia mundial. Rio de Janeiro: Relume-Dumará, 1994.
- GRAY, John. Falso amanhecer. Rio de Janeiro: Record, 1999.
- GRJEBINE, André (Coord.). Théories de la crise et politiques économiques. Paris: Éditions du Seuil, 1986.
- GROSFOGUEL, Ramón. «Cambio conceptuales desde la perspectiva del sistema-mundo. Del capitalismo al neoliberalismo». En: Economis y desarrollo, n. 183; pp. 151-65. Venezuela: Nueva Sociedad, enero-febrero, 2003.
- GUELLEC, Dominique; Ralle, Pierre. Les nouvelles théories de la croissance. Paris: Decouverte, 2003.
- GUERRIEN, Bernard. La theorie neo-classique. París. Económica, 1989.
- GUIMARÃES, Samuel Pinheiro. A política dos Estados Unidos para o mundo e o Brasil. São Paulo: Consulta Popular, 2000.
- GURRIERI, Adolfo. La obra de Prebisch en la CEPAL, n. 46. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- HAYEK, F.A. Desestatização do dinheiro. Rio de Janeiro: Instituto Liberal, 1986.
- . The fortunes of liberalism: essays on Austrian economics and the ideal of freedom. The collected works of F. A. Hayek, v. 4. Peter Klein (Ed.). Chicago: University of Chicago Press, 1994, pp. 147-149.
- HELD, David. «La globalización tras el 11 de septiembre». En: Pánico en la globalización, pp. 127-139. Cali: FICA, 2002.

- HILFERDING, Rudolf. O capital financiero. Edição Grandes Economistas. São Paulo: Abril.
- HIRSCHMAN, Albert. «The political economy of Latin American development». Latin American Research Review, n.3, 22, 1987.
- HUERTA G. Arturo. La globalización, causa de la crisis asiática y mexicana. México DF: Diana, 1998.
- HUNTINGTON, Samuel P. O choque das civilizações. Rio de Janeiro: Objetiva, 1996.
- . A terceira onda. São Paulo: Ática, 1994.
- HURTIENNE, Thomas; MÁRMORA, Leopoldo; MESSNER, Dirk, MÜLLER-PLANTENBERG, Urs; TÖPPER, Barbara. Cambio de rumbo en el Cono Sur: crisis y oportunidades. Caracas: Nueva Sociedad, 1994.
- INOZEMTSEV, Vladislav L. One world divided. Bradford: Wisdom House: 2001.
- . The constitution of the post-economic state: post-industrial theories and post-economic trends in the contemporary world. Vermont: Ashgate Publishing Company, 1998.
- ISAZA, Fabio Giraldo. «La globalización: integración psíquica al mercado». En: Pánico en la globalización, pp.07-26. Cali: FICA, 2002.
- ISAZA, Francisco G. «El monetarismo y el neo-estructuralismo». En: Apuntes del cenes 31/32, pp. 25-46. Tunja: Cenes; Escuela de Economía; F. Ciencias Económicas; U. Ped. Tecnológica, 2001.
- JOHNSON, Chalmers. MITI and the japanese miracle: the growth of industrial policy, 1925-1975. Tokyo: Charles E. Tuttle, 1987.
- JUNIOR, Lier P. Ferreira. Estado, globalizacao e integracao regional. Rio de Janeiro: América Jurídica, 2003.
- KALECKI, Michal. Crescimento e ciclo das economias capitalista. São paulo: Hucitec, 1983.
- KALMANOVITZ, Salomón. Crisis y «recuperación» de la economia mundial. Bogotá: Pluma, 1976.
- KELEHER, R.; ORZECOWSKI, W. «Classical origins of supply-side economics». Economic Impact, n. 36, Washington, 1981.

- KÉBABDJIAN, Gérard. Les théories de l'économie politique internationale: la pensée économique contemporaine. France: Du Seuil, 1999.
- KEYNES, J. M. A teoria geral do emprego, do juro e da moeda. São Paulo: Abril Cultural, 1983.
- KINDLEBERGER, Charles P. Economia internacional. São Paulo: Mestre Jou, 1968.
- KLAMER, Arjo. Conversas com economistas. São Paulo: USP, 1988.
- KON, Anita; BANKO, Catalina; MELCHER, Dorothea; CACCIAMALI, Maria Cristina. Costos sociales de las reformas neoliberales en América Latina. Caracas: PUC-SP, FAPESP, USP/PROLAM, Universidad Central de Venezuela, 2000.
- KONDRATIEV, N.D. «The long waves in economic life». En: Review. v. 2, n. 4, pp. 19-62. California: Sage, 1979.
- . Los ciclos largos de la coyuntura económica. Cuadernos de Economía. México DF: Instituto de Investigaciones Económicas; Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.
- KOSAI, Yutaka. The era of high-speed growth: notes on the postwar Japanese economy. Tokyo: University Press, 1986.
- KRUEGER, Anne O. «Reformas orientadas para o mercado e a economia internacional na década de 90». En: Zini JR. Álvaro Antônio (Coord.). O mercado e o estado no desenvolvimento econômico nos anos 90, n. 137; pp. 09-30. Brasília: IPEA, 1993.
- La crise actuelle par rapport aux crises antérieures. Cahier du gemdev: géo économie mondiale, tiers monde, développement. Binghamton: Fernand Baudel Center; MICEFA, novembre 1985.
- LACERDA, Antônio Corrêa de. O impacto da globalização na economia brasileira. São Paulo: Contexto, 1999.
- LAFERRÈRE, Armand. «Les administrations financières de l'état». En: Finances publiques: les motifs, pp. 7-12. Paris: La Documentation Française, 2001.

- LARRAIN, Felipe; Selowsky, Marcelo (Ed.). The public sector and the LatinaAmerican crises. San Francisco: ICS,1991.
- LEME, Francisco Og. Sistemas econômicos comparados. Rio de Janeiro: Instituto Liberal, 1992.
- LIMA, João Herlado. «A teoria quantitativa nas obras monetárias de Keynes». In: AMADEO, Edward J.(Org.) Ensaio sobre economia política moderna: teoria e história do pensamento econômico, pp. 103-108. São Paulo: Marco Zero,1989.
- LIMOEIRO-CARDOSO, Miriam. «Ideologia da globalização e (des)caminhos da ciência social». En: Gentili, Pablo (Coord. Globalização excludente: desigualdade, exclusão e democracia na nova ordem mundial, pp. 96-127. Petrópolis: Vozes, 1999.
- LOMELÍ, Enrique Valencia; GENDREAU, Mônica; TEPICHÍN, Ana Maria. Los dilemas de la política social. México: Amarona, 2000.
- LONGO, Lucía;Tomasini, Daniel; Galonge, Patricio. «Los costos del deterioro del suelo: aspectos micro y macroeconómicos». En: Realidad Económica: pueblos y democracia, pp. 143-53; n. 174. Buenos Aires: Revista de Economía editada por el Instituto Argentino para el Desarrollo Económico, 2000.
- LÓPEZ, Pedro (Coord.). La crisis del capitalismo: teoría y práctica. México: Siglo XXI, 1984.
- LÓPEZ, Simon Bossa, EASTMAN, Jorge Mario, VALDERRAMA, Augusto Espinosa et al. Hacia um liberalismo social. Bogotá: Dirección Liberal Nacional / Fondo Editorial Liberal, 1979.
- MACEWAN, Arthur. «Globalization and stagnation» En: Casanova, Pablo G.(Coord.) El mundo actual: situación y alternativas. México: UNAM, 1994.
- MACRAE, Norman. Banks in trouble. The Economist.London, 8 septiembre, 1990, pp. 21-24.
- MADDISON, Augus. Phases of capitalist development. Oxford: Oxford University, 1982.
- . The world economy in the 20th century. París: OECD, 2001.
- . The world economy: a millenial perspective. París: OECD, 2001.

- . Two crises: Latin America and Asia 1929-38 and 1973-83. Paris: Development Centre Studies; OCDE, 1985.
- MAGDOFF, Harry; SWEEZY, Paul M. Dinámica del capitalismo norteamericano. México D.F.: NuestroTiempo, 1972.
- MAIRA, Luis. «A crise de hegemonia internacional dos Estados Unidos e seu impacto para a América Latina». En: BOUZAS, Roberto; PLASTINO, Carlos Alberto (Org.). A América Latina e a crise internacional, pp. 2540. Rio de Janeiro: Instituto de Relações Internacionais PUC-RJ, IEEUCIDE, Graal, 1985.
- MALFATTI, Seluino Antônio. Raízes do liberalismo brasileiro. Porto Alegre: Pallotti, 1985.
- MANDEL, E. Long waves of capitalist development: the marxist interpretation. New York: Cambridge University, 1980.
- . O capitalismo tardio. São Paulo: Nova Cultural, 1985.
- . El dólar y la crisis del imperialismo. México D.F.: Serie Popular Era / 23, 1974.
- . La crisis: 1974-1980. México D.F.; Serie Popular Era/75, 1977.
- . Late capitalism. London: Unwin Brothers Limited, 1975.
- MARRI, Stephen. Les déficits et le dollar: l'économie mondiale en péril. Centre d'Etudes Prospectives et d'Informations Internationales. París: Economica, 1987.
- MARX, Karl. Elementos fundamentales para la crítica de la Economía política (Grundrisse). 15. ed. México D.F.: Siglo XXI, 1987.
- MATELLANES, Marcelo. «El fracaso del capitalismo». En: Realidad Económica: pueblos y democracia, pp. 44-65; n. 158 Buenos Aires: Revista de Economía editada por el Instituto Argentino para el Desarrollo Económico, 1998.
- MAURIN, Louis. «Le retour des classes sociales». En: Alternatives économiques. n.56 2tri. pp. 74-5. París: 2003.

- MÉDA, Dominique. Qu'est-ce que la richesse? París: Flammarion, 1999.
- MEDEIROS, Carlos Aguiar de. «Globalização e a inserção internacional diferenciada de Ásia e da América Latina». En: FIORI, José Luís; TAVARES, Maria da Conceição (Org.). Poder e dinheiro: uma economia política da globalização, pp. 279-346. Petrópolis: Vozes, 1997.
- MENCHIKOV, S. Le cycle économique: phénomènes nouveaux dans le développement économique du capitalisme. Moscou: Progrès, 1976.
- MENGKUI, Wang. (Coord.) China's economic transformation over 20 years. Beijing: Foreign Languages Press, 2000.
- MERQUIOR, José Guilherme. Algumas reflexões sobre os liberalismos contemporâneos. Rio de Janeiro: Instituto Liberal, 1991.
- MISES, Ludwig Von. Ação humana: um tratado de economia. Rio de Janeiro: Instituto Liberal, 1992.
- MITCHELL, Wesley C. Os ciclos econômicos e suas causas. São Paulo: Nova Cultural, 1987.
- MODY, Ashoka; SARAVIA, Diego. Catalyzing capital flows: do IMF supported programs work as commitment devices? IMF Working Paper, mayo 2003.
- MOLLO, Maria de Lourdes Rollemberg. «O pensamento monetário de Hayek: capital fictício e crises». En: Amadeo, Edward J. (Org.). Ensaio sobre economia política moderna: teoria e história do pensamento econômico, pp. 89-102. São Paulo: Marco Zero, 1989.
- MORIN, Edgar. «El siglo XXI empezó en Seattle». En: Pánico en la globalización, pp. 27-36. Cali: FICA, 2002.
- NAU, Henry R. O mito da decadência dos Estados Unidos: a liderança americana na economia mundial na década de 1990. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1992.
- NAKAMURA, Takafusa. The postwar japanes economy: its development and structure. Tokyo: University Press, 1990.
- NICOLAS, Françoise. «Économies en développement: le mythe de la souveraineté confisquée». In: MONTBRIAL, Thierry de; DEFARGES, Philippe Moreau. Ramses: les grandes tendances du monde 2004, pp. 127-140. París: Dunod, 2003.

- NUEVA SOCIEDAD (mar-abr.2003).El trabajo entre la exclusión y el mercado. Caracas. Nueva Sociedad, Nº especial sobre Tragedia y Razón, nº 177,enero-febrero,Caracas, Venezuela, 2002.
- O'DONNELL, Guillermo; FRENKEL, Roberto. «The "stabilization programs" of the International Monetary Fund and their internal impacts». In: FAGEN, Richard R. Capitalism and the state in U.S. - Latin American relations, pp.171-216.Califonia: Standord University, 1979.
- O'DONNELL, Guillermo. «Estado, democracia y globalización». En: Realidad Económica: pueblos y democracia. Buenos Aires: Revista de Economía editada por el Instituto Argentino para el Desarrollo Económico, n.158, pp.7-20, 1998.
- O'CONNOR, James. The fiscal crisis of the state. NewYork:St. Martin,1973.
- OCDE. Privatisation in Asia, Europe and LatinAmerica. París,1996.
- OCDE. Estudos econômicos da OCDE: Brasil. Rio de Janeiro: FGV, 2000-2001.
- OCDE. Human capital investment: an international comparison. París, 1998.
- OCDE. New horizons for foreign direct investment. París, 2002.
- OLIVEIRA, Armando de Salles. Escritos políticos. São Paulo: Instituto Tancredo Neves, ARX, 2002.
- OKITA, Saburo. The developing economies and Japan. Tokyo: University Preess,1989.
- OPPENHEIMER, Andrés. Ojos vendados: Estados Unidos y el negocio de la corrupción em América Latina. BuenosAires: Sudamerica, 2001.
- OURIQUES, Nildo Domingos. «Plano real: estabilização monetária e estratégia recolonizadora». En: A crise brasileira e o governo FHC, pp. 123-47. São Paulo: Xamã, 1997.
- OSBORNE, David;Gaebler, Ted. Reinventando o Governo: como o espírito empreendedor está transformando o setor público. Brasília: M H Comunicação, 1994.
- PAIM, Antônio. Evolução histórica do liberalismo. Belo Horizonte: Itatiaia,1987.

- PANICH, Leo. «The state in a changing world: social-democratizing global capitalism». En: Monthly review, vol. 50, n. 5. New York: Monthly Reviewn Foundation, octubre 1998.
- . «Globaization and the state». En: CASANOVA, Pablo G. (Coord.) El mundo actual: situación y alternativas. México: UNAM, 1994.
- PASSET, René. L'illusion néo-libérale. París: Flammarion, 1999.
- PEIXOTO, Antonio Carlos, MARTINS, Carlos Eduardo, PADOVANI, Fernando. ALVES, Ricardo Vieira, SANTOS, Theotonio dos. Terrorismo: tragédia e razão. Rio de Janeiro: Revan, 2002.
- PEKEA (2003). Economies et sociétés. Cahiers de L'Isméa, Hors-série, n° 39. France.
- PELLET, Rémi. «La gestión du système de protection sociale». En: Finances publique: les moties, pp. 145-52. Paris: La Documentation Française, 2001.
- PERRY, Guillermo E.; Burki, Shahid Javed. Más allá del Consenso de Washington: la hora de la reforma institucional. Washington: Estudios del Banco Mundial sobre América y el Caribe; Banco Mundial, 1998.
- PETERSON, Wallace C. Income employment and economeyc growth. New York: W. W. Norton and Company, 1962.
- PETRAS, James; MORLEY, Morris. «Los ciclos políticos neoliberales: América Latina "se ajusta" a la pobreza y la riqueza en la era de los mercados libres». En: SAXE-FERNADÉZ, John (Coord.). Globalización: crítica a un paradigma, pp. 215-46. México D-F.: Universidad Nacional Autónoma de México; Instituto de Investigaciones Económicas; Dirección General de Apoyo al Personal Académico; Plaza Janés, 1999.
- PLIHON, Dominique. Le nouveau capitalisme. París: La découverte, 2003. POMIAN, Krzysztof: «The secular evolution of the concept of cycles». En: Review, vol. II, n. 4, pp. 563-646. California: Sage, 1979.
- PORTER, M. The competitive advantage of nations. Londo: Macmillan, 1990.
- PULIGNY, Béatrice; POUYÉ, Raphaël. «Le state building au secours de la sécurité internationale?». En: MONTBRIAL, Thierry de; DEFARGES, Philippe Moreal. Ramses: les grandes tendances du monde 2004, pp. 47-60 París: Dunod, 2003.
- RAMONEDA, Josep. «Misioneros de la globalización». En: Pánico en la globalización, pp. 89-96. Cali: FICA, 2202.

- RAMSEY, Stewart W. Interview with M. Peter Mc Pherson. *Economic Impact*.n.35, Washington, 1981, p.42.
- RAPORT, Mario. *Tiempos de crisis, vientos de cambio: Argentina y el poder global*. Buenos Aires: Norma, 2002.
- REAGAN, Ronald. «A program for economic recovery». En: *Economic impact*.Vol.3,n.35,pp.35,pp.25-46. Washington, 1988.
- REICH, Robert. *O trabalho das nações: preparando-nos para o capitalismo do século 21*. São Paulo: Educator, 1994.
- RESPLANDY-BERNARD,Alain. «Les dépenses de l'état». En: *Finances publique: les moties*, pp.43-6. París: La Documentation Française, 2001.
- RIVERA-BATIZ, Luis A. «Liberalización del comercio: perspectiva tradicional y crecimiento endógeno». En: Del Arco, Jose Nuñez. *Políticas de ajuste y pobreza: falsos dilemas, verdaderos problemas*, pp. 117-66. Washington DC: BID, 1995.
- ROITMAN, Marcos. «América Latina en el proceso de globalización. Los límites de sus proyectos». En: Casanova, Pablo G. (Coord.). *El mundo actual: situación y alternativas*. México: UNAM,1994.
- ROSTOW, W. W. *The world economy: history and prospect*. Austin and London: University ofTexas, 1978.
- . *Politics and the stages of growth*. Cambridge: University Press, 1971.
- SALAMA, Pierre.«Novas formas de pobreza da América Latina». En:Gentili, Pablo (Coord.) *Globalização excludente: desigualdade, exclusão e democracia na nova ordem mundial*, pp. 180-222. Petrópolis: Vozes,1999.
- SANTOS,Theotonio dos (Coord.). *Os impasses da globalizacao*. Rio de Janeiro:PUC-RJ, Loyola, REGGEN, 2003.
- SANTOS, Theotonio dos. «As ilusões do neoliberalismo». En: Carta. Informe de distribuição restrita do Senador Darcy Ribeiro, n. 8, Brasília, 1993 a. Edição em espanhol: Nueva Democracia, n. 117, Caracas, ene-feb. 1992; Edição em espanhol: Ritsumeikan Journal of International Studies,v.4,n.2,Kyoto.
- . «Globalização hoje: dimensão política, econômica e social». En: *Comunicação e política: pela integração latino-americana*.Vol. IX; nº I; nueva serie; pp. 140-151; enero-abril. Rio de Janeiro: Centro Brasileño de Estudios Latino-Americanos, 2002.

- . «O neoliberalismo como doutrina econômica». En: Econômica. Niterói: Revista da Pós-graduação em Economia da UFF, ANPEC, vol.1, n.1, junho 1999.
- . Economia mundial integração regional & desenvolvimento sustentável. Petrópolis: Vozes, 1994.
- . Imperialismo y corporaciones multinacionales. Santiago: PLA, 1973.
- . Imperialismo y dependencia. 2ª parte. México: ERA, 1975.
- . La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo. Buenos Aires: Contraponto, 1987.
- . Revolução científico-técnica e acumulação de capital. Petrópolis: Vozes, 1987.
- . La crisis norteamericana y América Latina. Santiago: PLA, 1970.
- . O papel do Estado num mundo em globalização. SEP-Revista de Sociedade Brasileira de Economia Política, n.2, jun, 1998.
- . Os elos perdidos de uma teoria elegante. Niterói, 1994.
- . A Teoria da Dependência: balanços e perspectivas, Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2000.
- . Socialismo e democracia no capitalismo dependente. Petrópolis: Vozes, 1991.
- . «La cuestión de las ondas largas». Ensayos de Economía / Universidad Nacional de Colombia. Medellín, julio 1998, pp. 9-33.
- . Teorias do capitalismo contemporâneo. Belo Horizonte: Vega, 1983.
- . La crisis norteamericana y América Latina. Santiago: PLA, 1970.
- . Imperialismo y dependencia. México: ERA, 1978.
- . La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo. Buenos Aires: Controversia, 1987.

- . El nuevo carácter de la dependencia. Santiago: CESO, 1968.
- . Integração latino-americana: forças políticas em choque, experiências e perspectivas. Revista Brasileira de Ciência Política. Brasília, v.1, n.1, marzo 1989, pp.71-90.
- SANTOS, Theotonio dos; MELO, Ovídio de Andrade et al. «Colóquio: a nova ordem internacional». En: Comunicação e política: pela integração latino-americana.Vol. IX; nº I; nueva serie; pp. 18-80; enero-abril. Rio de Janeiro: Centro Brasileño de Estudios Latino-Americanos, 2002.
- SAXE-FERNADÉZ, John. «Globalización e imperialismo». En: SAXE FERNADÉZ, John (Coord.). Globalización: crítica a un paradigma, pp. 09-68. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México; Instituto de Investigaciones Económicas; Dirección General de Apoyo al Personal Académico; Plaza Janés, 1999.
- SILVA, Ilse Gomes. Democracia e participação da «reforma» do estado. Questões da nossa época 103. São Paulo:Cortez, 2003.
- SCANDELLA, Luigi. Le Kondratieff: essai de théorie des cycles longs économiques et politiques. París: Económica, 1998.
- SCANTIMBURGO, João de. História do liberalismo no Brasil. São Paulo, 1996.
- SCHACHT, Hjalmar. Setenta e seis anos de minha vida: a autobiografia do mago da economia alemã da República de Weimar ao III Reich. São Paulo: Editora 34, 1999.
- SCHAFF, Adam. Meditaciones sobre el socialismo. México D.F.: Siglo XXI, 1998.
- SCHUMPETER, Joseph A. Business cycles: a theoretical, historical and statistical analysis of the capitalist process. USA: Mc Graw-Hill, 1964.
- SEN, Amartya. Sobre ética e economia. São Paulo: Cia. Das Letras,1999.
- SHIMIZU, Koichi. «Dynamics of capitalism: business cycle, innovation and crisis on J.Schumpeter and K.Marx». En: Keizaigaku-Ronso.The Doshisha University Review. Kyoto: The Doshisha Daigaku Keizaigaku-kai; The Doshisha Economic Association; Doshisha University, noviembre 1988.
- SHINOHARA, Miyoei. Industrial growth, trade, and dynamic patterns in the japanese economy. Tokyo: University Press, 1982.

- SIEGAN, Bernard H. Proteção constitucional aos direitos econômicos e de propriedades. Rio de Janeiro: Instituto Liberal, 1993.
- SILVER, Beverly J. Forces of labor. Cambridge Studies in Comparative Politics. NewYork: Cambridge University, 2003.
- SOARES, Laura Tavares Ribeiro. Ajuste neoliberal e desajuste social na América Latina. Rio de Janeiro: UFRJ, 1999.
- SOLOMON, Robert. O sistema monetário internacional 1945-1976. Rio de Janeiro: Zahar,1979.
- SOLOMOU, Solomos. «Kondratieff long waves in economic growth, 1850-1913». En: Review. vol X,n.3, pp. 507-34. California: Sage, 1987.
- SOROS, George. La crisis del capitalismo global: la sociedad abierta en peligro. México D.F.: Plaza Janés, 1999.
- SPRAOS, John. «Falsas dicotomias sobre linhas paralelas: mercado versus estado e orientação para dentro versus orientação para fora».
- ZINIJR. Álvaro Antônio (Coord.). O mercado e o estado no desenvolvimento econômico nos anos 90. n. 137, pp. 67-80. Brasília: IPEA,1993.
- STEINER, Peter O. Mergers: motives, effects, policies. Michigan: Ann Arbor, University of Michigan, 1975.
- STEINER, Philippe. La sociologie économique.París: La Découverte, 1999. STERDYNIAK, H.«L'état à l'heure de la mondialisation». En: Alternatives économiques, n.56; pp.34-7; 2º trimestre de 2003.
- STEWART, Donald. Correntes do pensamento econômico. Rio de Janeiro: Instituto Liberal,1993.
- STIGLITZ, Joseph E.«El descontento con la globalización». En: Pánico en la globalización, pp. 57-88.Cali: FICA, 2002.
- . Más instrumentos y metas más amplias para el desarrollo: hacia el Consenso post-Washington. Instituciones y Desarrollo, n. 1, octubre 1998.

- . Globalización and its discontents. New York: Norton Company, 2002.
- . Os exuberantes anos 90: uma nova interpretação da década mais próspera da história. São Paulo: Cia. das Letras, 2003.
- SWEEZY, Paul M. El capitalismo moderno y otros ensayos. México D.F.: NuestroTiempo, 1972.
- . «Capitalismo y democracia». En: Monthly Review, vol.4; n.4. NewYork: Monthly Reviewn Foundation, enero 1981.
- TEITEL, Simón. «Que estrategia de desarrollo debe adoptar América Latina?». En: TEITEL, Simón. Hacia una nueva estrategia de desarrollo para América Latina: caminos abiertos por el pensamiento de Albert Hirschman. Washington: caminos abiertos por el pensamiento de Albert Hirschman, pp. 397-435. Washington: BID, 1995.
- THERDORN, Göran. «Dimensões da globalidade e a dinâmica das (des)igualdades». En: GENTILI, Pablo (Coord.) Globalização excludente: desigualdade, exclusão e democracia na nova ordem mundial, pp. 63-95. Petrópolis: Vozes, 1999.
- THORP, Rosemary. Progress, poverty and exclusion. Maryland: The Johns Hopkins University Press, 1998.
- THUROW, Lester C. O futuro do capitalismo: como as forças econômicas moldam o mundo de amanhã. Rio de Janeiro: Rocco, 1997.
- TOFFLER, Alvin. A terceira onda: a morte do industrialismo e o nascimento de uma nova civilização. Rio de Janeiro: Record, 1980.
- TORRES, Juan Carlos; GERCHUNOFF, Pablo. «Que papel le corresponde cumplir al estado en América Latina?». En: Teitel, Siumón. Hacia una nueva estrategia de desarrollo para América Latina: caminos abiertos por el pensamiento de Albert Hirschman. Washington: BID, 1995, pp. 289-311.
- TSURU, Shigeto. Japan's capitalism: creative defeat and beyond. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.
- . Japan's capitalism: creative defeat and beyond. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.

- VALECILLOS, Heinz Rudolf Sonntag Héctor. El estado em el capitalismo contemporâneo. México, España, Argentina, Colombia: Siglo Veintiuno, 1976.
- VAN DUIJN, J.J. The long wave in economic life. London: Allen; Unwin, 1983.
- VÉLEZ, César Verduga. Gobernar la globalización: la historia que comienza. Buenos Aires: Lumen Hvmanitas, 2000.
- VILAS, Carlos M. «Globalización o imperialismo?». En: Realidad Económica: pueblos y democracia, pp. 68-87. Buenos Aires: Revista de Economía editada por el Instituto Argentino para el Desarrollo Económico, n.174,1998.
- . «Seis ideas falsas sobvre la globalización». En: SAXEFERNADÉZ, John (Coord.). Globalización: crítica a un paradigma, pp. 69-102. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México; Instituto de Investigaciones Económicas; Dirección General deApoyo al Personal Académico; Plaza Janés, 1999.
- . «América Latina en el “nuevo ordem mundial”». En: CASANOVA, Pablo G. (Coord.). El mundo actual: situación y alternativas. México: UNAM, 1994.
- VILLA, J. M. Vidal. Teorías del imperialismo. Barcelona: Anagrama, 1976. VILLAFANE, Víctor López. Asia en transición: auge, crisis, y desafíos. México D.F.: SigloVeintiuno, 1999.
- VON BÖHN-BAWERK, Eugen. Capital and interest. USA: Libertarian,1959. WACHTEL, Howard M. Os mandarins do dinheiro. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1986.
- WALLERSTEIN, Immanuel. «Kondratieff up or Kondratieff down?». En: Review, vol. II, n. 4, pp. 663-74. California: Sage, 1979.
- . Despues del liberalismo. Nueva York: Siglo Veintiuno, 2001.
- . Geopolitics and geoculture: essays on the changing world system. New York; Port Chester; Melbourne; Sydney: Cambridge University, 1991.
- . Le capitalisme historique. Paris: La Decouverte,1987.
- . Unthinking social science: the limits of nineteenth century paradigms. Cambridge: Polity, 1991.

- . Conocer el mundo saber el mundo: el fin de lo aprendido uma ciencia social para el siglo XXI. BuenosAires: Siglo Veintiuno, 2002.
- . «A reestruturação capitalista e o sistema-mundo». En: GENTILI, Pablo (Coord.). Globalização excludente: desigualdade, exclusão e democracia na nova ordem mundial, pp. 223-51. Petrópolis: Vozes, 1999.
- . The capitalist world-economy. Cambridge: Cambridge University Press, 1979.
- WEE, Herman Van Der. Histórica econômica mundial del siglo XX. Barcelona: Crítica, 1986.
- WEIL, Jorge. «Strategies de developpement alternatif enAmerique Latine: utopies, realite, perspectives». En: Cahiers du cral. N. 15. París: Centre de Recherche sur L’Amerique Latine; Université de París VIII, 1998.
- WILLIAMS, Walter E. O papel do estado nas sociedades livres. Rio de Janeiro: Instituto Liberal, 1994.
- WILLIAMSON, John. Revisión del consenso deWashington. En: EMMERIJ, L.; ARCO, J. N. (compiladores). El desarrollo económico y social en los umbrales del siglo XXI. Washington: BID, 1998.
- WISE, Carol. Reinventando el Estado: estrategia económica y cambio institucional en el Perú. Lima: Universidad del Pacífico, 2003.
- WORLD Bank (1991). Global economic prospects and the developing countries. Washington D.C.
- ZINI JR, Álvaro Antônio. «Reforma monetária, intervenção estatal e o plano Collor». En: Zini JR. Álvaro Antônio (Coord.). O mercado e o estado no desenvolvimento econômico nos anos 90, n. 137; pp. 291-335. Brasilia: IPEA, 1993.
- . O Mercado e o estado no desenvolvimento econômico nos anos 90. Brasilia: IPEA (serie nº 137), 1993.

CUADRO I
El crecimiento del gasto del Estado
(en porcentajes del PIB)

| Países | Siglo XIX, hacia 1887 (1) | Antes de la 1ª Guerra Mundial, hacia 1913 (1) | Después de la 1ª Guerra Mundial, hacia 1920 (1) | Antes de la 2ª Guerra Mundial, 1937 | Después de la 2ª Guerra 1960 | 1980 | 1990 | 1994 |
|---------------|---------------------------------|--|--|---|---------------------------------------|------|------|------|
| Austria... | ... | ... | 14,7 | 15,2 | 35,7 | 48,1 | 48,6 | 51,5 |
| Bélgica | ... | ... | ... | 21,8 | 30,3 | 58,6 | 54,8 | 54,8 |
| Canadá | ... | ... | 13,3 | 18,6 | 28,6 | 38,8 | 46 | 47,4 |
| Francia | 12,6 | 17 | 27,6 | 29 | 34,6 | 46,1 | 49,8 | 54,9 |
| Alemania | 10 | 14,8 | 25 | 42,4 | 32,4 | 47,9 | 45,1 | 49 |
| Italia | 11,9 | 11,1 | 22,5 | 24,5 | 30,1 | 41,9 | 53,2 | 53,9 |
| Japón | 8,8 | 8,3 | 14,8 | 25,4 | 17,5 | 32 | 31,7 | 35,8 |
| Holanda | 9,1 | 9 | 13,5 | 19 | 33,7 | 55,2 | 54 | 54,4 |
| Noruega | 3,7 | 8,3 | 13,7 | ... | 29,9 | 37,5 | 53,8 | 55,6 |
| España | ... | 8,3 | 9,3 | 18,4 | 18,8 | 32,2 | 42 | 45,6 |
| Suecia | 5,7 | 6,3 | 8,1 | 10,4 | 31 | 60,1 | 59,1 | 68,8 |
| Suiza | ... | 2,7 | 4,6 | 6,1 | 17,2 | 32,8 | 33,5 | 37,6 |
| Inglaterra | 9,4 | 12,7 | 26,2 | 30 | 32,2 | 43 | 39,9 | 42,9 |
| USA | 3,9 | 1,8 | 7 | 8,6 | 27 | 31,8 | 33,3 | 33,5 |
| Australia | ... | ... | ... | ... | 21,2 | 31,6 | 34,7 | 37,5 |
| Irlanda | ... | ... | ... | ... | 28 | 48,9 | 41,2 | 43,8 |
| Nueva Zelanda | ... | ... | ... | ... | 26,9 | 38,1 | 41,3 | 35,7 |
| | | | | | | | | |
| Promedio | 8,3 | 9,1 | 15,4 | 20,7 | 27,9 | 42,6 | 44,8 | 47,2 |

Fuente: OCDE y Banco Mundial (presentado por Vitor Tanzi y colaboradores, «Crescimento do Governo e a reforma do Estado nos Países Industriais», informe preliminar para el Banco Mundial.

CUADRO II
La deuda pública bruta
Deuda pública bruta en las administraciones públicas,
en porcentajes del PIB - 1973 - 1994

| Países | 1973 | 1980 | 1985 | 1986 | 1987 | 1988 | 1989 | 1990 | 1991 | 1992 | 1993 | 1994 |
|----------------------------|------|------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|-------|
| USA | 40,6 | 37,9 | 48,3 | 51,3 | 52,6 | 53,2 | 54 | 58,2 | 59,8 | 63,2 | 65,1 | 65,9 |
| Japón | 17 | 52 | 68,7 | 72,3 | 74,9 | 72,8 | 70,6 | 69,8 | 68,2 | 55,2 | 66 | 65,9 |
| Alemania | 18,6 | 32,5 | 42,5 | 42,5 | 43,8 | 44,4 | 43,2 | 43,6 | 42 | 43,2 | 46,6 | 49,6 |
| Francia | 25,1 | 37,3 | 45,4 | 45,7 | 47,2 | 46,8 | 47,5 | 46,6 | 48,6 | 51,6 | 56,7 | 61,4 |
| Italia | 60,6 | 58,5 | 84,3 | 88,2 | 92,6 | 94,8 | 97,9 | 100,5 | 104 | 108,1 | 114,5 | 116,3 |
| Inglaterra | 69,7 | 54,6 | 52,7 | 51,1 | 48,6 | 42,2 | 36,8 | 34,7 | 35,4 | 41 | 47,6 | 52,5 |
| Canadá | 46,7 | 45,1 | 65 | 68,9 | 70,1 | 69,3 | 89,5 | 71,9 | 77,6 | 83 | 86,2 | 87,1 |
| Países por encima | 36,8 | 43,2 | 55,5 | 57,9 | 59,4 | 59 | 58,6 | 59,5 | 61,2 | 63,3 | 65,9 | 87,3 |
| Australia | ... | 25,1 | ... | ... | 31,1 | 27,3 | 27 | 25,5 | 26,3 | 29,4 | 34,4 | 39 |
| Austria | ... | 37,2 | 49,6 | 53,6 | 57,3 | 57,6 | 56,9 | 56,4 | 57 | 55,8 | 56,2 | 56,2 |
| Bélgica | ... | 79,9 | 122,6 | 127 | 131,8 | 133,2 | 130,5 | 131,2 | 133,2 | 135,3 | 140 | 141,5 |
| Dinamarca | ... | 33,5 | 64,1 | 58,3 | 55,9 | 58 | 58,5 | 59,5 | 60,7 | 62,4 | 65,7 | 68,4 |
| Finlandia | ... | 13,6 | 19 | 18,8 | 20 | 18,6 | 16,4 | 16,8 | 22,4 | 31,4 | 41,4 | 49,8 |
| Grecia | ... | 27,7 | 57,9 | 58,6 | 64,7 | 71,5 | 76,3 | 68,7 | 95,9 | 92,4 | 90,9 | 90,8 |
| Irlanda | ... | 78 | 107,9 | 119,9 | 120,6 | 118,2 | 108,8 | 101,7 | 99,8 | 98,8 | 95,1 | 93,3 |
| Países Bajos | ... | 45,9 | 67,9 | 69,6 | 73,5 | 76,2 | 76,3 | 76,1 | 75,8 | 77 | 79,7 | 80,6 |
| Noruega | ... | 52,2 | 40,7 | 51,1 | 42,7 | 42,6 | 42,7 | 39,1 | 40,1 | 43,3 | 47,1 | 49,9 |
| España | ... | 18,5 | 48,8 | 49,9 | 49,4 | 45,7 | 47 | 48,6 | 49,3 | 51,9 | 55,7 | 59,1 |
| Suecia | ... | 44,8 | 67,6 | 67,1 | 59,1 | 53,5 | 48,4 | 44,2 | 45,7 | 52,9 | 65,8 | 76,4 |
| Países europeos por encima | ... | 42,6 | 56,7 | 57,7 | 58,5 | 57,8 | 57,1 | 57,1 | 58,3 | 61,3 | 66,3 | 69,6 |
| Países OCDE por encima | ... | 42,5 | 55,8 | 50,1 | 59,5 | 59 | 58,5 | 59,2 | 60,9 | 63,2 | 65,9 | 57,7 |

Fuente: OCDE, Perspectives économiques.

CUADRO III
 Peso de los intereses
 de la administración pública
 Peso de los intereses líquidos en por ciento del gasto público total

| Países | 1980 | 1985 | 1986 | 1987 | 1988 | 1989 | 1990 | 1991 | 1992 | 1993 | 1994 |
|-------------------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|
| USA | 3,9 | 6,2 | 5,9 | 5,9 | 6 | 6,1 | 6,3 | 6,7 | 6,3 | 6 | 6,1 |
| Japón | 3,3 | 5,5 | 5,1 | 3,9 | 3,3 | 2,8 | 1,7 | 1,1 | 0,8 | 0,7 | 0,7 |
| Alemania | 2,7 | 4,9 | 5 | 5,1 | 5,1 | 4,9 | 4,6 | 4,5 | 5,3 | 5,6 | 6,1 |
| Francia | 1,8 | 3,9 | 4,1 | 4,2 | 4,2 | 4,5 | 4,8 | 5 | 5,5 | 5,9 | 6,2 |
| Italia | 11,1 | 14,5 | 15,3 | 14,7 | 15,2 | 16,4 | 17,1 | 18,1 | 20,4 | 21,1 | 21,1 |
| Inglaterra | 7,3 | 7,7 | 7,4 | 7,5 | 7 | 6,4 | 5,9 | 4,9 | 4,3 | 5,8 | 6,9 |
| Canadá | 4,9 | 8,9 | 9,4 | 9,7 | 10,1 | 11,2 | 11,8 | 11,3 | 10,8 | 10,2 | 9,6 |
| Países por encima | 4,2 | 6,5 | 6,4 | 6,1 | 6 | 6,1 | 5,9 | 5,9 | 5,9 | 6 | 6,2 |
| | | | | | | | | | | | |
| Australia | 3,6 | 5,3 | 5,8 | 6 | 5,3 | 5,7 | 5,3 | 3,9 | 4,2 | 4,6 | 4,4 |
| Austria | 3,6 | 5,6 | 5,6 | 5,9 | 6,4 | 6,4 | 6,5 | 6,7 | 6,7 | 6,5 | 6,3 |
| Bélgica | 10 | 17,6 | 18,9 | 18,3 | 18,2 | 19,3 | 19,9 | 18,9 | 19,5 | 18,9 | 17,9 |
| Dinamarca | 0,9 | 10,4 | 9,2 | 7,8 | 7,1 | 6,4 | 5,7 | 6 | 6,2 | 6,2 | 6,2 |
| Finlandia | 0,5 | 2,1 | 1,8 | 1,9 | 2 | 1,2 | 0,6 | 1,1 | 2,3 | 5,2 | 7,3 |
| Grecia | 7,3 | 10,9 | 12 | 14,8 | 16,4 | 16,7 | 22,7 | 24,6 | 23,8 | 26,5 | 27 |
| Irlanda | 7,4 | 12,6 | 12,9 | 13,3 | 13,5 | 15,2 | 15 | 15 | 14,2 | 13,8 | 13,6 |
| Países Bajos | 4,8 | 8,8 | 8,8 | 8,7 | 9 | 9 | 8,9 | 9 | 9,3 | 9,5 | 9,2 |
| Noruega | 0,4 | -3,3 | -4,2 | -5,2 | -6,9 | -4,6 | -2,9 | -3 | -2,3 | -1,2 | -0,5 |
| Portugal | ... | 21,5 | 22 | 20,1 | 17,9 | 17 | 19 | 18,9 | 19,6 | 16,7 | 15,1 |
| España | 0,8 | 6,6 | 8,1 | 7,2 | 7,6 | 7,6 | 7,5 | 8,3 | 8,6 | 9,2 | 9,2 |
| Suecia | -0,7 | 4,7 | 3,6 | 3 | 1,6 | 0,6 | 0,2 | 0,2 | 0,1 | 2,5 | 3,2 |
| Países europeos | ... | 7,5 | 7,7 | 7,5 | 7,5 | 7,6 | 7,7 | 7,8 | 8,4 | 9,1 | 9,4 |
| Países OCDE | 4,1 | 6,6 | 6,6 | 6,3 | 6,1 | 6,2 | 6,1 | 6,1 | 6,2 | 6,3 | 6,4 |

Fuente: OCDE, Perspectives économiques.

CUADRO IV
Finanzas públicas en América Latina
Gobierno y empresas públicas
1970-1985
(en % del PIB)

| | Argentina | | | | | Brasil | | | | Chile | | |
|-------------------|-----------|---------|---------|---------|---------|---------|---------|---------|---------|---------|---------|---------|
| | 1970-73 | 1974-78 | 1979-81 | 1982-85 | 1970-73 | 1974-78 | 1979-81 | 1982-85 | 1970-73 | 1974-78 | 1979-81 | 1982-85 |
| Gobierno | | | | | | | | | | | | |
| Renta corriente | 23,59 | 23,84 | 29,97 | 248,48 | 25,8 | 25,78 | 24,32 | 23,82 | 29,27 | 34,86 | 32,51 | 28,75 |
| Gasto corriente | 21,18 | 21,9 | 26,48 | 27,6 | 19,98 | 21,98 | 22,81 | 26,96 | 29,13 | 26,92 | 26,29 | 30,68 |
| Ahorro | 2,41 | 1,94 | 3,49 | 0,88 | 5,82 | 3,8 | 1,51 | -3,14 | 0,14 | 5,94 | 7,22 | -1,93 |
| Renta del capital | ... | ... | ... | ... | -1,95 | -1,69 | 0,74 | 0 | -291 | 0,96 | 0,09 | 1,21 |
| Inversión | 4,82 | 6,91 | 6,64 | 5,18 | 4,11 | 3,72 | 2,43 | 2,11 | 6,72 | 5,04 | 2,7 | 2,4 |
| Superávit | -241 | -4,97 | -3,15 | -4,3 | -0,24 | -1,61 | -1,66 | -5,25 | -9,49 | -0,06 | 4,53 | -3,12 |
| | | | | | | | | | | | | |
| Empresas públicas | | | | | | | | | | | | |
| Renta corriente | 9,96 | 13,68 | 13,47 | 6,08 | 9,74 | 15,86 | 17,83 | 15,38 | 15,65 | 30,32 | 24,86 | 29,84 |
| Gasto corriente | 8,44 | 11,36 | 11,28 | 14,78 | 7,67 | 12,7 | 17,02 | 13,71 | 18,83 | 28,02 | 23,7 | 27 |
| Ahorro | 1,52 | 2,32 | 2,19 | 1,3 | 2,07 | 3,16 | 0,81 | 1,67 | -3,16 | 2,3 | 1,16 | 2,84 |
| Renta del capital | ... | ... | ... | ... | 0,65 | 0,07 | -0,42 | -0,25 | -0,06 | 0,65 | 0,39 | 0,2 |
| Inversión | 4,04 | 5,6 | 5,01 | 4,67 | 2,73 | 5,91 | 8,54 | 3,8 | 3,01 | 3,24 | 2,36 | 3,23 |
| Superávit | -2,52 | -3,28 | -2,82 | -3,37 | -0,01 | -2,68 | -8,15 | -2,38 | -6,25 | -0,29 | -0,81 | -0,19 |

Fuente: Felipe Larrain y Marcelo Selowsky (ed.), The Public Sector and the Latin American Crises, ICS Press, San Francisco, California, 1991.

CUADRO IV (continuación)
Finanzas públicas en América Latina
Gobierno y empresas públicas
1970-1985
(en % del PIB)

| | México | | | | Perú | | | | Venezuela | | | |
|-------------------|---------|---------|---------|---------|---------|---------|---------|---------|-----------|---------|---------|---------|
| | 1970-73 | 1974-78 | 1979-81 | 1982-85 | 1970-73 | 1974-78 | 1979-81 | 1982-85 | 1970-73 | 1974-78 | 1979-81 | 1982-85 |
| Gobierno | | | | | | | | | | | | |
| Renta corriente | 8,92 | 11,64 | 15,07 | 17,67 | 15,33 | 15,1 | 19,37 | 16,45 | 20,1 | 30,08 | 26,83 | 26,88 |
| Gasto corriente | 8,25 | 12,48 | 15,56 | 23,9 | 13,05 | 15,12 | 16,13 | 16,93 | 13,58 | 14,96 | 16,43 | 18,73 |
| Ahorro | 0,67 | -0,84 | -0,49 | -6,23 | 2,26 | -0,02 | 3,24 | -0,48 | 6,52 | 15,12 | 10,4 | 8,15 |
| Renta del capital | 0,1 | 0,08 | 0,03 | 0,05 | 0 | 0 | 0,05 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| Inversión | 3,6 | 3,96 | 5,17 | 4,05 | 3,06 | 2,8 | 3,64 | 3,65 | 2,38 | 2,45 | 1,57 | 1,55 |
| Superávit | -2,83 | -4,72 | -5,63 | -10,23 | -0,78 | -2,82 | -0,4 | -3,63 | 4,14 | 12,66 | 8,83 | 6,6 |
| Empresas públicas | 0,25 | 0,8 | 3,1 | 5,9 | ... | ... | ... | ... | 13,25 | 25,25 | 19,66 | 16,5 |
| Renta corriente | 9,27 | 11,96 | 15,27 | 22,32 | 8,78 | 19,14 | 28,8 | 31,4 | 29,7 | 40,02 | 41,7 | 38,1 |
| Gasto corriente | 7,57 | 9,48 | 9,8 | 12,4 | 7,93 | 19,54 | 28,57 | 29,66 | 14,6 | 11,85 | 16,54 | 19,08 |
| Ahorro | 1,45 | 1,68 | 2,37 | 4,02 | 0,85 | -0,4 | 0,23 | 1,72 | 1,65 | 2,92 | 5,5 | 2,52 |
| Renta del capital | 0,03 | 0,02 | 0,03 | 0 | 0,38 | 0,13 | 0,48 | 0,75 | ... | ... | ... | ... |
| Inversión | 2,28 | 4,06 | 5,83 | 3,85 | 2,17 | 4,72 | 3,53 | 5,41 | 4,46 | 9,26 | 11,67 | 9,83 |
| Superávit | -0,8 | -2,38 | -3,43 | 0,17 | -0,94 | -4,99 | 02,82 | -2,93 | -2,83 | -6,34 | -6,17 | -7,31 |

Fuente: Felipe Larrain y Marcelo Selowsky (ed.), The Public Sector and the Latin American Crises, ICS Press, San Francisco, California, 1991.

CUADRO V
Gasto del sector público en América Latina
1970-1985 (% del PIB)

| Años | Argentina | Brasil | Chile | México | Perú | Venezuela |
|------|-----------|--------|-------|--------|-------|-----------|
| 1970 | 38,62 | 35,92 | 41,27 | 22,3 | 24,5 | 28,7 |
| 1971 | 37,76 | 34,44 | 49,93 | 20,5 | 27,1 | 29,2 |
| 1972 | 37 | 35,19 | 56,05 | 23 | 31,2 | 33,5 |
| 1973 | 40,52 | 33,96 | 49,39 | 25,7 | 38,6 | 32,8 |
| 1974 | 47,06 | 38,81 | 43,17 | 27 | 45,1 | 29,5 |
| 1975 | 46,4 | 42,74 | 40,44 | 31,9 | 46,1 | 38,9 |
| 1976 | 43,49 | 44,17 | 37,82 | 32 | 45,8 | 44 |
| 1977 | 43,01 | 42,04 | 40,74 | 30,3 | 48,4 | 50,5 |
| 1978 | 48,92 | 47,56 | 34,57 | 31,4 | 47,6 | 52,6 |
| 1979 | 45,88 | 54,45 | 31,65 | 33 | 48,4 | 49,4 |
| 1980 | 49,06 | 52,66 | 31,58 | 35 | 60,1 | 53,3 |
| 1981 | 53,3 | 42,7 | 34,11 | 41,4 | 57,4 | 54 |
| 1982 | 49,16 | 46,06 | 39,84 | 46,4 | 60,2 | 57,6 |
| 1983 | 55,79 | 44,44 | 38,31 | 42,8 | 66,33 | 47 |
| 1984 | 51,86 | 43,1 | 39,66 | 40,3 | 55,5 | 42,9 |
| 1985 | 52,09 | 48,26 | 39,92 | 40,7 | 56,9 | 43,6 |

Fuente: Felipe Larrain y Marcelo Selowsky (ed.), The Public Sector and the Latin American Crises, ICS Press, San Francisco, California, 1991.

Pares de Kondratiev y hegemonía/rivalidad

| Poder hegemónico, Estados Unidos | 1. Espina dorsal, Habsburgos | 2. Holanda, Países Bajos | 3. Gran Bretaña | 4. Estados Unidos |
|--|------------------------------------|-----------------------------|-----------------|-------------------|
| A1 Hegemonía ascendente | 1450 | 1575-1590 | 1798-1815 | 1897-1913/20 |
| B1 Victoria hegemónica | - | 1590-1620 | 1815-1850 | 1913/20-1945 |
| A2 Madurez hegemónica | 1559 | 1620-1650 | 1850-1873 | 1945-1967 |
| B2 Hegemonía en declinación | 1559-1575 | 1650-1672 | 1873-1897 | 1967-? |

Fuente:Review,vol.II,nº 4,primavera de 1979.

APÉNDICE DEL CAPÍTULO 4: ESQUEMA DE RECUPERACIÓN DE
LA ECONOMÍA MUNDIAL, 1983-1989

Cuadro 1

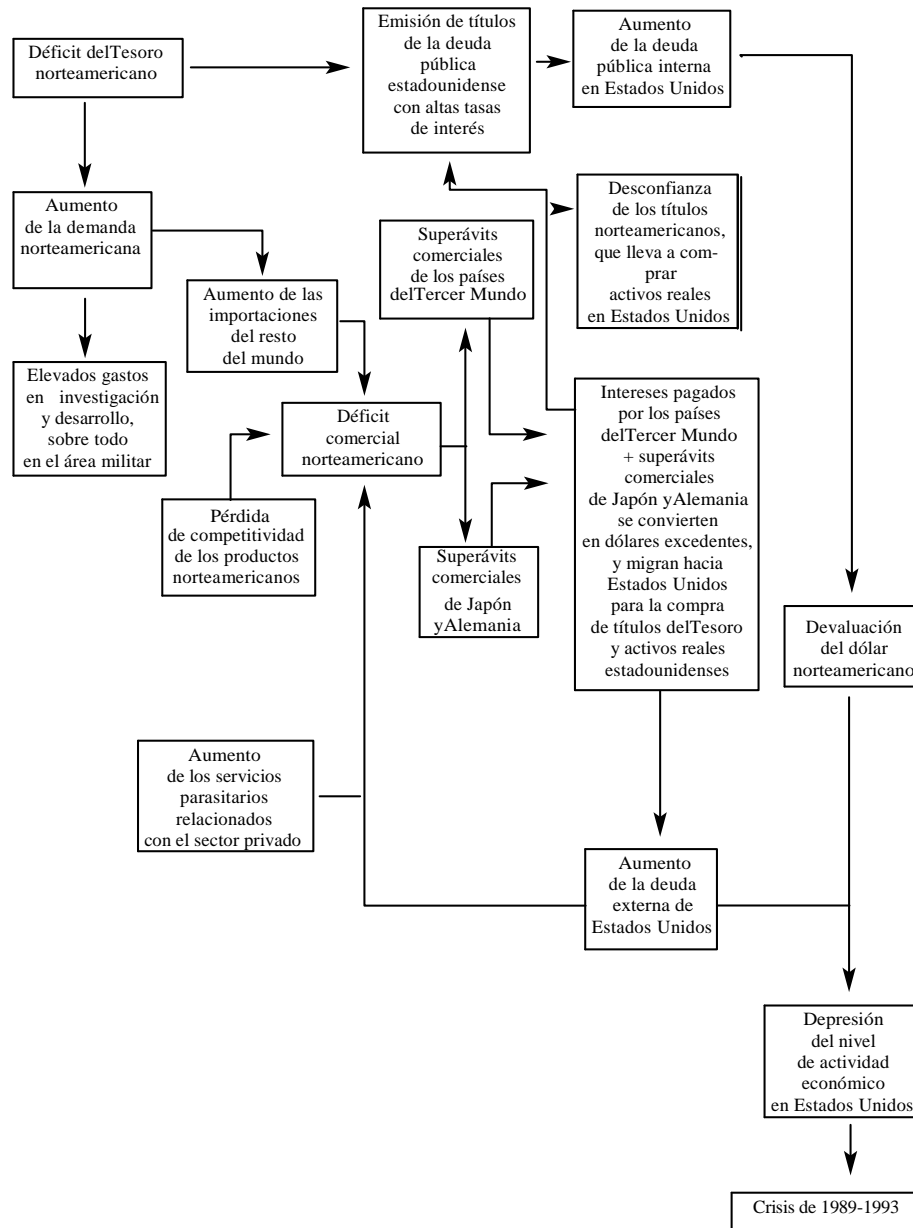


Tabla 1
Flujos de capitales hacia Estados Unidos
(en billones de dólares)

| Año | US \$ |
|------|-------|
| 1980 | -28,0 |
| 1981 | -27,9 |
| 1982 | -27,4 |
| 1983 | 34,0 |
| 1984 | 80,3 |
| 1985 | 97,2 |
| 1986 | 123,2 |
| 1987 | 118,8 |

Fuente: World Economic Survey, 1989, p.27

Tabla 2
Transferencia líquida de recursos a Estados Unidos*
(en billones de dólares)

| Años | Japón | Alemania Occidental | Latinoamérica | Total |
|------|-------|---------------------|---------------|-------|
| 1980 | 9,8 | 1,8 | -0,9 | 23,0 |
| 1981 | 14,9 | 2,4 | -4,4 | 22,1 |
| 1982 | 15,9 | 4,8 | 6,3 | 31,3 |
| 1983 | 23,2 | 7,8 | 20,0 | 74,7 |
| 1984 | 36,2 | 12,8 | 22,8 | 116,9 |
| 1985 | 42,8 | 15,4 | 18,7 | 129,8 |
| 1986 | 54,5 | 18,9 | 15,2 | 150,1 |
| 1987 | 56,2 | 20,2 | 16,9 | 164,3 |
| 1988 | 50,5 | - | 11,8 | 127,8 |

* Balance de pago en bienes,transferencias privadas,y servicios otros que los ingresos por inversión,con signo revertido.

Tabla 3
Balanza comercial
(en billones de dólares)

| Años | Estados Unidos | Japón | Alemania Occidental |
|------|----------------|-------|---------------------|
| 1980 | -25,5 | 2,1 | 7,9 |
| 1981 | -28,0 | 20,0 | 15,3 |
| 1982 | -36,4 | 18,1 | 24,0 |
| 1983 | -67,1 | 31,5 | 20,6 |
| 1984 | -112,5 | 44,3 | 21,6 |
| 1985 | -122,1 | 56,0 | 27,2 |
| 1986 | -144,5 | 92,8 | 53,9 |
| 1987 | -160,3 | 96,4 | 68,1 |
| 1988 | -126,5 | 94,8 | 73,8 |
| 1989 | -128,9 | 64,2 | 71,6 |

Fuente:World Economic Survey,1989,pp.235-237

Tabla 4
Importaciones norteamericanas en el resto del mundo
(en billones de dólares)

| Años | Estados Unidos |
|------|----------------|
| 1980 | 249,7 |
| 1981 | 265,1 |
| 1982 | 247,6 |
| 1983 | 268,9 |
| 1984 | 332,4 |
| 1985 | 338,1 |
| 1986 | 368,5 |
| 1987 | 409,9 |
| 1988 | 446,4 |
| 1989 | 492,3 |

Fuente: World Economic Survey, 1989, p.235

Tabla 5
Flujo líquido de capital privado
(en billones de dólares)

| Años | Estados Unidos | Japón | Alemania Occidental |
|------|----------------|--------|---------------------|
| 1980 | -30,2 | 2,3 | 3,2 |
| 1981 | -22,6 | -9,7 | 3,7 |
| 1982 | -19,9 | -15,0 | -5,8 |
| 1983 | 35,4 | -17,7 | -2,7 |
| 1984 | 85,6 | -49,6 | -7,0 |
| 1985 | 105,1 | -64,5 | -4,6 |
| 1986 | 89,4 | -131,5 | 15,3 |
| 1987 | 80,2 | -136,5 | -13,1 |
| 1988 | 79,7 | -130,3 | -47,6 |

Fuente: World Economic Survey, 1989, p.235-237

Tabla 6
Déficit del Tesoro norteamericano
(en billones de dólares)

| Años | US \$ | por ciento PNB |
|------|-------|----------------|
| 1980 | 82,6 | 2,91 |
| 1981 | 85,8 | 2,68 |
| 1982 | 134,2 | 4,07 |
| 1983 | 230,8 | 6,19 |
| 1984 | 218,2 | 4,89 |
| 1985 | 266,4 | 5,43 |
| 1986 | 283,0 | 5,12 |
| 1987 | 223,1 | 3,35 |
| 1988 | 244,2 | 3,15 |
| 1989 | 237,8 | 3,00 |

Fuente: Statistical Abstract, 1989; International Financial Statistics, 1989.

Tabla 7
Deuda externa norteamericana
(en billones de dólares)

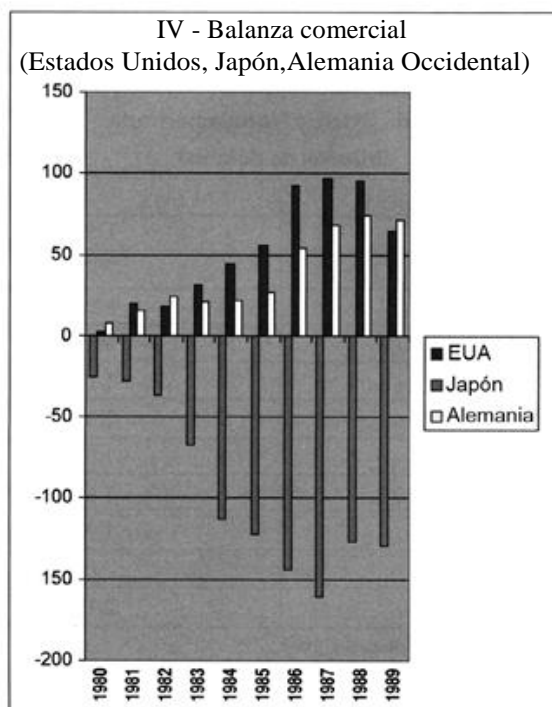
| Años | US \$ |
|------|---------|
| 1980 | 737,7 |
| 1981 | 825,4 |
| 1982 | 987,7 |
| 1983 | 1.174,5 |
| 1984 | 1.373,4 |
| 1985 | 1.598,5 |
| 1986 | 1.813,3 |
| 1987 | 1.967,7 |
| 1988 | 2.091,2 |
| 1989 | 2.175,2 |

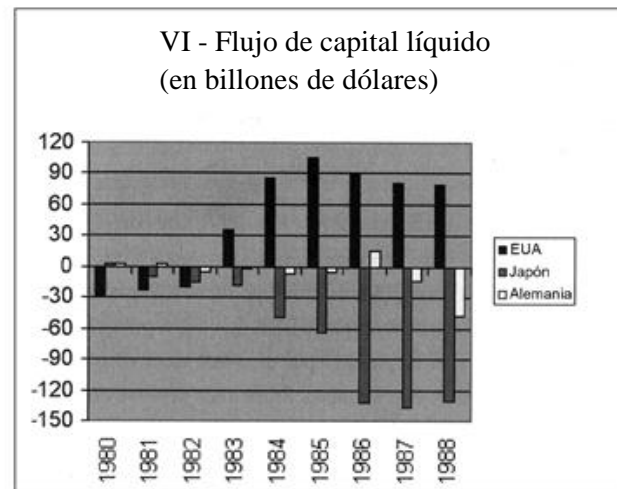
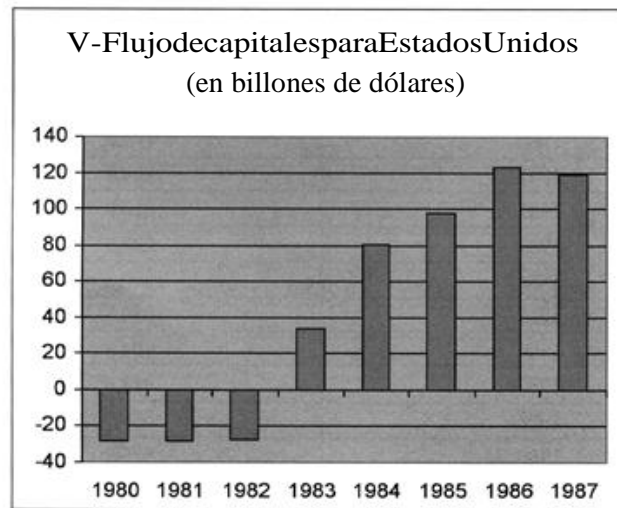
Fuente: Statistical Abstract, 1989; International Financial Statistics, 1989.

Tabla 8
Deuda interna norteamericana
(en billones de dólares)

| Años | US \$ |
|------|-------|
| 1980 | 194,1 |
| 1981 | 204,9 |
| 1982 | 210,7 |
| 1983 | 237,5 |
| 1984 | 290,8 |
| 1985 | 350,1 |
| 1986 | 404,3 |
| 1987 | 478,6 |
| 1988 | 589,5 |
| 1989 | 676,9 |

Fuente: Statistical Abstract, 1989; International Financial Statistics, 1989.





Los gráficos fueron elaborados con el apoyo de los siguientes auxiliares de investigación: Luiz Carlos Ros Filho, Wellington Dantas de Amorim, Marisa von Bullow.

El trabajo gráfico computarizado para esta publicación fue ejecutado por Adalberto José Rolim Tubbes, vía Prodasen-Procesamiento de Datos del Senado Federal.

ESQUEMA DE LA RECESIÓN - 1989 - 1993

Cuadro 3
Principales indicadores según previsiones de la OCDE
en junio de 1993

| Países | PIB (real) | | | | Inflación | | Desempleo | | | |
|----------------|------------|------|------|------|-----------|------|-----------|------|------|------|
| | 1991 | 1992 | 1993 | 1994 | 1992 | 1993 | 1994 | 1992 | 1993 | 1994 |
| Estados Unidos | -1.2 | 2.1 | 2.6 | 3.1 | 2.6 | 2.6 | 2.4 | 7.4 | 7.0 | 6.5 |
| Japón | 4.0 | 1.3 | 1.0 | 3.3 | 1.8 | 1.6 | 1.7 | 2.2 | 2.5 | 2.6 |
| Alemania | 1.2 | 1.0 | -1.9 | 1.4 | 5.4 | 4.9 | 3.1 | 7.7 | 10.1 | 11.3 |
| OCDE/Europa | 1.0 | -0.3 | 1.8 | 4.9 | 4.1 | 3.9 | 9.9 | 11.4 | 11.9 | |
| Total OCDE | 3.4 | 1.5 | 1.2 | 2.7 | 3.3 | 3.0 | 2.8 | 7.9 | 8.5 | 8.6 |

Latinoamérica

| | 1991 | 1992 | 1993 |
|-----------|------|--------|---------|
| Argentina | 9.0 | 17.5 | 12.3* |
| Bolivia | 3.7 | 10.4 | 7.4* |
| Brasil | -1.0 | 1157.8 | 1382.2* |
| Chile | 10.0 | 13.7 | 13.2* |
| Colombia | 2.7 | 25.1 | 22.2* |
| México | 2.7 | 11.9 | 10.1* |
| Uruguay | 5.5 | | |
| Venezuela | 9.0 | | |

Otros

(cálculos de la ONU)

| | 1991 | 1992 | 1993 |
|------------------------------|------|-------|-------|
| China | 12.8 | 11.0 | |
| Asia occidental | 6.6 | 6.0 | |
| Sureste asiático | 5.3 | 4.9 | 5.5 |
| África | 2.0 | 1.4 | 3.0 |
| Latinoamérica y el Caribe | 3.4 | 4.9 | 3.0 |
| Europa del Este | -9.0 | -16.8 | -10.0 |

* Mayo de 1992 a mayo de 1993.

Cuadro 4
Desempleo según la OIT

Los países industrializados:

8 por ciento de su población activa 33 millones de personas

África subsahariana:

15 a 20 por ciento (desempleo urbano) -14 millones de personas (60 por ciento en el sector informal).

Corea y Singapur:

escasez de mano de obra.

Malasia y Tailandia:

escasez de mano de obra.

Filipinas:

15 por ciento de desempleo - 2 millones trabajan fuera del país.

Latinoamérica:

8 por ciento de desempleo - 46 por ciento por debajo de la pobreza en las zonas urbanas.

Europa Oriental:

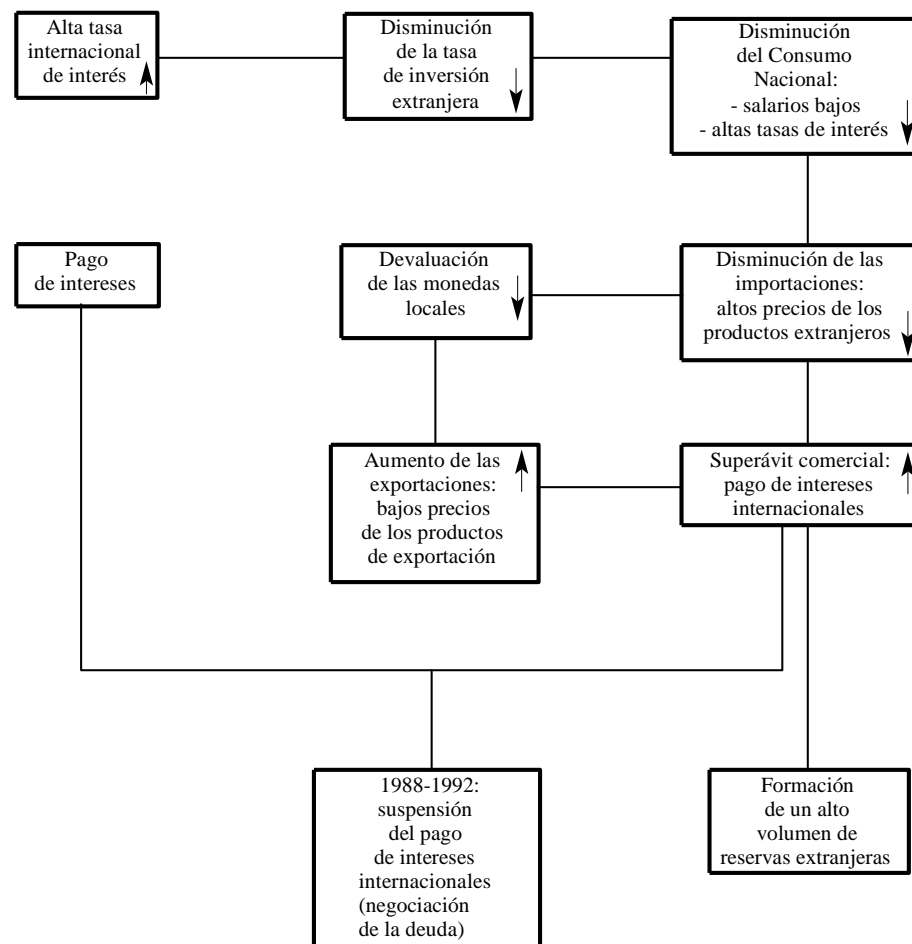
aparición del desempleo (1989-1993).

Total en el mundo: 11 millones de desempleados.

ESQUEMAS DEL AJUSTE ESTRUCTURAL
AL CONSENSO DE WASHINGTON Y SU CRISIS

Esquema I
AJUSTE ESTRUCTURAL DURANTE LA CRISIS DE LA DEUDA
(1982-1990)

Política de superávit para el pago de intereses



ESQUEMA II
CONSENSO DE WASHINGTON POSTCRISIS DE LA DEUDA

La política de déficit en la balanza comercial norteamericana
(de 1990 a nuestros días)

